



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

**JOSE
DE LA LUZ
Y CABALLERO**



OBRAS
Escritos
sociales,
científicos
y literarios

(Volumen IV)



IMAGEN CONTEMPORÁNEA



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



**JOSE
DE LA LUZ
Y CABALLERO**



OBRAS
Escritos
sociales,
científicos
y literarios
(Volumen IV)



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Juan Vela Valdés

DIRECTOR
Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTOR
Luis M. de las Traviesas Moreno

EDITORA PRINCIPAL
Gladys Alonso González

DIRECTORA ARTÍSTICA
Deguis Fernández Tejeda

ADMINISTRADORA EDITORIAL
Esther Lobaina Oliva



Esta obra se publica con el coauspicio
de la Fundación Zulueta, España.



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO



OBRAS
Escritos
sociales,
científicos
y literarios
(Volumen IV)



Ensayo introductorio
compilación y notas
Alicia Conde Rodríguez



IMAGEN CONTEMPORANEA
LA HABANA, 2001

Responsable de la edición:

Zaida González Amador

Diseño gráfico:

Deguis Fernández Tejeda

Realización y emplane:

Pilar Sa Leal

Composición de textos:

Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados

© **Sobre la presente edición:**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2001;
Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, No. 20**

ISBN 959-7078-31-7 obra completa

ISBN 959-7078-35-X volumen IV

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

PRESENTACIÓN



Si no arde en nuestros pechos la llama inextinguible del entusiasmo, jamás nos elevaremos a la altura de la ciencia: sólo el entusiasmo produjo adeptos eminentes en los arcanos de la naturaleza.

El poder de las letras es y ha sido más eficaz de lo que suele creerse.

Luz

Para fijar en toda su magnitud la contribución de José de la Luz y Caballero a la fundación de una conciencia crítica nacional, se hace necesario transitar por aquellos caminos que él descubrió y profundizó, y explican la multiplicidad reflexiva de su pensamiento, además de su evolución. Esa es la razón que justifica la publicación por la Biblioteca de Clásicos Cubanos de sus escritos sociales, científicos y literarios.

Datan los textos de años tan tempranos como 1822 y 1824 para fluir después durante la década de los 30, de los 40 y apenas un año de la de los 50. O sea, abarca este tomo casi toda su vida, la que ayuda a abordar en toda lo que preocupó, desveló y solucionó aquel que fue conocido siempre por su labor pedagógica y los estremecimientos que en el terreno teórico había provocado. Sin embargo este aspecto de su obra ha presentado cierta resistencia a su conocimiento por los estudiosos de las ideas en Cuba.

Si se analizan cada una de las necrologías escritas por José de la Luz —en memoria de don Gonzalo O’Farril (1831), doña Teresa Herrera (1832), el Obispo Espada (1832), don José María Xenos y Montalvo (1835), el padre José Agustín Caballero (1835), don Tomás Gener, la hija y el primogénito de don Tomás Romay (1833 y 1846), don Nicolás Manuel Escobedo (1853), don Nicolás de Cárdenas y Manzano (1841), don José Berrío (1846), y por su propia hermana doña María de las Mercedes de la Luz (1846)— se advertirá de inmediato la prédica de los valores de aquellas vidas perdidas,

pero que representaban la evidencia mayor de que la existencia de esos valores había sido posible en aquella sociedad que él declarara con franca ironía en sus aforismos como suciedad. Al referirse a Nicolás Manuel Escobedo, sentencia: “Nació respirando patria, y respirando patria vivió y murió”¹ y no menos aleccionadoras se nos presentan sus palabras acerca del padre Agustín Caballero: “...Un hombre de esta naturaleza jamás encubría sus sentimientos, ni se avergonzaba tampoco de quedarse único en su sentir cuando su opinión no era ya la opinión de moda. Varón que no rendía más homenaje que el de la verdad, tampoco reclamaba otro tributo que el de la franqueza. Tan enemigo como capaz de mandar; mandaba a despecho suyo con el imperio de su opinión; y tanto más idóneo para el caso, cuanto penetrado de la importancia de la disciplina, no transigía con su más leve relajación. Estos son los hombres a cuyo influjo duran y florecen las instituciones: ni halagaba a los superiores, ni tiranizaba a los subalternos, y era a un tiempo espada y escudo, cuando se trataba de sostener los fueros del colegio y de los colegiales ...”² De hecho, José de la Luz no escatimaba oportunidad alguna para impedir ciertas actitudes en sus contemporáneos que daban las tonalidades más oscuras de la sociedad esclavista y que, por sus características, podían perpetuarse desfigurando la Cuba soñada. En realidad, son éstos años que preceden y que suceden la hazaña teórica que protagonizara el maestro de El Salvador—me refiero a la *Polémica Filosófica*—y que revelan la virtualidad y consecuencia de su pensamiento.³

No es casual que la protesta que Luz leyera en la sesión de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, el 22 de junio de 1842, reclamando que se derogara el acuerdo de expulsión del conocido abolicionista inglés David Turnbull de esa institución, antecediera a su discurso de despedida de la Sociedad Patriótica, pronunciado algunos meses después. Cierto es que Luz alude a razones de salud totalmente válidas, pero acaso no resulte nada arriesgado afirmar que este fue, en medio de la más feroz represión del poder colonial contra abolicionistas, negros y mulatos libres y esclavos, el final adverso de una larga batalla iniciada hacía ya más de una década. La amenaza le tocó cerca. Fue acusado de conspirador y de conspirador abolicionista, lo que por entonces implicaba un crimen mayor que el de independentista. Fue hacia 1829

1. José de la Luz y Caballero: *Escritos literarios*, Edit. Universidad de la Habana, La Habana, 1955, p. 232.

2. *Ibidem*, pp. 192-193.

3. Ver en esta misma Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 10, La Habana, Imagen Contemporánea, 2000, el ensayo introductorio a *La polémica filosófica cubana*, vol I, de la autora de esta presentación.

cuando un grupo de jóvenes, a quien Luz nombró *jóvenes liberales o jóvenes ilustrados*, solicita a la institución la creación de una clase de literatura, la cual es denegada para ser autorizada después la fundación de la Comisión Permanente de Literatura bajo la tutela de la Sección de Educación de la Sociedad Económica. Desde el principio, el asunto tuvo una connotación política, ideológica, científica y cultural más que propiamente literaria. Lo que se debatía eran dos concepciones de la sociedad y, con ellas, del pensamiento y del destino del país. La sección inicia sus actividades el 13 de febrero de 1830; tenía su liberato en el trio formado por el propio José de la Luz y Caballero, Felipe Poey y Domingo Delmonte. En 1832 se incorpora a ellos José A. Saco, quien asume la dirección de la *Revista Bimestre Cubana*. El 25 de diciembre de 1833 el gobierno español accede a la petición de este grupo de separarse de la Sociedad Económica para constituir lo que llamarían la Academia Cubana de Literatura. Desde el inicio, la dirección de la Sociedad Económica comprendió que, de lo que se trataba, era de una independencia teórica marcada por la crítica a la sociedad colonial y esclavista. Los artículos de Saco contra la trata, por la extinción de la esclavitud y por la introducción de estructuras modernas de producción y sociabilidad dieron la tónica del pensamiento de lo más avanzado del grupo. Aunque el 6 de marzo de 1834 se constituye oficialmente la Academia, esta no llega nunca a funcionar, pues el Capitán General de la Isla, la anula. En esas circunstancias aparece la “Justa Defensa de la Academia Cubana de Literatura”, folleto firmado por José Antonio Saco y que le valiera la expulsión de La Habana. De este hecho particular surge el trascendental documento político escrito en el mismo año 1834 por José de la Luz, firmado por José A. Saco, en su defensa y que expresa la unidad de criterios de estos dos grandes de la historia ideológica cubana.⁴

Deshecha la Academia, expulsado Saco y alejado de la patria el maestro de todos los maestros, Félix Varela, fue entonces José de la Luz quien asumió por sí y en sí todas las batallas; y ello desde el interior; desde el propio seno de lo más reaccionario de la sociedad esclavista. En ese contexto brilla el educador; alcanzan alturas universales el filósofo y el teórico, dirige magistralmente el político las campañas por las diputaciones a Cortes, y día a día siembra hombres e ideas en medio de una sociedad-suciedad que sólo pondera el vicio, el juego, la vagancia y la mala fe. Se mantuvo en la Sociedad Económica pese a todos los problemas, porque desde su interior podía influir en la salvación de la institución de sus entra-

4. Para una ampliación sobre estos temas, ver Biblioteca de Clásicos Cubanos: *José Antonio Saco. Papeles*. La Habana, Imagen Contemporánea, 2001. Ensayo introductorio de Eduardo Torres-Cuevas.

ñables padre Agustín, Espada, Varela y Saco. Pero cuando renuncia a ella, se trata de una institución ya muerta en su espíritu; de un fantasma que vive de pasadas glorias.

La reforma de la enseñanza expresada por Luz en la Advertencia-Proemio al Elenco de 1834 y publicada en la *Gaceta de Puerto Príncipe* en 1838, que generara la polémica teórica que transcurriera hasta 1840, afirma la certeza de que Luz continuaba y continuaría desde Cuba el plan de ideas que junto a Varela y Saco había comenzado desde su más temprana juventud, allá en los ya lejanos albores de los años 20. Bien se sabe el alcance de tal confrontación y consecuencias para el destino político de la Isla. Esta es, a mi entender, la razón de que haya permanecido durante ocho años más en la Sección de Educación de la Sociedad Económica hasta su renuncia en 1842.⁵ En realidad, las circunstancias habían cambiado. La concepción liberadora en peligro inminente no podía escapar al fortalecimiento de la economía plantacionista esclavista y con ella al de la esclavitud y la trata. Los poderes de la oligarquía criolla hacían sentir su omnipotencia sobre el resto de la sociedad.

Sin embargo, es necesario aclarar que previa a la reforma de la enseñanza propuesta por José de la Luz, sus estudios de las ciencias naturales, del estado actual de su desarrollo, conformarían la totalización de un pensamiento que no escatimaría zona alguna del saber humano para su conocimiento, no en abstracto, sino en función del progreso de Cuba. Las observaciones sobre el magnetismo terrestre en 1831, sobre los cometas en 1830, la polémica sostenida en el *Noticioso y Lucero* con Pedro Alejandro Auber sobre un problema de matemáticas en 1832, por citar algunos ejemplos, nos confían una de las orientaciones esenciales de la concepción de Luz, que incluso algunos de sus contemporáneos pretendían desvirtuar presentándolo alejado de los *conocimientos útiles y progresivos* y dedicado a la esterilidad de la filosofía. En el *Diario de la Habana* del 3 de julio de 1840 Luz ofrece una contundente declaración:

“Páreceme a mi (...) que quien extendió el informe sobre *El Instituto Cubano* ama mucho (...) no sólo las ciencias físicas y matemáticas, sino a la patria que le dio el ser; a quien no ya le desea estérilmente la aplicación inmediata de los conocimientos útiles, sino le propone los medios en su concepto más adecuados para conseguirlo. Pero no contento con ir yo únicamente por ese medio al fin suspirado por usted, me pongo a combatir en el palenque filosófico para alcanzar el mismo resultado. Penétrese usted más, señor positivo, del positivísimo espíritu, o siquiera de la letra,

5. Todavía está por desentrañarse todo lo relacionado con la Sección de Educación de la Sociedad Económica en los años 1830 para una mejor comprensión de la labor intelectual de la generación reformista liberal en Cuba.

de todas mis polémicas. ¿A qué aspiro siempre? Al triunfo de las ciencias físicas y matemáticas; a la ruina de la metafísica, a estorbar que aparten a la juventud de la senda de la verdadera investigación esos libros en que se renuevan las cuestiones de tiempo y espacio, para mi largo ha de uno y otro decididas completamente. ¿Cómo si no, había yo de haber estado hablando de cosas que me fastidian y hasta menosprecio? Nada más, sino porque veía el estorbo que semejantes patrañas ofrecían a la verdadera ciencia en nuestro suelo. ¿Se necesita en mi suelo una cosa que esté en mi mano hacer? Pues se hace aunque me repugne: esta es mi ley. ¿Quién más que yo ha clamado que no todos nuestros jóvenes han de ser médicos y abogados? Mas: he dicho y probado a esta interesante juventud que muchos de sus errores en filosofía y la causa principal con que admiten cualquier doctrina idealista *recién importada*, es carecer del verdadero criterio para juzgar, es decir, de los datos de las ciencias físicas ...”⁶ y cierra el artículo con la frase “... y en la Isla de Cuba para que sea gente, no todo ha de ser azúcar y café”.⁷

Si alguna duda hubiese todavía perdurado en relación con lo que Luz nunca separó, sino en calidad de su conocimiento para discernir, se disipa de inmediato en la propuesta de una Antropología filosófica que construyera la ciencia del hombre, porque la totalidad real de su ser sólo es captable a partir de la congregación de todas las ciencias que resumen una. Se trataba de crear las bases de una sociedad que en su contenido material no excluía la espiritualidad humana que para ser formada y fundada desde la interioridad cubana requería del conocimiento de su naturaleza toda. Por ello la proyección ética de su pensamiento no se contradice, sino que se funda a partir de la realidad de su tiempo, de todos aquellos elementos que la forman y deforman para trascender en un deber ser que en Luz *es* en su práctica pedagógica cotidiana.

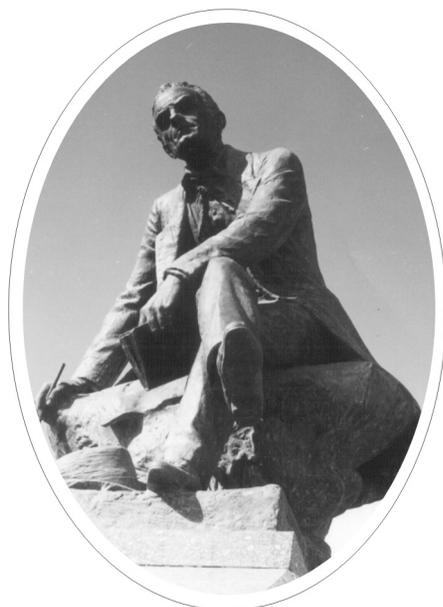
También es por eso explicable que los problemas aparentemente provisionarios de la sociedad son situadas por él con el mismo grado de importancia de aquellos que la definen. Unos son reflejos de los otros. Todo tiene en él una profunda unidad. Las reflexiones sobre el cólera morbo, el cuestionamiento del uso del carbón de piedra, la posibilidad de construcción del ferrocarril de la Habana a Güines, cuya polémica se extendería durante el mes de diciembre de 1839 y coincidiera con aquella que marcaba la historia de las ideas en Cuba. Es decir, los grandes ideales lejos de anular o siquiera opacar las cuestiones cotidianas de la vida, permiten su descubrimiento y consideración, desde su concepción humanista.

6. José de la Luz y Caballero: *Loc. cit.*, pp. 163-164.

7. *Ibidem*, 165.

Los textos y traducciones sobre diferentes figuras de la época: Schiller, Walter Scott, la Condesa de Merlin, Washington Irving, Félix Varela, comunican, no la intención de Luz de hacer cierta literatura, sino de participar de todo lo valioso de la producción cultural de su tiempo. Buscar al escritor en trabajos fortuitos, si los hubiere, pero siempre con un sentido hondo de lo social, no hace avanzar mucho en el conocimiento de Luz como totalidad. No puede inscribirse en ninguna tendencia literaria pero sí hallamos en él un estilo profundamente avasallador, propio de quien escribe, con la prisa de lo siempre urgente, en la cima de un volcán que eran, sin dudas, las angustias y desvelos por la patria que no lo abandonaron nunca. Sólo contribuyen estos escritos a dimensionar el carácter de su pensamiento, el trasfondo de su crítica social que expresa no el ideal romántico de una ética omnicomprendiva, sino la propuesta liberadora del hombre que implicaba también la creación de una espiritualidad nueva.

ALICIA CONDE RODRÍGUEZ



**José de la Luz y Caballero
(1800-1862)**

*Vida sencilla y pura la suya, consagrada al deber;
se extinguió de tanto sufrir y luchar por la redención
patria; pero a este precio obtuvo el amor
y la veneración de los cubanos.*

Francisco González del Valle

**ESCRITOS POLÍTICOS, SOCIALES
Y ECONÓMICOS**



I

**SOBRE LAS SEGUNDAS CORTES
CONSTITUYENTES¹**

(14 de noviembre de 1822)

²...na influencia en el mundo civilizado y entre las luces del siglo XIX, las añejas preocupaciones que en un tiempo asolaron la tierra. Así pues, el sexo no debió haberse exigido para ser ciudadano.

Sigamos viendo los demás requisitos que han de adornar al ciudadano. En asunto de tanta trascendencia debe la ley determinar precisamente la edad en que debe entrar al goce de los derechos de tal, pues siendo el ciudadanía una cosa tan apetecida, en razón de que fuera lo que en sí vale, es preliminar indispensable para optar a todos los empleos...³ empiezan a cruzarse los argumentos en paridad, y de aquí nacen las opiniones y disputas acerca de la edad a que deba entrarse en su goce: una buena Constitución, en negocio de esta monta, debe precaver que nazcan semejantes diferencias, para evitar, como hoy lo vemos, que un sinnúmero de niños de catorce años se vayan a una parroquia, y la vuelvan una verdadera escuela con su bullicio y niñerías. Esto es causado por este gran vacío que ha dejado la Constitución española: no alcanzo por qué se dijo en ella que el hijo del extranjero será ciudadano a los 21 años, sin decir cosa alguna sobre el nacional: lo único que puede inferirse de su contexto es que el nacional será ciudadano antes de los 21: empero, ignoramos si será a los 14, como quieren algunos o si a los 18 como desean otros, pues decir antes de los 21 es hablar del modo más vago que pueda imaginarse. La ley debe prefijar la edad, para evitar asimismo que un partido suspicaz se aproveche de la inexperiencia y candidez de los niños para hacerlos votar en su favor.

1. Título de Roberto Agramonte.

2. Falta la primera parte del manuscrito (Roberto Agramonte.)

3. Roto

Tampoco debía concederse el goce de la ciudadanía al que estuviese despojado de toda propiedad o industria útil equivalente: ponderar los admirables efectos que opera este dulce derecho, amansando aun a los hombres más exaltados y haciéndoles conocer sus verdaderos intereses, sería cansar en vano al lector, diciéndole cosas que tal vez ha sentido por sí mismo. ¿Quién no sabe que sin propiedad no puede haber afecto al país? Un hombre sin propiedad es un verdadero zángano que no se emplea más que en dañar la colmena que labra la sociedad: él no se alimenta más que en medio del desorden, con los despojos de sus semejantes, es un hombre que puede causar grandes estragos, si está dotado del talento y se deja arrastrar por una bella teoría, mientras que el propietario ha de ser por precisión un hombre de más calma y reflexión, ha de ver necesariamente si la persona que elige podrá algún día perjudicar sus intereses: yo aseguro que jamás procederá de ligero, pues la propiedad es el contrapeso más seguro para contener los arranques temibles de las pasiones y sobre todo del espíritu de partido: el que no tiene propiedad, como no ha de sentir en sus bienes los malos efectos de una ley, poco le importa que sean buenos o malos los elegidos con tal que satisfagan su deseo de que salga electo tal o cual individuo. Otra consideración me ocurre acerca de la propiedad, y es que como la ley debe procurar por todos los medios posibles, realzar la dignidad del ciudadanía, no debe concederla sino a aquellos que merezcan aspirar a ella, y hagan esfuerzos por conseguirla, y poniendo la propiedad como una condición indispensable, hace la debida distinción entre el hombre laborioso y útil y el indolente y tal vez malvado que roe la sociedad; fuera de que éste es un medio eficacísimo de que progresa la industria nacional, que como es muy sabido se compone de la suma de las industrias particulares: otro y riquísimo fruto que se recoge de poner la propiedad, como requisito imprescindible para aspirar al ciudadanía. Tan persuadidos han estado de esta verdad los pueblos que se han dado un sistema representativo, que han exigido la propiedad como requisito necesario para elegir, y con mucha más razón para ser elegido, como lo veremos más adelante. Según la Constitución inglesa es menester poseer una renta de 40 sh. u 8 ps., para poder elegir: en Francia se exige un cierto rédito; nada digo de nuestros vecinos los angloamericanos, que, según su sistema se necesitan tantos...en renta neta para ser elector.

Fácilmente se colegirá, por lo que llevamos dicho hasta aquí, que si para ejercer uno de los derechos políticos, cual es la facultad de elegir, se necesitan tantos requisitos, ésos y muchos más, forzoso es se apliquen a la aptitud para ser elegido, que es el otro derecho político y el que influye más directamente en el manejo de la complicada máquina del Estado, y que viene a ser como el blanco a que se encamina el primero. Con efecto, ¿qué cúmulo de conocimientos, qué variedad de noticias, qué alma denodada y

valiente, qué apego y amor al país, qué entusiasmo por sus comitentes no se requieren en el que ha de representar los derechos de un pueblo libre? ¡Qué ministerio tan augusto! No hay sobre la tierra otro más sagrado. ¡Qué encargo más espinoso y delicado que el de dictar leyes a los hombres! En esta sencilla pregunta están delineadas las cualidades que deben brillar en un buen diputado, muy superiores a las que se exigen en un simple elector: aquí damos con los motivos que han tenido las citadas naciones para aumentar la cantidad de la renta en el diputado, pues éste es un individuo en quien se deposita mucha más confianza que en un mero elector. Han sido de tanto fundamento y verdad estas razones, que aun en la misma Constitución española, que calla absolutamente en cuanto a la propiedad que deba tener un votante, no guarda el mismo silencio con respecto a la que deban poseer los diputados, pues aunque por entonces —quiere decir en el año 12— no la señaló por razones que veremos muy en breve, deja libres las facultades a las Cortes futuras para que asignen dicha renta, que aquellos diputados constituyentes miraban como indispensable.

Mas, ¿cómo pudo suceder, es muy natural, pregunte cualquiera, que los esclarecidos diputados de las Cortes Constituyentes en 1812, que estaban al cabo de todas estas cosas, ni siquiera nombraron la palabra *propiedad* hablando de votaciones, y lo que es más, no la exigieron por entonces, ni aun para los representantes de la Nación? No hay duda que, mirada la cosa así en abstracto, fue imperdonable la falta de los diputados constituyentes, más fácil será disculparlos, y aun manifestar que procedieron con una cordura digna de imitarse por los más sabios legisladores, si acudimos a las críticas circunstancias en que se hallaban, y a los tropiezos que encontraban en el establecimiento de cualquier ley. Traigamos a la memoria que en aquella coyuntura estaba depositado el mayor número de las riquezas de la Nación en manos de las clases privilegiadas, es decir, que los nobles y los eclesiásticos eran las personas propietarias de la Nación, mientras que la mayoría de ella, la clase industriosa y trabajadora, la clase de los sabios y de los literatos, yacían en la más espantosa indigencia. Tampoco se pierda de vista que los nobles, en la nación española, no eran, a la manera de los de Inglaterra, ilustrados y animados con el fervor patriótico; antes, por el contrario, eran unos entes tan desnudos de conocimientos como el más salvaje hotentote, tan henchidos de orgullo como el sultán más altanero del Oriente; como que en su educación no se les había enseñado a conocer la dignidad de los demás hombres, pensaban (imiserables!) que eran unos seres superiores al resto de los humanos; como que se destetaron junto al lacayo, al paje, que sólo estaban a su lado para satisfacer los caprichos y veleidades de sus señoritos, se iniciaron desde temprano en la escuela de la prostitución. Con tan perversos ensayos llegaron a sobresalir en la línea de la haraganería y de la corrupción de costumbres; cuantas crápulas

pueden degradar a la humanidad se hacinaron en las cabezas de la nobleza española: he aquí un cuadro triste pero verdadero del estado de la grandeza en España: en este caso no era dable que los diputados hubiesen querido cerrar la entrada al santuario de las leyes a las clases laboriosas, aunque no propietarias, exigiendo como una condición inevitable, para el goce de la ciudadanía en toda su plenitud, la propiedad. Ni ¿cómo era posible que los padres de la Patria, los denodados varones de 1812 hiciesen traición a su patria y a la justa causa que defendía un pueblo tan heroico, privándolo de hecho de la aptitud de sentarse algún día en el seno de un congreso, compuesto en mucha parte de gentes sacadas de su mismo seno? ¿Cómo habían de haber cometido el despropósito de entregar en sus manos, en esas manos que jamás supieron más que empuñar el cigarro, la balanza donde iban a pesarse los destinos de la Nación? ¿De qué acciones heroicas, que digo heroicas, de qué cosa en el mundo eran capaces unos hombres que difícilmente sabían escribir su nombre? ¿Y éstos serían los que hubieran salvado la Patria? ¿Y gentes de este temple habrían corrido, como en efecto no lo hicieron, a lanzar las huestes invasoras, acaudilladas por el tirano? ¿Qué fuego patriótico había de arder en unos pechos gastados por el roedor de las preocupaciones? No así el heroico pueblo, éste, aunque bastante degradado por el pernicioso influjo del fanatismo, la superstición y el más desenfrenado despotismo, estaba más apto para desempeñar cualquier encargo, puesto que en medio de esta ignorancia general se descubrían algunos patriotas denodados y sabios que se habían alimentado con las ideas de un gobierno representativo, y que eran los únicos capaces de dictar leyes a sus hermanos, al paso que por la mayor parte estaban desnudos de propiedad. Tendamos ahora la vista hacia el clero, que es la otra clase privilegiada.

Confesemos ingenuamente que no era tan deplorable su estado como el de la nobleza: sus miembros, es verdad que por la mayor parte estaban sumidos en la ignorancia, y apenas sabían aquella jerga teológico-moral que se les exige para ascender en el sacerdocio; pero, en fin, los clérigos sabían escribir, tenían alguna instrucción, y entre ellos se encontraban hombres eminentes en todos los géneros del saber humano; cosa bien rara de encontrarse entre la nobleza, si no es que exceptuamos a un Conde de Toreno y uno que otro parecido a éste. Pero aunque en el clero se hallaban luces y conocimientos, eran muy temibles por otro lado para que a fuer de propietarios se hubieran quedado solos con los nobles para dictar las leyes; pues dominando en ellos más que en ninguna clase el espíritu de cuerpo, no habiendo aun sacudido las cadenas del fanatismo, poseídos del celo más ardiente por la causa de su religión divina, y más al cabo de las cosas humanas que los nobles y grandes; no hay la menor duda, que con semejante contrapeso, muy fácil les hubiera sido convertir el congreso

legislativo en una verdadera asamblea eclesiástica, en un concilio, en donde apenas habrían tratado de la felicidad social, a trueque de asegurar las bases de la creencia y de ensanchar la esfera de sus escandalosas inmunidades. ¡Pobre España, y pobre cualquiera nación cuyos derechos hubiesen sido encomendados privativamente al clero y a una nobleza como la española! ¿Cuándo se hubieran declarado entonces a la faz del mundo aquellas verdades luminosas, que con su brillo hacen cerrar los ojos a la chusma de preocupados? Aquellas verdades en donde están asignados los derechos de los pueblos, los deberes de los reyes y de sus ministros, ¿cuándo se hubieran dado a luz? Los eclesiásticos, como más instruidos que los nobles, los hubieran paladeado con privilegios y concesiones, que lejos de perjudicar a sus intereses, servirían para asegurarlos, y hasta hubieran logrado que el mismo cuello de los grandes españoles se les doblara para recibir las prisiones; sí, no hay que dudarlo: ésta ha sido la divisa que en todas épocas ha distinguido a estas gentes: la *astucia* y el *fanatismo*; siempre se han valido de la primera para establecer esto último. Si aun en España, en las Cortes generales y extraordinarias, donde los eclesiásticos estaban tan contrapesados por el gran número de diputados seculares, vemos que para introducir cualquiera mejora en puntos de disciplina eclesiástica, como por ejemplo en la discusión del memorable decreto que enterró al Santo Tribunal, en cuyo caso fue necesario que la elocuencia varonil de un Mejía, el saber profundo de un eclesiástico como Torrero, el fuego y erudición del clérigo Ruiz Padrón superasen el sinnúmero de dificultades que oponían muchos diputados eclesiásticos; si esto fue estando obligados a no salir a la raya del deber, ¿qué hubiera sido si se les hubiera dejado con la nobleza, quedándoles el campo por suyo? Concluyamos, pues, que los diputados en 1812, no sólo no son culpables por no haber exigido la propiedad para votar, ni ser votado, sino que procedieron con una discreción digna de alabanza; más digo, que a haberse manejado de otra suerte, todo se hubiera echado a perder; entonces sí que hubieran inmolado la Patria en las aras impuras de la nobleza y del clero.

Claro está que hasta aquí los diputados constituyentes trataron de asegurarnos el uso de los derechos políticos; pero pusieron un gran obstáculo con el sistema de elegir que establecieron. Con efecto, nadie podrá negar que si no se establece un plan de elecciones, en las que todo el pueblo pueda fácilmente dar su sufragio, de muy poco servirá que la mayoría goce de los derechos políticos, cuando no puede ponerlos en ejercicio. El único modo, pues, de asegurar los derechos políticos es que las elecciones sean de manera que todos o casi todos los ciudadanos puedan fácilmente sufragar; quiere decir, que mientras más populares sean las elecciones, tanto más nos afianzarán el goce de los derechos políticos. Faltó este complemento tan esencial a los sabios constituyentes, pues establecieron un sis-

tema de elegir el más complicado, y, por lo mismo, el más antipopular que pueda imaginarse. Verdad que en gran parte se debió esto al estado en que se hallaba la gran masa de la Nación, que ignoraba hasta los rudimentos del arte de leer y de escribir, y se vieron forzados a acudir a un secretario que gastase cuando menos seis minutos por cada votante, en apuntar treinta y dos nombres. Todo esto es disculpable, porque no pudo ser de otra suerte. Pero pregunto, ¿a qué fue establecer que el pueblo eligiera primero compromisarios, éstos, electores de parroquia, y éstos, de partido? ¿No parece que casi de intento se subieron tantos escalones para alejar la popularidad? Se desconfiaba no sólo de que el pueblo eligiese buenos diputados a Cortes, pero ni siquiera electores de parroquia y de partido. Y ¿cuáles eran los motivos de esta desconfianza? Yo no lo sé; pues el pueblo, aun suponiéndole ignorante, por rareza se engaña en la elección de sus representantes: la historia toda así lo atestigua, como lo han observado Machiavelli y Montesquieu. Así, pues, en esta última parte, no hallo medio de disculpar a los constituyentes, pues con su repetido *alambicamiento* llegaron a desvirtuar casi del todo la influencia del pueblo.

Muy justo, justísimo, que tan alta dignidad, como es el ciudadanía, no sólo se restrinja a tales personas que reúnan ciertas condiciones, sino también debe privarse de ella a aquellos individuos que por sus crímenes y maldades se hacen indignos de vivir entre hombres: es inútil que nos detengamos en cosa de tanto bulto, cuando nadie ignora que el criminal es un miembro podrido de la sociedad, y que ésta en consecuencia debe negarle sus distintivos.

Asimismo es muy conveniente, y ha sido muy justo, como dijimos al principio, que la ciudadanía se haga apetecible, y que a los extranjeros no se les conceda con tanta facilidad como a los nacionales, siendo la razón el mayor interés que han de tomar estos últimos por el país de su nacimiento: este es un principio que lo han consagrado todos los códigos constitucionales; pero amontonan tantas y tales condiciones como reúne el artículo 20 de la Constitución española. ¡Ah! Eso prueba una desconfianza ilimitada, eso es querer que los pueblos se miren para siempre con mutuo sobrecejo, eso es querer que la España, que más que ninguna nación necesitaba de hombres y de industria, se pasasen siglos sin conseguirlos, eso es querer... pero no, no increpemos tan amargamente la conducta de los sabios cuanto bien intencionados legisladores de 1812. Nunca olvidemos que se hallaban en una coyuntura, la más apurada del mundo, cuando redactaban la Constitución. La España toda estaba invadida y asolada por los ejércitos franceses, mandados por el infiel Napoleón, que con la más vil traición había arrancado a Fernando VII del seno de sus súbditos, de quienes era entonces el ídolo, pues era un joven desgraciado, que apenas empezara a gobernar cuando fue seducido por los encantos de la engañosa serpiente. Esta

acción tan atroz, los derechos del pueblo atacados, cautivo su idolatrado Fernando, fueron motivos suficientes para que el pueblo en masa se subleva a reconquistar su independencia atacada por el tirano de la Europa: encendióse en los pechos de todos la sagrada llama del patriotismo, y junto con ella nació el odio y execración a los franceses y a su nombre. ¡Infeliz del diputado que en aquella época se atreviera a decir siquiera que los franceses serían con el tiempo ciudadanos españoles! Mil puñales se hubieran levantado para clavarse en su pecho. Ni ¿cómo habían de ser ellos tan insensatos que quisiesen extinguir ese rencor, cuando a él eran deudores de cuanto bueno se hacía por libertar a la Nación, cuando ellos mismos estaban reducidos al estrecho recinto de Cádiz, dictando leyes debajo de las bombas? Mas yo estoy viendo que, por excluir a los franceses, se hizo la mayor injusticia, pues casi todas las naciones de Europa, enardecidas del baldón que su común tirano infería a la España, volaron en su auxilio, hicieron sacrificios extremados por la independencia española. Díganlo si no las tropas inglesas, portuguesas y alemanas que, a la par de los bravos españoles, morían en el campo del honor, combatiendo por su libertad y la de Fernando: la Inglaterra no sólo suministró tropas, pero aun socorros pecuniarios; ¿cómo, pues, se faltó de esta manera a las santas leyes de la gratitud, poniendo a los extranjeros tantas cortapisas para subir a la ciudadanía? Lo repetimos con dolor: forzoso fue sucumbir a la ley más poderosa de las circunstancias: era indispensable alejar a los franceses, y en una constitución política hubiera sido una indecencia, una irrisión haber andado con excepciones.

Podemos también agregar que uno de los motivos en que el artículo 20 se estableciera como está, es aquella antipatía que han manifestado los españoles casi siempre por los extranjeros de toda nación: no es difícil atinar con la causa de este fenómeno político: a mí me parece que debe atribuirse a la intolerancia religiosa, a la falta de comercio y al espíritu antiviajero que engendra dicha falta. Muy pronto nos convenceremos de lo primero, si atendemos a que el espíritu de todas las creencias propende a mirar como enemigos declarados a aquellos que difieren en los principios de la religión. Más diré: aquellos pueblos en donde se ha introducido ya la tolerancia religiosa, son considerados por los intolerantes como la mansión del veneno de la herejía que a todos ha emponzoñado: empresa hubiera sido hacer creer a un español vulgar que un francés o un alemán podía ser tan católico como él, pues luego respondiera: “en Francia y en Alemania hay protestantes; con que todos éstos tienen alguna tintura de Lutero, y no conservan como nosotros pura e inmaculada la fe de nuestros abuelos”. Si el comercio, este gran agente de la ilustración, hubiera venido a España a difundir sus dones, sin duda que habría disminuido mucho ese espíritu de intolerancia, que por lo regular es un espíritu de

prevención; de forma que lográndose por el comercio que los hombres se traten y se conozcan mutuamente, van perdiendo en su tenacidad aquellos hábitos y preocupaciones envejecidas. Últimamente con la benigna influencia del espíritu mercantil se hubiera extendido el deseo de viajar, y habiendo los españoles visitado distintas regiones, estudiado el carácter de distintos pueblos, y puéstose en las mismas circunstancias de las naciones que querían conocer, hubieran aprendido a ser tolerantes, se les hubiera caído el moho de las antiguas preocupaciones; porque, desengañémonos, decía uno de los primeros filósofos de nuestros días, los hombres serán intolerantes, mientras no vean más que el campanario de su aldea; con los viajes, lograrán además la adquisición de nuevos productos y riquezas que aun están por beneficiar: el comercio y las mutuas relaciones irán por grados haciendo olvidar la ominosa distinción de *extranjeros* y nacionales: tal vez llegará un día, en que establecidas numerosas familias extranjeras en el territorio español, se siente un inglés o un francés en el congreso legislativo, en virtud de la elección de sus hermanos: entonces se borrará de los diccionarios la palabra *extranjero*, y sólo se tributará su merecido galardón a las virtudes y al saber: los dulces acentos de la paz y de la fraternidad se oirán por doquiera en vez del estruendo espantoso de las armas, que produjera en un tiempo sólo la palabra *extranjero*; y las naciones entrando en sus verdaderos intereses, aumentando la esfera de sus goces, mirándose como los hijos de una sola familia, recogerán en abundancia los copiosos frutos de la ilustración y del comercio de que hasta ahora les ha privado su intolerancia y aislamiento. Acaso en tan venturosa época los legisladores de los pueblos no serán tan desconfiados de la capacidad de sus comitentes, ni tendrán que ser tan condescendientes, porque no habrá preocupaciones que extirpar. ¡Días venturosos de prosperidad y de gloria! Representantes futuros del pueblo español, padres de la Patria, recordad lo que tanto encarecía el grande y desgraciado Jovellanos: *removed obstáculos*, abrid las puertas de la ciudadanía, manifestad que os han alumbrado las luces del siglo XIX, y veréis como con pasos agigantados nos acercamos al ansiado reinado de la ilustración y de sus inseparables compañeras la abundancia, la paz y la unión.

Habana, 14 de noviembre de 1822.

II

**OBSERVACIONES SOBRE LAS CÁRCELES EN
EUROPA Y ESTADOS UNIDOS DE AMERICA**

*(Extractadas de un voluminoso artículo
publicado en Londres.)*

*(Memorias de la Sociedad
Patriótica, t. I, 1836.)*

Por fortuna en el día está universalmente admitido el axioma de que la suavidad del castigo es el mejor medio de disminuir los delitos. Un principio tan consolador ha logrado sobreponerse a los crueles códigos que formaban el legado que nos quedaba de los tristes siglos de barbarie y es satisfactorio considerar que dondequiera que se haya hecho una aplicación de él, se han sentido también sus benéficos efectos. Los escritos de Beccaria, Pastoret, Bentham y otros publicistas célebres, han contribuido mucho a esparcir luz sobre una materia tan interesante, y esclarecídola con razones tan poderosas y convincentes, que casi todos los gobiernos cultos han revisado sus leyes penales, y otros se disponen a seguir este ejemplo. ¡Cuántos títulos tienen a nuestra gratitud aquellos sabios que con su talento han abogado por los derechos de la humanidad, y los legisladores que se han dignado escuchar los consejos de la razón y de la experiencia!

Hombres ilustrados y animados de una santa y juiciosa filantropía han recorrido la Europa, no para admirar palacios y monumentos, sino para visitar las moradas de la miseria. Han descendido a las cárceles de todos los pueblos para hacerse cargo de sus abusos, vicios y vejaciones y para buscar los medios de hacerlas menos horrendas a los que están condenados a habitarlas siempre, menos corruptoras para los que las ocupan temporalmente, y menos peligrosas para la sociedad.

Howard fue el primero que dio este generoso ejemplo. Hasta su tiempo se había prestado muy poca atención a la condición de los presos, o

mejor decir, se hallaban éstos a merced de crueles leyes de los siglos anteriores, y entregados al capricho de los alcaides y sus subalternos. Aquel hombre lleno de filantropía recorrió varias veces la Europa con el único objeto de examinar el estado de sus principales cárceles, hospitales, etcétera, y de proponer, con pleno conocimiento, mejoras capaces de aliviar la suerte de los desgraciados que tienen que habitarlas. Publicó el resultado de sus observaciones que fijaron la atención de las almas sensibles; y los medios que sugirió, despertaron el interés de todos, incluso los hombres de estado.

Demostó que hasta entonces no había podido conseguir la autoridad los objetos que se proponía; que la arquitectura de las cárceles no era adecuada en general, y la de muchas absolutamente contraria al intento con que se edificaron; que el régimen que se observaba en casi todas ellas minaba la salud de los presos; y que la disciplina, en lugar de corregirlos, sólo servía para corromperlos. A fin de remediar males de tanta gravedad y trascendencia, propuso Howard la erección de edificios sobre un nuevo plan,⁴ recomendando especialmente, después de dar excelentes reglas para su seguridad, que se eligiese una situación saludable, y que se construyesen, como los hospitales, en los parajes más ventilados y fuera de las poblaciones. Luego insiste acerca de la necesidad de celar sobre el aseo de las habitaciones, la ropa y comida de los presos; y hace ver que es el interés de los gobiernos mantenerlos bien. Pero al mismo tiempo indica que es un deber de la sociedad el proveerlos suficientemente de ropa, de buenos y abundantes alimentos, y sugiere también los medios de evitar gravámenes al público. Expone al efecto que como requisito indispensable se introduzca un trabajo metódico en las cárceles, con cuyo producto se han de cubrir los gastos y aun excederlos con el tiempo. Mas para que sea eficaz, añade que una rigurosa clasificación, tanto con respecto a las cualidades físicas como morales de los presos, debe preceder a la distribución de las ocupaciones; y que combinadas éstas con un trato humano y con la instrucción, en especial religiosa, que aconseja se les dé, saca por resultado infalible que así se logrará poner una sólida barrera a la excesiva propagación del crimen y corregir a muchos delincuentes, para que vuelvan a ser útiles miembros de la sociedad.

Los desvelos de Howard no han sido infructuosos. Otros muchos siguieron su ejemplo, y el resultado ha sido que en varios países se ha dedicado últimamente todo el esmero imaginable para reducir a la práctica sus

4. El mejor que se conoce y que se haya realizado en algunas cárceles de los Estados Unidos e Inglaterra con el mejor suceso, es el meditado por el ilustre Bentham, denominado *panóptico*. Ha hecho la descripción de él en su famosa obra "Théorie des peines et récompenses", etcétera.

saludables miras. Echemos una ojeada sobre el estado de varias cárceles de Europa y América. Tal vez no será perdido este trabajo para la causa de la humanidad.

Lo que el señor Cunningham dice acerca del estado de las cárceles de la Suiza, corresponde con la idea que se habrá formado de aquel país. La Suiza es fértil y provee a sus habitantes de cuanto es necesario a la vida. Éstos son industriosos, medianamente ilustrados, pero humanos y juiciosos, por sus antiguos hábitos de libertad; es un país, en fin, en que reinan algunas costumbres bárbaras, como en todos aquellos cuya legislación fue arreglada en la Edad Media. Esta nación debe poco al progreso de las luces, y todo a antiguas y buenas costumbres. De consiguiente bastan estas observaciones para anticipar el juicio sobre sus cárceles. Los presos son allí bien alimentados, y aun con demasía en algunos parajes, donde reciben raciones tan abundantes que les es permitido vender el sobrante, pero el aire es escaso y malsano, bien sea en razón de la localidad de los edificios, siempre mal situados, o por efecto de un indigno desaseo que la administración no trata de remediar. Los presos están ejercitados; y el trabajo, medio tan poderoso de remover los vicios cambiando los hábitos, no se ha omitido. Esto era de esperar en medio de un pueblo laborioso; pero la elección del trabajo es mala, y su distribución se hace de un modo poco conveniente, sea con respecto al estado actual de los presos o a su futura mejora. La instrucción es ninguna. Casi todos los ejercicios religiosos consisten tan sólo en una práctica de simple aparato. La disciplina es arbitraria, cruel e ineficaz. En este sentido el alcaide puede azotar a los presos y aun emplear la tortura, que todavía subsiste. Ultimamente, no hay la menor clasificación, porque las localidades no lo permiten. Las cárceles son antiguas torres o castillos, monumentos de la Edad Media. El señor Cunningham refiere haber encontrado en una de aquellas cárceles a una joven de diecinueve años condenada a cuatro meses de arresto por un pequeño robo, reunida en un mismo cuarto con las mujeres más corrompidas. Esta deplorable práctica de confundir todas las gradaciones del vicio, que produce en poco tiempo una depravación completa, no es privativa de la Suiza; al contrario, es demasiado común en casi todos los países. Asegura también el señor Cunningham haber visto en otra a un hombre encadenado al pie de una cama: había dos meses que esperaba allí la terminación de la causa criminal que se había suscitado contra él y que no debía verificarse hasta al cabo de algunos meses.

Por las noticias más recientes de los viajeros se sabe que las cárceles de Holanda están montadas casi sobre el mismo pie que las de Suiza. Sin embargo, hay alguna diferencia, sobre todo por lo que toca al aseo, que no podía menos de haber penetrado en las cárceles de un país como la Holanda, en que la naturaleza del terreno ha obligado a sus habitantes a recurrir

a una extremada limpieza para conservar su salud. Además, en un pueblo tan eminentemente mercantil y rico había más necesidad de asegurar bien a los delincuentes y más recursos para hacerlo con provecho. Se agrega a esto que allí ha seguido el espíritu público la marcha de las luces en toda su amplitud; y así se observan también mejores edificios para la seguridad de los criminales, alguna clasificación más individual, y un trabajo más proporcionado y mejor distribuido. La adopción del código penal de Napoleón, cuando era Holanda provincia del imperio francés, y la ejecución de otros reglamentos expedidos por aquel monarca ilustrado acerca del régimen de las cárceles, han contribuido asimismo a mejorar la suerte de los presos.

En la mayor parte de las cárceles de Alemania aun no se separan los acusados de los sentenciados, y sólo en algunas se ha logrado dividir los últimos en dos clases. En Austria hay excelentes cárceles de corrección; y me he instruido con gusto, por la Gaceta Ministerial de Berlín, que en las de Prusia se han introducido mejoras considerables. La *Casa-fuerza* de Neugast, en el círculo de Stettin, está colocada en una isla hecha a propósito con este objeto. Es administrada por una comisión que se compone de un director, un eclesiástico, un comisario de justicia, un médico y un tesorero; y su manejo inmediato se halla a cargo de un inspector, un mayordomo y un contador. La cárcel está dividida en tres partes, o más bien forma tres casas separadas. Las dos primeras divisiones contienen los presos aherrojados, cuyos vestidos son de color pardo y amarillo; en la tercera división se hallan los no aherrojados, que tienen vestidos enteramente pardos. El régimen es paternal, y sus alimentos consisten en sopa, pan, legumbres y cervezas. Los que trabajan reciben también un poco de aguardiente. Los gastos de subsistencia se avalúan y se deducen de lo que cada preso gana con su trabajo. El sobrante se le reserva para cuando sale libre; y si el individuo es condenado a prisión perpetua, entonces sirve para suministrarle mejores alimentos, en el caso de conducirse bien. Los trabajos son muy variados, según la capacidad de los presos. Una parte de ellos se ha empleado en concluir el edificio, y en seguida se destinan a cultivar el terreno, que pertenece al establecimiento. El preso que se conduce mal es juzgado por la comisión antes de ser castigado. El castigo consiste en un arresto más severo, en privación de alimento o del jergón de paja que le sirve de cama y en suspensión del trabajo; este último lo consideran los mismos presos como el mayor de todos. La sumisión a los reglamentos de la casa se recompensa con un poco más de libertad en los días de fiesta, algunas horas más de descanso, su traslación a otro departamento más cómodo y la introducción en sociedad con aquellos que son tratados con más dulzura. En la primera división hay 31 hombres y 8 mujeres, en la segunda 51 hombres y 45 mujeres, y en la tercera 92 hombres. Suma total, 233. Cada preso costó el primer año 37-1/3 escudos de Prusia (206 rs.); y el

total de gastos de la casa, 7 931 escudos (43 620-1/2 rs.). Teniendo presente los progresos comparativos de la civilización, puede suponerse que este establecimiento es hoy de lo mejor de su clase en Alemania.

La destrucción de la Bastilla, a que dio lugar la revolución de Francia, ha tenido en este país un influjo benéfico sobre el estado de las cárceles, como lo tendrá la abolición de la Inquisición en España y América. Pero los abusos antiguos se desarraigan con suma lentitud porque la costumbre nos hace mirar con veneración lo que apreciaban nuestros antepasados. De otro modo sería inexplicable la lastimosa situación de las cárceles de muchos países cultos, en donde la importancia de la reforma es tan conocida como fáciles los medios de efectuarla. Napoleón, a pesar de su sistema despótico, mejoró mucho las leyes penales de Francia. Su código criminal es el monumento más glorioso y duradero de sus vastas miras. Entre la multitud de decretos que se expidieron en tiempo de su administración acerca del régimen y disciplina de las cárceles, se encuentran artículos que hacen honor al entendimiento y al corazón de aquel hombre extraordinario. Con sumo gusto llamamos la atención de nuestros lectores a los decretos de 27 vendimiario y 19 pradial del año 10^o. En otro, de 30 de enero de 1810, que contiene disposiciones generales y particulares acerca del régimen interior y la disciplina de las cárceles, después de establecer excelentes reglas para la seguridad de los presos y la conservación del orden, exhorta encarecidamente a los alcaides para que respeten los derechos de los presos y les den buen trato, bajo las más severas penas en caso de contravención. El artículo 12 especifica que “desde el primero de abril hasta el primero de octubre se hagan las camas y se barran, limpien y ventilen los cuartos y dormitorios de los presos no sentenciados, a las nueve de la mañana; y el resto del año, a las diez”. En el artículo 49 se previene que los presos sentenciados se levanten en el mismo orden a las cinco de la mañana en verano, y a las siete en invierno. Se les concede la primera hora en ambas estaciones para que hagan aquella operación antes de ir al trabajo. Éste se fija de las seis de la mañana a las siete de la tarde en verano, y de las ocho a las cuatro en invierno, con los intermedios correspondientes para la comida, y media hora, o más, de receso, suspendido que sea el trabajo. El artículo 23 prohíbe todo género de compra o venta a los presos, sea entre ellos, o con los empleados de la cárcel, so pena de confiscación de las especies, la de un encierro más o menos severo, según la gravedad del caso, y destitución a los empleados que contravinieren. En el 24 se prohíbe a toda persona residente en la cárcel que preste dinero a cuenta de prendas empeñadas, advirtiendo que no será reconocida ninguna deuda usurera de esta u otra naturaleza. En el 25 se señalan castigos de larga reclusión a los jugadores de suerte; y estos juegos, bajo cualquiera denominación, se prohíben absolutamente. En el 26 se recomienda a los

alcaldes que tengan especial cuidado en clasificar a los presos, según los géneros de delitos de que sean acusados o hubiesen cometido, según sus edades, y nunca se confundan los jóvenes con los demás; antes bien se coloquen en un edificio separado. En el 27 se ordena el mayor celo en la enfermería y con los enfermos, y que se tenga toda consideración con los arrestados por deudas, concediéndoles a precios moderados cuartos aparte y otras comodidades, si pueden pagarlas; pero impidiendo de todos modos que se mezclen con los que no pertenezcan a su clase. En el 29 se prohíbe a los alcaldes que empleen, bajo ningún pretexto, en su servicio personal a los presos. En el 43 se dispone que dichos alcaldes den inmediatamente parte a la prefectura de policía de cualquier castigo que en caso urgente hubiesen tenido que aplicar, individualizando el grado de severidad, los motivos, etcétera, y autoriza a los castigados para que dirijan al mismo tribunal las quejas que puedan tener. En el 51 se ordena que los alcaldes en persona activen el trabajo en cuanto sea posible y que mensualmente presenten el estado de los talleres, sus productos, etcétera. El 62 dice: “los vedores que se nombren a este intento, enseñarán a los jóvenes a leer, escribir y contar; los harán trabajar, y los llevarán a misa si son católicos, teniéndolos en la capilla, como en otra parte, separados del resto de los presos”. Insertaríamos todo entero este decreto, prácticamente filantrópico, si lo permitiesen los límites que nos hemos prescrito.

En 3 de marzo del mismo año se publicó otro decreto imperial, igualmente humano y benéfico, concerniente a las cárceles destinadas a contener los reos de estado. Después de sentar la necesidad de semejantes establecimientos para la conservación del orden público, se establece que nadie podrá ser condenado a una cárcel de estado sin previo examen de su caso por el gran juez ministro de justicia y el ministro de policía, reunidos al consejo privado,⁵ que debe convocarse con este objeto para pronunciar la sentencia. Cuatro votos a favor del acusado bastan para libertarle. Además se declara que se presente anualmente al emperador mismo una razón circunstanciada de los individuos existentes en ellas, especificando todo cuanto puede contribuir a la indulgencia.

Por último, se recomienda a los alcaldes que se esmeren en darles un buen trato en todo; y se reduce el número de las cárceles de estado a ocho en toda la extensión del imperio, que entonces comprendía la Italia, la Holanda y parte de la Alemania.

Si se considera que las cárceles francesas, antes de la revolución, eran fatales, y que la inestabilidad de aquellos gobiernos populares impidió el

5. El consejo privado constaba de 16 miembros, elegidos entre las primeras, más independientes y distinguidas personas del país.

establecimiento de formas duraderas, se hará la debida justicia a la filantropía de Napoleón bajo este aspecto. Si se ha de deducir lo que hubiera hecho por lo que hizo, y se da crédito a lo que refiere el Conde de las Casas sobre sus intenciones después del restablecimiento de la paz, nos satisfaremos de que meditaba grandes mejoras en orden a las cárceles. Las Casas había recorrido las cárceles y hospitales de Francia como visitador, y tuvo ocasión de recordar a Napoleón en el destierro algunos de los abusos que entonces observó: “Amigo mío,⁶ le dijo Bonaparte, después de detenerse algún tiempo sobre lo que acababa de oír, es necesario, ante todo, convenir en que los abusos son inherentes a toda la sociedad humana: ya ve V. que la mayor parte de los que menciona han sido cometidos precisamente por los mismos que tenían obligación de impedirlos. ¿Que remedio había, no pudiendo yo verlo todo?... Uno de los sueños que me ocupaban para cuando hubiese terminado a satisfacción nuestras campañas militares y restituídoma al centro del Imperio a respirar con descanso, era buscar una docena o media de verdaderos filántropos, de aquellos hombres honrados que sólo viven para el bien y para practicarlo. Los hubiera diseminado por el Imperio. Ellos lo habrían recorrido en secreto para darme cuenta de todo y merecido el sobrenombre de *espías de la virtud*. Siempre los habría recibido yo en persona. Hubieran llegado a ser como mis confesores, mis directores espirituales; y mis decisiones, así guiadas, hubieran constituido mis ocultas obras de caridad.” Más adelante manifiesta Las Casas que su decreto acerca de la organización de las cárceles de estado había disminuido su popularidad entre los aristócratas de Francia y otros países de Europa, por sus principios liberales. Con este motivo entró Napoleón en algunas particularidades relativas al respeto que siempre profesó a la seguridad individual. “Lo cierto del caso es, dijo, que al tiempo de mi caída no había más de 250 presos en las cárceles de estado, y encontré en ellas 9,000 cuando ascendí al Consulado. Recórrase la lista de los que se hallaron en ellas; averígüense las causas de su detención, y verán mis calumniadores que casi todos merecían la pena capital, a que habrían sido condenados en juicio, y para quienes de consiguiente fue un beneficio el arresto a que los sentencí”.⁷

Aún hay grandes imperfecciones que remover para que las cárceles de Francia puedan ponerse al nivel de las de nueva creación en Inglaterra o en los Estados Unidos, las mejores que se conocen, y donde, a pesar de esto, se trabaja incesantemente para darles el grado de excelencia de que son susceptibles.

6. Memorial de Santa Elena, por el Conde de las Casas. Tom. III, 5ª Parte. Londres, 1823.

7. Lástima que hasta después de la muerte de Napoleón no hayamos visto adornada su guerrera frente con estas y otras semejantes coronas que le han prodigado sus entusiastas historiadores.

Los extractos que insertamos a continuación prueban, no obstante, que el actual gobierno de Francia dedica la más seria consideración a la mejora de las cárceles y a la condición de los presos. “Tenemos el gran placer de anunciar (se lee en la relación de la sociedad inglesa establecida para perfeccionar la disciplina en las cárceles, etcétera), que se ha creado una asociación para la reforma de las de Francia. Al efecto se expidió un decreto en que se fijan los reglamentos, y el Ministerio circuló esta noticia a todos los departamentos, con varias cuestiones sobre la materia, a que han contestado los magistrados. Con el mismo objeto se dividió el Consejo General en secciones, y cada una ha presentado su relación sobre los respectivos asuntos sometidos a su investigación. Del resultado de estas observaciones, se propuso lo siguiente: 1º *Casas de policía municipal* por delitos que sólo merecen cinco días de detención. 2º *Casas de arresto* para asegurar al acusado, y encerrar a los sentenciados por menos de un año. 3º *Casas de justicia* para aquellos que están para ser juzgados en los tribunales. 4º *Casas de corrección* para jóvenes que no tengan 21 años y estén condenados a más de uno de encierro (de estas hay diecinueve existentes). 5º *Casas centrales de detención* para guardar a las mujeres y los viejos condenados a los presidios (bagnes). En estas últimas hay sobre 20,000 presos; y en ellas y las casas de corrección están obligados a trabajar. Los presidios (bagnes) están bajo la dirección del Ministro de Marina. Aquel documento contiene también un bosquejo de las leyes relativas a las cárceles, y una razón individual de aquellas en que subsisten abusos bajo los títulos de *salud, alimentos, separación, trabajo, enfermerías, ropa, instrucción religiosa y construcción de edificios*. Se infiere además que el Gobierno debía conceder a este fin una considerable cantidad de dinero, aun cuando para ello se aumentasen las contribuciones señaladas a cada departamento. En el apéndice del citado documento se especifica el número de presos, los delitos que motivaron su sentencia, la situación en que están colocados, el trabajo que han ejecutado y su producto. Esta clasificación de cárceles que se ha establecido en Francia, es buena, pero demasiado costosa; porque las mismas ventajas pueden lograrse teniendo en una sola todas las especies imaginables de presos, con tal que se construya conforme al plan moderno, esto es, de inspección central y completa. Así se ahorra mucho dinero, cuya falta es uno de los principales inconvenientes, que obstruye la generalización de nuevas cárceles; y estorba de consiguiente en gran manera la difusión del nuevo régimen y disciplina, cuyos resultados han producido ya tanto bien, y que deben ser aun más útiles.

Que en un país como la Inglaterra, nodriza de la libertad, haya leyes penales tan defectuosas como las que existen es una de aquellas contradicciones raras que presentan las obras de los hombres. Es cierto que el buen

sentido y la integridad de los jueces suple a la monstruosidad del tenor literal de muchas; pero mientras no sean revocadas permanecen en vigor y pueden aplicarse. Mas los obstáculos de una legislatura tortuosa no ha impedido que el espíritu público se desplegara altamente en favor de los presos. Desde el tiempo de Howard se han formado varias sociedades benéficas, ocupadas en los medios de disminuir la miseria de las cárceles y los presos.⁸ Lo contrario habría sido una excepción de la ilustrada humanidad del pueblo inglés, su distintivo tan antiguo como eminente, y que resalta a la vista del viajero en los establecimientos de beneficencia que hermocean este país; donde su buena conservación y la decencia de sus habitantes se miran, y con razón, con más orgullo, que, en otras naciones, los palacios de los reyes y el brillo de las Cortes. En la Gran Bretaña la virtud no es un nombre vano, aquí se encuentra una piedad bien entendida. Dar limosna es innecesario y aun perjudicial⁹ porque no hay clase alguna de menesterosos, para quienes, en un orden natural de cosas, la previsión inglesa no haya establecido un asilo. Lo más admirable es que los establecimientos de Beneficencia, templos erigidos a la consoladora caridad, cuyo número y grandeza asombran al observador, sean aquí obras de sociedades particulares, cuya existencia y fomento dependen en gran parte de la generosidad pública. Pero los recursos que esta virtud pone en acción parecen inagotables, y la autoridad contempla embelesada los sacrificios de sus súbditos, empeñados sin cesar en aligerarles así el peso de sus obligaciones.

El estado de abandono comparativo de las cárceles inglesas hasta fines del siglo pasado debe atribuirse a la antigüedad de las instituciones a que estaba habituada la nación, más bien que a una omisión de intento. Para hacer la debida justicia a los esfuerzos hechos últimamente en Inglaterra para las reformas de las cárceles, sería necesario pasar primero revista a los infinitos y arraigados abusos que una sucesión de generaciones había sancionado con su aprobación. Basta considerar el gran número de cárceles nuevas que se han construido para poder juzgar el grado de empeño que se ha desplegado en la prosecución de tamaña reforma. Los fondos municipales y las suscripciones siguen fomentando diariamente la erección de cárceles conforme al nuevo plan. Desde que Howard dirigió la atención de sus compatriotas a esta materia, han competido todas las cla-

8. En cada condado o provincia hay una de estas sociedades, corresponsales de la principal, que reside en Londres, a quien presentan relaciones anuales acerca del estado de las cárceles y de los presos, las mejoras que han hecho y otras observaciones útiles.

9. La ley sobre vagancia (*vagrant act*) comprende a los mendigos y autoriza a los magistrados a castigar a cualquiera que se encuentre pidiendo limosna, con algunos días o meses de encierro, según la más o menos robustez del infractor y otras circunstancias accesorias.

ses en señalarse con erogaciones cuantiosas los unos, y los otros con su talento, para borrar una mancha que obscurecía tan bellas instituciones. Las señoras, los cuáqueros y los eclesiásticos han sobresalido especialmente por su celo en efectuar tan dificultosa como útil reforma. Miss Fry fue la primera que dió este benéfico ejemplo.¹⁰ “Habiendo entrado en Newgate, la conmovió de tal modo el doloroso espectáculo que se presentó a su vista que concibió el proyecto de instruir y consolar a algunas de las desgraciadas presas. Sus parientes y amigos, y aun los magistrados, trataron de disuadirla con razones especiosas de que sus afanes serían inútiles, atendida la arraigada corrupción de las criminales; pero ella insistió, y acompañándose con otras señoras, comenzó el ensayo. El buen suceso de éste aumentó el número de las bienhechoras; y todas unidas lograron con su constancia vencer los grandes obstáculos que mediaban. Si una reunión del débil sexo ha realizado una obra tan difícil y tan meritoria, es necesario convenir en que la sensibilidad de esta bella porción del género humano, frecuentemente mal dirigida, pero amable hasta en sus desvíos, es un instrumento poderoso de la moral y del bien público, cuando se maneja por una razón sabia e ilustrada”.

“Sin embargo, los resultados de aquellos experimentos no son completamente satisfactorios. ¿Pero era de esperarse lo que han hecho estas respetables señoras? Sin auxilios, batallando a cada paso con dificultades sin número, han logrado regenerar a los presos y convertir en un lugar decente una cárcel que, según la expresión de Buxton, presentaba la imagen de los lugares infernales. Aun puede decirse que hicieron más, pues han restituido el pudor a mujeres que lo habían perdido; las han inspirado la esperanza de vivir bien, y con ella el valor de hacer la prueba, valor que en estos casos, equivale a la consecución misma. Estas señoras merecen el homenaje del mundo entero”. Acepten, pues, nuestro débil tributo de admiración, y pueda su ejemplo ser imitado.

Tal vez será oportuno tocar ligeramente algunos de los más chocantes abusos que existían hasta 1818 en varias de las antiguas cárceles inglesas, aunque han sido reemplazadas por otras, según el nuevo plan. La descripción que el mismo Buxton hace de la cárcel de Bristol prueba que en este país privilegiado subsisten todavía abusos capaces de llenar de lástima al corazón menos sensible.¹¹ Había en ella cerca de 150 presos, de los cuales 63, acusados o sentenciados, sanos y enfermos, estaban confundidos de día todos en un corral que tenía 20 pies de largo, sobre 12 de ancho: entre ellos había 11 niños que parecían no haber estado mucho tiempo separados del regazo de sus madres. De noche se amontonaban en cuartos destinados a

10. Extractado de la *Revista Enciclopédica* en aquella época.

11. Esta cárcel ha sido posteriormente suprimida y en su lugar se edificó otra excelente.

no contener más de una quinta parte de los que entonces se encerraban allí. Todos los acusados o convictos de felonía¹² (dice), cargados de pesadas cadenas; andrajos asquerosos cubrían la desnudez de casi todos, que presentaban con corta diferencia, una pintura de la mayor inmundicia y de una quebrantada salud; de modo que era fácil adivinar por sus semblantes el tiempo que habían estado encerrados.

Pero volvamos la vista a escenas más lisonjeras; contemplemos el estado de las cárceles de nueva creación y que han servido de modelo a las que gradualmente van sustituyendo a las antiguas. La cárcel de la ciudad de Maidstone, en el condado de Kent, construida poco tiempo ha, tiene capacidad para contener más de cuatrocientos presos. Para cada uno hay un cuarto separado para dormir, en el que se le encierra de noche. De día se pueden reunir en salas parecidas a refectorios, que se calientan en invierno, o pasearse libremente en los grandes patios que comunican con las salas. Este establecimiento está dividido en un gran número de secciones, que comprenden una multitud de salas y patios diferentes, en que los presos sentenciados o acusados de un mismo género de delito se encuentran reunidos. A algunos de esta especie de refectorios se ha agregado un pórtico para que puedan pasearse cuando hay mal tiempo. La cárcel de Maidstone, como la mayor parte de todas las de Inglaterra, reúne bajo un mismo techo: 1º Los presos por deudas, que son mejor tratados que los demás. 2º Los acusados de cualquier crimen, y que aun no están juzgados. 3º Los que están condenados a trabajos públicos o a un simple arresto. 4º Los condenados a sufrir la pena capital o la deportación, y que aguardan la ejecución de su sentencia. Estas grandes clases se dividen o subdividen en otras muchas. Las mujeres ocupan una sección separada, y son tratadas lo mismo que los hombres. La iglesia está construida en forma de abanico, de modo que los presos divididos en sus respectivas clases no pueden verse unos a otros, mientras el eclesiástico los ve a todos.

En la ciudad de Stafford, situada en el mismo condado, hay una cárcel nueva y vasta, en que los presos gozan de iguales ventajas que en la de Maidstone. En casi todas las nuevas cárceles de Inglaterra hay refectorios, que se calientan en invierno, y en que los presos pueden estar de día, y patios para pasearse. Casi todas están construidas de piedra y hierro para evitar incendios. El castigo usual para mantener el orden y la paz entre los presos, se reduce a encierro solitario con privación de luz.

Los buenos efectos que sigue produciendo esta mutación de sistema en orden a las cárceles, se hacen más palpables con las reflexiones hechas por el *Times*, al insertar una lista del número y calidad de los presos de

12. Delitos a que corresponde la pena capital; pero esta se conmuta frecuentemente por la deportación, algunos años de presidio o cárcel, según la gravedad de los casos.

Newgate. En los veintinueve años últimos, dice, no ha habido nunca tan pocos presos como al presente.¹³ En la enfermería sólo hay tres hombres y siete mujeres, y aun éstos se están curando de males que contrajeron antes de entrar en la cárcel.

Las cárceles españolas, empezando por las de Madrid, son cavernas horribles en que es imposible conservar la salud por mucho tiempo. En Andalucía no hay una sola que merezca aprobación. En 1 285 poblaciones de la chancillería de Valladolid no se encuentran más de 167 cárceles seguras y sanas, de manera que 1 118 pueblos carecen de ellas o las tienen enfermizas y faltas de seguridad. Casi ninguna está provista de los medios suficientes para la subsistencia. En Granada no hay más de 22 cárceles que tengan alguna capacidad y sean medianamente seguras y sanas: las 491 restantes son pequeñas, sin la menor seguridad. Las de Galicia son de peor condición. En Asturias no se halla una sola que sea segura o tenga los medios de alimentar a los presos. En Extremadura hay muy pocas, y éstas son enfermizas. Las cárceles de Alcañiz y Zaragoza son las únicas de Aragón que merezcan el nombre de seguras y sanas. En esta misma provincia hay 1 280 poblaciones que no tienen cárcel alguna. En Valencia, que es habitada por un millón de almas, apenas hay una sola segura y saludable. En Cataluña hay muchos pueblos que carecen de cárcel. El número de las que son algo seguras y sanas llega a 45; pero ninguna tiene fondos destinados al sostenimiento de los presos. Empero las de las Islas Baleares son peores que todas las demás: son mazmorras en las que la fetidez, humedad y falta de aire han ocasionado más mortandad que la más maligna peste.

Hasta ahora poco, ha prevalecido la costumbre de rematar las cárceles al que ofrecía mejores condiciones; y los que las tomaban a su cargo, como es natural inferir, han tratado de sacar todo el lucro posible.

El mal estado de las cárceles produce los resultados más destructivos en la conducta y el carácter de los presos. El juego, los robos y altercados sangrientos, son de ocurrencia diaria. De la terrible desorganización y abandono en que estuvo la cárcel principal de Sevilla podrá formarse alguna idea cuando se sepa que hasta el año de 1820 se acuñaba en ella moneda falsa en abundancia, y que hubo veces en que, degenerando la insubordinación de los presos en rebelión, hacía necesaria la intervención de la tropa armada para reducir a los amotinados haciéndoles fuego.

Una de las primeras medidas de las Cortes, luego que se restauró la Constitución, fue decretar la destrucción de los calabozos subterráneos y ordenar la remoción de varios abusos. La inspección de las cárceles se

13. La disminución del crimen en la capital de la Gran Bretaña se debe en gran parte a los esfuerzos de la benéfica sociedad que promueve la reforma de las cárceles.

confió a regidores elegidos por el pueblo, y sus esfuerzos han contribuido mucho a aminorar los procederres que habían recibido la sanción del tiempo. Entre tanto, varios periodistas y otros escritores públicos trataron sobre la materia y allanaron el camino hacia la reforma general que meditaban los representantes de la Nación. Este cuerpo la empezó, nombrando de su seno una comisión de nueve individuos, especialmente encargada de investigar el estado de las cárceles. Don Jacobo Villanova, oidor de Valencia, había propuesto a las Cortes la adopción del panóptico de Bentham, con algunas modificaciones, en la erección de nuevas cárceles. Su proyecto pasó a la Comisión, y ésta solicitó la opinión de la Real Sociedad de Madrid. La contestación fue favorable; y en su virtud manifestó la Comisión a la legislatura la necesidad y conveniencia de construir en las ciudades principales y en todas las poblaciones en que hubiese un juez de primera instancia, que llegan a 300 ó 400, igual número de cárceles, según el plan de inspección central, a fin de que sus habitantes estén siempre a la vista de su director. Recomienda que el tamaño de cada una sea proporcionado a la población, que se consulte la seguridad, ventilación, salubridad y abundancia de agua, que es preciso erigirlas a distancia de todo otro edificio, cerca de las ciudades y villas mencionadas. Expone, además, que es indispensable que el Gobierno declare la dirección de una cárcel por empleo honorífico, y que lo confiera a militares: en las provincias a capitanes, en la capital a coroneles. Que su salario en Madrid se fije a 24 000 rs. de vellón; en las ciudades principales, a 16 000; y en las menores, a 10 000. Que estos alcaides sean personalmente responsables de la seguridad y disciplina de los presos y del cumplimiento de los reglamentos de cárceles que se establezcan. Que será de la obligación de los magistrados elegir los demás empleados de la cárcel y formar los reglamentos necesarios que someterán a la aprobación del Gobierno. Propone también que se suprima toda especie de emolumentos, que haya separaciones de sexos; que se establezca una clasificación en cuanto a edad, crímenes, señales de arrepentimiento, etcétera; que los acusados no se confundan con los sentenciados; que unos y otros se vistan y alimenten bien; que se cuide del aseo de las personas y habitaciones; que se introduzca el trabajo, cuya severidad depende de la clase del delito y otras circunstancias tocantes al reo; que toda cárcel contenga cuartos separados para cada acusado, una sala de audiencia, un hospital y una iglesia; y por último, que se nombre una comisión permanente para visitar las cárceles y para celar de que se cumplan los reglamentos que se formen.

La multitud de negocios que rodearon al Congreso que promovió esta importante investigación les impidió discutir sobre ella. Sensible es por cierto que no se hayan llenado miras tan grandiosas.

Pasemos ahora a contemplar las cárceles de los Estados Unidos de América.

Dijimos antes que las cárceles de esta nación eran las más perfectas que hasta aquí se habían conocido; y repetimos ahora gustosos que son, en efecto, los mejores modelos. Es placentero considerar que en la misma tierra en que se ofrece a la virtud perseguida el más seguro asilo, es también donde hallan más compasión los criminales. He aquí un hecho preferible al mejor comentario. Un respetable viajero nos ha referido que así que llegó a los Estados Unidos, se dedicó a ver lo que más le podía interesar a un extranjero. Estuvo en varias fábricas y cárceles y no distinguió las unas de las otras hasta que le explicaron la diferencia. Sometemos al juicio de nuestros lectores las siguientes descripciones para que decidan del grado de exactitud con que aquel individuo caracterizó a las cárceles de los Estados Unidos.

“Las cárceles de Filadelfia ¹⁴ merecen servir de ejemplo a todas las naciones civilizadas. En ellas se ha adoptado un método seguro para destruir todas las causas de los vicios que nacen de la ociosidad, la intemperancia y las malas compañías. Allí conoce el preso que ha merecido la sentencia que le priva de su libertad, y ve que las mejoras de sus costumbres es el único objeto que se ha propuesto el legislador al separarle de su familia y de sus hábitos. El tormento, la argolla y demás castigos infamatorios son desconocidos en aquellos estados. En el individuo culpado ante las leyes se restablecen los verdaderos sentimientos de honor, por medio de una disciplina severa, celada por hombres en extremo recomendables. En estas cárceles no se permite la comunicación entre los sexos; los alimentos son sanos, pero no excesivos; los licores espirituosos son prohibidos; a la holgazanería se ha sustituido un trabajo sistemático; y el silencio que engendra las reflexiones, se observa generalmente.

Alegando hechos para demostrar prácticamente la utilidad de su *panóptico*, dice Bentham: “Merece observarse, sin embargo, que el buen suceso de una cárcel fundada sobre este plan, no es ya una mera probabilidad que estriba solamente en razones teóricas. El experimento se ha hecho en Filadelfia y New York y ha correspondido a lo que yo había previsto. Además de las relaciones oficiales del director de la cárcel de Filadelfia, tenemos el testimonio que da el señor Weld en su excelente viaje de América. Las aserciones de otros dos viajeros merecen tanto más crédito, cuanto que proceden de personas de hábitos y miras muy diferentes. El duque de Liancourt, francés, muy versado en los reglamentos de hospitales y cárceles, es el primero; el otro es el capitán Turnbull, inglés, mucho más dedicado a asuntos marítimos que a materias de esta clase. Ambos representan el interior de aquella cárcel como la escena pacífica de una constante y

14. *Revue Encyclopedique*, num. XIV.

arreglada actividad. Los carceleros no son insolentes ni severos, y los presos están muy distantes de ser importunos o serviles. Se les habla con dulzura, jamás se emplean expresiones injuriosas. El que comete un exceso es condenado a encierro solitario por cierto número de días, y su falta se apunta en un libro de cuenta y razón, en que se registran los hechos de la conducta de cada preso. Por todas partes se ve decencia y limpieza; no hay nada que pueda ofender los sentidos más delicados. No se oye el bullicio de canciones o disputas, pues cada cual, entretenido con su trabajo, se abstiene de interrumpir a su vecino, temeroso de ser interrumpido a su vez. De este modo reinan el silencio y la tranquilidad, igualmente favorables a la industria y a la reflexión, y muy excelentes cualidades para contener aquellas causas de irritación, tan comunes en otras partes, entre los carceleros y los presos”.

“Me sorprendió el encontrar, dice el capitán Turnbull, una mujer haciendo las veces de alcaide. Esta circunstancia excitó mi curiosidad; y preguntando por la causa, me informaron que su marido había ejercido antes el empleo, pero que habiendo sido víctima de la fiebre amarilla, contagiado por su hija que la padeció primero, dejó a los presos en la orfandad, perdiendo en él un amigo y un bienhechor. En consideración a sus servicios eligieron por sucesor a la viuda; y ella sigue llenando sus deberes con tanta exactitud como humanidad”.

“No quiero privarme del placer de referir dos hechos más que no necesitan comentario alguno. Durante la epidemia de 1793 se hizo muy difícil hallar asistentes para los enfermos en el hospital de Bush Hill. Se recurrió a la cárcel; y luego que se hizo la propuesta y se explicó la naturaleza peligrosa del servicio que exigía la salud pública, se presentaron voluntariamente y sin vacilar doble número de presos de los que se necesitaban. Todos cumplieron con la mayor fidelidad su cargo hasta el fin de esta calamidad, y jamás solicitaron recompensa alguna mientras duró el término del encierro a que estaban condenados. Las mujeres presas dieron en esta ocasión otra prueba de su bondad. Solicitadas para que cediesen a los enfermos sus catres de madera, añadieron ellas espontáneamente sus mismas camas ¡Qué diferencia entre estas mujeres que parecen haber aspirado a ser émulas de las Hermanas de la Caridad en Francia, y las de la Nueva Zelanda, que eran más feroces que los hombres! ¡Qué diferencia entre aquellos presos de Filadelfia, que asistieron a los enfermos arriesgando su propia vida, a los deportados a la *bahía botánica*, que de hecho incendiaron los hospitales y las cárceles en que estaban confinados sus compañeros de infortunio! Aun cuando los ejemplos de la buena conducta de los presos americanos sólo se consideraran como una suspensión temporal del vicio y de los crímenes, se lleva siempre mucho adelantado; pero la reforma pasa más adelante. El capitán Turnbull nos asegura que de cien

presos que recobran allí su libertad, no se cuentan cinco que vuelvan a ser condenados a prisión por nuevos delitos.

En las cárceles de Filadelfia y New York se ha prohibido totalmente el uso de licores espirituosos; y el director de una de las últimas expone, que muchos presos cuyas constituciones a su entrada estaban debilitadas por la intemperancia y la disolución, habían recobrado una salud vigorosa a favor del régimen que se observa en la cárcel. Las relaciones de los señores Liancourt y Turnbull nos instruyen también de que se redujeron a 160 pesos anuales las propinas de los médicos, que montaban, antes de la adopción de aquel sistema, a más de 1 200.

La descripción de la cárcel de New York, que ofrecemos a continuación, presenta iguales pruebas de la sabia filantropía de que están dotados aquellos habitantes. Entre los establecimientos públicos de aquella ciudad merece una atención particular la cárcel o casa de corrección que voy a describir.¹⁵ Este edificio situado a la orilla del río Hudson, en un paraje muy saludable, se halla actualmente dentro de la ciudad, a causa del considerable aumento que ésta ha tenido. El Director de este establecimiento me recibió con aquella fina benevolencia que no siempre se encuentra en las cárceles. Su fisonomía, aunque grave, indicaba un hombre sumamente humano. Me habló del régimen interior de la casa y de los deberes de su empleo, cuya importancia me dijo que había aprendido a conocer en las obras de Howard, que efectivamente hacían parte de su pequeña biblioteca.

Las habitaciones forman un cuadro en cuyo centro hay un espacioso patio. Están cercadas de un grueso muro y entre éste y aquéllas se ha establecido un gran jardín, dentro del cual hay otro patio en que están colocados varios talleres. El número de los presos al tiempo de mi visita subía a 650, comprendidas 40 mujeres. El Subdirector, con quien recorrí el edificio, no estaba armado; tampoco lo estaban los celadores de los presos ocupados en los talleres. El guía, cuando les hablaba, lo hacía en un tono grave y severo, pero sin permitirse pronunciar la más mínima palabra injuriosa o gestos amenazantes. A pesar de que trabajan sin interrupción, su exterior me pareció muy aseado, y no había rastro alguno de aquel estado de abatimiento y miseria a que estos desgraciados están sujetos en otras partes.

En las oficinas de trabajo reina la mayor decencia. No se oyen imprecaciones, ni expresiones groseras, ni piden limosna los presos. El dinero, además, no les serviría porque está prohibido a los carceleros el venderles licores fuertes y alimentos, que en muchos países —ruboroso es

15. *Revue Encyclopedique*, num. XLVI. En la actualidad se han hecho mejoras y reformas considerables en todos sentidos.

decirlo— forman un ramo de comercio de los primeros, concurriendo así a perpetuar las costumbres viciosas de los encarcelados.

Jamás he visto cocina más aseada y hermosa que la de esta cárcel. Cuando entré al refectorio se estaba distribuyendo la comida. Cada individuo recibía su ración de sopa de sustancia de guisantes y un pedazo de tocino. El pan, fresco y bien hecho, se compone de trigo y centeno, por mitades.

Hacen tres comidas al día, y sus vigorosos semblantes indican que sus alimentos son tan sanos como suficientes. Los dormitorios son aseados y tienen bastante luz y ventilación. En cada cuarto hay ocho camas.

Los estatutos del establecimiento prohíben expresamente que se confundan los delincuentes, y de consiguiente se observa una clasificación escrupulosa. Se encierra con separación a los individuos que han cometido excesos ligeros y a los grandes criminales; a los delincuentes por primera vez y a los que habían sido castigados anteriormente; a los jóvenes y a los viejos; a los sanos y a los enfermos. Las ocupaciones más comunes de los presos son las de zapatero y tejedor. En un largo corredor conté 120 telares. También hilan algodón y lana, fabrican instrumentos de agricultura; otros trabajan de herreros y ebanistas. Las mujeres hacen la ropa, la componen y lavan. Cada preso recibe anualmente dos vestidos, uno para el verano y otro para el invierno. Todo lo que es necesario se fabrica en la casa misma. Hay siete inspectores que pueden, de concierto con el alcalde de primer voto y el tribunal supremo de New York, hacer todas las variaciones que se juzguen necesarias. Cada uno de aquellos tiene obligación de visitar la cárcel por turno y de exponer detalladamente su estado. Estas funciones se llaman de beneficencia, es decir, que se desempeñan gratuitamente. Los salarios anuales asignados a los diversos empleos, son como sigue: Al agente, 2 000 ps., al secretario, 750; al principal alcaide, 2 000; para salario del médico residente, gastos de la oficina, de inspectores y otros objetos, 475; a cada uno de los 16 carceleros, 450; sueldo mensual del capitán de la guardia, 48; idem del sargento, 25; idem de cada soldado, 18 ps. De manera que al que por miseria o por ignorancia cometa un crimen en los Estados Unidos, se le encierra en un paraje separado, y se le somete a una vigilancia severa, pero humana, y donde tiene sin cesar a la vista el ejemplo de una vida laboriosa y activa. El trato que experimenta allí el preso está muy bien calculado para que vuelva en sí, como no sea de una consumada maldad; para que adquiera buenos sentimientos y se restituya, por último, a la sociedad con inclinaciones virtuosas y con nuevos medios de subsistencia. ¡Ojalá tuviésemos la fortuna de que, adoptadas generalmente estas ideas, produzcan los resultados favorables que son de esperar bajo un punto de vista moral y político!

III

POLÉMICA SOBRE CAMINOS DE HIERRO

CUESTIÓN DEL DÍA. ENAJENACIÓN DEL CAMINO
DE GÜINES

POR *OTRO*

(*Diario de la Habana,*
diciembre 2 de 1839.
Suplemento.)

Dos Cías Anónimas se han presentado haciendo sus respectivas proposiciones a la Real Junta de Fomento para la adquisición del ferrocarril. ¿Cuál de las dos ha ofrecido términos más ventajosos? He aquí el único problema tan sencillo como importante que puede presentarse en la materia, y que sin temor de error, y hasta con exactitud matemática podemos afirmar ha quedado resuelto por las mismas condiciones respectivamente propuestas, por cada una de las mencionadas sociedades. Dejemos pues hablar a los hechos y el público juzgará sin necesidad de comentarios de qué lado se inclina la balanza. Afortunadamente está reducido el punto a una cuenta tan palmaria que se halla al alcance de la más limitada inteligencia. Para darnos mejor a entender señalaremos a una de las compañías con la letra A, y a la 2ª con la letra B.

Propone A dar por el camino la suma de 3 230 000\$.

B ofrece la de 3 500 000\$: claro está, pues, que B excede a A en 270 000\$. Veamos ahora si la forma en que lo hace A compensa las ventajas que propone B. Ambas compañías ofrecen idénticas condiciones en cuanto al pago y garantías de los 3 000 000 de pesos—; empero A exhibirá para el pago de la cantidad estipulada en los tres primeros años, a los cuarenta días de verificada la entrega del camino, la mitad del plazo correspondiente al primer año, o sean 111 100\$: a los seis meses contados desde el propio día de la entrega otros tantos miles, y a los diez meses igual cantidad, o sea la

mitad del pago íntegro correspondiente al año inmediato, continuando en pagarlo adelantado por semestres bajo la misma figura en lo sucesivo: de suerte que en el último semestre del tercer año se pagarán los 135 000\$ correspondientes al primer plazo del 4º año, para que sigan en la misma forma siempre adelantados a dichos plazos.

B se obliga a pagar a la Junta de Fomento medio millón más sobre los tres sin interés en aumento de dicho precio pagaderos en 20 años a razón de 25 000\$ anuales; debiendo hacerse el primer pago a los 12 meses de entregado el camino.

Para que la Junta pueda hacer las remisiones a Inglaterra al cambio más favorable se obliga la compañía compradora B a entregar todos los años en el mes de mayo el dividendo de intereses y amortización correspondiente al 5 de septiembre, lo que producirá a la Real Junta la utilidad de 4 a 6 por 100 sobre la suma de ambas cantidades en la misma progresión en que van aumentándose cada año. Para el dividendo menos importante de marzo en el que no hay modo de proporcionar a la Junta la misma cantidad de cambio se exhibirá su importe en el mes de enero. Cualquier otra anticipación la conceptúa inútil la compañía B; porque tendría la Junta que guardar sin aplicación el plazo de setiembre.

También debe advertirse [pues estamos haciendo el cotejo más imparcial] que los 160\$ ps. que anticipa A. en los cortos plazos de 40 días, 6 y 10 meses de la fecha para la compra del Jardín Botánico, quedan sobrepujados con el compromiso en que se constituye B de hacerse cargo del mencionado local con todos sus gravámenes, partida que por sí sola asciende a 150\$ ps. antes mas que menos, a la conclusión del camino que parta de dicho punto y a la construcción de los almacenes, talleres y demás accesorios al igual de los de Villanueva y Garciny.

He aquí contrabalanceadas y hasta excedidas las ventajas en cuanto a la forma del pago por parte de B respecto de A.

Pero continuemos el paralelo con alguna especificación, y veremos como va cargando más y más peso al platillo B bajo todas consideraciones.

A exige la entrega del camino terminado hasta el Jardín Botánico : —B ofrece concluirlo por su cuenta.— A quiere que la Junta levante por la suya los almacenes, talleres y demás edificios en el Botánico de igual capacidad y aplicación que los de Villanueva y Garciny reunidos: B todo esto lo hace de por sí —A nada dice sobre el uso de los negros cimarrones: B los excluye expresamente, dejándolos a disposición de la Real Junta.— A se obliga construir el ramal del Rincón a Guanimar dentro de cinco años, o antes si puede: B se compromete a concluirlo en dos años fijos: circunstancia que aumenta la garantía, por ser el ramal más productivo de los proyectados. A se limita a construir trece leguas de ferrocarriles.— B extiende las líneas hasta veinte y siete.— A no toca palabra sobre el precio de fletes para el público,

estando por lo mismo en su mano subirlos, al paso que B no solamente se compromete a no alzarlos, sino que rebaja un peso por pasajero de la Habana a Güines en cada una de las clases 1^a, 2^a, 3^a, lo que equivale al 50 por c/o en los pasajeros de 3^a clase, 33 en los de 2^a y 24 en los de primera; y en proporción decreciente cuando el flete es menos de un peso. En general siempre rebaja B la mitad a los carros de 3^a clase. El mismo compromiso ofrece en cuanto a todos los ramales que en lo sucesivo construyere.

Ahora bien: ¿Quién se llevará el camino de hierro? no hay que preguntarlo: está resuelta la cuestión. El ferrocarril fue puesto en remate por la respetable Junta de Fomento bajo la sanción de la autoridad al mejor postor: luego el camino pertenece de riguroso derecho a la Sociedad B por haber ofrecido más y mejor que la Sociedad A. Así pues, la Real Junta de Fomento como cualquier otro juez en un remate está en el caso, al ir a adjudicar el camino al mejor postor a quien ya se ha decretado, de indagar si ofrece las garantías suficientes para el cumplimiento del contrato. Supongamos que se trata de rematar una finca cualquiera y que se presente entre los licitadores uno que posee tres millones de pesos por sí solo, o representando (que es lo mismo para el caso) a un gran numero que tiene cada uno otra tanto, si se quiere, y ofrece 500 000\$; al paso que por otro lado un capitalista que cuenta mucho menos cantidad, pero que ofrece un solo maravedí más que el primero.— ¿Quién se lleva la finca? Sin disputa el 2^o; con tal que ofrezca la garantía suficiente para la cantidad de que se trata: como que la cuestión no es vendérsela al que sea más rico, sino al que más diere por la prenda. Ahora bien, ¿faltan estos requisitos a la Sociedad B autora de las proposiciones más ventajosas? Una sola de las cuatro personas que las suscribieron es capaz de comprar todo el camino: y tan sólo los productos en azúcar de los 25 individuos que la componen, ascienden a un millón largo de pesos anuales.

Pero, ¿es posible que en la ilustrada Habana sea preciso ventilar cuestiones tan averiguadas? Para los imparciales e instruidos en todos los datos del negocio, no pueden existir semejantes dudas. Más para un vasto número de personas, que o no están en antecedentes, o pueden ser arrastradas por ajenas influencias, siempre es conveniente disipar las nieblas que puedan oscurecer hasta las verdades más claras y refulgentes. Y digámoslo todo de una vez: si no hubiéramos oído por nosotros mismos la peregrina especie de que la compañía A por contar con mayor número de accionistas ofrecía mayores seguridades que la compañía B, como si semejante consideración pudiese jugar en la materia; ni nos habría pasado por las mientes el obviar tan gratuitas dificultades. Por eso hemos preferido de intento presentar la cuestión en principios y aisladamente; y una vez fortificados con la solución que le hemos dado, pasar a convenir que el plan como es concebido por B ofrece más garantías para la

Real Junta de Fomento y es sin disputa más beneficioso al país que el presentado por la sociedad A: con cuya demostración quedará desvanecido el otro cargo de monopolizadora que sin fundamento se ha hecho a la sociedad B, por haber restringido a un corto número el monto de sus accionistas.

La compañía B presenta como base de su responsabilidad el millón de pesos con que concurren a formarla veinte y cinco personas de crédito y arraigo, que por su reducido número y posición social inspiran al gobierno y a la Real Junta la confianza en la unidad de sus operaciones, que es difícil conservar cuando los intereses están subdivididos, y la mayoría movida como siempre por pretensiones en la influencia de los negocios y por el deseo de un lucro inmediato.— Esta consideración de suyo tan grave, adquiere mucho más fuerza en nuestro suelo, por la circunstancia de la novedad en este género de operaciones.— Si por cualquier evento sufriera la empresa un descalabro, o no correspondiesen los productos a las esperanzas siempre exageradas de los especuladores, entonces, siendo crecido el número de pequeños accionistas, es más fácil que se desalienten y desanimen, que no constando de un reducido número de fuertes capitalistas quienes a la manera de un aguerrido jugador que cuenta con un resto para desquitarse, se animan a emprender nuevos lances para salir de los apuros, enmendando los golpes de la fortuna, cuando ya los de fuerzas inferiores yacen tendidos y desesperanzados.— Solo así hubiera podido la compañía B ofrecer terminado con tal celeridad un número tan considerable de leguas de ferro-carriles. Sólo bajo un plan preconcebido de renunciar a las ganancias hasta pasados largos años, lo cual no se hubiera alcanzado sino con pocos pero reforzados capitalistas, habría tenido origen una idea al parecer tan atrevida.

Es muy creíble que si en este número de capitalistas ha reunido la sociedad B la suma expresada, si conviniere a sus intereses después de constituida dar entrada a acciones de menor importe, encontrará otra suma igual o mayor de la que representa; y si quiere usar de su crédito, la confianza que en el país y en el extranjero inspira una sociedad tan compacta, le proporcionará sobrados capitales para desenvolver sus operaciones sin sujeción a tiempo con grandes ventajas para el público, y por consiguiente para la real junta, cuyo instituto primero y más recomendado por Su Majestad es adelantar el plan general de las comunicaciones.

En cuanto a las garantías escritas, siendo estas superabundantes para cubrir cualquier riesgo ha creído la compañía B que fuera de ellas más interesa a la junta y al público el aumento de un ramal que el depósito por vía de fianza de 10 millones de pesos que ningún efecto producirían en la prosperidad general.

La compañía B recomienda como de la mayor trascendencia la mejora que hace en la rebaja y fijación de fletes para el camino principal y los ramales, no tanto por la grande utilidad que entra desde luego a disfrutar el público, como porque esta oferta lo liberta de un riesgo a que la Real Junta no pensará nunca dejarlo expuesto y es que el rematador dueño de los únicos y precisos canales de comunicación alzara a su antojo los fletes y se enriqueciera a costa de gravámenes arbitrarios sobre las clases productoras.

Igual recomendación hace la compañía B de la extensión de ramales que propone porque si la Real Junta al desprenderse del tronco principal no deja comprometido al rematador a la construcción de los ramales improductivos como los de Palos y la Sabanilla, estos no se harán jamás, y si se hacen será sufriendo los hacendados interesados en ellos la ley que el dueño del tronco principal quiera imponerles.

Resumiendo pues, sacamos en claro: 1º más utilidad para la Junta de Fomento; 2º más utilidad para el público en general; 3º más utilidad para la clase productora: en cuyo notable resultado han ofrecido estos hábiles especuladores esta lección importantísima, que no deben echar en olvido los que se ocupen de este linaje de operaciones: a saber: que para cuajar un negocio no tanto es necesario sacar partido del otro contratante, cuanto hacerle sentir las ventajas que va a reportar en consecuencia: precioso documento asimismo para la moral pública: ventaja para todos, sin detrimento para ninguno. ¿Y cómo se han podido combinar estas ventajas reunidas con la utilidad especial, madre fecunda del proyecto? Precisamente por la idea de haber reducido los asociados a un corto número de escogidos capitalistas; viniendo a resultar que la circunstancia misma por la que se ha procurado tachar de monopolizadora a la compañía B, es cabalmente la que le ha suministrado el resorte más eficaz para hacerse más expansiva y vivificadora en beneficio del procomunal. ¡Cómo no bendicirá el infeliz menesteroso la mano que le ha facilitado transportarse a la misma larga distancia por la *mitad* del precio que poco antes le costara! Acaso se dirá todavía que la sociedad B ha tenido buen golpe de vista, consultando su propia conveniencia en la disminución de los fletes. Pues ahora con mejor razón nos daremos los parabienes. ¡Ojalá que en cuantos proyectos columbro yo cifrada la ventura de la patria mía viera el interés individual con ojo certero la seguridad de sus especulaciones! Ved aquí el fruto forzoso de la ilustración. Dar cuerpo y vida a las más elevadas concepciones del alma. No quisiera yo más germen de felicidad para nuestro suelo idolatrado.—*Otro*. Habana, 1º de diciembre de 1839.

IV

CAMINO DE HIERRO

MEDIA PALABRA EN RESPUESTA A LA VINDICACIÓN, Y AL
ARTÍCULO SUBSECUENTE INSERTOS EN EL DIARIO DE HOY

POR *EL OTRO*

*(Diario de la Habana,
diciembre 2 de 1839.
Suplemento.)
(Ad. rem)*

Señor don Francisco P. Serrano.

Si usted declara expresamente que ni toca ni tocará la cuestión de ventajas o desventajas de las proposiciones de compra presentadas por cada una de las sociedades, por ser inexperto para ello (lo que no creo en manera alguna), ¿cómo se despidе usted con la sugestión, tan contradictoria al final de su artículo, de “hágase en buena hora la enajenación del ferrocarril, con tal que los beneficios que se ofrecen no sean después ilusorios”? En boca de un escritor tan acostumbrado a fundar sus asertos y muy particularmente inclinado a cuestiones de números y de estadísticas, ha debido sorprenderme más que en ningún otro la manifestación de un temor tan desnudo de pruebas, y sobre todo en materia tan grave. Pero abrigue e infunda el ilustrado escritor cuantos recelos puedan acometerle; vamos a dispárselos del modo más sencillo y categórico.

Veinte y siete leguas de ramales, que son las que ofrece construir la sociedad B, calculadas al máximum de \$80 000 por legua, cuestan 2 160 000
Capital de la compañía 1 000 000
Le faltan, pues..... 1 160 000

Pero como este último millón no hay que pagarlo sino en seis años, porque hasta los siete no se está en la obligación de concluir las 27 leguas

ofrecidas, resulta que tan sólo tiene B que pagar cada año 193 333 pesos, cuya suma la producen con seguridad los primeros ramales que van a formarse, bien sea el de Guanímar, o bien los de Batabanó y Artemisa, sus equivalentes. Sólo el de Guanímar rendirá más de \$200 000, o sea el 20 %, y me quedo corto, pues según los mismos datos publicados por el señor Herrera en las *Memorias de la Sociedad Patriótica*, de que es usted digno redactor, se calcula que producirá un 22 5/8 %. Es así que el ramal de Guanímar no cuesta todo el millón, sino tan sólo 750 000; luego quedan \$250 000 disponibles fuera de sus productos. Ítem más: la sociedad B tiene que recibir de la Real Junta, en virtud del contrato, valor efectivo de \$200 000 entre dinero existente en Inglaterra, brazos, animales, carriles, hierro, madera, etcétera.

De forma que sobre los productos de Guanímar contará la sociedad B con \$450 000 disponibles y los aumentos que necesariamente tendrá el tronco principal, para continuar otros ramales que también producirán. Si estas son ilusiones, dígame en qué consisten las realidades. Creo que la ilustración del señor Serrano me dispensará de demostrarle que la rebaja en el precio del flete a los pasajeros, lejos de ser un motivo de decremento en las entradas de la compañía B, es la fuente más fecunda y más segura de todas sus ganancias. Y espero de su acreditada imparcialidad me confiese que he puesto fuera de toda duda la posibilidad, o mejor dicho, la facilidad con que la compañía B llenará sus compromisos, relegando al país de las quimeras esos temores de que los beneficios que promete sean sobrado halagüeños e ilusorios.

Siento también en el alma, y lo extraño sobremanera, que el mismo señor Serrano haya estampado la siguiente frase en su artículo, a propósito de una cuestión de números y de pura justicia: “que no puede progresar la empresa sino en medio del trabajo y de la paz durable”; principio que es de eterna verdad respecto de todo género de empresas, así las grandes como las pequeñas, pero que aplicado a la cuestión que nos ocupa parece quiere dar a entender que acaso podría peligrar la tranquilidad pública, si no se adoptasen las proposiciones de la Sociedad del mayor número. Este es el recelo que desembozadamente manifiesta el autor o autores del artículo inserto a continuación del de usted en el *Diario* de hoy, bajo el epígrafe de “Espíritu de Asociación”; y por lo mismo a él va más especialmente enderezada mi contestación de aquí en adelante.

Dejémonos de protestas de amor a la patria, pues el que escribe jamás ha tomado la pluma sino bajo el peso del convencimiento y sin más móvil que el de la justicia, sin miramiento de ninguna especie ni a los intereses ajenos ni a los propios.

El autor del artículo firmado *Otro* no desprecia a nadie de este mundo, mucho menos a una Sociedad tan respetable como lo es la del mayor núme-

ro, y en cuyas filas cuenta personas a quienes merece amistad y aprecio. Yo no traté más que de contrapesar las ventajas que ofrecían las propuestas de las dos sociedades, y lo hice con abstracción tan completa de las personas, que hasta adopté el estilo y las fórmulas algebraicas.

Muy singular es que proponiéndose el articulista enumerar las utilidades con que brindan las proposiciones de la compañía A, se concrete a *una sola de esas ventajas, por ser la de mayor bulto y saltar a primera vista a la más limitada comprensión*. Parecíame, en mi corto entender, que, siendo la cuestión que yo promoví, sobre ventajas y desventajas respectivas, era necesario destruir mi cotejo con otro cotejo, esto es, contrabalancear mis cuentas con otras cuentas, para que el público pudiera fallar sobre ese falso celo de que se me acusa.

Señores, esta cuestión está clara, clarita más que la luz del sol. La Junta de Fomento, bajo la sanción de la autoridad, pone en venta el camino de hierro entre la Habana y Güines al mejor postor. Resulta ser éste un solo hombre, un cualquiera, un capitalista extranjero, un Rotschild, un individuo, en suma, que ofrece más que todos los licitadores y que cuenta con las debidas garantías. Pues, señor Rotschild o señor cualquiera, garantizador, no se lleva usted el ferrocarril “porque la felicidad de la isla de Cuba, de este suelo riquísimo, codiciado por los extranjeros, estriba en la unión y tranquilidad de sus habitantes; porque sin los beneficios que produce ese estado no hay industria ni comercio, decaen la agricultura y las artes, se relajan los vínculos más sagrados y se ve expuesta por su peligrosa situación a las sugerencias péfidas de enemigos externos e internos. ¿Cómo se quedaría nuestro sesudo e inocente inglés? Dificilmente dejaría de escapársele allá en su guirigay: “but, my dear gentlemen, that’s all trash, in plain and sober truth,” que vale tanto como decir: “Señores de mi vida, eso podrá ser muy santo y muy bueno a propósito de discordias civiles, pero no respecto a las competencias suscitadas por un remate.” Si la Real Junta de Fomento tenía en mente la intención de adjudicar el camino a una sociedad anónima, y precisamente de las compuestas del mayor número posible, aunque ofreciera menos que otro cualquiera, ¿por qué no lo manifestó así, lisa, llana y paladinamente? Pero no hay que hacerle semejante cargo a tan respetable corporación. Ella dijo del modo más terminante: se vende el camino a quien más diere, sea quien fuere: yo he dado más, señores de mi alma, con que venga mi camino. Que si razones de política y conveniencia, a más de las de justicia, buscáis para ello, las hallaréis más firmes y valederas que todas ésas con que en vano se os pretende hacer el *bu*. No queremos, empero, gastar el tiempo y el papel en declamaciones, y dejamos a la imaginación de los lectores figurarse el cuadro y las consecuencias que arrastraría.

¿He dicho yo por ventura que la sociedad B no ha consultado más que el bien público? No tal; porque yo no tengo dos lenguajes, uno para lo privado y otro para el público. Soy enemigo declarado de toda hipocresía, y, consecuente a estos principios, asenté repetidamente que los hábiles especuladores de la Sociedad B habían sabido combinar su propia utilidad con la de la corporación y con la del público; en cuyo sentido dije que tanto más precioso era este resultado para la moral pública, puesto que demostraba que se podía alcanzar el bien de todos sin detrimento de ninguno.

Creo que el alma del tercer artículo sobre “Espíritu de asociación,” queda más que contestada con lo expuesto, sintiendo tan sólo que no haya visto la luz cierto papel que tiene muchos puntos de contacto con el que impugno, leído en cierta parte, por cierto sujeto, pues por el interés de esclarecer la cuestión, no debía su autor sepultarlo en la oscuridad.

En resolución: yo no tengo protestas que hacer, ni tengo ingenios ni cafetales, ni más nada en el orbe que un amor profundo por la verdad y la fuerza necesaria para decirla.—*El Otro*. Habana, diciembre 4 de 1839.

V

CAMINO DE HIERRO

A LOS SEÑORES NODA Y HERRERA

POR *EL OTRO*

(*Diario de la Habana*,
diciembre 8 de 1839.
Suplemento.)

(Al grano.)

Claro y corto para que todos lo entiendan y juzguen:

1º “Era de creerse que esta comparación (dicen los señores Noda y Herrera, aludiendo a la que se ha hecho entre las proposiciones de la sociedad A y B sería odiosa, sobre todo cuando de su resultado se había de partir para que una de aquellas viviese y la otra muriese antes de haber existido”. Respuesta: La comparación era indispensable, no odiosa. ¿De qué otro

modo se puede formar juicio sino comparando? El que juzgase sin cotejar, ése sería el inexacto, y lo que es más, el injusto. Así pues, todo lo que había que hacer era prescindir de las personas y atenerse sólo a las cosas en el paralelo; y esto se hizo con tanta lealtad como exactitud. Prueba de ello que para impugnarlo no se ha podido decir otra cosa, sino que es odioso. Forzosamente, en virtud del remate, había de morir una de las dos sociedades y vivir la otra; muerte y vida precisas, hijas de la misma naturaleza del negocio, y que habían de ser dispensadas por la propia Junta de Fomento. Esta es la condición de cuánto pende de la suerte, y con ese riesgo entran, entran y entrarán en todas las empresas todos los licitadores habidos, habientes y por haber.

2º La primera parte del párrafo 3ro. en nada me concierne. Traslado, pues, a don N. Pardo Pimentel.

3º Nadie más que yo hubiera celebrado la publicación de las proposiciones de la sociedad A, porque habrían ofrecido el más poderoso apoyo a mi pobre cotejo. Si yo no las di a luz fue por respeto a la propiedad, porque no eran mías, y es muy singular (y aquí llamo la atención del público) que ni la sociedad A ni ninguno de sus adalides se haya animado a publicarlas: harto conocerán que no pueden resistir el análisis. Tan cierto es esto, que apenas leí yo las proposiciones de una y otra compañía, cuando exclamé: “pleito perdido por A, y a otra cosa”. De aquí nació precisamente, no que yo fuera adicto de B, sino adicto a la justicia de B, como serán cuantos no tengan un interés directo en contrario. No digo interés pecuniario precisamente, sino interés de cualquier otro linaje, pues ya hasta lo confiesan paladinamente algunos de los mismos accionistas de A. La justicia y la verdad podrán enturbiarse momentáneamente como el agua más pura y cristalina, revolviéndola con principios heterogéneos; pero ella misma por su propia virtud los va deponiendo en el fondo, y recobra su prístino brillo y transparencia. ¡Qué divina es la imagen de la verdad! Yo quiero morir adorándola.

4º La sociedad B al rechazar las acciones diferidas al interés de un 18 %, no se contrajo a personas, sino trató de combatir un principio, cuya admisión hubiera contribuido a disminuir la confianza que debía inspirar a la Real Junta de Fomento; principio que ya con anterioridad estuvo en discusión, por hallarse escrito en un reglamento que se quería hacer adoptar como base de la enajenación. Ni ¿cómo podía la sociedad B aludir a los accionistas de A, cuando ignoraba los nombres de muchos de ellos y la clasificación a que pertenecían? El haber, pues, tocado esta tecla, señores Noda y Herrera, es forzoso confiesen ustedes que es mucho más odioso y de peores consecuencias que el paralelo algebraico de las proposiciones de una y otra parte. Cabalmente, conozco demasiado y aprecio sobremanera a la mayoría de los respetables sujetos que ustedes citan.

Yo les absuelvo a ustedes de la intención, porque también los conozco y estimo; pero seamos francos: ¿de qué parte se ha empezado a torcer la cuestión y sacarla de su verdadero terreno? Decídalo el público imparcial. Yo no salí a la palestra sino en obvio de ciertos pasos y de ciertas hablillas, para contribuir, en cuanto estuviera de mi mano, al triunfo de la justicia y mayor bien de nuestro suelo nativo. A la sociedad B se la ha puesto siempre, siempre, desde el principio en el caso de defenderse; se le ha dicho a las claras que no ofrecía garantías, así que ya no se le pudo negar la excelencia de sus propuestas. Se la atacó con el pretexto de que no estaba debidamente constituida; cuando para rematar no era menester ni ser sociedad, sino dar mas y mejor para la *Junta de Fomento y para el bien del país*, únicas condiciones que al rematador puso la respetable corporación, y eso en su segundo anuncio, y después de haber requerido y discutido una, dos y mil veces las formalidades que para tan grave negociado se habían de exigir. ¿Se han guardado o no se han guardado? ¿Son o no son mejores las proposiciones de B? ¿Tiene o no tiene con qué responder? ¿No pone B una cláusula expresa diciendo a la Real Junta: “aquí nos tienen, dicta cuantas fianzas y garantías se te antojen”? En fin, si los señores Herrera y Noda hubiesen acabado de copiar el párrafo que trasuntan sobre las acciones *diferidas*, vería el público que la sociedad B no ha dicho otra cosa sino que en caso de desgracia, dejarían de recogerse *algunas, no todas*, (es su expresión) de las acciones *diferidas*, “por lo que no pueden computarse (prosigue B) como capital efectivo de ninguna compañía”. Yo estoy bien persuadido que esos respetables señores que se inscribieron en la clase de *diferidas*, lo hicieron sin duda para alentar a otros accionistas; pero eso no impide que el principio sea atacable, muy atacable, y que la compañía B tratase de ofrecer las garantías que tuviese por tales, para infundir más y más confianza a la corporación contratante.

5º *Ventaja de la baja de los fletes de pasajeros*. Los señores Herrera y Noda “las han creído siempre ilusorias por razones muy claras”. Vamos a verlo. Es verdad, que apenas existe la vía de los Güines, y ya ha habido varias tarifas en el precio de pasajeros; pero siempre a menos, nunca a más. A la compañía B le rendirá mucha mayor utilidad el capital invertido en los ramales, que no a la Junta de Fomento; porque ésta tiene que pagar el interés y amortización del capital que tomó prestado para construir el camino, y aquélla no se halla en tal caso. Tengan ustedes, pues, la bondad de hacer el cálculo del producto líquido del camino respecto del principal empleado. “Rebajando el precio del porte, confiesan ustedes, no hay duda de que habrá mayor afluencia de pasajeros, pero es preciso que ésta aumente un 50 % para que pueda compensar la disminución de los fletes”. En primer lugar, hay que hacer aquí una rectificación, y es que la sociedad B no ha ofrecido disminución en la mitad del porte de toda especie de pasaje-

ros, sino en el de la tercera clase, resultando el término medio, según los datos republicados, de un 30 % para todos. Pregúntese a los empresarios de los vapores de Regla qué tal les ha ido reduciendo a medio real el transporte de pasajeros y caballos de carga, y si la concurrencia actual les ha o no indemnizado con usura del aumento de precio anterior. Si los hechos son las únicas bases de nuestras inducciones, éste solo dice más en el asunto que cuantos temores quieran asomarse. Bien pudiera afirmarse respecto a los resultados que han ofrecido los caminos de hierro en todas partes, y señaladamente en nuestro suelo, que en este ramo las realidades han superado a las imaginaciones. Cuando al gran Pitt se le preguntaba ahincadamente en el Parlamento acerca de los medios de acrecentar cierto derecho, “bajándolo a la mitad” contestaba repetidamente.

“Si mañana, por una guerra,” continúan ustedes, (y si se nos cae el cielo encima, a todos nos coge debajo); “u otro motivo, sube el precio del carbón...” (entonces quemaremos *yayas*, *almácigos* y *yagrumas*, que rechinarán que será un contento; hoy mismo se está usando leña del país en los trenes del ferrocarril de Güines, con que ¡fuera, fuera de la cuenta con otra lástima!) “El azúcar se estancará en los almacenes”, continúan ustedes... Al precio que se trae hoy al mercado, el cual se compromete a no subir la compañía B, siempre tendrá cuenta a los hacendados conducir su fruto a la plaza para alcanzar aún el corto valor a que esté en ella.

¿Y qué sería en el caso de la estancación de los hacendados de Palos, los cuales tienen que pagar 4 ó 5 pesos por el porte de una caja de azúcar? ¡Aquí de las leguas y más leguas de ferrocarril! ¿Tiene o no tiene el público, y señaladamente los hacendados, interés en que se lleven a cabo los planes de la sociedad B? “¡Humo, humo!” claman ustedes. ¡Ojalá que todos los humos fueran tan solidificables como éstos de que vamos tratando!

6º La Junta de Fomento no podía mezclarse tan fácilmente en la rebaja de precio de fletes, porque manejaba fondos públicos, porque carecía de los datos y experiencia necesaria, que ahora ha penetrado antes que otros la compañía B, y aquí está un argumento invencible de la superioridad que siempre tendrá la administración por particulares sobre la de las corporaciones: los unos han de ser naturalmente más emprendedores, las otras naturalmente más circunspectas, pues a todo suple el ojo avizor del interés individual, que no descansa entre los primeros y que nada puede reemplazar en las segundas.

Sobre los capitales. Yo no hablé de los capitales de la sociedad B para deprimir los de la sociedad A. Sólo fue mi ánimo convencer que si había ofrecido B más que A, a B pertenecía de derecho el camino; pues la cuestión no era vender al más rico, sino al que más diera. No fue esto más que una justa defensa por la duda en que se quería poner la responsabili-

dad de la compañía B. Por lo demás, al asentar que una sociedad compuesta de menor número de accionistas en grande, *ceteris paribus*, ha de ser más compacta y emprendedora que otra de accionistas menores, aunque en mayor número, dije una gran verdad, y me ratifico en lo dicho. Pero este punto no merece la pena de llamarnos más la atención.

Vamos con la *fusión*. Los escritores en favor de B no han hablado sobre la fusión, porque en su concepto no la creían realizable; y esto no por los motivos que ustedes alegan, pues no habiendo todavía la sociedad B redactado su reglamento, nada ha dicho sobre si los directores de la empresa habrán de ser electivos o perpetuos. Así, pues, es gratuito atribuir a ese motivo la divergencia que existe, y que debe existir precisamente según la naturaleza misma del negocio, pues yo nunca he creído que un rematador ha de estar dispuesto a partir con su coopositor el provecho de sus cálculos y combinaciones.

Sobre el descubierto o alcance de la sociedad B. “Se ha dicho”, continúan ustedes, “que esta compañía, según sus proposiciones, no podrá cumplir sus ofertas con sólo los recursos que ha presentado”. Se ha dicho todavía más: se ha asegurado que la sociedad B se presenta quebrada (esto en conciencia sin duda y para animar y aclimatar el espíritu de asociación en nuestro suelo afortunado... ¡apage!) Y ¿con qué lo prueban? Con un largo cálculo, que aunque pudiéramos tachar en varias de sus partidas, lo admitimos en cuerpo y alma; y sin más demora vamos al déficit que arroja para apagar de una vez los fuegos y dejar clavada toda la artillería de los mantenedores de la sociedad A. Al quinto año sacan ustedes de déficit 416 740 pesos. ¡Por Dios, señores de mi alma! ¿Pueden ustedes abrigar el candor de creer que, poseyendo la sociedad B sobre 20 leguas de ramales al cabo de ese tiempo, a más de la propiedad del tronco principal de aquí a Güines, creen ustedes, repito, que la puedan parar 400 000 pesos? ¿No ven ustedes que de todas partes, de dentro y de fuera, llovería el dinero a una sociedad que, sin haber hecho nada aún, apenas se ha movido ha juntado un millón de duros?; a una sociedad que presentará 20 leguas más de ferrocarriles con la extraordinaria garantía que sus multiplicados productos han de producir forzosamente? Si un hacendado se hallase con 5 000 cajas de azúcar sin tener almacén donde colocarlas, ¿sobraría o no quienes se apresurasen a proporcionarle casas y más casas a crédito para salir de su embarazo momentáneo? ¿Quién que tratara de abrir un establecimiento cualquiera se quejaría de la afluencia de parroquianos, por no hallar puestos donde colocarlos? ¿Quién no sabe que la respetable casa inglesa de Roberston ha ofrecido cuanto dinero quiera a la Junta de Fomento, con sólo saber que tenía en actividad un camino de hierro de 17 leguas? ¿Qué no se ofrecerá a una Compañía que ya presenta 20 leguas de ramales, además del tronco principal? Y si la compañía B mejora bajo todos conceptos las

proposiciones de la sociedad A, y el único riesgo en que puede verse proviene de la multitud de leguas de camino que ofrece, ¿por qué los amantes de las mejoras públicas no se apresuran a pedir que quede en sus facultades, si llega a verse en apuros, el disminuir cuatro o seis leguas a los ramales prometidos? Con lo cual el público quedaría servido y asegurado el éxito de una empresa a la cual no se hace otro cargo que el haber ofrecido mucho. Ilusiones y sólo ilusiones son las consecuencias que en contrario quieren sacarse. Es menester confesar que la sociedad B ha hecho un estudio profundo del negocio. Cuanto más medito sobre ello, tanto más me persuado de la maestría y certero golpe de vista con que han calculado. Atrevimiento aparente, pero medida verdadera: aquí está su divisa.— *El Otro*.

Diciembre 7 de 1839. (*Continuará*)

VI

CAMINO DE HIERRO

A LAS CUATRO PALABRAS OTRA MEDIA Y NO MÁS
DEL MISMO

POR *EL MISMO*

(*Diario de la Habana,*
diciembre 8 de 1839.
Suplemento.)

Francamente, se está desmoronando tan por sí mismo el artículo a que contesto, que de seguro no hubiera tomado la pluma, a no haber traslucido cierta intención no muy derecha en los dos pasajes siguientes: 1º “El bienestar y felicidad de este país —dice— ha sido el único móvil de nuestra pluma. El señor Otro sabe que no todos en estos tiempos pueden decir otro tanto”. 2º “Nuestros principios —cierra al final para dar más golpe— han sido y serán siempre preferir el deber a la utilidad”.

A lo cual digo —y experimento cierto embarazo al hablar de mi mismo, pero se me ha obligado a ello— que, conociéndome el articulista tan perfectamente como lo manifiesta en diversos lugares de su papel, debe saber demasadamente cuáles han sido siempre los móviles de esta pluma, que

será fácil romper, pero no comprar, y que no todos en estos calamitosos tiempos que alcanzamos podrán decir otro tanto, sin que en ello trate yo de envolver al articulista, a quien considero hartamente ajeno de miras interesadas. Sólo he procurado rechazar el disfavor que tendía a echar sobre mí su mencionada insinuación. He tratado de *defenderme*, no de *ofender*. Si yo en el discurso de mi vida he alzado mi débil voz por los intereses de mi patria, si los he contrariado una vez siquiera, si en la cuestión presente ha sido otra mi causa que la de la justicia, sin la cual ni hay patria, ni honra ni provecho para la patria; y si mi existencia entera ha sido otra cosa que el sacrificio continuo de la utilidad al deber; como cabalmente lo convence el denuedo con que me he puesto de parte de los pocos, a pesar de los sinsabores que estaba seguro me acarrearía mi desprendido y animoso manejo, esto no me toca a mí decirlo, sino a los compatriotas de un hombre que ha vivido, vive y morirá bajo la inflexible ley del deber y a quien por esta vez siquiera le ha de ser lícito exclamar con el gran poeta germano: “mi corazón lo tengo yo no más”.

El Mismo.

VII

CAMINO DE HIERRO

A LOS SEÑORES NODA Y HERRERA

(Continúa)

POR EL OTRO

*(Diario de la Habana,
diciembre 9 de 1839.
Suplemento.)*

En comprobación de lo dicho en el Diario de ayer a favor de la rebaja en el flete de pasajeros hecha por la Sociedad B, insertamos a continuación los siguientes datos extractados de un periódico americano, correspondiente al mes de septiembre de este año, impreso en Filadelfia, que, trasuntando el Railway Magazine, de Inglaterra, a la página 213 dice:

“El camino de hierro de Bruselas y Amberes tiene 27½ millas de largo, y el de Liverpool y Manchester 30, cuya diferencia es insignificante. En

todo el año de 1836 viajaron 523 000 personas por la línea de Liverpool, y 873 000 por la de Bruselas, pero a pesar de lo grande que es la diferencia, se hace más notable al considerar la suma relativa de la población. La de Liverpool, Manchester y Warrington asciende a 486 000 habitantes, y la de Bruselas, Amberes y Mechlin sólo a 209 000. Fácilmente se explica este aumento, dado que los respectivos fletes son:

<i>Liverpool y Manchester</i>		<i>Bruselas</i>
5 chelines.....	6 peniques	3 ídem 0
5	6	2 6
4	0	1 2"

“Pero en todas partes son igualmente notables los resultados. En el ferrocarril de París y San Germán, de 12 millas, el precio ínfimo era 10 peniques. No hubo quejas de ninguna parte, pero calculando los directores de aquella compañía que podrían conducir mucho mayor número sin aumentar sus gastos gran cosa (exactamente nuestro caso; alude al camino de Dublín y Kinston, en Irlanda), determinaron bajar los fletes a 7½ peniques por las 12 millas. El resultado ha sido crecer a tal punto los pasajeros, que han aumentado considerablemente sus ingresos. El camino entre Dublín y Kinston no pasa de 6 millas, y si hubiera de hacerse alguna novedad en los precios, nos inclinaríamos a reducirlos de 1. s. 8 d. y 6 d. a 9 d., 6 d. y 4 d. ó 3 d.; y estamos persuadidos que al fin le iría mejor a la sociedad. Es cosa ésta al parecer extraña, pero facilísima de explicar, cuando se examina que una máquina en un tren ordinario de pasajeros puede cargar 60 u 80 personas con poca o ninguna diferencia del gasto que se requiere para llevar 15 ó 20. Esto se observó años atrás en la línea de Liverpool y Manchester, y como míster Pimm advierte justamente, se ha notado después en el ferrocarril entre París y San Germán. Nuestros sagaces vecinos inmediatamente vieron la cuenta que les traía el reducir, y bajaron sus fletes del franco a 15 céntimos. El resultado fue, como dice míster Tuigg, un aumento en menos de 3 meses, de 91 000 a 130 000.

En el país donde está más barato el flete, es donde hay precisamente mayor número de pasajeros. Según el *Monitor Belga* el número total de ellos ascendió en este reino a 2 238 303, habiendo producido en bruto 3 100 833 francos (581 770 duros). Para manifestar el orden en que se distribuye el público viajante en las diversas clases de carros, se ha formado la siguiente tabla, expresiva del número de pasajeros, clase de carros y producto resultante para el año que terminó en 31 de diciembre de 1838.

Durante este período hubo, pues:

<i>Pasajeros</i>	<i>Francos</i>
17 503 de 1ra. que pagaron	69 322
215 893 de 2da. “ “	702 502
604 935 de 3ra. “ “	1 033 953
1 343 354 de 4ta. “ “	1 087 790
<u>56 618</u> soldados “ “	45 248
Sobrepeso en equipaje y flete	162 015
238 303 y total producto	3 100 833

Por incluirse en la suma el pico de céntimos, que en obsequio de la brevedad se omitió en cada partida. Estos números explican suficientemente que a los ferrocarriles en Bélgica concurre muy principalmente la clase más pobre del pueblo. (Véase el cuaderno titulado “Paralelo entre los ferrocarriles de Bélgica y los de la América del Norte”, por el caballero de Gerstner, publicado en inglés en una revista americana). Del mismo folleto extractamos lo siguiente: “La comparación —dice al terminar— entre los resultados de los ferrocarriles belgas y los americanos, cede incuestionablemente en favor de los primeros. El flete sumamente bajo de los caminos belgas ha aumentado el número de pasajeros hasta un grado de que no se tiene ejemplar, y producido una comunicación que no se ha alcanzado en ningún otro país del Orbe. Al paso que los precios más elevados en las clases mejores de carros rinden un provecho considerable, el inferior, o para la gran masa del pueblo, cubre casi los gastos solamente”.

También merece un lugar preferente en la cuestión, por la mucha luz que sobre ella arroja, el hecho que vamos a referir, y que con todos sus pormenores nos ha sido comunicado por un respetable caballero americano, recién llegado a nuestro suelo, el cual está pronto a ratificarlo, si se dudare de su contenido.

“Hace algunos años que se estableció un barco de vapor —habla el señor Americano— entre Washington y Alejandría en el distrito de Columbia, en los Estados Unidos, fijándose en un peso el precio del flete. El vapor siguió haciendo sus viajes en la temporada, y al fin no produjo un resultado favorable.

”Hubo muchas quejas contra lo fuerte del precio, y los dueños del antiguo vapor replicaban que puesto que la antigua línea rendía poco o ningún interés, sería una locura rebajar el precio.

”A la temporada siguiente, echan otro vapor, establécese competencia, y fíjase el tanto en cuatro reales por persona, y la mitad para los niños.

”Continuaron los dos vapores corriendo a porfía, y al terminar el año se vio que el monto producido era doble al del año anterior; pero sin

ofrecer, según creían entonces, una compensación decente por el capital empleado.

”Examinando todas las circunstancias del caso desde el establecimiento de la antigua línea, y considerando que la concurrencia de viajeros debía haber cuatriplicado de resultados de la baja de flete, se resolvió la nueva compañía a hacer la prueba de una reducción aún mayor; anunciando desde luego en los periódicos que sólo se llevarían dos reales en la temporada subsecuente.

”Como los fundadores de la línea vieja estaban bien escarmentados por los años y la experiencia, fallaron allá entre sí que la última rebaja daría al traste con la nueva sociedad, y que así no tenían más que cruzar los brazos, aguardando su destrucción.

”Entretanto la nueva empresa, según había ofrecido, echó su bote al agua en la primavera, y fue tal el impulso dado al público viajante, que apenas estaban a media temporada, cuando fue preciso agregar otro barco a la línea. La temporada terminó con grande utilidad para la compañía.

”Visto el brillante resultado de la última tentativa, la antigua empresa se convenció de que si habían de competir con los muchachos, “era forzoso hacer lo que los muchachos” (parece mandado a hacer de molde para nuestro caso), y en su consecuencia resolvieron a todo trance bajar ellos el precio cuanto lo bajase la nueva compañía participando al público su determinación.

”A este anuncio, sin demora decide la nueva sociedad probar suerte con más rebaja todavía, sin contar ya con sacar ventaja; pero figurándose, que a fuerza de industria y economía podría sostenerse, reducen el precio a un real, y sólo medio para los niños.

”Ambos vapores comenzaron la temporada henchidos de pasajeros, y prosiguieron corriendo sin aflojar la concurrencia, habiendo pasado ya hoy algunos años desde la última reducción, sin que se haya levantado una sola voz en favor de los precios altos, no advirtiéndose actualmente otra novedad sino que la nueva compañía ha comprado su propiedad a la vieja, y está percibiendo unos dividendos de 30 % al año”.

Hasta aquí el caballero americano. Ni puede ser de otra manera, como que así está en la naturaleza de las cosas. ¿Quién no sabe que todos los hombres, aun los más miserables y menesterosos, se animan a comprar lo más superfluo, con tal que se lo den barato? Este es el corazón humano. El mismo vulgo lo ha expresado con la mayor energía en el tan conocido adagio de “viendo caballo, se ofrece viaje”. No me parece que los sensatos volverán a atacar la rebaja de fletes.

Ainda mais, con datos de nuestra propia casa.

Notas tomadas ayer mismo en el muelle de los vapores, en San Francisco.

Caballo de silla, albarda o con carga: paga ahora medio real; según la tarifa de 18 de marzo del presente pagaba un real. El colector no ha llevado noticia exacta en cuanto a pasajeros de color; pero considera así, a bulto, que será doble el número de ellos, y por consiguiente un cuarto de ventaja.

Caballo con carga de maloja: antes, 2.rs.; ahora 1 real.

Maloja: Antes no pasaba ninguna.

Lecheros: la mayor parte iban por Casa Blanca, donde dejaban sus bestias.

Por la mañana están los vapores siempre llenos de malojeros. Los hechos son más elocuentes que todos los cálculos.

Y aquí verá el público la injusticia y ligereza con que procedió el que se atreviera a afirmar que la sociedad B se presentaba quebrada, precisamente por haber ofrecido una rebaja de fletes, que lejos de ser osada, es todavía hartamente circumspecta. No en vano aseveré en uno de mis papeles que ésta era la fuente más fecunda y más segura de las ganancias que había de cosechar la sociedad B. Pero demos punto a esta cuestión, que hartamente comunicativos hemos estado patentizando los datos en que ha descansado la sociedad B para sus acertadas combinaciones. "Erudimini qui iudicatis".

Diciembre 8 de 1839. *El Otro*.

VIII

CAMINO DE HIERRO

A LOS SEÑORES NODA Y HERRERA

(*Continúa*)

POR EL OTRO

(*Diario de la Habana,*
diciembre 10 de 1839.
Suplemento.)

Bejucal. Cuando se dijo por el individuo a que ustedes aluden que el ramal de Guanímar aniquilaría al Bejucal, era en el supuesto de no quererle abonar a la Junta sino un pasaje por coches y carros de carga

desde el Rincón a la Habana; pero como en el cálculo debe entrar el que se le abone todo el movimiento de Guanímar a precio de pasajero y de carga, lejos de deberse hacer deducción ninguna a los productos del camino principal, en buena aritmética debe abonársele todo lo que el tráfico aumente para la facilidad de comunicaciones hasta Guanímar.

Este es punto en contra, como dicen los estudiantes; y no veo yo muy fácil la posibilidad de retrucarlo.

Ustedes se han dejado en el tintero el renglón de los *brazos*, no menos que el gran acopio de carbón de piedra que tiene la Real Junta en Casa Blanca; por eso no calculan más que en 100 000 ps. los valores que en existencias tendría que recibir B, y que nosotros, por no haber cometido aquella omisión, avaluamos en 200 000 pesos.

Sobre los desviaderos. Los desviaderos de ningún modo suplen a la doble carrilera; y en caso de que la suplieran, es incomprensible el señalamiento que se hace de 5 millas de ellas para 15 de camino; porque con uno o dos de 100 varas de extensión se puede hacer todo el servicio. Veamos, pues, la facilidad con que se ahorra la compañía B el gasto de los 200 000 ps. con que tan gratuitamente quieren ustedes cargarla para el objeto en cuestión, o sea, la doble carrilera.

Los trenes de pasajeros y de carga de Güines toman hoy en el mismo Güines y en Bejucal en horas fijas los pasajeros y cargas que vienen de Palos y Guanímar; y la única diferencia que habrá cuando estos ramales se hagan es que en lugar de conducirlos allí las volantas y carretas, los llevarán otros trenes conducidos por máquinas de vapor. La diferencia consistirá en el aumento que tenga el tráfico; y ella se obvia sencillamente con las máquinas y trenes de respeto que para este caso se establecerán en los paraderos de más afluencia, y que podrán seguir detrás o delante de las máquinas que hoy están empleadas en el único camino de la Real Junta de Fomento.

Cuando se hacen dobles y triples carrileras es cuando se quieren llevar hasta el infinito las comodidades en caminos donde hay un tráfico inmenso, como el de Liverpool a Manchester, en que muchos trenes parten a una misma hora de los extremos encontrados. Y cuando alcancemos este inmenso tráfico en nuestro camino, ¿no tendremos dineros para hacer triple y hasta cuádruple carrilera, si ustedes quieren? Además, siendo en Inglaterra las máquinas mucho más pesadas que en los Estados Unidos y entre nosotros, se hace necesario en cierto modo el establecimiento de dobles carrileras, a fin de parar unas mientras se están componiendo las otras, dañadas con el excesivo peso de tan graves máquinas, inconvenientes a que no estamos sujetos nosotros ni los americanos con sus ligerísimas máquinas de ruedas giratorias, que aún no se usan en Inglaterra, y por consiguiente quedamos eximidos de esa necesi-

dad —perentoria en concepto de ustedes— de construir dobles carrileras. Por otro lado, en la Gran Bretaña se lleva todo a un grado tan extraordinario de lujo y perfección, que ni puede ni debe imitarse en estos nacientes países en donde debe tratarse de llenar primero las más urgentes necesidades, que después vienen naturalmente las mejoras y los progresos. El hombre primero se guarece en una cueva, luego se alberga en una choza, después vive en una buena casa y finalmente mora en un espléndido palacio. Nosotros estamos, o vamos a estar en el grado de vivir buena casa; pero todavía, si no queremos enloquecer, no hemos llegado al de habitar en un alcázar.

No alcanzo por qué hacen ustedes tanto hincapié en el aumento de gastos en que, por razón de haber de pagar un contador y tesorero, ha de tener que incurrir la sociedad B, gasto que hoy ahorra la Junta de Fomento, dicen ustedes, por contar ella con esas plazas. Es verdad que cuenta con ellas; empero ni los sueldos de dos empleados tales son gran cosa para una compañía cualquiera, ni pasaré jamás a creer que a los particulares cueste más cara la administración que a las corporaciones. Preguntádselo al ilustre Jovellanos y, sobre todo, a la experiencia de todas partes y todos tiempos, que no me dejará mentir.

Están ustedes muy equivocados en cuanto al oficio del millón de pesos de las compañías. No está él destinado, como ustedes creen, para garantizarle a la Junta la totalidad del valor de su ferrocarril, sino para responder de la entrega de sus dividendos, cuyo millón basta y sobra para el caso; pues teniendo la Junta su hipoteca expresa sobre el camino y el primer ramal que se construya, claro está que a la hora y punto en que deje de cumplírsele, se echará sobre el camino y cuanto más hubiere formado, con absoluto señorío. Luego si la Junta queda perfectamente asegurada con semejante caución, gozando además la ventaja del exceso de precio que le da B, y el público sale beneficiado con la rebaja en el flete de pasajeros, los defensores natos de la Junta no deberían pedir más, sino contentarse con la inesperada oferta que se les hace, y aplaudir el arrojito de los que, además de tantas seguridades y garantías ofrecidas y realizables, se constituyen a construir mayor número de leguas de carriles en obsequio del procomunal.

Y con esto me parecen debidamente contestadas cuantas razones dignas de responderse se han aducido hasta ahora por mis adversarios, reiterando el vivo sentimiento que me queda de no haber visto aquel cierto papel, apenas leído cuando recogido por cierta persona en cierta sociedad, papel que, según entendemos, está todo escrito con mucha ciencia y aún más conciencia, y que por lo mismo desearíamos nos regalase con él su distinguido autor; seguro, segurísimo de que aun cuando no le podamos pagar en su análisis con la misma moneda cuanto a cien-

cia, se le indemnizará con usura en esto de conciencia y lealtad por parte de su muy atento y obsequioso servidor. *El Otro*. Diciembre 9 de 1839.

(Continuará, si continúan)

IX

CAMINO DE HIERRO

POR *EL OTRO*

(*Diario de la Habana*,
diciembre 10 de 1839.
Suplemento.)

Señor don Francisco de P. Serrano:

Señor Serrano: ¿sabe usted por qué he salido victorioso en cuantas polémicas he tomado parte, según usted mismo declara? Porque en ellas he tenido razón, pues no hay abogado menos abogado que yo en el arte mágica de hacer lo blanco negro y lo negro blanco. Es tal el carácter de mi cabeza, si puedo expresarme así, que aun cuando se me amontonen los medios de salir airoso en ciertas causas, los desprecio y conculco, si éstas no me parecen justas. Sin justicia y verdad se me cae la pluma de la mano. Jamás he aspirado al lauro de ser un hábil esgrimidor, sino al de presentar con fuerza la razón y la justicia. La verdad no se inventa con el ingenio, sino que se encuentra en las cosas.

¿Para qué traer tan de lejos el cuento? Nada tiene que ver mi cuestión con la que usted ventiló con el señor Pardo Pimentel. Ustedes lidiaron sobre preferencia de Guanimar y Batabanó; yo he prescindido completamente de semejante cuestión, y salí tan sólo a sostener que la compañía B había hecho mejores proposiciones que la compañía A para la compra del ferrocarril entre la Habana y Güines. Así, nadie podrá argüirme de inconsecuencia por haber aprobado y aplaudido algunos artículos de usted en aquella polémica, que me parecieron escritos con brío de estilo y con conocimiento de causa. Mi cuestión no es ni ha sido más que la siguiente:

B ha hecho mejores propuestas y le sobran medios de cumplirlas.

A pesar de la festinación con que hubo de salir mi artículo, voy a demostrar a usted, señor Serrano, que la razón no está de su parte, por más que con letras de marca haya usted querido pregonar que yo le inferí el mayor de los agravios con haberme dejado en el tintero su cualquiera de las sociedades. El público va a juzgar. La cuenta es clarísima. Ad rem. En las actuales circunstancias, por más que usted dijera y protestara que esta cláusula, “adjudíquese el camino a cualquiera de las sociedades, con tal que los beneficios que se ofrecen no sean después ilusorios”, no había usted querido soltarle su chispazo a la sociedad B, nadie se lo creería por más que lo jurase. Nadie había asomado la especie de que las proposiciones de la compañía A fuesen ilusorias, y cuantos escribían contra B no tenían tema más favorito para atacarla. Todos, todos formaban coro en esta parte; estaban al unísono más perfecto. Usted, más diestro que algunos de ellos, no quiso aparecer tan a las claras y tan absoluto, y así echó su red barredera para pescar a la sociedad B, que había de quedar incluida en él *cualquiera* con el agregado de las *ilusiones*. Esta es la verdad pura y desnuda, la que siempre digo, cuando me la preguntan, y sobre todo, cuando usted invoca mi acreditado amor por ella.

Tampoco podrá usted eximirse de encima el otro cargo que le hice sobre la frase de la *paz durable*. ¿Qué tenían que temer los capitalistas extranjeros en nuestro venturoso suelo para que se les tratara de infundir confianza con la garantía de una paz durable? ¿Acaso había entre nosotros algún motivo de guerra o de eferescencia ni de lo más mínimo que alterase nuestra regalada tranquilidad? Más bien se ahuyentarían los extranjeros recelosos al oír hablar de paz durable, que no tocando semejante tecla. Sólo los enfermos son los que disertan sobre la salud. Los sanos la gozan, no la encarecen. Así pues, esta expresioncita de paz durable en boca de usted era como un indicio de que su instrumento estaba templado al mismo tono que el de los declamadores de tranquilidad; y eso fue lo que yo sentí en el alma oír de los labios del señor Serrano.

En fin, amigo mío, usted no me conoce bien todavía, y voy a darle una nueva prueba de lo indulgente que he estado con usted. Todo el mundo pregunta: ¿con qué objeto escribió Serrano la vindicación? Parece que las razones que usted dio para tomar la pluma no convencieron a ninguno: primer motivo que me justifica. Segundo: yo podía haber analizado todo el artículo de usted; pero me fui en derechura a lo que resultaba contra la causa que defendía, olvidándome totalmente de la mía propia. Así pues, ya ve usted cómo soy a un tiempo justo e indulgente: justo, con las cosas, indulgente, con las personas. Hartas pruebas tiene usted de la sinceridad de mis sentimientos para que

haya menester reiterarle que, a pesar de las polémicas y controversias, siempre hallará el mismo en todo y por todo a su antiguo apreciador y obligado contrincante. *El Otro*.

X

CAMINO DE HIERRO

POR *OTRO*

(*Diario de la Habana*,
diciembre 11 de 1839.
Suplemento.)

Acabamos de leer en el Diario de hoy el artículo sobre *Sociedades anónimas*; y no siendo en rigor A ni B, a ninguna de las dos puede perjudicar la cuestión pendiente, es decir, para rematar el camino de hierro ni las disposiciones de nuestro código de comercio, ni mucho menos las prevenções hechas por el gobierno francés para la ejecución del artículo 37 del suyo. ¡Cuidado con oscurecer la cuestión que está más clara que la luz del día! La Junta de Fomento se comprometió del modo más solemne a adjudicar el ferrocarril de Güines al que más diera en general, sin hacer diferencias entre particulares y compañías, sino lisa y llanamente, *verdad sabida* y *buena fe guardada*, a estilo de comercio, como gente lega, llana y abonada; pero B, sea quien fuera, ofreció más que A: luego a B pertenece de derecho el ferrocarril.

Que ninguna de nuestras dos sociedades está todavía elevada a la esfera de anónima, nos lo demuestra perfectamente una parte del mismo preámbulo de la sociedad A —”No se oculta a los que suscriben que para gozar del beneficio dispensado a las sociedades anónimas en el artículo 279 del código de comercio de no ser responsables los socios solidariamente sino con la masa social del fondo-capital y con los beneficios acumulados en él, había de preceder la presentación y aprobación de los reglamentos sociales y directivos de la empresa por el gobierno”.... (Lo que sigue ahora está mejor.) “Pero la singularidad de este caso en que el objeto *primordial* de la Sociedad que es la *compra* del camino debe ser *antes aprobada* por la misma autoridad, ha obligado a

los socios en consideración a que si no hubiese compra no habría sociedad, a valerse del permiso del artículo 285 del mismo código, consignando sus pactos en documento privado adjunto, que será reducido a escritura pública, tan luego como dicho objeto, o sea el contrato de compra del camino y los reglamentos de la Sociedad sean aprobados por el gobierno local en nombre y representación de Su Majestad “— .Es así que en el mismo caso se halla la Sociedad B que la Sociedad A en todas sus partes con respecto a su constitución como *anónimas*: luego ni favorece ni perjudica, ni embona nada de cuanto se diga a este propósito. La misma Sociedad A lo ha declarado tan terminante como fundadamente: *si no hubiese compra*, ha dicho con razón, *para qué habría de haber sociedad?* Luego no como quiera no estaban nuestras sociedades constituidas como *anónimas*, sino que ni lo podían ni lo querían estar hasta después que se fallase sobre la existencia de la una y la extinción de la otra por resultas del remate: prueba irrefragable de que antes de revelarse las proposiciones de una y otra parte, todos, todos estaban de acuerdo, perfectamente unánimes, como lo están hoy todos los imparciales e inteligentes en que lo *primero* y *principal* era presentarse en tiempo y sólo con las formas indispensables para optar a la propiedad del camino: obtenida la cual, se presentarían los reglamentos, y llenarían los demás requisitos que faltaban.

Recorramos en comprobación de la identidad de casos en que se hallan nuestras dos sociedades, los más notables pasajes en *bastardilla* del artículo inserto en el Diario de hoy.

“La prueba del contrato de sociedad *anónima* debe constar por escrito”: tanto A como B lo han hecho constar de esta manera — “y aún exige la ley para este modo de asociación *algunas formalidades particulares, que son necesarias por los derechos extraordinarios concedidos a los socios*”. — *Nuestras* compañías han guardado varias de estas formalidades pero les *faltan otras* a entreambas, según lo indica y demuestra la misma sociedad A.

“Las garantías de las sociedades anónimas consisten tanto en los capitales o valores presentados o anunciados por los fundadores”. (De una y otra parte se han anunciado acá los capitales con que se cuenta, sobrados de una y otra parte para responder de los dividendos, y la hipoteca del mismo camino y primer ramal que se construya para la totalidad del valor) ..., así como también consisten las garantías en *cláusulas y estipulaciones* del acto *social*; circunstancia que también concurre en ambas partes.

El Reglamento francés dice, y dice muy bien: “Que el objeto de la especulación sea lícito y real (son harto honrados los individuos de una y otra parte para que puedan pensar en cosas ilícitas e imaginarias.)” Que

hay no un vano prospecto sobre una idea sin consistencia, *sino ya un acta social...* (Nada de vano hay ni por una, ni por otra parte, sino cosa muy real, efectiva y tangible, y mucho más que una *simple acta social*; pues consta su consentimiento manifestado del modo más solemne a las autoridades y hasta a todo el país) se requiere un fondo obligado que *asegure la empresa* (existe, y considerable, y sobrado para el objeto, de una y otra parte....) “Que los accionistas sean verdaderos, y no meramente *socios ficticios...* (los de acá son de carne y hueso, de una y otra parte, y los que lo son, los son tan de veras, como ya se ha visto).

Todas estas prevenciones que parecen tan nimias y escrupulosas han sido necesarias en Francia por la especie de furor a que ha llegado el espíritu de asociación, levantándose de la noche a la mañana proyectistas embaucados o embaucadores, que con sus espléndidos planes procuran arrostrar y alucinar, valiéndose para ello de todos esos medios ilícitos, que el Reglamento citado se ha propuesto cortar de raíz. Pero, ¡cuán distintas son las circunstancias de nuestra tierra, donde amanece apenas el espíritu de asociación y sobre todo cuán distinta a las de esos charlatanes especuladores las que concurren en lo más florido y granado de los capitalistas de nuestro suelo, que de ellos han salido las columnas de riqueza y probidad de una y otra compañía!

Están pues perfectamente equiparadas nuestras dos sociedades en cuanto a su constitución; a menos que no se pretenda que la una es de mejor condición que la otra, por contar mayor número de asociados: para cuya pretensión no esperamos se encuentre artículo alguno ni en el Código de comercio, ni en el reglamento dirigido a los prefectos por el gobierno francés ni en cuantos papeles secos o mojados quieran traerse a colación en esta grave cuanto sencilla controversia.

Pero aun dando de barato que una de las partes estuviese constituida legalmente en compañía anónima, y la otra no; siempre resulta inconcuso en derecho que la finca pertenece al mejor postor, sea quien fuere. Con mayor motivo, voy para remate a presentar el punto reducido a su más simple expresión.

1—Se objeta que el gran número de leguas de ramales que ofrece construir la sociedad B, es una promesa aérea, una *ilusión*. Concedido. Y entonces redúzcasela a construir tan sólo *una legua* más que lo prometido por la Sociedad A.

2—”Que la rebaja en el flete de los pasajeros es otra ilusión de esa gente alucinada y alucinante”. Concedido. Y entonces déjese en su arbitrio subir cuanto le plazca; pero nada de bajas no sea que se pierdan y pierdan a la Junta de Fomento.

Pues bien, señores. Ya asegurados así los prometedores para que no puedan hacer cuentas alegres, todavía queda una *pequeña dificultad*, y es

que la Sociedad B ofrece 270 000\$ más que la Sociedad A. ¿De quién es el camino? Nadie puede discutir en esta parte de la opinión del—*Otro*.

Diciembre 10 de 1839.

XI

CAMINO DE HIERRO

POR *EL OTRO*

(*Diario de la Habana*, diciembre 13 de 1839. Suplemento.)

Señor don Diego Fernández Herrera.

En extremo complacido de haber dado con un antagonista tan cortés y racional como es usted, voy a replicar a su última contestación con la posible brevedad, eliminando aquellas especies que por harto ilustradas ya, sería fastidioso reproducir.

“La cuestión —dice usted— se presenta bajo dos aspectos: ventaja para la Junta, y ventajas para el público”. Efectivamente, es así, y yo creo haberla considerado bajo ambas fases, no meramente por su valor pecuniario, como usted se expresa, sino muy en especial por el lado de la justicia. Usted preferiría se diese el camino a la sociedad A por ser más numerosa, y yo tendría por el colmo de la inmoralidad aconsejar semejante cosa después de haber cotejado sus proposiciones con las de B. Mire usted, pues, si he visto la cuestión a la luz de la moral. Yo he sustentado: 1º que las propuestas de B eran más útiles a la Junta de Fomento; 2º, más útiles al público en general; 3º, más útiles a los señores hacendados. Pero la Junta de Fomento empeñó solemnemente su palabra de adjudicar el ferrocarril a quien ofreciese mayores ventajas en sus propuestas así para *ella* como para el *público*; luego faltaría a su deber apartándose de la fe prometida. Y ved aquí que la cuestión es de *justicia*, como la he considerado siempre; de *justicia*, sin la cual se desploma la sociedad, sin la cual nada grande ni noble puede existir entre los hom-

bres, sin la cual está atacado en sus cimientos el mismo espíritu de asociación, sin la cual no vive la virtud; porque en la justicia se concretan y simbolizan todas ellas.

¿Cree usted de veras, señor mío, que se le da un golpe mortal al espíritu de asociación prefiriendo los pocos a los muchos, habiendo hecho los primeros mejores proposiciones bajo todos conceptos que los segundos? Esto es juzgar que el santo espíritu de asociación se contrapone a la santísima virtud de la justicia, cuando el uno no puede vivir sin la otra. Si la circunstancia de ser muchos había de ser la única decisiva en la materia, ¿por qué ni para qué entró en concurso la sociedad A con la sociedad B? Luego si entró a jugar, entró bajo el concepto de poder ganar o perder, puesto que quien había de hacer la campaña eran las *propuestas*, no los *proponentes*. Dijo la Junta de Fomento: “será el camino de quien ofrezca mayores ventajas para el público y para mí”. Luego la Junta y el público han de ser los beneficiados: “tu dixisti”. Pero he demostrado hasta el fastidio en mis anteriores papeles que ambos salen más gananciosos con las ofertas de B que no con las de A; luego si las ofertas son el único criterio para juzgar en la materia, el pleito está perdido, con costas, por la parte de A. Además lo que pide la Junta de Fomento son *proposiciones*, y el que la sociedad A se componga de muchos no es *proposición*, sino un hecho muy real y efectivo, pero que no tiene para qué jugar en el asunto. La Junta dijo que de las proposiciones había de resultar la ventaja suya y la del público, no la de los *proponentes*, que siendo cuenta de ellos, no tenía la Junta para qué recomendársela. Ahora, si por *público* se entiende la sociedad de los muchos, entonces no hablemos más, y dejo la pluma colgada de la espetera. A los muchos, así como a los pocos, a cuantos los anuncios leyeran, dijo la Junta de Fomento: “haced proposiciones ventajosas al público y a mí”. Claro está, pues, que a los proponentes en la cuestión no se les miraba como fracción de público. Esto se me parece a una compañía de actores que pretendiese que otro actor solo que representase un unipersonal no debía tener por *público* a los espectadores sino a ellos mismos. Ni más ni menos pintiparado es el caso en que usted coloca a la sociedad A respecto de la B, amigo estimado.

2º Señor don Diego, ¿cómo no había de sernos *indispensable* la comparación entre las proposiciones de A y las de B para formar juicio acerca de ellas, si mi propósito era cabalmente *formar juicio*? Si el de usted no lo ha sido, entonces ¿sobre qué se cuestiona? O en tal caso, pasaría usted por injusto, pues defiende a A sin ponerla en parangón con B.

3º No sé cómo no ha visto usted las proposiciones de A, tomando un empeño tan decidido en esta polémica, y siéndole tan fácil conseguir las.

Pues mire usted, cada uno tiene sus reglas de conducta. Yo no hubiera dado una sola plumada sin haber examinado las proposiciones de una y otra parte. ¡Ojalá se hubieran publicado desde el principio en un mismo cuaderno ayuntadas las de A con las de B, que entonces nos hubiéramos ahorrado tiempo y trabajo! Muy poco papel hubiéramos emborronado. ¡Resalta tanto la justicia respecto de B, que no habría sido posible empeñarla ni aun momentáneamente!

4º Sí, señor, la sociedad B salió a defenderse antes que A porque la atacaban, no en papeles impresos, pero sí en escritos, sin que tampoco sea una hablilla la especie de que la sociedad B *se presentaba quebrada*, con el mero hecho de proponer la rebaja de fletes que ofrecía, pues salió de labios de una persona nada vulgar y revestida de un carácter público. Ni ¿cómo puede pretenderse que la compañía B no hubiera salido al palenque, cuando desde la empeñada discusión sobre preferencia de *Batabanó* y *Guanímar* ya se había procurado prevenir en su contra la opinión pública? No hay arbitrio: la imprenta era el único tribunal competente para ventilar intereses tan graves y trascendentales en el estado a que habían llegado las cosas: ¡harto ha comprobado la discusión cuán fundados eran los temores de la sociedad B, a quien siempre se ha querido pintar como ofreciendo delirios y quimeras, amén de negarle la legitimidad de su constitución! Gracias a la discusión esos cargos se han disipado como el humo. A otra cosa.

Si usted no gradúa en un ardite la judicatura del público, señor don Diego, ¿para qué ha escrito tanto papel? Luego así parcial, vulgar y dividido, como usted lo pinta, lo buscamos todos por juez, a ver si logramos la fusión, siquiera de algunas de esas secciones en que está distribuido, para que nos den su voto favorable. Está en la naturaleza del hombre, le es congénito el ahínco por convencer a sus semejantes en aquellas materias que le interesan; y ese ahínco puesto por el Creador en nuestro pecho es el germen fecundo del arte de la persuasión: “quia non esset cum singulis eloquentia”, como dijo el insigne español Fabio Quintiliano.

No altera la naturaleza de remate la condición que se impuso posteriormente de parte de la Real Junta sobre que “las proposiciones fuesen presentadas en pliegos cerrados”. Es decir, que ya se sellaba el concurso desde el momento en que entregaban sus propuestas los licitadores; pero esta circunstancia no quita la otra condición de que el camino se entregaría (palabras de la Junta) a aquel de los licitadores admitidos que ofreciesen mejores términos para ella y para el público. Luego era remate con esa modificación de acudir todos cuantos quisiesen en pliego cerrado, sin haber después lugar a pujas como en los casos ordinarios.

Cree usted haber cogido un gran renuncio cuando dije: “Es verdad que apenas existe la vía de Güines, y ya ha habido varias tarifas en los fletes de

pasajeros, pero siempre *a menos* y nunca *a más*”, alegando que al principio se pagaban de la Habana a Bejucal, según las diversas clases de pasajeros, 20, 10 y 5 reales, total 35, y ahora se pagan 16, 12, 10, total 38, que es más que 35. Como éste es el Aquiles del último papel de usted, permítaseme entrar en la prolijidad de los varios aranceles, para convencerle plenamente de lo fundado de mi aserto.

En octubre de 1837 se publicó la primera tarifa para el tramo de seis leguas entre la Habana y Bejucal, que señalaba los precios siguientes:

Pasajeros de 1 ^a clase	\$ 2	4 rs
Pasajeros de 2 ^a	1	2
Pasajeros de 3 ^a		5
La caja de azúcar, incluso el retorno de envases		6½
El saco de 6 a 7 arrobas		2

Retornos

El caballo de 8 arrobas en todos los frutos de diversas clases		3
--	--	---

En junio de 1838 se hizo la tarifa para el de 18 leguas próximamente de la Habana a Güines. Tomando por base la anterior, correspondía a los

Pasajeros de 1 ^a 7 ps., 4 rs.; y se les puso	4\$	2rs.
<i>Rebaja</i> que se les hizo	3	2rs.
A los de 2 ^a correspondían	3	6rs.
Se les puso	3	
<i>Rebaja</i> que se les hizo.....		6rs.
A los de 3 ^a correspondían 15 reales; se les puso (por una razón tan curiosa como especial, pero que no es del caso).....		17rs.
<i>Aumento</i>		2rs.
A la caja de azúcar correspondían.....		19½
Se puso en		10
<i>Rebaja</i> que se le hizo		9½
Al saco de café correspondían		6rs.
Se puso en		4rs.
<i>Rebaja</i>		2rs.
A los dos quintales del caballo de carga correspondían.....		6rs.
Se puso el quintal a.....		2½
<i>Rebaja</i> que se le hizo		1 rl.

En la distribución de precios pudo el Bejucal perder algo (y aquí está la explicación del aumento que usted alega de 3 reales que no fue en la vía total de Güines, como yo asenté), por la sencilla razón que una caja de azúcar cuesta lo mismo para New York que para el Báltico; pero en estas dos tarifas la Junta *baja*, y por eso afirmé *siempre a menos*. Ítem más. Tarifa publicada en abril de 1839. Los pasajeros lo mismo, con la sola alteración de haberse en el intermedio ensayado una cuarta clase, bajando en favor del pobre.

Caja de azúcar 8½ reales, *bajando*. Saco de café 3 reales, *siempre bajando*. Pipa de aguardiente de 45 arrobas, por el mismo precio señalado en la anterior a la de 30 arrobas... 3\$ *bajando*. Miel: bocoy antes pagaba 4\$, ahora paga 3\$, *bajando*. Quintal dos reales... *bajando*.

Queda, pues, demostrado hasta el fastidio que la Junta siempre bajó en la totalidad no ya sólo respecto a *pasajeros* que era lo que se pedía demostrar, sino hasta respecto de las cargas, que aunque no se pidiera, no viene mal para ilustración del principio de las rebajas, por el cual tanto y tanto hemos abogado. A otro punto.

Quando dije que a la Junta no le puede producir tanto el camino como a los particulares, porque la Junta paga premios y ellos no, dije bien, porque iba contraído a los premios del empréstito de Londres, que tuvo que hacer la Real Junta para construir su camino; en cuyo caso no están nuestras compañías, que tienen dinero a mano para emprender los ramales sin pedir prestado. Así no tiene que venir a colación “el 6 % sobre 3 000 000 de duros, cambio seguro” y demás a que hace usted referencia, pues esa es una de las condiciones del mismo contrato, verificándose siempre, que es mi mente, que la compañía construye su ramal sin pagar premio como que posee el capital competente para la obra.

Probé en mi papel sobre utilidad en la rebaja de fletes para pasajeros, que cabalmente en países menos poblados que otros en Europa había mayor afluencia de ellos, casi en un duplo, que en los más poblados debido esto muy particularmente a la cortedad del precio. Así se verificó en años pasados en el camino de Bruselas y Amberes con la *mitad* menos de población que el territorio de Warrington, Manchester y Liverpool, donde se halla el famoso ferrocarril fundador. Con que, la *mitad menos* de población, y cerca de la *mitad más* de pasajeros. No es floja esta alzaprima. Pero dice usted “que por ahora no puede suceder esto en la isla de Cuba, porque acá ni tenemos ese derrame de población industrial que se esparce por esas regiones, ni poseemos ciudades opulentas, célebres monumentos y otros objetos que atraen la curiosidad de innumerables viajeros”. No será tanto, pero cuanto, por eso tampoco se construirán tantos ni tan largos ferrocarriles como por esas regiones, sino según y conforme los vayamos necesitando; porque todo se

nivela a la ley de la necesidad. Ya dije que en materia de ferrocarriles en todas partes, y señaladamente en nuestro suelo, las imaginaciones eran superadas por las realidades. ¿Eran acaso muchos, por ventura, los que estaban penetrados entre nosotros de las grandes ventajas pecuniarias de construir un camino de hierro hasta Güines? Pero este grande experimento habló, y se inflamó el espíritu de especulación como por encanto. El hombre cuando ve la facilidad convierte en necesario lo superfluo. Esta es la historia de la civilización. Así el lujo es una consecuencia forzosa del progreso. Es verdad que nosotros carecemos de ciudades populosas, célebres monumentos y otras curiosidades del arte, pero nos sobran las curiosidades de una naturaleza siempre viva y esplendente, tras la cual se van los ojos a nuestros vecinos los norteamericanos, habitantes de esas frías regiones, de donde huyen en el invierno para venir a solazarse y respirar el aire más benigno de nuestro clima. ¡Cómo no afluirán a centenares con fáciles comunicaciones en pos del lucro, del recreo y de la salud, que podrán buscar entonces no sólo en nuestro aire, sino en nuestras aguas! Ellos, que oyen hablar de los portentos obrados por las de Madrugá, San Diego, y otras, ¿cómo no se apresurarán a millares a buscar el alivio y convertir esas agrestes campiñas en otros tantos Lebanons y Saratogas? En la actualidad manifiestan sus más vivos deseos, ellos, que como hijos legítimos de los ingleses, siempre ansían contemplar y admirar las bellezas naturales, y por cuyo solo placer recorren muchas leguas y aun arrostran serios peligros, pero “no hay caminos” es todo lo que podemos ofrecerles para satisfacer esta tan sedienta curiosidad!

Sí, señor, carecía de datos y experiencia la junta de Fomento para ponernos a rebajar los fletes aun más que lo hizo, sin que esto sea faltar en lo más leve al respeto debido a las luces y patriotismo de dicha corporación. Porque siendo este ramo cosa enteramente nueva en el país, pedía la circunspección ir haciendo las alteraciones gradualmente, sin fiarse a ciegas en los datos obtenidos de otras partes, que deben siempre servir de norte, pero que han de comprobarse, según las reglas del buen método en el crisol de la propia experiencia, que ya hoy se tiene, y pudo aprovecharla quien ha sabido.

Si los emprendedores no son circunspectos, peor para ellos, que nadie ha de ir a ponerles curador. Asegúrese la junta, que si una empresa se perdiera y se necesitasen sus trabajos, luego nacería otra a reemplazarla.

Es sacar la cuestión de su terreno el objetar “mira que se pierde tal o cual compañía con tales propuestas”. Como si cada uno no echara sus cuentas, y como si la Junta de Fomento no tuviera su contador e individuos peritos en la materia para examinar si las proposiciones le convie-

nen y si se ofrecen garantías suficientes. Ved aquí la cuestión como se la propone y debe proponérsela la Junta: 1º ¿Conviene a mis intereses las proposiciones? ¿Sí o no? 2º ¿Conviene al público? ¿Sí o no? 3º ¿Me ofrecen las seguridades competentes? ¿Sí o no? Pero “esa gente proponedora se pierde miserablemente”. Que se pierda muy enhorabuena, con su pan se lo *coma*... “Es que entonces resultan ilusorias las ventajas ofrecidas para el público!” ¡Alto ahí!, que ya están ésas bien aseguradas, que no son tan páparos los hacendados y comerciantes que constituyen la respetable Junta de Fomento. No haya miedo, pues, señores, de que todo el mundo corra pronto y barato esas 27 leguas de camino, que más angustias se han pasado hablando acerca de ellas que las que costará su cabal y entera construcción. Si Dios nos diere vida y salud, mi amigo don Diego —y a usted puede que se le logre mejor que a mí— ¡qué paseo nos habíamos de dar por esas carrileras en sabrosa plática, olvidándonos de todas estas polémicas y afares, o más bien acordándonos para reirnos de ellas a nuestro sabor! Esa sí que será una *fusión* muy realizable. Y ya que he tocado esta tecla, ¿quién le ha dicho a usted que así como a cada paso se ve en Inglaterra y en los Estados Unidos que a una sociedad anónima numerosa le compran uno o dos capitales todas sus acciones, y viene a deshacerse naturalmente la sociedad, también acontece muy a menudo que una sola casa de comercio, o un solo capitalista, acomete una empresa, y luego reparten y venden acciones a una cuota muy módica y al alcance de todo el mundo? Así sucedió cabalmente en Inglaterra con el empréstito, primero, de la Junta de Fomento. acometido por la firma de *Wright*, quien después, y a muy poco tiempo, comenzó a despachar sus *bonos* a 150 y 200 libras esterlinas. Pues lo mismo ni más ni menos podrá hacer, si quiere y le conviene, la sociedad B, o sea, la de los pocos, y entonces tomarán parte cuantos gusten.

Parécenme suficientemente esclarecido todos los puntos de entidad que toca usted en su papel, pues si he prescindido del análisis de algunos cálculos, no es por la dificultad que ofrezca, sino por ser excusado semejante trabajo, sobrefastidioso para el público. Pero no quiero levantar la pluma sin rebatir un error que me parece de trascendencia, y que ya han dado en la flor de cometerlo. Aludo al perjuicio que se cacearea recibiría Matanzas con la construcción del ramal de Palos a Sabani-lla. Es muy singular que se lloren lástimas por el aumento de comunicaciones, y que con esas vagas generalidades se quiera prevenir la opinión de nuestros hermanos de Matanzas, de la importante Matanzas, contra los preciosos planes de la sociedad B. Y pregunto yo ahora, ¿cuáles son los fundamentos en que descansan esos temores de ruina que asoman los adversarios de dicha compañía? Manifiéstelos desde luego, pues de lo contrario se les tendrá por fautores del sistema de

incomunicación que en este siglo sólo se encuentra canonizado y vigente por el singularísimo dictador del Paraguay. Entre tanto voy a presentar una cuenta palmaria, a mi entender, para demostrar que de la construcción de semejante ramal se siguen notables utilidades a la bella y rica Matanzas.

El precio de conducción que pagará la caja de azúcar de la Sabanilla a Matanzas será probablemente cinco reales, en razón a que sólo dista un punto de otro cinco leguas. El carril de Güines, prolongado a Sabanilla, no puede hacerle daño a Matanzas porque para traer el azúcar de Sabanilla a la Habana costaría desembolsar *quince* sobre poco más o menos, y claro está que los particulares no la llevarán a donde les sale más cara, máxime cuando el mercado de Matanzas logra siempre igual o mejor precio que el de la Habana. En prueba de lo cual no se ve que traigan aquel fruto por mar, cuyo coste sólo es de seis reales, menor que la diferencia que hay por tierra, notándose algunas ocasiones que se lleva azúcar de aquí a Matanzas por la diferencia de precio. Además un bocoy de miel de Güines a la Habana cuesta:

Su conducción	3	\$
En la misma proporción, de Palos a Güines ...	1	3rs
<i>Suma: ...</i>	4\$	3

Así pues costará la conducción en las

11 leguas de Palos a Sabanilla y

Matanzas	1	7
----------------	---	---

Diferencia que hace el ahorro que tienen

los hacendados de Palos en enviar su miel

a Matanzas	2\$	4
------------------	-----	---

Luego, ventaja para Matanzas en azúcar y ventaja para Matanzas en miel. Y basta por hoy, amigo mío, de ferrocarril; y ojalá bastara para siempre, porque ya va fastidiando al público, no menos que a su muy atento.

El Otro

XII

AL EXABRUPTO EL ALLÁ-VA-ESO

Vae victis!!

Eres negro y feo - De volar se trata
Traducción libre

POR EL *FILO-OTRO* O EL *OTRO-FILO*

(*Diario de la Habana*,
diciembre 14 de 1839.)

¡Válame Dios, señor repentista de mi ánima— Parir tarde, parir hija, y luego muy fruncidita, y después.... *guachinanguita!* Porque han de saber Vds. señores, y si no lo saben, va de cuento, que el del *Exabrupto* es el mismo mismísimo a quien se le pidió que diera a luz cierto papel leído en cierta parte y demás que no ignora el curioso lector ferrocarrilero.— Pero, señor, poco a poco.... compasión, compasión con los vencidos!— ¿Qué habría de hacer el acuitado y malaventurado caballero, no hallando nuevas razones que alegar, sino gritar a su retador como aquel pajarraco alicaído al otro de marras que se encumbraba y le dejaba por el suelo: hombre, hombre, sabes una cosa? ¡Que eres negro y feo! De volar se trata, compañero, y no hay *quitollis*, salga Vd. con su *papalote*. Ahora se dirá el *Otro*, y con razón, que sus razones son inexpugnables, al ver que a todas ellas no halla que oponer ese portento de la *financiera*, de la *burocracia* y de la *capituloría* más que un cuentecillo miserable, y de una idea tan manoseada como inaplicable. Eso sí, está bien contadito; porque para lo que es hacer un cuento se pinta solo; ahora como para el gran negocio de que se trata no era bastante ser hombre de cuento, sino de *cuenta*, y aun de *cuentas*, tiene V. que a mi camarada se le malogró el hijito de su corazón. Está visto, no vuelve a levantar crestín— A propósi-

to de *crestín* y va también de cuento. Este era un gallito *indio* que cada vez que lo topaban en su patio o en su gallinero con alguno otro de la vecindad, tenía unos quites tan graciosos y daba unas *salidas de pico* tan oportunas, que pasaba entre los muchachos del barrio aquel por el gallito de la aldea. No es extraño pues que el día que se trató de pelearlo de verdad, fueran al *indiecito* cuanto dinero tenían y hasta se juntasen en coima para echárselo de *tapado* al *implus ultra*, (como se dice en gallinero guirigay) al más pintado de cuantos llevaban espolones (¡diablo!) como que les parecía tan infalible la ganancia cual si estuvieran *mirando la puerta*. Pero, amigos míos, el gallito se encontró con la horma de su zapato, o para hablar en gallería, con la *botaina* de sus espuelas en un *talisayo* de ley, y al primer revuelo, guachinango a tierra: que se vuelve a levantar, y vuelven a la carga, y al 2—*golpe de perilla* al pobre indiecito, quedando en términos molido y acoquinado que al ir al careo, ni levantó *crestín*, ni volvió a dar señales de vida, dejando *chatos* a cuantos habían confiado su fortuna a la destreza de sus espuelas y su pico.—*Adfabulatio*.— Con cuentecitos y chistes y estudiantinas y sutilezas no se acometen los graves lances: para ello amén de la destreza es menester pujanza: es preciso ser todo un hombre y no un menguado titiritero.

El *Otro* aceptara gustoso el puesto de *luneta* en que V. le coloca; porque al cabo estaría disculpado con que desde allí no se ven las *tramo-yas*; pero, que diremos del *Exabruptista*, que hallándose detrás de *bastidores*, en la posición ventajosa en que el mismo se sitúa y le situaron, desde donde hasta los más miopes pueden descubrir todo el mecanismo de los hilos, ruedas y palancas, me le dieron mamola en sus barbas y hasta en su peluca, echándole a rodar todos sus tarantines y *espantajos*— “Ma foi, le dirá el *Otro* a son tour: ca ne va pas: c’est une affaire finie”. ¡Ay! ¡Ay! Miren como lo del *exabrupto* sabe lo del positivismo de Napoleón ¡qué profundo es en la historia!, y de su guerra contra los ideólogos! El *Otro* es ideólogo y *candoroso*, guanajo hasta dejarlo de sobra. (Así los napoleones no le llevarán la contraria, porque el *ideologismo* queda neutralizado con la *sencillez*. ¿Por qué le haría Bonaparte tan mala obra a los mentecatos de los ideólogos? ¡Temerlos tanto un hombre tan grande y fuerte! aquí hay gato encerrado: ci-git la lievre, mon ami.) Pero lo particular del caso es que no habiendo hecho V. toda su vida más que negocios y su negocio, y sin esa dosis de candor en que abunda el *Otro*, haya V. quedado en el suelo en cuanto tuvo un hombre a la colla: de modo sea que el *Otro* con su candor y su ideología, y su ninguna versación en esa sublime diplomacia e intrincado *agibilus* ha llevado el gato al agua, desmoronándose a V. el *Chateau en Espagne* de su predilecta fusión ó última *post naufragium tábula* o sea el *eclecticismo ferrocarrilero*, que así como el otro de marras queda muerto y sepul-

tado con su promotor *in seculan seculorum i Requiescat in pa..a... ace!...*

“El *Filo-otro* o el *Otro-filo* como V guste”.— Diciembre 13 de 1839.

XIII CAMINO DE HIERRO

POR *EL OTRO*

(*Diario de la Habana,*
diciembre 15 de 1839.)

Littera scripta manet.

Señor Serrano.

Por más que usted se empeñe en que yo le pague con la misma moneda, no se le ha de lograr; vive Dios. Explicaréme. Demasiado se trasluce en sus comunicados el ahínco de pintarme desventajosamente como hombre a los ojos de mis compatriotas, trascendiendo el olor del veneno, aun por entre las nubes de incienso en que ha procurado envolverlo. Pero yo no me defenderé en esta parte, así porque mi defensa está hecha, como porque el verificarlo empeoraría la causa de usted sin mejorar la mía. No he sido yo quien le ha hecho el mal: habrán sido sus propias expresiones, que ya no le es dado cancelar. Veamos tranquilamente lo que ha pasado.

Publiqué yo mi paralelo entre las proposiciones de la Sociedad A y las de la Sociedad B, dando la preferencia a esta última, y sin contraerme al espíritu de asociación, del cual, como usted sabe y ha declarado, soy tan abogado como el que más; y dado que fuera preciso desvanecer los cargos que habían presentado contra la sociedad B, hube de contraerme forzosamente al de monopolizadora que generalmente se le hacía por todos los del opuesto bando, sin pasarme un instante por la imaginación que fuera usted uno de sus acusadores en esa parte, ni hacer la más remota alusión a sus artículos, como usted también ha confesado: alusión que, a decir verdad, ni aun podía ocurrirme, por no haber yo leído todos sus comunicados sobre la cuestión de preferencia entre Guanímar y Batabanó, y de seguro nunca el

en que estaba la especie de tachar a la compañía B de monopolizadora. ¿A qué vino, pues, la larga vindicación de usted? ¿A qué aquel continuado agridulce, que trató usted de prodigar al otro? ¿Había más que decir en dos palabras, “entiéndase lo que he dicho, en este o en el otro sentido”? Si nuestras cuestiones eran totalmente diversas, ¿a qué vino usted a injerirse sin qué ni para qué? ;Ah, señor Serrano! A usted le sobraban deseos de atacar a la sociedad de los pocos; pero viendo usted demostrada la justicia que le asistía, ni se atrevió a impugnarla de frente ni a tomar la defensa de A, para no quedar mal en uno y otro caso. Las palabras que usted estampó revelan muy a su pesar lo que pasaba dentro de su pecho. La paz durable y las ilusiones no le dejarán a usted descansar en algún tiempo; pero no por eso ha de perder usted el aprecio público, pues el público es indulgente, en cuanto pasa el fervor que momentáneamente le agita. No quiero emplear más comentarios ni dar una plumada más en una cuestión puramente personal, rechazando tan sólo el cargo de agresor que tan gratuitamente me hace usted después de haber provocado el combate; porque la pluma se cae de la mano al hablar el hombre de sí mismo, y porque yo entrego en brazos de la Patria la defensa de *El Otro*. Diciembre, 12 de 1839.

XIV
TRABACUENTAS DEL CONTADOR MAYOR,
O SEA, CUADRO FIEL Y VERDADERO EN
CONTRASTE CON LOS ROMÁNTICOS Y MAL
ENJAMINADOS CUADRITOS DE SU SEÑORÍA
PINTURERA

Si *uno* huye y *otro* quiere, ¿por quién está la pelea?

POR *FILLO-OTRO*

(*Diario de la Habana,*
diciembre 19 de 1839.)

No hay escapatoria: le apagué de veras al *Exabruptista* los chispazos de ingenio que le quedaban. ¡El golpe fue tan de *perilla*, y tan certera la puntería a la mollera, que hasta hubo de hundírsele su *fuerte*, el órgano de la *contabilidad*, que el de la *discutibilidad* nunca lo tuvo muy prominente que digamos. ¡*El pobrecito!* Ha salido con unos *cuadritos*, que de cuadros

no tienen más que el marco, pues al llenarlos no ha atinado ni con los colores, ni con figuras, ni con proporciones: llámole *cuadros* nada más que por lucir la oportunidad del romanticismo, y aquí paz y después gloria. “Ce’st pitoyable, ca!”. Vamos a ver si mi bosquejo sale *d’apres nature*, y bautícelo V. como guste, en la inteligencia de que le llevo una ventaja desmedida en esto de retratos, pues que yo tengo muchas verdades que pintarle a V. y V. no tiene ni una siquiera que pintarme a mí.

Al 1— Nada, friolera! ¡V. no me dijo *negro* y *feo*, como el pavo al cuervo cuando de volar se trataba! Se le estrechó a V. para que saliera al frente con su famoso *papelote*, y se descuelga con que yo era un *ideólogo*, y *candoroso*, y *alucinado*, y otras flores del tenor siguiente. Quid ad rem?— Si yo veo “millones y caminos, donde no hay más que *cifras* y *pinturas*”, corriente.— Porque no me *cae* V. con la clava de Hércules del raciocinio para demostrármelo, y no que me deja caer el telón a lo mejor del tiempo, cuando más gana ha infundido a los espectadores de verle lucir su habilidad?— Pues señoras y señores no hay función, porque se le apagó la vela a maese Pedro, que Dios haya.— Paréceme que está defendido el epígrafe.— Vamos con el acto 2— (en varias escenas) (que donde las dan, las toman, y do quiera que me ofrezcan combate ahí me tienes).

1— ¡Vaya engracia! el gallo no es indio ni guachinango; como sea *huido* ya estamos del otro lado.— 2— Y tan *exclusivo* es su *patio* y aun su modo de pelear, que ni sale a la valla por más que lo piquen y azuzen, ni se presenta con las armas convenientes arregladas: al fin *huido* hasta de su *gallinero*. 3— “No ha peleado ni de suyo es peleador...” (entonces no es ni *gallo* acabáramos!) ni hay que extrañar que tenga a los *peleadores por tontos o por locos*.— Aquí le doy traslado a su amigo el *positivo* y militante Napoleón.— ¡Camarada! deme V. esa receta para ganar los pleitos sin pelear las razones ni discutir, ni cosa que se les parezca: será por el estilo de lo que aquel paisanito (suyo o mío, que todo es uno) que quería sacarse la lotería sin echar billete, ni más que encomendarse a la Virgen de Guadalupe?— 4— ¡Bien dicho! y vaya la gala y lo dejo con sus mismísimas palabras porque se ha pintado V. solo. “Lo que ha hecho en el negocio de que se trata, dice el *huido*, es *cacarear* (esto lo hacen las *gallinas*: los *gallos* cantan claro y *pegan* duro) para despabilar al dueño, porque atisbó al *gavilán* cerca del gallinero y era su obligación gritar como gritó el de marras.— *¡Que se lo lleven!*— Este cuento del gavilán es otro cuento del gallo pelado. Llama aquí gavilán el cuentista al que o a los que al principio hicieron proposiciones muy bajas para la adquisición del camino, como sucede en cualquier remate todos los días; luego entran las pujas y con el concurso de licitadores se llega a vender la prenda en el precio que merece. Lo particular es que su señoría tan cujeada en esto de cuentas y negocios, no

cayera en la *cuenta*, y se tragara, que quien hacía al principio unas proposiciones tan *bajitas*, no pudiera después elevarse y dejarle en el suelo, *mirando* para el camino. Y aquí verá el lector la *mamola* que dije le habían dado a nuestro hombre, aun estando detrás de *bastidores*, y arrebatando al de la luneta la aureola de sencillez y santidad, y hasta la palma del martirio, que tan *generosamente* ha querido después adjudicarlo.— Sí, señor amo, ahora se entenderá a las mil maravillas que “unos van a las veces por *baja*, a las veces por *alto*, como V. dice (y nada más ordinario y en el orden para un remate), y otros se contentan con ir por el medio, o ir a la mitad, allá a lo ecléctico, ó a lo salomónico: “*dividatur infans*”, señalando; para dar más brío y cuerpo la expresión así ¡a lo positivo! señalando decía, con la misma diestra de filo sobre la palma siniestra, como hasta sin hablar lo practicaba siempre un célebre negociador de por vida a quien V. y yo conocimos más que a nuestras propias manos.— Si no se lo llevan de *gueldis*, cumplió V. con su conciencia y con su misión, y tanto más gloriosa la victoria para quien al fin y postre la obtuviere. 5— Del cascarón salen los pollos, y de los pollos los gallos, diga V. a sus amigos en contestación, que mejor mano tiene V. *para echar pollos* que para *empollar* negocios. Métase V. con el *talisayo*, aun sea tapándole un *chifle*.

3— EL GATO

No he dicho jamás que el Otro ha llevado el gato al agua, en el sentido de haberse llevado *realmente* el camino, sino en el de *debérselo* llevar: poco importa para mi propósito que el otro *Otro* lo tenga todavía por el rabo, sin querer soltarlo. Mi cuestión ha sido siempre del *derecho*, no el hecho, o por mejor decir, ganar el pleito, tratar de esclarecer el derecho para alcanzar el hecho; ganar en justicia y ante el público, que era el tribunal en que siempre quería obtener el ilustre Jovellanos. “Que se pierda todo, menos el honor”.

4— LA HISTORIA

Si sólo por *aquello otro* entiende V. lo de Napoleón, los ideólogos y el *cigil*, *la lievre*, se equivoca V. de medio a medio; pues, aquí, como dice V. perfectamente, se trata de un negocio mercantil y nada más. ¡Santa palabra! ¿Y quién lo ha sacado de su terreno peculiar? Los *pacifiquistas* y los *cuentistas*. Acá siempre estuvimos tirando al blanco, sin discutir, ni divertimos con esas *descargas laterales*.

5— LA FUSIÓN

Que me place haber llegado al *crisol*, porque a fuer de *filo-químico*; sin sentirlo me veo en mi tierra especial.— “Especulación interesada y restringida” (y tanto, que alcanza a cuantos viajan por el Ferrocarril: digo, pobre pueblo! ojo al cristo: la rebaja en la mitad del flete se gradúa de *especulación restringida* en la aritmética parda o siquiera tenebrosa de Exabruptista); y se regala con los pomposos epítetos de *grandiosa* y *pública* a la empresa que en número 258 personas procura (y nadie se lo llevará a mal) sacar todo el partido posible de la prenda para el *público*, esto es, para los mismos 258, sin acordarse de fletes, ni de leguas, que esas frioleras, que pueden arreglarse después; bien que nada es de innovarse en las propuestas luego de haber cada cual entregado sus pliegos cerrados como enérgicamente lo reclamó una de las compañías. ¡Las cosas de mi amo el padre!— Sigamos *derritiendo* y *soplando*: “*arrojo* y *circunspección* (continúa mi cuadrista), tinieblas y luz, en fin, son infusibles” —¡Bravo, bravísimo, compañero! Eso mismito he estado yo clamoreando hasta desgañitarme desde que se abrió la liza, y no había forma de que me quisieran entender: tampoco me valió alguna vez apelar al *elocuente* silencio: porque no les entraba, ni escampaban con su *fusión* y siempre *fusión*. ¡Gracias a Dios, que hay quien me entienda en lo principal!—: vamos a entendernos en los pormenores.— El *arrojo aparente* pasa entre los *entendedores* por *circunspección verdadera*: y la *luz* al cabo, al cabo acaba en las *tinieblas*.

¡Eh, bendito seas que me acercas al desenlace! ¡Oh, Epílogo bien aventurado! el *papelote*, *ad rem*... “El *papelote* se escribió (dice), porque se *debía escribir*.. vaya, en siendo cosa de llenar un hombre su deber, no pelearnos; aunque no se infiere de ahí que se *debía* escribir *precisamente* de la manera que se hizo en desempeño del deber — “El Exabruptista no es *escribidor*”... más que el *Tostado* y contador más que el rey de los cambistas: lo que él no es, es escritor: esto no ha menester jurarlo “salvo algún momento de buen humor”, que le rinde con usura, muchos, muchísimos de malo, malísimo, que al fin lo hacen *escribir a la fuerza*, aunque no le dé el naipe para ello.— ¡Traslado!

Con sumo placer seguiré el *Otro* discutiendo con los señores Herrera y Noda, si renovaran el combate; porque ellos no han sacado la cuestión de su terreno, como entre todos los sacadores se ha distinguido su Smd., señor Exabruptista. El señor Serrano más que de vindicarse sobre la mente que arrojaba ciertas palabras suyas, habiendo tenido un esmero especial en protestarme que no entrará en la materia de mi discusión: más le habrá *hincado* la cita de V. al *estrellado* que la mella que los artículos de éste han podido hacer en el *Otro*. Bien se conoce el calibre del juzgador

cuando halla “tan firme la bandera plantada por *Diémesis*”, que no hay títere con cabeza, o con manos, que la haya arrancado y hasta pisoteado por casas, calles, plazas y papeles. Pero V. trató de abultar o de otro *bu*, y así arrastrando de malilla, nos echó encima *pelé-melé*, toda la caterva ferrocarrilera-escritoril, mezclando bueno con malo, y malo con mediano, y pertinente con impertinente. ¡Qué *infusión*! “Me han sacado (qué lástima) del gran *patio* de la filosofía (entre V., que es bien vasto) pero V., nada, no valen cumplimientos, ni por esa ni por sus alrededores.— Mire, hombre, venga siquiera a beber a la fuente un poquito de *lógica*, que no le estará mal, y otra cucharadita de *resignación* que no le estará peor— y entonces se desengañará que no es menester ni mucha ciencia ni mucha prosa para hacer la cuenta de que las propuestas de la sociedad B son preferibles a las de la sociedad A: porque es descubrimiento de a folio, más importante que el *Daquerrotipo* y la máquina de vapor, que el cultivo de la razón incapacita al hombre para juzgar de una cuenta palmaria: este descubrimiento sí que es consolador para la gran masa de la ignorante humanidad. No hay remedio: se llevó el hombre la medalla o las medallas del premio Monthyon.— Que se lo den.

Si el *Otro* “ha buscado salidas y eludido sostener de frente una sola de las cuestiones” que se han suscitado: decídale el público: díganlo todos los imparciales y señaladamente los extranjeros de todas las naciones, no menos atónitos de que semejantes cuestiones tan averiguadas se cuestionan en la Habana, que indignados de que saliera V. de buenas a primeras a *personalizar* con cuentecitos y sin entrar en materia de una cuestión que tan á ley de buenos campeones se estaba discutiendo. ¿Y contra quién ese ataque personal? Contra quien más razones se esforzaba y se ha esforzado siempre en alegar.— Muestra relevante de la impotencia de V. para contrastar los sólidos cimientos en que se fundaba el *Otro*, ya un tiempo prueba irrefragable de la justicia de su causa: ese crisol más le faltaba. ¿Acaso tenía V. patente o carta blanca para ofender a mansalva en vez de discutir, que era a lo que se le incitaba con ardor?

“Que me han reducido al estrecho y mezquino campo del interés de unos cuantos individuos, en que tan triste papel hace el *Otro* prohibiendo ideas ajenas”. Estrecho y mezquino campo llama V. alzar denodadamente la voz en obsequio de la justicia (porque pruébeme V. que no está de parte de los pocos) a pesar del torrente de los muchos, con cuyos intereses, no con cuyas personas me ponía en cierto modo a luchar a brazo partido, *recibiendo datos* (pues éstos no se *inventan*) *no prohibiendo ideas* como tan profundamente asienta V. para poner en toda su luz la causa siempre santa de la verdad. Los pechos yertos y raquíticos son los que nunca se han calentado al fuego de tan nobles y generosos sentimientos—. Pídale V. a Dios que los hijos de su corazón no tengan más resabios en la sociedad

que los resabios de las aulas; procurando grabarle en lo más íntimo de sus almas aquella áurea máxima del orador romano: Fortes igitur et magnanimi habendi sunt, non qui faciunt, sed qui propulsant *injuriam*. No son los fuertes y animosos los que *hacen*, sino los que repelen la agresión.— Diciembre 17 de 1839.— *Filo-otro*.

XV

CAMINO DE HIERRO

POR *EL OTRO*

(*Diario de la Habana*,
diciembre 31 de 1839.)

Señor don Diego Fernández Herrera.

¿Quousque tandem, mi señor don Diego? exclamará conmigo a una todo el público ferrosaturado; pues estoy bien seguro de que le fastidiamos a tal punto con tanto machacar en el hierro, y hoy quisiéramos agregar, en hierro frío, que sólo por no faltar a las leyes de la urbanidad con un adversario tan cortés como apreciable bajo todos conceptos, violento la reacia pluma para trazar estas breves líneas. Seguiré, pues, en mi corta réplica el mismo orden que usted ha adoptado en su *última contestación*, refiriéndome primero a los dos únicos puntos de mi artículo que usted se sirve impugnar, para entrar luego con las nueve *dudas* o cuestiones que ha tenido a bien promover.

No por ser sobrada mi demostración sobre fletes dejó de ser pertinente, pues luego de convencer que respecto de pasajeros, siempre se había ido a menos, que era lo que se pedía demostrar, lo hice, a mayor abundamiento, respecto de las *cargas*, que aunque no se me pidiera, venía muy bien, como lo advertí, para ilustrar el principio de las rebajas. Y ya que nos hallamos en esto de rebajas, quiero aprovechar la coyuntura para rectificar el equivocado concepto en que aún están algunos de que serán ruinosas por no haber aquí tan crecida población como en esos países que presenté yo por ejemplo. Pero los que así piensan todavía no recuerdan que yo puse en parangón dos regiones, en una de las cuales había doble población que en la otra, y sin embargo *mitad menos* de

pasajeros, por ser duplo el precio de flete; y tampoco reflexionan los tales que, permaneciendo inalterable el precio de las cargas, según las proposiciones de la sociedad B, se aprovechan ricos partidos que, si bien cuentan con muy poca población viajadora, son exuberantes en frutos, única base de los sólidos cálculos de aquella compañía para ciertos territorios. Es de asombrar el número de millones de arrobas de diversas cargas de uno solo de dichos partidos. ¡Por sólo el camino de Sabanilla y Piedras pasan anualmente cerca de cinco millones de arrobas de carga, solamente en los ramos de azúcar y miel!

El cálculo que hice yo para los ramales de Palos y Sabanilla tomando el dato del camino de Güines fue sólo contraído a *carga*; y usted ahora me viene con la proporción que le correspondería con otro dato del mismo en cuanto a *pasajeros*. “¿No ha de sacar usted una cuenta distinta a la mía, cuando usted va por un lado, y yo he ido por otro?” La cuenta de usted es tan exacta como la mía; sólo que ésta venía al propósito, y aquélla no. Viniendo ahora a la disminución gradual que precisamente habría de hacerse en el flete de las cargas, por la proximidad y multiplicación de los tramos, o sea, el cuento de los *pocos*, *poquitos* y *poquiticos*, respondo que esta disminución no podría llevarse al extremo; pues entonces vendríamos a parar, si erigiéramos en ley la progresión decreciente en los términos que usted en traer la caja de azúcar de balde de algunos parajes.

Un camino de hierro doble del de Güines exigirá dobles empleados, dobles máquinas, dobles almacenes, etcétera, siendo forzoso que con sus productos pueda costear todo esto; y así un ramal de 8 leguas que se aumente, se graduará como las primeras 8 leguas de Güines; y un ramal de 17, podrá estar servido por la misma tarifa que lo está el de Güines, que fue cabalmente lo que ofreció la sociedad B, para no dejar al público a merced de los empresarios.

Vamos al cálculo de conducciones de Sabanilla y Matanzas. Díjose que pagaba la caja de azúcar de Sabanilla a Matanzas y la Habana 11 rs., a saber: por el carril 5, y por flete de mar 6, yendo incluso en éste la lancha para llevar el fruto a los buques, y no costando por consiguiente esos 2rs. más que me figura usted por tal partida. Es muy cierto que la conducción al muelle cuesta allí un real por caja, pero tampoco debemos incluir el otro que usted carga por almacén, en razón a que la mayor parte de los hacendados los tienen en aquel punto; y aun dando a usted de barato este real, todavía hay ventaja en traer el azúcar por mar. Pero ¿quién no ve que no es ésta la cuestión principal? La caja de azúcar de la Sabanilla a Güines y la Habana cuesta 15 ó 13r..... sí se quiere, y de la Sabanilla a Matanzas sólo 5. Respóndame el señor Herrera: ¿cómo arruinaría esta ventaja a nuestra Matanzas?, ¿qué fue

cabalmente lo que causó escándalo a cuantos calculaban un poquito? Finalmente, si porque las memorias y las *balanzas* nada digan de embarques de azúcares de la Habana para Matanzas, dudase usted todavía del hecho real y efectivo de que los comerciantes de aquí suelen enviar este fruto allí, no sólo para aprovechar el mejor precio que algunas veces logra, a pesar de ser una plaza secundaria respecto de la Habana —que no quita lo cortés a lo valiente—, sino también la circunstancia de poder despachar allí sus buques con patente *limpia* en la estación que aquí sólo se dan sucias; podría presentarle a usted las notas reiteradas de algunas casas respetables de la Habana que así lo han practicado y lo practican con frecuencia.

3º No, señor don Diego, no crea usted que fue chanza lo que dije acerca de *triples* y *cuádruples* carrileras; pues sobre haberlas en muchos puntos en la adelantada Inglaterra, andando el tiempo, y creciendo la necesidad, madre de todo lo grande, también las tendremos por estos andurriales. Lo que sí fue chanza, pero no pesada, como usted no desconoce, sino antes ligerísima y llena de benevolencia y demostrativa del aprecio que le profeso, y aun de mi propio carácter —pues sin duda tengo el órgano del olvido muy marcado hasta para mis enemigos—, fue la de invitar a usted a ese sabroso paseo por los futuros ramales. En fin, si le ha escocido a usted algún tanto, quedamos en paz, pues los *poquitos* y los *poquiticos* de su papel de hoy hacen mucho, *muchísimo* juego con aquel regalado convite.

Pero vamos al *busilis* del día, que es absolver el *interrogatorio*, y para evitar repetición se ruega al paciente lector lo tenga a la vista en cotejo con las siguientes:

A la 1ª del 1º (porque lleva tres) distingos, si lo han acordado, sí, si no, no, y me remito a los anuncios. A la 2ª, no, si el negocio es grave, como lo es, A la 3ª, no pueden admitirse *reformas*, *sí aclaraciones*, cada y cuando se provoquen o se pidan; y lo que pasó fue que éstas se provocaron, y respondo.

A la 2ª. La prenda debe adjudicarse a quien más precio haya ofrecido por ella, con las *suficientes* garantías, pues si uno ofrece menos, aunque presente todas las garantías del orbe, no debe llevársela, ni en ley ni en conciencia. Supongamos que Pedro, que posee un caudal como 4, ofrece por la finca dos, garantizando cuanto es menester, al par que Juan, que tiene caudal como 10, sólo ofreció precio como 1. ¿Quién debe llevársela, Pedro o Juan? Si se la dan a Juan, entonces no se llame licitación, ni se diga que se le adjudicaría al que más *diese*, sino al que más *tuviere*. Ahora, si el que más ofreciese fuera un petardista forrado en lo mismo, si no exhibía fianza competente, y de la otra parte estaba la probidad y la riqueza exclusivamente, entonces ni la Junta de Fomento

ni el vendedor menos avisado titubearían en cuanto al partido que fuera de adoptarse.

A la 3^a. Legales y muy legales serán esas constituciones de la Compañía A, de que usted hace referencia; pero lo es mucho más para el caso, si cabe, entregar la finca a quien más ha ofrecido, aunque no sea sociedad ni cosa que se le parezca, a uno, a muchos, a la unidad moral, que más ha prometido, sea quien se fuere. A mí, que no tengo un cuarto, se me debería dar, si habiendo ofrecido más cantidad, presentase las fianzas competentes a satisfacción del vendedor. ¿Quién es el jurista, no digo jurista, quién es el hombre que en su sana razón sostenga lo contrario? Por lo demás la compañía B, no como quiera se compromete a construir el ramal que ha acordado la Junta; sino que deja a su arbitrio la construcción por éste o por el otro rumbo.

A la 4^a. Sí, señor, es más legal dar la finca a quien más ofrece. La Junta de Fomento no exigió determinadamente ésta o la otra condición a los compradores, excepto las bases bajo las cuales había de verificarse la venta. Lo que dijo fue “el que haga proposiciones más ventajosas para el público y para mí, ése se lo lleva”. Entonces cada cual echó sus cuentas allá entre sí y acudió con ellas a la urna, y nadie ignora el resultado. Por lo demás, señor don Diego, todo vendedor puede poner cuantas condiciones guste al comprador, con tal que éstas no se opongan a las leyes y buenas costumbres, sin que esto sea meterse en la renta del excusado, que nada hay más común ni trivial, ni menos pueda llamarse imponer condiciones *ulteriores* en el *dominio ajeno*. Creería agraviar la clara inteligencia de usted si me detuviera más sobre el particular.

A la 5^a. Ni aún era menester que los cuatro firmantes de la compañía B hubieran manifestado que llevaban también la palabra por otros 20, para que se les adjudicase el camino, pues bastaba un solo hombre, el último del pueblo en riqueza, con tal que estuviese en el goce de los derechos civiles, que ofreciese más y con la garantía competente para que se le adjudicase la prenda. Están algunos enfrascados en que por la circunstancia de haberse presentado dos compañías optando a la adquisición del camino, hayan de ser precisamente compañía los licitadores a la finca, cuando la idea de las compañías fue sólo para facilitar la venta, pues aunque sobrepasa quien *podiera*, no había tan afina quien quisiera acometer la empresa por sí solo. Que pueden morirse los que han hecho proposiciones más ventajosas es cosa tan factible que no hay comprador que no asegure sus intereses para tal evento. Así pues.

A la 6^a. Ya votaron y han podido votar, y respondo.

A la 7^a. Como no hubo ninguna irregularidad, no llegó el caso de que la protesta surtiera sus efectos. Pudieron, pues, los legos en jurisprudencia no hacerle ninguno, por la sencillísima razón de no haber ocurrido el más leve motivo para ello; que así en perplejidades se hubieran visto los votantes, ya habrían apelado a la consulta.

A la 8ª. Como ni en una ni en otra sociedad aparecen compradores los que han administrado la cosa, no tiene cabida la pregunta. Pero supongamos que un administrador ofreciera mayores ventajas que los otros postores; entonces buen empeño fincaría en soltársela el vendedor, aunque fuera pidiendo licencia, estuviera aquél solo o acompañado. ¿Qué sospecha puede quedar ofreciendo más? Si el administrador sostuviese a los que están por lo menos, eso ya sería otro cantar: entonces sí que habría de hilarse más delgado y escudriñarse más profundamente.

A la 9ª. Está el público muy en autos acerca de ella, para que le cansemos más, y respondo.

En fin, amigo mío, acerca de su último párrafo le digo: que nadie ha asomado nada de empréstitos extranjeros ni cosa alguna que esté en disonancia con las máximas de la buena *economía política*. Tan sólo se trató de llamar la atención en uno de mis anteriores artículos, y eso porque se me compelió a ello, sobre el poder mágico del crédito, que atraía en caso necesario, no sólo los capitales nacionales, sino basta los extraños; y yo creo que siendo usted comerciante o empresario de cualquier género, se alegraría en el alma de que su firma fuera tan respetada en Londres y Liverpool como en Matanzas y la Habana. ¿Y para qué? Para en caso de no tener a manos aquello que podamos necesitar, como un recurso de apelación, amigo mío, como lo hizo la misma Junta de Fomento, cuando, por no estar aun formada la opinión en el país sobre la naturaleza de tales especulaciones, por faltarnos la experiencia propia, no querían nuestros capitalistas emplear sus fondos en negocios que no conocían. Pero habló la voz de la experiencia, y a este *fiat*, acuden presurosas no una sino dos compañías a competencia por la adquisición de la joya, ofreciendo el bello espectáculo de la vida, la confianza y la actividad, prendas seguras del adelantamiento y de la ilustración de mi patria; y ved ahí si en esta parte abunda en los sentimientos del señor Herrera su muy apasionado *El Otro*.

XVI

**VOTO PARTICULAR EN EL EXPEDIENTE
SOBRE PESETAS SEVILLANAS**

(*Memorias de la Sociedad Económica*, t. IX, p. 314, marzo 2 de 1840.)¹⁶

Estamos de acuerdo en que ha de haber *indemnización* a los tenedores; pero discrepo de la mayoría de la Comisión en el modo de verificarla. He tenido la desgracia de que sus argumentos no hayan sido poderosos a vencerme plenamente; circunstancia que de veras me duele constando esta Comisión de personas tan escogidas e ilustradas. Pero reduzcamos el punto a su más sencilla expresión, pues es mucho y aun sobrado lo que se ha escrito en la materia. Desechado unánimemente el recurso de una nueva contribución directa o indirecta para sufragar el costo de la indemnización, se apela al *subsidio extraordinario de guerra*, en la hipótesis de que atendidas las urgencias de la madre patria, no cesará cuando debe cesar; y que de esta manera aprovechamos hasta una favorable coyuntura para protestar contra su continuación, manifestando al Gobierno que sólo para un beneficio tan notable al país como el que le resultaría de la medida proyectada de aplicar su producido a la indemnización, nos atreveríamos a aconsejar semejante remedio, portándonos así como verdaderos repúblicos. Confieso francamente con el candor que me es característico, que yo no veo la cuestión con esos ojos. Porque, en primer lugar, *indemnización* pagada por el mismo indemnizado, no debe llamarse indemnización en ningún tiempo, en ningún caso, ni en ninguna lengua; segunda, que el lenguaje de la protesta es más franco y paladino, y no hay para que se haga indirectamente; sobre todo, de parte de unos varones rectos a quienes se les llama a decir con lisura la verdad, según su leal saber y entender: por consiguiente, si hemos de protestar, protestemos de frente y en derechura, no por rodeos y de rechazo; tercero, a nosotros nos toca decir lo que se debe hacer, indicando los medios de llevarlo a

16. Reproducido en *La Semana*, 3 de abril, 7 y 14 de mayo de 1888.

cabo; cuarto, ni es por lo mismo un mal tan grave la divergencia de opiniones, antes redundará siempre en mayor bien, porque más vasto será el campo donde el Supremo Gobierno pueda cosechar y escoger; quinto, finalmente — y esta sola razón vale por todas las demás — en el supuesto de estar firmemente persuadida la Comisión, por los infinitos datos en que para ello des-cansa, de que el *subsidio* no se aplicará por el Gobierno Supremo al objeto indicado, máxime cuando podemos estar seguros de que no calificará de perentoria la urgencia de remediar el mal de las pesetas en parangón de las graves y multiplicadas necesidades de la madre patria, las cuales, no obstante haber cesado la guerra, no pueden cesar en mucho tiempo, parece hasta irrisorio, por no decir otra cosa, el ir ahora a proponer un remedio del cual estamos moralmente ciertos y convencidos que no se aplicará a la dolencia que lamentamos.

Sentados estos preliminares, voy a presentar un plan, que tiene en su abono ser también idea de un hombre pensador que ha meditado mucho en la materia,¹⁷ remedio que ni es gravoso al pueblo ni al erario, y que, en mi humilde concepto, llena las indicaciones del caso. Trátase de la creación de un *papel moneda*, que para facilitar las transacciones, debe representar diversos valores, como v.g. el de 1, 10 y 100 pesos. Una vez fabricado este papel con todas las precauciones que ha enseñado la experiencia en Inglaterra y en los Estados Unidos para evitar la falsificación, y establecidas en las cabezas de provincia hijuelas o sucursales del Banco de Fernando VII, a quien podría encargarse la operación bajo la vigilancia del Gobierno, señalaría éste el término improrrogable de tres meses para recoger todas las pesetas que se admitirían por su valor actual, pagando su importe en billetes y economizando cuanto fuese posible los de a peso, que por andar en manos de gente sencilla, infundirían más esperanzas a los falsificadores, y saldando la cuenta con reales y medios reales. Pasados los tres meses, no se admitirían en circulación las pesetas sino por uno y medio real cada una (advirtiendo que siempre tengan este valor, anden juntas o separadas, y no como se ha hecho con las isabelinas de real y medio sueltas y cinco en peso, de donde se origina una contribución permanente de un 6¼ por ciento, y esto cabalmente sobre la clase que más protección necesita), y el Banco daría las suyas por el mismo valor prestándolas a quien las solicitase y exigiendo por supuesto las fianzas que juzgase a propósito para asegurar el reembolso. Perdería en ello un 25 %; pero el interés de las pesetas prestadas iría cubriendo este *déficit* y los costos de la operación. Para darnos mejor a entender, supongamos que el valor de las pesetas en circulación en toda la Isla (y adviértase que en lo interior no hay más moneda que ésta, pues las onzas

17. El ilustrado don Pedro Alejandro Auber, profesor de Botánica y de Matemáticas..

con el *plus* que aquí tienen de estimación se agolpan en este mercado, y de pesos *duros* ni se trate, que ya han pasado a ser moneda imaginaria en el país), asciende a \$2 000 000, lo que no dista mucho de la verdad: reduciendo las pesetas a 1½ real, quedaría esta suma: \$1 500 000, que prestados al 10 % al cabo de 5 años ascenderían a \$2 415 765.

Al 9% en 6 años a \$2 575 649

Al 8% en 7 años a 2 170 735

Al 7% en 8 años a 2 577 266

Al 6% en 9 años a 2 534 217

Así pues, prestando el Banco sus pesetas a 10 % al año, si lograrse colocación para todas ellas, al cabo de 5 años el \$1 500 000, ascendería a \$2 415 765, cantidad que excede a los 2 000 000 desembolsados en papel en \$415 765, suma sobrada para cubrir todos los gastos de la operación. Pero hallándose entonces el Banco en competencia con todos los capitalistas pequeños que compran letras sobre la plaza o ponen su dinero a interés, es muy probable que a ellos se diese la preferencia, por la sencilla razón de que manejando caudales propios repararían menos en las garantías, que no un establecimiento que nada puede aventurar en sus especulaciones. Luego es probable que el Banco no saldría de todas sus pesetas en cada año, lo que haría indispensable la permanencia del papel en circulación por mucho más de los 5 años para obtener el resultado. Al 9, 8 ó 7 por ciento habría mucho menos competencia que temer, pero también va creciendo el número de años para lograr los reembolsos. Siendo esto así, parece que más valdría fijar de una vez el premio del dinero al 6 %, con el objeto de poder calcular con acierto el número de años que el papel del Banco debería permanecer en circulación, ya que entonces no tendría que luchar con rival alguno.

Una baja tan considerable en el interés del dinero, que no se puede lograr de otra manera que con una operación del Banco, produciría forzosamente a la Isla un beneficio incalculable, dando un repentino impulso a la industria, detenida por el miedo de contraer empeños que después no se puedan satisfacer, o al menos que absorban la mayor parte de las utilidades.¹⁸

El establecimiento, en las provincias, de bancos sucursales del de Fernando VII, aunque no fuera más que por el tiempo de la circulación del papel moneda, remediaría la falta de fondos que experimenta nuestra agricultura, y sin las cuales siempre se quedaría muy atrás de las otras nacio-

18. En esta parte tengo la satisfacción de convenir con las ideas emitidas por el señor Vázquez Queipo en su excelente informe sobre la cuestión proyectada de un Banco Colonial por una compañía inglesa, que con placer he leído después de escrito el presente papel.

nes, a pesar de las causas que la favorecen. Los ferrocarriles, cuyas ventajas conocen todos, encontrarían en sus Bancos provinciales los recursos que ahora tienen que proporcionarse sus empresarios por medio de suscripciones siempre lentas y que adolecen además del inconveniente de sujetar la voluntad de uno solo a la de muchos, y de modificar casi siempre los planes mejor concebidos. Otras empresas útiles y realizables se acometerían tan pronto como hubiese fondos disponibles y baratos a mano; y todo esto se debería a la medida que al parecer no tiene otro objeto que el de librarnos del exceso de pesetas sevillanas en circulación.

Podría temerse que dicha medida no surtiese el efecto deseado, puesto que volviendo a circular las pesetas al cabo de los tres meses resultaría el mismo entorpecimiento para el comercio; pero salta a los ojos que no sería, ni con mucho, idéntico; porque aumentándose considerablemente las empresas de todo género, seguiría la misma proporción la necesidad de un signo representativo para llevarlas a efectos. Además perdiendo nuestras onzas 6 % en la Península, y ganando otro tanto las pesetas, la diferencia de 12 % sería un incentivo suficiente para la extracción de éstas y la introducción de aquéllas: operación que en poco tiempo restablecería el nivel que debe existir entre cada clase de monedas; y en prueba de que esto no es una mera suposición, vemos actualmente exportar las pesetas *isabelinas* y reembolsadas con otras de diferente cuño.

El éxito de la operación que tiene por objeto la *reducción de las pesetas a su justo valor en nueve años, sin gravamen de nadie*, la reducción del interés del dinero al 6 % al año, la erección de bancos provinciales que reclaman nuestra agricultura e industria y la acción franca y expedita de todas las fuentes de prosperidad; todo esto depende, como ya se ve, de las medidas que se tomen para evitar la falsificación de los billetes emitidos por el Banco o para descubrir el fraude, caso que lo haya. Convendría, pues, que los de a peso permaneciesen lo menos posible en circulación; porque andando naturalmente en manos de la clase menos instruida y más confiada de la sociedad, es regular que la falsificación empezase por ellos y arruinase a quien menos puede soportar una pérdida, por mezquina que sea. Los billetes de a peso habrán de reemplazarse con los de a 10 ó 100 que se tendrían preparados al efecto. También convendría que se solicitase del Gobierno Supremo la formación de tratados especiales con todas las potencias aliadas, autorizando la persecución de los falsificadores en sus estados y su entrega a los cónsules o embajadores españoles, lo mismo que se estipuló con Portugal respecto a los reos de Estado. Si hubiera existido semejante convenio con los Estados Unidos, no nos hallaríamos con tantas pesetas falsas, que el Banco tendría que admitir por buenas y destruir después, lo que aumentaría todavía el déficit y alargaría el plazo del reembolso del papel. El desarrollo de nuestra industria y el ensanche que

cobrarían todas las operaciones mercantiles por el establecimiento de los bancos provinciales, harán probablemente necesaria la permanencia de un signo representativo mayor y más manejable que la onza de oro. Entonces podría tratar el Gobierno con el Banco y fijar la cuota anual correspondiente a las utilidades que le resultasen de la circulación de sus billetes, los cuales en este caso se convertirían en moneda legal. Este nuevo recurso podría aplicarse a la realización de las mejoras que imperiosamente reclama el país, como el ensanche de la enseñanza primaria sacándola del reducido círculo y postración en que yace, pues no es lo mismo el cuadro que presenta la capital, que el que ofrece el interior de nuestra Isla. Todo nos volvemos cabeza; pero el resto del cuerpo no está, ni con mucho, suficientemente atendido: estamos pidiendo de continuo, no una, sino muchas limosnas para sostener y difundir la instrucción primaria en el pueblo, base y prenda de su moralidad y sosiego; en una palabra, somos unos pordioseros de por vida, y es menester salir de tal estado, si hemos de ser algo.

Discúlpe-se esta especie de desahogo en gracia de la entidad de la materia, y de la predilección especial que tan justamente le profeso. Por este medio se atendería igualmente a otros ramos de mejoramiento que no reclama menos enérgicamente nuestro actual estado, como la plantificación de enseñanzas prácticas y superiores de todo género (pues de todas necesitamos, no obstante nuestra decantada civilización y opulencia); la oferta de crecidos premios para activar la introducción de las industrias que nos hacen falta y que no pueden prosperar al principio sin un auxilio poderoso; el desagüe y cultivo de las ciénagas que nos inundan, y otros mil por este tenor; empero, sin aplicar el nuevo arbitrio a cubrir el *déficit* que resultaría de la rebaja en los derechos de introducción de los géneros manufacturados del extranjero porque son necesarios para amparar y defender nuestra naciente industria contra las de otras naciones más adelantadas que nosotros en todos ramos.

Si hemos escogido el Banco de Fernando VII para llevar al efecto la medida de la reducción de las pesetas bajo la vigilancia del Gobierno, a pesar de la escasez de sus fondos, es porque gozando ya de la confianza pública, habría menos repugnancia en la admisión de su papel que si saliese de manos desconocidas, no obstante la garantía del Gobierno. Confieso francamente que yo mismo no estoy del todo satisfecho respecto al plan que acabo de bosquejar, aun cuando tenga en su abono más de un voto muy competente. Pero este temor no consiste en la naturaleza del plan; no en el uso sino en el *abuso* que pueda hacerse del papel moneda. Porque si echándose sobre los fondos se burla el Banco de la confianza del público, emitiendo más billetes que sus caudales deban soportar, valiera más no haber pensado en semejante idea; pero este mismo raciocinio está indicando que tal estado de cosas no dependería de la *institución* sino de los hombres,

que es cabalmente lo que ha sucedido en el Norte de América. Obsérvese además que la introducción del papel moneda en las transacciones sociales es en todas partes consecuencia forzosa del progreso humano. Desde luego establecen los hombres sus *cambios* para llenar sus mutuas necesidades; después hallando embarazoso el trueque de géneros abultados y creciendo el número de negocios, se hace necesario introducir un *signo representativo*, y he aquí la moneda o cosa que lo valga; y al fin tanto crecen los tratos y contratos, que es menester para facilitarlos más, inventar un medio más en grande y más expeditivo, que ahorre tiempo y trabajo —porque el *tiempo* es el género que más caro suele venderse en los países mercantiles—, y ved aquí muy naturalmente la invención del papel moneda; subiendo a tal punto en algunas partes la importancia de la celeridad en las negociaciones, que en Londres, en la metrópoli universal del mundo mercantil, no bastando todavía el papel, se verifican con la rapidez del relámpago las más importantes transacciones transmitiéndose simplemente la *palabra* de boca en boca. Esta es la marcha del espíritu humano en todos ramos: ni más ni menos acontece lo mismo, así en las ciencias físicas como en las matemáticas: navegase primero en piraguas; luego al remo; después a la vela; se emprende con el vapor; y no contento el hombre todavía, pues mientras más tiene más quiere —que ésta es su ley— trata de aplicar el galvanismo como fuerza motriz y hasta de remontarse por los aires para aniquilar las distancias. Así empieza el salvaje sus cálculos con unas pedrejuelas; luego pasa a marcar con los dedos; en seguida ya marca con rayas; después se introduce la anotación por número; formóse la aritmética con sus cálculos y aplicaciones; no bastó toda ella para las crecientes necesidades de la ciencia y de la sociedad, y se inventa el álgebra; y cuando parecía que el ingenio inventivo del hombre había llegado a su apogeo, simultánea e independientemente ocurre a Newton y a Leibnitz el cálculo infinitesimal.

Que hayamos llegado nosotros a la verdadera necesidad de introducir con ventajas el *papel* moneda, no me toca a mí determinarlo;¹⁹ porque

19. Sin embargo lo manifestado anteriormente y otros síntomas que también se presentan, parecen ya indicar que es llegado el caso entre nosotros; y que aquí del bien que puede hacerse al pueblo preparando gradualmente la opinión por medio de la prensa en favor de esta especie de establecimiento, como muy oportunamente ha comenzado a hacerlo algún amante de este suelo. Pocos escritos contribuirán más eficazmente a tan noble fin como el citado informe del señor Fiscal: disipando de camino otro equivocado concepto en que están algunos, o los han hecho estar, sobre la conducta de la Real Hacienda en aquel caso, conducta que aparece, no como quiera justificada, sino hasta patriótica, de todo el tenor de aquel interesante documento. Aquí también cuadra perfectamente la máxima de que ya hizo mérito el señor presidente Zamora en el curso

tampoco soy yo del número de aquellos que quieren tomando el efecto por la causa, que un pueblecillo tenga alcalde o autoridades superiores para mejor fomentarlo; muy lejos de ello opino que hasta que el mismo estado de cosas no avise, ni impela, digámoslo así, no se introduzcan novedades que no cumplen el lleno de sus urgencias. Pero lo que sí puedo asegurar contrayéndome a la cuestión presente, es que por más que he meditado sobre la materia, no me ocurre otro medio que merezca el nombre de indemnización para salir con bien de la dificultad. Cuya consideración me lleva como por la mano a estotro razonamiento. Supuesto que ninguno de los medios propuestos es adaptable, pues el de la contribución indirecta y ya establecida, que se ha tenido por el menos malo, en razón de no sentirse tanto, al cabo siempre es contribución y nunca indemnización, sería yo de dictamen en tal aprieto, que de no adoptarse un arbitrio análogo al que acabo de proponer será mejor no hacer innovación alguna dejando correr las cosas como están. Y aun cuando se nos eche en cara que después de tantas discusiones algo deberíamos haber practicado, podríamos contestar victoriosamente que no se ha hecho poco en una cuestión cualquiera que sea y, sobre todo en una cuestión tan esencialmente económica como política, con demostrar que nada debe hacerse con llegar a la verdad de las cosas, patentizando las espinas y dificultades que por todas partes erizan el asunto. Efectivamente, por dondequiera que se mira se presentarán a millares.

Se ha dicho, y con ciertos visos de razón, que al pueblo así como al enfermo se le debe obligar a tomar el remedio que se le propina, aun cuando le repugne tenazmente; principios en los cuales abundo en general, y tanto más, cuanto no busco popularidad, y no soy inclinado a lisonjear al pueblo; teniendo yo por tan indigno de su sagrado ministerio al médico que dejara de aplicar el remedio indicado, cediendo dulcemente a la resistencia del enfermo o a los respetos de su familia como al repúblico que no manifestara siempre y paladinamente la verdad, el único medio de salvación, con riesgo de su misma vida y a despecho de cuantas consideraciones hay en lo humano: entonces, lejos de ser verdadero amigo del pueblo, sería rey de *lesa comunidad*, permítaseme la expresión. Pero ¿es aplicable el símil mencionado al caso en que nos hallamos? Veámoslo: si al pueblo, es decir,

de la discusión a saber: «que al pueblo se debe hacer el bien aun contra su voluntad». Pues no digo yo tanto: quiero únicamente no que se vaya en contra de su interés, sino que se ilustre sobre sus verdaderos intereses, aprovechando las coyunturas favorables para hacer más asequible la buena obra. Y ¿no podríamos aprovechar la oportunidad de las pesetas para legar al país ciertas instituciones que ya reclama? Que maduren los hombres prácticos estas crudas indicaciones que de paso me arranca mi amor por el procomunal.

a la masa general y señaladamente a la más desvalida se siguieran grandes ventajas de semejante sacrificio, aunque todavía no del todo equitativo el plan, bien atendidas las circunstancias del negocio, norabuena que se le impusiese el gravamen con tan plausible objeto. Pero, en resumidas cuentas, los únicos que resultarán agraciados con la medida serán los comerciantes por mayor, como que se quitan el engorro del conteo que es grande inconveniente y lleva sobrado tiempo en las gruesas sumas, con otras conveniencias no menos obvias: así que, en todo caso, hagan exclusivamente el sacrificio los que exclusivamente llevan la utilidad.²⁰ El pueblo, empero, la enorme masa de *peseteros* que cunde por toda la Isla (que es menester, señores, tender los ojos sobre el vasto horizonte del interior; adonde no hay ni una sola onza, ni puede haberla en la actualidad, sino que están exclusivamente inundadas de pesetas, y no circunscribir y estrechar nuestra vista al espectáculo inmediato y deslumbrador de la capital—¿qué digo de la *capital*?; de sólo la clase pudiente mercantil de la capital— sin acordarse de los demás, de todas las clases que en gran número van a aumentar las filas de los tierra adentro); iba diciendo, que el pueblo entero, la enorme masa de peseteros que cunde por toda la Isla, no reporta ventajas en proporción, ni en recompensa del sacrificio; siendo así que todo el mundo prefiere hasta tomarse algunas molestias y mortificaciones, a trueque de no perder un maravedí y es de advertir que son muchos los maravedíes que habría de pérdida en cada peseta, y muchas las pesetas en manos de todos, y sobre todo en manos de la clase proletaria. Pónganse en balanza las ventajas con los inconvenientes para el pueblo, de resulta de las medidas, y se verá desde luego que éstos los sentirán y aquéllas no las reportarán. En primer lugar, ¿qué le importa a él gastar más o menos tiempo en el conteo, que nunca será demasiado, por no ser excesivas las cantidades que le ocurre contar? Y en segundo, ¿puede acaso temerse fundadamente que llegue a faltar o escasear la plata menuda, con el régimen actual, lo que sí sería un verdadero gravamen para la masa contratante? De ninguna manera. Y aun caso que tal sucediera, cuando los inconvenientes son hijos de la necesidad, se sufren con resignación; pero cuando son producidas por medidas gubernativas, o reclaman los pueblos contra ellas, o, a lo sumo, se someten murmurando, que no entonando a la autoridad. En la Habana hemos presenciado en años atrás un largo período de considerable escasez de plata, en que de hecho se establecieron bancos por los particulares para el descuento en el cambio de las onzas de oro, que,

20. Confieso, sin embargo que una de las razones de mayor peso para mí que se adujeron en la discusión fue el decir simplemente el señor Goiry que todo el comercio de hecho prefería se pudiese remedio aun con el sacrificio del subsidio. Pero téngase presente lo dicho por mí antes y ahora.

según la especie con que se permutara valía 163/4 pesos, 165/8 y hasta bajaba a 16½, y a pesar del inconveniente, todo el mundo se conformaba— como que era una necesidad, una ley del mundo económico, tan imprescindible como las leyes del mundo físico. Nadie más decidido que yo por ilustrar al pueblo sobre sus verdaderos intereses, y estoy seguro de que nadie podrá echarme en rostro el haberle halagado jamás, cuando antes bien he llevado por divisa siempre la verdad o lo que parece tal, por amarga e ingrata que sea, cada y cuando de veras se me pregunta. Pero yo tengo para mí que el pueblo, en sentir la pérdida en el valor convencional de las pesetas, conoce sus verdaderos intereses, y el tratar de disuadirle en cuenta tan palmaria lejos de convencerle —pues donde no hay fondo de verdad, no hay forma de convencimiento—, le exaspera y le irrita; o cuando menos se le hacen sospechosas las intenciones de quien así se empeña, aunque sean las más puras y justificadas del mundo.

Pero bien, se replicará, si no media tal inconveniente, a la larga, con la continuación de las pesetas en el valor presente, caeremos en el escollo de la falta de oro, mal gravísimo para el comercio por mayor, y más trascendental cuanto afectará nuestra agricultura y nuestra industria y, por consiguiente, a la gran masa de la riqueza pública o sea la prosperidad del país. Confieso ingenuamente que a ser seguros y consecuentes estos temores, resultaría incontestable la dificultad y digna ella sola de que se hiciese cualquier sacrificio por obviarla. Pero ¿cómo no han desaparecido las onzas españolas de nuestro mercado, a pesar de estar circulando hace cerca de 14 años las pesetas sevillanas con el valor de las columnarias, mientras que las onzas de las repúblicas hispanoamericanas al igual que sus pesos fuertes, no hicieron más que pasar como el relámpago por nuestro campo mercantil para no volver más a fertilizarlo? Estos dos hechos en cotejo nos dan la solución del último problema. Está claro que nuestras onzas no han desaparecido por el premio de un peso más, que gozan en la capital, al paso que se han ahuyentado las mexicanas y colombianas, por no exceder de \$16. Luego, mientras se conserve el premio del duro en la onza, no hay miedo de que vuele todo el oro a otra parte; siendo así que en tan dilatado transcurso de tiempo, y en medio de estar simultáneamente y cada vez más inundado de pesetas sevillanas y aun isabelinas, no por eso ha escaseado *aquel metal precioso*, y de intento decimos *aquel metal precioso*, para hablar con más exactitud, toda vez que, no comoquiera, onzas enteras, sino toda especie de oro menudo se encuentra abundantemente y con una facilidad inmediata a las de las pesetas. Tampoco hemos notado, por otra parte, ausentarse, como hubiera podido, el valor del oro en proporción. No queremos decir con esto que no se estime más este metal tan cómodo en las transacciones mercantiles; pero el tal aumento de precio no ha corrido parejo y con el exceso extremado de las pesetas ni da margen para

inducciones en contrario. Y bien, aun confesando que fuera insuperable la objeción, resuélvase con el medio que dejo indicado: con la operación de Banco, o demuéstreseme que hay otro arbitrio mejor, es decir, más justo, más equitativo y más adecuado al fin propuesto.

Favorézcase, socórrase al comercio en grande norabuena; pero sin detrimento ni menoscabo del pequeño; ni se injurie al primero por beneficiar al postrero. Y ¿qué medio? *Hoc opus, hic labor*. Este es el nudo gordiano, que no ha de *cortarse* sino *desatarse*. Dígaseme si hay otro que el propuesto, y no se pierda de vista que las consideraciones que llevo posteriormente apuntadas sólo se aplican en el concepto de no adoptarse aquel expediente. Porque una de dos: o se *desata*, o no se corta, caso de no poderse *desatar*; y siendo en tal hipótesis peor el remedio que el mal, más vale dejar correr el mal que ir casi de seguro a empeorarlo.

Y con este motivo séame lícito recomendar la circunspección y detenimiento —bien que no son recomendaciones que ha menester una comisión tan granada— con que, en materia tan grave y espinosa, se hace preciso proceder. Esta recomendación, de acuerdo con el espíritu de las anteriores observaciones, se trae más bien a la palestra para ponerme a cubierta del cargo de hombre meramente teórico que se podría presentar a mis ideas, pues se echará de ver que cabalmente lo poco de práctico que tengo —y quiera Dios que más tuviera, para emplearlo en beneficio de mi amada patria—, es lo que me hace mesurado y circunspecto, no dejándome arrastrar ni deslumbrar por el brillo de las doctrinas ajenas y el de las propias. Es, en fin, la recomendación antes escudo para mi insuficiencia que espada contra la erudición y criterio de personas tan dignas bajo todos conceptos y de quienes espero lecciones, a fuer de más versadas en estas materias que han constituido para algunas de ellas —a lo menos por su profesión— el asunto de la teórica y práctica de toda su vida. La Comisión misma, señores, a pesar de los motivos que tienen los más de sus miembros de conocerme a fondo, no puede graduar hasta qué punto sube mi acendrado amor por la verdad, haciendo callar todos los estímulos del amor propio e inspirándome un deseo de saber e ilustrarme tan vivo e intenso a la par que ingenuo y ardoroso, que lo antepongo a toda consideración en lo humano. Dispénsese, pues, la honra de impugnar mis ideas, ya que hoy ofrece tanto menos inconveniente la demora de la resolución del problema cuanto ya no se ha de resolver; ni por estas autoridades ni por de pronto, sino en España misma, y, por consiguiente, más tarde.

Todavía pudiera redargüirse con el argumento de que estando los habitantes del interior inundados de pesetas, lejos de resentirse con la medida de rebajar el valor de éstas por medio de una fingida indemnización, aplaudirían cuanto propendiese a llamar alguna moneda de oro a su mercado. Pero, en primer lugar, el hecho es que a pesar de todo, prepondera la

ventaja de que gozan sobre la que podrían gozar; más claro: prefieren no perder un centavo —y perderían muchos, infinitos— en sus pesetas, aun cuando carezcan de onzas, renunciando hasta la ventaja que les acarrearía el poseer algún oro en metálico para las grandes negociaciones; y aquí de ese interés individual que tanto encarecen los economistas sea respetado, a título de la suficiencia y perspicacia que les caracterizan. No que yo me oponga, antes promuevo y promoveré siempre que ese mismo interés se *ilustre* y se *dirija* cuando esté equivocado; pero no se le *mande*, ni aun en ese caso, hasta no dejarle *convencido*, mucho menos en circunstancias en que, a mi parecer, se está viendo la cuestión más clara y limpiamente que por el más diáfano cristal. Y contrayéndonos al interior de la Isla, le aplicaremos aquella ley constante de la humana naturaleza de escoger siempre del “mal el menos”; siendo asimismo de advertir, en cuanto al oro, que la mayor parte de los grandes negocios que celebran los propietarios de Puerto Príncipe y otros puntos en el renglón principal de su país, es decir, las transacciones de ganados en escala mayor, se realizan y pagan en onzas en el mismo mercado de la Habana, siendo del interés de ellos mismos el dejarlas aquí por la ganancia tan considerable que les ofrecen. Tan cierto parece que esta es la única y exclusiva causa de que no nos haya faltado —ni por consiguiente nos faltará mientras subsista— aquí el oro, cuanto que toda la Comisión a una, a pesar de la consecuencia tan lógica de aplicar a este precioso metal los mismos principios bajo los cuales se procede en la reforma de la plata, es decir, rebajar las onzas al valor de 16, así como las pesetas se ponen al de real y medio, convino, desde luego, como por un instinto certero, en no hacer novedad alguna por ahora respecto del oro, como que es difícil resistir a una lección tan terminante de los hechos; y prueba perentoria de que en el premio que aquí ha concedido al oro el comercio universal ve cifrada la Comisión la verdadera y eficaz causa de su permanencia en nuestro suelo.

No quiero con este motivo dejar de apuntar la respuesta que en el curso de la discusión he dado en general a los argumentos especiosos con que se trata de convencer que ni es tan grande como parece la pérdida que sufrirán los tenedores de pesetas con la medida de la no *indemnización*, ni pueden esquivarla a la larga, por más que se empeñaran en contrario, toda vez que ese fenómeno económico pende de una ley tan imprescindible en su operación como las leyes naturales, máxime contribuyendo más y más, y a paso rápido, las circunstancias desfavorables a las pesetas a nivelarlas a su justo valor. Entonces la sociedad por su mano se restaña y cura las heridas que ella *misma* se ha inferido; entonces ahí está el remedio, y por el supuesto, que es la realidad, a un tiempo gradual y pronto. ¿Qué le falta? ¿Reúne, por ventura, alguno de los propuestos estas preciosas condiciones? En una palabra, si se confiesa que ello mismo se cura y se arregla

presto y por su propio peso, ¿ cómo se puede resistir la consecuencia forzosa que os clama: “No hagáis nada?”²¹

Resumiendo, pues, he aquí la alternativa que propongo: o se indemniza por una operación bancaria, o se dejan las cosas como están. Síntomas ofrece ya el país de que sea llegado el momento de aclimatar la institución de bancos, como exige el desarrollo que va tomando y tomará el espíritu de empresa y asociación en caminos de hierro, máquinas de vapor y otras mejoras públicas y privadas que ya se notan, y aún hormigean por las ciudades y los campos de nuestra Cuba. Creo, pues, que la cuestión que debe ventilarse previamente, como el legítimo preliminar de la que nos ocupa, es la de ver si es o no llegado el caso de establecer bancos en nuestro suelo, para cuya resolución podrán reunirse datos que, aunque no fuera más que por las luces que pueden derramar sobre este género de materias, siempre serían preciosísimas así para los gobernantes como para los gobernados.

Ni la premura del tiempo ni otras ocupaciones perentorias me permiten, no diré entrar en la cuestión de lleno —para lo cual me faltarían las fuerzas—, mas ni siquiera contribuir por de pronto con mi óbolo para el fondo comunal de la Patria: básteme, empero prometerlo para el caso en que se atendiere la indicación, si llegase la oportunidad. Entre tanto, todas las indicaciones sugeridas, sean cuales fueren y como fueren, las someto desde luego gustoso al crisol de tan ilustrada discusión en pos del convencimiento por el cual suspiro sea en pro o en contra; en la inteligencia de que si no me cabe la dicha de arribar al mismo puerto que mis dignísimos

21. La inconsecuencia es tanto más chocante, si se atiende a las primeras palabras con que arranca el considerando de la misma autoridad en la orden novísima sobre el curso de las pesetas isabelinas de 28 de enero del presente. Allí se confiesa haber decursado como 13 años desde que se conoció la gravedad del mal; y habiéndosele dejado incrementar, ahora es cuando se piensa de veras en cortarlo o curarlo legítimamente. Pero no es esto lo más notable; como ni tampoco lo es que la Real Hacienda, cediendo a la omnipotente ley de la necesidad, admitiese también, como el pueblo, las pesetas sevillanas por el valor de las columnarias o sea de cuatro en peso, que en esa parte queda disculpada y aun justificada su conducta; pues en la economía social, a la manera que en la animal, en falta o indisposición de un órgano, se desempeña el mismo oficio a que estaba aquél destinado por otro análogo o más inmediato. Hasta aquí, pues, nada hay de reprehensible. Pero haber declarado que se admitían las pesetas en Tesorería o haberlas admitido de hecho por espacio de 14 años al respecto de 4 en peso, y pretender después que corran de 5, sin indemnización —pues no debe llamarse tal la del subsidio—, no sólo es el colmo de la inconsecuencia, sino también el de la injusticia; medida perjudicial sin duda al común, pero mucho más al crédito de la misma Hacienda y del Gobierno. Si la Hacienda Pública no hubiera intervenido entonces, ni habría cuestión siquiera: se diría simplemente a los particulares: «Dirimid vosotros mismos vuestra diferencia, puesto que vosotros mismos habéis establecido ese valor convencional, que yo no he sancionado de hecho ni de derecho».

compañeros, a pesar de atraerme la nota de teórico o de obstinado, si con ella quiere regalárseme, tendré valor para arrostrarla, haciendo el sacrificio del amor propio en las aras del amor patrio, única deidad a que he jurado consagrarme.

Nota: de intento me he abstenido de disertar sobre aquellos otros puntos en que todos estamos de acuerdo, como verbigracia, la introducción de la calderilla para el menudeo con las precauciones convenientes para evitar el escollo en que han caído en varias partes, remediado con sólo poner una ligerísima diferencia entre el valor del cobre en bruto y el amonedado, y admitirlo únicamente de saldo de picos en los pagos mayores, y el establecimiento de una casa de moneda, que, en mi concepto, deberá ponerse en planta luego que, tornando a beneficiarse más y mejor las minas mexicanas, puedan abastecernos de la pasta necesaria para esta nueva granjería, que no dejará de ser lucrativa. Ni he tenido que hacer referencia de muchos particulares puramente de ejecución en que corremos acorde, por no haberme propuesto más que analizar la idea madre o principal del proyecto; por iguales motivos tampoco se ha tratado del sistema monetario y otros puntos científicos y económicos que con tanto acierto se tocan en el luminoso y extenso informe del señor Fiscal de Real Hacienda, don Vicente Vázquez Queipo. También hemos esquivado un discurso en toda forma, exponiendo los principios y antecedentes en que descansan nuestras indicaciones; pues, sobre no ser destinado este papel para la prensa, va dirigido a un cuerpo de jueces sobrado inteligentes y abonados y perfectamente empapados en los más mínimos pormenores y circunstancias que pueden ilustrar el caso.

Con ánimo, pues, de coadyuvar al mismo propósito, me permitiré, como vía de apéndice, examinar, aunque de paso, el “proyecto presentado por el señor Goiry”, que en sustancia se reduce a lo siguiente:

1. Que el Gobierno reúna un fondo de 100 000 pesos en pesetas.
2. Que estas pesetas se resellen.
3. Que de las reselladas se entregue la décima o la quinta parte a quien las solicite con el objeto de ir recogiendo las demás pesetas que circulan, dando 5 de las reselladas por 4 de las otras.
4. Que el Gobierno señale el término de dos o más días para la presentación de todas las pesetas en las oficinas reales o en el Banco.
5. Que las oficinas no admitan las pesetas por un valor inferior a 5 pesos.
6. Que las cuatro quintas partes del importe de dichas pesetas se satisfagan en billetes o vales de 1 000, 500, 250 y 150 pesos, endosables y reembolsables al mes o más de su emisión, y la otra quinta parte en otros vales, también endosables, pero no reembolsables, cuando la contribución del subsidio, después de cubrir sus actuales atenciones, haya producido fondos suficientes para la operación.

7. Que la Real Hacienda cubra el importe de la indemnización de la quinta parte que perderán las pesetas, con el producto del subsidio.

8. En fin, que el valor de las pesetas de 5 en peso, convertirá nuestro sistema monetario en decimal.

OBSERVACIONES

1. La reunión de \$100 000 en pesetas privaría a la Real Hacienda de atender a varias urgencias perentorias, y precisamente en tiempo que la madre patria se halla en tantos y en tan graves apuros; motivo por qué sería de temer que la medida no mereciese la aprobación del Gobierno de Madrid. Este inconveniente parece no haberse escapado a mis compañeros de Comisión, puesto que siempre se propuso que los \$100 000 los tomara en empréstito, como privadamente, el mismo excelentísimo señor Jefe de la Hacienda, valiéndose para ello de su influjo y relaciones personales con el comercio de esta capital.

2. El resello de las pesetas, indispensable para la realización de este proyecto, las estancaría en la Isla, y perpetuaría los entorpecimientos que sufre el comercio por mayor. No pudiendo salir las pesetas, nuestras cuentas con España habrían de saldarse necesariamente en onzas, lo que reduciría nuestra circulación sólo a pesetas; y acrecentaría el mal de que nos lamentamos. ¡Cuidado con no caer en Scila por evitar a Caribdis, que es grande el estrecho y resbaladizo en cuestiones de este linaje!

3. Como no se indica sueldo ni gratificación alguna a los que hayan de encargarse de la recolección de las pesetas en los mercados públicos (bien que, si mal no me acuerdo, en la discusión se dijo que, consultando la economía, se recargaría con ese ímprobo trabajo a los mismos dependientes de Real Hacienda; mas como éstos no darían abasto para la celeridad necesaria en las operaciones, y habría que agregar otros empleados, siempre queda en pie, a lo menos en parte, el inconveniente que vamos señalando), no sería fácil encontrarlos, y si nadie se presenta a hacer gratuitamente este servicio, se hallaría el público sin moneda pequeña para sus cambios. Si se asignase alguna gratificación, sería un nuevo gravamen que habría de pesar sobre la Real Hacienda y de cubrir con el subsidio. Además, como no se estipula que los individuos que solicitasen las pesetas reselladas para cambiarlas por las que no lo estuviesen, habrían de dar la competente fianza que respondiese de la rectitud de sus operaciones, sería de temer que abusasen de su posición para especular sobre la credulidad ajena y sacrificar al pobre, siempre dispuesto a alarmarse cuando se trata de medidas cuyo objeto no alcanza.

4. La expresión de 8 o más días de término para la presentación de las pesetas en las oficinas, da a entender que si bien podría prolongarse, nunca

pasaría de 15 ó 20, término demasiado corto, máxime para la gente del campo, a cuya noticia no podría llegar la orden en tan poco tiempo, fuera de que se hallaría en la imposibilidad de darle cumplimiento, si había de buscar personas de su confianza a quien entregar sus pesetas, ya que éstas no se admitirían en Tesorería por menos del valor de 500 pesos. (Inconvenientes tan de bulto que uno y otro, creo haber sido obviados en el curso de la discusión, aumentando el plazo y disminuyendo la cuota: no recuerdo empero fijamente hasta qué punto.)

5. El señalamiento de la suma de \$500 en pesetas para que puedan ser admitidas en las oficinas, pondría a la gente pobre enteramente a discreción de los agiotistas, quienes especularían sobre la posición de aquellos y sacarían partido del temor que agita a los infelices de perder una parte de su reducido peculio. (También se escondió este escollo al señor proponente; pero le pareció obviarlo con decir que siempre habría agio, que era imprescindible mientras hubiera negocios y las diferencias consiguientes en el valor de las cosas, según los países y circunstancias. Muy bien, mas para no innovar en nuestro caso o para hacerlo en otros términos.)

6. Si las cuatro quintas partes del importe de las pesetas se pagasen en billetes endosables, cuyo valor no bajase de \$150, y reembolsables al cabo de un mes o más de su emisión, difícil es comprender cómo se entenderían entre tanto los pequeños tenedores privados de su haber; y sin el cual no pueden remediar sus necesidades diarias; y cuanto a la otra quinta parte que se satisfaría igualmente en papel reembolsable a un plazo difícil de fijar, se aumentaría aún la dificultad. Claro está, pues, que para salir de sus apuros, estos infelices tendrían que hacer los mayores sacrificios; mientras que quien puede soportar pérdidas de consideración sin grave menoscabo en su hacienda, sería precisamente el que especularía sobre la desgracia de los menesterosos o saldría mejor librado en la reforma propuesta.

7. Queda ya impugnada la idea de indemnizar el quebranto de las pesetas, y con él la contribución del subsidio. Puede agregarse, como buen garante de lo dicho, la agitación que hemos presenciado estos últimos días, al correrse la voz de que iba a rebajarse también el valor de las sevillanas, y las noticias que se recibían de la provincia de Cuba suministrarán datos que nunca deben echarse en olvido. Las sustancias que no dan señales algunas de electricidad en los casos ordinarios, chispean y se conmueven al contacto de los metales.

8. La revolución que causaría la fijación del valor de las pesetas a 5 en peso, que es imposible conciliar con nuestro actual modo de contar en las pequeñas transacciones, acabaría de exasperar los ánimos y de exponernos a un movimiento político cuyas consecuencias no son fáciles de prever; y eso que no tendría otro objeto la medida que el de simplificar nuestras

operaciones aritméticas, que acaso sería preciso reformar de nuevo tan pronto como las Cortes traten de arreglar los pesos y medidas en todo el Reino. Si nuestra contabilidad es complicada nada importa a la gente pobre, que, a fuerza de hábito, bien sabe entenderse en las operaciones que no salen de su esfera: los únicos que podrían ganar algo en ello serían los capitalistas y comerciantes; pero éstos cabalmente son demasiado diestros en cuentas para equivocarse ni en las más complicadas. (Tampoco se ocultó este tropiezo en la marcha de la discusión; y si mal no me acuerdo, se convino en no hacer novedad sobre el particular.)

Resulta, pues, en definitiva, que bien lejos de corresponder a su objeto, la medida propuesta acarrearía consecuencias funestísimas, que estableciendo una lucha más o menos empeñada ante el Gobierno y el pueblo, acabaría cuando menos por hacer perder al primero su fuerza moral, sin la que en el día no hay gobierno posible por largo tiempo; siendo excusado reiterar que siempre cumple mejor a los fines del Supremo Imperante rodearle de la aureola de la justicia para captarse al mismo tiempo el amor de los gobernados, y el respeto de propios y extraños, única base perdurable, no ya de ventura y bienestar, sino de sosiego y estabilidad.

Habana, 2 de marzo de 1840.

XVII

AL SEÑOR T. POR UNA NOTA AGREGADA A SU TRADUCCIÓN DEL INTERESANTE ARTÍCULO SOBRE “LA COMPOSICIÓN DE LA CAÑA DE AZÚCAR DE MARTINICA”. PUBLICADO EN EL *DIARIO DE HOY*

POR *FILLO-OTRO*

(*Diario de la Habana,*
julio 3 de 1840.)

Vaya la nota por delante.

Nota: La desgracia es que esta ciencia haya de venirnos de París. Nuestros maestros, nuestros filósofos, nuestros sabios, que deberían enseñarnos, han olvidado que en esta isla vive el hombre por el azúcar, que antes era, y es más fácil, analizar el guarapo que el hombre mismo; y que

las cuestiones sobre la descomposición de las meladuras nos darían más provecho que las del sensualismo y espiritualismo; que el hombre es como Dios lo ha hecho, y el azúcar será como la podamos hacer nosotros. ¡Dios los traiga al verdadero camino de nuestros conocimientos útiles y progresivos! Densos hechos trascendentales y de más inmediata utilidad a nuestro país, *hoc opus*; y descansen en paz los huesos y el alma de Cousin.”

El segundo período es también un guante tirado a los profesores de química que hay en la Habana: ellos sin duda lo recogerán. Vamos a la parte agria del dulcísimo artículo, pues sin esa punta le pareció al traductor que resultaría empalagoso.

Paréceme a mí, señor Caballero, que quien extendió el informe sobre “El Instituto Cubano” ama mucho y muy mucho, no sólo las ciencias físicas y matemáticas, sino a la patria que le dió el ser, a quien no ya le desea estérilmente la aplicación inmediata de los conocimientos útiles, sino le propone los medios en su concepto más adecuados para conseguirlo. Pero no contento con ir yo únicamente por ese medio al fin suspirado por usted, me pongo a combatir en el palenque filosófico para alcanzar el mismo resultado. Penétrese usted más, señor positivo, del positivísimo espíritu, o siquiera de la letra, de todas mis polémicas. ¿A qué aspiro siempre? Al triunfo de las ciencias físicas y matemáticas; a la ruina de la Metafísica, a estorbar que aparten a la juventud de la senda de la verdadera investigación esos libros en que se renuevan las cuestiones de *tiempo y espacio*, para mi largo ha de uno y otro decididas completamente. ¿Cómo si no, había yo de haber estado hablando de cosas que me fastidian y hasta menosprecio? Nada más, sino porque veía el estorbo que semejantes patrañas ofrecían a la verdadera ciencia en nuestro suelo. ¿Se necesita en mi suelo una cosa que esté en mi mano hacer? Pues se hace aunque me repugne: ésta es mi ley. ¿Quién más que yo ha clamado que no todos nuestros jóvenes han de ser médicos y abogados? Más: he dicho y probado a esta interesante juventud que muchos de sus errores en filosofía y la causa principal con que admiten cualquier doctrina idealista *recién importada*, es carecer del verdadero criterio para juzgar, es decir, de los datos en las ciencias físicas. Todavía les he hablado más claro: les he dicho que en la isla de Cuba tienen para algunos existencia las opiniones de Cousin porque aquí generalmente no se estudia más que jurisprudencia y literatura; y a los mismos jurisperitos he demostrado las ventajas que sacarán de las ciencias experimentales, aun para el desempeño de su tan vasta como sagrada profesión. (Véase mi memoria sobre método, inserta entre las de la Sociedad, al número correspondiente a septiembre de 1838.) ¡Qué más! En esa misma memoria, y en otros infinitos papeles he abogado con el mayor ahínco por ver generalizado el sistema de enseñar las ciencias físicas como preliminar de las morales. ¿Qué hubiera hecho el traductor del azucarero

artículo, amando su suelo, como a la cuenta le ama, y estando en su mano poner el remedio, al notar entre esa misma juventud, donde se cifran las esperanzas de la patria, un buen número indiferente, y otro, no ya indiferente, sino contrario a las ciencias físicas y a su espíritu, y tachando de materialistas y amenguadores del entendimiento humano en parangón de los que cultivan las ciencias morales, a los cultivadores de las físicas? Y aquí se convencerá el articulista de que no ha podido encontrar un colaborador más eficaz para su provechoso propósito: uno que dice, hace, y pelea, por lo que dice y hace cuando lo juzga bueno. Ahora bien: ¿de esa juventud no es de donde han de salir esos maestros, esos sabios, esos maquinistas que habernos menester para los ingenios de azúcar y los caminos de hierro? ¿Y quién contribuye y ha contribuido más ahincadamente a tan santo fin que el que escribe estos rudos borrones? Decida ahora el público en su imparcialidad si ha ofrecido, “hechos trascendentales y de inmediata utilidad a nuestro país”, el hombre que se ha empeñado en estas filosóficas campañas; y si no es verdad que “Dios no sólo le ha traído al verdadero camino de nuestros conocimientos útiles y progresivos”, pero hécholo andar por cuantos caminos han estado a su alcance para llegar al mismo fin. Al articulista, con sus ojos fijos sobre la dulce caña de Martinica, no le ha quedado un resto de atención que aplicar sobre los medios de conseguir el mismo objeto que recomienda.

Yo hago la cuenta con la huésped: pensando en la caña, pienso en la juventud; fuera de que en el mundo ha de haber de todo para que sea mundo, y en la isla de Cuba para que sea gente, no todo ha de ser azúcar y café.

B. L. M. de usted su decidido colaborador, y antiguo amigo. *Filolezes* (a) *Filo-otro*. Habana, julio 2 de 1840.

XVIII

OFICIO DESPIDIÉNDOSE DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA

(Mayo de 1841)

En los momentos de partir para Nueva York a restablecer mi quebrantada salud no puedo menos que dirigir una palabra de afectuosa despedida a la Real Sociedad Patriótica, a ese Cuerpo de mi predilección, y a quien tanto debo por su decisión hacia mí. Con harto sentimiento me veo en la

precisión de abandonar, aunque temporalmente, el puesto de mis ordinarias tareas en el seno de la Corporación y en servicio público; y acaso el interés de la patria me hubiera decidido a permanecer en sus playas, si mi traslación a otro clima no me prometiera mucho más pronto y completo restablecimiento con el indecible gusto de poder regresar cuanto antes y con mayores fuerzas a trabajar en el bien del país, ayudado de los apreciables amigos que la componen y de cuyos desvelos espero, como siempre, la más amplia cooperación. Durante mi ausencia confío en que como verdaderos amigos del país no perderán medio alguno de promover y llevar a cabo con una constante asistencia y de todos modos cuantos trabajos sean útiles a nuestra tierra, y si bien no puedo tener la complacencia de ayudar sus esfuerzos como quisiera, a lo menos me ofrezco a favorecerlos con todas veras por medio de los datos y noticias que al paso podré recoger en mi viaje en un país que progresa continuamente y nos proporciona aprovecharnos en lo posible de sus adelantos; así lo haremos en cuanto sea dable, para presentar esta ofrenda de gratitud y amor a nuestra Sociedad Patriótica y a nuestra patria, por cuyo bien debemos trabajar todos asiduamente.

XIX

PROTESTA

*Leída en la sesión de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, de 22 de junio de 1842, pidiendo que se declare insubsistente el acuerdo de 28 de mayo anterior referente a la expulsión de míster David Turnbull, de dicha Sociedad*²²

Alejado de la ciudad en fuerza de mis males, ha venido a sorprenderme en mi retiro la noticia de un hecho que ha sacudido mi espíritu en términos de hacerme quebrantar el propósito que había formado de aislarme completamente de todo bullicio y esquivar toda emoción, porque sólo así conservo alguna esperanza de fortificar los restos de mi quebrantada salud. He sabido que en la última sesión del Cuerpo Económico, uno de sus individuos propuso recoger el título de socio corresponsal al señor Turnbull, a la sazón cónsul saliente de S. M. B. en esa ciudad, y que así quedó acordado

22. Reproducida en *Revista Cubana*, t. VII, 1882.

contra la oposición de algunos otros señores concurrentes que consignaron expresamente en el acta su negativa. No sé cual haya sido mayor, si la sorpresa o la pena que me ha causado semejante suceso; y aun cuando tuviese que agotar la poca fortaleza que me queda, creería yo faltar a un deber sagrado, si no procurase atajar el mal, dirigiéndome a la Sociedad, con un sentimiento que puedo llamar paternal, pues sola esa palabra explica el cariño que toda mi vida he manifestado a esa Corporación, porque he visto siempre identificado con su esplendor el esplendor y la prosperidad de mi patria. No se piense que voy a hablar en pro ni en contra de las opiniones del señor Turnbull. No quiero tampoco ocuparme de su persona, ni recordar su calidad de extranjero, que en un pueblo ilustrado debiera darle derecho a más generosa cortesanía: yo sólo veo un hombre a quien acaba de hacerse una injusticia y a quien defendería aun cuando fuese mi mayor enemigo, para lo cual me basta considerar el hecho con relación al Reglamento, que tan a la mano debiera haberse tenido. Conforme al artículo 72 del que nos rige, únicamente la Junta Preparatoria tiene la facultad de proponer la exclusión del socio que por sus malas costumbres deshonre el Cuerpo. No ha sucedido así en el caso presente, cuyos promovedores pueden aspirar a la triste distinción de ser los primeros —a lo menos que yo sepa— que hayan propuesto el bochorno de uno de sus compañeros, a quien ellos propios habían llamado a su seno, hollando para conseguirlo el Estatuto de la misma Corporación que pretenden conservar inmaculada. Y no parece sino que alguna funesta prevención los ofuscaba, pues no contentos con arrogarse las prerrogativas de la Junta Preparatoria, se decidió el lanzamiento que se proponía, a pesar de la disensión de varios socios, siendo así que para poder acordarla era indispensable lo dispuesto en el artículo 68. Yo no creo que haya quien sostenga ese acuerdo diciendo que antes de celebrarlo se anuló el artículo que lo impedía, porque ¿quién se atreverá a pretender que en una junta ordinaria, compuesta de un corto número de individuos, reside la facultad de invalidar el Reglamento discutido por toda la Corporación y sancionando por el Gobierno Supremo? La pretensión sería demasiado peregrina, y así es que ni siquiera he querido llamar la atención hacia la ilegalidad cometida, para que tampoco pueda ninguno imaginarse que me valgo de otras armas que las del convencimiento y la justicia. Lo dicho bastaría para decidir que ha sido de ningún valor el acuerdo de la junta anterior, aun cuando para colmo de su nulidad no hubiese otras razones de tal peso que sobran ellas solas para avergonzarnos, si por desgracia se llevase a cabo lo que se ha intentado. En primer lugar ¿cuál sería el fruto de esa medida? Mengua para la Sociedad que ha esperado a tomarla a que el individuo en quien recae dejase de ocupar un destino influyente, lo que arguye cobardía indisculpable; porque siendo la Sociedad Económica la corporación que menos hostil debiera mostrarse,

como su misión es puramente pacífica, será sin embargo la única de las nuestras que arroja una piedra al que ha considerado enemigo caído, y eso no toda la Sociedad, sino una mezquina fracción de sus individuos, aunque el deshonor refluirá sobre todos. Además ¿se ha creído, por ventura, que su exclusión hará alguna mella en el ánimo de míster Turnbull? ¿Se persuadirá él de que ese acuerdo es la expresión de la voluntad de todo el Cuerpo Patriótico cuando sepa el escaso número de los que lo han excluido y recuerde la opinión que no hace mucho emitió el mismo Cuerpo en el informe que dio al Gobierno acerca de los convenios celebrados con Inglaterra? ¿Se avergonzará acaso de haber recibido ese desaire por abrigar ideas que su nación sostiene a la faz del mundo entero? No, por cierto; y aun concediendo al señor Turnbull más hidalguía que la que con él se ha tenido, de forma que no se convierta en verdadero enemigo del país, el resultado será el descrédito de la Sociedad Económica, que a su pesar escuchará el himno de befa que sin remedio entonarán los periódicos europeos. Otra consideración quizás más poderosa que todas, debiera haber arredrado a los promotores de tan aciaga ocurrencia. Desde que se fundó la Real Sociedad Económica hasta el día han sido varias las oscilaciones políticas en que necesariamente han tomado parte algunos de sus miembros. Por todas ellas hemos pasado, sin embargo, incólumes, sin que ni una sola voz se haya alzado contra nadie, porque allí no hemos ido a formar banderías, sino una hermandad, sin otro objeto que la prosperidad del país. Y ¿seremos nosotros los que empecemos la obra de proscripción? ¿Se dará principio en nuestros días a convertir el tranquilo recinto de la Sociedad de Amigos, en convención inquisitorial, donde ninguno esté seguro de no padecer semejantes vejaciones, precursoras tal vez de otras más funestas? ¿Cómo, si es amigo de su país, no le tembló el corazón, ni se le heló la palabra en los labios al que eso propuso, al ver en profecía el acompañamiento de males futuros, que sobre el baldón de ahora había de traernos su malhadado pensamiento? La inquietud que me causa el imaginar que pudiera caer sobre la Sociedad tan feo borrón, me hace lamentar doblemente mis males, que no me permiten asistir en persona a disputar con razones palmo a palmo el terreno a los que sostengan la medida propuesta, aunque me consuele la idea de que pocos habían de ser mis contrarios, porque no puedo persuadirme a que sea crecido el número de los que deseen el deshonor de la Sociedad. Confío, por lo menos, en que mis razones serán bastantes para hacer ver a los que no hayan meditado con la debida detención que lo que se ha pretendido es injusto, ilegal y atentatorio a la dignidad del Cuerpo Patriótico, que se apresurará, sin duda, a remediar el daño; pero, si contra mis esperanzas se llevase a cabo, sírvase V. S. hacer constar a la Corporación que protesto solemnemente contra tamaña injusticia, pues aun cuando todos, sin excepción, quisiesen mancharse con ella, y para sal-

varme yo solo, fuera menester extrañarme de su seno, lo haría sin titubear aunque mucho padeciese mi corazón, por no contribuir, ni en lo más remoto, a lo que tanto reprueba mi conciencia.

XX

DESPEDIDA DE LA SOCIEDAD PATRIOTICA

(DISCURSO)

(Diciembre 13 de 1842.)

Al terminar el bienio de la Dirección con que plugo a la Sociedad honrarme por segunda vez, faltaría yo a un deber y a los tiernos impulsos de mi corazón, si no le presentase por el conducto de V. E., ya que mis males no consienten hacerlo de viva voz, la expresión de mi sincera gratitud a la par que de mi amargo sentimiento. De mi gratitud, he dicho, y de mi sentimiento: de la primera, por la deferencia con que siempre se han escuchado mis palabras en el respetable recinto de la Sociedad Patriótica y por la ilimitada confianza que siempre le he merecido; del segundo, por tener en cierta manera que despedirme de un cuerpo cuyas intenciones me han hecho probar los goces más puros que me han halagado en la vida, sin haber podido corresponder a las esperanzas que quizás concibió al ponerme a su frente ni realizar los deseos que yo mismo me había lisonjeado en mis adentros de llevar a cabo. No es, por cierto, la vanidad desalentada al dejar un puesto tan honorífico la que me inspira esa pena: hablo con amigos y personas todas que tienen sobrados motivos de conocerme y que sin duda no concebirán de mí tan bastarda sospecha. La suerte ha querido robarme la salud, tal vez ya para siempre, y, reduciéndome a vegetar en la inacción, me obliga a apurar la amargura de no ser útil ni contribuir en esa Corporación al bien de nuestra patria, amargura que me hace comprender lo que es el remordimiento que más que todo aniquila mis aspirantes fuerzas.

Doloroso es confesar uno propio su impotencia y conocer que toda la energía de su voluntad no es bastante a sacudirla; pero bien sabe la Sociedad que esa es la causa única de mi forzado retiro, y no la que se ha supuesto en cierto artículo de un periódico peninsular, en que, a vueltas de elogios que no merezco, se me presenta en pugna con el cuerpo patriótico y alejándome de la Dirección por el modo indigno con que dice que se me trata en no sé que folleto de Barcelona.

Semejantes asertos son demasiado falsos para que me detenga en refutarlos. Yo siempre he considerado, ahora mismo, como honra mía ser miembro de la Corporación que desde más antiguo sólo ha tenido por norte desinteresado de sus esfuerzos la prosperidad de Cuba, objeto privilegiado también de mis aspiraciones. En su seno he saboreado el placer de unir mi voz a la voz de nuestros mejores patricios; y si alguna vez la he levantado en contra de lo que se pretendía, ha sido no para pelear, sino para indicar, a los que con sana intención se extravián, lo que a mi juicio era más decoroso para nosotros y más conveniente para nuestro país. En casos tales he hablado con el entusiasmo de un patriota, con la ternura de un padre, que me han prestado sin duda la elocuencia para persuadir a mis compañeros; y mal podría uno ni otro afecto hacerme abjurar el mismo cuerpo que con tanta solicitud ha acogido siempre mis insinuaciones.

Ahora bien, ese cariño a la Sociedad, que en este momento arde más vivo que nunca en mi corazón, espero que en algún modo sea parte a que no suene mal en mis labios un consejo que le dirijo en despedida. Desde el día que tuve el honor de contarme entre sus socios, fue mi designio encaminarme derecho al bien, aun cuando estuviese remoto y aun cuando las apariencias fuesen desfavorables. No extraño, por lo mismo, que en ocasiones haya tenido mi conducta detractores, pero mi conciencia tranquila me decía que mi patriotismo era más acendrado que el suyo; y el buen éxito, al cabo, ha sido el único valedor de mis proyectos. Ésta quisiera yo que fuese siempre la marcha del cuerpo patriótico. Puesto que el único objeto de su institución es propender a los adelantos de Cuba, trabájese en ellos de buena fe, y no sacrificando jamás el ser a la apariencia, demuéstrese que no sólo el individuo, sino también las corporaciones han de tener una moral intachable, que ni las deje postrarse a los combates del infortunio, ni mucho menos dormirse a los halagos de la prosperidad. Presentando al público este ejemplo de rectitud, cumplirá la Sociedad con su misión de morigerar a sus compatriotas; y aun cuando tuviese la desgracia de que fallasen todos sus planes, vale más el orgullo de haber cumplido con su conciencia que la vanidad de haber ostentado una pompa que sólo encubría miseria y degradación.

Tendiendo ahora la vista a lo futuro, aquéjame un sentimiento que no debo disimular a la Sociedad. Paréceme que ya se entibia el noble celo que tanto tiempo la ha animado para todo lo que podía redundar en beneficio del país. Y ¿se apagará del todo?, me he preguntado con dolor. ¿Dejaremos que muera de extenuación, o mejor dicho, de apatía, la Sociedad Patriótica, la sociedad más identificada con los intereses de la Isla y que reúne en sus listas lo más granado de sus hijos? No se me diga que no hay recursos; porque donde hay corazones generosos, nunca faltan. Si no tenemos de quien esperarlos, busquémoslos en nosotros mismos, apliquemos a produ-

cir el bien, el espíritu de asociación que tantos milagros ha hecho en el mundo mercantil, y veremos qué pronto cuajan y fructifican proyectos que de otro modo se hubieran quedado en ciernes toda la vida. Haya uno sólo que dé ejemplo de largueza, como ya se ha dado en otras ocasiones, y su entusiasmo prenderá como por encanto en los demás, y renacerá la gloria de nuestra corporación y la bendecirán los cubanos.

Antes de concluir no puedo menos de consagrar aquí mis votos por una parte de la Sociedad, con la cual me ligan vínculos de muy estrecha simpatía. Hablo de la Sección de Educación, de esa clase merecedora no ya de mi gratitud aislada, sino de la de todo cubano que tenga alma para sentir y conocer las bendiciones de la enseñanza. Su constancia ha sido heroica, sus títulos al agradecimiento público, sin iguales. Ella fue la primera que procuró desterrar la ignorancia que nos abrumaba; ella la que a duras penas, casi sin fondos propios, a costa de sacrificios de sus miembros y despertando el patriotismo de los particulares y celo de los preceptores, ha logrado encender la antorcha del saber en nuestra Isla. Poca luz ha derramado todavía, merced a causas que no es poderosa a vencer una Junta de tan escasas facultades; pero esa poca luz es la única que alumbrá nuestros campos, y todo nuestro empeño debe cifrarse en que no nos la apague el soplo del desaliento o de la adversidad. Nadie como yo puede apreciar el mérito de la Sección de Educación, porque ha estimulado mi entusiasmo como maestro, ha escuchado mi voz como individuo de su seno, ha seguido mis consejos como su presidente; y sería menester un alma de hielo para ceder este lugar sin conmovirse y no rogarle que, a pesar de obstáculos, siga con la misma caridad por la única senda que mejora las costumbres y lleva los pueblos a la paz y a la ventura.

En fin, sírvase V. S. decir a la Sociedad que, si bien mi depauperada salud no me permite halagarme con esperanzas lisonjeras de restablecimiento, no renuncio con todo a la idea de verme de nuevo algún día en su recinto. Pero si por desgracia no se realizare este deseo, si para siempre he de quedar inválido o enfermizo, asegure V. S. a la Corporación que aun en estado tan miserable, mientras haya un resto de vigor en mis facultades, ése lo sacrificaré gustoso, si se me pide, por amor de nuestra patria y de la humanidad, amor que ha sido, es y será ardiente anhelo y que ha profesado mi alma con el fervor y el respeto de una verdadera religión.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Cerro, 13 de diciembre de 1842.

XXI

**PASTORAL DEL ARZOBISPO DE CAMBRAY
MONSEÑOR GIRAUD SOBRE EL TRABAJO²³**

(1845.)

En la época presente, cuando todos los ánimos están convertidos hacia la cuestión vital de organizar el trabajo para moralizar las masas populares, no podía el clero católico permanecer tranquilo espectador de tanto movimiento. Así es que en la pastoral de monseñor Giraud encontramos pensamientos de grande profundidad y de rara sabiduría sobre tan interesante materia. El piadoso y docto sucesor de Fenelón nos pinta la ley del trabajo cual la concibió Jesucristo.

El trabajo, en sentir del prelado francés, no es tan sólo una pena, sino un medio expiatorio, una gran vía de salvación. El mismo Jesucristo era trabajador. De este divino ejemplo del Hijo de Dios, artesano, ejemplo que para siempre ennobleció al obrero, procede el digno Arzobispo a manifestar toda su utilidad y santidad; haciendo así de su pastoral un monumento de sabiduría, de lógica y de caridad... En ella la ley del trabajo queda explicada y ennoblecida por el ejemplo del Redentor. Jamás en nuestra época se han proclamado principios más sólidos para la mejora y acrecentamiento del bienestar de las clases laboriosas. Permítanos el Ilustrísimo señor Giraud le tributemos desde luego el voto de nuestra más sincera admiración y reconocimiento, reconocimiento que dividirán con nosotros todos los corazones cristianos, y entendimientos graves ocupados en la ventura de la humanidad.

23. "En la curesma de 1845 el Arzobispo de Cambrai, monseñor Giraud, publicó una pastoral sobre el trabajo; y el señor Luz que todo lo leía y todo lo estudiaba, y todo lo aplicaba al bien de su tierra se apresuró a traducir en extracto aquel interesante documento. Tenemos a la vista el manuscrito original de esta traducción". (J. I. Rodríguez.)

XXII

EL ÚLTIMO PAPEL DE SACO

(*Manuscrito inédito,*
marzo 23 de 1847.)

El último papel de Saco, fechado en Gibraltar, es el Gibraltar de los papeles, así fuerte en lo que aparece como en lo que abriga en sus entrañas.

Es el primer ajustador de cuentas del universo. Una cuenta documentada i y con qué documentos!... Los testigos son mayores de toda excepción: reyes, ministros, conquistadores, prelados, consejeros, oidores, historiadores, sabios, literatos, hombres de bien:

“last, non least...” (?). Es eminentemente, perspicuo, matemático demosteniano, más claro que el agua del Almendares, más cortante su dialéctica que la espada de Damocles. Entre ésta y la pared de su amor propio, que ya tiene espesor, se halla colocado el pobre Queipo.

¿Cuál es el mejor de los papeles de Saco? Porque cada uno responde a su propósito del mejor modo posible. Este último ha arrebatado, sin embargo, el voto universal, lo que prueba no sólo su bondad, sino que va surcándose cada vez mejor el terreno de la opinión pública. No hay remedio: no sólo el sol madura los frutos sino que los palos también.

Tiene este papel, además, un *suaviter in modo, fortifer in re* que encanta, como de hombre cada vez más maduro y proveyecto en la escuela de la experiencia y de la desventura, que es la mejor de las escuelas, el primer crisol.

Ninguno más arreglado al meridiano del país para formar la opinión de los hacendados y penetrar en el alma de todos los cubanos. Hay en él un fondo de tristeza —patético— que embona y armoniza con el estado de nuestros corazones. Para aquel fin es... (?). Que le toquen y verán... (?) fuego, la lava que se los devora.

Marzo 24 de 1847

Sigue el papel de Saco.

¡Es un edificio de tan bellas proporciones! Es una corona de diamantes, pero el del Gran Mogol (¡qué quilates!); es el reto calificador de las leyes de Indias. ¡El espantajo de ustedes, caballeros! ¡Pues ahí le tienen pisoteado por sus hijos, no más...! (?) ¡ Recojan el guante si son guapos! Sobre los documentos... Haberlos desenterrado del Panteón de los Archivos, sacudiéndoles el polvo, y de los librotos en folio, apenas leídos, echándolos a volar en folleticos o papalotes que penetren en todas partes como las cien trompetas de la fama, esto no tiene perdón para ellos. Pero ¿quién fue el causante? ¡ Así maldecirán ellos... al buen Queipo! Aun... (?). A cierto bulto que le lleva por tara “S. (?) A. O.”.

ESCRITOS CIENTÍFICOS



I

LA CIENCIA, UNA CIENCIA

Considerando esta multitud de cuadros o compartimientos que nuestras instituciones han trazado a las diversas profesiones científicas, el infinito número de fines desparramados en el dominio de la inteligencia que se proponen alcanzar las innumerables rivalidades, estaríamos tentados a creer que la Naturaleza más que unidad es una especie de *mosaico*, cada compartimiento del cual incluirá una ley, y cada ley produciría un nuevo reinado, que no tendría más relación con el vecino reino que un punto de contacto en el espacio. Divinidad multiforme, tendría Naturaleza más bien un teatro que un templo, y en el umbral de este santuario corredizo (*a tiroir*) diría a los visitantes: “¿a qué naturaleza queréis hablar?: ¿a la naturaleza química o a la naturaleza naturalista?, ¿o a la naturaleza quirúrgica y médica?, ¿o a la naturaleza farmacéutica?, ¿o, finalmente, a la astronomía, la física o la geografía?”. Y según la respuesta del adepto, ¿iría la señora Natura a mudar de traje y cambiar de telón; luego distribuiría sus boletines de entrada y en seguida, títulos de distinto color y según se le pidieran; señalaría funciones y clases, conferiría grados, impondría deberes y otorgaría derechos?, de suerte que pudiese coronar todo género de intrigas, y satisfacer todo linaje de capacidad.

2. No es esta una alegoría, sino la más fiel traducción de nuestro plan actual de estudios, o mejor, del programa que los siglos del escolasticismo han transmitido sin interrupción a nuestra época, que se ha guardado muy bien de derogar este género de ilustración. Tenemos institutos divididos en compartimientos, a cada uno de los cuales vienen a encerrar 5 ó 6 doctos, que sólo tocan a sus vecinos por los codos, y que tienen muy buen cuidado de no chocar con ellos. Si alguno de ellos llegara a entrever una verdad que no pertenezca a su clase, esta verdad no lo sería, por faltarle la carta de naturaleza. Apenas hay diez años que no hubiera osado el zoologista ir a buscar mi informe en el reino de la botánica, que el botánico se hubiera guardado muy bien de alzar la

cabeza hasta tender la vista en el reino zoológico, y que uno y otro se hubieran apresurado en enviar al químico una idea que necesitase pasar por el crisol; y hoy tardará este hábito inveterado en recobrar su imperio, pues no se ha reformado el cuadro de unas instituciones a medida que se han verificado las ideas. Esto pende de que estas diversas... y que las invasiones son como despojos y golpes descargados a la propiedad. Tratad aún hoy día de hallar una verdad farmacéutica sin ser boticario titular, y otra verdad será detenida al paso como género de contrabando.

Que no se tome a chanza. ¿No hemos visto ciertos descubrimientos presentados a la sanción de la más sabia academia del orbe (hablando académicamente) *ballohees* de una tecera a otra. V. en definitiva se apeló a la opinión pública “*va que cette verité ni etait du report d’aucime taiene en habit brodé*”. Pero así que la verdad es reconocida por la opinión pública, cada... se apresura a tomar su pedazo de su q... propiedad: el pozo de la verdad no puede estar como en el dominio de la ciencia; y la ciencia no está sino donde se hallan los sabios: la verdad puede compararse a un tesoro enterrado en sus tierras y que les pertenece en toda propiedad, aun cuando haya sido encontrado por otro ...

II

COMETAS

(*Aurora de Matanzas,*
marzo 15 de 1830.)

El cometa, cuya primera aparición observó en 1825 el astrónomo Bie-la, de Bohemia, puede esperarse otra vez en noviembre de 1832, casi al mismo tiempo que el de Encke Damoiseau ha calculado el valor de las perturbaciones, que debe haber sufrido de las acciones de los planetas, desde su paso por su perihelio en 1826. De los diferentes elementos, la longitud del modo es la que ha de efectuarse de un modo más notable, pues que ha de retrogradar lo menos 3 grados 13 minutos y 45 segundos sobre la eclíptica.

La inclinación se disminuirá cerca de 20 minutos. Estos defectos serán producidos principalmente por la mayor aproximación del cometa a Júpiter en mayo de 1831, que es cuando permanecerá por algún tiempo dentro de la esfera de atracción de dicho planeta. Aplicando las

fórmulas para las perturbaciones a los elementos sacados de las observaciones de 1826, mister Poncoulant calcula que pasará por su perihelio el 27 de noviembre de 1832: siendo el eje semitransversal de su órbita 353, 683, su excentricidad, 0.7.517,481 y su inclinación, 113 grados 13 minutos 13 segundos.

Imposible es formar una idea del número actual de cometas que obedecen a la atracción del Sol. Casi todos los que son visibles para nosotros llegan adentro de la órbita de la tierra, y si los suponemos igualmente distribuidos en el espacio, el número de ellos, que hemos observado ya, nos inducirá a creer, que no bajarán de 250 000 cometas los que se aproximan más al sol que el planeta Uranus.

(Copiado de la *Aurora de Matanzas*, no. 352. del lunes 15 de marzo de 1830.)



— Vid. la poesía de Manuel de Zequeira sobre el cometa de 1825.
Vid. la poesía de J. M. de Heredia al cometa de 1825.

En el número 281 del *Diario de la Habana*, correspondiente al día 8 de octubre de 1825, se publicó el siguiente

REMITIDO

Señor Redactor:

En cualquier parte donde se concurra no se oye hablar más que del cometa, de la forma de su *cola*, *barba* o *cabellera*, de su dirección, influjo, de que ha sido causa de los huracanes, inundaciones, etcétera, que se han experimentado y que se experimentarán aún más, y etcétera, etcétera.

Sabemos que en la Habana hay muchos profesores de matemáticas, y deseamos que alguno nos instruyera sobre esta materia suplicándolo encarecidamente, y a usted, señor Redactor, que nos inserte en su apreciable *Diario* la expresión de los dichos deseos, para ver si alguno se digna instruirnos. B. L. M. de usted.

J.O.C.

Habana, 6 octubre de 1825.



En el número 289, correspondiente al 16 del mismo mes de octubre, publicó don Ramón de la Sagra su artículo.

(*Diario de la Habana*,
octubre 21 de 1825.)

Señores redactores.

Habiendo leído la nota insertada en su periódico de 16 del corriente, me han ocurrido los siguientes reparos, que espero tendrá usted la bondad de publicar.

Pocas veces en mi vida me he llevado un chasco más completo que el que me ha dado la tal nota: confieso que al ver un largo remitido sobre los cometas, esperaba con la mayor ansiedad encontrar en el papel precisamente aquello de que carece: es decir, observaciones contraídas al actual cometa, pues *parecía* muy *natural* (sobre todo para avivar la atención del lector aletargada con tan luengo preámbulo) *instruir al público de los movimientos del cometa que todas las noches tiene a la vista*. Esto es inconcuso. Pero ¿quién no sabe que hay muchas cosas que se deben pero no se pueden hacer, bien por no tener una idea del procedimiento, bien por no haberse ejercitado en ellas, o últimamente porque no se tienen los *instrumentos* necesarios para el intento? He aquí el caso en que se halla el señor profesor de Botánica, hartó fatal, a la verdad, pues que nos priva de un sinnúmero de observaciones, con que sin duda nos habría regalado, y de que nos hubiéramos dado los parabienes; porque al cabo, ya vería el mundo que en nuestro suelo, en donde se cree a pie juntillas en el maligno influjo de los cometas hasta el punto de figurarse algunos que las *mujeres van a quedarse estériles*, había *siquiera* uno que los conjurara, apostrofándoles, como le hacía un autor, más de medio siglo ha:

Cometes que l'on craint á l'egal du tonnerre
Cessez d'epouvanter les peuples de la terre,
Dans une ellipse immense achevez votre cours...

Pero no hay que desconsolarse: porque todo tiene remedio en este mundo y pues aún está visible el cometa, no hay más que proporcionar al señor Sagra aquellos instrumentos más necesarios a fin de que realizara a lo menos algunas observaciones, que no ha hecho por falta de ellos: a lo cual y a ponerlos en el despacho de esta imprenta se compromete el que escribe estos toscos renglones, que a nadie cede cuando se trata del lustre y reputación científica de su país natal.

Volviendo ahora al asunto. Se pregunta ¿a qué fin escribir una tan larga introducción, llena de lo que pudiéramos llamar *lugares comunes* de la ciencia, sin decir nada del caso? Sin indicarnos siquiera el lugar del cielo en que se halla el cometa, para lo cual no se necesitan más instrumentos que los ojos y un catálogo de las constelaciones? Norabuena que en una clase en que se intenta poner los alumnos al cabo de todo lo que hay sobre una materia, se detenga el profesor en exponer largamente lo que dicen los autores, aunque nada agregue de lo suyo: en iguales circunstancias se halla el que compone una obra elemental de cualquier ciencia, pues se ve precisado a echar una ojeada sobre lo más interesante que se ha escrito en la materia. Pero que se trate del cometa que *vemos todas las noches*, y en vez de decirnos algo sobre él, se abuse de la paciencia del público, ensartando especies harto añejas; esto sí que no tiene perdón ante el tribunal de la sana razón.

Tal vez se responderá que el objeto principal de la nota no es hablar del actual cometa, sino extirpar las preocupaciones acerca de la influencia de estos astros. Bien se deja de ver que tal fue el fin que se propuso el señor Sagra; pero advierta que no ha hecho más que fingir enemigos agigantados para llevarse el lauro de ser el primero en combatirlos. En la Habana hay acaso menos preocupaciones que en ninguna otra parte sobre este punto, ni es posible que las haya, pues si bien es verdad que aquí no se encuentran astrónomos de profesión, hay sin embargo infinidad de personas que poseen ciertas ideas generales de la ciencia de los astros, las cuales bastan para disipar todo temor y desterrar hasta la idea de considerar los cometas como precursores de acontecimientos extraordinarios y funestos. ¿Quién ignora que de diez años a esta parte, hasta en las escuelas de primeras letras se enseñan algunos principios de esfera para la inteligencia de la geografía, en los cuales siempre hay un artículo dedicado a los cometas? Muy pocos días, ha que he visto un cuaderno de un joven que estuvo en la escuela de don Pedro del Sol, en el que se habla de la naturaleza de los cometas, de su movimiento, de sus órbitas, etcétera. Además en esta ciudad circulan de muchos años acá libros de todos géneros, pudiendo asegurarse sin temor de error que no hay obra clásica en cualquiera facultad que no se encuentre entre nosotros. En manos de todos andan los autores más sublimes de astronomía que han honrado nuestro siglo, tales como Laplace, Delambre, Biot, etcétera, fuera del prodigioso número de obras elementales sobre esta ciencia; en suma no hay tratado de física donde no se halle un artículo sobre cometas, y aun el mismo papel que voy contestando es una prueba evidente de lo que digo: efectivamente, todo lo nuevo que hay en él está extractado casi a la letra de dos capítulos de la obra del ilustre Laplace titulada *Exposición del sistema del mundo*, uno de los cuales trata de los *cometas* (página 53) y el otro de *las perturbaciones de su movimien-*

to elíptico (páginas 220 y siguientes). ¿Y es creíble que en un país en donde se pueden adquirir nociones astronómicas con tanta facilidad, abunde las preocupaciones que el señor Sagra se propone disipar? ¿Qué ideas se formarán de nosotros las demás naciones cultas al leer un papel en que se asegura que muchos creen en las patrañas que en él se ponen? Sin duda que el señor profesor de Botánica nos hace muy mala obra: lejos de mí creer que éste haya sido su intento: yo no lo atribuyo a otra causa sino a que desconoce el terreno que pisa. Mas por lo que queda expuesto podrá persuadirse que los cometas no hacen más que servir de objeto de diversión a los inteligentes y de curiosidad a todos los demás.

Aquí debía terminarse este papel, mas no quiero soltar la pluma sin hacer las siguientes observaciones relativas a la parte científica de la nota.

En el párrafo cuarto se habla de la causa de la *cola* de los cometas, y se atribuye a la evaporación de algunas substancias del cometa ocasionada por el calor del Sol. Tal ha sido la opinión de todos los astrónomos desde el tiempo de Newton. Pero esta doctrina es casi inadmisibile hoy día, si atendemos a las graves dificultades que le presenta Flauguergues: he aquí un resumen de ellas copiado de la obra que publicó en esta ciudad don José Antonio Saco, sobre varios ramos de física.

“1^a El cálculo del Newton sobre el calórico que experimentan los cometas al pasar junto al sol, no es muy exacto; pues siendo muy rápido el movimiento que llevan al acercarse a él, están muy poco tiempo expuestos a su influjo, y por lo mismo no pueden difundir una cantidad de vapores tan considerables, como la que se ha observado algunas veces. Por otra parte a pesar de haberse aproximado mucho al Sol algunos cometas, han ofrecido a nuestra vista colas muy pequeñas; mientras otros que han pasado a una distancia del Sol más grande que la de la tierra, han aparecido con una cola más extensa.

”2^a Siendo la fuerza centrífuga del cometa común a él y a los vapores que forman la cola, no puede contribuir en nada para arrojarlos del cometa ni a éste de ellos, según lo reconoció el mismo Newton.

”3^a Estando la cola rodeada de otra materia más densa, ésta debería reflejar la luz con más fuerza, y por consiguiente no podría distinguirse la cola en el fondo del cielo.

”4^a En la hipótesis de Newton se elevan los vapores que forman la cola, porque tienen menos gravedad hacia el sol que la materia que lo rodea, la cual es más densa. Por tanto, el movimiento lateral de la cola sería destruido por la resistencia del medio; y no pudiendo seguir el cometa quedaría detrás, y nunca se vería delante, como sucede después que pasa el cometa junto al sol”.

Omito presentar las demás razones de Flauguergues contra la opinión de Newton, porque pueden verse en la obra de donde he tomado las anteriores.

Tampoco puedo pasar en claro que diga el señor Sagra que Herschel cree que el sol sea *un cuerpo puramente luminoso y no un globo de fuego*, pues la opinión de este famoso astrónomo es que el sol es un cuerpo *enteramente* opaco, rodeado de tres capas de nubes, de las cuales las dos superiores son luminosas, y la inferior opaca y transparente. El que quiera cerciorarse acerca de este punto, puede consultar una obra de Libes titulada *Historia filosófica de los progresos de la física*, en el tomo 4º a la página 100.

Asimismo parece que no ha llegado a noticias del señor Sagra el número de cometas reconocidos hasta el año de 1815, que según el mismo Libes asciende a 118. Posteriormente se han observado otros varios: sin embargo el señor Sagra dice que no sabe pasen de 98. Con lo cual se concluyen mis reparos: quedando de ustedes, señores redactores, afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

P.E.

III

MAGNETISMO TERRESTRE

(*Revista Bimestre Cubana*,
t. II, 1831.)

Desde la más remota antigüedad se llevaron tras sí los portentosos fenómenos del imán la admiración constante del vulgo a la par que la atención infatigable de los observadores. Siglos y más siglos corrieron en vanas especulaciones para explicar las apariencias de la atracción y repulsión, sin que se pudiera barruntar que en estas mismas propiedades estaba envuelta la más preciosa de todas ellas, es decir, la dirección a los polos del mundo. Hasta principios del siglo XIV no fue cuando un navegante napolitano logró aplicar en Europa tan admirable cualidad al arte de la navegación; y hasta entonces tampoco, como era natural, no comenzaron a estudiarse con más esmero los efectos del magnetismo. Desde esa época se ha procurado reunir con el mayor cuidado cuantos datos han sido posibles, por insignificantes que parezcan, para contribuir al adelantamiento de la delicada ciencia del náutico. En tal concepto, cualquier establecimiento que tienda de un modo eficaz a promover objetos de esta naturaleza, y singularmente en una capital no como quiera mercantil, sino que debe una gran

parte de su prosperidad al comercio, es forzoso encuentre apoyo y protección así en las autoridades y corporaciones como en todos nuestros conciudadanos. Mas no sólo el comercio podrá reportar ventajas de la fundación de un observador magnético. Después del importante descubrimiento de Oersted, en Dinamarca, sobre la identidad entre la causa del magnetismo y la de la electricidad; después de haber observado Arago la influencia de las auroras boreales y otras alteraciones atmosféricas en la aguja imantada, y finalmente después de las investigaciones de Davy y de Berzelius para la aplicación de la teoría de la electricidad a la doctrina de las proporciones químicas, se ha redoblado la importancia de cuanto sea relativo a investigaciones sobre el magnetismo terrestre. Por manera que podemos asegurar, que promoviendo en nuestro suelo el establecimiento de un observatorio magnético, contribuimos a un tiempo, no sólo al adelantamiento de la navegación sino a resolver muchos problemas, de cuya solución sacarán luces muy preciosas las doctrinas que más ocupan hoy la sagacidad e indagaciones de los sabios más distinguidos de la Europa. Incalculables pueden ser las ventajas que de este género de trabajos reporten la meteorología, la electricidad y la teoría revivida de los átomos. Más hay otra consideración importante que milita en favor de nuestro propósito. Aunque el mayor número de descubrimientos interesantes se haya debido a la mera casualidad; sin embargo, la determinación de las leyes que guardan los fenómenos, y aun el conocimiento de las aberraciones de estas mismas leyes, siempre les agradeceremos a aquellos sabios infatigables que han amontonado observaciones sobre observaciones. Ni hay otro medio de interrogar a la Naturaleza, cuando ya tenemos en la mano el hilo de la analogía; ni ha sido otra la manera con que el físico ha podido ofrecer al matemático los datos prolijos que se requieren para llegar por medio de una fórmula al extremo de la generalización. De ello nos presentaría entre otras ciento, sobradas y patentes pruebas la teoría de la gravitación universal, completada por Laplace, no menos que la del calórico llevada a la perfección por el señor de Fourier. ¿Y qué nos quedará para añadir en obsequio del proyecto, si agregamos que su principal motor es nada menos que el más sabio de los viajeros modernos?

El nombre del ilustre Humboldt sonará siempre grato a los oídos habaneros. Bastaría haber indicado que el presente artículo se destinaba a uno de sus proyectos favoritos, para cautivar desde luego la atención de nuestros lectores. Nosotros, ligados por los vínculos de la gratitud con este hombre insigne, no debemos celebrar únicamente en la promoción del proyecto la parte que nos toca en el adelantamiento de las ciencias, sino también, y muy especialmente debemos congratularnos de la ocasión que se nos presenta de corresponder en algún modo a las muchas obligaciones en que estamos con este observador esclarecido. Sea que consideremos las

repetidas pruebas que nos tiene dadas de su adhesión e imparcialidad como viajero, ya contemplemos los reales y verdaderos servicios consagrados a la prosperidad del suelo cubano, ya en fin, las atenciones que individualmente ha prodigado a cuantos pertenecen a nuestra patria; ninguno podrá presentarse con más títulos a nuestro reconocimiento y veneración que el sabio que, nacido en lejanos climas, consagra sus conocimientos y vigiliias a nuestro fomento y bienestar. Con fundamento, pues, podría afirmarse que el célebre Barón de Humboldt nos dispensa el honor de compatriotas adoptivos.

Pero vengamos al asunto. Deseando este sabio infatigable, cuyos trabajos bien valen los de toda una Academia, establecer en todas las regiones tropicales un observatorio magnético, con el fin de marcar en ciertos tiempos señalados las variaciones de la declinación y demás fenómenos perturbadores del electromagnetismo, para cotejar los resultados con los de otros puntos del globo, situados en diversas latitudes, quiso aprovechar la coyuntura de hallarse en París en julio pasado, a la sazón que también estaba el ilustre viajero, un compatriota nuestro, amante de las ciencias, que trataba de regresar aquí, para encargarle, como efectivamente lo verificó, de los pasos necesarios al establecimiento de la proyectada casa magnética en este emporio de la América española.

Con efecto, apenas de regreso el encargado, se dirige con preferencia al excelentísimo señor don Angel Laborde, así por considerar semejante comisión muy propia del ramo de Marina, como por la bien merecida reputación científica de que tan distinguido jefe disfruta. A ello se agregaba que, necesitándose entrar en algunas erogaciones, aunque no de mayor entidad, para la compra de instrumentos y construcción de la casita magnética, pareció también al comisionado que nadie contribuiría con mejor disposición que el excelentísimo señor Laborde a la consecución de la empresa: nada se equivocó nuestro paisano. En efecto, no contento este digno jefe con haberse prestado a cuanto se le ha pedido, con la generosidad y franqueza que le caracterizan, también ha ofrecido nombrar los jóvenes más hábiles que están bajo su mando para que efectúen las observaciones y tener desde luego el establecimiento bajo su inmediata inspección.

Con tan eficaces auspicios, se puede mirar como ya realizado el proyecto; encargándose al comisionado por su parte de llevar la correspondencia con el Instituto de París, y con el señor Poggendorff, editor de los Anales de Física y Química, de Berlín, según le ha sido recomendado por el mismo señor Barón de Humboldt. Al propio tiempo se compromete a coadyuvar en el desempeño de las observaciones, para aliviar la carga a los señores oficiales de la Real Armada que fueren señalados al intento; pues aunque no pasan de cuatro las ocasiones en que se exige que las observaciones se practiquen con el mayor esmero, con todo esto en estas

cuatro veces se verificarán día y noche sin interrupción; lo que no deja de molestar considerablemente cuando se aspira a la exactitud. Fuera de que es muy conveniente y aun lo encarece el mismo Humboldt, que no se ciñan precisamente las observaciones a las cuatro épocas designadas, sino que se extiendan a otros días del año. Así se acumularán más datos para la resolución de los problemas del magnetismo, que es el blanco principal del proyecto.

Temeríamos traspasar los límites de una simple noticia, si entráramos en todos los pormenores de cálculos y comparaciones que acerca de la materia se hallan consignados en una Memoria, publicada en Berlín por el señor E. G. Dove a fines del año próximo pasado. Mas como los preciosos resultados que ofrece del cotejo de las observaciones practicadas en diversos lugares, pueden servir de pauta para las que se trata de efectuar aquí, el Comisionado se constituye desde ahora a traducir íntegramente aquella Memoria, para uso de los observadores.

En el entretanto, y a fin de que el público forme una idea más cabal del asunto de que se trata y de los motivos que dieron margen a la investigación, no podemos hacer cosa mejor que extractar algunos pasajes de la carta que en julio pasado se sirvió el mismo Barón dirigir a nuestro citado paisano. De esta manera y agregando a continuación el proemio histórico del mismo, puesto al frente de la enunciada Memoria de Dove, quedarán nuestros lectores suficientemente enterados sobre el particular, y fielmente cumplidos los deseos del ilustre autor del proyecto.

IV

OBSERVATORIO MAGNÉTICO

EXTRACTO DE LA CARTA DE HUMDOLDT

(*París*, julio 1° de 1831.)

“...Me tomo la libertad de recordar a usted mi deseo de ver establecido en la Habana un curso regular de observaciones magnéticas horarias. Sumamente útil sería para los progresos de las ciencias el extender nuestra línea de observaciones de las variaciones horarias, desde Pekín, por Irkout, Masan, Berlín, Freibers y París, hasta la Habana. Aún no tenemos punto fijo en los trópicos, y en un paraje donde la variación sea el E. Trátase tan sólo de observar cuatro veces al año, en los solsticios y equi-

noccios (distante 24 a 36 horas), y de hora en hora; así es como observamos acá en toda la línea. A fin de que vayan de acuerdo los trabajos, quisiéramos que el instrumento para variaciones horarias, muy diverso del que se usa para hallar la variación magnética absoluta, se encargare a m^{is}ter Gambay, de París, calle de Pierre Levec, faubourg du Temple no. 17. No cuesta mucho, y está descrito en los tratados de Física de Pouillet y de Desprest (id. 1827-página 476). Pera llamar más generalmente la atención acerca de los resultados que ya he obtenido con el establecimiento de estas casas magnéticas de Pekín a Berlín, celebraríá que usted tradujese y publicase en algún periódico de la Habana mi pequeño prólogo alemán que acompaña a la Memoria del señor Dove. No dudo que en una Isla, en donde la Sociedad Patriótica ha dado tantas pruebas de su noble deseo por el adelantamiento de cuanto es útil y honroso, sean mis votos acogidos con indulgencia. Yo quisiera que las observaciones de las cuatro épocas señaladas (siendo también muy de desear que se observe igualmente en otros días) sean dirigidas al Instituto de Francia y a la Academia de Berlín. Nosotros publicamos estos trabajos reunidos en el periódico de Pogendorff. Usted hallará, amigo mío, en sí mismo, en el gran número de oficiales noblemente instruidos que en todos tiempos han ilustrado la marina española, y en los profesores de los colegios, todos los datos e inteligencia necesaria para situar bien el instrumento y poder seguir su marcha en lugares en que no influyan circunstancias exteriores, o causas accidentales de desviación. Es necesario notar cuidadosamente en los registros cuál es la punta por la que se ha observado (si es la de Norte o la de Sur), y si la desviación de la tal punta es al Este o al Oeste. La negligencia de estas indicaciones suele causar notables errores. Los microscopios con que se miden las desviaciones podrán quizás dejarse sin tocar por espacio de muchos meses, particularmente debajo de los trópicos, donde la amplitud de las variaciones horarias es sumamente pequeña. En cuanto a la marcha de la aguja, deberá medirse, no por las divisiones grabadas en el limbo, sino por las líneas que están en marfil, y poniéndola inmediatamente bajo el hilo del microscopio. Ya tocará usted la importancia de estos consejos, cuando comience a usar el instrumento. Fortuna sería para la ciencia el que se pudiese dar principio a las observaciones correspondientes el 21 de diciembre de 1831, o el 20 de marzo de 1832. (Véase mi Memoria, página 50.) En un puerto de mar tan célebre por la extensión de su comercio, y por sus bellos establecimientos de Marina Real, se puede llamar fácilmente la atención (sobre todo, excitando a algunas personas influyentes o ilustradas) sobre la totalidad de los fenómenos magnéticos. Helos aquí:

"1° La variación absoluta y las alteraciones en un gran número de años. (Yo la he hallado, en enero de 1801, de 6°, 22', 15" E.)

”2º Las variaciones horarias en diferentes estaciones del año, modificadas por causas de perturbaciones en lo interior del globo, o por la aurora boreal, aún cuando no es visible en el lugar de la observación.

”3º La inclinación magnética (según la brújula de Borda) y sus variaciones anuales. Yo la hallé en la Habana el mes de diciembre de 1800, de 53º, 22'. Sabine, en 1822, de 51º, 55', cambiando los polos a cada observación. Míster Gambay proporciona también un aparato para examinar las variaciones horarias de la inclinación descubiertas por míster Arago.

”4º La intensidad de las fuerzas magnéticas, medida por las oscilaciones de una aguja horizontal.

”Estos cuatro instrumentos juntos no costarían en casa de Gambay (e insisto en que sea él quien los construya) arriba de cien luises. ¡Qué laudable sería que, bien la Real Marina, bien la Sociedad Patriótica, o cualquiera otra corporación se dignara proporcionar a la teoría del magnetismo terrestre tan poderosos apoyos! Mas si no se pueden adquirir por ahora todos los instrumentos indicados, trabaje usted, amigo mío, por tener siquiera desde luego el aparato de las variaciones horarias.

”Soy de usted,

”A.H.”

EXTRACTO DEL PRÓLOGO DEL SEÑOR HUMBOLDT
QUE PRECEDE A LA MEMORIA DE DOVE

“Los fenómenos del magnetismo terrestre considerados bajo tres puntos de vista, a saber: bajo la relación recíproca de su inclinación, declinación e intensidad, la de su alteración, o lento desarrollo en el mismo lugar durante un período, y finalmente la de su simultaneidad en parajes muy distantes, han sido de muchos años acá el objeto de mis constantes observaciones. A mi regreso de México y del Perú, como me hallaba en las costas del Pacífico, traté de determinar la variación horaria del imán por medio de una brújula de 12 pulgadas de largo, colgada de un hilo de seda y provista con sus competentes anteojos; y habiendo llegado a Berlín, como desease continuar en semejantes investigaciones, dispuse con el mayor esmero un aparato para el mismo propósito, en el que observé en consorcio del señor profesor Oltmanns en los años de 1806 y 1807. Al intento nos valimos del antejo magnético de Prony que da con seguridad ángulos de 7 a 8 segundos: observando principalmente en los solsticios y equinoccios, de día y de noche sin interrupción, lo más de media en media hora, durante cuatro a cinco días consecutivos, obtuvimos 1 500 resultados sobre alteraciones de la variación horaria término medio de unas 6 000 observaciones, en las cuales eran harto visibles los vestigios de un período nocturno, el influjo de la aurora boreal en la varia-

ción e intensidad magnética y notables perturbaciones (tempestad magnética) cuando el sol estaba bajo el horizonte, sin poder ya contrarrestar la tensión electromagnética de la superficie de la tierra. Desde esa época había yo manifestado el más vivo deseo de ver establecidos aparatos semejantes al E. y E. de Berlín, a fin de poder distinguir los grandes fenómenos terrestres de las perturbaciones producidas en lo interior del globo, desigualmente calentado en la atmósfera productora de nubes; pero mi viaje a París y los trastornos políticos de la Europa Occidental no me permitieron realizar por entonces este propósito.

”Después de una larga interrupción se continuó en Francia el trabajo principiado por Cassini con un aparato mucho más completo (el de Gambay), bajo un plan enteramente nuevo, muy más comprensivo, y con una exactitud que no se había logrado hasta allí. Con Arago principió una época brillante para la investigación del magnetismo terrestre. Las observaciones hechas regularmente en el Observatorio de París, a horas señaladas acerca de las variaciones diarias de la declinación, abrazan un período de años mucho mayor que el que jamás se ha consagrado a este ramo de Física dinámica. La luz que inesperadamente esparcieron los descubrimientos de Cersted, Arago, Ampere y Seebeck sobre el íntimo enlace de la electricidad y el magnetismo, despertó, después de un largo sueño, un interés universal por el cambio periódico producido por la carga y descarga electromagnética de la tierra. Arago demostró que las auroras boreales interrumpían el curso ordinario de la aguja, aun en puntos donde no eran visibles. Observaciones simultáneas entabladas sin conocimiento de los observadores en París y Kasán, enseñaron hasta donde alcanzaba la acción de estas perturbaciones, haciendo presumir más que todo cuánto se ganaría con establecer observaciones correspondientes.

”Al regresar de Francia a Berlín, después de una ausencia de 18 años, me ocupé desde luego no tan solamente en continuar el trabajo principiado en 1806, sino también en aprovechar las relaciones que me brindaba mi posición, para establecer dentro y fuera de Europa un curso reglado de observaciones correspondientes sobre el magnetismo terrestre. Uniformidad así en los aparatos como en los métodos, discreta elección de los lugares de observación, constante trato y comunicación entre los observadores ejercitados y seguridad en cuanto a la parte que en los trabajos tomarían las corporaciones sabias, eran otros tantos requisitos indispensables para la permanencia del Instituto fundado por mí y mis amigos colaboradores. Casi podemos ya decir que nuestra línea de estaciones magnéticas se extiende desde la América meridional, cruzando transversalmente por Europa, hasta la capital de la China. A instancia mía observaba Boussingault con un instrumento de Gambay en la región tropical de

Colombia, donde la declinación es oriental. El otoño de 1828 hice construir una casa magnética en Berlin, en el jardín del regidor Mendelsonh-Bartholdy, sin emplear el hierro absolutamente para las clavazones y cerraduras, que todas se hicieron de latón. En Freiberg, en las minas de Sajonia, se observa en la llamada de Matusalem, a la profundidad de 35 toesas. El viaje al Asia septentrional que emprendí el año pasado de 1829 por orden del Emperador de Rusia, me proporcionó mil oportunidades de dar mayor ensanche al proyecto. A propuesta mía, mandó la Academia Imperial de Ciencias, de San Peterburgo, levantar una casa magnética para uso del distinguido profesor Kupffer. Asimismo se han plantificado semejantes establecimientos en Kasan y en Nicolajew; y por lo que respecta a Moscou, Irbutzk y Stika, posesiones rusas en las costas noroccidentales de América, donde observa el Barón Wrangel, ya están encargados los instrumentos. El astrónomo Fuss el Menor, que acompaña la misión de monjes griegos a Pekín, se halla surtido de una excelente aguja de declinación de Gambay. “Nuestra línea de estaciones”, según acaba de escribirme el citado profesor Kupffer (a cuya incansable actividad quizás deberemos muy presto el conocimiento de la configuración y progresión de la línea sin variación), “se extiende ya hasta Arcángel, donde, por orden del Ministro de Marina, deben determinarse, en la demarcación del Mar Blanco, la variación absoluta y la horaria, así como la intensidad de la fuerza magnética por un observador muy instruido”. Pero aún no paran aquí los esfuerzos que se han hecho por parte de los cuerpos científicos en obsequio de las observaciones correspondientes. La Academia de Ciencias, de París, en sesión de 28 de junio de 1830, con motivo de mi Memoria sobre las determinaciones de inclinación en las montañas del Ural, Altai y el Mar Caspio, se sirvió nombrar una comisión compuesta de los señores Gay Lussac, Arago y Dulong para discurrir medios de dar más desarrollo a mi empresa.

”En los Estados Unidos de América, donde el gobierno aprovecha la extraordinaria extensión de territorio, por un plan tan bien entendido, para la averiguación de los fenómenos meteorológicos; en el hemisferio meridional, en la Nueva Holanda, en el Cabo de Buena Esperanza, en Chile y en las encumbradas cordilleras de los Andes, en Quito, Potosí, y México, serían muy de desear estaciones permanentes. Con los progresos que se han hecho en la cultura de las ciencias y la activa comunicación y tráfico de las naciones entre sí, se facilita mucho (cuando se quiere trabajar de veras) la formación de semejantes establecimientos; sobre todo si nos convencemos más y más que los grandes fenómenos terrestres no pueden ser notados sino muy parcialmente por los viajeros; quedando reservado tan sólo a los observadores físicos permanentes el escudriñarlos completamente por medio de observaciones consecutivas.

”Al terminar esta introducción histórica, debo también advertir que el digno editor de los *Anales de Física y Química*, el profesor Pogendorff, se ha encargado de hacer imprimir cuantas observaciones correspondientes se dirijan a Berlín, donde se ha situado el establecimiento central. Las épocas del año hasta ahora convenidas son:

20	y	21	de marzo	}	Desde las cuatro de la mañana del primer día hasta la medianoche del segundo.
4	y	5	de mayo		
21	y	22	de junio		
6	y	7	de agosto		
23	y	24	de septiembre		
5	y	6	de noviembre		
21	y	22	de diciembre	}	

”Por lo menos de hora en hora, noche y día. Si el número de épocas que se encarga observar pareciese excesivo, se ruega a los observadores se limiten a los equinoccios y solsticios.

Berlín, septiembre 26 de 1830”.

Sólo resta ahora advertir al público que en la primera oportunidad se encargará al mismo señor Humboldt, por hallarse todavía en París, los instrumentos más necesarios, fabricados, como él exige, por míster Gambay; entre tanto que el excelentísimo señor Jefe del Apostadero se ocupa en designar el lugar en que se ha de levantar el sencillo observatorio magnético, y en disponer desde luego su construcción. Así ofrecemos a la ciencia nuestro contingente; quedan cumplidos los votos del ilustre viajero, y más estrechas nuestras relaciones con el mundo científico europeo.

V

**POLÉMICA CON DON PEDRO ALEJANDRO AUBER
SOBRE UN PROBLEMA DE MATEMÁTICAS**

ARTÍCULO 1

POR *EL MODORRO*

(*Noticioso y Lucero*,
noviembre 8 de 1832.)

Señores editores del *Noticioso y Lucero* de la Habana.

Muy señores míos: Habiendo pasado el término fatal de un año y un día desde que tuvieron ustedes la bondad de insertar en el apreciable periódico que algunos de ustedes redactaban en aquella época bajo el título de *Lucero*, un artículo en que proponían dos cuestiones matemáticas para ejercicio de los curiosos aplicados a esta hermosa ciencia, y como desde entonces acá nadie que yo sepa ha publicado su resolución, negligencia que no he dejado de extrañar, he creído que ya era tiempo de efectuarlo, como lo hago en los términos siguientes:

Cuestión 1^a ¿En qué caso y con qué instrumento podrá un observador aficionado a la astronomía determinar su distancia polar y la del Sol, con menos de 20 segundos de error, careciendo de tablas declinatorias?

Resolución: Hallándose el observador en una de las zonas glaciales, tendrá el Sol sobre el horizonte por espacio de varios días. Tómense en el día del solsticio o, para evitar toda duda, en el que le precede o sigue inmediatamente, las alturas del Sol al pasar este astro por el meridiano superior y por el inferior, con un buen sector de reflexión de los que miden los arcos de 10 en 10 segundos; corríjanse estas alturas de los defectos ordinarios, y hállese sus complementos, cuya semisuma será la distancia del Sol al polo elevado, la cual sumada con la altura de paso inferior, dará la latitud del lugar.

Si el observador se halla fuera de las zonas glaciales, podrá también resolver el problema dentro de los límites indicados, por medio de alturas meridianas tomadas en las inmediaciones de ambos solsticios, cuya resolución omito por ser generalmente conocida.

Demostración: La variación de la declinación del Sol, casi nula el día de solsticio, no pasa de 14 segundos en 12 horas en el que le precede o en el que le sigue; y como un buen observador provisto del instrumento que me ha dicho, puede estimar en él un arco de 5 segundos, resulta que el mayor error que puede cometerse en la determinación de la latitud y declinación, es de 19 segundos.

Cuestión 2ª Dos navíos A y B se hallan en un mismo meridiano: el primero en latitud N. $4^{\circ} 30'$; y el segundo en latitud N. 3° . Ambos navegan en el tercer cuadrante hasta encontrarse en el ecuador, y comparando sus diarios encuentran que A ha navegado 50 millas más que B; pídense el rumbo y distancia de cada uno de ellos.

Resolución y demostración: Llamando a la latitud del navío A— 270 millas, b la del navío B— 180 millas, d la diferencia entre las distancias navegadas por ambos buques = 50 millas, y s la suma de la misma distancia, tendremos por un teorema muy conocido de geometría elemental... $d s = (a + b) (a - b)$, o, lo que es lo mismo, $50 s = 450 - 90$, de donde, $s = 810$ millas.

Conociendo s y d tendremos sin ninguna dificultad, que el navío A navegó 400 millas; y B, 380 millas.

El cálculo trigonométrico nos da el rumbo del primer navío S. $51^{\circ} 6' 0''$ y el del segundo S. $61^{\circ} 23' 0''$, y que ambos contrajeron un apartamiento de meridiano = 334, 6 millas, con lo cual, si no me engaño, queda resuelta y demostrada la cuestión.

Ahora, constante en el designio que manifesté en mi último artículo del año anterior, propongo el siguiente

Problema

Dada la relación entre la superficie de un sector de círculo y la del segmento correspondiente, hallar el arco subtendido por la cuerda del segmento.

Queda de ustedes, señores editores, su más atento
S. S. Q. S. M. B.,

El Modorro

Regla, 5 de noviembre de 1832.

ARTÍCULO 2

POR PEDRO ALEJANDRO AUBER(Noticioso y Lucero,
noviembre 19 de 1832.)Señores editores del *Noticioso* y *Lucero*.

Muy señores míos: Tan pronto como llegó a mí noticia que en su apreciable periódico de 8 de este mes había un problema de geometría propuesto por el que se firma *Modorro*, me apresuré a comprar el primero para ver si podía resolver el segundo. Ustedes conocerán por lo que sigue, si he acertado o no. El problema dice así:

“Dada la relación entre la superficie de un sector de círculo y la del segmento correspondiente, hallar el arco subtendido por la cuerda del segmento”.

Resolución: Sea x el arco y r el radio del círculo a que pertenece: la superficie del sector será $= r x/2$ y la del segmento $= r x/2 - r^2 \cos. x/2 \text{ sen. } x/2$.

Si llamamos a la relación entre 1° y 2° , tendremos la ecuación

$$\text{sen.} = \frac{x(a-1)}{ar}$$

de la que es menester sacar el arco x .

Si por $\text{sen. } x$ ponemos la serie

$$x - \frac{x^3}{123} + \frac{x^5}{12345} - \&c;$$

después de las reducciones resultará:

$$\frac{ar - a + 1}{ar} = \frac{x^2}{1.2.3} - \frac{x^4}{1.2.3.4.5} + \&c.$$

Hagamos:

$$\frac{ar - a + 1}{ar} = m,$$

para simplificar los cálculos; y $x^2 = b m + c m^2 + d m^3 + \&c.$ después de determinar los coeficientes indeterminados, substituir y extraer la raíz cuadrada, resultará finalmente

$$x = \sqrt{\frac{6(ar - a + 1)}{ar} + \frac{9}{5} \frac{(ar - a + 1)^2}{ar} + \frac{144}{175} \frac{(ar - a + 1)^3}{ar}}$$

serie bastante convergente, que podrá servir para calcular el arco x por medio de a y r .

Me parece que también a mí se me debe permitir el proponer un problema, sea al señor Modorro, sea al que guste resolverlo; y es el siguiente:

Problema

Se ha trazado un círculo sobre el eje mayor de una elipse, cuyos semiejes son a y b . Dada la razón entre el arco de círculo y el de elipse correspondiente a la misma abscisa, hallar el arco de elipse.

Se da quince días de término para la resolución de este problema, en la inteligencia que su autor tampoco pide más tiempo para la resolución de cuantos se le propusieron.

Soy de ustedes afectísimo S.S.Q.S.M.B.,

P.A. Auber

Colegio de Buena Vista, a 17 de noviembre de 1832

ARTÍCULO 3

POR PEDRO ALEJANDRO AUBER

*(Noticioso y Lucero,
diciembre 12 de 1832.)*

Señores editores del *Noticioso y Lucero*.

Muy señores míos: No habiendo publicado nadie la resolución del problema que propuse y tuvieron ustedes la bondad de insertar en su apreciable periódico del 19 del mes pasado, a pesar de haber transcurrido más de los quince días de término que señalé, debo suponer que excedió la fuerza de los matemáticos de esta ciudad y sus inmediateces, o que es tanta su modestia, que prefieren mi gloria a la suya propia.

No me corresponde decidir a cuál de estos dos motivos debe atribuirse su silencio; pero para que el público no crea que amontoné dificultades

insuperables con sólo el objeto de darme un concepto que no merezco, tengan ustedes la bondad de insertar la siguiente resolución, que he procurado hacer tan corta como posible, sin faltar a la claridad.

El problema decía así:

“Conociendo la relación del arco de elipse, cuyos semiejes son a y b , al del círculo trazado sobre el eje mayor y correspondiente a la misma abscisa, hallar el de la elipse”.

Llamando k la relación dada, tendremos la ecuación integral

$$S\sqrt{dx^2 + dy^2} = kS\sqrt{dx^2 + du^2},$$

que diferenciada y cuadrada, da $dx^2 + dy^2 = k^2(dx^2 + du^2)$ Siéndolo $y^2 = 2ax - x^2$ la ecuación del círculo, y $a^2u^2 = b^2(2ax - x^2)$ la de la elipse, se saca $u = by$, $a^2du^2 = b^2dy^2$, y por la substitución, $a^2dx^2 + a^2dy^2 = k^2(a^2dx^2 + b^2dy^2)$. Integrando, sacando el valor de y^2 y substituyendo en la ecuación del círculo, resulta, después de las operaciones acostumbradas

$$x = \frac{2a(a^2 - k^2b^2)}{k^2(a^2 - b^2)}$$

Una vez hallada la abscisa común, no es más difícil hallar el arco de elipse, que es igual al del círculo partido por k : así todo se reduce a integrar la expresión:

$$\frac{1}{k} S\sqrt{dx^2 + dy^2}$$

Si substituímos en ella el valor de y^2 que da la ecuación del círculo, queda

$$\frac{1}{k} S \frac{adx}{\sqrt{2ax - x^2}}$$

cuya integral completa es:

$$\sqrt{\frac{2ax}{k}} \left(1 + \frac{1}{2} \cdot \frac{3(2a)}{x} + \frac{1}{2} \cdot \frac{3}{4} \cdot \frac{x^2}{5(2a)^2} + \frac{1}{2} \cdot \frac{3}{4} \cdot \frac{5}{6} \cdot \frac{x^3}{7(2a)^3} + \dots \right)$$

serie fácil de continuar, puesto que su ley es manifiesta, y en la que basta substituir por x el valor hallado antes, para tener el arco pedido.

Este problema no es de mera curiosidad; pues tiene relación con la determinación de la figura de la tierra, la atracción de los cuerpos celestes y otros puntos del sistema del mundo, que en el estado actual de la ciencia no se pueden resolver sino por aproximación.

Queda de ustedes este su atento y S. S. Q. S. M. B.,

Pedro Alejandro Auber

Colegio de Buena Vista a 8 de diciembre de 1832.

ARTÍCULO 4

POR EICOSÓFILO (DON JOSÉ DE LA LUZ)

*(Diario de la Habana,
diciembre 15 de 1832.)*

Señor don Pedro Alejandro Auber:

No soy matemático ni pretendo serlo; pero sí un patriota celoso de la reputación de mi país, y más que todo, un amante decidido de la justicia. Así pues, sin entrar absolutamente en la cuestión del problema que usted propuso dos semanas ha en el *Noticioso* y *Lucero*, tan sólo trato de vindicar a este pueblo del insulto que usted le hace gratuitamente en su comunicado de hoy. Pregunto, señor mío, ¿de que no se haya presentado nadie a resolver el problema de usted en los quince días prefijos, se infiere por ventura que no haya en toda una población de 120 000 habitantes, compuesta de personas de tan diferentes clases y naciones, ni *un* individuo capaz de resolverlo? ¿Conque usted se atreve a creer que es el *único en Jerusalén*? No es posible llevar a mayor grado el insulto y la presunción, y por consiguiente la inexactitud y la injusticia. Yo no haré más que copiar en prueba de ello las mismas palabras de usted, porque ellas arrojan de sí aún más de lo que se pudiera desear. Ellas le perjudican a usted eternamente a los ojos de los sensatos; y no tardará mucho en arrepentirse allá en su conciencia de haberlas estampado; pero ya no hay remedio: *littera scripta manet* (sic). Helas aquí:

...“a pesar de haber transcurrido más de los quince días de término que señalé, debo suponer que excedió las fuerzas (el problema) de los matemáticos de esta ciudad y sus inmediateces, etcétera”.

No era más natural suponer que los matemáticos de la Habana o no habían querido, o no habían tenido lugar, o se les había olvidado hacerlo, y

hasta que algunos no habían leído siquiera el artículo? ¿De cuándo acá, señor Auber, se ha visto que tenga derecho nadie de quejarse del público o de agraviarle por no haber éste hecho caso de lo que se le propone? A nadie, que yo sepa, le había ocurrido hasta ahora exigir la responsabilidad a quien es imposible exigirla. El público por su naturaleza se halla en este caso; así es que no sin harta razón dicen los sesudos ingleses que “negocio de todos es negocio de nadie”. Si usted hubiera propuesto el problema en un certamen científico, v.g., a alguno o algunos, ciertos y determinados matemáticos de los que pasan por mejores en el país, y no lo hubieran resuelto, entonces ya habría usted tenido menos sinrazón en decidir *ex cathedra* que no había en esta tierra matemáticos para el caso de usted. Pero proponérselo al mundo entero, y porque nadie se volvió a acordar de él, enfadarse y llevarse de encuentro a toda la hueste matemática, y de camino nuestra poca o mucha reputación científica, es una temeridad imperdonable.

Yo bien sé que aquí no hay matemáticos insignes a docenas, yo bien sé que en Francia su país de usted, se halla, puede hallarse y debe hallarse más generalizada esta clase de conocimientos; yo bien sé que la isla de Cuba está todavía dando los primeros pasos en la carrera de las ciencias; pero a usted no se le oculta por otra parte que si nosotros somos todavía ignorantes, como yo lo confieso de plano (aunque ignorantes con ganas de saber), tenemos en nuestro seno un sinnúmero de europeos de todas naciones, y muchos de la de usted en particular, entre los cuales se encuentran varios que poseen, más o menos, la ciencia de la cantidad. Esto sea dicho en cuanto a los que el público no conoce; que de los que conoce sólo citaré al excelentísimo señor general don Francisco Lemaury, cuyos conocimientos han sido calificados largos años hace, no ya por nosotros, pobres principiantes, sino por los primeros sabios calculadores compatriotas de usted, que es lo mismo que decir por los jueces más competentes del orbe civilizado.

¿Cuál ha podido ser, pues, el objeto de semejante insulto?, se preguntará. Yo le diré sin rebozo, con la franqueza que me es característica: tratar de desacreditar con armas prohibidas a los profesores de otros establecimientos. Es tan conocida esta intención, cuanto que el señor Auber, no contento con decir que el problema era superior a las fuerzas de los matemáticos de la Habana, agrega, “y a los de sus inmediaciones”. ¿Puede estar más clara su intención, cuando extendió su red barredora hasta por las inmediaciones para pescar cuanto pudiera? Y para no dejar duda acerca de sus miras, al estampar la fecha puso: *Colegio de Buenavista*, en lugar de haber puesto Habana, lisa y llanamente, como de costumbre. Usted, pues, señor Auber, echó el cálculo siguiente: “Yo propongo un problema, digo que ningún matemático de las *inmediacio-*

nes es capaz de resolverlo, lo resuelvo yo poniendo al cabo mi nombre y apellido; pero como eso no basta para el fin que me propongo, doy las señas donde me puedan encontrar, conviene a saber, en el *Colegio de Buenavista*. Es decir, “padres de familia, sólo en Buenavista hay quien resuelva problemas de esta clase; luego si queréis formar buenos matemáticos, enviad aquí todos vuestros hijos”. El público hará en eso lo que mejor le parezca. Mi ánimo no ha sido defraudar a usted en lo más leve de la reputación matemática de que tan justamente disfruta. No hay que confundir las cuestiones. Le aprecio a usted mucho, muchísimo como calculador, y aún como individuo particular; y por lo mismo he sentido

-
1. Sin embargo ese concepto será para mí que no lo entiendo; pues un amigo matemático a quien leí el artículo de usted, después de escrito el mío, hubo de salir al encuentro diciéndome que mientras no diese usted más muestra de su saber en la ciencia de los Laplace que la que acaba de ofrecer, quedaría en el aire su reputación. Vaya la prueba. “Usted determina el valor de la abscisa x correspondiente a la relación k de los arcos circular y elíptico para la ecuación siguiente:

$$x = \frac{2a(a^2 - b^2k^2)}{(a^2 - b^2)k^2}$$

Mas de ello se infiere también

$$k^2 = \frac{2a^2}{(a^2 - b^2)x + 2ab^2}$$

es decir, que determinada una abscisa x lo estará k , o la relación entre el arco circular y el elíptico. Hágase ahora $x = a$, o bien igual al semieje de la elipse, radio del círculo, y resultará

$$k^2 = \frac{2a^2}{a^2 + b^2}$$

cantidad que será por consiguiente la relación entre los cuadrantes elípticos y circular. Si pues en este estado se supone más y más pequeño el semieje menor b de la elipse, hasta reducirlo a cero, quedará confundida dicha curva con su eje mayor; de suerte que cada uno de sus cuadrantes será igual a, y

$$k^2 = \frac{2a^2}{xa^2} = 2,$$

y de aquí el cuadrante circular igual al producto del elíptico por k será $= a\sqrt{2}$. Esta expresión sin embargo es la de la recta que une los extremos del cuadrante circular, y no el mismo cuadrante: mas siendo tan erróneo este resultado deducido rigurosamente de la ecuación

$$x = \frac{2a(a^2b^2k^2)}{(a^2b^2)k^2}$$

al señor Auber toca aclarar esta inconsecuencia a que nos conduce la solución con que nos regala». Hasta aquí mi amigo matemático.

Y yo, pobre lego, me apresuro a dar punto, aguardando tranquilo la respuesta de usted para llevársela a quien compete, como que la fiesta no es conmigo.

sobremanera que un exceso de amor propio y una rivalidad mal entendida le hayan precipitado en estos términos.

A los agraviados matemáticos toca ahora ajustar cuentas con su compañero: yo sólo me propuse alzar la voz en obsequio de la justicia, pues mientras tenga un aliento de vida no consentiré que se oscurezca, aunque incurra en el desagrado de algunos.

Eicosófilo

Habana y diciembre 12 de 1832.

ARTÍCULO 5

POR UN HABANERO (PEDRO A. AUBER)

(*Diario de la Habana*,
diciembre 24 de 1832.)

Señor Redactor del *Diario de la Habana*.

Muy señor mío: No contesté antes al comunicado inserto en su apreciable periódico de 15 de este mes, porque quise dejar al público el tiempo suficiente para calmar la indignación que no pudo menos de causarle su lectura, al ver que su autor falta tanto a la buena fe como a la justicia y hasta a la sana crítica. ¿Quién no se indignará, por ejemplo, al ver que su pluma me prodiga las mayores muestras de aprecio y estimación, al paso que troncha mis frases y destila hiel y ponzoña a un tiempo en las que conserva, para suscitarme enemigos de todas clases y naciones, y atraerme el odio de las personas sensatas, en cuyo número parece que no se cuenta? Si me aprecia en poco o mucho, no sé de dónde puede dimanar, a no ser que sea de trato personal o de informes adquiridos de personas que merecen su confianza. Como quiera que sea, si se ha convencido por sí o por otros de que soy digno de aprecio, ¿cómo puede suponerme sentimientos tan indecorosos e insensatos como los que estampó en su papel? Y si conoce ahora que se engañó o le engañaron en el concepto que le merecí, ¿cómo puede seguir aún en su *muchísimo* aprecio y tener el descaro de confesarlo, pues que nadie aprecia sino a su semejante?

No sólo dije en mi remitido al *Noticioso* y *Lucero* que «debía suponer que (mi problema) excedió las fuerzas de los matemáticos de esta ciudad y sus inmediaciones», sino que agregué..., «o que sea tanta su modestia, que prefieren mi gloria a la suya propia», dejando al público el cuidado de decidir a cuál de estas dos causas debía atribuir su silencio. *Eicosófilo* se considera al parecer con datos suficientes para decidir la cuestión, y por lo mismo él es quien insulta a la hueste matemática, que supone agraviada

por mí, ya que a mí me quedaba la duda de si era por modestia que no habría querido salir a la palestra y medir sus fuerzas conmigo, y que en ninguna parte se considera como ofensa el llamarle a uno modesto. Muy agradecidos le deben estar dichos señores, y por lo mismo no sería extraño se lo demostrasen como corresponde. A esto se expone el que, como *Eicosófilo*, troncha frases y suprime otras, con el objeto de dar libre curso a su mordacidad y desplegar su talento prosaico.

Siento encontrarme en el caso de hablar de mí a los que no me conocen, pues entre los que lean esta respuesta no faltará tal vez otro mal intencionado que, como el autor del remitido, califique también de presunción lo que digo en mi abono: hay cabezas tan mal organizadas que son capaces de hallar herejías hasta en los libros más sagrados. ¡Cómo ha de ser! Es menester hacerlo y exponerse a los tiros de la malevolencia.

Dígame usted, señor *Eicosófilo*, si fuera tal la presunción y rivalidad de que me acusa, ¿habría dejado escapar la ocasión de lucir mi ingenio y conocimientos matemáticos en los muchos exámenes públicos que hubo desde que estoy aquí, y de tratar de rebajar la reputación de los profesores de los demás establecimientos de educación, para entronizar la mía, y hacer que prevaleciese la fama del colegio de Buenavista? No podía ser mejor la proporción; y sin embargo ni usted ni nadie puede decir que me haya visto en uno siquiera de ellos, delicadeza de que tal vez no pueden alabarse todos los demás profesores de esta ciudad y sus inmediaciones. Si esto no basta para demostrar la falsedad de su acusación; si algún recelo le queda aún de que no lo hice por encubrir mis sentimientos o por indiferencias por el bien público, aquí está el señor de *Saco*, bien conocido por sus virtudes patrióticas. Fue mi jefe por algún tiempo y me honra con el tributo de amigo; a él puede dirigirse para mayores informaciones acerca de mi carácter, y le dirá francamente si merezco o no las acriminaciones que usted me prodiga en su artículo.

A usted también se le podría preguntar si no hay un si no es de rivalidad en su escrito, y si no fueron las medidas que se iban tomando para elevar el colegio de Buenavista a la altura que debe alcanzar las que le excitaron la bilis y le pusieron la pluma en la mano. Eso de... «a los agraviados matemáticos toca ahora ajustar cuentas con su compañero, yo sólo me propuse alzar la voz en obsequio de la justicia...» (que para con algunos podrá merecerle el nombre de...) no parece que indican otra cosa, sobre todo después de las exclamaciones del párrafo anterior; y a fe que bien poco favor hace usted a los directores de otros establecimientos, dando a entender que no podrán evitar la desertión de sus alumnos y la ruina de sus colegios, si sus profesores no se ligan contra mí y no acaban conmigo. Y ¿qué diremos de la rabieta que le da al verme firmar con mi nombre y apellido y dar hasta las señas de mi habitación!...

Mas no quiero meterme a escudriñador de conciencias, como usted, ni en averiguar las razones que le hicieron salir de sus casillas. Basta que usted me aprecie mucho, muchísimo, para que borre de mi memoria los agravios que usted me hace y no trate de suscitarle enemigos entre los mismos que usted llama en su auxilio. Ni aun preguntaré quién es usted, ni tacharé de... el encapillarse un nombre griego, para dar a entender que usted entiende la lengua de Homero. Quede esto para quien tenga gusto en averiguar vidas ajenas y se goce en hacer daño.

Por tanto, terminaré diciendo: que jamás fue mi intención el insultar a nadie, ni menos a un público respetable que me dio tan generosa acogida, y que protesto de cualquiera interpretación en contrario; que por lo mismo no contestaré a la réplica de usted, sea cual fuere, ni a artículo alguno que trate de la materia; y que me abstendré en adelante de tener parte en esos juegos científicos que avivan la imaginación y hacen progresar la ciencia de la cantidad más que los mismos libros que tratan de ella, puesto que obligan a combinar principios, a buscar nuevos caminos y a vencer obstáculos imprevistos, con solos los recursos de la memoria y del ingenio. Los problemas de hallar el volumen de un tornillo por medio de las dimensiones de sus roscas y del cilindro que cubren; el de determinar la distancia del foco de un terremoto a la superficie de la tierra, conociendo la hora en que se sintió y la latitud y longitud de los lugares de observación, y otros problemas semejantes de matemáticas puras y mixtas, ciencias naturales, etcétera, que se me ocurrieron y me fueron ocurriendo en adelante, y pensaba proponer; se quedarán en la cartera, aunque sea en detrimento de las ciencias que sirven de base a todas las demás, ya que esto puede ofender a los que las cultivan como yo y a quien no las ha saludado siquiera.

Pero se me olvidaba que su amigo el *matemático* espera de mí la solución de sus dudas acerca de la exactitud de las fórmulas *con que le regalé*. Dice que el valor de la abscisa, conduce a $k^2 = 2$, cuando $b = 0$; y en esto vamos acordes; pero el suponer que puede disminuir b hasta cero y convertirse la elipse en línea recta de una longitud determinada, prueba que ha meditado poco la naturaleza de esta curva y que se olvida de su origen. Para que la sección cónica degenera en recta, es menester que el plano secante pase por el vértice del cono, y entonces resultan una o dos líneas rectas indefinidas, y no de un tamaño dado como supone. Luego ¿dónde está la inexactitud que halló en las fórmulas *regaladas*? Si dejamos el cono y nos ceñimos puramente a lo analítico, encontraremos aún más motivos de extrañar que a un matemático se le haya ocurrido semejante reparo. La ecuación $a^2 u^2 = b^2 (2ax - x^2)$, cuando $b = 0$ da $2ax - x^2 = 0$, $0 = m^2$, $0 = z^2$; la primera de estas ecuaciones es la de dos rectas perpendiculares al eje de las abscisas, pasando la una por el origen de las coordenadas, y la otra a la distancia $2a$ de dicho origen; la segunda ecuación, también es la de dos

rectas perpendiculares a las abscisas, y desigualmente apartadas del origen; y la tercera la de un círculo, cuyo centro está a la distancia a del mismo origen. Nada aquí hay, como se ve, que huelva a recta de una longitud determinada, y que pueda alterar los resultados que apunté. Pero hay un modo mucho más sencillo de averiguar, aun sin tanto aparato científico, si la fórmula *con que le regalé* está errada o no. Redúzcanse las constantes a números; supóngase v.g. $a = 100$ y $b = 1$, y atendiendo a lo que se debe atender, verá su amigo el matemático que ni en lo más mínimo discrepa el resultado de la verdad. Luego, ¿dónde está la equivocación?, y ¿a qué consecuencia conducen sus reparos, sino a que no meditó bien la materia y faltó esencialmente a la ciencia que profesa y enseña tal vez?

Pedro Alejandro Auber

Habana, 24 de diciembre de 1832.

ARTÍCULO 6

POR *EL AMIGO DE EICOSÓFILO* (JOSÉ DE LA LUZ)

(*Diario de la Habana,*
diciembre 27 de 1832.)

“Quoique vous ecriviez, evitez
la bassesse: le style le moins noble
a pourtant se noblesse”.

BOILEAU

Señor don Pedro Alejandro Auber:

Muy señor mío: Un abismo llama otro abismo, o mejor dicho en el caso presente, un abismo le ha ido precipitando a usted en una serie de ellos. Vamos a verlo de un modo tan claro y distinto, que a ninguno de los lectores quede la menor duda en el particular.

El señor Auber insultó al público habanero en su papel del 12 del corriente, y *Eicosófilo* tuvo valor para decírselo y probárselo en igual fecha, sin denostar al señor matemático ni salirse de la cuestión. Y después, por vía de aditamento, se trató de tantear las fuerzas calculadoras de quien desde 17 de noviembre se atrevió a publicar que no pedía más de 15 días para resolver cuantos problemas se le propusiesen. Es decir que el señor Auber debía contar en sí mismo aun con más recursos de los que

posee actualmente la ciencia, supuesto que hay infinitos problemas que hasta ahora nadie ha alcanzado a resolver. Sin embargo, yo creo piadosamente que usted no ha querido ir tan lejos; pero la consecuencia es la más legítima del mundo. A estos trances se expone el que como usted se explica con una generalidad tan absoluta, y ante la cual huye Minerva sonrojada.

De intento quiero abstenerme de hacer las innumerables reflexiones de todas clases que se desprenden de esas palabras, que sin duda no han sido dictadas por un espíritu de modestia, que más bien se siente en el pecho que se expresa con los labios. Sería nunca acabar si tratáramos de seguir paso a paso todas las tortuosidades en que se extravía nuestro matemático. Harto habrá que molestar al público, aun sin decirle más que lo indispensable en la cuestión. Por lo cual me apresuraré a contestar brevemente los infundados cargos que me hace. Yo, empero, no vomitaré injurias en lugar de exponer razones; yo no destilaré *hiel y ponzoña* a imitación de usted, agregando la calumnia de decir que es su adversario quien vierte el veneno. El público decidirá de parte de quién está la razón, así en lo principal del asunto como en la circunstancia de haber o no traspasado los límites de la moderación. No se gozará usted, señor Auber; en que yo le pague en la misma moneda. Una cosa sí le advertiré, y es que si antes le dije que se arrepentiría infinito de haber estampado aquellas funestas palabras, ahora le agrego que su papel de hoy en cuerpo y alma le ha manchado a usted en términos que no hay aguas ni reactivos bastante eficaces para purificarle a los ojos del público habanero.

Pero contraigámonos a pormenores.

1. Dije que le apreciaba a usted mucho, muchísimo como calculador y como individuo particular, y que no había que confundir las cuestiones, porque puede un hombre ser insigne matemático, tierno padre, marido afectuoso, fiel amigo, patriota decidido y, sin embargo, tener la debilidad de *presumir de algo*, y la desgracia que le ofusque su presunción y le precipite a malos pasos. Y he ahí el carácter de la verdadera imparcialidad y tolerancia: apreciar a nuestros semejantes por sus buenas prendas, aunque les descubramos alguna falta.

2. No soy *truncador* ni *suprimidor* de frases ajenas para sacar de ellas lo que haga a mi propósito, como usted supone gratuitamente. Por el contrario, siempre desprecié semejante táctica como indigna de quien toma sobre sí el sagrado encargo de hablar al público. Jamás he aspirado en lo que escribo a otras dotes que a una lógica severa y a cuanta claridad me es posible dar al asunto. Por eso y porque no es justo que se me crea sobre mi palabra, transcribí las de usted en apoyo de mi aserto, y como aun sin la alternativa que usted ponía, arrojaban de sí abundante materia, no hice más que copiar las primeras, agregando una etcétera que incluía todo lo

demás. Usted ahora ha puesto la cosa de peor condición, acusándome de truncador; pues copiando toda la frase, como usted lo ha hecho, verá el público que usted añade al insulto el sarcasmo. ¿Qué otra cosa significa el que *sea tanta su modestia* (habla usted de los matemáticos) *que prefieren mi gloria a la suya propia*? Pero ¿qué mayor prueba de que usted ha tratado de insultar al público, llevándose de encuentro a toda la hueste matemática, que las mismas expresiones con que continúa usted el período? (y ahora no me tachará usted de *mutilador*: “pero para que el público no crea”, son sus palabras, “que amontoné dificultades insuperables con sólo el objeto de darme un concepto que no merezco, tengan ustedes la bondad de insertar la siguiente resolución, &”. Tenemos pues que, en concepto de usted, el problema no era muy difícil; luego tanto más ignorantes resultan los matemáticos de aquí en no ser capaces de resolver hasta lo fácil; luego si esto no se llama presunción, ignoro yo qué nombre darle; luego si esto no es insultar y haber tenido el ánimo de echar bravatas y llamar la atención sobre sí, yo no sé ni dónde estoy, y hasta dudo de mi propia existencia. Pero ¡qué digo! ¿Qué caso ha hecho usted del público en su contestación? Cuando todos esperábamos un papel moderado y lleno de disculpas, confesando su primera falta, sólo consagra usted a este propósito un par de líneas; y eso como de mala gana, en el penúltimo párrafo, dedicando sus dos columnas casi exclusivamente a lastimarme y a mancharse. ¡Ah, señor Auber! Lo que a usted le duele es que haya entre nosotros quien tome de su cuenta el ingrato encargo de *despejar ciertas incógnitas*.

3. ¿Cómo puede usted pretender ahora, después de los renuncios que le hemos cogido, hacer alarde de su modestia, y de que no ha movido su pluma *la presunción y la rivalidad*? Si usted por sus escritos da muestras de que no es modesto, ¿de qué le aprovechará alegar que jamás ha ido usted a preguntar a los exámenes de otros colegios para lucir su habilidad? Puede un individuo preguntar mucho, muchísimo, y sin embargo brillar en las preguntas su modestia; así como puede haber otro que nunca hable. Y el día que escriba (que es mucho peor) entregue la carta miserablemente. Ni crea usted que le sirve de nada para su propósito el respetable testimonio del señor de Saco. Este benemérito patriota muy bien podrá hacer los mayores encomios del carácter de usted, de su buen comportamiento, de su aptitud como profesor y de cuanto más se quiera suponer; pero siempre, siempre le llevará a usted muy a mal que se haya comprometido en los términos que lo ha hecho, mucho más siendo amigo de usted, como se supone. En todo caso, si a usted le parece, a él me refiero, y estoy seguro que su testimonio le saldrá a usted *contraproducente*. Toda la vida me ha gustado jugar limpio.

4. ¿Rivalidad lo que me hizo tomar la pluma? ¡*Rivalidad* contra los muertos! Sí, el Colegio de Buenavista había ya fenecido cuando tracé aquellos renglones. No es posible equivocarse mi intención, señor mío: ella no fue otra que descubrir la de usted, que trataba de contribuir con su pequeña cuota a la resurrección de un difunto. Crea usted lo que guste en el particular; pero tenga entendido que cuantos leyeron mi papel manifestaron que no era libre mi traducción; sino que logré desentrañar sin violencia alguna el sentido que envolvían las mal aconsejadas palabras de usted. Jamás, jamás podrá borrar usted de su memoria ni de la del público, las inmediaciones de la Habana y la fecha del Colegio de Buenavista. Y quédese esto aquí, y no permita el cielo que yo turbe las cenizas de los finados!...

5. *Tratábase de volar*, como dijo el cuervo a otro pajarraco, y no de decirme si soy negro y feo: tratábase no de averiguar mi nombre, sino el mérito de mis razones. ¿Acaso es algún pecado llamarse de esta o de la otra manera, como oportunamente se lo echó en rostro una jovencita recatada a un mal curioso confesor? Seguramente que el que quisiera pasar por helenista por haberse firmado *Eicosófilo*, merecería en penitencia ser condenado a no saborear en su vida las dulzuras de la divina lengua de Homero. Por lo demás, yo amo el anónimo con toda mi alma, porque haciendo desaparecer los nombres de la escena, tan sólo deja lugar a las cosas, para que sin prestigio alguno se abran ellas mismas camino en el ánimo de los oyentes.

6. Finalmente, hace usted muy mal en no contestar a mi réplica, cualquiera que sea; y hace usted mal por dos razones: primera, porque despreciar hasta ese punto al adversario es una nueva prueba de presunción (no hay remedio, todo es empezar) y segundo, porque con semejante conducta priva usted de sus luces a los dudadores como yo. En consecuencia tampoco hace usted bien en dejar guardados en su cartera estos importantísimos problemas con sus resoluciones; pues en ello se interesan los progresos de las ciencias. Sepa usted, amigo mío, que éstas exigen que nos purifiquemos en sus aras de las reliquias de ciertas pasiones, ofreciéndoles después mayores y más aceptables sacrificios. No es ésta la vez primera que se proponen cuestiones matemáticas en la capital de Cuba, pero así los que las han propuesto como los que las han resuelto se han portado con la atención, justicia y decoro que se merece el público. En suma, lo han sabido hacer bien en el fondo y en la forma: *est modus in rebus*.

Pero no quiero levantar la pluma sin llamar la atención a las palabras con que principié, esto es, que usted *se había precipitado en una serie de abismos*. Y ved aquí cómo las mismas palabras pueden servir de epígrafe a la cuestión matemática, a que dio margen la nota inserta a continuación de mi anterior papel, como se lo haré ver a usted dentro de poco.

Mas antes de dejar el campo a mi amigo, trato de hacerle a usted en su nombre (como que esto no es conmigo) una proposición del modo más solemne y obligatorio. Ya que usted está tan seguro del resultado de sus cálculos, y que trata nada menos que de aprendiz a mi matemático, a punto de *extrañar se le haya ocurrido semejante reparo*, vamos a depositar una suma cualquiera, la que usted guste, en arcas reales, o en la persona que convengamos, y acudir desde luego con todo lo que se haya publicado en la materia por una y otra parte, a dos o tres calculadores de los más esclarecidos de su propia nación de usted, como son los señores Cauchy, Poisson y Lacroix: que éstos decidan, fundados en los datos de la ciencia, de parte de quién está la razón. Entonces el ganancioso tan sólo obtendrá la mitad de la suma, aplicándose la otra mitad a beneficio de las escuelas gratuitas de esta ciudad, y sacándose de ahí así mismo los gastos que ocasionare el correo y el trabajo de los matemáticos jueces: y caso que usted no quiera admitir la apuesta, no creo se negara a que se consulte la cuestión a dichos sabios y a cuantos matemáticos acreditados hay en Europa.² Esto es si aún persiste usted en querer que le asista el derecho después de leído lo que sigue. A mí, señor mío, poco o nada se me alcanza en estas mismas materias, pero por lo que trasciendo con la sana razón, y por lo que dicen los peritos, si antes estaba en el aire su reputación científica, quedó ahora asegurada en tierra, es decir, sepultada para siempre. Se me figura que se ha metido usted en un laberinto, del cual no es muy fácil desenmarañarse. Si usted por ventura encontrase este nuevo hilo de Ariadna, habría usted ganado una corona más inmarcesible que la que ciñó las sienas de los Laplace, de los Lagrange y de los Fourrier. Como quiera que sea, usted provocó la lid. ¡Ea, pues, el guante está echado! A usted sólo toca levantarlo.

Eicosófilo

En la nota puesta a la contestación que en el *Diario* de 15 de este mes se dio al señor don Pedro Alejandro Auber, se le advirtió ligeramente uno de los absurdos que se seguirían de su fórmula, por la cual pretende que se determine la abscisa común a los arcos elípticos y circulares, una vez dado la razón de ellos, de donde, aunque no lo declara, se le demostró que se

2 A mayor abundamiento, apelamos también a Gauss, Mejer y Hirsch, en Alemania, y a Jvory Babbage y Brinkley, en la Gran Bretaña. Asimismo podremos arreglar entre nosotros y con personas de nuestra satisfacción todas las formalidades y trámites que haya que observar; así en la apuesta como en la consulta. No tiene usted más que manifestar su anuencia por el *Diario*, y al punto presentaré el plan para realizarlo, sometiéndolo a la discusión: todo, todo lo facilito; o bien, preséntelo usted mismo, si gusta, a la posible brevedad.

deducía la razón de los mismos arcos, si por la inversa fuese la abscisa conocida. Mas si por entonces no se extendió más la nota, fue sólo por creerse suficiente para llamarle su atención acerca del no pequeño error en que había incurrido en la supuesta solución de su problema, y para que el público ilustrado de esta ciudad se consolase del poco miramiento con que el mismo señor Auber había tratado a los matemáticos que en ellas y sus contornos habitan. Conviene sin embargo, para que a éstos se les haga el honor que les corresponde, manifestar que no se les ocultaron desde luego otros absurdos a que conduce la misma fórmula, y que hay también quien conozca los defectos de raciocinio del señor Auber en su imaginada resolución, de que tan pagado se nos muestra.

Para proceder con orden y evitar repeticiones, pondré numeradas las ecuaciones estampadas en el *Noticioso* del 12 de este mes, como también las que yo vaya deduciendo, y fuere necesario. En la *primera*

$$S\sqrt{dx^2 + dy^2} = kS\sqrt{dx^2 + du^2}$$

asienta la cuestión el señor Auber, y como llame x e y las coordenadas del círculo y x y u las de la elipse, expresa esta ecuación que la integral del elemento de la primera curva es proporcional a la de la segunda, siendo k la razón de ambas, entendiéndose sin embargo, que han de tomarse entre el origen de aquélla y una misma abscisa. Deduce la ecuación *segunda*

$$\sqrt{dx^2 + dy^2} = k\sqrt{dx^2 + du^2}$$

diferenciando la primera en la suposición de ser k una constante, y de aquí cuadrando y sustituyendo su valor por $du = b/a$ saca la *tercera*

$$a^2(dx^2 + dy^2) = k^2(a^2 dx^2 + b^2 dy^2).$$

Reuniendo ahora en un miembro de esta ecuación los términos multiplicado por dx^2 , y en el otro los multiplicados por dy^2 sacando la raíz cuadrada e integrando, y atendiendo a que no hay constante que agregar por ser $y = 0$, cuando $x = 0$, se sacarán cuadrando la ecuación 4^a: $a^2(k^2 - 1)x^2 = (a^2 - k^2 b^2)y^2$. Substituyendo en ella por y^2 su valor sacado de la ecuación del círculo $y^2 = 2ax - x^2$, se deducirá fácilmente dividiendo primero por x , con lo que se reduce la ecuación al primer grado respecto a esta cantidad *quinta*,

$$x = \frac{2a(a^2 - k^2 b^2)}{k^2(a^2 - b^2)}$$

de la cual se dedujo en el *Diario* citado la 6ª,

$$k^2 = \frac{2a^3}{(a^2 - b^2)x + 2ab^2}$$

Propiamente queda con esto concluido lo que sobre el problema en cuestión trae el señor Auber, pues la serie que agrega y da el valor del arco de círculo por la abscisa x , puede verse en cualquier tratadito de cálculo integral, y se reduce a expresar por aproximación el arco por el seno-verso; así como también hay otras que lo expresan por el seno o la tangente, etcétera. Sabido es que determinada la abscisa correspondiente a la razón k de los arcos elípticos y circular, es fácil por las tablas usuales calcular el último, que dividido por k daría el valor del primero, y así la rectificación de la elipse se reduciría a la del círculo, lo cual no han conseguido ni los Legendre, ni Lagrange ni Laplace, sin citar otros muchos célebres matemáticos que antes y después se han ocupado de la rectificación de la elipse. Todos han visto que de ningún modo podrá referirse a la del círculo, y sólo al señor Auber estaba reservado el creer, si es que conoce sus obras, que los había superado. Por desgracia suya se le hizo ver desde luego un absurdo, y ahora señalaremos otros que de su fórmula se seguirían.

2ª Hágase en ella $x = 2a$ y resultará $k^2 = 1$ o bien $k = 1$. Esto quiere decir que la periferia de la semielipse, cuyo eje mayor es diámetro del círculo, es igual a la semicircunferencia de éste, pues su razón es la de la igualdad.

3º Como en esta determinación de $k = 1$ nos entra el semieje menor b de la elipse, quiere decir, que todas en su periferia serían iguales entre sí, cualquiera que fuese dicho semieje, pues cada una lo es a la circunferencia cuyo radio es igual a . Sin embargo está demostrado que son todas menores que la circunferencia del círculo y tanto más, cada una, cuanto menor sea su semieje b .

4º En el *Diario* ya citado se hizo ver que de la fórmula que nos ocupa resulta la relación entre los cuadrantes elípticos y circular o bien

$$k = \sqrt{\frac{2a^2}{a^2 + b^2}}$$

y como la razón de cualesquiera dos cantidades sea la misma que la de su duplo, se infiere que la última escrita será también la relación de las semicircunferencias elíptica y circular, y no la unidad como aparece del absurdo segundo; de suerte que ni los mismos absurdos que brotan de la fórmula del señor Auber, guardan entre sí consecuencia, y propiamente

vienen siendo absurdo de absurdos. Pero vamos a otros.

5º Si se hace $x = 1/2 a$, la razón k será

$$\frac{2a}{\sqrt{a^2 + 3b^2}} = n;$$

y haciendo $x = 3/2 a$, será dicha razón

$$\frac{2a}{\sqrt{3a^2 + b^2}} = n^1;$$

y llamando e , e^1 los arcos elípticos correspondientes, y C la semicircunferencia cuyo radio igual a , resultarán estas dos ecuaciones:

$$ne = \frac{1}{3}C, \quad n^1e^1 = \frac{2}{3}C,$$

y de aquí

$$e^1 + e = C/3n + 2C/3n^1$$

Pero es fácil demostrar que $e + e^1$ es igual a la periferia de la semielipse y por consiguiente será su relación con la circular, o bien para este caso:

$$k = \frac{3nn^1}{2n + n^1},$$

en donde sustituidos por n , n^1 sus valores, se cambiará en esta:

$$\frac{6a}{\sqrt{a^2 + 3b^2} + 2\sqrt{3a^2 + b^2}}$$

la cual es diferente de las señaladas en los números 2º y 4º aunque las tres debieron ser iguales.

Incomprensible parece que de estas aplicaciones tan obvias y sencillas de la determinación del señor Auber, ninguna le ocurriese hacer para comprobarla, pues conociendo de este modo su error habría excusado su publicación y el rubor que debe causarle, sobre todo cuando tan pagado se nos muestra de sus conocimientos por los que menosprecia a cuantos matemáticos hay en la Habana. Por esto he creído oportuno poner varias aplicaciones para que se note que cuando no la una, la otra debió ofrecerse a la imaginación del autor, aunque su vigor distase mucho del necesario, para

esta clase de inventos, porque en cuanto a demostrar lo erróneo del suyo una sola; y la publicada en el *Diario* citado era suficiente.

Mas no me contentaré con esto; siendo fácil, podría decir al señor Auber, descubrir los errores de su cálculo en la aplicación de sus resultados y no en su origen, pues para lo último es forzoso *acompañarle por el camino intrincado y sublime* que de su amor propio es presumible se figure haber seguido.

Manos, pues, a la obra, señor Auber.

La ecuación 1^a de usted, no quiere decir más sino que el arco circular del primer miembro es igual al elíptico del segundo multiplicado por una cantidad k , suponiendo que ambos corresponden a una misma abscisa; condición que va in pectore porque dicha ecuación no la expresa. Hasta aquí nada hay que decir ni tachar, pues una cantidad, cualquiera que sea, puede suponerse el producto de otras dos si ya no fuese que a pesar del aparato de las diferenciales, radicales y signos de integración, todo, todo se reduce a lo dicho, o a una mera perogrullada. Pero el paso de la primera a la segunda ecuación, es más bien que paso, derrumbadero. Dice usted que se diferencia aquélla y saca ésta tratando como constante la cantidad k . Y ¿de dónde saca usted que sea esto permitido? Para ver lo contrario no es menester gran capacidad ni gran discurso. Sabido es que los arcos circular y elíptico son funciones implícitas de la abscisa x , y por consiguiente k , cociente de la división del primero por el segundo, será variable así como aquellos con la misma abscisa. Pues, en verdad, que si hace usted k variable no ha de sacar de la ecuación que resulta más luz para la solución de su problema, que de la cueva de San Patricio. Este crasísimo error de suponer k constante es el padre natural de casi todos los demás tejidos en el discurso de usted. Como quiera, es de admirar que por la ecuación quinta que deduce, si bien representa otra cosa distinta de la que imagina, según lo haré ver después, es de admirar, digo, cómo no vio que dicha ecuación está en contradicción manifiesta con lo supuesto, pues siendo allí k dependiente de x , variando esta última cantidad era forzoso que con ella variase la primera. Mas esto y otras cosas no menos claras se ocultaron a la vista de usted, que bien se echa de ver que no es muy perspicaz en las cantidades analíticas. Así es que supuesta la ecuación segunda de que tratamos, y sin pasar adelante, debió descubrir que su problema estaba ya resuelto. ¿Se admira usted, señor Auber? Pues véalo usted demostrado.

Dicha ecuación expresaría que los elementos de los arcos elípticos y circular comprendidos entre dos ordenadas infinitamente próximas eran proporcionales o tenían la razón constante k , y siendo esto así, fácil es ver que cualquier suma de unos y otros seguidos y comprendidos siempre entre dos ordenadas como los primeros, tendrían la misma razón; y por consiguiente que la tendrían también cualesquiera dos arcos de dichas

curvas finitos, igualmente comprendidos entre dos cualesquiera ordenadas. Seguiríase de aquí que contándolos desde su origen hasta cualquier abscisa, siendo también proporcionales, no habría ninguna de que fuese peculiar el valor de k , porque para todas sería el mismo; y que tan dependiente se hallaría la rectificación de la elipse de la del círculo, y por igual principio, como lo es la cuadratura de una curva de la de la otra. Bastaría sólo para una elipse dada, averiguar cuál era la razón entre uno de sus elementos y el correspondiente del círculo. Aquí, sin embargo, se presenta una y no pequeña dificultad, porque dicha razón, o k en el origen de las curvas es a/b , y cuando la ordenada es el semieje de la elipse, la misma razón es la unidad; de suerte que va disminuyendo desde el primer punto al segundo. Y ¿es posible, señor Auber, que de esto propio, que no debió ocultársele, no viese que no podía tener lugar su ecuación segunda? Pero vamos adelante.

Si de dicha ecuación se saca el valor de du y se le substituye el suyo por

$$dy = \frac{(a-x)dx}{\sqrt{2ax-x^2}}$$

sacado de la ecuación del cálculo, se tendrá 7ª,

$$du = \frac{dx\sqrt{a^2-k^2(2ax-x^2)}}{k\sqrt{2ax-x^2}}$$

el cual es muy diferente del elemento de la ordenada de la elipse

$$du = \frac{b(a-x)dx}{a\sqrt{2ax-x^2}}$$

Igualándolos, sin embargo, ya que en el concepto de usted el último du ha de ser el mismo que el de la ecuación 7ª, desaparecerá x la diferencial dx y saldrá

$$\frac{b^2}{a^2}(a-x)^2 = \frac{1}{k^2} \cdot (a^2-k^2)(2ax-x^2)$$

de donde fácilmente se deduce, octava:

$$x = a \pm \frac{a^2\sqrt{k^2-1}}{k\sqrt{a^2-b^2}}$$

o bien, novena:

$$k^2 = \frac{a^4}{a^4-(a^2-b^2)(a-x)^2}$$

valores muy diferentes de los que expresan las ecuaciones quinta y sexta, aunque debieran ser los mismos, pues se han deducido por un método no menos legítimo que aquellos de la ecuación segunda y de las del círculo y de la elipse. Y ¿qué dirá el señor Auber ahora, viendo un nuevo valor de la abscisa, a la que en su concepto corresponden los arcos elípticos y circular que tienen la relación expresada por k ?

Sepa, pues, que ni aquél ni éste señalan lo que se imagina sino cosas muy diferentes que explicaré luego, pero notaré antes que sus operaciones para la imaginada resolución de su problema se parecen a las de un piloto que, creyendo dirigir bien su derrotero desde Cádiz a Canaria, arribó sobre Plymouth, y hasta llegó a figurarse que la torre de Edystone era el pico de Teide, confundiendo en su viaje algunas marcaciones de las costas de España como si fuesen tierras de África. Será, pues, conveniente hacerle conocer que no es el África la que ha visto ni a ningunos africanos, aunque a la verdad no merecía esta lección por su arrogancia no escasa. Vamos, pues, al asunto.

1. Si se propusiesen determinar una curva tal que cortada como también un círculo por cualesquiera dos líneas paralelas a otra dada de posición, los arcos que interceptase de ésta y aquélla tuviesen siempre una razón constante y dada k , la ecuación segunda sería la que expresase esta condición, y llamando a el radio del círculo, tomando el extremo del diámetro perpendicular a dichas líneas por el origen de las coordenadas ortogonales x u, la ecuación diferencial de dicha curva sería la 7ª, la cual pasando el origen de las abscisas al centro del círculo, llamando z cualquiera de ellas, y haciendo para mayor sencillez

$$\frac{k^2 - 1}{k^2} a^2 = C^2,$$

se cambiará en la siguiente:

$$du = - dz \frac{\sqrt{z^2 - C^2}}{\sqrt{a^2 + z^2}}$$

Expresión que a lo menos por el método de las cuadraturas podrá integrarse y trazarse la curva, que como se ve no es geométrica, sino mecánica o trascendente, que ningún parentesco ni proximidad tiene con la elipse.

2. Si sobre el dicho diámetro del círculo como eje mayor se supone trazada una elipse de la que el menor fuese $2b$ y se propusiese hallar la abscisa en la cual los puntos correspondientes en dicha curva y la elipse tuviesen tangentes paralelas, quedaría determinada por la ecuación octava.

3. Suponiendo prolongada la ordenada que corresponde a la abscisa del número antecedente hasta cortar el círculo en dos puntos, y que paralelas a las tangentes al mismo círculo que pasan por ellos se tirasen dos rectas por el extremo del diámetro origen de las coordenadas, la ecuación del sistema de estas mismas rectas será la cuarta.

4. Si dichas rectas se suponen prolongadas hasta encontrar el círculo, la abscisa común de los puntos de intersección quedará determinada por la ecuación quinta.

A esto último es a donde ha ido a dar el señor Auber, aunque sin conocerlo, así como ni el piloto del cuento, la torre de Edystone; mas ya que haya quedado tan frustrado en sus esperanzas como se ha explicado, por lo tocante a los provechos que de su solución esperaba para la Geografía y Astronomía, ya que no tengan el efecto que creía, puede consolarse, porque años hace acudieron los geómetras a esta necesidad, y por ellos se sabe rectificar la elipse así como el círculo con cuanta exactitud se quiera o sea menester para los diferentes casos teóricos y prácticos que se ofrezcan.

El empeño de sostener un error conduce a ciento.

Escrito el papel que antecede, leí en el *Diario* de hoy 24, lo que dice el señor Auber contra la objeción que se le hizo, persistiendo en sostener que el cuadrante circular es igual al elíptico multiplicado por

$$\sqrt{\frac{2a^2}{a^2 + b^2}}$$

representando a el semieje mayor radio del círculo y b el menor.

Se supuso en la nota del *Diario* del 15, según la costumbre de los matemáticos para determinar las últimas razones de las cantidades, que una que disminuye sin término puede llegar a cero, y ya que a este cero absoluto no quiera darle entrada el señor Auber, enhorabuena que no sea $b = 0$ sino igual a una cantidad tan pequeña como se quiera y en tal caso la razón dicha

$$k = \frac{\sqrt{2}}{\sqrt{1 + \frac{b^2}{a^2}}}$$

podrá expresarse así $k = \sqrt{2}(1 - S)$, donde disminuyendo más y más b puede ser S menor que cualquier cantidad por pequeña que se suponga. Del propio modo el valor del cuadrante elíptico recibiría esta forma $a(1 + e)$, donde disminuyendo e al tiempo que b puede llegar por igual causa a ser una fracción de la unidad menor que cualquiera otra dada. De todos modos

el cuadrante circular, producto de la última cantidad y de k será

Mas difiriendo el mismo cuadrante de su cuerda $\sqrt{2a^2(1+e-S-eS)}$ en una cantidad finita y conocida que llamándola F , podremos expresarlo así $\sqrt{2a^2} + F$, que igualándolo con su valor antes hallado y restando de ambos miembros de la ecuación $\sqrt{2a^2}$ saldrá $F = \sqrt{2a^2} (e - S - Se)$. Mas el segundo miembro de esta ecuación puede ser, según se ha dicho, menor que cualquier cantidad por pequeña que se suponga, y por consiguiente menor que F , cantidad finita. Luego la anterior ecuación no tendrá lugar en multitud de casos, y por consiguiente ni tampoco la razón.

$$\sqrt{\frac{2a^2}{a^2 + b^2}}$$

Valga lo dicho para que el señor Auber vea que no se deja sin contestación la infundada suya a que me refiero; pero pues negándose en este caso a las aplicaciones algebraicas, quiere como a modo de experimento acudir a las aritméticas, y afirma suponiendo $a = 100$ y $b = 1$, ni en lo mínimo discrepa el resultado de la verdad, *atendiendo a lo que se debe atender*, sírvase decirnos en este supuesto y en los de $a = 1\ 000$ y $a = 10\ 000$ siendo siempre $b = 1$; el número de partes de a y sus decimales hasta la sexta que tendrá el cuadrante elíptico, escribiendo la fórmula por donde lo calcule, y para entonces le prometo el desengaño de sus errores si es que lo dicho no lo alcanza.

Parece que al señor Auber le hizo chocar haber yo dicho de su fórmula que era regalada, pues repito lo *regalado* y de letra cursiva, sobre lo cual debo asegurarle que si fuera verdadera, la miraría yo como tan gran regalo, que mal haya para cuanto nos ha hecho Lagrange y otros de igual o mayor cacumen, y aun añadido que el tal descubrimiento no habría debido publicarse aquí donde no es dable hacerle todo el pro que se merece, sino acudir con él a las más sabias academias de Europa, pues bastaría para abrir al autor sus puertas como a socio, a lo menos corresponsal, y que su trabajo se imprimiese de pronto entre las memorias de los sabios extranjeros. ¡Ahí es nada el estrépito que haría por allá tamaño descubrimiento! Hasta la Habana tendría parte en la gloria del mismo señor Auber aunque no fuese sino por haber recibido tan sublime inspiración en su suelo.

Pero yo pierdo las esperanzas de que lleguemos a tanta altura, pues

por más que un hombre se agite y empeñe, si ni la ciencia ni su ingenio le sugieren los escalones necesarios, nunca podrá ascender hasta el pináculo.

“Car jamais, quoi qu’il fasse, un mortel ici-bas

“Ne peut aux yeux du monde être ce qu’il n’est pas.

Y con estos versículos de su celeberrimo compatriota, para cuya aplicación nos autorizan suficientemente las muestras que de sí ha dado usted, se despide por ahora,

El Amigo de “Eicosófilo”

Habana, 24 de diciembre de 1832.

ARTÍCULO 7

POR PEDRO ALEJANDRO AUBER

*(Diario de la Habana,
enero 11 de 1833.)*

Señor Amigo de Eicosófilo: Me equivoqué, suponiendo k constante: apunte usted una raya, y veamos si se puede enmendar lo hecho.

Ya que usted confiesa que la ecuación que usted llama 1^a , conduce a la resolución del problema, que se limita a hallar el arco elíptico, por medio de su razón con el del círculo trazado sobre su eje mayor como diámetro, y correspondiente a la misma abscisa; ya no queda más que sacar de ella el valor de x , sin alterar la naturaleza de k . Para esto substituyamos por dy y du sus valores, sacados de las ecuaciones del círculo y de la elipse, efectuemos las integraciones indicadas, añadamos las constantes correspondientes, y saldrá $f(m, x) = k F(n, x)$ de donde se sacará $x = f'(k, p) =$ al seno verso del arco del círculo que está en la razón dada con el elíptico; en seguida se acabará la operación por medio de las tablas trigonométricas. Y ve usted que toda la dificultad se reduce a la de trastornar dos series, y que más paciencia que destreza se necesita para hacerlo. Suprimo los cálculos, por no imitar a usted y abusar de la bondad del Editor; pero si usted lo quiere ver, no hay más que decirlo.

Parece que usted es uno de aquellos que ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga de lagar en el suyo; y la ecuación diferencial que da la curva, cuyos arcos guardan proporción constante con los del círculo trazado sobre su eje como diámetro y correspondiente a la misma abscisa, lo prueba bastante. Es tanto más extraño que usted no lo haya advertido, cuanto que la exprimió de varios modos, para sacarle el jugo.

Usted dice que es:

$$du = - dz \frac{\sqrt{z^2 - C^2}}{\sqrt{a^2 - z^2}}$$

Pues bien, entonces:

$$\frac{du}{dz} = - \frac{\sqrt{z^2 - C^2}}{\sqrt{z^2 - z^2}}$$

será la tangente trigonométrica del ángulo que hace la tangente a la curva con el eje de los abscisas; pero como sale imaginaria en todo el espacio en que z es menor que C , resulta que allí no hay curva, y que su fórmula expresa un disparate. Si para salir de este mal paso usted supone C^2 negativa, o que la curva abraza el círculo, cae usted en otro igual o peor; pues entonces las ecuaciones octava, cuarta, quinta de su remitido, y las *marcaciones* (del cuentito) que representan no son más que entes imaginarios, aunque usted los dé por reales. ¿Qué tal? ¿Apunto una raya? Sea usted mejor piloto en adelante; si no se expone a estrellarse contra la costa, cuando se crea en alta mar.

Entre tanto que sepamos a cuál de los dos se deben aplicar los versos que usted cita, queda de usted

Pedro Alejandro Auber

Habana, 31 de diciembre de 1932.

ARTÍCULO 8

POR *EL AMIGO DE EICOSÓFILO* (JOSÉ DE LA LUZ)

*(Diario de la Habana,
enero 13 de 1833.)*

Señor don Pedro Alejandro Auber.

“Ni por esas”

Desde luego columbré, y ahora con su silencio lo ratifico, que trató usted de curarse en salud con su despreciativa absoluta, de que no me contestaría, cualquiera que fuese mi réplica. De manera es, señor de mi

ánima, que ni nuevos convencimientos, ni nuevas pruebas, ni apuestas, ni consultas, ni nada me ha valido para que usted se dignase infringir aquella ley severa que usted mismo se impuso, con harto dolor mío. Era de esperar en el caso presente, que pues se proponía una apuesta o una consulta, y hasta una apelación, que son remedios extraordinarios, no se hubiera usted atendido al tan ordinario como fútil recurso de callarse, sobre todo, después de haber hablado tan gordo. Yo, por mi parte, confieso que me he llevado un chasco muy completo; porque de la hidalguía y buena fe de sus sentimientos me aguardaba siquiera lisa y llanamente, en román paladino, un admito o no admito la apuesta o la consulta; un pequé o no pequé, ante el tribunal del público, un sí o no, como Cristo nos enseñó: para lo cual es preciso reconocer que no se necesita mucha prosa. Semejante conducta me hace inferir forzosamente una de dos, o que está usted convicto y confeso, o que yace muerto y sepultado. De cualquier modo que sea, le viene a usted de perilla, en perdón, un *requiescat in pace*.

Mas a lo que parece no se da usted por fenecido respecto de mi matemático, antes se empeña y revolotea por resucitar como el fénix, de entre sus mismos desmedros y cenizas. Y aunque a mí apenas se me alcance el valor de los signos algebraicos, salta a los ojos de cualquiera cuán ridículo es que una refutación tan circunstanciada como la de mi amigo, en que se le fue siguiendo a usted paso a paso, o como si dijéramos, picándole la retaguardia, patentizándole sus muchos extravíos y sus pocos aciertos, sacándole las consecuencias absurdas a que conducían, y hasta remontando a la fuente de todos ellos; es muy ridículo, repito, que para contestar a semejante trabajo, se contente usted ahora con decir dos palabras; pero dos palabras harto arrogantes, como de costumbre, desentendiéndose de cuanto se le ha propuesto, cual si el negocio no fuera con usted. El que entiende una materia, si responde, jamás huye el cuerpo a la dificultad, sino que entra en los pormenores necesarios, así para convencer a su adversario, como para satisfacer al público, o bien se penetra de la fuerza de las razones contrarias, y suele guardar silencio; y si habla, lo que es más franco y magnánimo, lo hace sólo para abjurar formalmente sus errores. En una simple frase, en una mera expresión se descubre a la legua el que posee una facultad. El público decidirá cuál de los dos matemáticos que se hallan en la arena llena mejor estas condiciones. Yo de mí sé decir que en mi vida he visto un ejemplo más patente que el que acaba de darnos el señor Auber, de lo que nuestros estudiantes llaman donosamente *quedarse con la negada en el cuerpo*. Recuerde usted que en mi anterior le dije que se había metido en un laberinto, del cual me parecía difícil que saliera. Parece después que el tal laberinto estaba sin duda cercado de abrojos y espinas; pues batallando usted, según se colige de su último papel, por sacarse del cuerpo una que otra, se le han inter-

nado más todas las que se le clavaron. Pero ya esto es meterme en la renta del excusado y en cosas que no atañen ni conciernen a un pobre lego, como tengo protestado desde un principio; y así dejando su alma de usted entregada al brazo secular de mi herculano amigo, me retiro cuanto antes a la iglesia, a rogar por mis difuntos, entonando con ella ciertos versículos del oficio, alusivos al *juicio final*, y que ni de molde hubieran venido más ajustados para epígrafe del siguiente papel, en que se trata de dar cima y cabo a la descomunal aventura del malaventurado problema elíptico.

Entonemos pues:

“Quidquid latet apparebit,

Mil inultum remanebit”

Esto es: “Cuanto escondes saldrá a la luz,

No te mando mala cruz.”

Y pues que su mala y empeorada causa le quita ya las fuerzas para empuñar la péñola contra *Eicosófilo*, también a éste se le abate y se le cae de las manos; la recoge y la vuelve a poner en su lugar, donde descansará en paz, hasta que torne usted a tocar a su puerta: *et pulsanti aperietur*. No es mi matemático hombre que dejará tecla por mover.

Eicosófilo

Habana, y enero 11 de 1833.

“Victum et tendere palmas...”

¿Con que nos declara usted de plano, señor Auber, que se equivocó en suponer k constante? Pues en verdad que no es friolera lo que esta declaración lleva consigo. Sabe usted que le advertí ser un crasísimo error esta suposición, y usted ahora lo confiesa. Luego ¿confiesa usted también que fueron vanas todas sus operaciones subsecuentes? Y si éstas lo fueron, salió fallido el resultado, o séase aquella malhadada fórmula señalada quinta en el *Diario* del 27 del mes último, y que tan predilecta era suya, que a pesar de sus absurdos y descarríos, todavía se esforzaba en sostener a esta hija querida de su cerebro en el *Diario* del 24 con un cálculo numérico que jamás hizo, y de cuya prueba, según se le propuso, parece que ya desiste. En una palabra, se llevó el diablo la resolución de su problema, que tan orondo le tenía, y por la cual no sólo miraba humillados a todos los matemáticos habaneros y circunvecinos, sino que a ser cierta, como tan a puño cerrado usted lo creía, debía persuadirse, como le dije, que le abriría las

puertas de todas las más célebres academias científicas de Europa. ¡Vanas esperanzas! ¡Vanos conceptos!; y al fin ¡glorias mundanales que así como el humo, no sólo se disipan, sino que las más veces dejan en su lugar la humillación y el abatimiento!

Mas ¿qué digo abatimiento? Esto se entenderá de los hombres comunes, pero no de usted a quien parece dotó Dios de tanta frescura, que cuando otro en su lugar correría espantado a esconderse al solo nombre de *elipse*, como si fuera un conjuro, todavía usted embiste a esta curva, queriendo ir por otro camino a donde primero se había propuesto, y mal agradecido al propio tiempo a las lecciones marcadas hacia el fin de mi papel con los números desde el 1º al 4º supone ser erróneo lo que digo en el primero. Voy, pues, a tratar antes de mi defensa; y después me despediré volviendo sobre su nuevo intento de resolver el problema.

La ecuación diferencial de la curva, cuyos arcos comprendidos entre las mismas ordenadas guardan una proporción constante con los del círculo, y está marcada 7ª en mi papel, se dedujo de la 2ª que señala su propiedad característica ya dicha, sin más que substituir su valor por el elemento dy de la ordenada del círculo de donde resulta la relación entre la abscisa y su incremento, y el du de la ordenada de la curva. ¿Dónde, pues, está el error de que usted trata, ya sea en el raciocinio, ya en el cálculo? Son sus palabras: “Es tanto más extraño que usted no la haya visto, cuanto que la exprimí de varios modos para sacarle el jugo”. Dejándonos de exprimideras y de jugos, pues éste no es asunto de boticarios, advertiré que tan sólo se cambió la ecuación primitiva en otra, pasando el origen de las coordenadas al centro del círculo, que lo es de la misma curva, para que esto propio se notase y resaltase más su simetría. En dicha ecuación siendo, como se dijo,

$$C^2 = \frac{k^2 - 1}{k^2} a^2$$

resultará que si k es mayor que uno, c^2 tendrá el signo *menos*; y el más cuando k sea menor que la unidad; de suerte que particularizando ambos casos podría expresarse así:

En tal estado y valiéndose para c^2 el signo $+$ $\frac{du}{dz} = - \frac{dz}{\sqrt{z^2 \pm C^2}}$ *menos*, dice usted que entre el

origen y la abscisa c no hay curva, y esto es verdad, así como lo es también que no se extiende a una abscisa mayor que a ; mas de aquí, ¿cuál es la consecuencia que usted saca?, ¿cuál sino que, “la fórmula expresa un disparate”? Estas son las palabras de usted, tan urbanas como meditadas. Luego, señor Auber, toda curva que tenga porciones separadas ¿es un disparate en su concepto? De este modo también lo será la hipérbola, cuya ecuación es

$$y^2 = \frac{a^2}{b^2}(x^2 - a^2);$$

pues de un lado y otro del origen hasta que la abscisa sea igual a, *no hay curva*, usando de las mismas palabras de usted. ¡Oh, pobre Newton, pobre Euler, y pobrísimo Cramer con otros muchos que al describirnos las curvas y numerarlas, o distinguir las por sus propiedades, no alcanzaron la doctrina del señor Auber! No habrían dicho, a tenerla, tantos disparates como de curvas tratan, no sólo de dos, sino de varias porciones separadas, las unas de ramos infinitos y las otras cerradas, etcétera. Ya ve usted, pues, señor Auber, en qué zarzal se ha metido, llevándose de encuentro tan grandes nombres con sus inconsideradas palabras; mas si para usted no valen estas autoridades, haga por vía de ejemplo el ensayo de hallar, si puede, la ecuación de la curva que resulta de la sección por un plano del sólido descrito por la revolución de un círculo alrededor de una recta trazada por su plano fuera de su circunferencia, y verá que en multitud de casos dicha curva se compone de dos porciones cerradas y separadas una de otra, aunque sujetas ambas a una sola ecuación, que no es dable se descomponga, y sin embargo no es un disparate.

Cuando C^2 tiene el signo *más*, dice usted que caigo en otro igual o peor paso que el antecedente, o cuando el signo es negativo; pues entonces las ecuaciones 8^a , 4^a y 5^a de mi papel son más que *entes imaginarios*. Si usted hubiera entendido lo que dije en mi lección marcada número 2, de los cuatro últimos números, no se habría expresado de esta manera. Allí se declara que la ecuación 8^a determina la abscisa a la que corresponden, así en la curva de que tratamos como en la elipse, los puntos en que las tangentes son paralelas. Cuando, pues, el valor de la abscisa es imaginario, ¿qué otra cosa querrá decir para cualquier mediano analista, sino que lo que se busca es imposible? Por consiguiente, en el caso de ser k menor que la unidad, ninguna tangente a un punto de la curva puede ser paralela a la de otro de la misma abscisa en la elipse. Esto es lo que se infiere de dicha ecuación, como de la 4^a que está ligada con ella, y de consiguiente lejos de ser absur-

das, descubren ambas una propiedad característica de la curva en el caso de que tratamos, sin que en su entidad haya otra cosa de *imaginario*, si ya no fuese la inteligencia de quien de otro modo las considera. A la verdad, señor Auber, que ya son muchos los renuncios que le vamos cogiendo, y hasta me da pesadumbre de lo demasiado que se desploma y abate. En efecto patentízase ahora que usted desconoce también los usos de las *cantidades imaginarias*, sin las cuales no obstante carecería el análisis de aquella generalidad que constituye uno de sus principales méritos, pues con ellas se descubren las condiciones en que una cuestión es o no posible, sin limitarse a determinar sólo aquellos valores que se buscan en el primer caso.

Sirva lo dicho de comentario a las partes citadas, en las que usted pretende hallar tachas, porque, como le tengo advertido, su vista es muy corta en las cantidades analíticas; y aunque pudiera agregar a las ya expuestas otras demostraciones, no sólo analíticas sino también sintéticas, debo omitirlas; pues ni el *Diario* de esta ciudad es cátedra para explicar las matemáticas, ni estoy en la obligación de acomodarme a los alcances de usted, cuando lo dicho sobra para los que hallan con los que el asunto requiere. Con todo, si no bastase lo expuesto a convencerle, y quiere insistir en su empeño, ahí tenemos en París los profesores citados en el *Diario* del 27 del pasado, y señalando usted la cantidad de la apuesta, sea la que fuere, se les nombrará para que decidan la cuestión de la manera antes indicada. Pero tratemos ya sobre el nuevo método que usted se propone de resolver el problema que ha traído estas discusiones.

Entra usted diciendo, “ya que usted confiesa que la ecuación que llama primera conduce a la resolución del problema”. Poco a poco, señor Auber, que yo no hago la confesión que usted me supone. Hablando de dicha ecuación en el *Diario* del 27 al principio del segundo párrafo, digo que en ella asienta usted la cuestión, y en el décimo declaro que mirada en sí es una perogrullada, y más adelante que si hace usted k variable no ha de sacar de ella más luz para la resolución de su problema que de la cueva de San Patricio. Déjase ver de todo esto cuán lejos estoy de calificar a dicha ecuación de *conductora ni de guía* para lo que usted se propone. Advierto sí, en el mismo párrafo décimo, que siendo k el cociente de la división del arco circular por el correspondiente elíptico, ambas funciones *implícitas* de la abscisa x , la razón k lo había de ser también. De aquí parece que toma usted pie para su nuevo intento, convirtiendo por su propia autoridad en *explícitas* las dichas funciones, y señalándolas por $f(m, x)$ y $F(n, x)$, dice que se sacará $x = f^1(k, p)$. Mas todo esto, traducido al castellano corriente, no significa otra cosa sino que x es función de k , lo cual estaba ya dicho en mi citado párrafo décimo; porque

declarándose allí que k lo era de x , la proposición inversa era consiguién- te. En suma, ¿qué es lo que en platos limpios sacamos de todo esto? Para mí, nada. Vamos claros, señor Auber: usted dice que suprime los cálcu- los por no *imitarme y abusar de la bondad del Editor*; pero si usted ha encontrado realmente el valor de x para cualquiera de k , es menester que publique la fórmula para persuadirlo. Enhorabuena que suprima las operaciones de su investigación. Así lo hizo Olbers en su célebre fórmula para el cálculo de las órbitas de los cometas, que publicó sin demostra- ción en las *Memorias del Instituto*, y para darla sé por experiencia todos los cálculos que me fueron precisos. Adelantados por cierto habrían que- dado los astrónomos con que en lugar de presentarles un instrumento que tanto abreviaba sus trabajos, se hubiese contentado el señor Olbers con decir que lo poseía. Y aun a él podría creérsele, porque tenía dadas pruebas de ser un geómetra; mas a usted, de quien sólo las hemos recibi- do de sus errores, más que de bulto ¿le habremos de creer sobre su palabra? ¡Donosa pretensión por cierto! Vaya, señor Auber, eche, eche usted a la calle, si la tiene guardada, esa preciosidad de tanto mérito, pero le advierto que hay muchos preparados a tomarle las medidas, y si no le vienen bien, me temo que le caiga una pedrea que haga época en los fastos científicos y literarios.

Con esto me despido de usted, advirtiéndole, para descargo de mi conciencia, sobre los versos de que parece escocerse, que ni su aplicación ni el último párrafo donde se hallan son de mi mano, sino de quien creyó oportuno dar a mi papel dicho remate; y lo declaro, no porque me parezca mal aquél ni aquélla, sino por no vestir galas ajenas.

De usted S. S. Q. B. S. M. El amigo de *Eicosófilo* cuyo nombre y apellido es Misostómulo de Antalazónico.

VI

PETICIÓN DEL EDIFICIO DEL JARDÍN BOTÁNICO PARA EL LOCAL DEL PROYECTADO COLEGIO *EL ATENEO*

COPIA DEL OFICIO DIRIGIDO AL EXCELENTÍSIMO
SEÑOR DIRECTOR DE LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA

*(Diario de la Habana,
febrero 3 de 1833.)*

Excelentísimo señor Director de la Real Sociedad Patriótica:

Habiendo llegado a comprender que se trata actualmente en la Sociedad de tomar algunas medidas relativas al Jardín Botánico, que pueden afectar su existencia, o por lo menos su estado presente, a consecuencia de una exposición del señor profesor don Ramón de la Sagra; y tratando yo, por otro lado, de plantificar un establecimiento de instrucción secundaria, que es recomendado por el Gobierno en los términos más lisonjeros, hasta el punto de juzgarlo acreedor a una particular predilección, según se instruirá V. E. más largamente por la copia del oficio que acompaño. En tales circunstancias, y alentado con la segura confianza de que así V. E., en particular, como la Real Sociedad en general, cooperarán con cuanto esté a su alcance para favorecer un proyecto, de cuya realización pueden redundar grandes bienes a la Patria, y señaladamente a la instrucción pública, objeto primordial del Cuerpo Patriótico; ocurro a V. E. como a su digno órgano para que sirva presentar a la Sociedad la siguiente petición tan fundada como asequible bajo todos aspectos.

Como el asunto es de por sí harto sencillo, quedará reducido a pocas palabras. Caso de que deje de existir el Jardín Botánico, por trasladarse las plantas y enseres que le corresponden a la Escuela Agronómica establecida en Los Molinos, de la extinguida factoría de tabacos, claro está que queda sin uso alguno el actual edificio del Jardín. ¿Y a qué objeto más digno ni más propio de su instituto podría consagrar la Sociedad ese local vacío, que al Ateneo proyectado? Para ello hay tanta

más razón, cuanto que además de tener que pagaros por parte del promotor un crecido alquiler para lograr una localidad medianamente capaz, hay que incurrir en gastos considerables de libros (porque ha de haber una biblioteca numerosa y varia), periódicos científicos y literarios, instrumentos físicos y químicos, colecciones de minerales, etcétera, entretenimiento de laboratorio y demás requisitos que demandan desde luego y continuamente desembolsos de mayor cuantía. Finalmente, y por omitir otras razones no menos sólidas, siendo la empresa enteramente nueva en el país, por muy favorable que sean los auspicios bajo los cuales se presenten no puede dejar de ser un ensayo, y un ensayo siempre arriesgado, en razón a que no bastarán los esfuerzos del promotor para su continuación, si no se apoyan en la constancia de los alumnos y demás contribuyentes. Mas logrando un buen local gratuitamente, recogerá el público esta ventaja porque entonces bajará también la cuota de la suscripción, y se hará alcanzar el beneficio a mayor número de individuos. Y he aquí, las miras más santas y patrióticas de la Sociedad de Amigos del País, a saber, difusión de luces y conocimientos útiles.

Mas pongamos que continúe la Sociedad con intervención en el Jardín, y que trate en consecuencia de conservar las plantas que allí están. Enhorabuena que así sea; pero esto tampoco se opone a que se me conceda el uso de la casa para el instituto proyectado, supuesto que el mismo señor profesor de Botánica, establecido más de un año ha en Los Molinos, manifiesta en su exposición que caso de permanecer el Jardín, sería tan sólo para semilleros y viveros, los cuales podrán ser atendidos por él mismo, o por quien la Sociedad tenga a bien. Yo no pretendo, ni remotamente, intervención alguna en el Jardín, y así quiero hacerme entender en el particular. Pido tan solamente un edificio de la Sociedad, caso de no tener destino, para consagrarlo a un establecimiento público, nuevo en el país, y de que, en concepto de los inteligentes, tiene éste no poca necesidad.

Así pues, bien sea que se extinga el Jardín, o ya que permanezca en aquel pie, siempre resulta que el edificio quedará cerrado y sin aplicación. Por lo cual me ánimo a esperar que, en cualquiera de los dos extremos, se dignará el cuerpo patriótico de acceder a una solicitud, en que lejos de haber perjuicio de tercero ni corporación alguna, se coopera eficazmente a la ilustración de nuestro suelo patrio, fin sagrado y primario del constante anhelo de la Sociedad y de sus hijos. Dios guarde a V. E. muchos años. Habana, 25 de enero de 1833.

VII

**INFORME SOBRE OBSERVACIONES
METEOROLÓGICAS**

Contestación al oficio del excelentísimo señor Gobernador y Capitán General, pidiéndole que le acompañase las observaciones meteorológicas practicadas durante la epidemia, con las reflexiones que juzgase convenientes para ilustrar la cuestión del cólera morbo.

*(Revista Bimestre Cubana,
t. III, 1833, nº 9, pp. 321-372.)*

Excelentísimo Señor: Me apresuro a satisfacer los deseos de V. E., aunque no a la medida de los míos, por no permitirlo la premura del tiempo, acompañándole, como me ordena en su oficio de anteayer, un estado de las observaciones meteorológicas practicadas en el Colegio Seminario y agregando después algunas rápidas consideraciones acerca de estos datos puramente atmosféricos, para ilustrar la cuestión de la epidemia, según se explica V. E., bajo todos sus puntos de vista. De forma que V. E. no tiene que esperar una completa discusión del origen e historia de la enfermedad, pues fuera de ser ajeno de mi provincia, lo único que se exige de mi explicación es la parte atmosférica del asunto.

Vuestra Excelencia no ignora que apenas estalló la epidemia fuimos comisionados por el Real Protomedicato para practicar estas observaciones los señores doctor don Antonio Noval, profesor de medicina, el presbítero don Francisco Ruiz, catedrático de filosofía en el mencionado Seminario, y don José Antonio Saco, juntamente con el que tiene el honor de dirigirse a V. E. Así que para proceder como es debido, paréceme lo más oportuno dar principio trasuntando el oficio que con fecha 8 de marzo dirigimos en contestación a los señores del Protomedicato.

“Antenoche recibimos el oficio de V.S.S., y ayer por la mañana se había dado ya principio a las observaciones meteorológicas que se han servido V.S.S. encargarnos. El local que hemos escogido es la habitación del cate-

drático de filosofía del Colegio Seminario, que se halla a 24 pies sobre el nivel del mar. Hemos juzgado este punto el más a propósito, así por residir en él un individuo de la comisión, que puede estar observando a cada instante, como por hallarse a mano los instrumentos más necesarios y más exactos que se han podido conseguir”.

“En cuanto a las observaciones sobre el curso de los vientos, ha tenido la bondad el excelentísimo señor don Angel Laborde no sólo de remitirnos diariamente el resumen de las que con todo esmero ha mandado practicar en los buques de la Real Armada, sino las que ejecuta el mismo señor en persona a las doce de la noche, advirtiéndome que también son barométricas y termométricas”.

“Supuesto, pues, que urgen sobremanera, nos ha parecido lo más conveniente remitir a V. SS. una especie de parte diario, en el orden del que acompañamos, reservándonos para el fin de cada semana dar las alturas y temperaturas medias”.

“Vuestras Señorías, que saben que la importancia de las observaciones meteorológicas dependen casi totalmente de que sean comparativas, habrán procurado reunir las que en igual estación fueron practicadas años atrás por diferentes individuos, y que se publicaron en nuestros periódicos. Y deseando nosotros contribuir por nuestra parte a los mismos fines, advertiremos que la enfermedad estalló en circunstancias de estar reinando vientos sures bastante secos y calurosos, haberse después declarado norte aún más seco, pero fresco, y hallándose la atmósfera notablemente despejada. Sólo si hemos notado nieblas muy densas en algunas mañanas que, como de costumbre, han sido disipadas por el sol; y es muy singular que los días en que más ha azotado la epidemia hasta ahora, han sido cabalmente días de brisa deliciosa, de un cielo sin nubes y de una temperatura en extremo agradable”.

“Excusado, es decir, en conclusión, que siempre que se trate de la salud de la Patria, tendrán V. SS. en los individuos que se han dignado honrar con esta comisión los hijos más decididos a consagrarse en su obsequio. Dios guarde a V. SS. muchos años. Habana, marzo 8 de 1833. Antonio Noval. Francisco Ruiz. José Antonio Saco. José de la Luz. Señores doctores Protomédico Regente y Segundo”.

A las observaciones que apuntamos brevemente en este oficio agregamos después, en los partes subsecuentes, que en aquellos días había estado el aire tan puro, que la llama de las luces no sólo era más viva, sino mucho mayor que de costumbre, lo que probaba que no había materias extrañas que neutralizasen la acción del oxígeno del aire. Tampoco debe omitirse otra circunstancia en prueba de lo descargada de vapores que se hallaba entonces la atmósfera, y es la poca refracción que presentaban entonces los astros. La luna en particular ofrecía una luz en extremo reful-

gente, cual acontece siempre en estos meses, como si la naturaleza quisiera contrastar consigo misma, presentando simultáneamente el espectáculo halagüeño de la luz y la vida en contraposición del ingrato de la lobre-guez y la muerte.

El cotejo de las tablas presentes con las de muchos años anteriores convencerá, al que las examine, que no ha ocurrido fenómeno alguno en nuestra atmósfera, durante toda la epidemia, que no sea propio de la estación actual. Cielo casi constantemente despejado, como siempre sucede en este tiempo, días y más días sin caer una gota de lluvia, como que aún estamos en la sequía acostumbrada, un norte de pocas horas precedido de dos chubascos, a principios de la epidemia, sures casi perennes, que por tan periódicos en la estación los llamamos cuadregesimales; y algunos días sueltos de la consoladora brisa tropical. Agrégase a lo dicho que el estado eléctrico de la atmósfera no ha ofrecido indicaciones algunas notables, como se ha comprobado repetidamente con el sensible electrómetro de mister Cavallo, antes bien ha presentado un equilibrio de fuerzas eléctricas en el gran océano aéreo, como ocurre tan frecuentemente en estos climas durante el invierno y primavera. Efectivamente, nadie ignora que las épocas favoritas del rayo y demás alteraciones y descargas eléctricas en la zona tórrida, se reducen más particularmente a la estación de los grandes calores, que es también la de las lluvias excesivas.

No hablemos de las variaciones del barómetro ni de las de la temperatura.¹ En cuanto a las primeras, exceptuando las periódicas bien conocidas en estos climas, las extraordinarias son tan pequeñas y tan raras, que bien se puede asegurar que en las Antillas casi deja de contarse el barómetro entre los instrumentos meteorológicos, atento a ser casi insensibles sus indicaciones respecto a las de otros países y a no corresponder las más veces con las asombrosas revoluciones que tan rápidamente se efectúan en nuestra atmósfera tropical.² Y por lo que hace a las segundas, baste decir que apenas habrá país que ofrezca más uniformidad en su temperatura que la isla de Cuba. Es admirable ver cómo durante cerca de 5 meses del año, jamás excede el termómetro en sus alternativas más de 5 ó 6 grados de diferencia; sucediendo a ocasiones, cual en junio y julio, que permanece como clavado el mercurio en el mismo grado durante 15 y 20 días consecutivos, sin más alteración que la diferencia que precisamente ha de causar en las 24 horas la presencia y ausencia del astro del día.

De todos estos hechos resulta que la epidemia no pudo habernos invadido en circunstancias atmosféricas más favorables para nosotros ni más adecuadas por consiguiente para disminuir sus estragos, embotando por lo menos la actividad de su veneno. Mas lo cierto es que a despecho de tan

propicias condiciones, el terrible mal siguió todas sus fases, desarrollándose sin piedad por las ciudades y los campos, sin hacer caso del calor³ ni del frío, de la humedad ni de la sequedad, trepando a las alturas con la misma crueldad con que había cruzado los valles, y burlando a la vez las conjeturas de los sabios y las esperanzas de la muchedumbre alarmada. Así ha sucedido en todas partes: esta enfermedad misteriosa ofrece el modelo más acabado de un perfecto cosmopolitismo; lo propio corre sus trámites en las altas que en las bajas latitudes; lo mismo se aclimata en los rigores del invierno que en los ardores del estío.

Se infiere, pues, de aquí la poca importancia que deberemos dar a las observaciones meteorológicas para explicar el origen y la propagación del mal. En mi humilde concepto sólo una utilidad se deriva de este género de trabajos con aplicación al cólera morbo, y es que con el desengaño a que conducen, nos obligan a seguir otro rumbo en el curso de nuestras investigaciones, ventaja apreciable sobre manera en aquellas ciencias que todo lo deben al experimento y la observación. A veces vale tanto como un nuevo descubrimiento.

No se crea, empero, que yo trate de negar la influencia de las causas atmosféricas para modificar el cólera epidémico, así como sucede con otras muchas enfermedades. Fijemos la cuestión para evitar toda interpretación. Yo me inclino a pensar que el agente del cólera morbo es en sí mismo una causa tan poderosa, que no bastan los demás agentes atmosféricos a desvirtuarla, particularmente a los principios de su invasión en un país; a la manera que la influencia poderosa del sol en los colores no es capaz de contrarrestar la más eficaz de la generación, cambiando en morenos los hijos de los padres blanquísimos, trasladados a un clima ardiente. Son infinitos los fenómenos que nos ofrece la naturaleza de esta lucha de causas contra causas; y las leyes que rigen los átomos más imperceptibles de la materia, así como las que gobiernan las moles que corren el espacio, no son sino el resultado de esa lucha perenne e interminable.

Esta parte de nuestro asunto está de suyo enlazada con el punto tan controvertido, sobre si el cólera consistirá o no en emanaciones de los cuerpos animados o inanimados, transmitidas por nuestra atmósfera. Contrayéndome tan sólo a los datos meteorológicos, único punto de mi incumbencia, confesaré francamente que la cuestión me parece indecisa. Me explicaré. Cuantas veces y en cuantos parajes se ha analizado el aire atmosférico por los químicos de mejor nota, así en tiempos de epidemia como en tiempos de calma, siempre se han encontrado en las mismas proporciones sus principios constituyentes. ¡Qué más! Hasta el aire deletéreo de las Lagunas Pontinas, tan conocidas por las endémicas que causan sus hálitos, ha sido examinado con los mejores medios

eudiométricos por el profesor Folki de Roma, y jamás se le ha descubierto otra cosa sino óxigeno y azoe con una pequeña fracción de ácido carbónico, como en todas partes. ¿Y qué, por eso no se transmitirá por la atmósfera la causa del cólera y de la malaria? La consecuencia no es legítima, por más plausible que parezca. ¿Y cómo ni el análisis más prolijo puede rastrear la presencia de semejantes miasmas? Lo que de ahí se infiere únicamente es que todavía la Química no posee medios bastante delicados para hacernos reconocer esos agentes. No se necesita ser muy profundo en esta ciencia para persuadirse de que, por mucho que se haya adelantado de medio siglo acá, aún son bien groseros para algunos casos nuestros recursos analíticos, particularmente si se trata de la materia orgánica. Este ramo de los conocimientos está todavía en mantillas, comparado con el del reino mineral.⁴ Pero ¿a qué hablo de nuestro atraso en el descubrimiento de los íntimos constitutivos de la materia, cuando a veces tocamos la imposibilidad de valuar hasta las propiedades físicas de los cuerpos, y esto a pesar de la delicadeza a que hemos llegado en la construcción de nuestros instrumentos? ¿Qué mejor ejemplo para el caso que el que nos ofrecen los olores, que a pesar de ser emanaciones del cuerpo odorífero, no hay balanza que logre medir el peso del sin número de moléculas que forzosamente ha de exhalar un átomo de almizcle, vg.: para infestar todo un salón?

A este capítulo pertenece sin duda la acción de los cloruros en la atmósfera como medio desinfectante. ¿Qué es lo que sucede en este caso? ¿Por qué desinfecta el cloruro? Sin duda alguna porque habiendo en este compuesto una sustancia llamada cloro que tiene grande afinidad por el agua, absorbe toda la humedad del aire, arrastrando consigo las partículas fétidas que en ella residen. Yo concibo, pues, perfectamente que el cloro disipe los malos olores, y que sea sin disputa muy recomendable su uso como medio de limpieza y aseo, sin que por ello precisamente *sea* capaz de llevarse los átomos en que pueda consistir el cólera. Y esto es cabalmente lo que nos enseña la experiencia, siendo así que, bien consista el mal en emanaciones, bien en cualquiera otra causa distinta, burla siempre, completamente la acción absorbente del cloro. ¡Ah! ¡Si el cloro hubiera sido parte a atajar los progresos del cólera, apenas contaría víctimas este azote en los países civilizados!⁵

Tampoco se deduzca de lo que llevo dicho que yo atribuya cualidades pestilentes y venenosas a todas aquellas causas a las que generalmente se imputan semejantes efectos. Mi ánimo es únicamente suscitar dudas mientras las admita el asunto, para hacer ver que cualquiera que sea el rumbo que se adopte, en el estado actual de los conocimientos está sujeto a escollos de consideración. Así pues, yo no edificaré cosa alguna, pero

tampoco edificaré sobre arena. Presentemos ahora otros datos en apoyo de este modo de ver.

Las observaciones que hemos tenido ocasión de hacer nosotros mismos en nuestras carnicerías, tenerías y demás lugares inmundos, así como las practicadas en otros países, nos obligan a desechar las ideas recibidas en cuanto a las causas de insalubridad e infección. Para no hablar a la larga de la excelente salud de que gozan siempre entre nosotros todos aquellos que se dedican a los oficios más inmundos e ingratos, citaré tan sólo un hecho comprobado durante la epidemia, y es que de 80 negros que trabajan en la tenería establecida cerca de Carraguao, donde tanto azotó la enfermedad, a media legua de esta capital, sólo perecieron 4 de ellos, siendo de advertir que el mal se ha cebado de preferencia en la infeliz raza africana, en una razón aún mayor de lo que era de esperarse según la proporción en que están los blancos. No quiero yo decir con esto que las emanaciones animales de una tenería sean preservativo del cólera: nada más lejos de mi modo de discurrir.⁶ Lo que he pretendido demostrar, y en mi sentir se consigue con ese hecho, es que las tales emanaciones, por lo menos no influyen absolutamente ni en pro ni en contra de la epidemia; por manera que en la misma tenería como en cualquiera otra parte se desarrolló la enfermedad en los individuos predipuestos, sin hacer la más leve impresión en los que no estaban para el caso. El hecho observado en el Cementerio tampoco debe pasarse en silencio, a saber, que de la numerosa cuadrilla compuesta de blancos y negros que se estableció para dar vado a los muchos enterramientos que ocurrían, ni un individuo siquiera ha experimentado la más leve novedad en su salud.⁷ Este dato cuadra perfectamente con otro que he sabido de Nueva Orleans. En los últimos días de la epidemia hubo tal desorden en los enterramientos, que muchos cadáveres quedaron insepultos, arrojados unos sobre otros por espacio de 2 ó 3 días en hondas fosas, al aire libre, sin que por ello retoñara la enfermedad. ¿Quién lo creyera? ¿Acaso se desvirtuará su fuerza venciendo a su contrario? Hasta ahora, a lo menos, parece que más pasa de vivos a vivos, que de muertos a vivos.

Pero todavía es más osado lo que pretenden los observadores de los países que llevo citados. Quieren éstos que las emanaciones que se exhalan de los cadáveres en putrefacción y de las sustancias animales que se arrojan en las tenerías, carnicerías, basureros y otros lugares infectos, lejos de ser malignas, contagiosas y epidémicas, de ninguna manera son malsanas ni nocivas a la salud, sino, por el contrario, favorables a todas las funciones de la vida animal, y que contribuyen a la salud preservándola de otras influencias verdaderamente perjudiciales, deletéreas y muy a menudo mortíferas. Por más extraño que nos parezca esta opinión, se

verá cómo está confirmada por los hechos. Créese en general que el hedor de la putrefacción no sólo afecta desagradablemente el olfato y el cerebro, sino que ataca también los órganos de la respiración. Nada, sin embargo, parece más desnudo de fundamento. He aquí algunas pruebas irrecusables.

El año de 1827 fue encargado el doctor Parent Duchatêlet por el prefecto de la policía de extender un informe acerca de la salubridad de París. Este informe acaba de reproducirse en 1831 en el *Tratado de las exhumaciones periódicas* publicado por Orfila y Lesueur. Allí se leerá con asombro, desde la página 16 hasta la 19, lo que voy a transcribir aquí por la singularidad de unos hechos tan pocos conocidos.

“Los patios de la escuadría de Mountfaucon* exhalan el olor más infecto. Figurémonos lo que puede producir la descomposición pútrida de montones de carnes e intestinos, abandonados semanas y aún meses enteros a la putrefacción espontánea, al aire libre y a los ardores del sol; añádase a esto los gases que pueden desprenderse de las osamentas que quedan siempre cubiertas de muchas partes blandas; las emanaciones que despiden un terreno que por espacio de largos años ha estado empapado de sangre y otros líquidos animales; las que provienen de esta misma sangre, que tanto en el uno como en el otro patio permanecen sobre el empedrado, sin poderse escurrir; y en fin, las que salen de los arroyos y desagües de las triperías o fábricas de cuerdas y de los secaderos de la vecindad; y todavía no nos habremos formado más que una escasa idea del hedor repugnante de esas cloacas inmundas”.

“Pues bien: a pesar de todo, ni los dueños ni los operarios están enfermos; y si les preguntáis, responderán que los hálitos que respiran contribuyen a su buena salud. Ya en un informe presentado en 1810 por los señores Deyeux, Permentier y Pariset se hubo de hablar de la sorpresa que causó la brillante salud de la mujer y los 5 hijos de un tal Fiard, que trabajaban todo el año en el mismo lugar y también pernoctaban en un paraje, donde fue imposible penetrar a los individuos de la comisión por la excesiva fetidez que despedía. Sábese igualmente que la mayor parte de los descuartizadores mueren en una edad muy avanzada y casi siempre libres de los achaques de la vejez. Hay más: se ha observado que en una epidemia que reinó en Pantín y en la Villette, ni un solo operario de Mountfaucon fue atacado, privilegio de que también participaron las mujeres que preparan el mantillo de estiércol en aquellas cercanías.

* El muladar de Mountfaucon es un local destinado a las operaciones de la escuadra y donde se matan, despojan y destrozan sobre 12 700 caballos anualmente

Acaso se dirá que estos operarios nacidos, por decirlo así, en la inmundicia de su oficio, e hijos todos de padres que lo han ejercido; deben haber perdido la aptitud de ser impresionados por unas emanaciones que conservan toda su actividad en los demás hombres. Pero los hechos siguientes contestarán a esta objeción. Nunca se ha observado que los obreros de afuera, que era menester acomodar para los trabajos extraordinarios, estuviesen más expuestos que los de allí a contraer enfermedades. Ni los canteros, ni los yeseros, taberneros y bodegoneros de las inmediaciones del muladar de Mountfaucou experimentan por eso la más leve indisposición en su salud. Léese igualmente en el informe de la comisión, de 1810, haber quedado ésta convencida de que las varias enfermedades que habían sufrido los operarios en diversas épocas, dependían visiblemente de otras causas, y no de las emanaciones de los cercados del remanso.

“Otras infinitas observaciones muy curiosas”, añade el señor Parent Duchatêlet, “corroboraron lo que acabamos de manifestar acerca de la poca influencia que puede tener el hábito sobre la acción negativa de las emanaciones pútridas respecto a la salud de los que se hallan expuestos a ellas. Todos los años se hacen en París, en el Cementerio del padre La Chaise más de doscientas exhumaciones, para transportar a terrenos comprados por las familias, o a sus respectivos sepulcros, los cadáveres que se han depositado provisionalmente en las fosas particulares. Las exhumaciones se practican en todos tiempos del año, a los 2, 3 ó 4 meses de la muerte, y a veces hasta mucho después. Ya salta a los ojos que la putrefacción se halla entonces en toda su fuerza, y con todo esto jamás se ha notado que haya sucedido el menor accidente a los sepultureros encargados de estos trabajos, trabajos tanto más molestos y que deberían ser mucho más riesgosos, cuanto que los ponen en el caso de respirar en la misma fosa las emanaciones que han estado encerradas por largo tiempo en una suma estrechez, y que provienen de individuos que han sucumbido a enfermedades de distinta naturaleza. ¿No sabemos también, por otro lado, que los fabricantes de cuerdas disfrutaban de la salud más lozana, no obstante de vivir una atmósfera inficionada? Finalmente, ¿no es cosa averiguada que las enfermedades carbonosas y la pústula maligna, sólo por una gran rareza atacan a los descuartizadores, aunque se entreguen a sus faenas sin tomar ningunas precauciones?”. Hasta aquí las palabras de la comisión. ¿Y acaso se temerá en vista de lo dicho, que yo trate de desacreditar las precauciones y remedios contra la infección y la inmundicia? Lejos de mí internarme en cuestiones, para cuya resolución no bastan todavía, no diré los talentos de los más consumados facultativos, pero ni aún las luces actuales de la ciencia. Y viniendo a la aplicación que a nuestro propósito pueden ofrecer estos datos, tal vez se me preguntará

si creo o no creo en el contagio o la infección. Pero yo responderé brevemente: nada creo porque nada sé. Lo único que me dicen los hechos, cuyo sólo lenguaje corresponde al que duda, es que el azote llamado cólera morbo se apareció por causas especiales e ignoradas en la península del Indostán,⁸ y que una vez desarrollado se propaga a dondequiera que van los hombres, sean marítimas o terrestres las comunicaciones: y que si consiste en alguna miasma o emanación, es de una naturaleza que se escapa a nuestros medios de analizar, y que nada tiene de común con las emanaciones de las sustancias animales corrompidas. Aquí está toda mi ciencia, o mejor dicho, aquí está toda mi ignorancia en la cuestión presente, protestando una y otra vez que lejos de querer profundizar una materia para la que me confieso incompetente, no he llevado más ánimo en la inserción de estos hechos, que su poca notoriedad y el enlace que ofrecían con nuestro asunto. No es culpa mía que la cuestión atmosférica, única de mi resorte, estuviese también ligada con la higiénica y hasta con la patológica de la enfermedad.

Finalmente, ¿no sería quizás el mayor de todos los vicios no decir algo más y exprofeso sobre el primer agente de la atmósfera, la electricidad, en una memoria cuyo objeto es la parte atmosférica del caso, máxime cuando en el concepto de tantos, y muchos de ellos nada vulgares, hace también ella el primer papel en la tragedia del cólera asiático? Inconcusamente, y respecto de mí en particular, debo confesar que este punto tiene un incentivo mayor que los demás, por lo mismo que ofrece más abundante materia para el desengaño.

Pero antes de entrar en su examen, permítaseme una observación. Es cosa singular que las cuestiones más espinosas sean cabalmente las más acometidas, no ya como quiera por las personas más calificadas y pensadoras, sino hasta por el número infinito de repetidores de que está plagada la sociedad, como si el temor universal del peligro diera un derecho incontestable a la universal repetición sin un poco de examen especial. Valiera más ocuparnos primero en los efectos que en las causas. Así lo mandan las leyes del espíritu humano; y es más que probable que el descubrimiento de la curación del mal habrá de preceder en mucho a la averiguación de su causa.

La cuestión del origen del cólera morbo es el mejor garante de la observación indicada. Ella ha ofrecido un campo en extremo vasto, a fuer de no menos vago, a las especulaciones de los sabios de todos los países. Quién ha atribuido el mal a la tierra, quién a la atmósfera, quién a animáculos imperceptibles, y algunos, desesperanzados sin duda de encontrar el fantasma que se les escapaba de este suelo, se han remontado hasta los cielos a buscarlo en las influencias cometarias.⁹ Pero a mí que no me es permitido salir de los linderos de nuestra atmósfera, abandonaré esos especuladores

a las regiones celestiales, y me ceñiré tan sólo a ofrecer algunos reparos contra la causa de la electricidad, tan eminentemente atmosférica, como singularmente favorecida.

Son muchos los que atribuyen asertivamente la causa del mal a la electricidad; pero yo pregunto a estos tales, si aún después de haberse figurado los síntomas que presenta la enfermedad como una especie de fenómenos eléctricos, han dado siquiera un paso para formarse una idea clara del modo con que se produce tan singular dolencia. Si hacen un severo examen de sí mismos, fuerza es que confiesen que se han dejado deslumbrar por la influencia de una causa que, por tan general en la naturaleza, es el recurso para explicar cuanto no se puede comprender. Sí que también gobierna la moda en el grave mundo de las ciencias, así como rige en el ligero de los trajes y ceremonias. Pero viniendo más directamente a la cuestión, ¿en qué circunstancia se parecen el modo de obrar de la electricidad y el modo de obrar del cólera morbo? ¿Qué especie de analogía guardan entre sí estas dos causas misteriosas? Sólo en la rapidez podría compararse la acción del cólera con la de la electricidad, y aún en ese caso sería inexacta la comparación, siendo así que al cólera por presto que corra, siempre se le descubren sus pasos, mientras que la electricidad se mueve instantáneamente y con una celeridad inapreciable.¹⁰ Así pues, si en nuestros discursos comparamos estos agentes, deberá entenderse que es en el mismo sentido hiperbólico con que en el lenguaje recibido comparamos la guerra con el rayo, y un animal veloz con un relámpago. Yo creo que con mayor justicia podría compararse el germen de este horrible azote al tósigo más funesto de los minerales; y esa fue cabalmente la impresión del primer facultativo europeo, a cuyos ojos se presentó el mal en Yesora, su patria. Efectivamente, los acerbos dolores de vientre, los frecuentes vómitos y diarreas albinas, la descomposición de la sangre, el azulamiento del rostro, el hundimiento de los ojos, la violencia de los síntomas, aquella angustia interior inexplicable, el desembarazo del cerebro, ¿no son por ventura otros tantos caracteres comunes a los coléricos y a los envenenados?¹¹ ¿Qué tiene que hacer aquí la electricidad? La electricidad no puede causar estrago alguno, sin acumularse en un punto, rompiendo el equilibrio en que se hallaba. Y por ventura un rayo que acaba con la vida de un hombre, ¿produce algunas señales que se parezcan a las del cólera, o deja en el cadáver algunos vestigios semejantes a los que deja aquél? De ninguna manera. Un hombre herido por la electricidad muere como por un medio mecánico, casi sin presentar señales de lesión en su organismo. Lo singular es que los partidarios de la electricidad se valen de un argumento que debería ser su mayor desengaño. Dicen que la influencia atmosférica es causa de que se pongan nuestros cuerpos en un estado eléctrico distinto al del aire, y

por consiguiente nos atraemos una descarga, que es la que ocasiona tan singulares fenómenos. Pero por huéspedes que seamos en Física, ¿no tiene probado la experiencia que a cada paso hay un motivo de que se altere el estado eléctrico de nuestros cuerpos, así con respecto a la atmósfera como con respecto a la tierra, y aun a nuestra misma máquina? La más leve mudanza de temperatura, los vientos, las lluvias, están cambiando a cada instante la electricidad positiva en negativa; y aun sin salir del cuerpo humano, la respiración, la digestión y otras funciones de la economía hacen variar a cada momento, muchas veces al día, el estado de la máquina. ¿Por qué, pues, no se ven a cada paso, con unas causas tan permanentes, los fenómenos del cólera morbo? ¿Por qué son tan extraordinarios? ¿Por qué se aparecen sin saber de dónde, y se vuelven sin saber cómo? Pero aun es más triste de lo que parece la condición de nuestros electricistas. Antes de explicar los efectos del cólera por la electricidad atmosférica es necesario se disipen las densas nubes en que todavía está envuelta la meteorología. Todavía no sabemos por qué unas veces hay descargas eléctricas después de los fuertes calores, y otras se deshacen las nubes sólo en lluvias. Raro es el fenómeno meteorológico que esté satisfactoriamente explicado.¹² Mucho puede encontrarse en la atmósfera para la explicación de infinitos efectos naturales; pero es necesario no olvidar que ella es un piélago insondable, tan riesgoso como el océano que cubre.

Acaso dirá alguno todavía que la descomposición de la sangre que se efectúa en el cólera, es un efecto puramente galvánico; pero este reparo se desvanece fácilmente observando que para producir la separación de la sangre en parte sólida y en parte líquida basta una disminución de temperatura, sin apelar a otra causa, que por otro lado opera de distinto modo. Efectivamente, si se descompusiera la sangre por medio de una pila voltaica, se descompondría también la parte acuosa, y aun la sólida sufriría algunas otras alteraciones.

Y el movimiento observado, en la India y en Polonia, en las articulaciones de algunos cadáveres coléricos, particularmente a la aplicación del escalpelo, ¿es o no un fenómeno galvánico? Sin disputa que lo es; pero no está menos averiguado que todos los animales muertos, de cualquier modo que sea, aun de resultas del ácido prúsico que es la sustancia que más ataca la irritabilidad, suelen ofrecer esas contracciones musculares, particularmente al contacto de los metales.¹³

En conclusión, no se me oculta el lugar distinguido que la naturaleza ha querido dispensar a la electricidad.* Ella tiene su imperio en la atmósfera, entra en el magnetismo, penetra la tierra y el mar, vivifica y conmueve las

* Véase sobre electricidad la larga nota final.

plantas y animales, todo lo descompone, dondequiera se halle; y hasta ha enseñado al hombre a imitar ciertas combinaciones de la materia, pesándolo y midiendo sus partes componentes.¹⁴ Pero por más universal que aparezca una causa, no nos permite la severidad que reclaman las ciencias aplicarlas a un orden de fenómenos que no guardan analogía con los que me pretende compararlos. La divisa de la verdadera filosofía es estar dudando mientras no se ofrezcan datos que satisfagan el entendimiento. Norabuena que esta sea la guía que nos alumbre en el sendero de las ciencias naturales, como quería el padre de la medicina; pero en cuanto a la imaginación, sujetémosla, sujetémosla con el freno saludable de la experiencia y la observación. Así es verdad que destruiremos sin edificar; pero tampoco edificaremos para volver a levantar. Estamos condenados a marchar despacio so pena de no marchar seguros. Al tiempo tocan semejantes milagros; al tiempo que, borrando las mentiras de las opiniones, sancionará las leyes de la naturaleza.¹⁵

Pero no quiero levantar la pluma, sin volver a implorar la indulgencia de V. E., en gracia de la precipitación con que se ha extendido esta especie de memoria; por haberse manifestado por la secretaria del Gobierno Militar que se necesitaba el trabajo para llenar una parte del expediente, que sobre la epidemia se eleva al gobierno supremo, en el correo marítimo que da la vela mañana, domingo. Basta decir, para mi descargo, que me ha faltado el tiempo necesario no ya para corregir estos borrones, sino hasta para coordinar mis pensamientos. Pero sean ellos cuáles fueren y cómo fueren, V. E. quiso oír mi informe en la causa de la humanidad, y el informe queda evacuado. Dios guarde a V. E. muchos años. Habana, mayo 4 de 1833.

NOTAS

1. Respecto a la sequedad casi constante del aire, harto testimonio dan de ella las observaciones higrométricas. Sólo en el norte que tuvimos se notó, cual siempre, su grande aumento. Adviértase que graduó de mucha sequedad para nuestro clima la que relativamente a los más fríos sería muy ordinaria.

Conviene advertir aquí acerca del termómetro que, como en las tablas no hay observación correspondiente a las 2 de la tarde, no va expresado en ellas el verdadero máximo de la temperatura, pues en este país no se verifica hasta esa hora, en la que ordinariamente sube el mercurio un grado y a veces dos sobre la altura de mediodía.

2. Las periódicas sí parece que coinciden, como la brisa, con la marcha diaria del sol, así en su principio como en su aumento y declinación.

Por cuyo motivo y ser tan puntual su periodicidad, tanto al barómetro como a la brisa se les puede llamar con razón el reloj natural de los trópicos.

3. Al principio, y al parecer con fundamento, se lisonjeaban todos de que supuesto que la crisis favorable del mal era casi siempre por una transpiración abundante, desde luego parecería ahogado el enemigo en un país donde tanto ayuda el clima a promoverla. Sin embargo, poco tardó en venir el cruel desengaño, pues a despecho de los sures, padres del calor, corrió el mal todos sus trámites. Antes puede decirse, en general, que los países cálidos han sido más azotados que los fríos.

Otros vieron una vislumbre de consuelo en el norte que sopló a pocos días de haber estallado la epidemia, porque en su concepto (y no iban infundados en esta parte) con semejante sacudimiento se despejaría completamente nuestra atmósfera; al paso que algunos hallaban un gran mal en esa misma revolución, por considerar en extremo riesgoso tal cambio repentino de temperatura. Finalmente, no pocos leían su sentencia de muerte o de vida en la caída de algunos aguaceros; y no faltaron otros, de entre los mismos que al principio cifraron sus esperanzas en el calor; que atribuyeran al fin los estragos que continuaban, a la terquedad de los sures, cuando ellos son siempre los vientos más reinantes de la estación. He aquí la historia fiel de lo que ha pasado. Mi texto no necesita de más comentario para convencer que las causas atmosféricas a que se atribuían los progresos del cólera durante la borrasca, eran mas bien dictadas por el natural deseo de la propia conservación que por la observación y cotejo de los hechos presentes con los pasados. Parece que de intento se presentó la atmósfera en el estado mas ordinario que suele ofrecer, como para indicarnos que no buscáramos cosa alguna aplicable al caso en las observaciones meteorológicas. Pero a despecho del elocuente silencio de la Naturaleza, todavía querían ver las gentes en el norte que tuvimos en principios de marzo un fenómeno extraño para la estación, olvidándose de que son harto frecuentes en tal tiempo, y que no es raro soplen a principio, de marzo, pero hasta entrado mayo, como aconteció nada menos que el año pasado.

La lluvia tuvo innumerables partidarios, no sólo por la consideración de que arrastraría con todas las miasmas, particularmente aquí entre los trópicos, donde produce tan rápidas descargas eléctricas, sino también por la casual coincidencia, acaecida en Nueva Orleans, de una copiosa lluvia de un día acompañada de fuertes tronadas, con la cesación o declinación de la epidemia. Pero aquí hay que hacer algunas advertencias. Primeramente se podría decir a los que así piensan que no hay medio seguro de equivocarse que ese modo de discurrir que llamaban los escolásticos *post hoc, ergo propter hoc*.

Que en ningún ramo de Física es más arriesgado semejante método que en la Meteorología; pues siendo la más conjetural de todas las partes de la ciencia, pide por lo mismo mayor número de observaciones para establecer una causa. 3º Que en infinitos parajes ha continuado el mal a pesar de los chubascos, como ha sucedido aquí; que en otros se ha exasperado después de ellos; y en algunos no ha principiado hasta no haber llovido. 4º Paréceme así mismo que cotejando lo acontecido en Nueva Orleans con lo ocurrido en otras partes, se puede asignar otra causa más probable a la cesación de la epidemia. En efecto, se observa que donde es recio el azote, suele correr rápidamente, al paso que donde no da sino débilmente, se detiene por largo tiempo. Muchos datos podrían citarse en prueba de ello, con lo ocurrido en nuestros campos; pero bástenos contrastar los que ofrecen la misma Nueva Orleans y Amsterdam. En la primera de estas dos ciudades, cuya población no excede de 55 000 almas, se llevaba el cólera algunos días hasta 500 personas; pero tampoco duró ni 3 semanas. En la segunda, con cerca de 300 000 habitantes, sólo arrastró con 800 víctimas; pero estuvo más de 2 meses. Acuérdomme con este motivo de que, cuando se me decía que el mal era benigno al principio de su invasión en Guanabacoa, desde luego concebí que se demoraría más que en otras partes, habida cuenta con su población; y así ha resultado efectivamente, pues con una población, cuando más de 14 000 almas, incluidas las familias emigradas de La Habana, la epidemia ha durado más de 7 semanas y todavía salpicaban algunos casos.

Resulta, pues, que hay razones muy poderosas, cuando no para desechar del todo, a lo menos para dudar sobradamente de todas las causas alegadas. Pero el temor, que pobló el mundo de dioses, es capaz de plagarle de causas que, por ridículas que sean, cunden insensiblemente por el vulgo y llegan a infestar hasta el santuario de las ciencias. El deseo de oponer cierto dique, hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas, a la propagación de esa epidemia intelectual que tanto puede influir en el mundo físico, es uno de los motivos que dictan estas notas y aclaraciones. Ellas ni tienen ni aspiran a otro mérito.

4. El respeto que profeso al público me mueve a extender varias de estas notas, y entre ellas la presente, en apoyo de algunos asertos que podrían a primera vista parecer harto aventurados o absolutos. Podría creerse en virtud de los admirables progresos que han hecho en estos últimos, años todos los ramos de la ciencia, no sólo que nos fueran más conocidos. los constitutivos de la naturaleza orgánica, sino también los modos de influir uno, sobre otros, de los mismos agentes ya descubiertos. Más sin embargo de los inmensos trabajos emprendidos en la química vegetal y animal por tan distinguidos, analizadores como Berzelius, Gay-Lussac, Thénard, Saussure, Liebig, Branconot y sobre todo Chevreul, to-

davía este ramo, así por la naturaleza del asunto como por los escasos medios que cuenta, está muy distante de elevarse a la esfera que ocupa la parte mineral, y por consiguiente de poder contribuir con el auxilio que incesantemente reclaman de sus luces la Fisiología, la Patología y la Higiene. Ahora, pues, veamos los síntomas del atraso de la química orgánica, brevemente recapitulados, por no exceder demasiado los límites de una simple nota.

1º La diversidad de resultado, en lo sustancial de los análisis de las materias orgánicas, emprendidos, por varios químicos de la mejor nota.

2º Las dudas en que todavía se hallan los mejores profesores sobre cuál procedimiento merezca la preferencia, explicándose nada menos que el célebre Gay-Lussac a este propósito en los términos siguientes: “todos los métodos diversos que se han empleado, sólo han servido para confirmar la inexactitud de los resultados obtenidos por el del óxido de cobre; y como todos sean más complicados que este último, hasta ahora le dejan la ventaja”. De modo que aun el mejor procedimiento es a todas luces inexacto, en sentir de uno de los veteranos de la ciencia.

3º Lo poco que se distinguen en la química orgánica las bases alcalinas de las ácidas. Muy al contrario sucede con las minerales.

4º La imposibilidad en que nos hallamos de discernir si la sustancia que se quiere examinar es una combinación o una simple mezcla de dos materias orgánicas, o bien, si constituye realmente un cuerpo separado.

5º La dificultad en un sinnúmero de casos de obtener un cuerpo puro, y hasta exento de las materias extrañas que ya conocemos. A este propósito no quiero privarme del placer de transcribir las oportunas palabras del gran maestro teórico y práctico de la ciencia, del ilustre e infatigable Berzelius, palabras que, poniendo el más respetable sello a mis asertos, aumentarán el número de mis razones:

“Así (va hablando a consecuencia de la dificultad casi insuperable de confirmar el análisis con la síntesis en los cuerpos orgánicos, como se puede hacer muy a menudo en los inorgánicos), así, las observaciones a que nos conducen nuestras investigaciones en esta parte misteriosa de la química no pueden ser exactas sino en cuanto se refieren a los cambios químicos que los cuerpos vivos operan en los medios, esto es, en los agentes químicos que los rodean. Investigaciones de la misma especie pueden enseñarnos a conocer los fenómenos que acompañan las funciones vitales, a seguir éstas cuanto es posible, a separar los productos orgánicos, a estudiar sus propiedades y a determinar su composición. Pero todo esto es sumamente difícil. La química al llegar aquí asciende a una potencia más elevada, si es lícito valerme de esta expresión matemática, y aun la vista más perspicaz está expuesta a errores continuos, mientras que el

descubrimiento de la verdad depende a veces tanto de la mera casualidad como de una profunda meditación”... Y después de enumerar las principales dificultades que ofrece la ciencia, concluye en estos términos:”En la naturaleza orgánica es mucho mayor la dificultad y mucho menores los medios que en la inorgánica para separar los cuerpos unos de otros. Así que, debe mirarse esta parte de la ciencia como todavía en su primera infancia”.

¿Cómo, pues, con tan insuperables dificultades y otras que omito por evitar prolijidad, podemos lisonjearnos de conocer todos los gases y miasmas que se pueden desprender de las sustancias animales? ¿Acaso porque digamos que en los vegetales y animales no se encuentran más constitutivos que hidrógeno, oxígeno, carbono y ázoe, se ha agotado ya el número de los elementos orgánicos? ¿Por ventura no se desprenderán nuevos agentes de las sustancias animales en virtud de las enfermedades a que estén sujetas, o los mismos ya conocidos no se modificarán de mil maneras ocultas a nosotros, así en el organismo humano, como en la atmósfera y hasta en el reino vegetal? ¿No son estas combinaciones de los mismos elementos de distinta proporción las que forman los compuestos más diversos y aun contrarios en sus propiedades, como sucede, por ejemplo, en el ácido nítrico y el aire atmosférico, que constandinge idénticos principios, el uno es ácido, líquido y venenoso, al paso que el otro es un fluido elástico, insípido, inocente y respirable? ¿Podrá haber dos sustancias más desemejantes y aun contrarias en sus cualidades? Y en vista de lo dicho, ¿quién se atreverá a fijar límites a las combinaciones y acciones posibles entre las sustancias de los reinos vegetal y animal y a la variedad de fenómenos que pueden producir como agentes de la economía orgánica?

Estas breves consideraciones si bien nos hacen columbrar por una parte que la fisiología y la patología deben sacar algunas luces de la ciencia química para la resolución de los problemas más importantes de la vida, por otra nos hacen temer que pasará largo tiempo antes que salgamos de las densas tinieblas en que actualmente estamos sumergidos. Desgraciadamente cada cuestión química relacionada con las ciencias médicas, que de suyo son todas espinosas, viene a ser como el germen de donde brotan un sinnúmero de ellas no menos importantes y complicadas que enlazadas con la principal, son necesarias para su resolución.

Nuestra reserva debe ser tanto mayor en este género de investigaciones cuanto es más fácil alucinarnos en la aplicación de los mismos principios de la ciencia, olvidándonos de algunas circunstancias especiales de los fenómenos que tratamos de explicar. Entonces, con los visos de la experiencia y la autoridad de un hombre esclarecido se corre el grandísimo riesgo de que ciertas opiniones se erijan en principios, sin haber pasa-

do por el crisol de una rigurosa demostración. Insensiblemente he trazado en breves palabras la historia de la aplicación de la ciencia del análisis a la ciencia de la vida. No quiero más ejemplo ni mejor prueba que la teoría del calor animal.

Entre la multitud de opiniones inventadas para buscar la fuente del calor animal, origen de tantas funciones, anunció Lavoisier, en 1777, con una reserva digna de imitarse, que el calor de los animales dependía muy probablemente de la descomposición del aire vital en los pulmones, combinándose el oxígeno atmosférico con el carbono y el hidrógeno de la sangre. Este sistema fue generalmente admitido, y aun hoy día suele mirarse la fijación de los gases atmosféricos en las materias animales líquidas y sólidas como causa de un desprendimiento de calórico, que al momento es absorbido por la sangre arterial, para distribuirse después por todas las partes del cuerpo.

El inmortal Laplace sostuvo con lucimiento tan brillante opinión, y últimamente tuvo hasta la fortuna de ser aun ilustrada con experimentos tan delicados como ingeniosos por mister Dulong, uno de los químicos más hábiles y profundos de Francia.

Sin embargo, esta doctrina de los neumáticos, tan seductora en la apariencia, está sujeta a una infinidad de reparos de consideración; y en efecto, si el pulmón es la fuente del calor vital, o el foco de donde se propaga a todo el cuerpo, ¿por qué no es más elevada su temperatura que la del resto de la economía? ¿Por qué varía el grado de calor en partes sueltas del cuerpo según una multitud de circunstancias? ¿Por qué aumenta en un dedo que tenga un panadizo, y disminuye por el contrario en un miembro paralizado y donde la circulación en manera alguna se ha alterado? Objeciones son estas de tanta fuerza, que en mi sentir no se debilitan ni aún suponiendo que la combustión del oxígeno se efectúe no tan solamente en el pulmón, sino que continúe en todo el sistema vascular sanguíneo.

Pero baste de pormenores. Si lo dicho es suficiente para penetrarnos de la circunspección con que las ciencias fundamentales del arte de curar deben recibir los datos que les suministra el análisis químico; si he logrado siquiera llamar la atención de los facultativos, mis compatriotas, infundiéndoles un espíritu saludable de duda en tan importantes materias, que es el espíritu de examen por excelencia, quedarán cumplidos mis votos al internarme en semejantes particulares.

Jamás soltemos la sondalesa de las manos; y que sean de quien fueren y de donde fueren las doctrinas, lejos de deslumbrarnos por su brillantez, ni desvanecemos por su prestigio, mirémoslas más de cerca, y no nos contentemos hasta no penetrar el fondo.

5. Cabalmente ése es el fundamento de la química, y aun el fundamento de la exactitud de la química. En efecto, cifrase todo su objeto en

separar unos de otros los varios cuerpos que se hallan combinados en uno solo, de suerte que ni existiría la ciencia si no pudiera realizarse la separación de cada cuerpo sin arrastrar consigo alguno de los otros, ni podría alcanzar el menor grado de exactitud si no rastreara unos elementos con exclusión de otros. Por eso se dice que la ciencia está fundada en las leyes de la afinidad, que no es otra cosa sino la tendencia que tiene un cuerpo de preferir a estotro más que a aquél para formar sus combinaciones. De aquí también el juego y excelencia de los reactivos o sustancias empleadas para destruir la combinación con otros cuerpos, efectuándola con ellos mismos. Por consiguiente, lejos de repugnar en nada que el cloro no tenga acción alguna sobre los miasmas del cólera (en la hipótesis de consistir en miasmas esta enfermedad), al paso de ejercer una influencia tan poderosa sobre la humedad de la atmósfera, entra por el contrario este fenómeno en el número de los más ordinarios que ofrece la naturaleza. Iguales consideraciones pueden hacerse respecto de la cal y soda, bases de los cloruros empleados en la desinfección, supuesto que los tales álcalis tan sólo operan absorbiendo la humedad y el ácido carbónico de la atmósfera.

6. El objeto de la presente nota es consignar aquí algunos hechos y consideraciones que la premura del tiempo me obligó a omitir en el oficio. Unos y otras contribuirán a corroborar mis dudas acerca de las ideas recibidas en orden a salubridad. He aquí los hechos sumariamente. 1º En una ciudad como la nuestra en cuyos dos mercados se expende a toda hora toda especie de carnes, que gracias al calor y otras causas exhalan el olor más repugnante; en una plaza donde por las necesidades de nuestras fincas rurales se encuentran por doquiera grandes almacenes de los fetidísimos renglones de tasajo y sebo, se observa que los individuos expuestos a atmósferas tan infectas, lejos de sufrir cosa alguna por ello, son precisamente las mejores muestras de salud y robustez que puede ostentar la población, sin que se haya notado que durante la epidemia se cebase el mal de preferencia en tales personas ni en las de la vecindad, sujetas a la influencia de esas emanaciones animales, tenidas generalmente por tan insalubres.

2º A este propósito recordaré que recién entrado yo en septiembre pasado en el colegio de San Cristóbal, sito a cosa de 70 pasos SSE. de la tenería de Carragua, como impresionado que iba con las ideas recibidas de salubridad, me pareció que sufriría no poco la salud de los colegiales con la fetidez de las materias animales que exhala aquella granjería, y que tan a menudo se percibe en el establecimiento por ser bañado de la brisa a causa de su situación. Adoctrinado, empero, a desatender la letra muerta de los libros, por oír la voz viva de los hechos, desde luego empecé a dudar de la exactitud de mis ideas, reparando no ya

solamente la salud admirable de que todos gozaban, y muchos de ellos con una residencia de 3 años, sino que los más, al cabo de algunos días se acostumbraban de tal manera a aquella fetidez, que dejaba de inmutar su olfato, sin que para aquéllos que continúan en percibirlo, en cuyo número entro yo, se siga el más leve inconveniente. Es de advertir que la mayor parte de los niños que han pisado los umbrales de San Cristóbal en un estado decadente de salud, lejos de haber empeorado se han robustecido considerablemente, como consecuencia necesaria del buen régimen que forzosamente se ha de guardar en un colegio. Apelo sobre el particular al testimonio de los padres todos. Parece asimismo que las tales emanaciones en nada predisponen al mal epidémico, siendo muy de notar que de 180 niños, 22 profesores y ayudantes, y sobre 12 criados entre blancos y negros, habitantes todos del colegio, y que durante la epidemia, se retiraron todos los primeros a sus casas, así en el campo, como en diferentes puntos de la ciudad intra y extramuros, permaneciendo algunos profesores y criados en el establecimiento, ni uno tan sólo ha perecido de la totalidad; y de los niños ni uno siquiera ha sido atacado, a pesar de haberse hallado diseminados en varios puntos, donde ha azotado el mal despiadadamente.

Ahí están los hechos. Al lector toca sacar las consecuencias. Repito aquí lo que expresé en mi oficio respecto de la tenería. No pretendo que sea un preservativo del cólera ni un medio de conservar la salud el vivir en las inmediaciones de una tenería, sino que debe considerarse como una circunstancia del todo indiferente, que no influye ni en pro ni en contra en la salud de las gentes, con tal que se guarde buen régimen alimenticio y otros requisitos higiénicos.

Según el estado actual de nuestros conocimientos, de dos modos únicamente podemos demostrar que los gases conocidos, arrojados por las sustancias animales en putrefacción causen algún trastorno en nuestra máquina. 1º Los malos olores pueden de tal modo afectar el estómago, especialmente en las personas débiles y nerviosas, como las mujeres, que les produzcan desazón, bascas y hasta vómitos abundantes, cual se ve con frecuencia en este clima, donde el excesivo calor tiene sobreexcitada aquella víscera. De esta manera ya se concibe que las emanaciones animales pueden ser respecto a algún individuo hasta causa predisponente de una enfermedad en que tanto sufre el estómago como en el cólera asiático. 2º Siendo algunos de los gases desprendidos por las materias animales totalmente mefíticos, claro está que si nos ponemos a respirar en una atmósfera compuesta exclusivamente o sobrecargada de dichos fluidos, pereceríamos sofocados irremisiblemente. Mas en tal caso moriríamos ahogados y no inficionados, en razón a ser ocupados nuestros pulmones por fluidos aeriformes absolutamente irrespirables, a la ma-

nera que muere un animal cuando inspira agua en lugar de aire, modo de morir que nada tiene que ver, por cierto, con el que caracteriza al cólera morbo. Hay gases, sin embargo, como el hidrógeno sulfurado, el cloro y el vapor del ácido hidrocianico, que son a un tiempo irrespirables y deletéreos, pues ejercen también una acción violenta sobre los tejidos orgánicos. Estos fluidos sí serían comparables a los mismos del cólera, caso de consistir en miasmas esta enfermedad. El hidrógeno sulfurado, en particular, es venenoso hasta en el simple contacto de la piel, y en términos de causar brevemente la muerte al animal que se somete a la prueba. Pero los atrevidos ensayos del esclarecido Humphrey Davy sobre la diversa respirabilidad de los gases nos ponen de manifiesto la enorme cantidad de esas sustancias mefíticas aeriformes que se ha menester para hacer irrespirable el aire atmosférico en un pequeño espacio cerrado. Así pues, establecer la buena ventilación es todo lo que se necesita para neutralizar la acción de semejantes fluidos en nuestra atmósfera; y esto es precisamente lo que nos ha enseñado la experiencia. El mismo remedio es aplicable al hidrógeno sulfurado, pues para que obre venenosamente en la piel de los animales es necesario encerrarlo en vasos llenos de este gas, sin dar entrada alguna al aire atmosférico. Acaso dirá alguno que la acción que ejercen el tanino y la cal en las sustancias animales de las tenerías contribuirá mucho a desvirtuar o neutralizar la naturaleza de sus emanaciones, que en realidad serán malignas. Este reparo se desvanecerá con sólo observar que dichos agentes, aunque operen de un modo peculiar en las sustancias animales, no por eso tienen acción alguna sobre los gases que despiden, como bien lo prueba el hedor que continúa percibiéndose durante y después de la operación, lo mismo que antes de ella. Y si por otro lado traemos a la memoria los hechos que sobre el particular hemos aducido en el discurso de este escrito, casi nos convenceremos que las emanaciones animales no son generalmente malignas en el sentido que se acostumbra a dar a esta palabra. Pero basta de emanaciones animales, y pasemos a otra clase de datos en la cuestión de salubridad.

3º La humedad y situación baja y pantanosa son otras circunstancias a las que suele atribuirse la insalubridad de los lugares. Pero algunos hechos notables, escogidos de entre la multitud que se presenta, harán asimismo variar hasta cierto punto esta opinión tan generalmente recibida. Hablaré desde luego de lo que pasa en nuestro propio país, por ser cosas que a todos inmutan. Yo estoy seguro que si se pregunta a cualquiera de entre nosotros, sin más antecedente, si tiene o no por salubre el pueblo de Regla, desde luego contestará sin vacilar que es caso imposible que pueda serlo, por las razones al parecer muy obvias de hallarse situado en una hondonada, en una playa cenagosa y con calles estrechas y

fangosas casi todo el año, orilladas por casas en la mayor parte de una traza miserable, zampadas, por decirlo así, dentro del mismo cieno. Y efectivamente, ¿quién no diría que semejante sitio, no ya con la agravante circunstancia del grado de calor de este clima, pero aun en las regiones glaciales, no habría de ser forzosamente una sentina favorita de infección y de muerte? Pues bien: a pesar del calor tropical, y con su baja posición y con su lodo y su estrechez, Regla se alza a disputar la palma de la salubridad a los puntos más sanos del orbe. Pasma realmente al examinar los registros parroquiales en una larga serie de años, y muy particularmente en el pasado, no tropezar la vista con más que con 12 ó 14 muertos por mes, sin llegar en muchos a la decena, y a veces ni un cadáver siquiera a la semana, en una población de más de 6 000 almas. Esto ya es competir en salubridad con la justamente afamada Guanabacoa.* Aun durante la epidemia no ha sido excesiva la mortandad de Regla, comparada con otros puntos de la Isla situados en terrenos más altos y más secos o menos húmedos, no obstante haberla tenido todo el tiempo que ha azotado en La Habana. En suma, la mortandad del pueblo en cuestión no pasa de 256 personas según los registros parroquiales; mas siendo cierto que así antes como después de las declaratorias oficiales de la existencia y cesación de la epidemia, hubiese varios casos mortales, se gradúa en 270 a 280 la totalidad; estrago que aparecerá comparativamente tanto menor cuanto duró el mal tanto o más que en la capital. Carraguao en la mitad del tiempo y con la mitad menos de población tuvo doble número de víctimas. Pero esto depende también de causas que no es de mi propósito investigar ahora.

Lo que sí debemos traer a la memoria en la cuestión presente es que hay lugares muy pantanosos en los que sin embargo no se halla siempre el aire cargado de humedad, especie que al parecer tiene toda la traza de una paradoja. Pero reflexionemos que es menester distinguir entre el estado higrométrico del aire, o aquel estado en que se encuentra impregnado de humedad, y aquel otro, seco, en que pueden dejarle los vapores y gases que en su tránsito no se combinan con él. Muchas veces se ve caer la lluvia copiosamente, sin advertirse en el higrómetro un grado tan subido de humedad como otras en que brilla el sol.

* Los datos hablan siempre claro. La población de Guanabacoa, en los meses que no son de temporada, y con el aumento que debe suponerse después del último censo de 1827, a duras penas se acercará a 11 000 habitantes, lo que aún no es el duplo de la de Regla; y sin embargo cotejada la mortandad mensual de la villa con la de este pueblo, tenemos a veces el mismo resultado, y a veces algo más en contra de Guanabacoa respecto a la población de cada punto. Estoy, pues, autorizado para poner a entrambas en el mismo nivel de salubridad, no menos que para asentar que en este particular pueden rivalizar hasta con Londres, siendo ésta como luego veremos, una de las capitales más saludables del mundo civilizado.

Una prueba evidente de ese tránsito que suele hacer la humedad por el aire sin impregnar sus moléculas es lo que observamos en nuestra atmósfera cuando rompe un recio norte, aún después de haber llovido copiosamente. Entonces, a pesar del ansia con que procura el ambiente absorber la humedad, a punto de quedar en pocas horas enjutos los hondos charcos de agua que se forman, ni más ni menos como si se hubieran esponjado; el higrómetro sin embargo continúa acusando más y más sequedad. Así también lo indica la actividad de los aparatos eléctricos en la misma estación, los cuales son quizás los higrómetros menos falaces que poseemos para nuestros climas tropicales. La diversidad de temperatura en las varias capas atmosféricas debe probablemente tener mucha parte en la producción de estos fenómenos meteorológicos. Pero no llevemos más adelante estas consideraciones, a pesar de su importancia, para no eternizarnos en una nota, que por otra parte me veo forzado a prolongar. Sirvanme las ya expuestas como un preliminar para dar a los hechos siguientes todo el valor que se merecen.

La Inglaterra es un país notoriamente húmedo y de atmósfera en extremo variable; y así por estas circunstancias como por las nieblas continuas que cubren su cielo, se acostumbra a considerar entre nosotros como clima malsano, o por lo menos como no de los más saludables. Sin embargo, fácilmente nos convenceremos de cuán pocos países habrá que con él puedan competir en salubridad, si atendemos a la lozanía y robustez que allí ofrece uniformemente la naturaleza humana, mostrándose la especie menos degenerada que en ningún otro país culto, y a la singular excepción de no haberse presentado en la inmensidad de Londres ningún linaje de epidemia en más de dos centurias, mientras que en el mismo transcurso de tiempo no ha habido nación europea que se haya escapado de algunos de esos azotes, sufriendoles no pocas, repetidas veces. No es del momento investigar todas las causas que pueden contribuir a esta salubridad tan especial de los moradores de la Gran Bretaña; pero parece muy probable que se deba hasta cierto punto a la uniformidad, calidad y sencillez de sus alimentos, a no carecer de lo necesario ni aun el último menestral, al extremado aseo en sus personas y en sus cosas, a su afición desmedida por toda clase de ejercicios, a su modo de edificar, perdiendo grandes espacios para ganar desahogo y comodidad, a su pasión decidida por el campo, a y que en general han sabido conformar mejor que ninguna otra nación su género de vida con las miras y fines de la naturaleza.* En una palabra, el inglés es

* Podría agregarse que es común creencia entre la gente del pueblo en Inglaterra que también contribuye a su salubridad el humo del carbón de piedra de que viven rodeados. Por lo menos bien se echa de ver en los robustos operarios de las fábricas que no es dañina su influencia, como podría creerse a primera

hombre que ha sabido sacar partido de la civilización para neutralizar sus necesarios inconvenientes (pues ni la civilización está exenta de ser *mínima de malis*, imitando aquellas pocas pero importantes ventajas que en la parte física nos llevan los salvajes. Esto se echa de ver de un modo bien marcado en su sistema de educación. No se podía escapar a este pueblo esencialmente reflexivo que la educación de la parte física del hombre contribuye muy principalmente a su futuro bienestar, asegurando a un tiempo su salud y sostenido para luchar contra los males físicos y morales. Así es que sitúan ordinariamente sus colegios y escuelas, como otros tantos planteles, fuera de poblado, donde haya más aire libre para que respire el muchacho, espacio franco para que corra a pie y a caballo, cuesta encumbrada para que suba y baje, arroyo caudaloso donde se bañe y nade; en suma, sitios capaces para practicar todos aquellos ejercicios gimnásticos que, dando vigor al cuerpo, inspiran a nuestra alma cierta confianza en las propias fuerzas y el consiguiente amor a la independencia, madre de la industria. No en balde se embotan los dardos más penetrantes asestados contra la salud en tan atléticas condiciones. Me atrevo a asegurar que si la crápula maldita, epidemia dominante del pueblo británico, no viniera a desvirtuar los benignos influjos de todas las causas expuestas, no habría pueblo sobre la faz de la tierra que ofreciera más numerosos ejemplos de longevidad. En fin, este orden de vida transmitido de generación en generación en todo un pueblo, no es extraño que con el transcurso de los tiempos logre modificar el temperamento y constitución de los individuos, convirtiendo a los débiles en fuertes, y haciendo a los fuertes casi invulnerables. De esta manera se concibe cómo hayan contrarrestado estos hombres, a fuerza de industria y de saber, hasta las influencias maléficas que pudiera tener el clima, influencias de que efectivamente adolecía el suyo, según el testimonio positivo de la historia antigua de la nación y la moderna de la capital.

Rectificadas así nuestras ideas en cuanto al clima de la Gran Bretaña, no nos debe causar tanta sorpresa que en millón y medio de habitantes que por lo menos cuenta la enorme Londres, isólo 3 248 personas haya inmolado la más cruel de todas las plagas! Yo habré de confesar empero

vista. Mas como de no ser nocivo a ser saludable un agente hay todavía alguna distancia, no he llevado otra mira en este caso sino recordar un rasgo también característico del país cual es su extraordinario consumo de aquel combustible. Por lo demás, en una materia como ésta, en la que nos hallamos tan a oscuras sobre la influencia de las causas modificadoras, no se debe omitir circunstancia alguna peculiar: todas merecen estudiarse, porque donde menos se espere puede descubrirse el enigma. La historia de las ciencias es un continuo testimonio de esta verdad.

que sin dudar de la eficacia de las causas alegadas, todavía no me parecen suficientes a explicar fenómeno tan portentoso de salubridad. Figúrase mi fantasía traslucir que otras circunstancias locales deben tener una parte muy principal en el resultado; pero esas circunstancias locales se nos ocultan completamente. No cabe duda que las condiciones mencionadas pueden influir en tales términos sobre la economía animal, con el lapso de los tiempos, que se opongan a que los individuos sujetos a ella contraigan la predisposición para tales y cuales enfermedades, proporcionando una especie de broquel impenetrable a los habitantes del país en cuestión. Pero ¿no es demasiado reducido todavía el número de víctimas respecto de la población? ¿Y que por ventura en el pueblo inglés, no por cierto de los más sobrios, no halló el mal pábulo bastante en que cebarse por faltas cometidas contra el régimen? ¿Por qué, pues, no cundía a lo menos por entre las clases inferiores, que en razón de sus habituales desarreglos debían estar tan predisuestas? Acaso se dirá que sus progresos fueron atajados por las eficaces providencias sanitarias que la penetración y actividad inglesa supieron excogitar y practicar. Muy enhorabuena, que tampoco yo trato de despojar a las medidas precautorias y curativas de la parte de triunfo que les pertenezca; pero también en Francia, en Prusia, en Austria, se adoptaron las mejores medidas de todas clases, y sin embargo en solo París, para no citar las demás capitales, con la mitad menos de población que Londres, llegó la mortandad a los 7 tantos de la metrópoli inglesa.

Otro dato no menos decisivo en favor de la salubridad de Londres es su escasa mortandad en tiempos ordinarios. Según varias tablas necrológicas que tengo a la vista, resulta que allí muere un individuo por cada 58, mientras que aquí fallece uno por cada 25. Tenemos, pues, la espantosa diferencia en contra nuestra de cerca de las tres cuartas partes más de mortandad. Este resultado adquiere doble importancia, si reparamos que no es la Habana de las capitales peor libradas en orden a la salubridad; pues algunas ciudades, así de Europa como de ambas Américas le sacan en esta parte la más triste de las ventajas. Por lo demás, me he abstenido expresamente de traer a colación otro elemento del problema, por más esencial que sea a su resolución: quiero hablar de los diversos sistemas curativos que se han seguido en las varias partes pues siendo en extremo difícil, por no decir imposible, aun para los mismos facultativos, el determinar a cuál de ellos debería darse la preferencia, no ya para la generalidad de los pueblos, pero aun respecto de cada país, y habiéndose empleado en casi todos ellos, nada se puede sacar en limpio para el caso presente. Una sola conjetura ofreceré a la consideración de los peritos que, así por lo que pueda importar, como por haberse tratado del clima y temperamento de los ingleses, no viene aquí tan fuera de lugar. Se admiran muchos de que los médicos de esta nación se atre-

van a usar del calomelano en dosis verdaderamente enormes, pretendiendo al mismo tiempo hacerlo con éxito, o al menos sin grave detrimento de los pacientes. Pero yo creo que si se atienden a la naturaleza robusta de los bretones y a la circunstancia de que tienen sus estómagos ya acostumbrados al estímulo de los licores espirituosos, pues aun los más sobrios beben ordinariamente más que nosotros, no debe causar extrañeza que necesite su organismo de un remedio más enérgico o en más cantidad para ser excitado del mismo modo. Y he aquí el motivo por qué tanto los médicos septentrionales como los meridionales tienen razón, los unos en preconizar y los otros en temer la acción del heroico calomelano. Valga este solo ejemplo para llamar la atención sobre el delicado arte de modificar los remedios según los países y las personas. ¡Tan cierto parece que el sistema de las relaciones es el sistema que gobierna el mundo, y más que todo, el mundo organizado!

Resulta pues, en último análisis, que deben existir otras circunstancias peculiares, ya sean atmosféricas o bien terrestres, totalmente escondidas para nosotros, que en concurso de las demás causas alegadas, o por sí solas, conspiran a producir el pasmoso resultado de salubridad a que dio origen esta discusión. Y si no, ¿cómo en la ciudad de Santiago, a 5 leguas de la Habana, atravesada no menos que por dos caminos frecuentadísimos, sobre todo durante la epidemia,* no se ha presentado hasta ahora el enemigo, y esto habiendo invadido puntos intermedios y comarcas? Tampoco ha visitado el Bejucal, una legua más adelante; y si bien apareció muy a los principios en San Antonio, a dos más allá, fue tan efímera y benigna su influencia, que no pasó de un par de días con otros tantos casos. Pero ya oigo responder a un sinnúmero de personas que todos los lugares indicados se hallan en comarcas tan notoriamente secas como saludables, donde por consecuencia no encuentra vehículo adecuado al medio inficionante. Repito que lejos de ser mi ánimo negar la influencia modificadora de las causas locales, la parte de este escrito que voy extendiendo es con el preciso fin de establecerla y corroborarla. Lo único de que trato es desechar las que se asignan, por ser todas ellas rechazadas igualmente por los hechos. En una palabra, tenemos con las mismas circunstancias conocidas, a veces resultados iguales; y otras, identidad de efectos con desemejanza de causas. Pero en el orden físico es imposible obtener distintos efectos generales con las mismas causas generales; luego deben escaparse a nuestra penetración y a nuestros me-

* Me consta que ha habido día durante la epidemia de parar más de 200 personas, muchas de ellas de la capital, sólo en la tienda del Rincón.

dios de conocer las circunstancias delicadas que forzosamente han de constituir la diferencia de lugares al parecer idénticos, así como se nos deben ocultar los agentes que producen unos mismos fenómenos en una diversidad de circunstancias.

Difícilmente podría ofrecerse un medio más adecuado para ilustrar estas ideas y todo el tenor de la presente memoria que la sencilla exposición de los efectos de la epidemia en la Bélgica, la Holanda y señaladamente Amsterdam. ¿Quién creería, en efecto, según las nociones recibidas, que en terrenos de un nivel tan sumamente inferior respecto de los límites, que han merecido a esas regiones la denominación de Países Bajos, en clima tan conocidamente húmedo, en una llanura toda suave y anegadiza, donde no se encuentran ni guijarros, ni roca, ni una altura siquiera para variar la vista, quién creería que habiendo invadido el cólera morbo un territorio semejante, quedarán ileas ciudades populosas, y otras apenas fueran atacadas?

Pero todavía es más sorprendente la historia del mal en Holanda, a causa de ser en este país aparentemente aun más favorables las circunstancias que en la Bélgica. Todo el mundo sabe que el territorio de la Holanda no comoquiera es bajo y anegadizo, sino que ha sido una verdadera conquista hecha al mar por el hombre, en términos de estar la tierra cercada de diques para oponerse a las irrupciones del océano, que se halla sobre su nivel. No menos debía contribuir, según las ideas recibidas, a la insalubridad de un país tal, la circunstancia de ser interceptado en todas direcciones por un número excesivo de canales, cuyas aguas, en la mayor parte estancadas y verdosas, son asimismo sumamente fétidas. Veamos, sin embargo, lo que ha pasado.

No bien se presenta el mal en Scheveling, pequeño pueblo de pescadores sito en la playa, vuela como era natural a La Haya, distante sobre media legua; y cuando era de temer se cebase horrorosamente en esta capital, en donde he visto yo mismo, en medio del exquisito aseo que reina, y es distinto de toda la Holanda, aguas muertas y verdosas, no sólo en los canales, sino hasta en unos grandes estanques hacia el centro de la ciudad, a pesar de todo no hizo más que pasar el azote, dejando apenas uno que otro vestigio de su saña. Pero esta benignidad puede todavía llamarse crueldad, habida cuenta con la población respecto de lo ocurrido en la populosa Amsterdam, que bajo todos aspectos estaba en peor predicamento que La Haya para que el enemigo hubiera ejercido sus devastaciones. Pintemos pues a la capital de Holanda en dos palabras: una población de cerca de 300 000 almas, hacinadas en casas de 5 pisos, situadas en unas callejuelas estrechas y sobre pilotaje, descansando todas en un puro pantano, y cuyas paredes inclinadas oblicuamente hacia la calle por una construcción especial que las cierra más arriba, obstruyen más también la ventilación; y otras, aunque mirando a calles espaciosas

y orilladas de árboles, tienen el inconveniente de hallarse cruzadas éstas por un sinnúmero de canales, que para no ser interrumpidos en su curso ni estorbar el de los caminantes, están separados por más de 300 puentes levadizos, y cuyas aguas de suyo fétidas e inmundas, las pone tanto más hediondas y revueltas el inmenso tráfico de barcos que por ellas corren. Pero aún no paran aquí los fatales auspicios que parecían amenazar la existencia de aquella capital. Concurría en ella otra circunstancia muy agravante para que el enemigo hubiera sentado sus reales, convirtiéndola en un foco inextinguible de infección y de muerte. En ninguna capital de Europa se encuentra proporcionalmente mayor muchedumbre de judíos avecinados que en Amsterdam. ¿Y por ventura en los suburbios? Nada menos que el mismo centro de la población ocupan estos miserables hijos de Israel en número de más de 30 000. Mas para dar todo el mérito debido a semejante circunstancia, es necesario formarse una idea aproximada de esta infeliz raza proscrita. En nuestro país no le hallamos punto de comparación, ni entre la clase más abyecta, con respecto al extremo desaseo en que viven; siempre se les ve andrajosos, con las barbas crecidas, amontonados en casas lóbregas y reducidas, pálidos, descarnados, mal alimentados y peor asistidos. Baste decir que si un judío revolviendo un basurero, tropieza por casualidad con un vestido que conserve una sombra de su figura, todavía se considerará indigno de ponerlo, y muy digno el hallazgo de ser aderezado para ser vendido. Los más de ellos, efectivamente, ejercen los oficios de tratantes y ropavejeros; y jamás se les notará que cubran sus carnes sino con taraceas zurcidas de inmundos y raídos girones. En una palabra, el ropaje es señal no menos característica que el rostro para reconocer a un judío. Ahora bien, a pesar de tales y tantas circunstancias en apariencia tan adversas, que no parece sino que se excogitaron adrede para establecer o derrocar el sistema de salubridad, en Amsterdam, digo, con una permanencia de cerca de 3 meses, ino arrebató el terrible cólera más que 8 centenares de individuos!

He aquí un dato que por sí sólo echa por tierra todas las ideas recibidas en orden a salubridad. Por mi parte he procurado presentarlo de una manera bien circunstanciada, así a causa de ser poco conocido, como por haberlo juzgado digno de la atención de los facultativos observadores. Su autenticidad descansa en el testimonio de una gaceta de Hamburgo, cuya fecha no cito por haberseme extraviado tiempo ha, pero afortunadamente está más que reemplazada la falta con la autoridad irrecusable del señor don Guillermo Lobé, cónsul general de Holanda en esta plaza, a quien acudí desde luego como a la mejor fuente para cerciorarme de la verdad del hecho. Este sujeto apreciable ha tenido la bondad no solamente de ratificármelo, sino de prestarse con su complacencia acostumbrada a satisfacer

cuantas preguntas me ocurrió dirigirle sobre la historia de la epidemia en su país nativo.

No será mal apéndice a este capítulo la historia de lo pasado aquí en el Castillo de Atarés. Esta fortaleza, a pesar de hallarse rodeada de una marisma pestilencial, no ha tenido un solo caso de la enfermedad en los 80 hombres que la guarnece. Semejante resultado no puede atribuirse a su situación elevada, pues el Castillo del Príncipe, que está a más elevación y es mucho más amplio y mejor ventilado, no pudo escapar del azote, aunque no fue grande el estrago. Tampoco se crea que fuese debido a la incomunicación, pues si bien es verdad que en un principio se mandó observar esta medida respecto de todas las fortalezas, desde luego se tocó que la necesidad de comprar los víveres para el consumo diario, la hacía completamente ilusoria.

Tampoco quiero perder la oportunidad de agregar una observación que viene muy al caso. En las grandes poblaciones septentrionales de los Estados Unidos, país donde suele reinar la humedad a un grado tan excesivo, cual no tenemos idea en este clima, no ha causado la epidemia tantos destrozos como en regiones de más sequedad. Baste decir que en los días en que soplaba el viento del E., y no son pocos al año, en la ciudad de Nueva York, me acuerdo haber observado con frecuencia, en 1828 y 29, las paredes y las tapias de las casas manando agua materialmente. Este fenómeno se advierte en cualquier tiempo del año, pero es más común en el invierno; y si por otro lado reparamos que en el verano excede muchas veces la temperatura de Nueva York a la nuestra en 8 y 10 grados a la sombra, nos persuadiremos de que, según las ideas recibidas, y con una población superior en más de 70 000 almas a la de la Habana, debió haber sufrido una mortandad, si no mayor, a lo menos igual a la de esta ciudad, proporcionalmente. Pero los resultados han patentizado una suma inferioridad. Finalmente, debo advertir que así como en nuestra atmósfera no tenemos ejemplo de aquel término extremo de humedad, tampoco podemos encontrarle comparación a la excesiva sequedad que allí suele experimentarse. En resolución, es clima el norteamericano donde suelen sentirse todos los climas en el espacio de 24 horas.

Estas condiciones son indisputablemente fatales a la constitución humana, dando origen a la tisis pulmonar y a otras varias dolencias que aquejan a los moradores de este país; pero de ahí no se infiere precisamente que ofrezca más pábulo al cólera morbo que otra región cualquiera puesta en circunstancias más favorables de clima. Esta es la lección que nos ofrece constantemente el cotejo de los datos suministrados por distintos países. Dejemos siempre hablar a los hechos, y no nos empeñemos en generalizar a una clase de fenómenos las causas que convienen a otros. He aquí el medio seguro de complicar las cuestiones difíciles más de lo que ellas lo

están naturalmente; y ya que no nos es dado remover los obstáculos existentes, esforcémonos a lo menos en no multiplicarlos al capricho. Pero volvamos al asunto.

Por lo que llevo dicho, tratando de Inglaterra, paréceme excusado hacer mérito de las disposiciones precautorias y curativas que contra el mal se adoptaron en Holanda; pues aunque raya en lo imposible excogitar mejores ni más eficaces providencias que las que se pusieron en planta; y aunque esté yo tan lejos como he manifestado de negar su parte del lauro a las medidas sanitarias, con todo nadie dejará de convenir por lo expuesto en que esta causa es harto insuficiente para explicar por sí sola ese resultado de mortandad tan prodigiosamente reducido. Hasta el presente por lo menos, parece que la salubridad de los países es un problema, cuya resolución pende de muchos elementos o concausas especiales, que todos cooperan a producir un resultado característico.

Pero aún no he finalizado con el preciso dato que nos ofrecen la Bélgica y la Holanda. ¿Qué diremos a vista de él sobre las aserciones del señor Brandin acerca de la influencia de la humedad y la evaporación en el desarrollo de la epidemia? Aserciones a las que parece dar tanto mas importancia, cuanto, no satisfecho con desenvolverlas en la introducción, las reproduce en la página 69 de su *Tratado del cólera asiático*. En ambos lugares insiste en que la humedad es una de las circunstancias que más favorece el desarrollo del mal, habiéndose observado “que los países y ciudades en que el cólera ha hecho más destrozos, casi todos ellos están situados en los terrenos de que hemos hecho mención primero (esto es, los terciarios y de aluvión)...”. Y más adelante: “el cólera se ha propagado con rapidez e intensidad en aquellos países en que los terrenos terciarios y de aluvión ocupan una extensión dominante, al paso que se extendía con dificultad, perdía mucha intensidad, y aun se extinguía muy en breve en los que están formados por terrenos más antiguos, y con particularidad en los que reinan formaciones primitivas”. De aquí saca el autor la consecuencia, a su ver muy importante en la práctica, de no deberse regar las calles en tiempo de cólera, sino al contrario secarlas completamente, y disminuir así la superficie mojada, para disminuir la evaporación. Estas deducciones fueron sin duda sugeridas por las observaciones que llegarían a noticias del autor hasta la publicación de su libro, por otra parte tan apreciable. Pero sin extenderme en más extractos, ya el lector tiene los datos suficientes para graduar el valor de esta doctrina, probándola en el crisol que le brinda la historia de la epidemia en el terreno más húmedo del orbe, y que está tan lejos de ascender a la esfera de primitivo, cuanto es una conquista hecha al mar, que a no ser por los baluartes que la defienden, volvería a recobrarla su primitivo dueño.

De cuanto se ha dicho en el discurso de esta nota resultan dos conclusiones generales, a las que me será lícito llamar la atención de los investigadores: 1^a. Puede un lugar ser saludable, con apariencias de enfermizo, y al contrario. 2^a. Aun cuando un país sea realmente insalubre, por engendrarse fácilmente enfermedades comunes a todos, o peculiares a él, no por eso se puede inferir si lo será o no respecto del cólera asiático. Efectivamente, en vista de las anomalías que ha presentado esta epidemia, burlándose de todos los cálculos humanos, no sé quién se atrevería a predecir que, caso de aparecerse, por ejemplo, hasta en las Lagunas Pontinas, había de causar forzosamente los más horribles estragos, por la circunstancia de ser este territorio tan notoriamente insalubre, sin que por esto pretenda yo negar la predisposición que ocasionan varias enfermedades. Pero aun estas dolencias acaso sean contrarrestadas por el influjo de otras circunstancias. Igual raciocinio debe aplicarse a un país que fuera conocidamente saludable, y con todas las condiciones más propicias para oponerse al desarrollo de otras enfermedades comunes. ¿Quién sería osado a pronosticar acerca de la introducción del mal en un territorio semejante, o acerca de sus progresos, una vez introducido? Mas diré: aún puede acontecer que un clima favorable a la propagación de otra clase de epidemia, no lo sea por precisión para la del cólera asiático y viceversa. Jamás he repugnado concebir que un país sea propicio al desarrollo de ciertos males más bien que de otros, con exclusión absoluta de algunos. Hartos ejemplos nos ofrece la Naturaleza, así respecto de los países como respecto de las personas. Vemos que las mismas causas modifican sus efectos según los individuos en quienes operan, sin que esto nos llame la atención. Así observamos v. g. que los que se embarcan experimentan el mareo en distinto grado, evitándolo algunos absolutamente, conforme a la predisposición de sus estómagos, advirtiéndose la particularidad de que no son precisamente los más delicados de esta viscera los que más sufren de aquel mal, sino muy frecuentemente las personas mejor constituidas en esta parte. Por consiguiente, nada más conforme al orden natural que cierta fortaleza respectiva en cada uno de los individuos, pues el mismo hombre, en quien predomina el sistema sanguíneo, v. g., a pesar de la robustez de que goce, puede sucumbir a aquella propia causa, de la cual sale triunfante el débil, pero tal vez menos susceptible nervioso. No es posible alcanzar hasta qué grado pueden diversificar estos fenómenos la variedad y combinación de los temperamentos. Así se ha verificado en la epidemia. Este monstruo insaciable no se ha contentado con devorar los abundantes rastros de la humanidad, sino que a veces ha escogido sus víctimas de entre la flor misma de la especie, y he aquí cabalmente los fenómenos más ordinarios, pero no menos secretos de la misteriosa economía animal. Mas tratóse del cólera asiático que tantas extrañezas ofrece, y ya eso basta para que aun lo más

ordinario pasara a ser extraordinario e inaudito.

Confesemos, empero, que son interminables las investigaciones e infinitas las consecuencias a que dan margen los fenómenos y anomalías de este mal *sui generis*, comparados con nuestros datos conocidos, por no hablar de los desconocidos. Mas para recoger estos últimos y emprender semejante estudio se necesitaría la cooperación de muchos investigadores en cada país respectivo, llevando noticia exacta de causas locales, influencia del aire, de la temperatura y de los alimentos, como preliminares para tan delicados trabajos. A este último punto llamaría yo más especialmente la atención, pues tengo para mí que de su uniformidad y calidad pende más que de todos los otros agentes externos la conservación de la salud. Yo casi no tendría reparo en afirmar que los progresos en el arte de condimentar deben numerarse entre los más funestos presentes que nos han acarreado los refinamientos sociales. Imitemos en esta parte el juicioso tesón de una de las naciones más cultas, pero menos llevada de los halagos de la moderna gastronomía.* Lo mismo se alimenta hoy día toda la Inglaterra que en tiempos de la reina Isabel; el mismo roast beef ocupa la mesa del opulento lord que la del infeliz aldeano; si bien el tiempo y el roce con otras naciones han hecho modificar algunos usos de la vida a unos hombres los más apegados a los suyos, siempre han permanecido firmes y consiguientes a su sistema de primitiva sencillez en la preparación de los manjares. Las bellas cuanto abundantes muestras de salud que nos ofrece este mismo pueblo, deben fijar nuestra consideración acerca de las ventajas de la dieta animal sobre la vegetal, o mejor dicho, sobre las ventajas de una dieta bien combinada de sustancias inocentes y alimenticias de ambos reinos, porque hay mucho exceso en el uso indistintivo de varios vegetales que se tienen por inocentes, y en realidad traen las más fatales consecuencias. A los facultativos auxiliados por las luces de la química, toca ilustrar a la opinión sobre esta importante materia, en la que todavía quedan muchos problemas por resolver, y de los resuel-

* Llega a tal punto el estragamiento, a fuerza de querer refinar, que en algunos países europeos, a la cabeza de la civilización, aguardan a que ciertos manjares den ya señales de putrefacción para ponerlos a la mesa. Así sucede indefectiblemente con ciertos quesos, y de ordinario con la caza. Choca asimismo la extravagancia en el peligroso empeño de comer ciertas producciones, de las cuales algunas clases son venenosas, cual acontece con las setas, como si los tesoros que la Naturaleza y el arte combinados ofrecen a nuestros sentidos, no bastaran todavía para satisfacer el apetito. ¡Tal es la condición de los miserables mortales!

Advirtamos para nuestro propósito que en países de semejante régimen ha hecho el mal no pocos estragos aún en las clases acomodadas.

tos, muchas soluciones por inculcar. Pero sea cual fuere en esta parte el resultado de sus observaciones aplicadas a nuestro país, nunca deberá olvidarse que la uniformidad en los alimentos parece ser punto esencial para conseguir el fin deseado; siendo así que cualquiera que sea la naturaleza de las sustancias, es tal el imperio del hábito en la economía, que el estómago llega a digerir a fuerza de costumbre hasta las materias más difíciles y rebeldes. Así, pues, el principio de la uniformidad de los alimentos descansa en una ley invariable del organismo humano. Inútil parece advertir las modificaciones que pide el clima, las cuales en mi concepto más bien deben recaer sobre la cantidad que no la calidad de las sustancias. Jamás podrá el habitante de la zona tórrida devorar tanta carne impunemente como el morador de las zonas frías y templadas; y por más que parezca una paradoja, no es menos fácil demostrar “que aquellos países donde más pérdida sufre la economía animal, son precisamente donde menos se pueden reparar por el sustento”. El excesivo grado de calor a que están expuestos constantemente los moradores de los climas cálidos, debilitando en extremo sus estómagos, los constituye en más necesidad de ser fieles observadores de esta ley. Tras la más mínima infracción de ella viene el desorden de las funciones digestivas, tras el desorden de las funciones digestivas, el disgusto en el corazón, la ofuscación en la cabeza, el desaliento y el temor, el lento y cruel azote de la melancolía. Por el contrario, si marchan bien las funciones digestivas, todo marcha debidamente en nuestra máquina; se experimenta aquel grato equilibrio de la economía que produce una especie de contento físico; y presidiendo tan solo quien debe presidir, desaparece el imperio de todas las pasiones humillantes. La sobriedad es la madre de la salud, y la salud, la madre del bienestar. Así quisiera yo ver grabado en nuestros corazones aquel dicho profundo de un filósofo que merece colocarse por norte en los confines de la higiene y de la moral: “el estómago es el gran órgano de la felicidad”.

Pero tiempo es ya de dar punto a esta nota dilatadísima que mi amor por la verdad y por la humanidad me han hecho prolongar insensiblemente. Confesemos también que la gravedad del asunto hubiera bastado por sí sola a tentar al menos dispuesto a examinarlo. Efectivamente, cada uno de los puntos que se han tocado en el discurso de ella, merece una discusión particular; y aunque quizás no es ésta mi despedida del cólera asiático, no puedo menos de sentir con tal motivo la falta de conocimientos médicos en que laboro, porque me priva de muchos puntos de comparación y de sacar todas las consecuencias que de las comparaciones se desprendan.

A vuestras meditaciones, pues, ioh ilustrados facultativos de mi patria!, someto estos hechos que por algún tiempo han sido el blanco de

mis dudas. Yo he procurado desempeñar la parte de fiel compilador, respecto a las ciencias auxiliares a la de la de Esculapio; y si acaso me echareis en rostro que un profano a veces se propase hasta vuestra misma jurisdicción, perdonad estos deslices a mi pluma en gracia de los móviles puros que la dirigen. En recompensa, no os quejaréis por cierto de que ella preconice los auxilios de las demás ciencias. A vosotros compete la doble cuanto ardua tarja de cotejar lo que existe y de suplir lo que falta. ¡Ojalá que en vuestras manos brotara de estos datos siquiera un destello de luz, si no bastante todavía para poder guiar en tan tenebrosos caminos, al menos suficiente para alumbrarnos que es necesario tomar otro!

7. La cuadrilla de sepultureros constaba primeramente de 25 negros alquilados sobre los 3 de dotación del cementerio; y así para dirigir los enterramientos como para conservar el orden, destinó el Gobierno una partida de 12 hombres y un sargento con residencia en el Campo Santo. Mas aumentando luego el número de cadáveres, se pidió un refuerzo de gente al depósito de la Real Junta de Fomento, de donde se llegaron a enviar hasta 58 en diferentes días. Entonces fueron despedidos los jornaleros. Digo en el texto que “ni uno solo de los enterradores experimentó la más leve novedad en su salud”. Así fui informado en un principio; pero mejor instruido después, tanto por parte del señor Capellán del Cementerio como por los estados de la enfermería del depósito, he averiguado que de los 43 negros primeros murieron 2 ó 3, y de los 58 tan sólo 4, sin haber sufrido lo más mínimo la partida de soldados blancos. El amor a la exactitud es el único motivo que me ha impulsado a extender unos pormenores de donde resulta la corrección que se ve, pues esa mortandad reducidísima de sepultureros, lejos de desvirtuar, corrobora mi modo de ver, es decir, que la circunstancia de manejar cadáveres no influye, a mi parecer, ni en pro ni en contra de la enfermedad. Si así no fuera, ¿cómo no murió, por lo menos, la mitad de los enterradores siendo, a fuer de africanos, un material tan predispuesto? Otro tanto puede decirse de los carretoneros empleados en el transporte de cadáveres y sus despojos en número de 28 blancos y 10 negros; pues de los primeros sólo murieron 3, y de los segundos, la mitad.

Esto supuesto, pareceme que podrían alegarse dos razones para explicar este fenómeno, y en apoyo de mi conjetura. 1º Como el enfermo convertido en cadáver cesa ya de respirar y transpirar, pocos o ningunos serán los efluvios malignos que puede despedir, aun suponiendo que en las visceras y líquidos dañados esté todavía el germen de la infección, como parecen probar los experimentos de Magendie, que ha comunicado la enfermedad a algunos animales inoculándoles la sangre de los coléricos. 2º Lo dicho se entiende antes de comenzar la putrefacción; pero ya una vez entablada, se

desprenden emanaciones, que pueden ser capaces de comunicar la infección. Este inconveniente queda obviado con la prontitud de los enterramientos, para no dar lugar a que llegue la corrupción; que es lo que cabalmente se ha practicado. Pero aun cuando ya la hubiera, como en el caso de Nueva Orleans, de quedar los cadáveres expuestos al aire libre, tampoco se infiere forzosamente que habría de seguirse la infección, pues si bien salen entonces efluvios abundantes, éstos consisten en gases conocidos, que por sí y en virtud de la misma putrefacción, que es una causa sumamente poderosa, pueden neutralizar los miasmas coléricos. Por fin, todo el valor de estas razones es, en resumen, que así puede suceder. El lector sabe que no soy dado a las conjeturas; mas una conjetura no es tan despreciable, mientras la experiencia, o siquiera la analogía, no demuestre su imposibilidad.

8. Cuanto se ha escrito, cuanto se ha trabajado sobre esta misteriosa enfermedad, es un puro y repetido comentario de mi dicho. Así es que esta nota parecería excusada. Sin embargo, trato de presentar más una que otra reflexión para hacer ver que en esta clase de cuestiones hay a veces más falta de lógica que de física. Con sólo deshacer una equivocación se contribuye a los progresos de las ciencias. Entre las causas que se atribuye el cólera morbo en su origen se numera la mala calidad del arroz cosechado en 1817 y los peces cogidos en el Ganges, con que se alimentaron aquellos habitantes, opinión que cayó por sí misma, agregan algunos autores, así que se vio cundir el mal por países que no se alimentaban con el arroz de Bengala ni habían probado los peces del Ganges. Ahora bien, sea o no sea verdadera la causa alegada, del hecho de no haber esos alimentos en otros países no se deduce que el mal en su principio no fuera ocasionado por ellos. Porque muy bien puede desarrollarse un veneno cualquiera en un país por causas especiales y bajo determinadas circunstancias, y sin embargo comunicarse a otro en que no existan semejantes condiciones, o que sólo existan algunas capaces de modificarlo. Esta no es una mera suposición, sino la historia de lo que ha pasado con todas las clases de epidemias o males nuevos comunicables, que de siglo en siglo han afligido a nuestra especie. Por ventura el venéreo, la sarna (en las que nadie niega el contagio), la peste del Levante, la peste negra y hasta el mismo cólera ¿se han aparecido espontáneamente en muchos parajes a la vez? ¿No han tenido siempre una cuna? Luego han aparecido por causas especiales, conocidas o secretas, y una vez ya desarrolladas, se han trasladado a otros lugares que se hallan en circunstancias diferentes, y a las veces contrarias. Aquí tenemos, pues, un ejemplo sensible de cuán fácil es que se vayan copiando las malas deducciones de unos autores en otros, sin que unas consideraciones tan obvias hayan concurrido a su entendimiento. Depende esto sin duda de la falta de aten-

ción con que se miran ciertas materias, o por considerarse indignas de ella, o por tenerse como ya demostradas. Quizá de lo último veremos también alguna prueba en otro lugar. Por ahora sigamos con nuestro propósito.

Yo concibo que el agente maléfico del cólera, así como los de todas las demás epidemias que han aparecido, deben haber resultado de causas especiales, que habrán ido influyendo en la economía por cierto transcurso de tiempo y pervirtiendo el organismo hasta el punto de desarrollar la nueva enfermedad. Así es como únicamente se puede entender la aparición y desaparición de ciertos males epidémicos en el lapso de los siglos. ¿Acaso es creíble que el sabio autor del mundo derramara los gérmenes de las dolencias que nos aquejan en el risueño campo de la Naturaleza? ¿No es más probable suponer que la ignorancia de las leyes físicas y la infracción de estas mismas leyes hayan producido la larga lista de enfermedades epidémicas que afligen a la humanidad? Los males una vez desarrollados, ya se concibe como transmitidos por la generación, se hacen comunes a todo un pueblo, hasta el punto de alterar su constitución de una manera peculiar. Para alcanzar, pues, siquiera una vislumbre de las causas preparatorias de una epidemia, sería necesario poseer una noticia exacta de las circunstancias del país que le dan el ser, y una historia detallada, así antigua como moderna, de los hábitos y costumbres de sus habitantes; trabajo que hasta ahora nadie ha emprendido respecto de esas regiones orientales, y que tampoco es fácil emprender. Sin embargo, las analogías nos pueden guiar hasta cierto punto en una materia tan obscura. Véase lo que ha pasado con enfermedades cuya naturaleza es ya conocida a la ciencia. Por muchos siglos antes de la introducción del venéreo estuvieron los hombres indudablemente cometiendo excesos de esta clase, sin que se siguiera la terrible infección que atacó a nuestra especie en la más importante de sus funciones; pero acaso en el mismo siglo xvi se reunieron circunstancias nuevas especiales en el país en que estalló este mal, o bien los mismos excesos cometidos en un largo transcurso de años hubieron de ir debilitando la máquina, en términos de hacerla más susceptible de impresionarse por los agentes que hasta entonces había resistido. Esto mismo, o causa semejante, puede haber sucedido con el cólera morbo; y así también se puede concebir que unos mismos agentes produzcan no ya diferentes grados de la misma enfermedad, sino hasta enfermedades notablemente distintas en sus efectos. Descríbanse muy enhorabuena las circunstancias topográficas del Indostán, que todo se necesita cuando se marcha a tientas, pero hasta que no tengamos la historia del régimen de vida de sus moradores, así en lo antiguo como en lo moderno, careceremos de uno de los datos capitales para esclarecer la materia.

Sería necesario reunir infinitos hechos: pero los hechos no perjudican por ser numerosos. La dificultad está en clasificarlos, pero observémoslos bien, y ya es un gran paso para conseguirlo.

Las consecuencias de estas ideas tienden sin duda a favorecer la opinión de los contagionistas. Pero al hallarse tratada la materia con toda su extensión en la Carta del Editor, es un nuevo motivo que me excusa de entrar en su examen. Sin embargo, no puedo menos de hacer una observación. Si bien se examina el asunto, no hay en rigor quien no crea en la comunicación del mal, incluso los más acérrimos anticontagionistas. ¿Cómo es posible negar que pasa de un país a otro después de haber leído su itinerario? ¿Cómo apenas los médicos europeos lo vieron en Polonia, creyeron ya irremisiblemente invadida toda la Europa? Poco importa para probar la propagación que se difunda por infección o por contagio, tan fácil es concebir lo uno como lo otro, o que ambos medios operan a la vez. ¿Qué dificultad hay en percibir que al cabo de reinar algunos días la enfermedad en un país, se halle su atmósfera contaminada con las emanaciones que han despedido los enfermos? Y si no se hace violencia el concebir la propagación respecto de unos efluvios, cuanto más fácil será relativamente al contacto inmediato de un cuerpo, de donde han salido los mismos efluvios. Tan probable me parece que así es como se forman todos allá, en su mente, la idea de la enfermedad, cuanto hasta los más obstinados opositores del contagio, se hacen traición a sí mismos, en llegando el caso de representar ciertos hechos, suministrándonos su lenguaje una pintura fiel de sus pensamientos. Básteme citar en comprobación las mismas palabras del señor Brandin, uno de los más esforzados campeones que ha tenido el anticontagio. Tratando este sabio facultativo, guiado por la analogía de los países en que probablemente se verían libres o invadidos del azote, dice entre otras cosas: “y si se presentan algunos casos de cólera, o se han presentado ya, serán tan raros que se los debe considerar como débiles chispazos lanzados a lo lejos por un foco común de incendio; pero que no han encontrado materia combustible en qué cebarse, o siendo muy poca la que hallan, no producen efecto alguno”.

¿Puede haber una confesión más paladina ni más circunstanciada de la existencia de una infección? Casualmente no le falta requisito, pues no tan sólo hay miasmas o efluvios (chispazos lanzados desde lejos desde un foco común de incendio), sino también individuos inficionables (materia combustible en que cebarse). Ahora bien, pregunto: a pesar de las 24

* Véase asimismo la Memoria del doctor Calcagno, que ventila esta cuestión con su acostumbrada imparcialidad. [Este asterisco no aparece indicado en el texto de la edición tomada como base. *N.* de la *E.*]

páginas consagradas por el doctor Brandin a combatir el contagio y la infección, ¿difiere su modo de ver la enfermedad del que se han formado los contagionistas? Por ventura, ¿no queda incluido en uno de los miembros de la alternativa que presenté en el párrafo anterior? Por otra parte, ¿qué significa en buen castellano la expresión de estar bajo la influencia colérica, de que usan hasta los anti-infeccionistas, sino reconocer claramente que el mal pasa de los enfermos a los sanos? Los imparciales decidirán si he tenido razón para creer que en realidad era una misma la opinión de todos.

Siendo el espíritu del presente escrito propender a la rectificación de algunas ideas más bien que a la introducción de otras nuevas, no quiero perder la coyuntura de observar que en el empeño de atribuir a ciertos territorios, por anegadizos, la facilidad de dar margen a las epidemias, se lee en muchos autores del cólera que la peste del Levante es originaria de Egipto. Pero nada está más distante de la verdad, como lo testifica el siguiente relato de Volney; advirtiéndome que la circunstancia de hallarse este ilustre observador adornado de conocimientos facultativos, hace su testimonio tanto más respetable. Como quiera que sea, no hay forma de resistirlo cuando se presenta, como él lo hace, la cuna e itinerario de la enfermedad. He aquí su texto:

“Algunos han querido asentar entre nosotros la opinión de que la peste era originaria del Egipto; pero esta aserción, fundada en vagas preocupaciones, parece desmentida por los hechos. Nuestros negociantes, establecidos en Alejandría hace tantos años, aseguran, de concierto con los egipcios, que la peste jamás viene de lo interior del país,* sino que primero se presenta sobre la costa de Alejandría; de aquí pasa a Roseta, después al Cairo, luego a Damietta, y, finalmente, al resto del Delta. También han observado que siempre es precedida de la entrada de algún buque procedente de Esmirna o de Constantinopla, y que si ha sido violenta en alguna de estas ciudades en el verano, crece el peligro para la suya en el invierno entrante. Parece demostrado que su foco es Constantinopla, que allí se perpetúa por la ciega negligencia de los turcos, la cual llega al colmo; pues se venden públicamente los muebles de los apestados. Las embarcaciones que van luego a Alejandría, nunca dejan de traer abastos y vestidos de lana comprados en esas ventas, cuyos géneros son expendidos en el bazar o mercado público, desde donde propagan el contagio al instante. Los griegos que hacen este comercio, son casi siempre las primeras víctimas; poco a poco va

* Próspero Alpino, médico veneciano que escribía en 1591, dice asimismo que la peste no es oriunda del Egipto; que de donde viene es de Siria, de Grecia y de Berbería; que los calores acaban con ella, etc. Véase su obra de “*Medicina Egyptiorum*”, pág. 28

cundiendo la epidemia por Roseta, hasta que finalmente llega al Cairo, siguiendo el camino trillado por las mercancías. Con lo cual queda este punto suficientemente esclarecido”.

No ha sido menor el infundado conato de muchos facultativos, insignes, entre ellos el doctor Broussais, de pretender o de insinuar, lo que quizás es peor, que el cólera morbo es la misma peste negra que asoló el mundo civilizado casi a mediados del siglo XIV. Digo que es acaso peor el insinuarlo, porque la insinuación de un hombre distinguido hace creer a los demás que, debiendo haber examinado la materia con ojos nada vulgares, ha de poseer forzosamente datos que se escapan al común de los investigadores, para juzgar de este o del otro modo, y aun para diferir de la opinión general. Bastaría, sin embargo, transcribir la relación circunstanciadísima de los síntomas de la peste negra que hace Boccacio, como testigo ocular, para convencer al más escéptico de que sólo en la rapidez y en la universalidad de sus estragos son comparables estos dos azotes. Pero también de este trabajo me liberta el Editor de la Revista, pues no contento con ofrecer el texto del novelista florentino, agrega el muy prolijo del historiador de las repúblicas italianas, que compulsó todos los testimonios al intento.

Mas suponiendo que la pretendida identidad versase tan sólo respecto de las causas, siempre es vano empeño de poner coto a la Naturaleza, pues que ella se burla de nuestros arreglos, si no son conformes a sus leyes. ¿Por qué no ha de haber diferentes causas para diferentes dolencias? Y aun en la hipótesis que la misma causa pueda producir diversos males, como bien podrá suceder, ¿quién ha pretendido jamás que por eso sean idénticas las enfermedades que tienen diferentes síntomas? Tanto valdría decir que los cuerpos no difieren entre sí cuando sólo difieren en las proporciones de sus elementos, aunque sus propiedades sean contrarias. Si valiera tal distinción, disminuiría considerablemente la variedad de la naturaleza a los ojos del químico, y casi terminaría la diferencia entre los seres. En resolución, por esclarecido que sea un investigador, o más bien, por lo mismo de ser esclarecido, si trata de asegurar el acierto y si no quiere inferir un atraso a la ciencia, no debe prescindir de estudiar y rumiar antes de aventurar su opinión.

9. Ya que ahora no estoy tan estrechado por el tiempo como al extender el oficio, agregaré una que otra observación sobre la influencia de los cometas; pues si bien estos cuerpos pertenecen al sistema de los cielos, el examen de su influencia o no influencia sobre los sublunares, entra en el resorte de las leyes meteorológicas.

Dos motivos, a mi parecer, son los que han traído a esos luminares a jugar en la escena del cólera morbo. Primera, la casual coincidencia de la

aparición de algún cometa con el desarrollo de una epidemia; y la segunda, la especial circunstancia de lo mucho que se hablaba en Europa del cometa de 1832, desde la predicción del astrónomo Encke; cometa tanto más famoso, cuanto se tenían grandes trastornos en su aproximación a nuestro planeta. A no haber ocurrido esta casualidad, quizá no se hubieran acordado ni los pueblos ni los facultativos de la influencia de tales agentes para producir trastornos en la tierra, capaces de atraernos una epidemia asoladora. Así me lo hace creer el estado a que han llegado las luces en Europa, y sobre todo el desengaño que debía producir el testimonio positivo de la historia, pues por ella consta que han aparecido epidemias sin cometas, y cometas sin epidemias. Más como a esto podría contestarse que nuestros instrumentos, a pesar de sus mejoras, no alcanzarían a presentarnos todos esos astros, en la mayor parte telescópicos, quiero hacer otra clase de consideraciones.

Son muchas las que pudieran ofrecerse, pero escogeré algunas que me parecen concluyentes. Caso de obrar los cometas en nuestra tierra, deben hacerlo por medio de la atracción, y ésta ha de ser tanto mayor cuanto menor sea la distancia y cuanto más aumente la masa. Cabalmente nada de esto sucedió con el cometa de 1680, en el cual debían haberse verificado ambas condiciones por concurrir ambas circunstancias en grado eminente. Con efecto, habiendo sido este cometa uno de los más resplandecientes de los tiempos modernos, y pasado muy cerca de la tierra, no acarreó fenómenos ningunos extraordinarios en nuestra atmósfera, y ni siquiera hablan de enfermedades las crónicas de aquella época. Por el contrario, ni en 1817, en que principió a azotar el cólera en la India, ni el año anterior apareció cometa alguno. Lo más particular es que los que atribuyen los estragos del cólera a trastornos causados por cometas, se olvidan de los 13 años que sin cometas estuvo azotando la península del Indostán. Pero llegó el enemigo a Europa en circunstancias de estar las imaginaciones muy ocupadas con el cometa de 1832, ya eso bastó para que a sus malignos influjos se atribuyera el espantoso mal que asolaba los pueblos. El cometa entre tanto, según los cálculos astronómicos, se hallaba a más de veinte millones de la tierra en su distancia perihelia, quiere decir, en su mayor aproximación a nosotros.

Por otra parte, aun suponiendo que un cometa pasase más cerca de la tierra, tendría un movimiento tan rápido que su atracción no obraría el tiempo necesario ni aun para vencer la resistencia de las aguas. Dusejour ha calculado las mareas que produciría un cometa pasando a diversas distancias de la tierra. A la distancia de 13 000 leguas es ya muy corta la altura a que elevaría las aguas, y el cometa que pasa más cerca de la tierra, que es el de 1770, lo hace a 800 000 leguas. ¡Cuán lejos se halla este número todavía

de los 20 millones del de 1832! Además, para concebir la producción de semejantes alteraciones, sería necesario suponer no sólo una distancia muy pequeña del cometa a la tierra, sino alguna permanencia de aquél en su perihelio; pero esa permanencia es casi instantánea, supuesto que los cometas se mueven con suma rapidez en órbitas en extremo excéntricas, y que la tierra tampoco se esta quieta en el entretanto. Y si el cometa opera sobre la tierra, ¿por qué no extiende su influjo a toda ella? ¿Por qué no hay trastornos simultáneos en todas partes? ¿Por qué las epidemias se limitan a ciertos lugares? Por lo demás, no olvidemos que los cometas siempre nos presentan sus núcleos como cuerpos de muy poca masa, consistiendo sus colas en materias sumamente enrarecidas. Estas circunstancias los inhabilitan, sin duda, para influir a tan enorme distancia.

Finalmente, para no cansar más al lector con las innumerables reflexiones que por todas partes brota el asunto, concluiremos apuntando los datos que resultan del cotejo de una tabla de los cometas aparecidos desde principios del siglo hasta la fecha, con las tablas meteorológicas de igual tiempo, formado por míster Arago. El año de 1805, con sus cometas, fue uno de aquéllos en que la temperatura media subió menos, el de 1808 debe ser contado entre los años fríos, a pesar de que raras veces se han visto tantos cometas en tan pocos días (fueron cuatro); el año más frío de la tabla, que es el de 1829, fue notable por la aparición de un cometa; el de 1831, en que no apareció ninguno de estos astros, fue de una temperatura media mucho más elevada que el de 1819, en que aparecieron tres cometas, uno de ellos muy brillante, etcétera. En vista de todos estos datos, nadie podrá persuadirnos de que la acción calorífica de los cometas sea una verdad de hecho. Luego tampoco pueden influir alterando la temperatura. Nos ocurre además una observación, añade el citado físico, y es que los años fríos son por lo regular menos nebulosos; de consiguiente, estando el cielo cubierto, pueden dejar de observarse los cometas más brillantes. Los argumentos presentados para combatir la influencia de los cometas, casi puede decirse que tienen el carácter de unas demostraciones matemáticas. ¿Cuándo han perturbado esos inocentes luminares la más leve parte de nuestro sistema planetario? Dejémoslos, pues, continuar tranquilos sus órbitas excéntricas, sin inquietarnos de que ellos nos inquieten.

10. Es cierto que la electricidad se mueve con una rapidez instantánea, o mejor dicho inapreciable, por falta de distancia suficiente para valuarla, mas no se infiere de ahí precisamente que sus efectos han de ser instantáneos. De esta acción lenta, pero continuada, de la electricidad, nos ofrecen numerosos ejemplos las combinaciones electroquímicas de los cuerpos, como se observa, v. g., en el aumento de oxidación de los elementos de la pila voltaica, en la del cobre de los buques, etcétera. Pero estos fenómenos

en nada contradicen la proposición de mi texto, siendo así que allí se habla de los efectos de la electricidad acumulada, que siempre son rápidos y violentos, como mejor que ningún otro aparato los presenta la misma pila de Volta, al paso que en la objeción que aquí me he propuesto se trata tan sólo de fenómenos producidos por corrientes pequeñas, pero constantes de la materia eléctrica.

11. Entendámonos: esto no pasa de un mero símil, y así como todos los símiles, no vale más que en la parte que se compara. Se trata de las apariencias, no de las causas. Quise decir que con más propiedad se le podría llamar a un colérico envenenado, que no fulminado; aunque en rigor no es sino colérico. Parece excusada la aclaración, pero no lo es tanto como parece.

12. Efectivamente, no comoquiera los meteoros extraordinarios, cuales son el granizo, los aerolitos, auroras boreales, mangas de agua, niebla seca, etcétera, han sido hasta ahora el escollo de los primeros físicos; pero aun los más comunes ofrecen circunstancias que todavía no alcanzan a explicar satisfactoriamente. ¡Qué más! El rocío, el diario rocío, que se atribuía por todos como cosa demostrada a la condensación de los vapores, ha manifestado posteriormente el doctor Wells con experimentos decisivos que es debido más inmediatamente a la radiación del calórico. Pero no debe sorprendernos la obscuridad que cubre esta materia, si reparamos que la cuestión principal, de donde emana la resolución de todas las demás, está envuelta en unas tinieblas todavía más espesas. Ciertamente la electricidad es la clave de todos los fenómenos atmosféricos. Nosotros la observamos haciendo el principal papel, pero esto en muchos casos lo percibimos así en globo; hay infinitas circunstancias modificadoras y un sinnúmero de anomalías, de que no podemos darnos cuenta. En vano se ha ejercitado la sagacidad y paciencia de los meteorólogos en idear y practicar experimentos que condujesen a la averiguación de la fuente de la electricidad atmosférica. Una ligerísima reseña del estado de la ciencia en esta parte nos convencerá de ello fácilmente.

Mirose en un principio la electricidad de las nubes borrascosas como producida por la fricción recíproca de los vapores con el aire, y nada pareció entonces más natural, porque éste era el medio más común de desenvolverla con los aparatos que se poseían. Después, cuando se supo que la turmalina y otras piedras preciosas se electrizan por el calor; se atribuyó a este agente la aparición de la electricidad atmosférica. Mas no pudiendo persuadirse el célebre Deluc que la electricidad permaneciese aislada en las nubes, puesto que éstas se hallan siempre en contacto de un aire húmedo y vaporoso, imaginó que debería provenir de alguna operación química de la naturaleza, la cual o desarrolla la electricidad de

alguna combinación, o la engendra en el acto de verse lucir el relámpago o retumbar el trueno. Supuso, pues, los elementos de fluido eléctrico diseminados por la atmósfera, y lo que es más digno de notarse a causa de los descubrimientos posteriores, atribuyó a la influencia de los rayos solares la facultad de recoger estos elementos esparcidos para la composición del fluido eléctrico, apoyando sus conjeturas con muchas observaciones ingeniosas. Vino después el gran Volta con su genio profundo y su incansable actividad a variar el aspecto de las cosas, ensanchando el imperio de la electricidad. De sus innumerables experimentos y observaciones pareció resultar que la mudanza de estado en los cuerpos, y particularmente la evaporación del agua, es el gran vehículo o canal de comunicación para la circulación perenne e incesante de este fluido entre la atmósfera y la tierra. Y cuando se creía que la doctrina del físico de Pavía estaba en posesión de la verdad, se presenta en la arena a combatirla, nada menos que un Hércules de las ciencias, en el célebre Gay-Lussac. Juzga éste que nada influye el cambio de estado en los cuerpos para desenvolver la electricidad, inclinándose más bien a creer que la electricidad habitual del aire tenga una procedencia galvánica o de contacto, y que se halla diseminada simplemente por la atmósfera, sin adherirse a las moléculas acuosas del aire.

En pos de Gay-Lussac apareció su distinguido discípulo Pouillet, multiplicando las objeciones a la teoría de Volta y sentando por principio que sólo a la acción química, y no a la evaporación simplemente, debe atribuirse la fuente inmediata de la electricidad atmosférica. De sus ingeniosos experimentos con los gases en combustión infiere, que a la acción química de estos fluidos, y en particular al oxígeno y al ácido carbónico que se desprenden y separan en la vegetación de las plantas, deberá atribuirse aquella copia inagotable de electricidad que se vierte en la atmósfera. Más a pesar de tantas investigaciones, no pareciendo, y con razón, a muchos que esta doctrina bastase todavía para explicar las variedades que ofrecen los fenómenos, han acudido al sol, como manantial inmediato de la electricidad atmosférica, inducidos por el descubrimiento de Morichini sobre la fuerza magnetizante de los rayos violados, el cual corrobora más y más la grande analogía que existe entre la luz, el calor, el magnetismo proveniente del sol y la electricidad.

He ahí el débil bosquejo de las principales opiniones de los físicos sobre el origen de la electricidad atmosférica.

Tal vez todas esas causas combinadas contribuyen a surtir de electricidad a nuestra atmósfera. Sensible me es sobremanera no poder entrar en el examen que me merecen; pero semejante tarea, además de llevarme demasiado lejos, no sería indispensable, aunque sí conveniente, para mi propósito. Creo que lo dicho llena suficientemente el objeto,

esto es, patentizar con la divergencia de opiniones que la meteorología no ofrece hasta el presente sino conjeturas, y sólo conjeturas más o menos fundadas.

13. Los experimentos de Galvani, de Valli y de Aldini, repetidos por todos los físicos, y reiteradamente en el Colegio-seminario de esta ciudad, ponen fuera de duda que no se necesita el contacto de los metales para producir las contracciones musculares, sino que hay en todos los animales en mayor o menor grado suficiente electricidad para producir las, apenas se ponen en comunicación los nervios con los músculos. También se observa que la contractilidad se desarrolla más o menos, según la especie de muerte a que haya sucumbido el animal, anotándose, como es natural, que el que ha sido muerto en plena salud, da señales más enérgicas de contractilidad que el que ha perecido por el arsénico; éste, más que el que ha sucumbido al ácido prúsico (hidrociánico), etcétera, y ambos, menos que aquel que ha sufrido una enfermedad dilatada. Así no es extraño que el cólera, que opera con tanta violencia, deje el organismo, por decirlo así, en un estado más galvanizable que las enfermedades ordinarias. Esta sospecha cuadra perfectamente con el dato que ofrece la necropsia. Cuanto más rápida es la marcha de enfermedad y más grave su carácter, tanto menores son las alteraciones que presenta la autopsia. Pero sea como fuere, antes de inferir nada en favor de la electricidad, sería menester demostrar si la acumulación de este mismo principio en nuestra máquina es efecto o causa de la enfermedad. Lo primero parece más probable, visto que la electricidad siempre la tenemos en nuestro cuerpo (que bien puede considerarse la columna vertebral como una columna galvánica), según bien lo demuestra la experiencia; más para su acumulación se necesita una circunstancia extraordinaria que rompa con fuerza el equilibrio y traiga los trastornos consiguientes. ¿Y no será quizá la causa del cólera, cualquiera que ella sea, ese mismo agente perturbador, y entonces la electricidad acumulada un efecto del mismo cólera?

14. Alusión a las experiencias no menos nuevas que interesantes de Becquerel, valiéndose de las acciones electroquímicas de los cuerpos descubiertas por la pila voltaica, para formar nuevos compuestos. Así pues, en el aparato electromotor posee la ciencia su recurso más exacto y poderoso; porque efectivamente no sólo determina las calidades sino pesa y mide las cantidades. Mister Becquerel que se ocupa sin interrupción hace algunos años en este género de investigaciones, trata de aplicar las nuevas observaciones electroquímicas a todos los fenómenos químicos que pueden tener con ellas relaciones directas o indirectas. Piensa el citado sabio que este es el único método que hay que seguir para hacer marchar de frente dos ciencias que presto acabarán por confundirse en

una sola. (Véanse sus memorias en los “Annales de chimie & de physique”, correspondientes a los años de 1830 y 31, y el “Informe de Míster Cuvier sobre la parte física de los trabajos del Instituto en el año de 1830”.)

15. Es mi ánimo examinar en conclusión las conjeturas y reflexiones del doctor Brandin acerca de la influencia de la electricidad y demás causas que entran en el dominio de la física. Y así esta nota servirá de complemento y comentario a lo que en el oficio llevo dicho sobre la materia. He escogido de intento la obra de Brandin, por ser, de las que tratan de la epidemia, la que más se ha difundido entre nosotros, y porque estando verdaderamente escrita por un autor de mérito, bastaría su nombre para que se divulgasen sus ideas, no siempre exactas en la parte física, con perjuicio de los sanos principios de la ciencia. No se trata, pues, de despojar al doctor Brandin del lugar distinguido que ocupa justamente entre los hombres del arte, sino tan sólo de oponernos al abuso de los argumentos de analogía. He aquí el único espíritu que mueve esta pluma, como bien se habrá echado de ver en todo el discurso de este papel. A nadie cedemos en respetar el talento y los conocimientos en cualquier género y en cualquier hombre. Con estas advertencias pasemos al asunto.

“Para llegar al conocimiento de la causa primitiva del cólera asiático y de las demás epidemias, se necesitaría tal vez hacer constar, con respecto a nuestro planeta, el estado real, positivo, de los fenómenos que ocasionan las leyes y los efectos de la atracción, allegando a este examen el de las anomalías y los trastornos más o menos sensibles que estas leyes experimentan. El desviamiento de los polos, las declinaciones del meridiano magnético, las apariciones de los cometas y su mayor o menor aproximación a los otros planetas y a la tierra, las erupciones volcánicas, las invasiones del mar por unas partes, y su retirada por otras, mutaciones en fin y complicaciones que las más se nos escapan, en los grandes agentes del movimiento y la materia por todo el mundo, pueden y deben tener su influencia en bien o en mal, muy marcada, sobre los seres vivientes; a mi ver, casi siempre en mal, porque toda alteración es de ordinario dañosa al estado normal ya pronunciado y decidido de tal o de tal manera, bajo tales o tales condiciones en los seres orgánicos”.

Iremos respondiendo punto por punto, aunque brevemente.

1. Las leyes de la atracción y sus efectos han sido perfectamente estudiados tiempo hace, así como los trastornos y anomalías que experimentan, sin que de ello saquemos nada para el conocimiento de la causa del cólera. 2. Tampoco sé qué cabida puede tener aquí el desviamiento de los polos y las declinaciones del meridiano magnético, pues estas alteraciones acarrearían trastornos correspondientes en nuestra atmósfera; pero nada de estos se ha observado durante las epidemias. 3. En cuanto a los come-

tas, nos referimos a la nota 9. 4. Las erupciones volcánicas, lejos de ser una novedad que pueda inficionar nuestro planeta, deben antes bien mirarse por el filósofo como uno de los grandes medios de que se vale la naturaleza para evitar quizá mayores estragos, disminuyendo el número de terremotos. Además de esto, la mayor parte son fenómenos demasiado parciales para que puedan extender su influjo a todo el globo. Con razón podría aplicarse a las erupciones, bajo aquel aspecto, el verso tan conocido del optimista inglés: “whatever is, is right.” En mi humilde opinión se sacaría mucho más partido para el caso estudiando las leyes de la higiene de los varios pueblos, que no precisamente los fenómenos terrestres y meteorológicos.

“Más fundadas parecen las inducciones (continúa nuestro autor a la página 72) que se han formado sobre la acción complicada y dañosa de los fluidos eléctricos”. No sé en qué sentido llama el autor complicada la acción de los fluidos eléctricos. Si por complicada entiende compuesta, no alcanzo el enlace que esto pueda tener con el asunto; y si quiere decir difícil de comprender, eso será en cuanto a todas las fuentes que puedan proporcionarnos y a sus varias combinaciones, más no en cuanto a su modo de obrar. Respecto al epíteto de *dañosa* que da a la acción eléctrica, nadie puede negar que un rayo daña y destruye; pero dando a entender, como sin duda es su propósito, con la voz *dañosa* cualidades dañinas, confieso que es la primera vez que he oído hacer semejante imputación al fluido eléctrico. Cree Brandin que porque de los lugares húmedos y pantanosos se desenvuelven y despiden continuamente emanaciones impregnadas de electricidad resinosa o negativa, cuya intensidad se redobla cuando el aire está cargado de electricidad positiva o vítreo, se deban atribuir a ella los efectos nocivos de dichas emanaciones, cual se observa después de las primeras aguas del estío. Pero aquí hay varias cosas que advertir. En primer lugar, no es cierto que sea siempre negativa la electricidad de los pantanos en evaporación, ni siempre positiva la del aire. Así consta de muchos experimentos. Bien puede ser que el aire sereno esté positivamente electrizado en ciertas estaciones y negativamente en otras, y acaso también este estado eléctrico no es el mismo en todos los climas. Pero ¿por qué atribuir a la electricidad los efectos malignos producidos por los mismos efluvios de las aguas? Se dirá que la electricidad promueve la evaporación, y que así aumenta y difunde la malignidad. Pero ¿a qué culpar a esta causa, cuando se halla el sol por delante, el sol, manantial del calor? ¿No dice el mismo autor que esos efectos se notan más particularmente en el estío? Esto es cerrar los ojos a las causas más generales y escondidas. “El fenómeno todo entero, concluye el autor, que acabamos de indicar, sobre la complicación de aquel juego eléctrico preternatural que resulta, se

cumple en estos casos”. Séame lícito observar que el lenguaje de nuestro autor se resiente en estos casos de cierta obscuridad o indeterminación que indican que no marcha por terreno seguro. ¿Qué complicación ni qué juego preternatural habría en los fenómenos más sencillos y comunes de la electricidad, como serían en aquel supuesto las atracciones y repulsiones que producen los dos estados distintos y el equilibrio que les sigue? Si el señor Brandin no lo declara, no alcanzo la complicación ni lo preternatural de tales efectos.

En seguida nos da por sentado el señor Brandin que la intensidad de la acción eléctrica ocasione la putrefacción del caldo, de las carnes y de otras substancias alimenticias, sin que el calor de la temperatura tenga en ello parte alguna. “Y así se observó en París, continúa, a fines de marzo y principios de abril de 1832, cuando la epidemia estaba en toda su fuerza”. Muy bien podrían corromperse las carnes sin el auxilio del calor, y por cualquier otra causa atmosférica; pero pretender que esta causa sea precisamente el conato a establecer el equilibrio de las dos electricidades, es una suposición del todo gratuita, sin atribuir al fluido eléctrico una propiedad desconocida enteramente, sin fundarla en experimento de ninguna clase. Además, este hecho sólo se ha observado en París, no habiéndose advertido jamás en los innumerables puntos en que ha azotado la epidemia mucho más que allí mismo, lo cual prueba que semejante fenómeno es del todo independiente de los que ofrece el cólera morbo. En fin, es cosa demasiado singular que ese mismo agente que corrompe las carnes, no sea capaz de corromper como debería hacerlo con más facilidad los cadáveres de los coléricos, pues en éstos, según es bien sabido y asegura el mismo Brandin, se nota la ausencia de todo mal olor, y hasta mayor demora en la putrefacción que en los demás muertos de otras enfermedades.

Pasa luego el señor Brandin a consagrar media docena de renglones a la influencia de la electricidad en el magnetismo. Desde el famoso descubrimiento de Oersted, nadie ha vuelto a poner en duda que los fenómenos magnéticos son unos verdaderos fenómenos eléctricos. Pero lo que competiría demostrar es que la causa que los produce es una misma con la que engendra el cólera morbo. Lo demás es perder el tiempo amontonando especies inconexas.

En vista de las premisas expuestas, deduce nuestro autor que hay una cierta razón bien fundada para pensar que la proporción diferente y cumplida de los fluidos eléctricos que obran en la atmósfera, deba influir en la producción del cólera. En consecuencia, ninguna inducción le parece más probable en la presente materia, máxime cuando a todos nos son conocidas aquellas afecciones espasmódicas que se experimentan a la aproximación de las tempestades y aquella pesadez de que nos sentimos

afectados cuando reinan. ¿Qué cosa más natural, se pregunta a sí mismo, que inferir en aquellos casos cierta perversión en la electricidad de la sangre; cuyos glóbulos se coagulan más o menos, careciendo en tal estado de la repulsión conveniente? En prueba de ello nos cita las experiencias de Dutrochet, colocando una simple pieza de plata en la lengua y una bolita de estaño en el ano: al momento que se establece la comunicación entre los dos metales por un alambre, experimenta el tubo intestinal sacudimientos marcados, cuya prolongación produce flujo de vientre y por lo común cólicos muy vivos. “He aquí, pues, concluye nuestro autor, un resultado muy semejante al de los primeros síntomas del cólera asiático, en el grado que llamamos colerina; y por cierto no parecería un extravío de imaginación inferir que en la producción de esta enfermedad obren iguales causas, mucho más en grande en la atmósfera que nos penetra y rodea por todas partes”.

Por lo que a mí toca, confieso que estas deducciones no me parecen acertadas, antes adolecen del mismo vicio de que se resienten las demás de su clase: el empeño de inferir identidad de causas, por uno que otro efecto análogo que se presenta. Pero en el caso en cuestión todavía es mucho peor, porque no siempre existen los hechos que se suponen. Quiero contraerme primeramente a esas afecciones espasmódicas y pesadez que se experimenta, según dice el autor, cuando reinan las tempestades. Muchas veces sucede todo lo contrario, pues descargándose la atmósfera por este medio, se sienten más ligeros nuestros cuerpos, con especialidad en las regiones tropicales, como lo es cabalmente la patria del cólera. Los habitantes de zonas tórridas recibirán siempre como una bendición del cielo este grato calmante de los ardores que los abrasan; y es observación invariable en estos países que la sequía excesiva, y aun la falta de lluvias borrascosas, ocasionan un sinnúmero de dolencias.

Por otra parte, de los experimentos de Dutrochet nada puede sacarse en favor de estas conjeturas. Ellos todo lo que prueban es que conmoviendo el tubo intestinal muy repetidamente por un estímulo muy poderoso, como es la electricidad, se producen efectos semejantes a los causados por otros estímulos conocidos. Tanto valdría comparar la electricidad en ese caso con una sustancia purgativa. También el contacto de los metales en la lengua produce un sabor desagradable, basicas y hasta vómitos, lo mismo que el más enérgico de los vomitivos: luego según estos principios, la electricidad es de la misma naturaleza que el emético. Pero ¿quién no ve que la equivocación consiste en querer identificar las causas tan sólo por haber encontrado un efecto análogo? Para identificar las causas entre sí es necesario que todos los efectos se correspondan, o al menos que haya

cierto grupo de fenómenos comparables. Hartos documentos nos ofrecen las ciencias de la reserva con que es necesario proceder, si no queremos ver a cada paso desmentidas nuestras conjeturas. Aun cuando se procede con la mayor circunspección, todavía llevamos bien a menudo muy buenos desengaños. Sirvame de ejemplo la propiedad acidificante del oxígeno. Al reparar que este principio entraba como elemento en la composición de todos los ácidos conocidos, no titubearon los químicos en considerarlo como el generador de los ácidos, y desde luego le caracterizaron con el nombre que lleva, que no significa otra cosa la voz oxígeno, como todos saben. Nada más natural, nada más legítimo que la consecuencia deducida. Sin embargo, descubrimientos posteriores encuentran otro principio acidificante, y no ya, como era de esperarse, en un elemento análogo al oxígeno, sino precisamente en su mayor antagonista, en aquel cuerpo que le sirve nada menos que de contraste y punto de partida para la clasificación más general que hasta ahora tenemos de todos los compuestos naturales; en una palabra, el hidrógeno. ¿Quién sabe cuántos otros principios acidificantes nos oculta aún la naturaleza? Así pues, en nombre de la ciencia no abusemos tan lastimosamente de las analogías.

En vista de lo expuesto parece que no nos debemos detener en refutar lo que en apoyo de sus conjeturas dice el autor acerca de los fuegos levantados en el aire libre con materias resinosas, que han sido recomendados por una larga tradición en tiempos de epidemia, queriendo encontrar aquí también un medio de restablecer el equilibrio eléctrico. Responderé sin embargo brevemente respecto al hecho, bien puede negarse de plano, por más que lo apoye la tradición; que después de haber presenciado una epidemia, ya tenemos derecho para desconfiar de la acción de los fuegos y de los cloruros y de todos los desinfectantes en los progresos de la enfermedad; y en cuanto a la pretensión, supuesta la existencia del hecho, de que sea un fenómeno eléctrico, no alcanzo cómo unas causas tan parciales y limitadas puedan influir en alterar el estado eléctrico de toda la atmósfera. En fin, el autor cree que si la pequeña ciudad de Fontainebleau, no lejos de París, se ha preservado de la plaga, este benéfico efecto debe atribuirse a los grandes fuegos de enebro y otras maderas resinosas que tuvieron cuidado de encender en sus calles con frecuencia.

Pero este dato ni aun debía mencionarse, supuesto que el azote ha castigado donde se han encendido hogueras lo mismo que donde no se han acordado de encenderlas; fuera de que puedan existir otras causas peculiares a que atribuir la inmunidad en algunos sitios. Recordemos lo que dijimos en la nota sexta, de la ciudad de Santiago, a 5 leguas de La Habana. Allí, a pesar de la viva comunicación con la capital apestada, y sin haber quemado ni un madero, hasta el presente se ha mantenido la población

ilesa. Al tenor de este hecho se pueden citar otros cientos, tomados de la historia del cólera en todas las partes del Mundo. Guardémonos, pues, de sacar consecuencias de datos tan aislados como insignificantes. Atajar ese mal es el único fin a que aspira el presente escrito. Acaso se dirá que todo su contexto es negativo, que más bien destruye que establece, pero un instante de reflexión bastará para convencernos que no sólo en el álgebra produce *más* la multiplicación de los *menos*.

Pero el rasgo más singular en la cuestión presente, es que mismo Brandin, que no ha perdonado medio de aducir tantos hechos le ha sido posible para apoyar sus conjeturas sobre la influencia de la electricidad, se explique a la página 80, en unos términos tan diametralmente opuestos, que no concebimos cómo se hallen ambas doctrinas insertas en el propio libro. Gustoso me tomo el trabajo de trasuntar íntegro el pasaje, así porque hace sumo honor a la franqueza este facultativo distinguido, como por presentar la mejor pauta del espíritu que debe guiar en este género de investigaciones. Con dificultad podría haberse encontrado un epílogo más a propósito para cerrar mis aclaraciones. Helo aquí.

“Pero la experiencia y el amor de la verdad me imponen deber de confesar que he notado con evidencia que el cólera puede exasperarse, y se exaspera en efecto sin ninguna de estas variaciones atmosféricas y que la naturaleza de los vientos, ni sus direcciones, ni la diversidad de las estaciones, ni la diferencia de situación en los países que recorre esta plaga, son bastantes a modificar su marcha y su intensidad. La enfermedad no perdona el terreno invadido, sea cual fuere su exposición; ni la velocidad de vientos ni su calma la modifican; ni la tempestad ni el buen tiempo son parte para ahuyentarla; su malignidad virtuosa se ejerce bajo todas las influencias de la atmósfera, y por consecuencia es en vano pretender explicarla por estas causas.* Todas ellas y tantas otras que se señalan, ya sean tomadas de la situación geográfica de los pueblos, ya de sus costumbres, sus usos, alimentos, etcétera, han existido siempre todo el tiempo que alcanza la historia, y sin embargo no ha habido hasta ahora sino en los lugares de su asiento primitivo y endémico.

Semejante confesión debió al parecer relevarme desde luego de todo empeño en refutar las ideas del autor acerca de la electricidad; mas como todavía se nos presenta muy apegado a ellas en las páginas posteriores,

* Las investigaciones practicadas en el observatorio astronómico de París, para justificar las variaciones barométricas, higrométricas y ermométricas, no han producido resultado alguno para la ciencia. El furor del cólera varía tan pronto en razón, tan pronto en contra de estas mudanzas meteorológicas. Aun se necesita observar mucho tiempo, si es que con el tiempo se pudiere llegar a sonderar estos misterios

esta consideración me estimuló a entrar en el prolijo examen que el lector acaba de reconocer. Efectivamente, después de pasar en revista lluvias, vientos, tempestades, electricidad, magnetismo, auroras boreales, con todo el acompañamiento de circunstancias meteorológicas, concluye el doctor Brandin (a la página 85), diciéndonos que ahí están todos los recursos de la ciencia, y que no se sabe más por el presente.

En vista de lo expuesto, hay sobrado motivo para comparar esta conducta con la de aquél que, después de haber reunido lanzas, espadas, fusiles y cañones, las entregara a su adversario para que le hiciese la guerra a su antojo, pues esto, ni más ni menos, ha resultado con los recursos que ofrece la ciencia: han salido sin duda contraproducentes. Las luces de la química y de la física lejos de haber corroborado las conjeturas del autor, o sólo han servido para aniquilarlas o no han ofrecido enlace alguno con los fenómenos que el mismo se proponía esclarecer.

No se crea sin embargo que es mi ánimo desterrar las conjeturas del campo de las ciencias. Bien sé que no tenemos más medio de proceder para hallar la verdad que recorrer el círculo de la experiencia a la analogía, y de la analogía a la experiencia. Pero pues es fuerza ofrecer conjeturas en las materias espinosas, que sean dignas a lo menos de la reserva y circunspección que reclaman las ciencias; que no sean sugeridas por la imaginación, sino dictadas por los hechos y masticadas por el entendimiento. Cuando el gran Newton adivinaba las leyes de la afinidad química, aplicando a las moléculas de los cuerpos las leyes de la atracción universal; cuando predecía la naturaleza de uno de los elementos del agua, observando la fuerza refringente de este líquido, no hacía más que seguir los pasos que le marcaba la analogía; y cuando posteriormente el químico más insigne de nuestros días, cuando Humphrey Davy, en virtud de haber descompuesto los álcalis y las tierras con el poder estupendo del galvanismo, reparando la conexión de sus bases con las de los metales ordinarios, y las gradaciones de semejanza de estas últimas con aquéllas, se atreve a pronosticar la descomposición de los cuerpos combustibles, ¿de qué otro medio se ha valido sino de la cadena de la analogía? ¿No es esto andar asido con los eslabones de la inducción? Así es como se marcha a los descubrimientos; y tan lejos estoy de proscribir las analogías, cuanto me hallo firmemente persuadido que el investigador que no es capaz de hallarlas, jamás se elevará a la altura de la ciencia. Quédese, pues, la imaginación para las artes, que las ciencias están bien halladas con las inducciones. Bien podrá la experiencia desmentir semejantes vaticinios, pero al cabo no nos es dado exigir más a la débil razón humana; y si aún por este medio no podemos contar con el acierto, por lo menos nos consolaremos con habernos equivocado después de agotados los recursos. Perderemos tal vez, pero perderemos en regla.

Dicho sea empero con dolor de la ciencia: la aplicación de tan luminosos principios se ha olvidado por parte de muchos autores, apreciables bajo otros respetos, en las cuestiones fisicoquímicas a que ha dado margen el cólera morbo, como si esta plaga asoladora, no contenta con los estragos que hace en nuestros cuerpos, quisiera todavía extender su maligna influencia sobre nuestros entendimientos para obstruirnos más y más el sendero de la verdad. En el empeño en que el terror o el ahínco de descubrir pone a los mortales de buscar causas a los azotes que les afligen, su imaginación espantada o alucinada les hace ver semejanzas donde no se encuentran ni vislumbres; y de aquí por grados se figura el hombre que va creciendo la luz, hasta persuadirse que ya conoce o bien que por lo menos se aproxima al conocimiento de las cosas. Entonces no es extraño que tenga por aliados aun a los hechos que más pugnan con su hipótesis y conjeturas. Pero por mucho que intentemos examinarlos no hay más que un camino seguro para llegar al punto deseado; y acaso nunca se presentó a los ojos del filósofo una oportunidad más adecuada que la que suministra la historia del cólera asiático, para inculcar, en los que se consagran al estudio de los fenómenos del universo, aquella ley eterna del espíritu humano, promulgada por el gran Verulamio: “El hombre, ministro e intérprete de la naturaleza, está limitado en operar y comprender por la observación del orden del universo: ni sabe más, ni puede más.”

ADVERTENCIA

Como las observaciones barométricas y termométricas practicadas por la Real Marina conviniesen en lo general con las del Colegio Seminario y estuviesen ya copiadas en limpio, son ellas mismas las que componen nuestras tablas. Las de los vientos fueron exclusivamente por la Marina, como queda dicho en el oficio; y en cuanto a las higrométricas, pertenecen a la comisión instalada en el Seminario.

VIII

SOBRE EL USO DEL CARBÓN DE PIEDRA

Contestación dada al Real Protomedicato en 15 de junio próximo pasado acerca de la siguiente cuestión.

*(Revista Bimestre Cubana,
t. III, pp. 304-309, 1834.)*

“¿Será perjudicial a la salud pública el uso del carbón de piedra en medio de una población?”. Tal es la cuestión que V. SS. se sirven proponerme en su oficio de 11 del corriente [1833], y que yo me apresuro a contestar con la posible brevedad y hasta donde alcancen mis conocimientos, para corresponder dignamente al honor que V. SS. se sirven dispensarme.

Parecería a primera vista que una sustancia como el carbón de piedra que arroja en su composición tantos productos nocivos a la respiración, unos por atacarla directamente, cuales son los gases hidrógenos carbonados, percarbonado, hidrosulfurado y amoniacal, y otros indirectamente por ser irrespirables como el ácido carbónico y el ázoe, parecería, repito, que una sustancia, manantial fecundo de tantos enemigos de la vida, no podría usarse en medio de una población, sin grave detrimento de la salud pública.

Mas si reflexionamos la materia con algún más detenimiento, echaremos de ver que hay una diferencia muy notable en cuanto a los efectos entre descomponerse el carbón de piedra por medio de la destilación y verificarlo por la combustión, o sea, quemarlo simplemente en un horno. En el primer caso, como acontece cuando se trata de extraer el gas para el alumbrado, se desprenden todos esos gases mefíticos que hemos enumerado, evidenciándose su presencia, así por el olfato simplemente, como por pruebas químicas directas, de forma que si no se recogieran estos fluidos elásticos en vasos cerrados, indefectiblemente viciarían el aire atmosférico circundante. Veamos ahora cuán distinta cosa ocurre en el segundo extremo, que es el de la mera combustión, como sucede en una herrería o en cualquiera otro tren de esta clase. Efectivamente, apenas el aumento de calórico comienza a desarrollar los gases que estaban aprisionados en el

carbón, cuando van siendo consumidos tan luego se van desprendiendo los que son combustibles, como sucede con el mayor número de ellos y si queda por acaso algún resto de hidrógeno, por ser poco viva o imperfecta la combustión, entonces se combina este residuo con el oxígeno de la atmósfera para formar agua, como todo el mundo puede observarlo en una fragua cualquiera; mas por lo que respecta a los demás gases incombustibles que se desprenden en la operación, prescindiendo de que forman el mínimo de los componentes del carbón, como el ácido carbónico, amoníaco, azoe, etcétera, se combinan unos con la humedad de la atmósfera, por la que tienen grande afinidad, como los dos primeros, o bien, cual todos, son arrastrados hacia fuera y disipados por la corriente de una chimenea elevada y bien dispuesta. La naturaleza, pues, unida con el arte nos ayuda a combatir los enemigos que ella misma nos opone.

En consecuencia deducimos que no se puede seguir inconveniente alguno del uso del carbón de piedra, con tal que se atienda tan sólo a la buena construcción del horno o chimenea, requisito muy esencial, pero tan fácil de llenar, que no merece perdamos el tiempo en dar reglas sobre lo que no ignora ningún herrero ni albañil.

Esto sea dicho en cuanto a la mera combustión del carbón mineral, que es, en mi sentir, a lo que va contraída la consulta que se han dignado V. SS. hacerme. Pero aun cuando se tratara de la destilación, como para los fines del alumbrado se practica, nada tendría que temer la salud pública, porque la ciencia ha enseñado, no como quiera, a vencer todos esos agentes maléficos, sino también a domeñarlos hasta el punto de convertir en ventaja propia tantos residuos como antes se dejaban escapar por los aires. No es del caso detenernos a describir el aparato perfeccionado para la extracción y purificación del gas del alumbrado. Bástenos saber que existen enormes depósitos de hidrógeno percarbonado para iluminar las principales ciudades de Europa, y aun alguna de América, sin el más leve inconveniente contra la salud pública.

Podríamos ya pasar a ver si los resultados que ofrece la práctica están de acuerdo con los que demuestra la teoría; pues desean V. SS. que primeramente me funde en los principios químicos y después acudamos a la experiencia. Mas como al mismo tiempo tratan V. SS. de proceder con más conocimiento y el mejor acierto, no será fuera de propósito advertir que no todas las clases de carbón de piedra (porque hay lo menos nueve variedades conocidas) arrojan indistintamente todos aquellos fluidos elásticos nocivos a la respiración. Existen algunas especies que no sólo carecen de muchos principios de tal naturaleza, sino que en sus propiedades así físicas como químicas se acercan bastante a la clase de los metales. ¿Quién al ver ardiendo el carbón que llaman de Leheigh en los Estados Unidos, no dirá que es un metal en ignición?; y en efecto, aquel brillo y pulimento, que por

ser peculiar a esta especie de fósiles se ha calificado con el nombre de metálico, se encuentra sobradamente en este mineral como en cualquier otro de ese grupo. Verdad es que el Leheigh carece de ductilidad; pero ya la ciencia, que posee datos más generales de clasificación, no exige tal propiedad como distintivo de los metales. Testigos: el indúctil sodio, el deleznable potasio, el frágil selenio y otros a este tenor; que gracias a otras cualidades, entran ya en el predicamento de cuerpos metálicos. La conductibilidad del Leheigh para el calor y la electricidad, las brasas casi blanquecinas que forma, ni más ni menos como un metal en ascuas, el largo tiempo que pasa para convertirse en cenizas, su poderosa fuerza radiante, la escasísima llama que levanta y el ningún humo que despiden, son circunstancias todas que casi le elevan a la esfera de los metales. Por consiguiente, esta clase de carbón, como es la que menos sustancias volátiles exhala, merece ser preferida, aun para las piezas cerradas en los países fríos, por no advertírsele el más ligero tufo.

Ni es indispensable, sin embargo, para no percibir mal olor que el carbón mineral destinado a los usos domésticos sea precisamente el menos impuro de todos, que aquí también nos enseña el arte a purgar de esos gases nocivos aun a los carbones más heterogéneos, sin excluir los combinados con piritas, las cuales siendo unos verdaderos sulfuretos, los constituirían entre los más perjudiciales. Este carbón así purificado es el que los ingleses han llamado coke, cuyo uso es tan general en la Gran Bretaña, así para la fabricación del acero como para la cocina y calefacción de las casas. Excusado es indicar que, privado por la acción del fuego de los principios volátiles, es más adecuado para lograr temperaturas muy elevadas.

Oigamos ahora la voz de la experiencia. Tiempo hace que esta maestra universal ha decidido satisfactoriamente la cuestión. Yo no quiero hacer mérito del uso del carbón de piedra en toda la Alemania, y singularmente en las márgenes del Rhin; yo no he menester recordar el extraordinario consumo que tiene en los Estados de nuestros vecinos: ceñirme tan sólo a citar esa nación prodigiosa donde todo es en punto mayor y donde el carbón mineral particularmente, que es el nervio de su riqueza, se consume en una escala gigantesca. Si el uso del carbón de piedra fuese perjudicial a la salud, ¿qué hubiera sido ya de Inglaterra, y señaladamente de Londres, donde, en medio de una población de 2 000 000 de almas, se hallan hacinados millares de fábricas con máquinas movidas por el vapor, cuyo combustible es exclusivamente el carbón mineral?

¿Hay una choza siquiera donde more un inglés en todo el ámbito de la Gran Bretaña, que no esté calentada por el carbón de piedra? Y adviértase que estas gentes encienden sus chimeneas a cada instante, aun en el

verano, apenas se presenta un día húmedo o lloviznoso. Bien puede asegurarse, en conclusión, que el país que consume más combustible que quizás toda la Europa junta, no quema ni siquiera una rama, ni un carboncillo vegetal. Y sin embargo de todo, ¿habrá país en el orbe que pueda competir en salubridad con Inglaterra? Ahora mismo nos lo acaba de decir el cólera morbo, embotando allí sus dardos más que en ninguna otra región. Véanse si no las tablas de mortandad por una larga serie de años, y a pesar de la lobrete y humedad proverbial de aquel país, ¿dónde se nos presenta la raza humana menos degenerada, más bella y más lozana que en las Islas Británicas? Ya hacía sobre dos siglos —cosa inaudita en el resto del mundo— que ni asomaba por sus playas el genio maligno de la pestilencia. Y sobre todo ¿no son aquellos herreros de la industriosa Birmingham, que viven perennemente entre las llamas del carbón de piedra, los menestrales más robustos y bien constituidos de que puede hacer alarde país alguno?

Quizá se me dirá que estos hombres resisten a la influencia del carbón de piedra porque son robustos; y no que sean robustos porque me hallen circuidos de hornos de carbón de piedra. Mas ni me es lícito citar también mi testimonio, hablando de mí propio, debo asegurar que ni mis compañeros de viaje, ni yo mismo, ni otros muchos sujetos de diversas naciones, y de ninguna manera notables por la resistencia de sus pulmones, experimentamos la más ligera tos, ni incomodidad, sin embargo de habernos pasado un invierno tras otro acompañados siempre por la llama consoladora de Liverpool. ¡Qué más! Las delicadísimas jóvenes inglesas, aun aquellas ya picadas de tisis pulmonar, viven años enteros al lado de la chimenea alimentada con coke, sin que nada empeore por eso su condición.

No es del caso deducir aquí todas las causas que contribuyen a mantener la salubridad sin ejemplo de la Gran Bretaña; pero sí será curioso observar que en concepto del pueblo inglés es tan benigno el influjo del carbón de piedra en la salud, que cuando a cualquier madre se le celebra la lozanía peculiar a los niños de aquella tierra, responden tan veloz como donosamente: “ese esa el milagro de las patatas y del humo del carbón de piedra”. No se crea, sin embargo, que sea mi ánimo dar a esta contestación más importancia de la que en sí tiene, mayormente quedando harto probada con otros datos la salubridad de la Inglaterra.

Resultan pues, de cuanto se ha dicho, que así la teoría como la experiencia nos autorizan a usar en medio de una población cualquier clase de carbón de piedra, con tal que no sea de los sulfurosos, habiendo para éstos el fácil remedio de purificarlo, convirtiéndolos en coke por la acción del fuego. A este propósito será conveniente advertir que el carbón inglés más común, que en los Estados Unidos llaman Liverpool, así como el de Virginia,

el Leheigh, y en general muchos de los de Inglaterra y Norteamérica contienen muy poco o ningún azufre, por lo que podrán usarse en su estado natural, no digo sin menoscabo de la salud pública, pero hasta sin molestia alguna para el vecindario.

Acaso se objetará, aun después de esta especie de demostración, bien que no ciertamente por V. SS., que siendo distintas las circunstancias del clima podrá el carbón mineral inferir un daño en nuestro suelo, que no puede causar en los países mencionados. Pero examinaremos las cosas como son en sí, sin dejarnos amedrentar por infundados temores. ¿Será tal vez la mayor temperatura de nuestra atmósfera la que haga más nocivo el uso del carbón? Pero el calórico enrareciendo los cuerpos, contribuirá antes bien a disipar más y más aquellas sustancias gaseosas. ¿Será, por ventura, el estado del aire? Pero entre los trópicos reinan casi perennemente las brisas, que arrastran con todas las emanaciones más rápida y constantemente que los vientos de aquellos países septentrionales. ¿Será acaso la estrechez de las calles y habitaciones? Pero aquí en las regiones cálidas, aunque con calles más angostas, vivimos con más amplitud en nuestros hogares, siempre a puerta abierta y en ventilación no interrumpida. Lejos, pues, de sernos adversas las circunstancias físicas del país, resultan, por el contrario, favorables para poder usar impunemente del carbón mineral.

Mas a pesar de cuanto va expuesto, ¿no se ha considerado siempre como sofocante el tufo del carbón de piedra? Indisputablemente; y si nos encerramos en una pieza a cal y canto, sin poner este combustible en horno ni chimenea, a recibir sus emanaciones, así fuera el carbón vegetal que nadie teme, como el carbón de piedra tan temido, que sin remedio moriríamos asfixiados.

En fin, señores, si todavía la preocupación levantara su cabeza contra el uso del carbón mineral entre nosotros, a V. SS. toca como autoridades constituidas, nada menos que con un carácter científico a par que sagrado, ilustrar la opinión sobre el particular, que es el único medio de disipar todo resto de prevención. Afortunadamente en nuestra patria, como terreno virgen, es mucho más fácil extirpar la mala semilla que aun en los países más cultos, pero envejecidos, donde se arraiga y fortifica a influjo del tiempo, que así sella las buenas como las malas hábitos de nuestra especie. Y ved aquí cuanto juzgué oportuno someter a las superiores luces de V. SS. en desempeño del encargo que se dignaron confiar a mi cuidado.

Dios guarde a V. SS. muchos años.

Habana, 15 de junio de 1833.

ADVERTENCIA

En relación con la POLEMICA SOBRE CAMINOS DE HIERRO, el profesor José Regalado, después de una investigación cuidadosa, llegó a la conclusión de que Luz Caballero intervino en ella con 14 artículos, que son los que se recogen en este tomo, a pesar de que hay pseudónimos que usa que no son los mencionados por Figarola y otros bibliógrafos. *Nota de Roberto Agramonte.*

ESCRITOS LITERARIOS



I

VIDA DE SCHILLER

VIDA DE SCHILLER

Enero 27, 1824

Traducción de la biografía de Schiller, sacada del periódico alemán *Zeitgenossen* (Los Contemporáneos), impreso en Leipzig en 1819.

Juan Cristóbal Federico Schiller nació el diez de noviembre de 1759 en Marbach, villa de Würtemberg sobre el río Neckar. Su padre Juan Gaspar, que en el año de 1745 partió para los Países Bajos como cirujano en un regimiento de húsares de Baviera, a su vuelta al Ducado de Würtemberg, en 1757, fue hecho abanderado y ayudante del Regimiento *Príncipe Luis*. Dos años después fue destinado a Hesse y a Turingia en otro regimiento de Würtemberg. En sus ratos de ocio se empeñaba en proporcionarse aquella instrucción que por circunstancias desfavorables no le habían dado en su primera juventud, dedicándose principalmente al estudio de las matemáticas y de la filosofía. Después de esto, lo que más le gustaba eran las ocupaciones de economía rural. El establecimiento de una escuela forestal en Luisburgo dio ocasión a que el Duque de Würtemberg le proporcionase una ocupación de acuerdo con sus inclinaciones, aunque en mayor escala, en uno de sus palacios de recreo denominado *La Soledad*.¹

Pero lo que en verdad le complacía, mucho más que el favor del Príncipe, que nunca le faltó, era la fama de su hijo, satisfacción que tuvo a una edad muy avanzada. En un escrito de su puño y letra que aún se conserva, se encuentra el siguiente pasaje:

“¡Y Tú, Ser de todos los seres, yo te pedí al nacer mi único hijo te dignases dispensarle aquellas facultades intelectuales que yo no pude al-

1. Hay una obra suya titulada *El cultivo de los árboles en gran escala*, de la cual hizo una segunda edición en Giessen en 1806.

canzar por falta de instrucción, y tú me has oído! ¡Yo te bendigo, oh Dios benéfico, porque tú no eres sordo a los ruegos de los mortales!”.

La madre de Schiller, hija de un panadero de Kodweis, era, según noticias fidedignas, una ama de casa llana, entendida y bondadosa; amaba cordialmente a su esposo y a su hijo; y si bien tenía poco tiempo para dedicarse a la lectura, le gustaba mucho leer las poesías de Uz y de Gellert, particularmente por ser poetas místicos.

Schiller recibió su primera instrucción del cura Moser en Lorch, lugar situado en los límites de Württemberg, donde vivieron sus padres por espacio de tres años, desde 1765, y después pasaron a Luisburgo. Aquí vio el niño de nueve años por la primera vez un teatro, y por cierto tan suntuoso cual lo requería la magnificencia del gobierno del Duque Carlos. El efecto que esto le causó se infiere de lo que se le veía hacer; pues todos sus juegos juveniles los refería al teatro, y desde entonces en su espíritu formaba planes para componer tragedias. Schiller se educó en la escuela latina de Luisburgo, donde permaneciera hasta el año de 1773.

Su maestro principal, a cuyo lado tuvo mesa y casa, era Juan Federico Jahn, sujeto que, a pesar de su carácter regañón y colérico, poseía muy buenos conocimientos en filosofía. Los poemas que Schiller leía y traducía en la escuela de Luisburgo eran la *Tristeza* de Ovidio, la *Eneida* de Virgilio y las *Odas* de Horacio. En este tiempo ninguno de sus condiscípulos advertía su devoción por estos grandes poetas; tampoco se le veía descollar en ningún ramo del saber si exceptuamos el conocimiento que tenía de la lengua latina; así es que no se presumía ni por asomo de aquellas disposiciones singulares y latentes que ulteriormente se desarrollaron en él con tanta brillantez.

Un apuro en el que se vio y del que salió bien y un poco de cuajada que tomó después, fueron motivo para que se despertase su numen poético. El caso fue que Schiller, en el año de 1768, tenía que dar la lección de catecismo en la iglesia en compañía de su condiscípulo Elwert, que aún vive de físico en Kantstadt. Las severas amenazas de su preceptor, que era hombre sumamente religioso, hacían temblar a los dos muchachos ante el examen que iban a sufrir; pero ellos respondieron a las preguntas formuladas sin la menor turbación, y a cada uno se le dio de premio dos *kreutzers*.²

Con este motivo se le ocurrió a Schiller ir a Hartenecker Schlässen a gastar el contadillo que tenían en leche fría, que por desgracia no encontraron aquí. Se vieron, pues, en el caso de continuar la caminata hasta Neckarweihinger, en donde, después de estar preguntando por aquí y por allá, les dieron la leche en un plato limpidísimo con su cuchara de plata

2. Pequeña moneda de cobre corriente en la época (Roberto Agramonte).

para tomarla. Este manjar, sumamente delicado para aquellos modestos sibaritas, les costó sólo tres *kreutzers*. Después de saborearlo, Schiller se sintió inspirado. Después que él y su compañero salieron del villorrio, se subieron a una colina desde la que se divisan Hartnecker y Neckarweiinger; y en estilo poético Schiller maldijo el lugar en que no habían hallado leche, y echó su más entusiasta bendición al lugar en que la habían cuajado.

Los primeros versos que compuso Schiller fueron los que hizo el día de su confirmación en el año de 1772, y fueron debidos a ciertos recuerdos de su madre, pues como ésta le viese aquel día andar muy descuidado, deambulando sin rumbo por las calles, le echó en cara su indiferencia hacia el acto importante del día siguiente, y así excitó sus sentimientos poéticos y religiosos. También se cuenta que este mismo día presentó a su padre una poesía en versos latinos, cosa que no se sabe con absoluta certeza.

Schiller estaba destinado por sus padres al estudio de la teología, de acuerdo enteramente con su inclinación. Con esta mira ya había sufrido varias veces los exámenes anuales que se exigen en Stuttgart a los jóvenes seminaristas. Pero se dice que en aquel Seminario (*Consistorium*) aconsejaron a los padres de Schiller que, careciendo su hijo de los talentos necesarios para la carrera de teología, lo dedicasen a otra carrera. Sin embargo, esta noticia es desmentida por los certificados de estudios que obtuvo Schiller del señor Knaus, prelado y rector del gimnasio de Stuttgart, en sus repetidos exámenes.³ Lo que en realidad sucedió fue que en aquella fecha acababa el Duque de Württemberg de fundar un nuevo establecimiento de educación, el Seminario militar en *La Soledad*, después Escuela de Carlos (*Karlschule*), en Stuttgart, en que se reclutaban los alumnos entre los hijos de los oficiales. Los honrosos informes que daban a Schiller sus maestros, hicieron que el Duque fijase su atención en él y en conse-

3. En este lugar hay en el original la siguiente nota no recogida por Luz y Caballero: “Im Jahre 1769: *Puer bonae spei, quem nihil impedit quominus inter petentes hujus anni recipiatur*. In den Jahre 70 und 71: *Puer bonae pei, qui non ifeliciter in litterarum tramite progreditur*, und endlich im Jahr 1772, minder günstig: *Non sine fructu per annum proxime praeteritum in iisdem laboravit pensis cum antecessoribus* (seinen Mitschülern in Ludwigsburg). Seine Fortschritte im Lateinischen, Griechischen, u. s. w. erwarben ihm immer ein doppeltes A, womit, man nur die Besten zu bezeichment pfliegte. [Cast.: “En el año 1769: Joven que promete, al que no hay nada que le impida el que sea admitido entre los aspirantes de este año. En los años 70 y 71: Joven que promete y que avanza ventajosamente en la carrera de las letras; y por último, el año 1772, menos favorable: desarrolló provechosamente durante el año anterior las mismas tareas con sus predecesores (con sus condiscípulos en Luisburgo). Sus progresos en latín, griego, etcétera, le ganaron constantemente un doble A, con que se solía galardonar siempre al mejor”.] (Roberto Agramonte.)

cuencia propuso que su padre le pusiese en el nuevo establecimiento, persuadiéndole al mismo tiempo que eligiese otro género de estudio para su hijo, puesto que en el nuevo colegio no podía dedicarlo a lo que deseaba. Grande fue el apuro de la familia de Schiller en estas circunstancias; sin embargo, el hijo sacrificó, aunque con dolor, su inclinación a las proposiciones de su padre. Se resolvió a estudiar jurisprudencia y fue admitido en el Instituto el año de 1773. Cuan duro le había sido este paso lo evidencian sus propias palabras, cuando en el año siguiente, con motivo de que cada alumno debía de hacer por sí mismo una pintura de su carácter; se explicó así: “Yo me hubiera considerado mucho más feliz, si hubiera podido servir a la patria como teólogo”.

Mas no era menos penoso el estado de su ánimo a verse en un instituto, entre cuyos métodos de enseñanza se incluía la más rígida renunciación a sí mismo, el sofocar aquellos talentos que no perteneciesen o se adaptasen al plan de educación vigente, y en que hasta se exigía la humillación del libre albedrío. El modo con que se trataba a los niños y señaladamente a Schiller en Karlschule, y lo disgustado que él estaba con la clase de instrucción que le daban sus preceptores, se evidenciará con algunas cartas que escribió entonces el inmortal poeta.

“Querido Carlos: —escribía Schiller seis meses después de su entrada en el nuevo instituto, a su amigo íntimo, el señor M... que por entonces se hallaba en Luisburgo— ¡Yo no he cumplido mi palabra! ¿No es verdad que he hecho mal? Seis meses ha que debía haberte escrito, y ahora es la primera vez que se me ocurre que tengo que cumplir mi palabra con un amigo. ¡No te enojés, querido! Yo no he tenido la culpa de la demora. Sábetelo que no gusto de hablar mucho; ven tú mismo, míralo, compruébalo y juzga luego. A tu Federico no le dejan un momento entregado a sí propio: la lección que se señala ha de oírse, examinarla y repetirla; a más de que el escribir cartas a los amigos no es cosa que esté permitida en el reglamento de nuestra escuela. Si tú me vieras cómo tengo a mi lado abierto el *Lexicón* de Kirsch, y delante la que te escribo, a primera vista descubrirías al apenado autor de la carta, que busca en un miserable diccionario un lugar oculto para esconder este pliego querido ¡por si acaso!...”

Al mismo amigo escribía Schiller el 18 de octubre de 1774: “Que tú concluirías los estudios antes que yo, me lo presumí así que comencé a vislumbrar por experiencia que para ti, que eres un hombre libre, estaba abierto el campo libre y espacioso de las ciencias. Gracias al cielo que en nuestros códigos criminales, junto a la pena de robo cometido en campo despoblado, no haya también una señalada para el que roba en los remotos campos científicos, pues si tal fuera ¡pobre de mí, que como me aplico a ciencias del todo heterogéneas, y a hurtadillas como muchas frutas vedadas en el jardín de las Hespérides, mucho tiempo ha que me hubieran condenado a la horca!”

“¿Piensas tú —así escribe Schiller al mismo el 20 de febrero de 1775— que yo me he de sujetar a la absurda rutina, por honrosa que ésta sea en concepto del Inspector? Mientras mi espíritu pueda elevarse libremente, no habrá cadenas que lo humillen. Si al hombre libre le es de suyo odioso el espectáculo de la esclavitud ¿cómo ha de llevar en paciencia los grillos que le forjan a él mismo? ¡Oh, Carlos! ¡Nosotros tenemos acá en nuestro corazón un mundo enteramente diverso del mundo real... Muchas veces se me representa sublevado, cuando quiero salir al encuentro contra una sanción contra la cual mi íntima conciencia responde de la bondad de mis acciones. ¡La lectura de algunos escritos de Voltaire me causó muchísimo disgusto!”

Con fecha de 25 de septiembre de 1776 escribe Schiller a otro amigo que tuvo después, el señor F. en St., el cual había abandonado el colegio en la Pascua de Resurrección de aquel año: “¡Ahora ya está Ud. en el teatro del mundo real, y debe haber hallado —eso se lo aseguro yo de tal teatro— otras decoraciones y otros apuntadores y actores de los que nos imaginábamos en nuestro mundo ideal. Deme Ud., pues, un testimonio de deferencia amistosa, participándome lo que piensa de ese universo! A mí me interesa todo cuanto sepa por conducto de hombres libres y que piensan por sí tocante a una ruta que pronto tendré que andar yo mismo. Yo no deseo adentrarme en el mundo real así tan desnudo de conocimientos prácticos; como que todo lo que sé de él hasta ahora lo he sacado del tráfico y roce con el mismo, en lo cual, y sobre el modo de vivir y de adquirir experiencia, más me ha enseñado la historia, fiel guía y conductora en mi carrera científica, que toda la fría charlatanería de muchos maestros”.

La historia y el idioma latino eran los ramos a que Schiller se entregaba con más fervor en Karlschule. Con todo no era menor su dedicación a la medicina, ciencia que abrazó en 1775 con motivo de haberse abierto una clase en el Instituto para los que querían ser médicos. En los ratos desocupados se dedicaba al estudio de las obras poéticas, entre las cuales le atraían particularmente las poesías de Klopstock. De ellas sin duda procedió aquella sensibilidad de Schiller tanto por lo grande y lo sublime cuanto por lo suave y delicado, que tanto nos cautivan en sus producciones posteriores y más felices. También leía la Biblia a menudo y con gusto, sobre todo los Salmos y Profecías, no pudiendo desconocer en sus obras, con especialidad en las primeras, el influjo del estilo vigoroso de Lutero.⁴ No estudiaba menos los *Varones ilustres* de Plutarco, y los escritos de Herder

4. ¿Quién no se acuerda de aquel pasaje sublime de Ezequiel (cap. 37), cuando está en las tumbas sobre los restos corrompidos de los muertos; y los sepulcros se abren y las inmundas osamentas salen fuera y una nueva creación se levanta? No se puede desconocer la semejanza de este pasaje con el sueño que cuenta Francisco Moor en *Los Bandidos* [de Schiller].

y de Garve; y a las observaciones de este último sobre la filosofía moral de Ferguson, debió Schiller la primera luz en el campo de las verdades racionales.

En tanto, el espíritu de Schiller no se contentaba sólo con recibir; él quería producir por su cuenta, crear, figurar. Una poesía épica, el *Moisés*, que apareció en 1773, es del grupo de sus primeros ensayos, en el que ciertamente se nota más bien un esfuerzo fatigoso por imitar que algo de propia creación. A fines de este mismo año logró, facilitado por un amigo, el *Ugolino* de Gerstenberg. Esta tragedia, que en bellezas de pasajes aislados, particularmente en escenas patéticas, sublimes y llenas de emoción, no cede a ninguna otra, no sólo conmovió a Schiller en lo más íntimo, sino que le causó una impresión duradera. *Ugolino* y *Gotz von Berlichingen* dieron a su numen poético un nuevo sesgo, y tanto estas dos piezas como las comedias de Lessing, las poesías del pintor Federico Müller y muy particularmente el *Julio de Tarento* de Leisewitz, eran ya entonces las obras favoritas de nuestro Schiller. Así nació su primera obra *Cosme de Médicis*, de la que después tomaría algunos pasajes de *Los Bandidos*. Era en conjunto un ensayo sumamente imperfecto y se asemejaba en el asunto al *Julio de Tarento*. Tampoco los ensayos líricos de Schiller en esta época hacían presumir aquel espíritu que imprimió a obras suyas posteriores de este género. En su primera poesía de esta clase, publicada en el año de 1776,⁵ se advierte más la apropiación de ideas ajenas, singularmente de Klopstock, Kramer y Uz, que un vuelo poético propio. Son, empero, dignos de notarse los siguientes versos, que nos descubren lo más recóndito de su alma, y nos dejan ver todo cuanto era objeto de sus afanes y anhelos, aquel sentimiento de la naturaleza:

Para los reyes, para los grandes, poco vale:
 Acércate a los humildes, ¡oh Dios!
 ¡Tú me diste Naturaleza!
 ¡Reparte entre ellos los mundos!
 ¡Pero Padre! ¡a mí dame los cantos!

Fue en esta época cuando Schiller leyó a Shakespeare, aquel genio admirable a quien un poeta moderno ha llamado muy propiamente “el genio de las Islas Británicas”, y cuyo mérito es reconocido y apreciado por los mejores escritores de nuestro siglo. Schiller, hallándose a la sazón en la clase, estaba oyendo leer un pasaje del poeta inglés. En cuanto salió de ésta, se fue corriendo hacia su preceptor, después al prelado Abel, en Schönthal, y le rogó vehementemente le prestara la obra del gran dramá-

5. Véase el *Magazine suábico* de Balth Haug, 1776, p. 115.

tico, que por cierto en ese entonces no correspondió enteramente a lo que de él esperaba. Oigamos al mismo Schiller: “La primera vez —dice—⁶ que en mis tiernos años leí a este poeta, me irritó su frialdad, su insensibilidad que le permitía bromear en la parte más patética de la obra e interrumpir con la entrada de un bufón escenas que parten el corazón, en *Hamlet*, en el *Rey Leandro* [Lear] y en *Macbeth*; y así mismo estar impasible donde mis sentimientos me impelían avasalladoramente y viceversa. Hacía muchos años que este hombre singular se había ganado mi veneración y era objeto de mi estudio, y sin embargo aun no me había identificado con él. Todavía yo no era capaz de entender la naturaleza humana así, de primera mano”.

Los Bandidos fueron el resultado de la asidua lectura de Shakespeare. Es muy notable lo que el poeta dice de sí mismo sobre esta obra dramática. “Una equivocación singular de la naturaleza —dice Schiller—⁷ me había sentenciado a ser poeta en el lugar de mi nacimiento. La afición a la poesía estaba en pugna con las leyes del instituto en que yo me educaba y era incompatible con el plan de su fundador. Ocho años estuvo luchando mi voluntad poética con aquellas reglas militares, pero la pasión por los versos es fogosa y fuerte, tanto como el primer amor. Lo que debía sofocarla sólo sirvió para encenderla más. Al huir de un mundo que para mí era un tormento, mi corazón se expandió por un mundo ideal, ajeno al mundo real, que estaba separado de aquél por fuertes rejas de hierro; sin conocer a los hombres, pues los cuatrocientos que me rodeaban eran uno solo, cortados por un mismo patrón, y renunciaban solemnemente a toda plasticidad; y sin estar impuesto de las inclinaciones de los hombres libres y dueños de su voluntad, pues aquí se cumplía una sola voluntad; ¡y esa no quiero nombrarla ahora! Las demás voluntades yacían enervadas, mientras una sola se revolvía y campeaba, todo capricho, todo licencia de la naturaleza —que es de suyo tan variada—. Se perdían bajo el peso del orden establecido. Y sin conocer al bello sexo, pues es sabido que las puertas de este instituto sólo se abren a las mujeres antes que empiecen a ser interesantes, y cuando han dejado de serlo. Desconociendo tanto a los mortales como a la suerte de éstos, no podía atinar mi pincel a trazar la línea divisoria entre lo angélico y lo diabólico; y era forzoso que diera a la luz un monstruo, que por fortuna no existía en todo el orbe y al que desearía la inmortalidad sólo a fin de eternizar el engendro que dio al mundo la alianza contranatural de la subordinación con el genio. Hablo de *Los Bandidos*”. Apareció la obra. Toda la gente moral denunció al autor como criminal de lesa majestad; y él

6. Véase su ensayo *Sobre la poesía sencilla [naïve] y sentimental*. (Corresponde en sus obras al tomo VIII, Secc. 2, página 43).

7. En el *Museo alemán* del año de 1784.

dio por toda respuesta la del ambiente en que nació. “Si entre las innumerables acusaciones contra *Los Bandidos* hay alguna que me ataña, sin duda es ésta: ¡que yo me metí a pintar a los hombres dos años antes que encontrase uno!”

No hallando Schiller editor para *Los Bandidos*, se vio en la necesidad de hacer la impresión de su propio peculio. Sin embargo, tuvo después la gran satisfacción de que en el año de 1781 el señor Schwan, consejero de la Cámara de Hacienda y librero en Mannheim, le invitó a que corrigiese esta obra para el teatro de allí. A poco de esto, le hizo el mismo encargo el Barón de Dalberg, director del teatro de Mannheim, que por este tiempo se había erigido para las producciones dramáticas que se publicasen. Se conserva lo que Schiller contestó a esto; y se ve en ello cuán rigurosamente se criticaba él a sí mismo y con qué facilidad aceptaba hacer cualquier variante de cuya necesidad se le convenciese, al paso que defendía muy enérgicamente los derechos de su obra en aquellos puntos esenciales, aun en contra de un hombre que apreciaba altamente. Los debates por escrito terminaron a entera satisfacción de las partes, y en el año de 1782 se representaron *Los Bandidos* en Mannheim

Hasta el año de 1778 estuvo Schiller en la Karlschule, y presentó entonces, por requerimientos de su profesión y conforme al reglamento, una tesis de medicina *Sobre la conexión entre la naturaleza animal del hombre y la espiritual* (Stuttgart, 1780, in 40.), obra que desgraciadamente no se encuentra hoy en las librerías. Ya antes él había escrito un tratado en latín con el título de *Filosofía de la fisiología*, que no se dio a la prensa.

En el primero de estos escritos insertó Schiller, como pruebas de las observaciones fisiológicas, algunos pasajes sacados de *Los Bandidos*, pieza que aún estaba inédita, citándolos como traducción de una tragedia inglesa (*The life of Moor*). Moviolo a este proceder, no tan sólo los consejos de los amigos, sino también el temor de darse a conocer como autor de un tipo de labores que no eran permitidas por el reglamento del colegio. Pero no estuvo mucho tiempo contento con que fuese anónimo, y en aquel entonces declaró repetidas veces que en cuanto a lo que hacía le importaba muy poco la opinión del mundo. Él mismo dice: “¡Feliz aquel que puede despreciar la opinión del mundo! Los príncipes son criaturas suya; es lógico, pues, que sean sus esclavos.”⁸

Mas antes que dejemos a Schiller como alumno de Karlshule, permítasenos detenernos un poco en uno de los períodos más notables de su vida. Tal vez sea digno de recordar, hablando de *Los Bandidos*, que Schiller fue sorprendido en cierta ocasión por uno de sus maestros en el

8. Véase *El Visionario*, Leipzig, 1789, página 125. (En las *Obras completas* es el tomo IV.)

momento en que estaba declamando algunos pasajes de esta pieza, a lo que solían instarle muy a menudo sus discípulos. Al pronunciar aquellas palabras que Francisco Moor dice a Moser: “¡Ah, qué! ¡Conque no sabes nada! ¡Acuérdate bien! ¡Muerte, cielo, eternidad, condenación; todo esto está cifrado en lo que pronuncia tu labio! ¡Conque nada, nada sobre esto!”⁹ se abrió la puerta, y al entrar el inspector, sorprendió a Schiller andando por todo el cuarto furioso y desesperado; y le dijo: ¡Eh! ¡Qué no se avergüenza vuestra merced! ¡Quién está tan irritado para estar echando maldiciones?”. Los demás alumnos se reían sin que el maestro los viese, procurando contener las carcajadas; mas Schiller, dirigiéndose a él, exclamó con amarga sonrisa: “¡Qué hombre tan pedante!”.

Aquella clase a que él no quería asistir le safabo el cuerpo, fingiéndose enfermo. Mas como pronto se notase que la enfermedad no era continua y que sólo la tenía el enfermo en ciertos días y a ciertas horas, no le creyeron; y si bien es verdad que se le dispensaban las faltas, por otra parte se le había puesto por remedio obligarle hacer una porción de temas; y, lo que era peor, sobre ciencia, en que de ninguna manera quería él profundizar mucho. Llegaron a incomodarle a tal punto con el remedio, que una vez que le llevaron el tema que se le había señalado, lo tomó y arrojó a los pies del portador, diciéndole: “¡A mí no hay quien me quite la libertad de elegir mis estudios!” Entretando tuvo que expiar de tal manera su arrojó, que por algún tiempo se le pasó a un grado inferior y llegó a comprender que los inspectores en tales casos podían más con su libérrima voluntad y con su reglamento, que él con todo su libre albedrío.

Pero otras cosas le molestaban aún más de lo que le afligían los accidentes de esta especie: estaba tan disgustado de aquel encierro y de aquella vida retirada y alejada de todos los placeres humanos, que muchas veces, junto con algunos de sus amigos íntimos, intentaba, por la noche o en otras horas francas, escaparse de su prisión, para poder gozar de los preciosos momentos de la primavera de la vida o atisbar desde lejos la conducta y modos de vivir de los hombres. Mil veces logró huirse, cosa que hizo particularmente durante el último año de su residencia en Karlschule. Mas un plan por el que se propuso, en 1773, en consorcio de sus amigos, proporcionarse una libertad estable, se frustró enteramente, sin que se descubriese. “Los inspectores —decía Schiller algunos años después, burlándose— no contarían nueva época en esta égira”.

La larga estancia en Karlschule —que en su edad madura recordaba con mucho agrado— fue causa de que adquiriese aquel modo de andar tan extraño que conservó aun hasta mucho después de haber salido del cole-

9. *Los Bandidos*, acto 5, escena 1ª.

gio. “Yo estoy todavía muy habituado a la táctica de la escuela militar”, decía él una vez chanceando con motivo de celebrar el aire fácil y desembarazado de un amigo suyo.

Después de la presentación de la mencionada tesis de medicina, Schiller fue destinado al regimiento *Augé*, en calidad de médico militar; y de este modo se pasó a una carrera más amplia y desembarazada, aunque se veía rodeado de trabas allí mismo donde se creía libre de ellas.

La representación de su obra *Los Bandidos* en el teatro de Mannheim le había excitado el deseo más vivo de asistir a ella; pero le fue negada por sus jefes de la vehemente solicitud en que pedía permiso para ir a aquella ciudad. Mas él, sin hacer caso de que se le hubiese negado el permiso, hizo varias gestiones con un amigo suyo, el señor M... en L..., y luego se marchó ocultamente a Mannheim. “¡Esto no debe usted tenerlo a mal! —así escribe él mismo—. ¿Qué joven robusto hay que no desee ver el hijo de sus primeros amores? ¿Y qué otra cosa ansío yo por ver que aquel fruto primero y juvenil, que debe el ser; no a un mancebo vigoroso, pero sí al primer trabajo de un joven?”

Llegó, pues, a Mannheim nuestro Schiller, y aquí vio en las tablas por la primera vez sus *Bandidos*. La maestría en la representación de un tal Beil, de Beck, y sobre todo de Iffland, que hacía el papel de Francisco Moor, le conmovieron tan vivamente, que Schiller les manifestó el deseo que tenía de ser uno de los de la compañía, a lo que Beil se opuso muy seriamente, diciéndole aquellas palabras que fueron proféticas: “No como autor, sino como compositor, será usted honra y prez del teatro alemán”.

La fuga de Stuttgart no pudo mantenerse oculta por mucho tiempo y el caso fue que tuvo que pagar esta falta contra sus superiores con 14 días de arresto. Pero aún le aguardaban mayores contratiempos. *Los Bandidos* habían sido leídos tanto en Mannheim como en otras partes —aun en la misma Stuttgart— y su autor, que hasta entonces lo habían tenido por un excéntrico, y a veces también por un atolondrado, vino a ser objeto ahora tanto de la admiración como del acorralamiento y adhesión de todos. Una obra que ya había publicado antes de ésta, titulada *El cántico de los tiranos*, inserta en la *Crónica de Schubart*, había hecho tan gran impresión, que al aparecer *Los Bandidos* la admiración hacia Schiller se sostuvo y aun aumentó.

Los siguientes pasajes de dicho periódico se los tuvieron muy a mal: “Tú bebes sangre como agua”. “Los hombres no arriesgan ni una burbuja de aire a tu puñal asesino”. “El favorito que, elevándose del rango de plebeyo, desplazó de su alto sitio al amigo”. “Un ministro de los de aquella estofa, que vendía los empleos y honores al que más ofrecía, y echaba de su casa al afligido patriota”, etcétera, etcétera.

“Sí, amigo mío –escribe él al señor F. en St..., debo salir de aquí a la carrera, pues al fin les puede entrar ganas de asignarme una vivienda en Hohenasperg (fortaleza así llamada) como hicieron con el honrado Schubart.¹⁰ Se trata de que necesito más cultura de la que tengo. Muy bien puede ser que me eduquen de otra suerte en Hohenasperg, pero déjenme con mi actual educación, que mejor la quiero así, por ser de mi gusto, aunque sea en menor grado, pues tal como es se la debo a mi libre albedrío y a mi resistencia ante toda opresión que menoscabe mi criterio independiente”.

Y al señor B... en M..., escribe: “Mucho tiempo hace que pienso en lo que se pretende hacer de mí, esto es, se pretende ponerme bajo una curatela que aprisione el espíritu, cuando ya hace mucho tiempo que he cumplido la mayoría de edad. Lo mejor es huir, si se puede, de tan pesadas cadenas; a mí, a lo menos, jamás me oprimirán, y ante esta convicción, corro a vuestros brazos”.

El peligro que amenazaba a Schiller no era tan grande como él se pensaba, según las cartas que acabamos de citar; a pesar de esto, vino a juntarse una circunstancia que hizo que se disgustase mucho de estar en Stuttgart. El caso fue que un grison¹¹ distinguido se quejó de un pasaje de *Los Bandidos* en que se trataba a sus paisanos de salteadores de caminos (modo de hablar nada raro en Suabia con respecto de los grisonos),¹² por lo cual el Duque de Württemberg prohibió a Schiller que imprimiese cosa alguna en lo sucesivo, a menos que fuese en el ramo de la medicina. Esta restricción le fue tanto más sensible, cuanto que acababa de asociarse con el profesor Abel y el ya difunto bibliotecario Petersen para la edición de un periódico titulado *Repertorio literario de Württemberg*, del cual se dieron a la luz tres números que contenían algunas disertaciones, como por ejemplo: *Sobre el actual teatro alemán, El paseo bajo los tilos, Acción magná-*

10. Todo el mundo sabe que este individuo estuvo preso ocho años en la mencionada fortaleza y que logró recobrar su libertad por su *Himno a Federico el Grande*. Por otra parte, no será fuera de propósito advertir aquí, en la refutación del rumor que ha corrido sobre que Schiller le debió una gran parte de su educación, que sólo le visitó una vez, movido de conmiseración por su suerte, sin que jamás haya tenido estrechos lazos de amistad con él.

11. Los grisonos: de uno de los cantones de Suiza. Confina con el Tirol y Lombardía y sus naturales se dividen en tres ligas. (Roberto Agramonte.)

12. Véase el *Magazine suábico* de J. M. Armbruster (Kempten, 1785), en el cual, con el título, de *Apéndice a un martirologio suábico*, se insertan algunos documentos relativos a esta ocurrencia, impresos en el *Periódico mensual de Berlín*, de octubre de 1805), se cita al señor Walter, Inspector de Jardines de Luisburgo como agente de los grisonos contra Schiller.

nima sacada de la historia moderna, y últimamente algunas *Críticas*, entre otras una muy severa y completa sobre *Los Bandidos*.¹³ El duque, que se tomaba algún interés por Schiller, le mandó llamar y le encargó que en lo sucesivo le mostrase todas sus producciones poéticas antes de imprimirlas. Era imposible que Schiller aceptase esto, y su negativa, como era de esperarse, no fue bien recibida. Resolvió, pues, salir de Stuttgart, pero no quería hacerlo sin licencia del duque. Esta licencia esperaba alcanzarla por conducto del Barón de Dalberg, y sus cartas a este señor contienen las más vehementes súplicas para que interpusiera sus buenos oficios en su favor. Entre tanto, hubieron de presentarse dificultades en el cumplimiento de su petición; creció su impaciencia, y decidió fugarse, y al efecto eligió un momento, en octubre de 1782, en que todo Stuttgart estaba ocupado con las fiestas que se celebraban con motivo de la llegada del gran Príncipe Pablo.

Llegó Schiller a Franconia de incógnito, y allí vivió como un año cerca de Meinungen, en Bauerbach, hacienda de la señora Consejera privada de Wollzogen, la cual le dio la más benévola acogida, debido a la amistad que el poeta tenía con sus hijos que habían estudiado con él en Stuttgart. Aquí se entregó tranquilo y sin recelos a sus tareas poéticas y publicó *La Conjuración de Fiesco*—que había empezado en Stuttgart durante su arresto—, la *Kábala y el amor*, y delineó las primeras ideas para el *Don Carlos*. En septiembre de 1783 se fue a Mannheim, en donde salieron a recibirle por todas partes, y luego contrajo muy estrechas relaciones con los empresarios de aquel teatro. Desde su salida de Stuttgart, Schiller no había tenido sus conocimientos médicos más que como un medio de ganarse la vida. Las promesas de sus amigos, particularmente las del Barón de Dalberg, y más que todo su propio genio, muy pronto realzaron a nuestro Schiller y le proporcionaron el gusto de verse con el cargo de poeta dramático del teatro de Mannheim, empleo que desempeñó con toda la fuerza de su vocación. Schiller consideraba el teatro como una institución moral, como una escuela de filosofía práctica y como clave infalible para penetrar en los más recónditos secretos del alma humana. Sólo aquí oyen los grandes del mundo—creía— lo que jamás o rara vez oírán: la verdad; lo que nunca o rara vez verán, lo ven aquí: ¡al hombre!¹⁴

Por esa época fue también admitido en la *Sociedad alemana palatinoelectoral*, sobre lo que escribe así su amigo Zumsteeg: “El

13. Muy de desear hubiera sido que en la nueva edición de las obras de Schiller hecha por Cotta, se hubiera incluido esta crítica sobre su propia pieza, sumamente curiosa en su género.

14. Véase una memoria suya titulada *El teatro considerado como escuela de moral* (en sus *Obras* corresponde al tomo II, página 392).

Palatinado es mi patria, pues por mi recepción en esta sociedad literaria, cuyo protector es el príncipe elector, me he avecindado aquí, y soy súbdito del Palatinado Electoral de Baviera. Mi medio es el teatro, en donde vivo y muero, y afortunadamente mi pasión es mi oficio”.

Habiendo contraído relaciones con personas de quienes esperaba una eficaz cooperación, formó Schiller un plan con el fin de mejorar el teatro de Mannheim, por medio de una sociedad dramática que no llegó nunca a plantificarse. Mas para contribuir de algún modo a ese objeto, emprendió en el año de 1784, la publicación de un periódico con el título de la *Talia del Rin*. “Todas mis conexiones —así se explica en el anuncio— quedan ahora rotas. De hoy en adelante el público es mi único estudio, mi soberano, mi confidente, mi todo. Sólo a él pertenezco. Ante este tribunal, y no ante otro alguno, compareceré. Este es el único que temo y venero. Yo siento como cierta grandeza en torno de mí al decidir que no he de sufrir más trabas que las me impongan las exigencias del mundo, ni he de apelar a ningún otro trono que al alma humana”.

“La posteridad pasa por alto a aquel escritor que se adhiere tenazmente a sus producciones. Por mi parte confieso francamente que la principal mira que he llevado en la publicación de *Talia* ha sido ligarme al público por medio de un vínculo de amistad”.

Entretanto se representó en el teatro de Mannheim *La Conjuración de Fiesco* con toda la magnificencia teatral y con el más señalado aplauso. Esta obra era muy diferente de sus primeras producciones dramáticas. Ahora Schiller había entrado realmente en el mundo; al entrar en él, aprendió a conocer mejor no sólo la naturaleza, sino también el arte, y ambos habrían de contribuir a ennoblecer su técnica. Con todo, esta tragedia en muchos respectos era muy parecida a *Los Bandidos*, pues, aunque Schiller había entrado en el mundo, había llevado consigo su propia alma, y por su propensión a lo extraordinario, le gustaba sobremanera detenerse en la lucha del hombre libre, ora contra el destino, ora contra el Estado y sus convenciones. Sin embargo, es evidente, por los siguientes pasajes de su prólogo al *Fiesco*, que en esta tragedia como en la que le siguió inmediatamente, *La Kábala y el amor*,¹⁵ se dejaba guiar mucho más por la meditación, y se sujetaba con más rigor a las reglas del arte dramático. “Las libertades —dice Schiller— que me he tomado con los acontecimientos, las disculpará el dramaturgo hamburgués si es que me han salido bien; pero si no, prefiero haber estropeado mi creación que los hechos. La catástrofe verídica del complot, en la cual el Conde ve frustrados todos sus propósitos por una infeliz —para él— casualidad era indispensable vararla

15. Esta pieza está traducida a muchas lenguas, entre otras al inglés, por J.J.K. Timaus, Leipzig, 1795

de todo punto en atención a que la naturaleza del drama no sufre ni el dedo de la casualidad, ni la intervención directa de la providencia”.

“No me sorprendería mucho ver que ningún poeta trágico ha tratado este asunto, ya que yo mismo, al trabajar en él, no hallo suficientes razones para convencerme de lo poco que se presta a las situaciones dramáticas. Los espíritus superiores ven correr por los más frágiles hilos de la trama un hecho que se extiende hasta todo el ámbito del mundo, y aun quizás se queden suspensos en los confines más remotos de lo pasado y lo futuro; mientras que el hombre no ve otra cosa que el hecho vagando por las regiones etéreas. El artista, pues, escoge aquello que está al alcance de la humanidad a quien se propone instruir, y se abstiene de plantear los asuntos que sólo son comprensibles a la perspicaz omnipotencia de quien aprende todo lo que sabe. A pesar de lo brillante que se nos presenta en la historia la malograda conspiración de Fiesco, no es difícil que en las tablas carezca de aquella fuerza que es necesaria para producir un efecto. Ahora bien, si es cierto que sólo el sentimiento despierta el sentimiento, me parece que el héroe político deja de ser personaje propio para el teatro, justamente en el mismo grado en que relega al hombre para volverse héroe. No estaba, pues, en mi mano, infundir a mi trama aquella llama ardiente y viva que domina en las producciones superiores del numen; pero poner de manifiesto el corazón humano en esta acción, que de fría y estéril vuelve a llegar al corazón humano, hacer fijar el interés en el hombre por medio de un héroe de la política y tomar de la ingeniosa trama situaciones y escenas para mover a los mortales, esto sí que depende de mí. Mis relaciones con el mundo político me hicieron conocer esta razón más que el gabinete de estudio, y esto tal vez convierta una flaqueza política en una virtud poética”.

A más de que Schiller cuidaba de la redacción de la *Talía* y colaboraba en otros muchos periódicos, como la *Antología de Stäudlin* y la *Crónica de Armbruster*,¹⁶ se ocupó mientras estuvo en Mannheim en varias obras dramáticas, entre otras la *Historia de Conrado de Suabia*, y en una segunda parte de *Los Bandidos*. La idea que concibió de adaptar el *Macbeth* y el *Timón* de Shakespeare al teatro alemán, no llegó a realizarse en ese momento, por estar entregado al *Don Carlos*, de cuya pieza dramática insertó algunas escenas en el primer número de la *Talía*. La lectura de estas escenas en la corte del Landgraviato de Hessen-Darmsadt fue motivo para que Schiller conociese al Duque regente de Sajonia-Weimar, residente en dicha ciudad, y que éste le nombrara Consejero, distinción que más adelante fue de mucha importancia para nuestro poeta.

16. *La Batalla, La Infanticida* y las *Poesías a Laura* (hija del señor Schwan, consejero de la cámara en Mannheim) son obras que corresponden a este período.

No se crea que Schiller en esta época se dedicó exclusivamente a la poesía dramática. Sus *Cartas filosóficas de Julio y Rafael*¹⁷ nos convencen suficientemente del gusto con que en aquel entonces se entregó en brazos de la filosofía. “Cuanto más nos atormenta la duda —dice— tanto mayor es el estímulo que nos mueve a procurarnos el convencimiento y la certidumbre. Aquella nos sirve de guía para llegar a ésta, y es dulcísimo el placer que se experimenta, desde un primer instante de asombro mudo y pueril, hasta el de las creencias vacilantes, y desde éstas hasta la convicción”. “A nadie creas sino a tu propia razón; la verdad sola es sacrosanta” — son palabras suyas. Sigamos al profundo filósofo y veremos de qué modo, empezando por encadenar la verdad al sentimiento, al fin no halla más salvación ni más consuelo que en sí mismo y en su propia razón. En ellos se ve cómo es impelido de un extremo a otro del dogmatismo al materialismo; cómo se rebela contra la idea de que su felicidad está a merced del tacto armónico, de sus órganos sensoriales; que su convencimiento puede vacilar con sus pulsaciones; cómo se atormenta, corriendo por entre todas las tortuosidades del espinocismo; cómo su corazón renuncia a esta doctrina inconsoladora y prefiere volar con entusiasmo en brazos de lo sobrenatural, tranquilizándose únicamente allí donde se estrechan en mutuo abrazo la razón y la fe, según podemos inferir por algunos escritos de Schiller de que por desgracia estas *Cartas* no son más que fragmentos.

Aunque Schiller había pasado muy buenos ratos en Mannheim, ansiaba sin embargo desenvolverse en una esfera de actividad mucho más amplia. El disgusto que le causaba su situación se ve expresado muy vivamente en muchas cartas suyas de esta época. Por fin resolvió irse a Leipzig y poco antes de efectuarlo escribió al amigo H... residente allí: “Probablemente ésta será la última carta que le escriba a usted desde Mannheim. El intervalo entre el 15 de marzo y la fecha de hoy se me ha dilatado como si fuese un acto criminal, pero ahora ¡gracias a Dios! son diez días menos, y por eso estaré más pronto con usted. Y bien, mi estimado, una vez que usted ha sido tan franco conmigo, permítame también que yo lo sea con usted manifestándole mis deseos tocante a mi vida doméstica”.

“Quiero en mi nueva estancia en Leipzig evitar un inconveniente, que hasta aquí harlo me ha incomodado en Mannheim, a saber, que no tengo ganas de ocuparme de las cuentas de mi casa, ni tampoco quiero vivir más solo. No deseo lo primero, pues menos trabajo me cuesta a mí dirigir una conjuración y una acción de Estado, que mi propia mesada, fuera de que la poesía, como usted sabe, en ninguna parte ofrece más peligros que en medio de esas cuentas económicas: mi intención se divide y me salgo de mi

17. En sus obras corresponde al tomo IV, página 433.

mundo ideal cuando una media rota me hace ver que no me queda más que un real. Para lo segundo necesito, si he de contribuir a mi verdadera felicidad, un amigo bueno y sincero que esté a mi lado, cual un ángel tutelar y a quien pueda yo participarle mis primeras ideas sobre cualquier cosa, desde que brotan en mi mente, en vez de tener que escribir cartas o hacer largas visitas para comunicárselas, lo que es insoportable. Advierta usted que hasta la circunstancia insignificante de que si este amigo no vive bajo el mismo techo, y es menester pasar la calle para llegar a él, y arreglarse, etcétera, esta sencilla cosa, repito, quita el agrado del momento y los pensamientos que uno tenía coordinados corren el riesgo de desordenarse. Usted dirá, amigo mío, que estas son pequeñeces; pero las pequeñeces por lo común hacen inclinar la balanza en el curso de nuestra vida. Puede ser que me conozca yo mejor que muchas madres a sus hijos; sé muy bien cuánto y qué poco necesito para mi estabilidad.

”Si pudiera ser que usted y yo morásemos en una misma habitación, entonces se dispararían todos mis escrúpulos. Yo no soy mal compañero, como usted acaso pensará; tengo bastante docilidad para acomodarme al modo de ser de otro y alguna vez que otra también mi ingenio, como dice York, estará propicio para mejorarle e ilustrarle. Si usted a más de esto pudiera después proporcionarme el modo de que alguien quiera hacerse cargo de mi pequeño mobiliario, en tal caso... asunto concluido. Yo no he menester nada más que una pieza para dormir, que unas veces me servirá de estudio y otras de gabinete de recibo. Los muebles se reducirían a una buena cómoda, una escribanía, una cama, un sofá, una mesa y algunas sillas. Teniendo yo esto, nada más quiero para mi comodidad. Yo no puedo vivir ni abajo ni en la buhardilla, y quisiera además que mi habitación no cayera cerca de algún cementerio. A mí me gusta la gente, y hasta mucha gente. Si yo puedo contar con que nosotros —se entiende el grupo de los cinco— comamos juntos, al punto me iré a la fonda a ajustar el *table d'hôte*, porque yo prefiero quedarme sin comer a dejar de comer en compañía, con tal que sea numerosa y escogida”.

“Le escribo a usted todo esto, queridísimo amigo, a fin de irle preparando a mis extravagancias, y al mismo tiempo para que dé con anticipación algún paso aquí o acullá para que pueda llevarse a cabo mi plan. Ciertamente que mis pretensiones, de puro sencillas y francas, desesperarán a cualquiera; culpa es esto de la bondad de usted, que me ha enseñado malas mañas”.

“A la hora de ésta usted habrá recibido la primera parte de la *Talia* y se habrá formado juicio del *Don Carlos*. Pero quiero saberlo verbalmente. Si nosotros cinco no nos hubiéramos conocido antes, quién sabe si el *Don Carlos* no hubiera sido un motivo para que usted contrajese amistad conmigo”.

Es muy notable el juicio de Wieland¹⁸ escrito en una carta fechada en 8 de marzo de 1785, sobre las escenas de aquella pieza dramática, que se publicaron como por vía de muestra en el primer número de la *Talía*. La dureza o, más bien, la injusticia de esta censura podemos dispensársela al honrado cantor de *Oberon*, con tanta mayor razón cuanto que, según él mismo confiesa, jamás fue su vocación el arte dramático, ni hizo acerca de él un estudio especial.

“Tengo —así se explica— una alta opinión de los talentos y disposiciones del señor Schiller, y aun en estas primeras escenas de su *Don Carlos* he encontrado muchos pasajes y rasgos aislados que me la reafirman. Pero si he de decir con franqueza cuál ha sido el resultado del examen atento que he hecho de su obra, creo que debería esforzarse en moderar su imaginación, en extremo fogosa e inclinada a saltar las barreras, por medio de ensayos más moderados, como v. gr., componer a base de alguno que otro asunto tomado de los tiempos heroicos, estudiando algo más el arte de la tragedia en las obras de los maestros griegos y franceses, a fin de hacerse de una teoría no sólo de la naturaleza humana en su aspecto poético, sino también en el aspecto exacto y filosófico; en una palabra, esperar la época de la madurez de su espíritu, antes de emprender una obra en que, como ocurre en el autor de *Los Bandidos*, a cada momento corre el peligro de pecar contra la verosimilitud, contra la decencia y aun contra las conveniencias teatrales. Yo quizás pueda equivocarme, pero al menos hablo según mi íntima convicción cuando digo que ni hallo los caracteres bien pintados, ni las pasiones presentadas con verdad; y aun cuando yo pudiera admitir que a un escritor trágico, que tomas sus personajes del siglo xvi y de la corte de Felipe II, sea lícito convertirlos en personajes fantásticos, con todo, no pocas veces echo de menos en ellos hasta la verdad psicológica, correspondiente a lo ideal, sin la cual podrán ser en todo caso, si se quiere, *bellas caricaturas*, pero no pasan de *caricaturas*: a veces también me agobia la copia de pensamientos y expresiones que, en mi sentir, son ora ampulosos, ora inoportunamente agudos, y hasta indecentes, etcétera. Yo veo lo que el señor Schiller *quería* hacer; también veo que lo ha logrado en alguna que otra parte de la obra; pero, considerada la pieza dramática en conjunto, noto, en el modo de expresar él los sentimientos y pasiones de este príncipe, más bien un *gigante* que un *héroe*; más bien un *salvaje*, que jamás conoció otra ley que la de la ruda naturaleza, que un príncipe que recibió su primera educación de un Carlos V. Acerca del carácter de Rodrigo y la escena final del acto entre él y el Príncipe, habría mucho que decir;

18. Que aquí no hacemos más que compendiar y que puede leerse por entero en un escrito titulado *C.M. Wieland descrito por J. G. Gruber*, Leipsig y Altemburg, 1816 (t II, desde la página 571 hasta la 578).

mas ahora sólo me viene a la mente una cosa: si es cierta la anécdota en que el Príncipe lo recuerda (pág. 126) y si Rodrigo pudo *permitir y presentiar* que Don Carlos, por su culpa, siendo inocente, fuese tratado tan ignominiosa e inhumanamente, entonces digo que Rodrigo es el más abyecto entre todos los abyectos de la tierra; y este rasgo es suficiente para que este personaje se haga insoportable a los espectadores a través de toda la obra. Advirtamos de paso que el nombre español de Rodrigo indudablemente debe tener larga la sílaba del medio, y que está tan mal dicho *Ródrigo*, como generalmente dice el señor Schiller, como *Hénricus* o *Pólonus*".

"La mayor falta del señor Schiller —falta que muchos escritores alemanes tienen razón de envidiarle— consiste ciertamente en que es demasiado *exuberante*, en que *dice demasiado*, en que su lenguaje está pletórico de pensamientos e imágenes, y en que aún no ha podido dominar bastante su imaginación y su ingenio. Su fluencia incontenible se advierte también a lo largo de las escenas. Yo me estremezco cuando me pongo a calcular lo extensa que ha de ser la obra, una vez concluida, y a pensar cuánto tiempo será menester para representarla, pues sólo el primer acto se lleva cuatro pliegos y medio.

La obra más larga de Sófocles tiene escasamente tantos versos como el acto 1º del señor Schiller. Por lo demás, me entrego con placer a la esperanza de que él, con el debido cultivo de sus felices disposiciones, se hará cada día más acreedora a los aplausos del público".

En marzo de 1785 llegó Schiller a Leipzig, donde disfrutó de los mejores ratos en una reunión de amigos escogidos. En Gohlis, pueblo vecino, pasó algunos meses de verano y allí conoció entre otros a Göschen y al poeta Jünger, tan prematuramente arrebatado por la muerte a la novela y a la comedia. También el ingenioso Moritz menciona en su *Antón Reiser* una conversación familiar que tuvo entonces con Schiller. Por esta misma época compuso el himno tan conocido *A la alegría*.

A fines del verano del 1785 se fue Schiller a Dresde, donde permaneció hasta julio de 1787, y alternativamente estaba tan pronto aquí como en Löschwitz, pueblo inmediato, en casa del señor Körner, Consejero del tribunal de apelaciones.

El *Don Carlos*¹⁹ no solamente quedó concluido aquí, sino que recibió una forma enteramente nueva. En esta tragedia, que a ejemplo de Lessing

19. Era tal y tanta la aplicación con que trabajaba entonces en esta obra dramática, cuyos primeros actos ya se habían impreso en casa de Göschen, que una ocasión en que toda la familia de Körner fue a dar un paseo al campo, en un hermoso día de otoño, se quedó él solo en la casa, entretenido en su tarea. Por desgracia, la señora del Consejero, creída que Schiller iba también con ellos, dejó cerradas todas las alhacenas y la bodega. El

la escribió en yambos, se aunaron el conocimiento maduro del mundo, propio del hombre ya formado, y el fuego de la juventud. Por toda la obra se ha esparcido un colorido mucho más suave, y sólo acaso la terrible catástrofe nos hace recordar el Schiller de antes. “Puede haberme sucedido — dice el poeta tocante a esta pieza— que yo no haya satisfecho en el último acto las esperanzas que suscité en el primero. La novela de Saint Real, y quizás también las ideas que he dado a la luz sobre este particular en la parte primera de la *Talía*, habrán llevado al lector a un plano bajo el cual no podemos ahora mirar la cuestión. Mientras yo trabajaba en esa obra — que a causa de las infinitas interrupciones fue durante muy largo tiempo — me percataba que iban variando muchas cosas en mí mismo, como en efecto ha sucedido. Era inevitable que la obra participase de las diversas vicisitudes que durante este espacio de tiempo sobrevinieron en mi modo de pensar y de sentir. Lo que más me entusiasmaba de ella al principio, fue desvaneciéndose posteriormente, hasta que al fin casi desapareció; las nuevas ideas que adquirí entonces vinieron a desalojar a las antiguas; *Carlos* mismos había caído en mi pedestal, quizás sin otro fundamento que haberle excedido en edad, y a la inversa el Marqués de Posa había ocupado su lugar. Así es que en los actos cuarto y quinto mi corazón es enteramente otro. Pero los tres primeros tiempo ha estaban en manos del público; ya no se podía tocar ni un ápice del plan de la obra; era menester, pues, una de dos: o desecharla absolutamente —lo que muy pocos lectores me hubieran tenido a bien— o adaptar la segunda parte a la primera, tanto cuanto estuviera a mi alcance. Si esto no lo he logrado felizmente en todos los pasajes, a lo menos me queda el consuelo de que una mano más hábil que la mía no lo hubiera hecho mucho mejor. La falta capital estuvo en que me demoré mucho tiempo en escribir esta pieza, no debiendo ni pudiendo ser una obra dramática más que flor de un día. Asimismo, el plan estaba trazado con demasiada amplitud para lo que son los límites y reglas de un drama. Este plan, por ejemplo, requería que el Marqués de Posa se ganase toda la confianza de Felipe; pues bien, para obrar este portento sólo me permitió una escena la economía de la pieza”.²⁰

En esta época no se dedicaba nuestro Schiller únicamente a la poesía; también la historia le llevaba una gran parte de su tiempo mientras estuvo

caso fue que nuestro poeta se vio sin tener qué comer ni qué beber, y lo que es más, hasta sin carbón; e incomodado tanto por esto como por el murmullo de las lavanderas bajo su ventana, compuso unos versos sumamente chuscos que se hallan en el tomo 10 de sus obras de la edición hecha en Viena.

20. Véanse sus *Cartas sobre el Don Carlos*. (En sus obras corresponden al tomo IV, página 479.)

en Dresde. Los estudios preparatorios que tuvo que hacer para componer el *Don Carlos*, le llevaron su atención a una materia que era una cantera, a saber: *La separación de los Países Bajos en tiempo de Felipe II*. Entonces empezó a reunir materiales para elaborar este asunto hasta que vio la luz el primero y único tomo de esta historia en Leipzig en 1788. Un año antes había publicado una obra con el título de *Historia de las revoluciones y conjuraciones más memorables*, de la cual igualmente sólo se publicó un tomo. Parecía en ese entonces que el estudio de la historia lo había alejado de las musas, pues en todo este período, fuera de un bosquejo para una comedia titulada *El Misántropo*, y algunas escenas de ésta, sólo compuso unas cuantas poesías cortas.

Lo que probablemente excitó en nuestro Schiller la idea de publicar una novela con el título de *El Visionario* (Leipzig, 1789) fueron las extrañas noticias que corrían entonces acerca del Conde de Cagliostro, residente en Francia por aquel tiempo. Esta novela no se funda en ninguna historia verídica, y el poeta, que en su vida jamás perteneció a ninguna sociedad secreta, quiso también medir sus fuerzas en este género. Por lo demás, la obra es el fruto más rico de la imaginación y nos descubre los pliegues más recónditos del corazón humano. Sentimos sobremanera que no quedase concluida, lo que no fue quizá por otra causa que porque el autor veía, por lo mucho que se buscaba su libro, que tan sólo había suscitado la *curiosidad* del público, cuando su finalidad era realmente producir un efecto más intenso.

En el año de 1787 Schiller visitó Weimar, donde fue recibido por Wieland y Herder con las mayores demostraciones de amistad. El cariño paternal del primero influyó en alto grado en nuestro Schiller, que era sensible y agradecido. Instado por Wieland a que continuase colaborando en el *Mercurio Alemán*, publicó entre 1788 y 1789 los *Dioses de Grecia*, *Artistas*, un fragmento de la *Historia de los Países Bajos*, *Cartas sobre el Don Carlos*, y algunas otras memorias en prosa para la redacción del *Mercurio*, cuya colección completada con los apéndices de Goethe, Kant, Herder y otros varios, se cuenta en el número de las más ricas e interesantes.

Con motivo de una visita que hizo Schiller en 1787, en su hacienda de Bauerbach, a la Señora Consejera de Wollzogen, que tan afectuosamente lo había acogido cuando se fugó en Stuttgart se detuvo asimismo en Rudolstadt, y allí conoció, entre otras personas, a la que después fue su esposa, la Señorita de Lengefeld. “Necesito —escribe a un amigo algunas semanas después de su retorno de este viaje— gozar de otros placeres. La amistad, el buen gusto, la verdad y la belleza influyen doblemente en mí cuando una serie no interrumpida de sentimientos buenos y benévolos me predisponen al contento y reaniman mi yerta máquina. Yo hasta el presente no soy más que un extranjero aislado, vagando en medio de la naturale-

za, y no he poseído más que bienes materiales. Yo suspiro por una vida burguesa y hogareña. Muchos años ha que no siento una dicha completa, y no es porque me hayan faltado incentivos para ello, sino porque yo no hacía más que saborear un poco los placeres en vez de gozarlos, y porque carecía de aquella sensibilidad, cada vez más constante y exquisita, que sólo la da el sosiego de la vida matrimonial”.

Al siguiente años volvió a Rudolstadt, y desde mayo hasta octubre pasó unos días muy alegres, aquí mismo y en la villa de Volkstadt situada en las cercanías.

Durante este tiempo solía a menudo y con gusto visitar la casa solariega del Conde de Schwartzburg y las ruinas del claustro de Paulin Zelle; su situación era muy pintoresca y el observador se queda encantado al ver tantos y tan variados panoramas. En la posada que está cerca de Schwarzburg se acostumbraba, conforme a la antigua costumbre, presentar a todo forastero —de los que residen en Rudolstadt durante la temporada de caza— que entrase allí, un libro para que firmase en él; presentáronselo, pues, al poeta, y entonces estampó su firma precedida de las palabras siguientes:

Hasta en estas alturas también te vi
A ti, amiga Natura; sí, a ti!

Fue también durante el tiempo que estuvo en Rudolstadt, cuando conoció personalmente a Goethe, el cual acababa de llegar de su viaje por Italia, que había hecho en compañía de la viuda Amalia, duquesa de Sajonia-Weimar. Aquella calma y aquel aire de indiferencia de Goethe desagradaron un tanto a nuestro Schiller cuando se halló en su presencia, pues en ese entonces el estado anímico de nuestro poeta, que se sentía impelido por un afán infatigable e insaciable, contrastaba sobremanera con la frialdad de Goethe.

“Bien vistas las cosas —así escribe acerca de esta entrevista— la gran opinión que me había formado de Goethe no ha disminuido después de esta entrevista; es más, dudo mucho que nosotros dos nos tratemos jamás con verdadera confianza. Muchas cosas que para mi todavía son interesantes han dejado de serlo totalmente para él; y aun he notado, desde un principio, que su modo de ser es del todo opuesto al mío; su mundo no es el mío; nuestras ideas parecen esencialmente diversas. Sin embargo, de semejante entrevista nada puede deducirse que sea fundado ni seguro. El tiempo dirá lo que sea”.

Por mediación de Goethe satisfizo Schiller su ardiente deseo de ser presentado a la duquesa Amalia. La acogida en extremo benigna que encontró en ella lo arrobó y animó extraordinariamente. “No acierto a explicar cuán feliz soy -escribe sobre esto a un amigo— si es que el conocer a los

grandes de la tierra ha de llamarse felicidad. Pero yo no sólo he visto hombres grandes, sino también sabios, y honrados, y me he convencido que las artes y las ciencias, la sabiduría y la virtud, aun de tronos abajo, hallan conocedores y admiradores. De seguro que conocerás a la duquesa Amalia, esa señora de tanto talento y tan célebre Regenta; pues la he visto y he estado conversando con ella; pero dime: ¿no te pasa por la imaginación quién sería el que me propició la entrada? Fue Goethe. Como si te viera, estarás ahora mismo meneando la cabeza, y queriéndome echar en cara mi precipitación: yo apruebo y aplaudo tu regaño, pues me enseñas a no juzgar jamás a los hombres precipitadamente y según las preocupaciones que uno lleva consigo. Goethe es ciertamente, muy buen sujeto, y por mucho que sea lo que tenga en contra suya, de esto él no tiene la culpa”.

Más tarde se vio todo lo que Goethe apreciaba y quería a nuestro Schiller; cuando tanto él como el consejero Voigt lograron colocarle en Jena de profesor de historia y de filosofía, por haber dejado entonces esta plaza el profesor Eichhorn. En el año 1789 ocupó el nuevo cargo y pronunció su oración inaugural ante una numerosa concurrencia, versando sobre el tema siguiente: *¿A qué se llama historia universal y con qué finalidad se estudia?*²¹

“¡Cuán fecundo y dilatado —dice allí con mucho entusiasmo— es el dominio de la historia! Dentro de sus límites está comprendido el mundo moral. La historia acompaña al hombre en todos los estados en que vive, en todas las formas que alternativamente toma la opinión pública, en sus errores y en sus aciertos, en sus progresos y en sus retrocesos: ahora y siempre le acompaña: ella es la que debe dar cuenta de todas sus palabras y sus acciones. No hay uno solo siquiera entre todos vosotros a quien la historia no tenga que decir alguna cosa de importancia; por diversas que sean las sendas de vuestro futuro destino, tal vez en alguna parte se entrecruzarán en ella; mas hay un destino de que participan por igual y vinculatoriamente todos aquellos que os antecedieron en el mundo: el de educaros como hombres: ¡y al hombre mismo habla la historia!”.

Entonces Schiller se dedicaba con el mayor ahínco al estudio de la historia, y su dedicación a este ramo se expresa en algunas palabras escritas a un amigo suyo.

“Apenas podrás creer cuán contento estoy con mi nueva disciplina. Me es sumamente grato el presentimiento de que ahí hay grandes campos inexplorados. A cada paso que doy, voy ganando en ideas y mi alma se ensancha más con su mundo”.

21. En sus obras se halla en el tomo VII.

Las producciones poéticas de Schiller en este período de su vida no fueron numerosas, pero sí importantes, y en sus *Dioses de la Grecia* y en *Artistas* se advierten muy claramente los progresos que había hecho tanto respecto a la forma cuanto al asunto. Entre los muchos planes que se proponía llevar a cabo entonces tocantes a sus faenas poéticas, uno de ellos fue el de hacer una ópera de algunas escenas del *Oberón* de Wieland, cosa que no llegó a efectuar. Por lo que hace al pensamiento que tuvo de escoger el asunto de la vida de Federico el Grande para un poema heroico, oigamos lo que escribió:

“La idea de componer un poema épico de una acción memorable de Federico II —dice— no es absolutamente de despreciar; lo único es que apenas ha acaecido hace seis u ocho años. Todas las dificultades que se presentasen relativas a lo muy reciente del personaje y a la aparente incompatibilidad entre el tono épico y un asunto coetáneo, no serían para arredrarme. Un poema heroico en el siglo XVIII ha de ser cosa muy diferente de lo que era en la infancia de la sociedad. Nuestras costumbres, el aura delicadísima de nuestra filosofía, nuestros gobiernos, la vida doméstica, las artes; en suma, todo debe aparecer en él con naturalidad, y campear con una bella y armónica libertad, de la misma manera que en la *Iliada* encontramos visiblemente todos los ramos de la cultura griega, etcétera. Tampoco dejo de estar inclinado a inventar una máquina épica para el intento, pues quisiera desempeñar muy prolijamente cuanto se exige al poeta épico tocante a la forma. Mas esta máquina, que en un asunto tan reciente y en un siglo tan prosaico parece ser lo más difícil, puede realizar en alto grado el interés de la composición, si acierto a acomodarla al espíritu moderno”.

“Son infinitas las ideas que sobre este particular se revuelven confusamente en mi cerebro; sin embargo, algo ha de salir a la luz que sea claro y perceptible. Pero lo que con dificultad aceptarás es el género de metro que pienso adoptar, que no ha de ser otro que la octava rimada. Todos los demás, excepto el yámbico, los detesto mortalmente. ¡Qué cómodamente han de marchar la gravedad y lo sublime con tan ligeras trabas! ¡Cuánto ganará la epopeya con la forma suave y delicada de tan bella rima! Se trata de hacerla cantable, del mismo modo como los aldeanos griegos cantaban la *Iliada*, y como los *gondolieri* —los que manejan las góndolas en Venecia— cantan las estancias de la *Jerusalén libertada*. También he meditado sobre la época de la vida de Federico que habré de escoger”.

“De buena gana incluiría una situación desgraciada, en que se desplega-se su espíritu de un modo eminentemente más poético. La acción principal deberá ser, cuanto sea posible, sumamente sencilla, poco complicada; de manera que siempre se trasluzca fácilmente el conjunto, aun cuando los episodios fueran ricos y variados. En éstos dejaría ver siempre su vida toda y su siglo. No hay mejor modelo que la *Iliada*”.

El estudio de los griegos, que tanto atractivo tenía entonces para nuestro Schiller, fue también causa de que hiciera la traducción de *Ifigenia en Aulide* y de algunas escenas de las *Fenicias* de Eurípides. Después pensaba traducir el *Agamenón* de Esquilo. Algunos años más tarde hizo traducciones de la *Eneida* de Virgilio, cuyo trabajo fue motivado por la llegada de Bürger a Weimar. Se propusieron los dos poetas tomar una misma obra poética de Virgilio para traducirla cada uno por su cuenta en el metro que eligiesen.

Schiller pasó los primeros años de su estancia en Jena con la mayor complacencia, debido al trato de Paulus, de Schütz, de Hufeland, y de modo especial a la estrecha amistad que tenía con Reinhold. El continuo roce con tales maestros le llevó a estudiar la filosofía kantiana, estudio que le era sobremanera grato, y al que vemos deudores de sus ensayos sobre *El arte trágico*, sobre *Lo sublime*, *Lo patético*, acerca de *La gracia* y *La dignidad*, sobre el Fundamento del gusto por los asuntos trágicos, sus *Pensamientos sobre el uso de lo bajo y lo común en las artes*, sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, y finalmente su disertación sobre *La poesía sencilla y sentimental*. No se crea, empero, que el estudio de la filosofía le hizo renunciar enteramente a la historia. En este género publicó en 1790 su colección de los *Hechos más memorables acaecidos desde el siglo XII hasta estos últimos tiempos*, y en 1791 su *Historia de la guerra de treinta años*.

Estamos seguros que todos suscribirán gustosos el juicio de Wieland sobre esta última obra: “Ella ha tenido —dice—²² tantos lectores cuantos individuos hay en todo el ámbito de nuestro idioma que se afanan por la cultura. Compuesta por un escritor cuyas primeras obras, tanto en la poesía dramática como en aquellas que se acercan más propiamente al dominio de Clío, habían hecho concebir grandes esperanzas de lo que produciría su talento en su etapa de madurez, esta vez excedió aun a aquellas que estábamos autorizados a abrigar, a tenor con su primer ensayo en el ramo histórico, ensayo en que ya había descollado en nuestra literatura en este género; y naturalmente había de despertar en todos aquellos a quienes no es indiferente la gloria nacional, el más vivo deseo de que un escritor, que en sus primeros pasos en esta nueva carrera había mostrado un talento tan excepcional, capaz de elevarlo a ocupar un lugar junto a los Hume, a los Robertson y a los Gibbon, se dedicase, cuando no totalmente a lo menos de modo principal, a la historia de nuestra patria”.

Los estudios filosóficos e históricos a que Schiller se consagró durante esta época de su vida, le habían hecho abandonar la poesía. En los cuatro

22. Véase el prólogo de Wieland a la *Historia de la guerra de treinta años*, Leipzig, 1791, 3 tomos in 12°.

años que decursaron desde 1790 hasta 1794 no publicó ni una sola obra poética original; solamente hizo las traducciones de Virgilio. Después acarició diversos proyectos para componer más adelante algunos poemas, a cuyo número pertenecen un *Himno a la luz* y *Teodicea*.

Tal vez es éste el lugar oportuno de insertar un pasaje de la *Historia de la literatura antigua y moderna* de F. Schlegel (Viena, 1815). “Algunos han sido de opinión —así se explica en el tomo II, pág. 516— que el estudio de la filosofía perjudicó a Schiller aun en su arte. Pero adviértase que de mucho tiempo atrás ya él estaba acosado de dudas, y en tal estado la satisfacción íntima de un entendimiento como el suyo siempre debe ser lo primero, y es cosa más importante que todos los ejercicios externos del arte. Y aun me atrevo a decir, tocante al arte, que los grandes conocimientos filosóficos e históricos de Schiller, que utilizó en algunos dramas, son más bien dignos de alabanza que de reprensión... Si bien Schiller en algunas obras suyas del período intermedio no está exento de crítica cuando aplica impropriamente las ideas filosóficas sobre la esencia de la tragedia antigua, ni está libre de parcialidad histórica, podemos no obstante tener por cierto que estas faltas no se originaron del hecho de que él se entregase a la especulación, sino tan sólo de que estos estudios, a pesar de que los hiciera tan seriamente y los considerase tan fundamentales, no llegaron a su culminación ni fueron perfectos para la finalidad principal que tenía en mente”.

Al estado de ventura que experimentaba Schiller en este momento contribuyó no poco su enlace con la señorita de Lengefeld, celebrado en febrero de 1790. “Se vive —así escribe a un amigo— de otro modo al lado de una mujer querida, que no por ahí abandonado y solo hasta en los veranos. Esta es la primera vez que gozo a mis anchas de la hermosa naturaleza, y vivo en ella. Se me vuelve a presentar vestida con formas y atavíos poéticos, y a veces vuelve a inflamarse mi pecho. ¡Qué vida tan grata paso ahora! Miro en torno de mí con ánimo gozoso, mi corazón halla una alegre y perdurable expansión, y mi espíritu su mejor alimento y el más inocente respiro. Mi existencia está constituida por una armoniosa igualdad; no me mueven las pasiones, y así dejo correr gustoso estos días tranquilos y serenos. Miro desde el presente con firme denuedo mi suerte venidera; ahora que he llegado al término de mi deseo, yo mismo me quedo pasmado de ver como todo lo sucedido ha excedido a mis esperanzas. La suerte ha triunfado para mí de los obstáculos, y pronto me ha llevado a la meta suspirada. Con el tiempo todo lo espero. Asegúrenme unos pocos años, y ofrezco que viviré en el pleno goce de mi espíritu, y aun confío en volver a mi primera juventud. ¡Ella me vuelve a una vida poética!”.

Empero, esa gran dicha que la vida le había ahora deparado, fue interrumpida por una violenta afección al pecho que le atacó en el año 1791 y descompuso su máquina para toda su vida. El origen de este mal fue el

modo de vivir que había adoptado Schiller, pues con el fin de poder estudiar y crear seguido y sin interrupción, infringía el orden de la naturaleza dedicando la mayor parte del día a los goces de la naturaleza o del trato social y sentándose en su mesa de trabajo al entrar la noche. Para mantenerse en vela, acostumbraba tener junto a sí una buena provisión de café fuerte, de chocolate y, con más frecuencia, una botella de vino del Rhin o de champagne, a fin de beber algo para espantar el sueño. Los vecinos le oían muchas veces en el silencio de la noche declamar en tono solemne, y quien pudo avistarlo —cosa muy fácil de hacer en Jena, por la circunstancia de que había un cerrito frente a su habitación— asegura que lo vio, tan pronto colérico y centelleando, correr declamando por el cuarto de un lado a otro, como calmadamente sentarse de nuevo en su silla y seguir escribiendo, y de cuando en cuando beber en la copa que tenía al lado. En invierno se le hallaba clavado en su escribanía hasta las cuatro y aun las cinco de la mañana; en verano sólo estaba despierto hasta las tres, y entonces se iba a acostar. Fuera de estas horas, rara vez se le hallaba en su casa antes de las nueve o las diez de la noche.

Era natural que su cuerpo se resintiese de un régimen de vida que tanto pugnaba con el orden de la naturaleza. Sólo por obra de un mayor cuidado, y dejando de lado todos los trabajos mentales, habría salvado su vida por la cual efectivamente se llegó a temer. Le hubiera sido necesario hacer reposo absoluto y estar libre de preocupaciones, para poder, pasados algunos años, volver a una vida activa. Pero en tales circunstancias, el príncipe heredero, actual duque regente de Holsteins-Augustenburg, y el Conde de Schimmelmann, impuestos de su situación, le ofrecieron una pensión anual de 1 000 *thalers* (sobre \$600) y lo hicieron con tal finura y delicadeza, que con ello llegaron a enternecer al agraciado, según escribe él mismo, mucho más que con la dádiva en sí.

Schiller no logró recobrar del todo su salud, a pesar de que había pasado algunos años sin sufrir ataques violentos. Pero su espíritu venció la debilidad de su cuerpo y siempre que le ocupaba algún trabajo interesante se olvidaba enteramente de su mal.

La *Historia de la guerra de treinta años* había sugerido a Schiller la idea de componer un poema cuyo héroe fuera Gustavo Adolfo; más no llegó a escribirlo. Otra idea que tuvo por este tiempo, a saber, preparar un drama sobre *Wallenstein*, también estuvo a punto de abandonarla. “Cuando me pongo a considerar esta tarea —así escribía sobre el particular en 1794— me siento por lo general temeroso, pues cada día creo estar más convencido de que propiamente no hay papel que menos pueda yo desempeñar que el de poeta y —cosa rara— cuando quiero filosofar, me posesiona el numen poético. ¿Que he de hacer? Arriesgo en esta empresa siete u ocho meses de mi vida —que hartamente tengo de cuidarla— y me expon-

go a sacar una producción miserable. Los dramas que yo he dado a luz no son lo más propio para alentarme. Hablando en rigor, voy a marchar por una senda enteramente desconocida para mí, a lo menos nueva, de modo que de aquí a tres o cuatro años seré otro hombre en esto de poesía”.

Poco antes de haber hecho la anterior declaración, había emprendido Schiller una revisión de sus poesías, y por las ideas que entonces tenía, podremos comprender el porqué de la severidad con que trataba sus primeras producciones. Con no menos rigor censuró también las ajenas, entre ellas las de Bürger;²³ cosa que hirió en lo más vivo a este infeliz poeta destituido de la fortuna, sin salud y sin esperanzas. Este fue un paso precipitado que dio nuestro Schiller sin prever las consecuencias.

En el año de 1793 fue a Suabia, donde pasó desde agosto hasta mayo del año siguiente los días mas alegres, en compañía de sus padres y amigos, viviendo unas veces en Heilbronn y otras en Luisburgo. Desde Heilbronn escribió al duque de Württemberg, a quien antes había faltado con su fuga de Stuttgart. No tuvo contestación, pero sí la noticia de que el duque no se ocuparía de él, con lo que se dispuso a continuar su viaje. Cuando falleció el duque, algún tiempo después, lloró emocionado su muerte con vivas demostraciones de gratitud y veneración.

Luego volvió Schiller a Jena, y apenas llegó puso en planta un proyecto que había concebido algunos años antes: el de reunirse con los primeros escritores de Alemania para la publicación de un periódico. Como resultado de ello se dieron a luz los *Hören*, y después la *Talia*, que concluyó con el año de 1793.

El trato íntimo con Guillermo de Humboldt, hermano del célebre viajero, que había llegado a Jena por este tiempo, le fue muy grato a nuestro poeta. Más aún lo fue la intimidad con Goethe, que empezó en esta época, y que vino a ser manantial fecundo de los verdaderos goces de la vida para nuestro Schiller. Copiamos en comprobación los siguientes pasajes que se hallan en las cartas del inmortal trágico.

“A mi vuelta (de un viajecillo que hizo entonces) me encontré una carta muy fina de Goethe, en la que me brinda su confianza. Dos meses antes habíamos hablado largo y tendido sobre el arte y su teoría, y nos habíamos comunicado mutuamente las ideas fundamentales a que habíamos llegado por caminos diametralmente opuestos. Entre estas ideas se produjo la unanimidad más inesperada, y tanto más interesante cuanto que realmente procedía de la extrema diferencia bajo la cual se miraba la cuestión. Cada cual podía dar al otro lo que le faltaba, y al mismo tiempo recibir algo

23. Véanse las memorias *Sobre las poesías de Bürger*. (En las obras de Schiller corresponde al tomo VIII. Parte a, página 268.)

en compensación. Desde este momento estas ideas, que andaban esparcidas, han arraigado en Goethe, y ahora él siente la necesidad de unirse conmigo para continuar la carrera que hasta ahora había llevado a cabo solo y sin tener quien lo alentara. Estoy contentísimo con un cambio de ideas que me es tan provechoso. La semana que viene voy a dar un paseo de catorce días a Weimar y me alojaré en casa de Goethe. Me ha instado tanto, que no he podido resistirme, mucho más habiéndome ofrecido que allí estaré con toda la confianza y comodidad posibles. Nuestra mayor intimidad producirá sin duda los mejores resultados para ambos, de lo que me alegro en el alma”.

“Hemos determinado entablar una correspondencia entre los dos, con el objeto de acopiar artículos para los *Hören*. De esta suerte trata Goethe que nuestras dedicaciones converjan en una faena fija, de modo que, trabajando insensiblemente, nos veamos luego, sin saber cómo, con una colección de materiales hechos. La correspondencia será sin duda interesante, teniendo en cuenta que, aunque estamos de acuerdo en los puntos más importantes, vemos sin embargo dos personalidades del todo diversas”.

Al año siguiente volvió Schiller a dedicarse con nuevo ardor a la poesía, que por algún tiempo había abandonado; y el mayor número, como también las mejores, de sus producciones poéticas, que publicó parte en los *Hören* y parte en el *Almanaque de las musas*, corresponden a este período. Las que se llevan la primacía son inconcusamente *Lo ideal y la vida*, *Ideal y paseo*; esta última particularmente la tenía Schiller por una de sus composiciones más felices. “Paréceme —escribe sobre esta poesía— que el criterio empírico más seguro para dar con la verdadera bondad poética de mi producción, es que para agradar no tiene que estar atendida a este o a aquel estado del ánimo, sino que se presenta y gusta en cualquier situación. Esto que me ha sucedido con esa poesía, no me ha sucedido con ninguna otra composición de mi cosecha”.

Entre los muchos proyectos de tragedias que le ocupaban entonces, tuvo también la idea de hacer un drama sobre la historia del sitio de Malta por los turcos, en el cual esperaba mucho del uso del coro. El plan de esta pieza (*Los caballeros de Malta*) se halla en los manuscritos que dejó Schiller (en sus obras tomo II). Pero en mayo de 1796 se decidió por el *Wallenstein*. Las cartas de Schiller contienen muchas reflexiones, que queremos insertar aquí, sobre esta obra.

“Yo me veo —así escribía entonces— en un camino excelente, y sólo tengo que proseguir para sacar algo bueno. Ya esto es mucho decir, y de todos modos muchísimo más de lo que antes podía esperar de mí mismo en este punto. Anteriormente daba yo mayor importancia a la multiplicidad de lo particular; a los elementos separados; ahora me oriento hacia la totalidad y me esforzaré en encubrir la misma riqueza de lo particular con un

gran derroche de arte, más que lo que he hecho hasta ahora, para realizar más lo individual. Aun en el caso que yo lo quisiera de otra suerte, no me lo permite la naturaleza del asunto, pues siendo Wallenstein un carácter genuinamente real, puede sólo interesar de conjunto, mas no en particular. El no es nada noble, en ninguna circunstancia aislada de la vida aparece grande, tiene poca dignidad, etcétera. Pero, a pesar de todo esto, espero, siguiendo un camino puramente real, presentar en él un gran carácter dramático que tenga verdaderamente un principio de vida. Otras veces, en personajes como Posa y Carlos, he procurado suplir la verdad que me faltaba con la bella ficción; pero en Wallenstein quiero probar y ver si con la verdad desnuda se compensa la falta de idealismo (se entiende el sentimental)”.

“Por esta razón la empresa será difícil, pero al mismo tiempo más interesante, pues el realismo propiamente tal necesita llegar al resultado, sin el cual —por el contrario— puede pasar el carácter ideal. Pero desgraciadamente Wallenstein tiene el éxito en contra suya. Su empresa es en lo moral mala y en lo físico se malogra. En lo particular, nunca es grande, en lo general, no alcanza el fin que se propone. No puede él, como el idealista, concentrarse en sí mismo y elevarse sobre la esfera material; antes al contrario, quiere entregarse al imperio de la materia, y no lo consigue”.

“Tuve por seguro que Ud., temeroso, me vería andar errando por esta nueva y extraña senda para mí, aun después de toda la experiencia que he adquirido. Pero no tema Ud. mucho. Es cosa admirable cuánta experiencia de realidad traen consigo los años y cuánta he ido acopiando poco a poco con el trato frecuente con Goethe y el estudio de los antiguos, que empecé a conocer después del *Don Carlos*. Seguramente que meterme en este camino es hacer una irrupción en el campo de Goethe, y obligarme a medir mis fuerzas con las suyas, y por descontado que he de salir perdiendo. Mas como aún me queda algo de lo mío a que él jamás podrá llegar, su superioridad no me hará ningún daño ni a mí ni a mi obra, y espero que el saldo ha de serme favorable. A nosotros —según me prometo en aquellos momentos en que me siento más animado— se nos estimará de distinto modo, esto es, no subordinando las cualidades del uno a las del otro, sino coordinándolas mutuamente bajo un sistema más sublime e ideal”.

“Todavía —escribe Schiller a otro amigo ocho meses después— tengo delante la desgraciada obra, informe y sin concluir. Ninguna de mis piezas dramáticas anteriores ha tenido tantos planes y formas como los que tiene el *Wallenstein*; mas al presente sé tan a punto fijo lo que quiero y lo que debo hacer, que pronto podré poner punto final a la tarea. Casi todo aquello por donde podía coger este argumento, acá a mi modo, está deshecho y esparcido; del contenido poco o nada tengo que esperar; todo, todo lo ha de hacer una forma feliz”.

“Por esta pintura sospecharás que ya no encuentro gusto en esta ocupación, o que, si persisto en ella contra mi inclinación, perderé el tiempo y el trabajo. Pero no tengas cuidado; mi placer en trabajar en este argumento no se ha debilitado en lo más mínimo, como tampoco la esperanza que me anima de salir bien. Era indispensable que yo comenzara mi nueva vida dramática por un asunto como éste. Sí, aquí, en el momento en que me encuentro al borde de la decisión, en que no hay otro medio de llegar a la meta deseada que por la verdad, la necesidad, la determinación y la constancia; aquí —repito— debía tener lugar la crisis decisiva de mi naturaleza poética. También ahora es bien favorecida la marcha de la obra dramática, pues yo manejo ahora el argumento de una manera enteramente opuesta a la que acostumbraba antes. El asunto y el objeto son cosas tan fuera de mi carácter, que apenas puedo cobrarles algún cariño; a veces casi me dejan frío e indiferente, y sin embargo me siento inspirado para este trabajo. Excepto dos figuras de las cuales soy devoto, todo lo demás, y señaladamente el personaje principal, lo trato únicamente por puro amor de artista, y te prometo que no por eso saldrá más malo. Para este procedimiento puramente objetivo, me ha sido necesario empeñarme en un estudio hartamente dilatado e ingrato, como es el consultar las fuentes, pues tanto la acción como los caracteres debían sacarse de su tiempo, de su localidad, del enlace total de los acontecimientos, trabajo que me hubiera ahorrado en mucha parte si hubiese conocido al hombre o entendido en empresas de esta clase. Yo busco adrede un valladar en los documentos históricos, que me hagan fijar y ceñir fuertemente mis ideas a las circunstancias que las rodean. Por mi parte, puedo asegurar que lo histórico ni se estropeará ni se echará a perder en mis manos. Yo no quiero más que avivar mi acción y mis figuras: el animarlas le toca a aquella fuerza que pudiera haberse manifestado y sin la cual no hubiera sido posible, desde luego, ni aun pensar en este asunto”.

En 1796 compuso Schiller sus *Xenien*, empresa para la cual se juntó con Goethe, y que él mismo describe del modo siguiente:

“En semejante obra debe procurarse conservar la unidad hasta cierto punto, y con tal que no exceda los justos límites, y para que no se note la heterogeneidad de ambos autores, es menester que lo particular de cada uno entre lo menos posible. En suma, la obra ha de constar de una colección de epigramas, siendo cada uno de éstos un monodístico. La sátira en general, y con especialidad sobre los escritores y las producciones literarias, ocupará un lugar principal, agregándose una que otra vez algunas ligeras reflexiones filosóficas y algunos destellos poéticos. Los tales monodísticos no han de bajar de 600, pero nos proponemos llegar a 1 000. Una vez que concluyamos un número considerable de ellos, se revisará la colección y se someterá a cierta unidad, a fin de darle un tono igual, y procurando cada uno de por sí sacrificar algo de su estilo para acomodarse más el del uno al del otro”.

Este plan se quedó en proyecto. En julio de 1796 escribió Schiller acerca de esto lo que copiamos:

“Así que hube concluido la redacción de los *Xenien*, se vio que aún faltaban una infinidad de monodísticos, a pesar de que la colección muy bien podía pasar por un todo completo. Mas, como no siempre tiene uno a su disposición algunos centenares de pensamientos nuevos, particularmente en materias científicas, y, por otra parte, habiéndose Goethe distraído mucho de esta empresa por concluir su novela del *Wilhelm*, hemos convenido en incorporar los *Xenien* en el *Almanaque*, no como colección, sino a retazos sueltos. Los asuntos graves, filosóficos y poéticos se pondrán a la portada del *Almanaque*, ya en tipo mayor, ya en tipo menor. Mas la parte satírica continuará bajo el nombre de *Xenien*”.

Por lo que hace a este periódico hubiera sido de desear que se hubiese hecho de él una rebusca escrupulosa, que probablemente la habría emprendido el mismo Schiller, a no haberle irritado sobremedida la frialdad e indiferencia con que fueron recibidos los *Hören*.²⁴

En el año de 1797 dio a la luz Schiller sus primeras *Baladas*, composiciones que surgieron de una conferencia con Goethe, y en cuyo género se ejerció luego con frecuencia. Pero muy en breve volvió al drama, que había abandonado por algún tiempo, y a principios del año 1799 publicó el *Almanaque de las musas*. Se tomó mucho interés en la *Propyläen* de Goethe, y le hizo unos apéndices.

Por esta misma fecha remató el *Wallenstein*, sobre el cual escribe lo siguiente a un amigo suyo residente en Weimar:

“Se expresa Ud. en sus observaciones tan terminante y felizmente acerca de lo que yo he querido poner en la obra y lo que debía dejar al sentir del espectador, que en verdad me complace esta afirmación suya de haber conseguido yo el fin que me proponía”.

“De contado que la intención del poeta no puede aparecer en todas partes con claridad, a causa de que entre el espectador y él está el actor; pero alguna autoridad han de tener mis palabras y aun la totalidad del cuadro. No fue mi ánimo, por ejemplo, —ni se trasluce nada de esto en mi texto— que Octavio Piccolomini apareciese como un bribón consumado. En la pieza jamás figura como tal: es un hombre bastante honrado, según la opinión general; y la infamia que comete la vemos repetir a cada instante en el teatro del mundo por personas que como él tienen las ideas más rígidas de la justicia y del deber”.

24. Consúltese el juicio de Wieland sobre el *Almanaque de las musas* de Schiller para el año de 1797. (En las *Baquetas literarias* sobre los nobilísimos y famosísimos *Xenien*, impreso en Weimar, sin fecha.)

“Verdad es que elige un medio detestable para alcanzar un buen fin. Él quiere salvar al Estado, quiere servir a su Emperador, a quien mira, después de Dios, como el objeto más sublime y la meta de todos sus deberes. Él vende a un amigo que deposita en él su confianza, pero este amigo es traidor a su Emperador; y, a sus ojos, es hasta un loco. También puede que se hayan traspasado los límites que el autor ha puesto a su Condesa de Terzky, si se hace de la astucia y la malignidad los principales rasgos de su carácter. Ella se conduce con ánimo, con fuerza y con una voluntad orientada en pos de un gran fin, pero ciertamente se cuida poco de los medios. Yo no exceptúo de esta regla a ninguna mujer que figure moralmente en el escenario político, con tal que tenga carácter y ambición.

“Al paso que me esfuerzo en restituir a estos dos personajes el aprecio que merecen, me veo en el caso de rebajar algo a Wallenstein como personaje histórico. El Wallenstein de la historia no fue grande, el poético jamás deberá serlo. Wallenstein en la historia tiene en su favor la presunción de haber sido un gran general porque fue afortunado, violento y audaz; pero él más bien era el ídolo de la soldadesca, con la cual se portaba con la liberalidad y esplendor de un rey, y a la que mantenía con bienestar a costa de todo el mundo. Mas en su conducta era vacilante e irresoluto, en sus planes, fantástico y extravagante, y en la postrera acción de su vida, esto es, en la conjuración contra el Emperador, débil, indeciso y hasta inepto. Lo que parecía grande en él — y era sólo apariencia — era aquella rudeza y monstruosidad de carácter, cabalmente lo que le hacía más impropio para héroe de una tragedia. Yo me vi precisado a quitarle esto, y por el giro que di a las ideas, espero haberle indemnizado lo bastante.

Cuando corren por todo el mundo, de un año a esta parte, ejemplares impresos del *Wallenstein*, tal vez me sea lícito decir dos palabras acerca de él. Al presente todavía estoy muy próximo a esta producción, mas yo espero poder hacer descansar cada parte esencial y aislada del cuadro en la idea del todo.²⁵

En 1799 salió Schiller de Jena y fue a Weimar. Al principio sólo se detuvo en este lugar durante el invierno, a fin de concurrir al teatro, y el verano lo pasó en un jardín que había comprado en Jena.²⁶ Más adelante, su residencia más fija fue en Weimar:

25. Consúltese a W. Süvern sobre *El Wallenstein de Schiller con respecto a la tragedia griega*, Berlín, 1800.

26. Colocándonos en la plaza del mercado, está situado este jardín al sur de la ciudad, en una garganta, por la cual un brazo del Leinterbach va a parar a la ciudad. (Véase el *Museo literario* donde se trata de los campos del gran ducado de Sajonia por Gildenapfel, Jena, 1816, página 334.) Hoy se llama el Jardín del Observatorio, por haberse establecido uno.

El Gran Duque Regente de Weimar, tan conocido como protector y admirador de las bellas artes, dio a Schiller testimonios reiterados de su gracia. Uno de estos favores fue el que le dispensó en 1795, cuando siendo llamado Schiller en calidad de profesor a Tübingen, le aseguró que, caso que alguna enfermedad le impidiese dedicarse a sus tareas literarias, podía contar con el duplo de su sueldo. En 1799 se le hizo un aumento, y en 1804, con motivo de las ofertas de consideración que le hacían de Berlín, se le aumentó mucho más la pensión. Podemos asimismo mirar como una muestra de singular aprecio, que el mencionado Duque de su propio *motu* le concediese el título nobiliario en el año 1802.

Prescindiendo de estas ventajas que gozaba en Weimar, el vivir allí le proporcionaba los ratos más deliciosos y agradables, entre los cuales debemos contar principalmente los que pasaba con Goethe en medio de tanta confianza e intimidad. Aquella convivencia con gente divertida y de buen humor, para la cual compusieron los dos tantas canciones alegres,²⁷ contribuía mucho a animar el espíritu de Schiller, al que no pocas veces entristecían las enfermedades. Entonces también se dedicó a estudiar algunos ramos de historia natural y procuraba instruirse especialmente en los fenómenos de los colores, según refiere el mismo Goethe en su obra sobre esta materia (tomo II, pág. 691), y después en su *Morphologia* (tomo I, parte 1ª).

Pero lo que le causaba más placer era concurrir al teatro, y éste fue el motivo de que arreglase para las tablas, no tan sólo sus propias obras, sino también obras extranjeras.²⁸ Con no menos gusto se consagraba a ensayar y perfeccionar a los actores.²⁹ Muy pronto su amor por la poesía dramática recobró toda su fuerza. La pieza que siguió al *Wallenstein* fue *María Estuardo* (1800).

Al año siguiente apareció *La Doncella de Orleans*, producción verdaderamente novelesca, y que el poeta, según pensamos, trabajó con verdadera preferencia. Una producción literaria que se publicó por este tiempo fue lo que motivó que Schiller trabajase en este argumento. Del Avardy,

27. Schiller, entre otras, compuso las poesías *Las cuatro edades del mundo* y la *Canción a los amigos*.

28. Consúltense la memoria de Goethe sobre el teatro alemán. (Diario de abril de 1815, No. 85.)

29. Muchas veces los convidaba a cenar en la casa consistorial, después que habían acabado de representar alguna pieza nueva suya; aquí se cantaba jovialmente; de cuando en cuando se improvisaba, y todos la pasaban alegremente. Así fue, por ejemplo, cómo al actor Genart se le hizo recitar la arenga del *Capuchino del Wallenstein*, a petición de Schiller.

socio honorario de la Academia de Inscripciones y de Literatura de París, sacó a la luz pública veinte y ocho manuscritos acerca de la causa de Juana de Arco y de su condenación y perdón, los que leyó nuestro poeta con el mayor interés. La resolución que había tomado al principio de atenerse fielmente a la historia en la composición de esta tragedia, le disgustó después sobremanera cuando, internándose en el trabajo, tocó con el cúmulo de dificultades que se le presentaban, por lo que se vio en la necesidad de desviarse algo de la historia.³⁰

No hay escena en *La Doncella de Orleans* que haya dado margen a más críticas y a más malas inteligencias que la de la aparición del *Caballero negro*.

Permítasenos, de entre tantas críticas, copiar a continuación la de uno de nuestros escritores más insignes, lo que hacemos con tanta más satisfacción cuanto que podemos contestarla con las mismas palabras del poeta.

“Aquella escena —dice— siempre tendrá algo de extraño, y, si puedo decirlo, de áspera e inaccesible para el espectador; y por ello nada me maravillaría si viera que al poeta le hiciesen sobre el particular muchas críticas severas. Si es que alguna vez le pareció necesaria para su plan, debió haberla presentado con mayor majestad y más enlazada al conjunto. Tengo en mucho la primera impresión que hace una obra de arte en un alma libre de prejuicios, y he aquí por qué no temo confesar el efecto que me causó esta escena la primera vez que la vi, cuando ignoraba lo que había de seguir. Al entrar el fantasma se me representó al momento la introducción de la pieza, y particularmente la encina, y se apoderó de mí una angustia inexplicable por la suerte de Juana. Ella no sabrá lo que le pasa, decía yo para mí; la hará temblar la duda de si el espíritu que la persigue era un enviado de Dios o de los infiernos. Yo la vi concebir aquel amor repentino por Lionel. Bien —dije entonces— sólo un alma que no está fuertemente poseída de su Dios, puede dejarse llevar hasta ese punto por lo humano; su semblante al tiempo de la coronación, lo que manifestó después de ésta contra las hermanas, la escena en que comparece el padre contra ella y ella calla (y alcanza con ello aún mayor importancia), todo esto me confortaba, y creía yo que Juana se nos mostraría en todo su esplendor luchando y triunfando de esa duda, fortalecida por el sentimiento del amor mundano. Pero el desenlace no fue cual yo lo concebía, y muy bien puede ser que esta decepción ante lo que esperaba, haya influido en mi sentimiento de tal manera, que después no me ha gustado mucho la declaración de Juana sobre aquel silencio, cuando la voz de su

30. Esto se lo han criticado fuertemente los dos Schlegel: Guillermo en sus *Lecciones sobre el arte dramático y la literatura*, tomo II, Parte 2ª, página 410; y Federico en sus *Lecciones sobre la Historia moderna*, página 239.

padre que la acusa era la voz de Dios, y es entonces también cuando la escena del Caballero negro me parece muy forzada e innecesaria.

Coteje ahora el lector con este juicio las propias palabras de Schiller sobre su *Juana*, según están en carta escrita a un amigo suyo con fecha de noviembre de 1801.

“Tenga Ud. presente —dice él— que me he estado un año entero dando vueltas al asunto antes de ponerme a escribir, en lo que también he invertido algún tiempo.³¹ *La Doncella de Orleans* es un personaje único en su clase, y la obra tiene un argumento tan envidiable para el poeta como el de la *Ifigenia* de los griegos; y puede admitir tantas invenciones como ésta, razón por lo cual desde muy atrás no ha habido poeta ni poetastro que no le haya puesto la mano, y que no la haya ofendido. Por este motivo me hice cargo de reivindicarla en sus derechos del siglo puramente novelesco a que pertenece. Pareciome, pues, necesario ejecutar el proceso de revisión a base de una pesquisa sobre los documentos poéticos, por ejemplo el de aquella verídica encíclica en doce artículos, que dio el Papa Calixto III *Contra peccatores* en el año 1455”.

“Cuando empecé a trabajar este asunto se me ocurrieron tres planes diferentes, y si el tiempo y esta vida corta y fugaz me lo permitieran, trabajaría en los dos restantes. Me atraía singularmente la obra, en la que un cuadro fiel de las costumbres impías de entonces, y sobre todo una pintura cruda de la corte libertina del delfín, contrastando con el ataque de los ingleses y la resolución de la inflamada doncella, hubiera hecho un efecto del todo diverso del que hace en la obra tal como está, en que sólo me he atrevido a presentarlo débilmente, y además de manera amable. También entonces hubiera sido quemada en Rouen. Ciertamente me costó no poco decidirme tan pronto como concluí los cuatro primeros actos, a desviarme de la historia para internarme en el campo novelesco de las posibilidades. Por causa de esto hice un viaje expresamente de Weimar a Jena, y después de haberme pasado una semana entera cavilando acerca de todo lo que había pensado de los trabajos que tenía terminados hasta la fecha, me resolví a darle ese cariz novelesco que hoy tiene”.

“El rey era entonces la divinidad tutelar del tercer estado, del ciudadano y del campesino contra la arrogancia, poderío y orgullo de la nobleza y de los grandes señores. Era, pues, necesario que se la presentase a la aldeana Juana bajo el benéfico aspecto de una salvadora; y creo haber acertado en esto con un rasgo característico de la psicología de la mujer; y es que Juana, que no puede en absoluto concebir el reino como una cosa

31. Schiller invirtió en total siete meses en la *Juana*.

abstracta, en medio de todos sus conatos se representa siempre como último fin al bondadoso, al amable rey. Teniendo a la vista estas consideraciones, podrán justificarse muchos pasajes, particularmente las estancias de la despedida que está al finalizar el prólogo”.

“Por más que llame Ud. episodio épico a la escena con el galés Montgomery, dicha escena es propia de la extensión de una pieza histórica que rompe las trabas de la unidad. El que conoce a Homero bien, sabe lo que yo tenía entonces a la vista. Asimismo, por amor a la antigüedad quise hasta elegir el verso senario de la tragedia antigua. Este es sumamente difícil por la cesura, pero al mismo tiempo tan hermoso y tan sonoro, que se me hizo pesado retroceder a los cojos pentámetros. El papel de Montgomery en todos los teatros debía hacerlo una mujer”.

“El obstinado silencio de Juana, cuando en presencia de todo el pueblo la castiga su padre por agorera, está muy bien fundado en su entusiasmo visionario. Añádase a esto la consideración de que el deber no le permite contradecir a su padre. Además de la preocupación general que reinaba en la Edad Media acerca de los agoreros y de la gente hechizada, que reafirmaban la astucia y el egoísmo de los frailes, obraba en el padre la natural creencia de que donde quiera que ocurriesen apariciones extraordinarias, ello se hallaba asociado más bien a un principio sobrenatural y malo que a uno natural y bueno, a pensar siempre en el mal y atribuir todas las acciones a un motivo maligno. En esto es Thibaut un atrabiliario nato, que no le dirige la palabra a Juana. Pero ella es su hija, y se ajusta a las leyes psicológicas que de semejante padre hubiera nacido tal visionaria y profetiza. El cielo perdona a Juana bajo el mismo sino que antes castigó sus culpas. Tan pronto lo advierte, se da por perdonada y absuelta. Aun no se detiene suficientemente la obra en lo que fue siempre el *mal agüero* para la sensibilidad inculta”.

El papel del *Caballero negro* es formar un nuevo vínculo entre el mundo espiritual y el novelesco, pues aquí siempre se presentan dos mundos haciendo juego el uno con el otro. ¿Dudará alguien, con sólo poner alguna atención en el desarrollo de la obra, que con ello se intentó representar el espíritu de Talbot, poco ha difunto, que, siendo anteriormente ateo, estaba en el infierno?³² Los hombres, cuando han llegado al pináculo más elevado, están más próximos a su caída. Esto también sucede a Juana en esta escena. La doncella, por proferir palabras que ofenden a la Némesis, apartaba su misión redentora del Cielo: No saldrá de mis manos esta espada hasta que vea a la orgullosa Albión anonadada.

32. Véase a Klingemann sobre la tragedia de Schiller *La doncella de Orleans* (Leipzig, 1802, 8°).

Por ello necesariamente debe expiar su arrogancia. El castigo la persigue de cerca, sin dejarle aliento, desde que se enamora. Ella ansía combatir contra los espíritus. Nuevo pecado contra el temor de Dios. Un solo contacto del espíritu es bastante para estropearla y entorpecerla toda. No quería yo expresar ni motivar más que esto. En suma, toda esta pasión amorosa, que a tantos ha chocado, no es más que una *prueba*; y sólo la virtud *probada* —según aquella fórmula papal que precede a cualquier canonización— conquista la corona de la santidad.

Este es el lugar oportuno de recordar un honor extraordinario que se tributó a Schiller la primera vez que se representó en Leipzig su *Doncella*. Habiéndose corrido el telón al fin del acto primero, todo el auditorio exclamó a una: “¡Viva Federico Schiller!”, acompañado de tambores y trompetas, y al concluirse la obra, la gente se atropellaba por salir del teatro, para poder ver al poeta que a la sazón salía. Apareció Schiller, y todos los espectadores, quitándose sus sombreros, formaron una fila, y mientras pasaba el agraciado muchos alzaban en brazos a sus hijos para que le vieran, exclamando: “¡Ese es!”.

A *La Doncella de Orleans* siguió *La Novia de Messina* en 1803. Por lo que toca a haber introducido el coro en esta tragedia, Schiller ha explicado largamente lo relativo a su uso en el prólogo que la precede. A pesar de ello, esta pieza y particularmente el modo de introducir el coro, han sido severamente criticados.³³

Guillermo Tell apareció en 1804. “Aquí vemos a Schiller —dice Schlegel³⁴ —presentando nuevamente el aspecto poético del asunto; lo trata con fidelidad y cariño, y —para no conocer Schiller la psicología de los suizos ni sus costumbres— con una admirable veracidad relativa al lugar de la acción. Por la presentación de la capilla de Tell, a orillas del Lago de los Cuatro Cantones, en campo raso, con los Alpes allá en el fondo del escenario, que nos levantan el alma, respirándose las antiguas costumbres alemanas, e inspirando piedad y leal heroicidad, merecería representarse esta obra para solemnizar la festividad semimilenaria de la fundación de la libertad suiza”³⁵.

No obstante esta crítica benigna, no han faltado otras menos favorables. Unos la han criticado con decir que Guillermo sólo era el héroe prin-

33. Consúltese la carta sobre la imitación de la tragedia griega en *La Novia de Messina* de Schiller, Altemburg, 1804, y las *Lecciones sobre el arte dramático y la literatura* de A. W. Schlegel, tomo II, Parte 2^a, pág. 411.

34. *Lecciones sobre el arte dramático y la literatura*. Tomo II, Parte 2^a, página 413.

35. El señor Henry Merle d'Aubigné acaba de publicar en Ginebra una traducción francesa del *Guillermo Tell* de Schiller, sobre la cual se ha hecho una amplia reseña en el último número de la *Minerva* francesa.

cipal de la pieza unos instantes, quedando después como un personaje de segundo orden; otros, que el amor de Rubén y de Berta, intercalado como episodio, distrae la atención del espectador; y otras cosas de este cariz. No es éste el lugar de contestar a estos y otros muchos reparos, pero permítasenos agregar a continuación la opinión del mismo Schiller acerca de la aparición de los hermanos de la caridad, que en general desagradó la primera vez que se representara *Tell* en Weimar.

“Por lo que respecta a los hermanos de la caridad al final del cuarto acto —así escribe a una amiga— no hay duda que el verlos salir tan mal enmascarados, con sus malas capuchas, habrá chocado mucho a alguna que otra espectadora no instruida suficientemente o demasiado refinada”.³⁶

“Vd., amiga mía, y nuestra venerada princesa no son de las que así opinan; Vd. ciertamente habrá oído hablar mucho, durante su estancia en Italia, de estas cofradías de misericordia establecidas en casi todas las grandes ciudades desde los tiempos más remotos, que recogían no sólo los cadáveres de los ajusticiados, después de su ejecución, y les daban cristiana sepultura si antes de morir se confesaban dignamente, sino que también se encargaban por pura misericordia del entierro de los infelices que eran asesinados en los caminos y encrucijadas. Luego no hay que redargüirme que he faltado, al presentar una costumbre que se practicaba, y por ello acaso no se me podrá acusar tan insistentemente de que he pecado contra las conveniencias sociales. Pienso también que escandalizarse de esto sería en verdad un escándalo gratuito. ¿Me atreveré a decir lo que siento? Estoy tan lejos de tener por impropia o superflua esta sociedad de sepultureros, que por el contrario creo que si hubiera que suprimirla nos faltaría realmente un contrapeso. El único sentimiento que me queda es haberme visto en la necesidad de hacer meramente concurrir a la dicha cofradía, pues habría querido que hubieran cargado en hombros al difunto y se lo hubiesen llevado. Este era mi plan, pero me vino a la mente la grosera torpeza de nuestros estadistas, que se habrían quizás burlado de la escena. Tampoco quiero echar sobre mi la responsabilidad del canto introducido en la obra. Si el director del concierto ha compuesto *miserabilmente* el *Miserabile*, no es culpa mía, y aun quisiera, aunque Vd. me tenga por un disputador sempiterno, meterme a defender la incursión de los negros cuervos. El papel que hace Stüssi es el del *zafio* de las antiguas tragedias inglesas. ¿Quién no se acuerda de la conocida escena del cementerio en el *Hamlet*, etcétera?”.

Fuera del *Guillermo Tell* nos regaló Schiller con el *Macbeth* de Shakespeare y el *Turandot* de Gozzi, adaptándolos al teatro alemán

36. Schiller no pudo asistir a la primera presentación del *Guillermo* por hallarse enfermo.

parejamente con el *Homenaje de las artes*,³⁷ la *Phèdre* de Racine³⁸ y finalmente dos comedias francesas, a saber el *Sobrino-tío* y el *Parásito*, adaptadas todas al teatro nacional.

También tenía ya seleccionado el asunto de una comedia original, mas no lo llevó a efecto. “Aunque me creo más apto —así escribe a un amigo— para aquel género de comedia que consiste más en un conjunto de acontecimientos que en los caracteres cómicos y el buen humor, con todo, soy por naturaleza tan serio, que lo que carece de profundidad no puede atraerme por mucho tiempo”.

El modo de pensar de Schiller sobre el arte y la crítica en el último período de su vida, nos lo ofrecen los siguientes fragmentos de una carta de esa época:

“No debe Vd. sorprenderse cuando le diga que en el presente creo a la ciencia y al arte más distantes entre sí y en mayor oposición que lo que me inclinaba a creer algunos años ha. Toda mi actividad la he dedicado ahora al ejercicio: cada día estoy más convencido de lo poco que adelanta el poeta en el ejercicio del arte con las *bellas ideas generales*, pero sería en este caso muy poco filosófico renunciar a todo lo que yo y otros sabemos de la estética elemental, sólo por obtener ventaja empírica para un efecto artístico del oficio. En cuanto a la creación, no me negaréis la insuficiencia de la teoría, pero yo voy más allá diciendo que no creo tampoco en las críticas *y* que no hay elemento que pueda comprender mejor las obras de la imaginación que la misma imaginación”.

“Si se considera al arte y a la filosofía como esa cierta cosa que siempre será *y jamás es*; si se miran dinámicamente y no *atomísticamente*, como se dice hoy, puede ser juzgada cualquier producción sin que por esto se le pongan límites. Pero es del carácter de los alemanes apearse en todas sus cosas fuertemente y querer reducir el arte, que es infinito, a un símbolo, como hicieron en tiempo de la Reforma con la teología. Por esta razón, aun algunas obras excelentes son funestas, porque enseguida son declaradas sagradas y eternas, y siempre se remite a ellas al artista empeñado en producir, y llaman herejía el no creer religiosamente en estas obras, sin tener en cuenta que el arte es superior a todas las obras. Seguramente que hay un *máximum* en el arte, mas no en el arte moderno, que sólo puede hacer fortuna en el progreso incontenible”.

37. Prólogo para celebrar las bodas de la gran Princesa de Rusia con el Príncipe heredero de Sajonia-Weimar.

38. Véase a A. W. Schlegel: *Comparaison entre la Phèdre de Racine et celle d'Euripide*, París, 1807. La hay también en alemán con notas de H. J. de Collin, Leipzig, 1808, en 8o.

“He vuelto a leer hoy el *Orlando furioso* y no puedo explicar cuánto me tira y me entretiene esta lectura. Aquí hay vida y movimiento, color y riqueza; es llevado uno fuera de sí al inmenso mundo y luego vuelto a traer dentro de sí mismo; se vaga en el piélagos infinito, suelta uno las ligaduras que le atan con el *yo* eternamente idéntico, y cree uno en el existir, más cabalmente, por estar desprendido de sí mismo. Y esto sucede en el poema, a pesar de toda la exuberancia que en él se advierte y de la inquietud e impaciencia que en él predominan; a pesar de su forma y de su plan, cosa que más bien *se siente* que se conoce, y que se advierte por la *continuación* de la situación y por aquel agrado y alegría que se sostienen a sí mismos. Por supuesto que aquí no hay que buscar *profundidad* ni *seriedad* (pero tanto necesitamos de lo superficial como de lo profundo); y por lo que hace a la gravedad, buen cuidado tienen la razón y la suerte de que la fantasía no se mete en nada con ellas”.

“Yo no espero haber dado en mi carrera poética un paso atrás, ni de lado, porque alguna que otra vez haya cedido algún tanto a las pretensiones del mundo y del tiempo. Las obras del poeta dramático son arrebatadas más pronto que todas las obras por el torrente de los siglos; él, a pesar suyo, se pone en continuo roce con el gran público, del cual no siempre sale intacto. Comienza por querer enseñorearse de los ánimos, pero ¿a qué soberano no le sucede tener que convertirse en servidor de sus mismos súbditos para afianzar su dominio? Tal vez esto haya pasado por mí, pues mientras llenaba la escena alemana con el ruido de mis obras, también algo he tomado del teatro nacional”.

Después de la traducción de *Fedra* había empezado Schiller un nuevo drama, cuyo asunto era la historia del falso *Demetrio*, acaecida en Rusia, y trabajando en él le sorprendió la muerte, para dolor nuestro, el 9 de mayo de 1805.³⁹

Desde que volvió de Berlín en el verano de 1804, a donde había ido para ver representar su *Tell*, se sintió enfermo de cuidado, mas esto pasó enteramente. Con todo, de nada se quejaba más en sus últimos días que de que este año no quería llegar la primavera.

El jueves por la mañana —día de su muerte— empezó a delirar: hablaba mucho de soldados e instrumentos bélicos y a veces pronunciaba el nombre de *Lichtenberg*, cuyas obras estaba leyendo entonces. Al mediodía se calmó un tanto y se quedó dormido con un sueño apacible, del cual despertó en breve. Aprovechase de este momento para disponer que su

39. Dos actos de esta pieza con su plan enteramente trazado se encuentran en las obras póstumas de Schiller (t. XII de sus *Obras*). El señor de Maltiz ha concluido el *Demetrio* y, acaba de publicarlo.

cadáver se enterrase en silencio y sin pompa alguna. Luego volvió a animarse y exclamó: “¡Ahora sí que veo con claridad la vida; sí, bien clara y patente!”. Poco después, a eso de las seis de la tarde, se volvió a quedar dormido para nunca más despertar.

Según la costumbre, debió haberse sepultado el domingo; mas como el cadáver se corrompió muy pronto,⁴⁰ fue preciso enterrarlo en la noche del sábado. Conforme a sus disposiciones, debían cargarlo unos aldeanos, mas al tiempo que éstos lo llevaban, les salieron al encuentro muchos jóvenes literatos y artistas que, enfervorizados de veneración por el inmortal poeta, les quitaron el ataúd y lo cargaron en hombros. Condujéronle al cementerio con lúgubre silencio entre las 12 y la 1 de la noche. EL cielo estaba encapotado y amenazaba la lluvia. El viento hacía crujir los ruinosos techos de la bóveda sepulcral y las banderas flameaban con estrépito. Poner el ataúd delante de la sepultura y desaparecer el vendaval por entre las negras nubes y disiparse éstas, todo fue uno, apareciendo la luna con apacible claridad reflejando sus primeros destellos sobre el féretro en donde yacían los preciosos restos mortales del poeta. Metiéronle en la fosa⁴¹ y volviendo a ocultarse la luna detrás de las nubes, la tempestad recobró su ímpetu, como si quisiera advertir a los acompañantes de la pérdida irreparable que acababan de sufrir. ¿A quién, en este momento, no hubieran llegado hasta lo más íntimo las propias palabras del poeta?

¡Oh, mañana, tú alumbras la campiña de los muertos!

¡Ah! y tú, oh aurora de la tarde, haces apacible su largo sueño⁴²

Schiller dejó cuatro hijos, dos varones y dos hembras, con su amada esposa. De sus tres hermanas, la menor había muerto antes que él; la mayor está en Meinungen, casada con el señor Reinwald, consejero áulico, y la segunda, casada en Würtemberg con el párroco de Meckmühl.

Schiller no murió rico. El no era tan egoísta ni tan prosaico para amontonar riquezas. ¿Quién no conoce su bello himno *El patrimonio de la tierra*? “El mundo, lo he abandonado” dice Zeus al poeta plañidero:

¿Quieres tú en mi cielo conmigo vivir?

Cada vez que vengas, la puerta he de abrir.

40. Lo abrieron y le hallaron los pulmones deshechos, los ventrículos del corazón casi perforados, el hígado endurecido y la vejiguilla de la hiel extraordinariamente dilatada.

41. Las cenizas de Schiller descansan en la bóveda común.

42. Véase su poesía *El fugitivo* en sus *Obras*, tomo I, página 44.

Las facciones de su rostro están representadas al fiel en el busto colosal de Dannekker, pues el poeta permitió que lo retratasen cuando se hallaba en Suabia. Además de esto, poseemos su retrato en unas delgadas láminas de cobre, y mucho celebramos que el señor profesor Jagemann, de Weimar, que acaba de regalarnos dos retratos excelentes, el de Goethe y el de Wieland, se ocupe actualmente de hacer uno grande de nuestro Schiller en un trabajo imitando los retratos *al creyón*.

Permítasenos ahora, antes de terminar, hacer algunas ligeras observaciones sobre Schiller como poeta. El que siga las huellas de su carrera poética desde su origen advertirá, tanto en sus primeras poesías como en los gigantescos caracteres que presentó después, una estrecha relación entre el sentimiento del poeta y la realidad de las cosas, que lo hacen aparecer ora luchando colérico, como en *Wallenstein*, ora tierno como en *Juana de Arco* y en *María*.⁴³ Este es también, a nuestro parecer, el motivo que hace que pinte con tal fuerza a su siglo, pero al mismo tiempo es causa de muchas bellezas y a la vez de muchas faltas que se encuentran en sus poesías.

Lo que seguramente nadie podrá negar es el ansia pura de nuestro Schiller por llegar a lo sublime de la perfección moral. “Él era, como dice A. W. Schlegel, un artista virtuoso, en el sentido propio de la palabra, que rendía el más sincero homenaje a la verdad y a la belleza. En sus poesías líricas señaladamente es donde se nos ponen de manifiesto sus sentimientos, su carácter y la totalidad de su vida. En todas ellas vemos un espíritu bogando con ahínco en pos del infinito, que quisiera escalar lo más elevado y escudriñar lo más profundo; y es que nada es más profundo que su alma misma de la cual fluyen ríos de vida y de amor. Él hace que este amor se desborde y se extienda a toda la naturaleza, la que quisiera poder abarcar amorosamente en fraternal abrazo. Sagrado y puro es su amor, pues por doquiera ve a la Divinidad, o presume que está cerca de ella cuando llegan a conocerla los ojos de los mortales. El siente la Divinidad en lo más íntimo de su alma, y no es presunción lo que tan vivamente siente su corazón, mas no lo puede explicar, y si la lengua se atreve, sus palabras lo hacen en una atmósfera de sacrosanto misterio”.

“Dos velos negros e impenetrables están colgados en los lindes de la vida humana, y aún no ha habido ser viviente que los haya descornado”. A esto aspiró sin descanso el espíritu de nuestro poeta: cual sombras le pasaban por delante las formas del tiempo; y sólo la eternidad le prometía aquella permanencia en pos de la cual lanzó sus miradas en medio del

43. Consúltese al efecto la interesante disertación de Falk: *Sobre el diverso modo con que Goethe y Schiller han tratado el problema del destino en sus obras* (Urania, publicado el año de 1811).

mayor alborozo. Pero es en vano: él hablaba en nombre de la vida; entonces ¿qué es lo que puede conjurar esta tempestad de su alma? Sólo esto:

La amistad, y la vocación, que jamás desmayan,
 Se alcanzan despaciosamente, pero nunca acaban
 Y aunque den grano por grano,
 Dan arena para la obra de la eternidad,
 Y descuentan empero de la gran deuda del tiempo
 Minutos, días, años...

Él se interna en la vida, pero jamás se extravía por eso, pues constantemente la mira desde puntos de vista muy elevados, notando lo grande en lo pequeño y el todo en lo particular, y jamás pierde de vista el alto fin para que fue creado el hombre.⁴⁴ Esto le recordaba aquel *bajel* que se da a la vela, aquel *paseo bajo los tilos* y *la sonora campana*. Él no ve en la mujer sólo el sexo, y en las vueltas de su danza percibe altos y refulgentes soles describiendo audazmente sus órbitas en la inmensidad del espacio. ¡Con cuánta propiedad dice Juan Paul⁴⁵ de él: “Este bardo irradia su esplendor poético hasta los dos confines, el de la vida y el de la muerte, a ambas eternidades, en el mundo presente y en el futuro; en suma, sobre los polos *inmóviles* del orbe *móvil*, apareciendo en el centro con la aurora de la poesía reflexiva, sin ocultarse, a la manera del sol, que andando incesantemente del cénit al nadir, jamás se pone, y al igual que la luna, que brilla con tenue luz durante el día. De aquí la dulce claridad de su *Astrología*, de su *Doncella de Orleans*, de *La Campana*”.

Schiller era el mismo hombre poetizando, pensando y sintiendo. La paz sea con las cenizas del poeta, mientras su memoria vive eternamente entre nosotros, según las palabras de Goethe:

Lo que al hombre la vida sólo dio a la mitad,
 Entero ha la posteridad de concedérselo.

Las turbulencias de la guerra, que conmovieron toda la Alemania poco tiempo después de la muerte de nuestro Schiller, fueron causa de que no se realizase el proyecto de Becker de celebrar exequias fúnebres en memoria del poeta inmortal en todos los teatros nacionales importantes, y con el

44. Véase la disertación: *Sobre Schiller considerado como poeta moral* (en el *Diario de literatura, artes, lujo y moda*, octubre de 1818).

45. *Prelecciones de Estética*, lección 1ª, página 134.

producto de estas funciones comprar una hacienda que bajo el nombre de *Schillers-Ehre* (en honor a Schiller) habría de ser propiedad inajenable de su familia.

Entre las honras fúnebres más famosas se cuentan las que se celebraron en Berlín en 1806 por Sofía Bretanno y Pellegrin, las de Bremen en el mismo año y algunas otras posteriores. En Weimar se solemniza anualmente el aniversario de Schiller con una representación de su *Wallenstein*, y el autor de estas páginas se acuerda, estando en aquella ciudad el año pasado de 1817, de unas excelentes palabras de apertura que se pronunciaron en esta ocasión.

Entre las innumerables poesías y epitafios consagrados a la memoria y a la tumba de Schiller, se llevan la palma: el *Epilogo* de Goethe a la *Campana* de Schiller (en sus obras corresponde al tomo IX), la poesía de Seume titulada: *Necropompa de Schiller* (en el verano de 1806), y el *Sepulcro de Schiller* por Fr. Kind (en sus poesías N. A., Leipzig, 1817, t. II, pág 46).

Al poner fin al presente escrito, hacemos votos fervientes porque Goethe, que es el único capaz de escribir una biografía de Schiller, sobre todo a base de los datos epistolares, eleve un monumento duradero a su carísimo amigo, haciendo a la vez un señalado servicio al público alemán.

EJERCICIO DE TRADUCCIÓN ALEMANA, J. LUZ.

FIN

En febrero 13 de 1824.

II
TRABAJOS LITERARIOS

I
SOBRE LAS NOVELAS

(*Manuscrito inédito*,
octubre 9 de 1830).

*Quae medicamenta non sanant,
ferrum sanat; quod ferrum non sanat,
ignis sanat.* ⁴⁶

HIPÓCRATES.

¡Álzate, Cervantes del siglo XIX, a combatir el estrago de la novela con la cuchilla de la novela! ¿Es posible que nuestro siglo, tan embarazado y tan dolorido, no pueda dar el genio que se necesita para cortar el mal de raíz, el Hércules que abata esta hidra de mil cabeza con su robusta maza? Desde luego es necesario que se escriba de las buenas por los hombres de bien, grandes escritores; pero no basta este primer convencido cooperador, como lo prueban las inimitables cuanto moralísimas novelas de Walter Scott, Miss Edgeworth, Manzoni, Grossi y algunos otros bien intencionados. Son margaritas que se pierden en el inmenso lodozal de esa falange que nos inunda. No hierro, no paños calientes, ha menester esta gangrena, sino el arma acerada del sarcasmo para sonrojar en lo adelante a los que intentaran tomar la pluma en son de novela y en veras de inmoralidad, que desterraría no sólo el gusto por hacerlas sino el de leerlas. ¿No es mucho

46. "Lo que no curan las medicinas, lo cura el hierro; y lo que no cura el hierro, lo cura el fuego".

más grave este mal en la actualidad, que lo que fue antaño la lectura relativamente inocente de los libros de caballerías? ¿Acaso no está maduro el tiempo para que surja y se levante el nuevo desfacedor de agravios de la injuriada sociedad? Hace más de medio siglo, y sobre todo de treinta años a esta parte, que no puede ponerse dique al torrente, es un nuevo diluvio universal, de que es menester, para su honra, que salga renovada la humanidad, que de lo contrario ni seguiría la ley general de alcanzar el bien por el mal.

Otra señal de que han llegado los tiempos a su punto, es el funesto refinamiento que se ha alcanzado en este género de composición; refinamiento tal que ha obligado a los maestros del arte a espaciarse en minuciosas clasificaciones sobre la novela: de *costumbres*, la *sentimental*, la *fisiológica*, la *psicológica*, la *presidiaria*, y qué sé yo qué otras sesenta, incluso todas bajo el amplísimo género de *inmoral*.

Sólo para Madame Sand habría que crear una nueva especie, por no poder la suya encerrarse en ninguna de las mencionadas, si bien pertenece heroicamente al género amplísimo bajo el membrete susodicho. ¡Triste distinción, por cierto, la de esta famosísima escritora! Y aprendan aquí las mujeres, que son muchas las lecciones que a la vez encierra esta gran celebridad femenil. ¿Y le valió, por ventura, el genio —porque genio es— para sobreponerse a las debilidades de su sexo, y aun a las de la humana naturaleza? Por el contrario, estas faltas ocurrieron en razón directa de su misma superioridad. Fue más mujer que todas en el despecho que le hizo empuñar la pluma, no una, sino mil veces, sublevándose contra el más santo de los vínculos; fue más mujer que todas en el desborde que experimentó en todos sus afectos y pasiones, que nos hizo más que resollar por la herida de su fatalidad, pintando a todos los maridos como unos imbéciles, tiranos o calculadores fríos y egoístas, incapaces, por lo mismo, de llegar hasta lo sublime y recóndito del corazón de la mujer, su víctima. Delicada por cierto es la mujer; *vaso frágil*, sin duda, en más y mejor sentido de lo que vulgarmente se cree, a manera de un vidrio transparente y sonoro, que no hay vaporcillo que no le empañe ni tropiezo que no haga vibrar toda la masa, sacudiéndola y quebrándola toda, apenas arrecia le percusión; cristal que necesita, para salir incólume de la viciada atmósfera mundanal, ser penetrado por la luz refulgente del Evangelio y vivificado por su santa y consoladora palabra. Bien dijo el pensador De Maistre que, “Desquiciado el Cristianismo, era menester encerrar a las mujeres en verjas de hierro”. Y no ya tan sólo porque, suprimido ese eficaz resorte espiritual, quede la mujer expuesta a ser vencida en todo género de ataque, faltándole su escudo y su espada, sino material y muy principalmente, porque se enloquece y extravía en los lances extraordinarios de la vida (que por su frecuencia son ordinarios), y señaladamente con los laureles amatorios y literarios.

Efectivamente, el triunfo la envanece y desvanece, la resistencia la exaspera, el obstáculo la precipita, viniendo a parar tanta valentía en lágrimas, humillación y despecho, y lo que es peor que todo ese purgatorio de tormentos, en el infierno de la inmoralidad. ¿No podrá esta malhadada criatura exclamar con más verdad que la inconsolable Raquel, como ésta deplorando la pérdida de sus hijos, aquélla deplorando la pérdida de su virtud: “¡Oh, vosotros, todos los que transitáis por ese camino, atended y mirad si hay dolor semejante a mi dolor!?”.

Y bendito Dios cuando prevalece el dolor, que ya es el primer paso para el santo vacío⁴⁷ del arrepentimiento.

A este propósito no puedo menos que recordar la profunda observación de un voto, el más autorizado en la materia. Habla Madame de Staël: “El amor, que es un episodio en la vida del hombre, es todo el poema en la de la mujer”. No se puede escribir mejor su historia: así le sucede en bien y en mal. Por eso un desliz en la uniforme senda del pudor suele dar al traste con todo el cortejo de las demás virtudes y pervertir a una mujer hasta en sus relaciones de intereses materiales con la sociedad, lo que no le acontece tanto en el varón, por razones que con gusto desmenuzaría, pero que me llevarían demasiado lejos de la cuestión presente, aunque en rigor sean parte de ella misma.

Oct. 9, 1830.

II

GUALTERIO SCOTT⁴⁸

(*Revista Bimestre Cubana*,
noviembre – diciembre de 1831).

Nadie ignora que la imaginación de este ingenio peregrino corre pareja con su fecundidad, pero muy pocos saben hasta qué grado prodigioso se extiende esa facultad creadora. Siendo Gualterio Scott tan conocido en el orbe civilizado como el príncipe de la novela histórica, apenas hay quien sepa entre los extranjeros que cuando principió a aparecer como novelista,

47. Palabra no clara (Roberto Agramonte).

48. Véase la carta de Luz sobre Scott, *De la vida íntima*, pp. 81-86. B.A.C. t. 8. *

* En la presente edición véase volumen V. (N. de la E.)

ya había recogido lauros como poeta distinguido.⁴⁹ Pero tal es la magia y superioridad de su prosa, que con ella eclipsó completamente su poesía, por más sobresaliente que fuese entre sus mismos compatriotas. Más aún, entre aquellos que conocen al poeta, al novelista y hasta el historiador, hay infinitos a cuya noticia no ha llegado que ningún género de composición ha sido extraño al inimitable escritor escocés. Estas razones nos hacen creer que nuestros lectores no podrán menos que recibir con sumo interés una lista cronológica de sus numerosísimas obras, formada según las noticias más exactas que hemos podido recoger, agregando una que otra rápida advertencia para ilustrar el asunto; y si bien es averiguado que ningún escritor de nuestros días compite con el mágico de *Abbotsford*,⁵⁰ en su género predilecto, ya nos convenceremos antes de llegar al fin del catálogo, viéndole tomar tan variadas formas, que ha venido a ser un nuevo Proteo para asombro del mundo literario.

Gualterio Scott apareció ante el público por vez primera el año de 1799, ya cumplidos los 30 años de su edad, como traductor de la famosa tragedia alemana de Goethe, titulada *Goetz de Berlichingen*, el de la mano de hierro. Publicose anónima en Londres, sin que después se haya vuelto a hablar mayormente de esta traducción. En 1802 dio a la prensa los *Romances o Poesías Nacionales del Rayano Escocés*, con sus notas e introducción, en dos volúmenes en cuarto. En 1804, el romance titulado *Sir Tristram*, por Tomás de Ercildoune, con una disertación preliminar y el correspondiente comentario; en 1805, los *Cánticos del último menestrel*, un tomo; en 1806, *Cantatas y Obras Líricas*, 2 tomos en cuarto; en 1808, *Marmion*, poema en diez cantos y las obras de Dryden en 18 volúmenes, con notas históricas, críticas y explanatorias, y la vida del autor, que se lleva un tomo; en 1809, los *Papeles Políticos y Cartas* de Sir Rafael Sadler, con notas históricas y una memoria de su vida, como también la colección de los discursos sueltos de Somer, en 12 tomos, en cuarto de marca; en 1810, las obras poéticas de Ana Stewart, con extractos de su correspondencia literaria, y la *Dama del Lago*, poema en un tomo, en cuarto; en 1811 la *Visión de Don Rodrigo*, poesía, en 1813, *Rokeby*, poema; en 1814, las obras completas de Swift, con notas y la vida del autor, 19 tomos en cuarto, *El Señor de las Islas*, poema, y las antigüedades fronterizas de Inglaterra y Escocia; en 1815, las *Cartas*

49. Nada menos que Byron es el fiador de nuestro aserto. En una carta suya a un amigo, hablándole de los primeros poetas de la Gran Bretaña, tuvo la graciosa ocurrencia de trazar un triángulo dividido por paralelas en varios escalones, donde distribuye según su mérito a cada uno de ellos, colocando a Gualterio sobre su vértice, añadiendo a continuación estas palabras: “Él es inconcusamente el monarca de este Parnaso, y el más inglés de todos nuestros vates”.

50. Quinta de Gualterio Scott, su residencia ordinaria, a 10 leguas de Edimburgo.

de Paulo a su familia, 3 tomos (aquí describe su primer viaje a Francia); *El campo de Waterloo*, poesía, y una obra acerca de la Islandia; en 1819, una noticia de las joyas de la corona de Escocia y *Antigüedades provinciales y escenas pintoresca de Escocia*, con investigaciones históricas; en 1820, poemas menores de P. Carey, con su prólogo; en 1822, *Halidon Hill*, poema; en 1827, *La Vida de Napoleón*, 9 tomos, en cuarto, *Memorias de Larrochejacquelin*, con su proemio para el primer volumen de la Miscelánea de Constable, y las *Cartas de Malaquías Malagrowth* sobre el medio circulante; en 1828, *Cuentos de un Abuelo* (obrita en que se ponen al alcance de los niños las épocas más notables de la historia de Escocia), primera serie, en 3 tomos; y en 1829, segunda serie, 3 volúmenes. Agreguemos a todas estas obras *Harold el Impávido*, y las *Bodas de Triermain*, que la primera vez aparecieron como anónimas; los *Ensayos sobre la Caballería*, el *Romance* y el *Drama*, en el suplemento a la Enciclopedia Británica, 3 tomos; las *Vidas de los Novelistas*, 4 tomos, *Caracteres del difunto Duque de Buccleuch*, de Lord Somerville, de Jorge III, de Byron y del Duque de York; el *Visionario*, poema; tres papeles periódicos que vieron la luz pública en el *Semanario de Edimburgo*, sobre el estado del país, en 1820, e innumerables contribuciones anónimas a diversas obras periódicas, entre las cuales podemos mencionar más particularmente las *Revistas de Edimburgo*, la *Trimestre*, y la *Extranjera*, de Londres, el *Registro Anual de Edimburgo*, y otras.

Recordemos por más señas que en la bien acabada relación de las campañas de 1814 y 15, inserta en esta última colección, desde luego descubrió el público una pluma en extremo original, que no podía ser otra sino la del autor de Waverley. También debe advertirse que ha contribuido igualmente con sus bellísimas páginas a hermopear los Aguinaldos o Keepsakes, esos dijes literarios que con tanta esplendidez se publican anualmente en Inglaterra. Entre otros mil artículos interesantes ha dado en uno de ellos una tragedia original. Es asimismo suyo el famoso artículo sobre las obras del alemán Wieland, publicado en un número de la *Revista Extranjera* correspondiente al año de 1829. También ha continuado dando a luz, en 1830, los *Cuentos de un Abuelo*, y abrazan las dos nuevas series las épocas mas notables de la historia de Francia, en 6 volúmenes. En el presente año a publicado la *Historia de Escocia*, en 3 tomos, para la Enciclopedia del doctor Lardner, y con sus curiosas *Cartas sobre la Demonología y Nigromancia* ha contribuido para la Colección que bajo el título de *Librería de Familia* publica su yerno Mr. Lockhart, editor de la *Revista Trimestre de Londres*. En fin, bien podremos asegurar que no hay empresario alguno literario en todo el ámbito de la Gran Bretaña que no implore el poderoso auxilio de esta pluma privilegiada.

Entremos ahora en el *mare-magnum* de las novelas. Estas han salido en el orden siguiente, y cada cual en 3 volúmenes, exceptuándose aquellas

que especificaremos. En 1814 vió la luz el *Waverley*; en 1815, *Guy-Mannering*; en 1816, *El Anticuario*, y la primera serie de los *Cuentos de mi Posadero*, que consta del *Enano negro* y de *Los Puritanos*, 4 tomos; en 1818, el *Rob Roy*, y la segunda serie de los *Cuentos de mi Posadero*, que contiene el *Corazón de Mid-Lothian*, 4 volúmenes; en 1819, la tercera serie de dichos cuentos, que contiene la *Novia de Lammermoor*, y la leyenda de *Montrose*, 4 tomos; en 1820 el *Ivanhoe*, *El Monasterio* y *El Abad*; en 1821, *Kenilworth*; en 1823, *El Pirata* y *Las aventuras de Nigel*; en 1824, los *Baños de S. Roman*, *Pevevil del Pico* y *Redgauntlet*; en 1825, los *Cuentos de los Cruzados*, en 4 volúmenes; en 1826, *Woodstock*; en 1827, las *Crónicas de Canongate* (barrio de Edimburgo), primera serie, 2 volúmenes; en 1828, ídem, segunda serie; en 1829, *Ana Geierstein*, y últimamente la *Matilde Sobienski* y *Roberto de París*.

Téngase asimismo presente que desde 1829 está entendiendo Gualterio en la edición completa, corregida e ilustrada de sus novelas, de la cual sale un volumen al mes, enriquecido de innumerables notas y apéndices.⁵¹ Tampoco se olvide que Scott ha sido hasta el año último oficial primero del Supremo Tribunal de Edimburgo, ocupación que durante las sesiones robaba tiempo a sus tareas literarias. Con este motivo, hemos oído contar que muchas veces corregía pruebas para la imprenta, y aun componía pasajes enteros de sus obras, a la sazón que estaba tomando notas de alguna causa en la misma sala del tribunal.

Finalmente, no deja de ser un hecho literario bastante curioso que existen todos los manuscritos originales, con la particularidad de estar enteramente de puño y letra del autor; excepto las obras de los años 1818 y 19, época en que, hallándose afligido de una enfermedad sumamente penosa, se vio obligado a echar mano de un amanuense. Estas novelas hacen en todo 76 volúmenes en 80, impresos en letras muy metida. Olvidósenos agregar a la primera lista una colección de *Sermones doctrinales* que publicó a instancia de un eclesiástico amigo suyo, en un volumen en 80.

De forma que, sumando el número 76 de los tomos de las novelas, con 50, por lo menos, que hay original suyo en todas las demás obras, así poéticas como prosaicas, tenemos el asombroso total de 126 libros en el espacio de 31 años, esto es, a razón de casi cuatro volúmenes anuales. ¿Y cómo es dable, se preguntará, aun suponiendo la mayor facilidad y presteza de redacción, llegar a semejante resultado, sin el mayor tesón y constancia?

51. Acabamos de saber que, tratando el autor de pasar el invierno en Nápoles, se dio prisa a concluir este trabajo, habiéndola efectivamente realizado un año antes de su compromiso con el público. (Véase *El Noticioso* de esta ciudad, de primero de diciembre de 1831.)

Efectivamente, se nos ha asegurado por personas muy fidedignas que ni siquiera un día ha pasado en esos 31 años, en que no haya compuesto nuestro autor; advirtiendo que aun durante sus viajes jamás ha dejado de escribir por lo menos dos horas diarias, cualquiera que fuesen sus demás ocupaciones o compromisos. ¿Quién no diría que la composición se ha hecho tan indispensable a su vida intelectual como lo es el alimento a la corporal?

Cesen, pues, Voltaire y el Tostado de ejercitar exclusivamente nuestra admiración, que ya queda el primero vencido en cuanto al número, y más que compensando en cuanto a la variedad; al paso que hasta al mismo Abulense disputaría la palma de la fecundidad el *prodigio de las montañas Caledonias*.⁵²

III

CARTAS A ELPIDIO

SOBRE LA IMPIEDAD, LA SUPERSTICIÓN Y EL FANATISMO EN
SUS RELACIONES CON LA SOCIEDAD, POR EL PRESBITERO
DON FÉLIX VARELA, TOMO 1ro: *IMPIEDAD* NEW YORK, 1835

(*Diario de la Habana*,
diciembre 29 de 1835).

Lámore è intrepido... teniamo accese le
nostre lampade... Non sa pevate, che
l'iniquità non si fonda soltanto sulle sue
forze, ma ben anche sulla credulità è sullo
spavento d'altrui?⁵³

MANZONI

He aquí una notable aparición sobre nuestro horizonte literario; notable por la gravedad del asunto sobre que versa; notable por la profundidad

52. Con efecto, el Tostado escribió 27 volúmenes en folio quedando ventajosamente contrapesado con los 126 de Gualterio Scott, de los cuales 50 son en cuarto y los restantes en octavo, la letra metida. Al Tostado se le han calculado cinco pliegos manuscritos al día. Gualterio Scott casi llegaría a seis, por esa cuenta. Sin embargo, es fácil convencerse de la exageración de este cómputo, atendiendo a que cinco pliegos diarios darían más de 227 volúmenes en folio, aun impresos en letra pequeña. Omitimos el cálculo por evitar prolijidad.

53. “El amor es, atrevido... tenemos encendidas nuestras lámparas. ¿No sabías que la iniquidad no se apoya sólo en su fuerza, sino también en la credulidad y en el miedo de los demás?”.

con que está tratado, y notable, en fin, por el nombre del autor que lo ha desempeñado. No es nuestro ánimo por el momento extender un análisis circunstanciado de una obra tan eminentemente filosófica, donde, para siempre, quedó asegurada la divina alianza de la región y la filosofía. Queremos tan sólo anunciarla, para que el público juzgue por sí mismo, contentándonos únicamente con llamar su atención sobre ciertos particulares, que ofreciéndoles nuevos datos para sentar su fallo, contribuirán más eficazmente a llenar el importante objeto a que fue destinada.

Este libro que el autor tiene la modestia de dirigir a la juventud de su patria, va encaminado a cuantos blasonan de pensadores y patriotas. En él se demuestran matemáticamente, o mejor dicho, en él se hace sentir de extremo a extremo la indispensable necesidad de los vínculos interiores para conseguir la felicidad eterna y aun la temporal; en él reluce la sublimidad del Evangelio, eclipsando con su divino resplandor a cuantos sistemas de moral inventó la humana sabiduría; en él se trata de formar hombres de conciencia en lugar de farsantes de sociedad; hombres que no sean soberbios con los débiles, ni débiles con los poderosos. En él hallará el político abundante materia para graves meditaciones, el padre de familia los más saludables consejos para el gobierno de sus caros hijos, el director de la juventud los más preciosos documentos para no malograr el fruto de sus faenas, el ministro del altar los más oportunos avisos para conseguir el fin que la religión santa se propone. Los impostores y los déspotas llevan grandes desengaños en este libro: en vano se esforzarán de hoy más estos perversos en profanar el sagrado asilo de la iglesia para sostener sus siniestras miras: ellos serán echados del templo como los hipócritas y fariseos, convirtiéndose contra sus pechos aquellos mismos rayos con que intentaron exterminarnos: aquí se descubren hasta en sus últimos escondrijos los sofismas y las cadenas con que pretenden embaucar y aherrojar al miserable pueblo: aquí se trata de hacernos a todos, gobernantes y gobernados, cristianos y consecuentes y no cristianos contradictorios. En una palabra, la verdad desnuda y sin rodeos es la divisa del amigo de Elpidio. Mas no siendo su ánimo, como él mismo insinúa, exasperar, sino advertir, la verdad se dice en todos casos sin permitirse ni aun las más lícitas y remotas alusiones.

He aquí pintadas, sin querer, la índole y circunstancias del escritor. Efectivamente, sólo el haber concebido una obra de esta naturaleza es claro indicio de una de aquellas almas grandes que se consagran exclusivamente a la felicidad presente y futuras de sus hermanos; sólo una caridad tan ardiente y acendrada como la que anima su pluma, pudiera haber inspirado tanta valentía y tanta modestia en reprender, tanto calor, y tan sostenida unción en persuadir: tan pronto nos hace acordar del enérgico y sublime Bossuet, como del insinuante y dulcísimo Granada. Sólo un obser-

vador tan ejercitado podría tomar tan exacta noticia de los efectos, y dar tan atinadamente con las causas; sólo un veterano no menos aguerrido en el campo abierto de la enseñanza que en las regiones ocultas de la conciencia, podría tocar con tal maestría todos los registros del corazón, para corregir los extravíos del entendimiento para enmendar las perversiones del corazón; sólo el hombre que ha pasado la vida practicando las virtudes evangélicas con el fervor de los apóstoles, sería capaz de pintar la virtud con los vivos colores que él lo hace, copiándola del original que alberga en su pecho. Perdona, ioh, varón justo! Perdona que no ensalce el mérito que te distingue, no en gracia del autor, que ni necesita ni admite semejante homenaje, sino en obsequio de algunos de nuestros mismos compatriotas, que no tienen la dicha de conocerte tanto como yo, para que la obra de tu alma y de tu corazón surta mejor el suspirado efecto; y esta idea hará reconciliar tu excesiva modestia con mi justificada osadía. Fuerza es publicarlo para nuestro bien; para que cunda y prenda por doquiera la semilla de las santas doctrinas, quedando ahogada la cizaña. De ti puede decirse con más verdad que de ningún otro mortal, que haces lo que dices, y dices lo que sientes. Continúa, pues, oh digno sacerdote de la verdad, en tu ministerio de bendición: continúa en derramar sobre nosotros los raudales de luz con que plugo el padre de las luces iluminar tu grande entendimiento, y acaba de aclamar cuanto antes con el bálsamo de tus palabras aquel vehemente deseo que tan patéticamente nos has inspirado tú mismo al terminar esta primera parte: dignate de acceder a nuestros votos, aun cuando no fuera más que para enjugar las lágrimas que tan copiosamente hemos vertido, y para siempre vertiremos. He aquí las palabras:

“No ignoras que, si circunstancias inevitables me separan para siempre de mi patria, sabes también que la juventud a quien consagré en otro tiempo mis desvelos, me conserva en su memoria, y dícenme que la naciente no oye con indiferencia mi nombre. Te encargo, pues, que seas el órgano de mis sentimientos, y que procures de todos modos separarla del escollo de la irreligiosidad. Si mi experiencia puede dar algún peso a mis razones, diles que un hombre de cuya ingenuidad no creo que duden, y que por desgracia o por fortuna conoce a fondo los impíos, puede asegurarles que son unos desgraciados, y les advierte y suplica que eviten tan funesto precipicio. Diles que ellos son la dulce esperanza de mi patria, y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad”.

“Ya, mi Elpidio,⁵⁴ no nos veremos, a no ser que vengas a hacerme una visita. Entre tanto, pienso mandarte otra serie de cartas sobre la supers-

54. Posiblemente el Elpidio de Varela es Luz. Pero véase sobre este punto, Figarola Caneda, *Bibliografía de Luz y Caballero*, p. 8 (Roberto Agramonte).

tición y el fanatismo, si el cielo me conserva la salud que disfruto, pues aún me hallo a los cuarenta y ocho años de mi edad, y más fuerte que a la de veinte. Sin embargo, fórmase ya en el horizonte de mi vida la infausta nube de la ancianidad, y allá a lo lejos se divisan los lúgubres confines del imperio de la muerte. La naturaleza en sus imprescriptibles leyes me anuncia decadencia, y el Dios de bondad me advierte que va llegando el término del préstamo que me hizo de la vida. Yo me arrojo en los brazos de su clemencia sin otros méritos que los de su hijo, y guiado por la antorcha de la fe, camino al sepulcro, en cuyo borde espero, con la gracia divina, hacer con el último suspiro, una protestación de firme creencia, y un voto fervoroso por la prosperidad de mi patria.

¡Adiós, Elpidio... Adiós!"

Habana, 23 de diciembre de 1835.

IV

LA SEÑORA CONDESA DE MERLIN

CONCIERTO DEL SEÑOR CONDE DE PEÑALVER

*(Diario de la Habana,
julio 12 de 1840).*

Es cosa sabida de todos que existía en París, desde la época de la restauración francesa, una hija de la Habana que ha sido, y aún es, uno de los más bellos adornos de la sociedad parisiense; pero sólo había llegado hasta nosotros el eco debilitado de las celebraciones que le tributaban los admiradores de su talento en Francia, y nadie contaba con la dicha de verla aparecerse casi repentinamente en la Habana, dando ocasión a sus compatriotas de aplaudirla a su vez, con ese entusiasmo ardiente y admirativo que los distingue, y agregando así, de paso, ese nuevo triunfo, el más legítimo de todos, a los muchos y brillantes que ha sabido conseguir en los países extraños que ha visitado.

La pluma elegante y fácil de la Señora Merlin nos ha dado a conocer las circunstancias novelescas e interesantes que le obligaron a dejar su patria a los doce años de edad, y que la condujeron a París después de haber dado la mano de esposa al general Merlin, nombre, sea dicho de paso en honor de la justicia, que ha debido más ilustración a los triunfos pacíficos, pero gloriosos, cosechados en los salones de París por la amiga de María Malibrán, que a los que recogiera en el campo del honor el edecán favorito

de José Bonaparte.⁵⁵ Mas sea ello lo que fuere, gracias a esa imaginación, ardiente y viva, a esa sensibilidad exquisita, ricas dotes con que se halla generalmente adornado el bello sexo bajo el cielo de Cuba, la Señora Merlín, sacando partido de tan bellas facultades, pronto consiguió colocarse en el lugar distinguido que la suerte le tenía reservado en el seno de la sociedad de París. ¡Cuántas paisanas tuyas, dotadas por la naturaleza con esas prendas brillantes de la imaginación y de la sensibilidad, origen fecundo del talento, viven y mueren dolorosamente, por decirlo así, en estado de crisálidas, sin hallar campo en que desplegar al sol sus lúcidas alas! Fértil y rica semilla de Cuba, regada en un terreno menos fértil y rico, ¿qué te ha faltado sino el rocío vivificante que te hiciera brotar y abrirse al sol el cáliz perfumado de sus flores tropicales? Mas el numen poético nos arrastra, y ¿a quién no arrastrará al tratar de estas materias? Volvamos a nuestro asunto.

Los salones de Madame Merlín han sido el *rendez-vous* de todas las notabilidades musicales de París. En ellos han resonado muchas veces los acentos apasionados de María Malibrán. La Grisi, La Persiani, Rubini, Lablanche, han dado allí conciertos brillantes a que ha concurrido, presurosa, la flor de la sociedad parisiense. A imitación de otros debutantes de fama, Paulina García, último vástago de la gran dinastía cantante, y Mario di Candia, el tenor improvisado, antes de lanzarse en pos de las glorias del teatro y a la conquista de esa aureola luciente que ciñen en París la frente de todo artista de mérito, se preparaban ambos en los salones de Madame Merlín para esa lucha gloriosa, y recogían allí a buena cuenta, y en presencia de una auditoría inteligente, los aplausos y los estímulos de que tanto ha menester el autor que se lanza a las tablas; y es preciso decir que el público de la Academia Real de Música y del teatro del Odeón, ha sancionado siempre los juicios anticipados de esa especie de jurado filarmónico, confirmando con sus aplausos las reputaciones comenzadas bajo tan favorables auspicios en los salones de la calle Bondy.

No contenta, sin embargo, con esta posición brillante y con estos triunfos musicales, y cediendo al influjo de la moda, que consiste, en el gran mundo de París, en lanzar lo menos un par de in octavos en la circulación, la Señora Merlín escribió y publicó la historia de sus doce primeros años, relación verídica, aunque llena de detalles e incidentes novelescos que luego fue completada con dos tomos más, bajo el título de *Souvenirs et Memoires*; pero esta segunda palidece y parece larga y descolorida al lado

55. En una nota bibliográfica manuscrita de Alfredo Zayas, se lee: "Sobre el General Merlín, por José de la Luz, julio 12 de 1840". El estilo de este artículo es de Luz. Véase la réplica a este juicio de Luz sobre el general Merlín en el Apéndice 1 y la duplica en el Apéndice 2. Luz celebra en don José María Xenos "los donativos con que socorrió a la madre patria en la época gloriosa de la guerra de la independencia". (Roberto Agramonte.)

de los *Doce primeros años*, y sobre todo, al lado de la historia de *Sor Inés*, episodio interesante y dramático, escrito con naturalidad y elegancia. La Señora Merlín ha escrito recientemente la historia de María Malibrán, que no hemos tenido el gusto de leer. Sea de ello lo que fuere, Mme. Merlín, la escritora, debe ceder el paso a Mme. Merlín, la discípula de García, mal que le pese a esa Corina habanera. En París los fabricantes y las fabricadoras de novelas exceden en el día al número de lectores; las voces privilegiadas y las cantoras del mérito de Mme. Merlín son algo más raras.

Precedida por tan gloriosos antecedentes, habrá apenas un mes que llegó a nuestro suelo la tráfuga de Santa Clara, y relacionada, como lo está, con las principales familia de la Habana, es fácil formarse una idea de la obsequiosa acogida que habrá encontrado en su seno. Entre los más distinguidos homenajes que se le han tributado, debe contarse en primera línea el concierto dado por el señor Conde de Peñalver en la noche del 8 del corriente. La ocasión era bella para una persona que a buen título goza de la fama de fino apreciador en materia de música, y a fe que el resultado en esta, como en otras ocasiones, ha venido a confirmar esa merecida reputación de inteligencia y gusto.

A las diez dio principio el concierto, en presencia de una lucida concurrencia, por el dúo de *Norma*, que cantaron las señoras Merlín y Osorio. Hacer aquí el elogio de la voz de Mme. Merlín, no sería más que repetir lo que todo el mundo dice y sabe. Sin embargo, satisfecha la mayoría de los oyentes con la impresión viva y embelesadora que causan los ecos de esa voz trinitadora y vibrante, son pocos los que ponen su atención en la parte acaso más admirable de su canto, que es la escuela: la escuela de García y de Mme. Malibrán, la amiga de la Señora de Merlín, y a cuyo lado se ha perfeccionado nuestra compatriota en el arte de conmover los ánimos y arrebatarse un auditorio. Nada iguala la sensación que producen los efectos sabiamente combinados de una voz que sabe pasar de las entonaciones llenas de fuego y pasión, a las blandas modulaciones de un canto lleno de suavidad y ternura, que suspende y embarga un auditorio, y le tiene muellemente columpiado en medio de una dulcísima y grata melodía. Estos efectos se hicieron sobre todo sensibles en el aria bellísima que cantó Mme. Merlín del final de *Lucía*, tantas veces aplaudidas en el teatro y ejecutada por Montresor; si no con buena voz, al menos con exquisito gusto.

La señora Osorio posee en su voz un instrumento admirable. Su canto suave, y el timbre argentino de su voz, nos recordaron más de una vez los acentos dulces y afinados de la Rossi: tiene un registro sumamente extenso; y en las entonaciones graves adquiere su voz un sonido claro y tremulante que produce el más grato efecto. Cantó con mucho gusto y expresión el dúo de la *Norma*, el terceto de la misma ópera, y por fin, una preciosa y aplaudida aria de Scaramucia.

La señorita de Peñalver se presentó en seguida a cantar una aria de la *Eloísa* del maestro Costa, pieza que desplegó una brillante ejecución, y que sólo pudiera haber acometido una aficionada de su fuerza y maestría. El señor Costa, director de la ópera de Londres, ha compuesto varias óperas célebres, como la *Eloísa*, que nadie conoce, pero que se hallan salpicadas de piezas lindísimas, de un corte y factura nada comunes, y con una música enteramente original, llena de rápidas y violentas transiciones y la más difícil ejecución. Pero la señorita Peñalver está acostumbrada a las pruebas difíciles en ese género. Dueña de una voz pastosa, sonora y afinada como un instrumento, que maneja con el mayor gusto y maestría esa distinguida cantora, posee un don más raro y apreciable, que al hablar de la señorita Merlín hemos llamado equivocadamente el arte, que el arte mismo es incapaz de alcanzarle. Este don es el alma, el alma que se derivan toda expresión y todo sentimiento músico. Los amigos de la señorita Peñalver y los aficionados filarmónicos que han tenido en distintas ocasiones el gusto de aplaudir su canto apasionado y expresivo, tienen hoy puestos los ojos en ella con más interés que nunca. Única joya que resta de aquel terno brillante en que figuraban las señoritas de Zamora y Topete, sola ha quedado Teresita para hacer menos sensible la ausencia de esos jilgueros de Cuba, que han tomado su vuelo hacia lejanas tierras, mientras que en su retiro silencioso la señorita Martínez parece haber olvidado los aplausos que tantas veces han acompañado y cubierto sus alegres y brillantes trinos de ruiseñor.

En fin antes de concluir, señalaremos brevemente algunos de los incidentes menores de esta espléndida *soirée*.

El señor Téllez, discípulo de la academia de Santa Cristina, cantó con gusto y afirmación la parte que le correspondía en el terceto de *Norma* y en el dúo de *Roberto Devereux*.

El señor Rappeti, director de la orquesta, tocó con su acostumbrada maestría unas variaciones sobre un tema de Beethoven, que aunque ya tocadas por él en otras ocasiones, parecen siempre nuevas bajo el arco lleno de dulzura y afinación de ese distinguido profesor.

Los señores Blanco y Enea desempeñaron, como era de esperar de estos artistas, el difícil encargo de acompañar en el piano a las ejecutantes. Por fin, un baile que duró hasta el día completó esta lucida y bien combinada función que, además del auditorio que se holgaba al resplandor de sus mil bujías, contaba otro no menos numeroso que, sentado en los bancos y en los estrados improvisados de la alameda de Paula, bajo los rayos de una hermosa luna, oía, con no menos satisfacción y con una envidiable comodidad, los acentos armoniosos que resonaban en la sala, y de vez en cuando, daba muestras de su entusiasmo y placer con sus repetidos y prolongados aplausos.

UN CONCURRENTE.

V

SOBRE LA CRÍTICA DE “VERÁFILO” CONTRA LA CONDESA DE MERLIN⁵⁶

(*El Faro*, abril 27 de 1844).

Señores redactores del *Faro*:

Dos días hace que el *Diario de la Habana* da lugar en su folletín a un juicio algo apasionado de la obra titulada *Viaje a la Habana* por la señora Condesa de Merlín. Digo apasionado, y ojalá me equivoque, porque hasta ahora no he visto en los artículos publicados ni una sola palabra que arguya imparcialidad de parte del crítico, cualidad sin la cual todo juicio es exagerado, apasionado. No es mi objeto combatir ahora el del señor “Veráfilo”. Tampoco prometo hacerlo después, antes de ver su conclusión, pues pudiera suceder que adoptando el buen camino, después de exponer los errores, pagase el tributo de justicia que se debe a lo bueno que encierra la obra de la señora Condesa. Mientras tanto, justo es que cuando en vez de denunciar con sentimientos indiscutibles, vemos prurito de abultarlos, fundando en ellos un triunfo cacareado con chanzonetas festivas y picantes burlas, justo es vea también el público la opinión que de tan fisgada obra y atacada autora ha emitido una cubana ilustre y célebre por sus talentos, la señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Al efecto, suplico a Uds., señores Redactores, se sirvan dar cabida en su periódico, con estas líneas, a los siguientes trozos de los apuntes biográficos que preceden al *Viaje* de la Condesa.

APUNTES BIOGRÁFICOS DE LA CONDESA DE MERLIN, POR DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

“La señora doña Mercedes de Santa Cruz, hoy Condesa de Merlín, nació en la ciudad de la Habana hacia los años de 1794 a 1796. Precisados sus padres, los señores condes de Jaruco, a emprender un viaje a Europa

56. Título de Roberto Agramonte.

a causa de sus intereses, confiaron la niña, que estaba aún en edad muy tierna, a los afectuosos cuidados de su bisabuela, anciana respetable, a quien consagra en sus *Memorias* los más tiernos recuerdos.

Al lado de aquella dama vivió feliz y adorada hasta la edad de nueve años, época en que volvió a la Habana el conde de Jaruco, y en que su hija experimentó los primeros sinsabores de su vida. Había sido hasta entonces tan entrañablemente querida por cuantas personas la cercaban, gozando de tan absoluta libertad, y aun podemos decir que tan acatado imperio, que a pesar de sus pocos años, veíase desenvuelto su carácter noble, franco, resuelto, con aquel espíritu de independencia que no es cualidad demasiado excepcional entre las hijas de Cuba, pero sí siempre temible para la propia ventura en las mujeres de todos los países.

La señora Merlín reconoce, en varios pasajes de su primera obra literaria, la necesidad de una perfecta armonía entre la educación y la posición social a que está destinado el individuo; y cuando nos pinta su carácter natural desarrollado sin ningún género de contradicción, impetuoso, indómito, confiado y generoso, pensamos con tristeza en lo mucho que la habrá costado acomodarse a los deberes sociales de la mujer; y ajustar su alma a la medida estrecha del código que lo prescribe.

Acaso por efecto de esta prevención nos conmueven dolorosamente algunas páginas de sus *Memorias* en las que la autora habla de su país, de su infancia, de su corazón; y donde, al través del exacto raciocinio de un espíritu elevado, esclarecido y modificado por el conocimiento de la vida y de los hombres, pensamos ver chispear las centellas de una imaginación de los Trópicos, revelando los instintos atrevidos de un alma ardiente como aquel cielo, valiente y vigorosa como aquella naturaleza, tempestuosa e indómita como aquellos huracanes.

Sin embargo, el estilo de la señora Merlín es en lo general templado, fácil, exacto, elegante y gracioso. Se encuentra en sus escritos un juicio exacto y una admirable armonía de sus ideas. Grandes modificaciones, como ella misma confiesa, han experimentado el talento y el carácter de la persona que nos ocupa: y si no han sido ventajosas a su originalidad como escritora, creemos que le debieron ser útiles en su destino de mujer.

Nada de particular contiene este tiempo de su vida que pasó con su tía; en sus *Memorias* refiere algunos pormenores interesantes, pero de poca importancia, en los que no nos permite detenernos la naturaleza de nuestro escrito, destinado solamente a dar algunas noticias de nuestra célebre compatriota a aquellos lectores de su última obra que no hayan tenido la satisfacción de conocer las primeras.

Poco antes de abandonar por segunda vez su patria, llevó el conde a su hija junto a sí, y volvió a gozar de una libertad completa, hasta que llegó el día señalado para la partida.

Bellísimas y tiernas son las líneas en que la señora Merlín nos indica sus emociones en aquel día solemne.

“Alejándome de mi país, dice, dejaba todo cuanto amaba y a todos aquellos de quienes era querida. En una edad en que los hábitos tienen todavía tan escasas raíces, ya sentía mi alma lo muy doloroso que es tender una línea divisoria entre los afectos pasados y los futuros. El corazón me decía que las personas queridas que dejaba, no serían en adelante el origen de mis más vivas impresiones y que mi felicidad iba a depender de un nuevo círculo que me juzgaría con la severidad de la indiferencia”.

¡Venturoso, ha dicho el cisne de Cuba, venturoso aquel que no conoce otro sol que el de su patria!

Nada, en efecto, es tan amargo como la expatriación, y siempre hemos pensado como la gran escritora, que juzgaba los viajes “uno de los más tristes placeres de la vida”.

¿Qué pedirá el extranjero a aquella nueva sociedad, a la que llega sin ser llamado, y en la que nada encuentra que le recuerde una felicidad pasada, ni le presagie un placer futuro? ¿Cómo vivirá el corazón en aquella atmósfera sin amor?

Madama Merlín ha tenido, empero, la fortuna de que la condujese la suerte a una nación generosa e ilustrada, a la que con orgullo y emoción llama su patria adoptiva, y donde ha alcanzado su mérito la justicia que debía esperar.

Siempre que hemos leído la descripción que hace de su primera navegación de América a Europa, hemos experimentado una emoción que no será común a todos los lectores, porque no todos podrán conocer el sentimiento y la verdad que encierran aquellas páginas. Pero ¡ah! nosotros también hemos surcado aquellos mares; nosotros hemos visto el nublado cielo de las Bermudas, y hemos oído bramar los inconstantes vientos de las Azores. Como la célebre escritora, hemos abandonado la tierra de nuestra cuna; hemos emprendido uno de aquellos viajes solemnes, cuyos primeros pasos recibe el Océano; y lleno el corazón de emociones de juventud, y rica la imaginación con tesoros de entusiasmo, hemos contemplado la terrible hermosura de las tempestades y la augusta monotonía de la calma, en medio de dos infinitos.

Todas las impresiones que pinta la autora nos son conocidas; todos aquellos placeres, todos aquellos pesares, los hemos experimentado.

“A los doce años, dice, tenía toda mi estatura, y aunque muy delgada, estaba ya tan formada como pudiera a los diez y ocho. Mi tez criolla, mis ojos negros y vivos, mis largos y espesos cabellos, me daban un aspecto semisalvaje, que estaba en perfecta armonía con mis disposiciones morales. Viva y apasionada hasta el exceso, no sospechaba siquiera la necesidad de reprimir ninguna de mis sensaciones, y mucho menos la de ocultarlas. Franca y confiada por naturaleza, y no habiendo sido nunca contrariada,

me era desconocido el arte del disimulo, y tenía tanto horror a la mentira como al mayor de los crímenes. De una independencia de carácter indómito para con los extraños, era débil con las personas queridas, y pasaba todo un día llorando si la menor sombra de descontento oscurecía la frente de mi padre. Estas predisposiciones de una naturaleza vigorosa, no modificadas por la educación, antes bien enérgicamente desenvueltas con el libre ejercicio, prestaban a mi humor rápidas y violentas desigualdades, tan pronto de una alegría bulliciosa como de una melancolía profunda; y a veces, como para sentir la vida en todo su poder, experimentaba al mismo tiempo entrambas impresiones”.

La casa de la Condesa de Jaruco era por entonces una de aquellas en que se encontraba la mejor sociedad. Los hombres más distinguidos se reunían en ella y, según dice la señora Merlín, allí se conocían, antes que en ninguna parte, los bellos versos de Meléndez, Arriaza y Quintana. Pero no obstante las ventajas de una sociedad tan selecta, estaba triste y decaída la joven americana. Diríase que como Chactas “echaba de menos sus bosques y sus ríos y lloraba por la choza de sus padres”.

Contribuía mucho a prolongar aquella situación de su espíritu, la tierna desconfianza que concibió del cariño de su madre. Creíase menos querida que sus hermanos, y tan sensible como orgullosa, devoraba sus celos en el secreto de su corazón. Uníanse a dichas causas el constante estudio a que hubo de dedicarse para reparar el descuido de su primera educación, y no tardó en sentir su salud notablemente alterada. Algunas semanas pasadas en el campo la restituyeron su lozanía, y de vuelta a Madrid se consagró casi exclusivamente a la música y a la lectura.

Experimentó algún tiempo después la desgracia de perder a su padre, y habiendo resuelto la viuda llevar personalmente a su hijo a un colegio de París, Mercedes y su hermana fueron confiadas a una parienta hasta la vuelta de la condesa.

Por entonces conoció el hombre que designa en sus preciosas *Memoorias* como objeto de sus primeras ilusiones. Hallábase en la edad en que con todo el candor y la inocencia de la infancia, empiezan a sentirse las nuevas facultades de la vida; edad peligrosa que envuelve al juicio entre los brillantes engaños de una loca fantasía.

Mercedes, como la mayor parte de las mujeres en aquella edad, “creyó amar a un hombre porque amaba el amor”, y cuando regresó su madre, su enlace con el joven marqués de... fue tratado y decidido.

Su alegría por aquella resolución no fue sin embargo larga: calmose su primera excitación a medida que conocía mejor al hombre que creyó ligeramente dueño de su alma, y se iban disipando con rapidez las lisonjeras esperanzas y los brillantes sueños de ventura que en aquella unión habían fundado.

Obtuvo, pues, de su bondadosa madre, la anulación del compromiso, y bien que aquel primer desengaño le hiciese una impresión que turbó por algún tiempo la serenidad de su vida, jamás volvió a escuchar a ninguna de las ardientes solicitudes del despedido amante.

Poco después de estos acontecimientos, ocurrieron los memorables de la invasión francesa, de los cuales habla en sus *Memorias* Madama Merlín con bastante extensión, y salvo algunas ligeras inexcusas... su relato es sumamente interesante por la imparcialidad y rectitud de su juicio que se encuentra en la apreciación de los hechos.

Los vínculos de parentesco y amistad que ligaban a la condesa de Jaruco con el general O'Farril, comprometido a favor del gobierno francés, la hicieron temer ser comprendida en las persecuciones que desde la capitulación de Dupont sufrían en Madrid las personas designadas con el nombre de afrancesadas, y pasó con sus hijas a Vitoria, donde permaneció hasta la vuelta de José Bonaparte a la metrópoli de España.

Presentada a la corte con sus hijas, y distinguida bien presto por el particular afecto del nuevo rey, fueron reemplazados los antiguos amigos que formaban su tertulia por los personajes franceses que rodeaban a José, entre los cuales se contaba el general Merlín.

Por entonces dio la hermosura criolla los primeros anuncios de sus talentos literarios con la composición de algunas poesías del género festivo; pero distrajéronla de su nueva afición los preparativos de su casamiento, que por voluntad del rey, se celebró sin tardanza.

Aunque no fuese el amor que formó aquel enlace, la joven Santa Cruz se prestó a él sin repugnancia, y en sus *Memorias* tributa los más fervidos elogios al noble carácter y excelente corazón del general Merlín.

Dos acontecimientos igualmente memorables para la nueva esposa, aunque muy contrarios en sus efectos, se verificaron un año después: fue el uno la muerte de su padre y el otro el nacimiento de su hija.

El placer de la maternidad pudo solamente templar el acerbo dolor de la irreparable pérdida que había padecido; pero nuevos disgustos vinieron en breve a acibarar las delicias de su nuevo estado.

Evacuaron los franceses la Península, y el señor Merlín no pudo resolverse a dejar en el país que abandonaba a una esposa adorada y a la tierna hija, que fue condenada a articular sus primeros acentos en una lengua extranjera.

Desde su establecimiento en París tuvo la ilustre criolla la ventajosa aceptación que merecía por sus distinguidas prendas, y su casa fue bien pronto el centro de la más brillante sociedad.

Sus dulces y elegantes modales, el encanto de su amena y variada conversación, su agradable y expresiva figura, y su admirable talento para la

música, eran circunstancias que debían forzosamente hacer muy codiciado el honor de ser admitida en su selecta tertulia; pero a las cualidades brillantes que la señora Merlín, las más raras y estimables del corazón y del carácter, siendo estas las que más encomian todos los que han tenido la dicha de tratarla.

Antes de la primera publicación de una parte de sus *Memorias*, gozaba la celebridad debida a una voz privilegiada y a su exquisito gusto para el canto; pero luego que aparecieron aquellas preciosas páginas, su nombre adquirió mayor brillo, y una nueva flor se enlazó a su corona de artista.

Vieron la luz pública primeramente, *Los doce años primeros de mi vida* y el interesante episodio de Sor Inés; más tarde publicáronse completas las *Memorias de una criolla*, que obtuvieron la más lisonjera aceptación, y posteriormente aparecieron *Madama Malibrán* y el *Viaje a la Habana*, que es sin duda alguna, la más notable de sus obras, y la que con mayor orgullo y placer debe recibirse en su patria.

La autora ha viajado también por diversos países de Europa; pero no ha llegado a nuestra noticia que dichos viajes inspirasen ninguna obra literaria a la ilustre criolla, que parece no recibe inspiración sino con los recuerdos o la vida de su país hermoso. Sin tener el placer de conocerla personalmente, poseemos la ventaja de haber oído, con particular complacencia, a algunos de sus más apasionados amigos; y sabemos que su conversación no tiene menos encanto que sus escritos, y que reúne al celebrado esprit de una parisién, aquella gracia picante de las españolas y aun un poco de la agradable negligencia y penetrante dulzura de las cubanas.

Nada diremos de sus obras que el público ha juzgado, y que nosotros pudiéramos relatar de memoria; tanto nos hemos recreado leyendo repetidas veces aquellos cuadros de delicadas medias tintas; aquellos permenores llenos de interés, que deben su principal mérito a la naturaleza y gracia del estilo.

Si no hay en las obras de nuestra compatriota creaciones estupendas, contrastes maravillosos, poseen la ventaja de que no dejan en el alma ni terror, ni desaliento. Si no hacen vibrar, hasta romperse, las fibras del corazón; si no fascinan al juicio, ni exaltan la imaginación, hablan al sentimiento; simpatizan con la razón; agradan siempre; muchas veces conmueven, y algunas cautivan poderosamente el ánimo.

¿Qué se puede pedir al escritor que nos da un libro que después de leído veinte veces todavía se abre sin fastidio?

No terminaremos sin dar las gracias a aquellos a quienes debemos la esmerada traducción de la apreciable obra a cuyo frente ponemos nuestros apuntes biográficos, y felicitamos al mismo tiempo a nuestra cara patria, a nuestra bella Cuba, por la gloria que le cabe en contar entre sus hijos a la señora condesa de Merlín; a la que tributamos este leve testimo-

nio de admiración y aprecio, congratulándonos de que sirvan estas líneas de introducción o prólogo a la mejor de sus bellas producciones.

GERTRUDIS GOMES DE AVELLANEDA.⁵⁷

VI

SOBRE LA CRÍTICA DE “VERÁFILO” CONTRA LA CONDESA DE MERLÍN⁵⁸

(*El Faro*, 30 de abril de 1844).

Señores redactores del *Faro*:

Otra súplica, o más bien dos súplicas tengo que hacerles, sin que vayan Vds. a creer que, accediendo a ellas, pueda en lo más mínimo rebajarse su buen nombre o escrupulizarse su conciencia. No, señores, un comunicante, a pesar de lo que dice el señor Amanuense del señor “Veráfilo”, bien puede ser amigo, y amigo íntimo, de una redacción, como yo lo soy de Vds., sin que esta circunstancia les vede el plantarme de sus columnas con firma o sin ella, según os plazca o me plazca. ¿No ven ustedes al señor “Veráfilo”, verdadero pseudónimo, cómo escribe un folletín como miembro de la familia, y en las columnas como simple comunicante o comunicante amigo o íntimo y adherido comunicante? Pues pelillos al mar, que el periódico es para el público y la imparcialidad y la justicia es de todos, y yo me acojo a esta enseñanza de vuestra marcha periodística nunca desmentida.

Vamos a las súplicas.

La primera se reduce a que despidan Vds. al cajista que cometió la imperdonable falta de poner el título “Apuntes biográficos”, de letra igual al texto del artículo que se copiaba, dando lugar a que los ciegos creyesen que mi comunicado era obra de la señorita Avellaneda, pues aunque en él decía yo que la copiaba, Vds. saben que nunca falta quien coja el rábano por las hojas. Sí exijo de Vds., valido de la amistad, que despidan al cajista y comuniquen al que ha de componer estas líneas con igual castigo, ítem más

57. Se ha reproducido esta biografía hecha por la Avellaneda por ser parte integrante del artículo de Luz. (Roberto Agramonte.)

58. Título de Roberto Agramonte. Ver Apéndice 3 y 4.

los años de presidio que merezca si faltase, en el lugar que el señor “Veráfilo” se digne señalar con la consulta de su amanuense.

El otrosí se reduce a suplicarles encarecidamente me dejen decir en su periódico de mañana al señor “Veráfilo”, que mi ánimo no ha sido interrumpirle en sus útiles y generosas tareas ni menos juzgarlas, como explícitamente lo dije, antes de que las concluyese.

No, señores, quiero que concluya el señor “Veráfilo” la serie de sus artículos para que el público vea, sin telarañas y espantajos, todo su valor y pujanza, y para que él goce de este triunfo glorioso que obtiene el escritor que, para impugnar una obra llena de defectos, indisculpables unos, disculpables otros, emplea muchos días y recursos oratorios, todas las armas de todas clases de crítica y todos los castigos literarios conocidos hasta el día, triunfo más brillante y valioso cuanto que es alcanzado a costa de una señora ausente. Sí, quiero que concluya el señor “Veráfilo”, no para defender la obra de la Condesa, sino para impugnar la de sus impugnadores y quizás, y sin quizás, para evitar que al otro lado de los mares se agrave el concepto en que pueda tenernos algún lector del *Viaje a la Habana*, viendo por nuestros periódicos que a los defectos que nos imputan, agregamos la falta de galantería con las damas, la inflexibilidad y el encono.

Mi objeto, al publicar los apuntes biográficos de la Condesa, no fue buscar la defensa de su obra, como equivocadamente dice el señor “Veráfilo”. Tampoco lo fue el de que este señor enristrase también la lanza contra la señorita Avellaneda, cuyo dictado piadosamente subraya al compararla a Jorge Sand y sacar a lucir los borrones de sus novelas. No, señores, mi objetivo fue —seré franco— dar un aviso amistoso al señor “Veráfilo”, para que, apercibiéndose del desagrado que generalmente inspira el giro de sus artículos, se hiciese imparcial y evitase un nuevo borrón a nuestro nombre, a lo cual tendía yo exponiendo la opinión de una cubana ilustre, sobre la desgraciada paisana, disciplinada tan sin piedad.

Hecha esta aclaración, nada tengo que añadir hasta que concluya la generosa impugnación. Mientras tanto y para evitar deducciones en contra vuestra, amigos redactores, permitidme que use el pseudónimo.

FAIR PLAY.⁵⁹

59. Usa aquí Luz el mismo pseudónimo que usó en la polémica contra Del Monte y Tanco. Vid., vol. III, t. II, de las *Obras* de Luz de la B.A.C. (Roberto Agramonte.)

VII

UNA VISITA AL PUERTO DE PALOS.

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS HECHA EN 1833 DE
UNA CARTA DE WASHINGTON IRVING

I Prae, sequar. ⁶⁰

TERENCIO.

Nos lisonjamos de que los lectores verán con sumo placer la siguiente carta en que el célebre Washington Irving, autor de la *Historia de Colón*, describe, con la gracia que le es peculiar, su romería, el lugar de donde partió la expedición para descubrir el Nuevo Mundo. Tememos, sin embargo, desfigurar tan preciosas líneas trasladándolas a cualquier otra lengua, así por ser este escritor distinguido, a la manera de nuestro Cervantes, eminentemente idiomático, como por caracterizarle cierto tinte delicado de sensibilidad, que a veces se empaña sólo de tocarle. También hallaremos su pluma original e imparcial como la de Cide Hamete, en la descripción de las escenas y costumbres del país, ora riendo de lo verdaderamente risible, ora ensalzando la hidalguía de nuestro carácter nacional, y siempre dejando correr francamente el pincel, sin miedo ni prevención. Con que aun en la misma Inglaterra es reputado este angloamericano por uno de los primeros prosistas de que en la actualidad puede hacer alarde la enérgica cuanto bien cultivada lengua de los bretones.

Por lo demás, a los hijos del mundo de Colón les pertenece de derecho cuanto diga en relación con sus fastos primitivos, y por este título les corresponde singularmente la historia de las impresiones que en un ilustrado extranjero excitaron los lugares en que se dieron los primeros pasos, desvalidos pero esforzados, hacia el primero de los descubrimientos.

60. "Ve delante. Yo iré detrás".

Estos son los motivos por los cuales nos hemos apresurado a apropiarnos la relación del elegante autor de *Sketch-book* por medio de la diversión siguiente. El público dirá hasta qué punto lo hemos conseguido.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.
(1833)

Sevilla, y septiembre de 1828.

Desde la última vez que escribí a V. he hecho una romería, que bien pudiera llamarse peregrinación americana, para visitar el puertecillo de Palos, sitio en que Colón equipó sus naves, y de donde se hizo a la vela para descubrir un nuevo mundo. ¿Necesitaré, por ventura, encarecer a V. cuán interesante y halagüeño me ha sido el paseo? Ya había tiempo que meditaba yo esta excursión, como una especie de deber piadoso, y si me es lícito decirlo, de deber filial de parte de un americano; y se encendieron doblemente mis deseos cuando supe que muchos de los edificios mencionados en la historia de Colón estaban todavía casi en el mismo estado en que se hallaban en tiempo de los intrépidos Pinzones, que le ayudaron con buques y dinero y salieron con él al gran viaje de descubrimiento, aún florecían por aquellas inmediaciones.

Cabalmente la víspera de mi patria de Sevilla para la expedición, llegó a mi noticia que había un señorito de la familia Pinzón cursando leyes en la ciudad. Hice que me presentaran a él, y desde luego, le hallé de un aspecto y modales que prevenían mucho en su favor. Con este motivo, me dio una carta de recomendación para su padre don Juan Fernández Pinzón, vecino de Moguer y actual cabeza de la familia. Como era a mediados de agosto, en que por de contado hacía un calor insoportable, alquilé una calesa para la correría. Este mueble viene a ser un carruaje de dos ruedas, bastante parecido a un quitrín, pero de la construcción más primitiva y chabacana que imaginarse pueda. Iba el arnés profusamente adornado de chapas de latón y la cabeza del caballo enjaezada con flecos, borlas y colgantes de estambre encarnado y amarillo. Llevaba de calesero a un andaluz alto y zancudo, de chaqueta corta, sombrero chambrero, calzones engalanados con filas de botones desde la cinta a la rodilla, y su par de botines de vaqueta para las piernas. Era mozo bastante vivo, aunque en extremo taciturno para ser andaluz, y trotaba a pie junto a su caballo, avivándolo de cuando en cuando con algún terno campanudo o con un latigazo descargado con ganas.

Con este tren salí tarde del día, para evitar el calor meridiano, y después de subir la cordillera encumbrada de cerros que rodean el espacioso valle del Guadalquivir, con movimiento bien desapacible por tales alturas, bajé ya entre dos luces, a una de aquellas vastas, silenciosas y melancóli-

cas planicies que tan a menudo se encuentran en España, donde no advertí más señales de vida que una bandada errante de avutardas, y allá a lo lejos una manada de reses, custodiadas por un pastor solitario que, con una larga picada clavada en tierra, estaba inmóvil en medio del tétrico paisaje, semejante a un beduino en medio del desierto. Ya estaba algo entrada la noche, cuando nos detuvimos a descansar, por pocas horas, en una como venta desamparada, si es que merecía el nombre de tal, no siendo otra cosa sino un gran establo muy gacho, dividido en varios compartimentos para acomodo de las recuas de mulas y de los arrieros, que son los que hacen el tráfico interior de España. Comodidades para el viajero, ni había que hablar de eso. Con indicar que ni para un viajero tan acomodaticio como yo se encontraba ninguna, se queda dicho todo. No tenía el ventero nada que darme de comer, y por lo respectivo a donde dormir, sólo había una mantilla de caballo, en la que su único hijo, muchacho de unos ocho años de edad, yacía como su madre lo parió sobre el duro suelo. A la verdad que el calor de la estación y el vapor que exhalaban los establos hacían insoportable lo interior de la choza, tanto que me dí por muy bien servido de vivaquear aquella noche sobre mi capa, tendiéndola junto a la puerta de la venta, donde al despertar de un sueño profundo de dos o tres horas, me hallé con un contrabandista roncando al lado, con su famoso naranjero bajo el brazo.

Proseguí mi viaje antes de amanecer y ya había vencido unas leguas a eso de las diez, cuando hicimos alto para almorzar y pasar las horas calurosas del mediodía en un poblachón, de donde salimos como a las cuatro y luego de haber atravesado por la misma especie del país solitario, llegamos a Moguer, precisamente a puestas del sol. Esta pequeña ciudad (que también Moguer es ciudad), se halla situada cerca de una legua de Palos, a cuyo lugar le ha ido llevando poco a poco todos los vecinos notables, y entre ellos, la familia entera de los Pinzón.

Tan asegurado se halla este lugarejo del trajín y bullicio del viajar, y tan exento de las apariencias y vanaglorias de este mundo, que mi calesa, zumbando y retiñendo con los cascabeles por aquellas callejuelas estrechas y mal empedradas, causó una grande sensación. Alborotándose los muchachos, no cesaban de gritar y correr al pie, admirados por sus espléndidos arreos de cobre y tripe, y clavando los ojos respetuosos en el señorón forastero que venía repantigado en tan primorosísima carroza.

Me dirigí a la posada general del pueblo, a cuya puerta estaba el patrón. Era éste uno de los hombres más corteses del mundo y estaba dispuestísimo a hacer cuanto estuviera de su parte por acomodarme. Se tocaba tan sólo una dificultad, a saber, que no había ni cama ni alcoba en la casa. Efectivamente, la tal posada era una simple venta para arrieros, que son gentes acostumbradas a dormir en tierra con las mantillas de sus mulas por lechos y las albardas por almohada. El caso, por cierto, era apretado; pero

mejor posada no había que buscarla en el lugar. Pocos son los que viajan por puro recreo o curiosidad en estos andurriales de España, y las personas de algún viso que lo hacen, van por lo regular a alojarse en casas particulares. Ya era yo viajero bastante veterano en España para estar convencido que la cama, en resumidas cuentas, no es un renglón de primera necesidad; y así ya estaba a punto de ajustar un rinconcito donde tender tranquilo mi capa, cuando afortunadamente se aparece la posadera. No podía ésta ser de genio más complaciente que su marido; pero qué sé yo... ¡Dios la bendiga!, ello es que las mujeres siempre se dan arbitrio para llevar a efecto sus buenos deseos. En un pestañear quedó despojado de porción de trastos inútiles un cuartito de algunas tres varas en cuadro, que servía de pasillo entre los establos y una especie de tienda o mostrador, asegurándome desde luego que podía contar allí con una cama. Por las consultas en que ví entrar a mi patrona con algunas comadres de la vecindad, hube de inferir que la cama había de ser una especie de contribución o ponina entre todas ellas, para dejar bien sentado el crédito de la casa.

Tan luego como logré mudarme, dí principio a las investigaciones históricas que eran objeto de mi viaje, preguntando ante todas cosas por la morada de don Juan Fernández Pinzón. Mi atentísimo posadero ofreció llevarme en persona, y partí entusiasmado pensando en que iba a verme nada menos que con el representante legítimo de uno de los cooperadores de Colón.

A poco andar llegamos la casa, que era de traza muy decente e indicaba pertenecer, si no a gente rica, a lo menos bastante acomodada. Estaba la puerta, como es corriente en España en el verano, abierta de par en par, y entramos con el saludo acostumbrado, o más bien con la intimación de "Ave María". Contestonos una apuesta criadita andaluza, y al informarnos del amo de la casa, nos condujo por un patiecito situado en el centro del edificio, y refrescado por una fuente de arbustos y flores, a un traspatio o terrado, igualmente adornado de flores, donde estaba sentado don Juan con su familia, gozando al aire libre de la serena y deliciosa tardecita.

Muy prendado quedé de su presencia. Era un anciano venerable, alto de cuerpo, un poco delgado, blanco de color y blanquecino el cabello. Recibiome, con la mayor urbanidad, y leyendo la carta de su hijo, pareció sorprenderse de que yo hubiera venido a Moguer tan sólo para visitar la escena del embarque de Cristóbal Colón; pero creció su admiración al manifestarle que uno de los objetos más curiosos que me traían, eran su mismas relaciones de familia, pues parece que nuestro hidalgo poco o nada se había calentado los cascos con las hazañas de sus antepasados.

Tomé, pues, asiento en la rueda, y desde luego me hallé como en mi casa, porque generalmente la hospitalidad de los españoles va acompañada de tal franqueza, que presto hace poner al extranjero a gusto debajo de

su techo. La mujer de don Juan Fernández era sumamente cariñosa, afable y bastante dotada de aquel despejo natural que tanto distingue a las españolas. En el curso de la conversación me impuse que don Juan Fernández, hombre de 72 años, es el mayor de cinco hermanos, los cuales todos son casados, tienen una prole dilatada y viven en Moguer y sus inmediaciones, casi en el mismo estado y esfera que en tiempo del descubrimiento. Todo esto venía bien con lo que yo había oído de antemano respecto a las familias de los descubridores. De Colón no existe descendiente alguno directo; fue su alcurnia una planta exótica y que nunca echó raíces profundas y duraderas en el país, al paso que el linaje de los Pinzones continúa medrando y fructificando en su terreno nativo.

Mientras estaba todavía conversando, entró un caballero, que me fue presentado bajo el nombre de don Luis Fernández, y es el menor de los cinco hermanos. Sería hombre, al parecer, de 55 a 60 años, algo envuelto en carnes, buen color; ya canoso y con un porte franco y varonil. Es el único de la generación actual que ha seguido la antigua carrera de la familia, habiendo servido con grande aceptación en clase de oficial de la Real Armada, de la que se retiró más de veinte años ha, con motivo de su matrimonio. Este es también el que toma mayor empeño y más goza en los honores y timbres de la casa, guardando con sumo esmero cuantas crónicas y documentos hay de las proezas y distintivos de sus mayores, acerca de lo cual conserva un tomo manuscrito que me prestó para inspeccionarlo.

Luego después me manifestó don Juan el deseo que tenía de que durante mi residencia en Moguer hiciese su casa la mía. Yo traté de excusarme, alegando que la buena gente de la posada se había tomado tanto trabajo para arreglarme la vivienda, que no quería, por cierto, dejarlos chasqueados con mi falla. El anciano se hizo cargo de componerlo todo, e ínterin se aprestaba la cena, nos fuimos derecho a la posada. Allí vimos que en efecto el patrón atentísimo y la patrona, a porfía, se habían empeñado en quedar airosos. Habían hecho plantar en un rincón del aposento una viejísima y carcomida mesa para que sirviera de armadura, y encima como que apuntalaron una gran cama de lujo, que era al parecer la admiración de toda la casa. Yo no podía, pecador de mí, aparentar que menospreciaba en lo más leve cuanto aquella pobre gente había preparado con tales veras y tan buena voluntad; y así también me puse a contemplar como uno de tantos aquel prodigio del arte y del lujo. Así que volví a rogar a don Juan me dispensara de dormir en su casa, prometiéndole de todo corazón ir puntualmente a hacer con él las tres comidas, mientras estuviese en Moguer; y como el viejo se penetrase de los motivos que me asistían para rehusar su convite, y por su natural bondad le impulsasen a simpatizar conmigo, sin más dificultad quedó allanado este negocio. Volví, pues, con don Juan a su casa y cené con toda la familia. Durante la cena se arregló el plan de mi

visita a Palos y al convento de la Rábida, para lo cual se me brindó don Juan a acompañarme y servirme de guía, quedando señalado el día siguiente para la suspirada expedición. Íbamos a almorzar en medio de las viñas, a una hacienda que él tenía en las inmediaciones de Palos, volviendo a comer allí a nuestro regreso del convento. Concluidas estas disposiciones, nos despedimos por aquella noche; y yo me retiré a la posada, dormí a pierna suelta en la suntuosa cuanto extraordinaria cama, que casi diría se había inventado para acomodamiento del hijo de mi madre.

Al rayar la aurora del día siguiente, estábamos en la calesa don Juan y yo con destino al pueblo de Palos. Recelé, desde luego, que el bondadoso viejo, en su decisión por complacerme, hubiera dejado las sábanas demasiado temprano, y que se exponía a unos trotes ya posteriores a sus años. Apenas se lo manifesté así, se echó a reír de la ocurrencia, asegurándome que era gran madrugador y que estaba acostumbrado a todo género de ejercicio, fuese a pie o a caballo, por ser cazador; y muy certero, y pararse muy a menudo días y más días entre las montañas, en bregatas y cacerías, llevando consigo criados, caballos y provisiones y viviendo hasta en una tienda. Parecía, en efecto, hombre activo y de aquellos que a pesar de su edad, conservan una viveza juvenil. Su índole placentera contribuyó a hacer sumamente agradable nuestro paseo matutino. No hubo uno, de cuantos encontrábamos en el camino, a quien no manifestase su urbanidad, saludando aun al más infeliz aldeano con el título de caballero, atención siempre lisonjera al pobre pero altivo español, sobre todo si se la tributa un superior.

Como ya había dejado la marea, atravesamos las planicies que rodean al Tinto. Quedábanos este río a la derecha, mientras que la izquierda ofrecía una cordillera de colinas salientes, unas más que otras, a manera de promontorios, y cubiertas de viñedos e higueras. El tiempo estaba sereno, el ambiente suave y balsámico y el paisaje por aquel estilo apacible, tan a propósito para ponerle a uno de cierto temple feliz y tranquilo. Pasamos junto al recinto de Palos en dirección a la Hacienda, que está situada a corta distancia del pueblo, entre éste y el río. La casa es un edificio bajo de piedra, bien blanqueado y de grande extensión, teniendo uno de sus extremos destinado para residencia de verano con salones, alcobas y un oratorio de familia y el otro para bodega, donde se guardan los vinos cosechados en las fincas.

Hállase la casa en una altura, en medio de viñas, que, a lo que se cree, cubren parte del local de la ciudad antigua de Palos, reducida hoy a un villorio de mala muerte. Más allá de estas viñas, sobre la cresta de un cerro distante, se columbran los blancos muros del convento de la Rábida, descollando por sobre una espesura de pinares.

Más abajo de la Hacienda corre el Tinto, río en que se embarcó Cristóbal Colón. Está separado por una lengua de tierra, o más bien por la barra de

arena de Saltes del río Odiel, con el cual presto confunde sus aguas y continúa hasta desembarcar en el océano. Junto a esta barra, donde profundiza el cauce del río, estuvo fondeada la escuadra de Colón, y de allí se dio a la vela en la mañana de su partida.

La dulce brisa que estaba soplando apenas rizaba la superficie de este hermoso río; dos o tres barcas pintorescas, llamadas *místicos*, con sus luengas velas latinas, se deslizaban suavemente río abajo. Bastaba un corto esfuerzo de la imaginación para representárnoslos como las livianas carabelas de Colón, lanzándose a su aventurada expedición, mientras que en las campanas distantes del pueblo de Huelva, que repicaban melodiosamente, podría fingirse como un toque de despedida para alentar a los viajeros.

Yo no tengo voces para expresar cuáles fueron mis sentimientos al pisar aquellas márgenes un tiempo animadas por el bullicio a la partida, y cuyas arenas habían quedado impresas con la última huella de Colón. La naturaleza solemne y sublime del acontecimiento que resultó, junto con el destino y varia fortuna de los que en él tuvieron parte, llenaba el alma de ideas vagas, aunque melancólicas. Era lo mismo que estar viendo la escena silenciosa y vacía de algún drama importante, cuando todos los actores han desaparecido. Hasta el aspecto del país, tan apaciblemente bello, contribuyó también a impresionarme; y al pasear lentamente por la orilla desamparada, junto al descendiente de uno de los descubridores, me sentí el corazón rebotando de emociones y los ojos inundados en lágrimas.

Lo que me sorprendió sobremedida fue no hallar resquicio alguno de puerto de mar; pues no había muelle ni desembarcadero ni nada más que la margen del río pelada, con el casco de un bote de crucero que, según me informaron, llevaba pasajeros a Huelva, situado en alto y en seco sobre los arenales donde no llega la marea. Palos, aunque sin duda ha perdido mucho de su primitivo tamaño, nunca puede haber sido importante ni en extensión ni en población. Si acaso tuvo almacenes sobre la playa, todos han desaparecido. Al presente, no pasa de un triste lugarejo de lo más miserable, hallándose casi a un cuarto de milla del río, con una concavidad entre aquellas serranías. Contiene unos pocos centenares de habitantes, que subsisten principalmente de la labranza y de las viñas. Las clases de comerciantes y marinos han desaparecido. No hay buques pertenecientes al lugar; ni vislumbre alguno de tráfico, excepto en la estación de las frutas y la vendimia, época en que se ven fondear en el río algunos *místicos* y otros barquichuelos, con el fin de cargar con todos los productos de aquellos contornos. Los vecinos yacen en la más crasa ignorancia, y es probable que la mayor parte ni aun conozca el nombre de América. ¡Tal es el lugar de donde se acometió la empresa para descubrir el mundo occidental!

Por este tiempo fuimos llamados a almorzar en una salita de la hacienda. Estaba la mesa cubierta con las delicadezas naturales producidas allí

mismo: exquisitas uvas purpurinas y moscateles de la viña adyacente, deliciosos melones del jardín y vinos generosos confeccionados en la finca. Nuestro almuerzo fue sazonado por los modales complacientes de mi hospitalario patrón, quien al parecer unía la más envidiable jovialidad de carácter a la mayor simplicidad del corazón.

Después del desayuno salimos en la calesa a visitar el convento de la Rábida, que se halla a media legua de distancia. Una parte del camino atraviesa por viñas, y lo demás era muy hundido y arenoso. El calesero se había devanado los sesos por comprender qué motivo podía tener un extranjero como yo, viajando en la apariencia por puro recreo, en ir tan lejos a ver un lugar tan miserable, como Palos, que él desde luego crismó por uno de los sitios más menguados de todo el orbe.

Pero lo que acabó de completar su confusión fue el empeño y mayor trabajo de luchar con aquellos profundos arenales y por visitar el antiguo convento de la Rábida. “Hombre, exclamó el jinete, si es una ruina; no hay más que dos frailes!” Soltó don Juan la carcajada diciéndole que yo había andado todo el camino desde Sevilla, cabalmente por ver esa vieja ruina y eso dos frailes. El calesero dio la última respuesta de un español cuando se ve perplejo, es decir, se encogió de hombros y se santiguó.

Después de subir una colina y pasar por los fines de un pinar despoblado, descubrimos el frente del convento. Hállase éste en una situación triste y solitaria, sobre la ceja de una altura o promontorio pedregoso, denominando al occidente una gran vista de mar y tierra, limitada por las montañas fronterizas de Portugal, como a ocho leguas de distancia. El convento está privado de la vista de los viñedos de Palos por la lóbrega floresta de pinos ya mencionados, que cubre el promontorio hacia el oriente y entristece todo el paisaje por aquel rumbo.

Nada hay de particular en la arquitectura del convento. Parte del edificio es gótica, pero habiendo sido reparado con mucha frecuencia, y hallándose blanqueado en la actualidad, según estilo universal de Andalucía, heredado de los moros, no tiene aquel aspecto venerable que era de esperarse de su antigüedad.

Apeámonos en la puerta en donde Colón, cuando era un pobre pedestre, un extraño en la tierra, pidió pan y agua para su hijo. Mientras el convento esté en pie, será éste un punto a propósito para despertar las más vivas emociones. La portería permanece, sin duda, casi en el mismo estado que en tiempo de su visita, pero ya no hay portero a mano que socorra las necesidades del caminante. Hallábase abierta de par en par, y por ella nos dejamos ir a un pequeño patio, de donde cruzamos por un pequeño portal gótico hasta la capilla, sin descubrir alma viviente. Entonces atravesamos dos claustros interiores, vacíos asimismo y silenciosos, ofreciendo el aspecto del abandono y el deterioro. Desde una ventana abierta pudimos atisbar

a lo que un tiempo fue jardín, pero ya también se había vuelto ruina: los muros estaban quebrantados o tendidos por tierra; unos pocos arbustos y una que otra higuera esparcida eran todos los vestigios de cultivo que restaban. Penetramos por dilatados dormitorios, pero las celdas estaban cerradas y desiertas; no vimos más vivientes que un gato solitario, escabulléndose por un lejano corredor, que huía desfavorido al extraño espectáculo de unos forasteros. Al fin, después de haber rondado casi todo aquel exento edificio, oyendo el eco de nuestras pisadas, llegamos a un punto donde, por estar entreabierta la puerta de una celda, pudimos descubrir un monje en su interior que se ocupaba en escribir. Levantóse luego y nos recibió con mucha cortesía, conduciéndonos al prelado, que estaba leyendo en una celda inmediata. Ambos eran más bien jóvenes, y juntos con un novicio y un hermano lego, que hacía de cocinero, completaban toda la comunidad.

Comunicole don Juan Fernández el objeto de mi visita, y al mismo tiempo el deseo que también me animaba de inspeccionar los archivos del convento, por si hallaba alguna memoria de la morada de Colón. En consecuencia nos informaron que los archivos habían sido enteramente destruídos por los franceses; sin embargo, el más mozo de los dos, que los había registrado, conservaba un recuerdo confuso de varios particulares acerca de los asuntos de Colón en Palos, su visita al convento y la salida de la expedición. Mas de cuanto citó inferí que todos los datos sugeridos por los archivos habían sido extractados por Herrera y otros autores bien conocidos. Era locuaz y elocuente el frailecito; y así presto dejó a Colón, haciendo digresión a otro asunto él consideraba de muchísima mayor importancia, a saber, la milagrosa imagen de la Virgen que poseía su convento, conocida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Rábida. Con este motivo nos dio una historia del modo portentoso con que se había encontrado la imagen sepultada en tierra, donde yació oculta siglos y más siglos, desde el tiempo de la conquista de España por los moros; de las disputas que se suscitaron entre el convento y varios lugares de la vecindad por la posesión de tan preciosa joya. También nos refirió la protección maravillosa que extendía a todo el país circunvecino, especialmente evitando toda especie de rabia, ya en hombre, ya en perro; pues esta enfermedad reinaba tanto antiguamente en este lugar, que le mereció el epíteto de la *Rabia*, por el cual se le conocía en un principio, nombre que, gracias al benigno influjo de la Virgen, ya ni merece ni conserva. Tales son las leyendas y reliquias con que están enriquecidos todos los conventos de España, reliquias y leyendas preconizadas con el más ferviente celo por los frailes, y devotamente creídas por la fe explícita del populacho.

Dos veces al año, en la fiesta de *Nuestra Señora de la Rábida*, y la otra en la del Santo Patrono de la Orden, la soledad y silencio del convento se

ven interrumpidos por enjambres de gentes que vienen presurosos de los pueblos de Moguer, Huelva y de las llanuras y sierras comarcanas. La grande explanada o plaza al frente del edificio semeja entonces una feria animadísima, rebosando el bosque inmediato con aquel gentío abigarrado de todos trajes y colores, que afluye a ver en procesión triunfal la imagen de Nuestra Señora de la Rábida.

Habiendo acabado de inspeccionar el convento, nos preparamos para la retirada, y fuimos acompañados por los dos religiosos hasta el portal exterior. En esto nuestro calesero acercó para que montáramos su estrepitoso y desvencijado carruaje, visto lo cual por uno de los monjes, exclamó con sonrisa: “¡Santa María! ¡Miren qué caso! ¡Una calesa a la portería del convento de la Rábida...!” Y ciertamente, solitario y segregado de todo movimiento, se encuentra este antiguo edificio, y tan sencillo es el modo de vivir de la gente en este rincón de la Península, que hasta la aparición de una triste calesa bien podía causar asombro a sus habitantes. Lo que hay de singular es que en semejante rincón hubieran encontrado los planes de Colón oídos y cooperadores inteligentes, después de haber sido desechados casi con escarnio y menosprecio por universidades eruditas y por cortes espléndidas.

Regresando para la hacienda encontramos en el camino a don Rafael, hijo menor de don Juan Fernández, bello mozo, como de unos veinte años de edad, y que según me informó su padre, estaba estudiando el francés y las matemáticas. Iba bien montado en un brioso caballo moro y vestido con el traje andaluz, de sombrerito redondo y chaqueta corta, y cabalgaba con singular donaire y maestría. Yo estaba complacido al ver el modo franco y abierto con que don Juan trataba a sus hijos. Parecíame el don Rafael su predilecto, pues, según llegué a entender, era el único que había sacado la pasión del viejo por la caza y el que le acompañaba en todas sus monterías.

Habíasenos preparado la comida en la hacienda por la mujer del capataz, la cual, con su marido, parecía complacidísima de la vista de don Juan y confiada en obtener una respuesta agradable del festivo anciano cada vez que le dirigiese la palabra. Sirvióse la comida como a eso de las dos, y fue sin duda de las más gratas. Las frutas y los vinos eran de la finca, y de excelente calidad, habiéndose traído los demás víveres de Moguer, pues el pueblo inmediato de Palos es tan miserable que carece de todo cuanto hay. Un apacible cefirillo del mar jugueteaba suavemente por el salón, templando los ardores de la canícula. A la verdad, yo no me acuerdo de haber visto un punto más dedicado que este retiro campestre de los Pinzones. Su posición en una colina bañada por las brisas, a no mucha distancia del mar; y en un clima meridional, es causa de una agradable temperatura, que ni peca por cálida en el verano ni por fría durante el invierno. Domina una

hermosa perspectiva y está rodeado de primores naturales. El país abunda en caza, el río adyacente ofrece sobrado recreo en la pesca, así de noche como de día, y deliciosas excursiones por agua para los aficionados. Durante las estaciones ocupadas de la vida del campo, y con especialidad en la época tan alegre de la vendimia, acostumbra la familia pasar aquí su temporada, acompañada de infinitos huéspedes, en cuyas ocasiones, según nos aseguró don Juan, no había falta de entretenimientos, ni por agua ni por tierra.

Terminada la comida y dormida la siesta, como estilan los españoles en el verano, salimos de vuelta para Moguer, visitando en el camino el pueblecito de Palos, don Gabriel había enviado con anticipación a buscar las llaves de la iglesia e informar al cura de nuestro propósito de registrar los archivos. El pueblo se reduce a dos calles principales con casas bajas bien blanqueadas. Muchos de los vecinos no podían negar la mezcla de sangre morisca que circulaba en ellos, por el color bastante atezado de sus rostros.

En cuanto entramos en el lugar nos encaminamos a la humilde morada del cura. Yo me había figurado encontrar con uno por el estilo del de don Quijote, dotado de sagacidad e instrucción suficiente en su reducida esfera para poder sacarle algunas anécdotas acerca de su feligresía, los hidalgos del lugar, sus antigüedades y acontecimientos históricos. Quizá se me hubiera logrado así en cualquier otra oportunidad; pero desgraciadamente, tenía el cura su buen pedazo de cazador, y había oído decir que andaba cosa de provecho por las sierras circunvecinas. Enfrentamos con él cabalmente a punto que salía de su casa, y debo confesar que la facha era pintoresca. Era un hombrezuelo chaparro, fornido y robusto, y había trocado su sotana y descomunal sombrero de quitasol por una chaquetita y una monterilla a la andaluza; tenía en una mano su escopeta, y estaba en guisa de montar una jaquita que le había traído del diestro una criada vieja y bien descaecida. Temeroso de que le detuvieran en su correría, apenas columbró a mi compañero cuando le descarga un: “Guarde Dios a V. señor don Juan. Acabo de recibir su recado, y no tengo más respuesta que dar, sino que los archivos han sido destruidos: no quedan ni rastros de lo que V. busca; nada, nada. Las llaves de la iglesia paran en poder de don Rafael. Usted puede examinarla muy a su sabor. Adiós, caballero”. Y sin más ni más, cabalgó en su rocín el vivaracho curita, requirióle los hijares con la culata de su escopeta y salió trotando en vuelta de aquellas serranías.

Encaminándonos para la iglesia, pasamos por las ruinas de lo que había sido otro tiempo una morada bella y espaciosa, muy superior a todas las demás casas del lugar. Este edificio, según me informó don Juan, era posesión antigua de la familia; pero desde que se mudaron de Palos había empezado a decaer por falta de inquilino. Probablemente sería residencia de la

familia de Martín Alonso o de Vicente Yáñez Pinzón, en tiempo del Almirante.

Ya, por la cuenta, llegamos a la iglesia de San Jorge, en cuyo pórtico proclamó Colón por primera vez a los moradores de Palos, la orden de los Soberanos, de que le proveyeran de buques para su gran descubrimiento. Este edificio acaba de repararse completamente, y siendo de una mampostería tan sólida, promete resistir siglos, para eterno monumento de los descubridores. Hállase fuera del pueblo, en la falda de una colina, mirando por un vallecito hacia el río. Los restos de un arco morisco que en él se descubren, convencea que fue mezquita en tiempos pasados; y cabalmente, algo más arriba, en la cresta de la montaña, se ven las ruinas de un castillo moro.

Detúveme en el portal, procurando llamar a la memoria la interesante escena que había pasado allí cuando Colón, acompañado por el coloso fray Juan Pérez, hizo que el escribano público leyera la Real Orden en presencia de los alcaldes, regidores y alguaciles, todos atónitos; pero es difícil concebir la consternación que debió infundir en tan reducida y segregada comunidad aquella repentina aparición de un sujeto enteramente extraño para ellos, con orden de que así las personas como los buques se pusieran a disposición suya, y se hicieran con él a la vela a explorar el incógnito desierto del Océano.

Lo interior de la iglesia nada tiene de particular, excepto una imagen de madera, que representa a San Jorge combatiendo al dragón. Hállase dicha imagen colocada sobre el altar mayor, y constituye el asombro de la buena gente de Palos, que la sacan por las calles en gran procesión en la festividad del santo. Este grupo existía ya en tiempo de Colón, y ahora florece rejuvenecido y con nuevo esplendor, por estar acabado de pintar y dorar de fresco, con lo cual ha quedado el rostro del santo singularmente lozano y lúcido.

Concluido el examen de la iglesia, volvimos a entrar en nuestra calesa y nos regresamos a Moguer. Sólo un requisito me faltaba para llenar completamente el objeto de mi romería, y era visitar la capilla del monasterio de Santa Clara. Hallándose el Almirante en peligro de perderse en una tempestad, regresando a España de su gran viaje de descubrimiento, prometió si salía con bien de aquella, velar y orar toda la noche en esta misma capilla, voto que sin duda cumplió inmediatamente después de su arribada.

Mi atento cuanto fino amigo don Juan tuvo la bondad de conducirme al convento. Este es el más rico de Moguer y pertenece a una cofradía de monjas clarisas. La capilla es espaciosa y está adornada con alguna suntuosidad, particularmente el presbiterio y sus alrededores, que se hallan hermoseados por magníficos monumentos de la valerosa familia de los Porto-Carreros, señores que fueron de Moguer, y famosos en las guerras

de los sarracenos. Las efigies de alabastro de los esclarecidos guerreros de aquella prosapia y la de sus esposas y hermanas, yacían unas junto a otras, con los brazos cruzados, en sepulcros situados delante del mismo altar, al paso que otros reclinaban sus cabezas en los profundos nichos que se hallan de ambos lados. Ya había cerrado la noche a la sazón que acerté a entrar en la iglesia, cuya circunstancia hacía más imponente la escena. Unas cuantas lámparas votivas arrojaban su luz por lo interior del templo, sus rayos eran débilmente reflejados por las doraduras del altar mayor y los marcos de los cuadros inmediatos, yendo a posarse sobre las figuras marmóreas de adalides y sus damas, que reposaban en el silencio sepulcral de los siglos. Este templo venerable debió haber presentado casi el mismo aspecto cuando el piadoso descubridor desempeñó su vigilia, arrodillándose delante de este propio altar mayor orando y velando toda la noche, y prorrumpiendo en las más fervientes alabanzas por haber quedado salvo, para poner cima al sublime descubrimiento.

Ya por entonces había yo empleado el fin principal de mi jornada, habiéndome logrado visitar los diferentes sitios que están enlazados con la historia de Cristóbal Colón. Era en extremo satisfactorio el encontrar algunos de esos lugares tan poco alterados, a pesar del dilatado intervalo que mediaba; pero en este tranquilo escondrijo de España, tan desviado de los caminos y encrucijadas más frecuentadas, el lapso del tiempo apenas acarrea revoluciones impetuosas. Nada, empero, me sorprendió más agradablemente que la continuidad de la familia de Pinzón. Al día siguiente de mi excursión a Palos, la suerte me deparó la oportunidad de tomar alguna idea de las interioridades de sus casas. Teniendo curiosidad de visitar los restos de un castillo morisco, ciudadela un tiempo de Moguer, emprendió don Fernando enseñarme una torre que servía de almacén de vino a un individuo de la familia de Pinzón. Tratando, pues, de buscar la llave, éramos enviados de casa en casa, corriendo de ese modo casi toda la parentela. Todos, al parecer, vivían en aquella preciosa medianía, tan distante de las necesidades como de las superfluidades de la vida, y todos, a la par, felizmente relacionados por los vínculos de la más cordial y afable intimidad. Encontramos a las mujeres de las familias generalmente sentadas en los patios, bajo el sombrío de los toldos, y entre arbolillos y flores. En esta tierra acostumbra las señoras a pasarse las mañanas en la labor, rodeadas de sus doncellas, en el traje primitivo o más bien oriental. En los portales de algunas reparé el escudo de armas concedido a la familia por Carlos V, y colgado como un retablo en su marco. Sobre la puerta del marino don Luis se veía labrado un escudo de piedra pintado de colores. Yo había hecho también mi caudal de noticias de la casa, por la conversación con don Juan, así como por la crónica de la familia que me

franqueó don Luis. De cuanto pude averiguar resulta que el lapso de casi tres y medio siglos poco o nada ha alterado la condición de los Pinzones. Generación tras generación se ha conservado bajo el mismo pie de decencia y buen nombre en toda la comarca, llenando puestos públicos de confianza y dignidad, y ejerciendo gran influjo sobre sus conciudadanos por su sensatez y buen comportamiento. ¡Cuán raro es ver un ejemplo semejante de estabilidad de fortuna en este mundo tan inestable, y cuán legítimamente honrosa es aquella consideración que, lejos de estar vinculada en títulos y mayorazgos, se perpetúa tan sólo en virtud del mérito innato de la estirpe! Confiésole a V., amigo mío, que ni los más ilustres descendientes de una prosapia meramente titular, podrán jamás inspirar el sincero respeto y cordial miramiento con que yo contemplaba esta familia, que cada vez más lozana y duradera, se había sostenido firme por espacio de tres y media centurias, fundada sólo en sus virtudes.

Como que era mi ánimo retirarme para Sevilla antes de las dos, hube de saborear un refrigerio de despedida en casa de don Juan, terminando el cual me despedí de toda la familia, no sin harto pesar mío. El buen señor, con la cortesía, o más bien, con la sinceridad de un verdadero español, me acompañó a la posada hasta verme salir. Pocos eran los gastos que había yo hecho en ella, gracias a la hospitalidad de los Pinzones. Con todo, el orgullo nacional de mi patrón y patrona parecía complacido de que yo hubiese preferido su humilde choza y la mezquina cama que dispusieron, a la espaciosa morada de don Juan; y cuando les llegué a manifestar gratitud por las bondades y atenciones que me habían prodigado, regalando a mi posadero con algunos cigarros escogidos, no pudo resistir el corazón de mi buen hombre, me asió por ambas manos y, echándome su bendición, corrió en pos del calesero para prevenirle el esmero particular con que me había de llevar en el camino.

Dando un cordial vale a mi excelente amigo don Juan, que había sido incansable en sus finezas conmigo hasta el último instante, salí por fin a mi viajata, satisfecho a más no poder de mi visita, y penetrado de sentimientos de gratitud y ternura hacia Moguer y sus hospitalarios moradores.

III

ARTÍCULOS Y DISCURSOS NECROLÓGICOS

VIII

NECROLOGÍA DE DON GONZALO O'FARRIL

*(Manuscrito inédito,
de mediados de 1831).*

...forma mentis aeterna, quam tenere et
exprimere non per alienam materiam et
artem, sed tuis ipse moribus possis.⁶¹

TÁCITO.

Aún se alimentaba mi corazón por algunas débiles reliquias de esperanza, cuando se divulgó la infausta nueva del fallecimiento del señor Teniente General, don Gonzalo O'Farril. Mas ya que desgraciadamente no es posible dudar que acaeció en París el 19 de julio próximo pasado, mi alma, penetrada de veneración y de amor por el benemérito compatriota que lloramos, no puede refrenar por más tiempo la expresión de su intenso dolor, pagando así a la memoria de este singular personaje una deuda de tan rigurosa justicia como de la más acendrada gratitud.

Permítaseme, pues, a mí que tuve la dicha de conocerle tan de cerca, un lenguaje más animado y sentido que al que escribe una simple noticia necrológica; permítaseme mezclar mis lágrimas a las que copiosas vierte su familia; y permítaseme, en fin, desahogar su justo sentimiento al que acaba

61. "La belleza del espíritu es eterna y no se puede conservar ni expresar por procedimientos y facultades ajenas, sino a su propia manera".

de presenciar las últimas escenas de la vida de un hombre, a quien mejor que a nadie cuadró el título de *filósofo por excelencia*.

No es mi ánimo extender una nota biográfica, y según orden cronológico, del sujeto distinguido que sirve de asunto al presente escrito. El nombre del Teniente General don Gonzalo O'Farril es propiedad reclamada por la historia. Harto conocidas son su vida militar y política para que yo me detenga en vanas repeticiones sobre el particular. Se trata únicamente de dar a conocer al hombre privado, al vivo y tal como se presentó a mi espíritu durante la larga mansión que hizo en la capital de la Francia. No es más grata la satisfacción que experimenta el artista al contemplar la posibilidad de formar el retrato de su héroe, todo despojado de adornos personales, y aun sin paisajes ni escenas accesorias que den realce a su obra, que el que siente mi fantasía en este instante, al considerar que lejos de necesitar semejantes atavíos para trazar mi cuadro, desnudo, por el contrario, a O'Farril de todos sus honores y dignidades, transportándole del gran teatro en que representó, al reducido círculo de la vida doméstica. En este recinto, y sólo en este recinto, es donde se nos pinta el hombre al natural, que demasiado se empeña el amor propio bajo el nombre de [...],⁶² o por nuestra defensa natural, en esconder a los ojos del mundo cuanto en nosotros mismos pudiera perjudicarnos. La probidad era, por decirlo así, el fundamento del carácter de nuestro O'Farril, sirviendo como de adorno al edificio de sus virtudes la dulzura y afabilidad que le distinguieron. Yo jamás he conocido un mortal, cuya presencia hablara más a mi corazón, señalándosele como la misma honradez personificada; y es cosa sumamente única en su línea singular que en el agrio combate de las opiniones, sobre todo en negocios políticos, el mismo espíritu de partido, que es esencialmente injusto, haya depuesto sus terribles y aceradas armas ante la acrisolada probidad del señor don Gonzalo O'Farril. Efectivamente, no he conocido persona alguna, cualquiera que sea el partido a que pertenezca, que no rinda el testimonio más unánime a sus virtudes, no habiendo nadie en el mundo que haya dudado jamás de la rectitud y pureza de sus intenciones.

O'Farril sin duda estuvo destinado a servir de excepción a las reglas generales de la frágil humanidad. Para poseer aquella calma y serenidad que constantemente respiraba su semblante, era necesario estar de acuerdo con aquel juez interior ante quien se revisan hasta nuestras acciones más indiferentes. Ciertamente no fue el tribunal de la conciencia el que hizo cargos graves al justo O'Farril. La dulzura y afabili-

62. Roto.

dad de su trato eran de un carácter tan peculiar, que no es dable trasladar al papel los afectos que en los circunstantes excitaban. Iban aquellas cualidades acompañadas de cierta natural dignidad que no podía menos de inspirar un placer inexplicable, mezclado de ternura y de respeto. Figuraos aquel anciano venerable, todo dulzura y comedimiento, cuya fisonomía derramaba la apacibilidad en el seno de sus amigos y en quien no se divisaba más resto del poder que la dignidad, entrando en materia con los pequeños lo mismo que con los grandes, y prestando un oído tan atento, y aun respetuoso, a la fogosa juventud como a la experta madurez y ancianidad. Confieso ingenuamente que bendecía a mi destino por haberme hecho su compatriota. Yo no alcanzo a expresar todo lo que mi corazón experimentaba delante de este varón incomparable. Si el señor don Gonzalo O'Farril hubiera tenido algún enemigo verdadero, desde luego le habría yo invitado a su presencia, y estoy seguro que la enemistad o la prevención se hubieran disipado como por encanto al aspecto de la virtud.

No se crea por un momento que el precioso don de gentes de que le dotó la naturaleza perjudicara en lo más leve a la entereza de su carácter. Demasiadas prendas nos dejó esta base de las virtudes militares en su larga carrera política; y si yo no temiera invadir la provincia del historiador, invocaría a nacionales y extranjeros, sin distinción y sin temor, para que publicasen lo que supiesen acerca de la energía y firmeza del General O'Farril. Ya veo entre la muchedumbre salir al Duque de Ragusa a darme de ello el más honorífico documento, y quién sabe si hasta tú mismo, que duermes en esa roca en medio de los mares, no te levantarías si pudieras a ofrecerme el testimonio más relevante. Pero, ¿a qué necesitamos pruebas, cuando él mismo nos pinta su carácter en dos palabras dignas de Sócrates? “..sin eso habría sido ésta la primera y última vez en que me habría quejado de la injusticia de la suerte”. Efectivamente, a pesar de los títulos que para quejarse le daba la desgracia, de sus labios jamás salió ni la más leve reconvención contra el destino.

No contribuía poco al hechizo que inspiraba el trato de O'Farril aquella disposición constante que manifestaba, no como quiera, por instruirse, sino por aprender con toda clase de personas. A pocas personas podía convenir con más propiedad el epíteto de *studiosus audiendi*⁶³ que aplica Marco Tulio a uno de sus amigos. No sólo no desperdiciaba ocasión en la sociedad de informarse de cuanto deseaba, consultando particularmente el dictamen de unos pocos amigos escogidos, sino se le veía en una

63. “ávido de escuchar”.

edad casi octogenaria, asistir puntualmente a los lucidos cursos de astronomía dados por el célebre Arago en el Observatorio y, como por vía de recreo, a los que todas las noches desempeñaban, así en ciencias como en literatura, los profesores del Ateneo Real.⁶⁴

Con esta ocasión no se va fuera de propósito el indicar otra cualidad característica de nuestro filósofo. Quiero decir que en el arte difícil de emplear bien y completamente el tiempo, no cedía ni al memorable Canciller D'Aguesseau. Diariamente le observábamos en las mismas ocupaciones, quedándole el tiempo tan perfectamente ajustado, que ni le sobraba ni le faltaba para dar valor a todas ellas, tomando por primera refacción algún libro de la Sagrada Biblia. Ora le veíamos, invariablemente a la misma hora, en los gabinetes de lectura, poniéndose al cabo de cuanto interesa a la política, en los numerosos periódicos de aquella capital. Ora le vemos corresponsal, prolijo en cumplir puntualmente con sus vastas correspondencias. Ora ocupado en alguna lectura útil, que siempre tenía entre manos, singularmente las más fecundas de resultados, obras históricas, estadísticas y científicas, sin que ninguna de estas tareas le impidiera a su alma sensible consagrar sus ocios a la más dulce de las ocupaciones, a instruir en la geografía y geometría a la prenda viva que le quedaba de su idolatrada esposa, Teresita Santa María, nieta de la Carassa. Y tú también, mujer extraordinaria, aún más respetable para mí por la singular sensibilidad de tu alma que por la clarísima luz con que te alumbró el Criador, ¿no dedicaba a tu memoria tu sin igual O'Farril cuantos momentos podía destinarle? ¿No le veían todos acudir periódicamente a la magnífica necrópolis a rendir el más puro homenaje, noble cuanto sencillo, a las yertas cenizas de su adorada, en el monumento que su amor y su piedad le levantarán? He ahí hasta donde pueden llegar el afecto y sensibilidad del corazón humano, exclamarán cuantos oigan este relato. Pues aún no os formáis una idea exacta de lo que era susceptible aquella alma, cuyo molde rompió naturaleza apenas la fraguó. Para ello es necesario leer y releer (que no será sin lágrimas) la carta que en la muerte de la esposa escribió a su hijo político, el señor don Pedro [...] de Santa María (impresa en París. 1817), monumento el más duradero que pudo haberse escogitado para la memoria de lo que se ama, y efusión continua de aquella ternura y sensibilidad inimitable, única medida de un corazón como el de O'Farril.

¡Cuántas veces, derramando un torrente de lágrimas, dulces ya por el tiempo que había transcurrido, no prorrumpiría en aquellas reflexiones! “Yo había esperado, como que te había precedido en esta

64. Se refiere a París. Vid. *De la vida íntima*. B.A.C., t. III, páginas 94 y 102. (Roberto Agramonte.)*

* En la presente edición ver el tomo V. (N. de la E.)

senda de la vida, llegar a su término antes que tú; miraba como mi última dicha el morir en tus brazos; y cuando se me presentaba la idea de nuestra separación, suplicaba a la Divina Providencia que reposasen nuestras cenizas en el mismo lugar...”

Me veo guiado como por la mano a decir dos palabras acerca del género de vida de nuestro filósofo; que ahora más que nunca resplandecerá la rigurosa justicia con que le he aplicado ese epíteto. No hablemos de su extrema frugalidad, que casi rayaba en estoicismo. Así lo publicaron cuantos se sentaron a su mesa. Diga alguien si aún en los rigores del invierno le vio jamás usar de otro vehículo que sus propios pies, y diga, en fin, si en su vestido y en su ajuar hubo más distintivo que la sencillez y la limpieza. No son estas minuciosidades dignas de la biografía de un hombre de mérito, particularmente cuando recaen en quien tiene recursos para consumir más. Ellas hacen ver hasta qué punto se sobrepone el verdadero filósofo a las necesidades que atormentan la muchedumbre. ¡Pluguiera al cielo que nuestra educación fuera más atendida en esta parte física, tan enlazada con la moral! Consiguiente a tales principios, y como para darles mayor realce, O’Farril procedía cual si se considerase como depositario de cuanto poseía, siendo así que sus ahorros eran constantemente empleados en socorrer al pobre, y más singularmente al necesitado compañero de desgracia. Yo recuerdo con placer que uno de los puntos favoritos de su conversación era la suerte que habría cabido a tales o cuales personas de su amistad o conocimiento, a consecuencia de sucesos políticos o morales. “¡Quién pudiera enjugarle sus lágrimas!” —exclamaba muy a menudo— “¡A quién fuera dado proporcionar a ese hombre de mérito la situación que le corresponde! Es necesario trabajar por él. También la sociedad ganará con ello!”

¿Y podré yo acercarme sin emoción a publicar que este hijo predilecto de la Habana era el más firme apoyo de sus paisanos en aquella capital de la civilización? Yo, al que apenas llegado⁶⁵

se le abren por su interposición las puertas de los sabios, de los literatos, de las bibliotecas, de los laboratorios, de los gabinetes y de cuantos auxilios podía necesitar para los estudios a que deseaba entregarme, ¿seré capaz, repito, de no escribir con mano trémula estos renglones consagrados a su memoria? Yo no podré jamás olvidar la satisfacción que resplandecía en el rostro de O’Farril cada vez que se empleaba en alguna comisión a beneficio de su país natal. ¡Qué empeño, qué prolijidad, cuántas consultas, qué número inmenso de catálogos leídos para el desempeño de la compra de libros que le encargó la diputación patriótica de Matanzas! Allí se veía lucir el cielo, la actividad de la primera juventud con la discreción y madurez de la ancianidad. No desplegaba en menor grado

65. Vid. supra, nota 64, p. 295. (Roberto Agramonte.)

tan admirables dotes, informándose constantemente de cuantos inventos y mejoras podían ser aplicables al fomento de nuestra agricultura, y a perfeccionar la educación primaria. Buen testimonio daría de lo primero la dilatada correspondencia que ha llevado con los señores sus hermanos y con su sobrino el señor don J. Montalvo; y en cuanto a lo segundo, baste decir que a él debo las mejores noticias sobre los principales establecimientos de educación de la infatigable Suiza.

En resolución, pocos mortales dejan de sí recuerdos más gratos y halagüeños. ¡Virtuoso O’Farrill!, desde muchos años antes de saborear tu trato, estaba yo preparado para gustarlo; pero te confieso francamente que mi imaginación no podía fingir hasta qué punto llegaba la magia de que tu comercio era susceptible. ¿Quién te conoció que no te amase, y quién habló jamás de ti que lo hiciese sin entusiasmo? Homenaje debido a tu comedimiento, a tu tolerancia, a tu imparcialidad. ¡Qué digo a tu imparcialidad...! Ya tú no eras hombre como nosotros, agitado con las mismas pasiones que nosotros, ya pertenecías a la posteridad y en tu tribunal juzgabas, como ella, de los hombres y de las cosas, de los pasados y presentes, como *nec beneficio nec injuria cogniti*.⁶⁶ He aquí lo que verdaderamente formaba tu benévolo carácter. He aquí, compatriotas, el hombre que hemos perdido; y aunque del número de aquellos que no nos es lícito llorar porque dejaron las huellas de sus virtudes, yo no puedo menos que prorrumpir anegado en llanto, aplicando aquellas mismas palabras llenas de unción, que su propio dolor le dictó en la deplorable muerte de su esposa: “En medio de lo admirable que es en todas sus obras (el Criador), quisiéramos que los seres virtuosos y que se hacen amar por las excelentes cualidades de su corazón y por sus buenas acciones, nos fuesen restituidos a la vida, o que jamás nos faltasen... Yo quisiera que vivieras, porque gusté un poco de miel para después morir, pero no... fuera intereses y afectos particulares cuando se trata de G. O.⁶⁷ ¡Ojalá vivieras para servir de ejemplo vivo!...”.

Estas palabras han quedado resonando en mi oído.

66. “insensible al beneficio y al agravio”:

67. General O’Farrill. Debe advertir el lector que estos manuscritos de Luz que han quedado inéditos, no recibieron la última mano del autor. (Roberto Agramonte.)

IX

EN LA MUERTE DE DOÑA TERESA HERRERA

(*Diario de la Habana,*
mayo 4 de 1832).

*Procul est de ultimis
finibus pretium ejus.*⁶⁸

Ayer a las once de la mañana arrebató la muerte en la flor de su años, después de una tan breve como violenta enfermedad, a la señora doña Teresa Herrera y Barrera, dejando en la orfandad a seis criaturas de la edad más tierna, en la viudez a su sensible esposo, en la más honda pena a sus padres y familia afectuosa y no en escaso lloro a cuantos tuvieron la dicha de conocerla.

Se trata de recorrer rápidamente tan sólo las virtudes que caracterizaron a una mujer, ornato del suelo en que nació, y en todas partes honra del sexo a que pertenecía.

No es necesario, pues, un grande esfuerzo para trasladar su retrato al papel, y nuestros rasgos serán tan sencillos como la verdad que los dicta, y tan puros como el sentimiento que los inspira.

Apenas amaneció en Teresa la aurora de la razón, cuando empezó a dar señales tan evidentes como extraordinarias del claro entendimiento con que a la Providencia plugo dotarla, por manera que desde esa época temprana, hasta el término de su carrera, fue siempre el embeleso de cuantos la rodeaban, ya por la originalidad y donaire de sus ocurrencias, ya por la oportunidad y delicadeza con que sazónaba sus respuestas.

Mas no era posible se granjease Teresa hasta tal punto el universal aprecio del mundo sin la afabilidad, dulzura y jovialidad que la distinguían. Porque, no hay que dudarlo, el talento y la razón por sí solos obtendrán siempre el segundo, si no el primero, homenaje de los mortales, pero la sociedad jamás hará grata memoria de aquellos que obscurezcan las luces

68. "Su valor es superior a toda estimación."

de su razón con las opacas sombras del sobrecejo y del desvío. No alcanza sólo el entendimiento para cautivar a los demás, necesario es hablar al corazón, si se quiere interesar al corazón. ¿Y cómo podría ser cabal el bosquejo de las virtudes que adornaban la inapreciable joven virtuosa, cuya pérdida lamentamos, sin hacer mención particular de un rasgo que debe sobresalir en el cuadro para dar realce y valor... ¡qué digo, dar realce y valor!, para hacer rigurosa justicia al mérito de Teresa Herrera? Permíteme, joven virtuosa, permite a un contemporáneo de tus pasatiempos y testigo de tus virtudes, ya que has pasado de la tierra de la ocultación y del disimulo a la del desengaño y claridad, que revele a los ajenos y desconocidos (pues para los tuyos y cercanos serían superfluos todos mis esfuerzos), aquella perenne compostura de tu semblante, verdadero ropaje del pudor con que acompañabas tu sonrisa, tu gracia y tu jovialidad; si mientras que con estas dotes derramabas el contento y la satisfacción, con el recato inseparable de tu rostro noble y despejado infundías un respeto y comedimiento, que ni el más osado contra tu débil sexo podía menos de experimentar sentimientos puros y delicados en tu presencia.

Tan singular conjunto de connotadas prendas era forzoso que se llevara la atención de los apreciadores del mérito, tan luego como la época crítica de la adolescencia la descubrió a los ojos del mundo; y parece que el cielo se propuso dar a la virtud su justo galardón, destinándole en don Nicolás de Cárdenas y Manzano un esposo que se había de identificar con su consorte para *no formar más que dos en uno*.

Yo me figuro las almas de todos los mortales, aun durante esta vida perecedera, como vagando en el espacio en busca cada cual de la correspondencia a que nos sujetó naturaleza, pero intereses y pasiones rastreras nos compelen muy a menudo a contrarrestar los impulsos del más elevado de nuestros sentimientos, cogiendo por fruto de nuestros cálculos equivocados, en vez de alegría, tristeza, en vez de sosiego, lucha interior; y en vez de la dulce dicha, el amargo arrepentimiento. Así es que se tiene por peregrina fortuna el encontrarse en la carrera de este mundo dos almas que se correspondan perfectamente. Yo no temo, empero, asegurar que tan raro como hermoso cuadro me lo ha ofrecido este matrimonio en el dilatado espacio de dieciocho años. De esta manera es como echa profundas raíces tan precioso árbol, para poder resistir los huracanes que agitan y conmueven nuestra existencia.

Pero donde acabó de echar el resto la virtud de esta mujer incomparable, donde como era de esperar medraron y fructificaron tan eminentes cualidades, fue en su ferviente amor maternal, corona y fin de todas las virtudes de su sexo. Nacen los hombres para partir los negocios exteriores con los domésticos; nacen las mujeres para consagrarse a sus familias y embotar las espinas con que a cada paso tropezamos en la vida; nació Teresa para dedicarse exclusivamente a sus hijos, a su familia, a su casa, a sus tareas.

Difícil sería ofrecer un modelo más acabado de la mujer fuerte, que el mismo Salomón no alcanzó a pintar en breves palabras. Yo creo que nadie en el mundo dio mejor con su vocación que esta joven inmejorable, con ser madre. Y así tan sólo se puede explicar el sentimiento universal que por todo el pueblo se ha esparcido, al punto que se divulgó su enfermedad, como si todos palparan el imposible de reemplazar una persona tan conocidamente destinada a llenar las más augustas funciones de la naturaleza y de la moral. Sí, amables compatriotas mías, yo la he seguido en todos los pasos de su vida; yo la vi constantemente desvivirse por los tiernos pedazos de su corazón, yo la veía enfermar con sus hijos si sus hijos enfermaban, y recobrar la salud con sus hijos si sus hijos curaban; yo la observaba alegre con ellos y triste con ellos; yo le advertía aquella mirada escrudiñadora, a la que no se escapaba ni la más ligera nube que pudiera empañar la lozanía de la salud física o moral de sus idolatrados hijos. Su conversación favorita, sus hijos; referir las anécdotas y rasgos característicos de sus hijos, su más dulce delicia, mejor diré, una necesidad irresistible. Pero en medio de todo ese fuego de amor ¡cómo acudía tan oportunamente su perspicaz talento a templar el fervor de sus sentimientos, para que su amor no degenerara en menoscabo de sus hijos, como sucede a las que no nacieron para madres ni en perjuicio de los que les rodeaban!

Baste decir que sin afectación (¿cómo había de haber el fingimiento en alma de ese temple?), ponía el mayor esmero, valiéndose a veces de los medios más indirectos para que sus hijos no fuesen gravosos, no ya a los amigos y extraños, pero ni aun a sus propios padres naturales. Constantemente ocupada en el adelantamiento de sus hijos y en los planes de educación... ¡ah, en los planes de educación! ¡Se me anuda la lengua, tiembla el pulso, se resiste la pluma a continuar, sólo de haber proferido la voz educación! ¡Cuántos recuerdos téticos y alegres, cuántos sentimientos varios y encontrados conmueven en este instante mi adolorido corazón y ofuscan mi entristecida fantasía! ¿Cómo me sería posible, al tocar esta cuerda delicada, contener el torrente de afectos que me arrastra y que a despecho mío y de tu modestia se abre camino y sale fuera iesepe, acongojado! y prescindir de que estaba escribiendo la nota fúnebre de la cooperadora de tus patrióticos afanes en la grande obra de la educación pública?

Yo no puedo proseguir, Nicolás, sino con la inspiración de las lágrimas. Pero tengo el consuelo de que lloro con toda la juventud habanera, con todos los niños tiernos que le deben las mejoras en su educación, con sus madres, con sus padres, con las lágrimas de la gratitud en los ojos de todos por la digna compañera del infatigable Presidente de la Sección de Educación.

Los preceptores de todos los establecimientos, penetrados del mismo justo dolor, y para desahogar en cierto modo el llanto de sus alumnos por

la pena de quien es su verdadero padre, hicieron acompañar la funeral procesión de un cierto número de niños de cada establecimiento, presididos por los mismos preceptores o sus principales ayudantes: he ahí un homenaje que no se tributa ni a las riquezas, ni a los honores, ni al poder; sólo a la virtud, hija del cielo, se rinde un culto inspirado por la ternura y el reconocimiento. Yo, al ver, pues, este sentimiento universal, me convierto, sin misión alguna, en órgano para comunicártelo; sí, amigo mío, porque ¿cómo podrá encubrirse a tu pecho afectuoso esta voz que te es tan conocida y que, aunque débil, se levanta para proclamar las virtudes de tu sin igual compañera? Nadie mejor que tú conoce que en esto no hago más que cumplir con los ritos de mi corazón.

Tú sabes el lugar que ocupa en mi afecto la familia de la que fue tu esposa idolatrada... No está en mi mano ofrecer más alivio a tu dolor que encarecerte todo el tamaño de tu pérdida, no porque tú lo hayas menester para graduarla, sino para que sepas hasta qué punto sienten contagio los propios y los ajenos.

Así sólo se consuelan las almas sensibles. Has perdido una mujer entendida, sin presunción; donosa y jovial, sin desenvoltura; circunspecta, sin gazmoñería ni desdén, esposa cual si se convirtiera en tu propia persona, madre cual si se propusiera ser el dechado de su sexo. En suma, era el encanto de la sociedad, nada menos por su despejado genio que por la práctica de todas las virtudes domésticas; era en extremo ferviente y afectuosa y, sin embargo, con su sentado juicio, reprimía y ocultaba la viveza y vehemencia de su natural; era, en una palabra, la discreción personificada, presidiendo a todos sus afectos y determinaciones.

He ahí el retrato fiel, aunque incompleto, de la esposa que acaba de arrancarte la muerte. Yo estoy seguro que todos los que la conocieron, la hallarán tan conforme al original, cuanto que no he empleado más colores que los de la estricta verdad. ¡Venturoso yo, si cabe ventura en el dolor, venturoso yo, si al reconocer con tus ojos arrasados en lágrimas estos rasguños apresurados, soltando más la rienda al llanto, te proporciono una gota de bálsamo a tu corazón, no ya para cicatrizar tu profunda herida, sino para hacerla más soportable y llevadera! Y si aun así no lo consigo, acuérdate de que tus hijos eran los suyos, y acuérdate, en fin, de que nunca mejor que ahora hemos podido, en la amargura del corazón, exclamar todos a una: *Finis vitae ejus nobis luctuosus, amicis tristis, extraneis etiam ignostique non sine cura fuit.*⁶⁹

Su fin ha sido lamentable para nosotros, triste para los amigos, y ni aun los extraños y desconocidos pudieron mirarlo con indiferencia.

69. Traducido por el propio Luz seguidamente.

X

**RASGO DE LA JUVENTUD EN EL ENTIERRO
DEL OBISPO ESPADA**

(*Diario de la Habana*,⁷⁰
agosto 20 de 1832).

Suum unicuique.⁷¹

La justicia exige que yo declare al público, que del papel publicado en el *Diario* de hoy sobre el funeral de nuestro Excmo. e Ilmo. Prelado, no me pertenece más que el rasgo relativo a los jóvenes que tuvieron la gloria de llevar en hombros el cadáver. De ello se convencerá cualquiera fácilmente, si ya no saltara a los ojos que son dos plumas diferentes las que escribieron el principio y el fin, con sólo reflexionar que el discurso debió haber cerrado de otro modo, siendo la descripción del entierro el objeto principal.

Confieso francamente que me cuesta mucho, y cuantos me conocen me harán esta justicia, llamar la atención pública sobre un asunto personal; pero ni yo quiero adornarme con vestidos ajenos, ni quiero tampoco que las páginas de otro se desfiguren con mis borrones. Hay en el orden literario,

70. El artículo de Luz está precedido de esta aclaración de RR. Redactor del *Diario de la Habana*:

“Hemos recibido el siguiente remitido, en que nuestro amigo don José de la Luz nos reclama acerca de la publicación de un artículo sobre el funeral del Excmo. e Ilmo. Diocesano, en nuestro número de ayer; y nosotros nos apresuramos a publicarle, para satisfacción de este amigo, admitiendo asimismo en nuestro descargo, que el sujeto a quien en su ausencia encargó la impresión del *Rasgo*, le traía ya enlazado con la descripción del entierro que le precede. En fin, para manifestar nuestro buen deseo y rectas intenciones, reproduciremos a continuación el rasgo del señor Luz, tal cual ha sido reconocido por él mismo.—RR.”.

71. “A cada cual lo suyo.”

lo mismo que en el moral, un fuero de conciencia, al cual debemos todos atemperarnos, si es que creemos que el ministerio de la pluma es la más sagrada de las misiones. Así que no vuelvo de mi extrañeza cuando, sin conocimiento mío, veo que mis amigos los Redactores del *Diario* han estampado bajo la inicial de mi apellido el artículo por entero. Concluyo como principié: *suum unicuique*.⁷²

JOSÉ DE LA LUZ.

Agosto 20 de 1832.

Habana, agosto 18 de 1832

Ayer fuimos todos testigos de uno de aquellos rasgos tan elocuentes por sí mismos, que antes se debilitan que se ensalzan con los adornos oratorios. Llevaban los Santos Sacerdotes, en consorcio con los Hermanos de la Caridad, el cuerpo de nuestro venerable como lamentado Prelado. cuando al llegar a la puerta de la Punta, se agolpan multitud de jóvenes de todas profesiones, aunque la mayor parte estudiantes, todos conmovidos con el entusiasmo de su edad, queriendo conducir sobre sus hombros, a porfía, las reliquias mortales de su inmortal Pastor. Así lo verificaron estos mancebos tan decididos como tiernos, hasta llegar al lugar de la sepultura. ¡Oh. juventud divina! ¡Oh época de la vida, la más honrosa para la humanidad porque te dejás regir del corazón sin conocer la ponzoña del egoísmo! Vosotros me conmovisteis, y conmovisteis a todos los presentes, jóvenes compatriotas míos. Vosotros volvisteis a hacer brotar la no agotada fuente de mis lágrimas, y vosotros me hicisteis gustar con noble orgullo que era habanero el corazón que en mi pecho latía.

L.

72. "A cada cual lo suyo."

XI

UNA LÁGRIMA AL SEÑOR DON TOMÁS ROMAY EN LA MUERTE DE SU HIJA ASCENSIÓN, ACAECIDA EN EL DÍA DE AYER

(*Diario de la Habana.*
abril 22 de 1833).

*Labitur ex oculis nunc
quoque gutta meis.*⁷³

OVIDIO.

¡Época de luto y de congoja universal! ¡Época sobre todo de amargura y probación para los que por su instinto se consagran al alivio de la doliente humanidad! ¿Y qué, no te basta muerte impía haber probado el valor y la abnegación de este hijo predilecto de Hipócrates con el espectáculo que por doquiera se ofrecía a sus ojos del horror y la muerte? ¿No te basta haber traído el genio maléfico de la pestilencia dentro de sus propios hogares y hasta el seno de su misma familia idolatrada? ¿No te bastaba dividir así su atención entre los propios y los ajenos, para partir al mismo tiempo su ya atribulado corazón? Menester te fue ¡destino cruel! para completar el estrago, arrancar al benemérito, al sensible Romay su querida hija, la hija primogénita de sus entrañas, dos veces querida por el derecho que dan sobre el cariño las adversidades y los padecimientos; y como si te gozaras en hacerle apurar tu acibarado cáliz, le descargas el golpe precisamente cuando ya el sol de la salud empezaba a disipar el espeso nublado que obscurecía y contristaba nuestras almas! ¡Llora, llora, pues, padre venerable, que demasiado caro has adquirido tu derecho al llanto! ¿Ni qué consuelo podría yo proporcionar a un hombre dotado de tan superior entendimiento, que ya tu misma perspicacia no lo haya anticipado? Cuanto

73. "Aún hoy me caen las lágrimas de los ojos".

fueran parte a decir para cicatrizar tu herida la sensibilidad, la razón y la religión de consuno, está comprendido en aquellas sublimes palabras que proferiste en el momento del dolor...

Pero, perdóname, varón modesto a la par que sabio, perdóname si antes de trasladar al papel esas palabras, oso rasgar el velo que cubre el recinto doméstico, para patentizar la escena que las precedió; escena que será eterna en los recuerdos de tu casa, como habrá de serlo también en mi memoria.

Eran las once de la mañana. Apenas se esparce por la habitación la desastrosa nueva, cuando vuelan todos los hijos anegados en lágrimas y dando alaridos desacompañados en la morada del padre, inconsolable desde la madrugada, y animados todos a una y como por instinto del mismo sentimiento por la severidad del golpe que sobre él descargaba, lloraban en la muerte de su hermana por la vida de su padre. Se lanzan sobre su cuello estrechamente aquellos tiernos pedazos del corazón, agolpándose todos en torno suyo, cual otros tantos renuevos que vuelven agradecidos al árbol antiguo de donde salieron, como para apoyarle y estorbar una caída que les hacía temer la pesadumbre del dolor. ¡Oh grupo verdaderamente conmovedor e interesante, cuán digno eras de otro pincel más afortunado que el mío! Sí, sí, yo la vi; yo vi esa escena lamentable y patética, *quaeque ipse miserissima vidi*;⁷⁴ y no temas que usurpe los derechos de padre o de hermano si me atrevo a añadir *et quorum pars magna fui*,⁷⁵ y en la que *me cupo no escasa parte*. Entonces fue cuando, abrumado de la pena, la voz trémula e interrumpida por los sollozos, exclamaste: “Dios mío, tú me privaste de mis padres amados, tú me llevaste mi esposa adorada, y ahora me arrancas a mi hija idolatrada. Yo no había pasado por una pérdida como la presente, pero yo adoro los secretos de tu justicia. Tú me has quitado un hijo, es verdad, pero me has dado otros siete para enjugar mi llanto. Sí, hijos queridos, vivid para vuestro padre, que vuestro padre vivirá para vosotros”. Bendigamos la misericordia del Señor: Y en diciendo esto volviste a sumirte en la profundidad de tu agonía.

Sé muy bien que la naturaleza inspira semejantes sentimientos a todos los mortales cuando se hallan en análogas circunstancias; pero yo me engaño mucho o hay circunstancias inherentes a la noble profesión de los adeptos de Esculapio, que despiertan más vivamente que en ninguna otra condición de la vida los sentimientos de ternura y simpatía, así en los propios como en los extraños. Nadie presentó nunca ofrendas más puras que las tuyas ante las aras del Dios de la salud. Nadie, por consiguiente, más acreedor al justo aprecio que todos te tributan. Y no como quiera te lo tributan por ese título, de suyo tan relevante, sino que lo rinden así de

74. “calamidades que vi yo con mis propios ojos”.

75. El propio Luz traduce esta frase a continuación. (Roberto Agramonte.)

buena voluntad a uno de los alumnos más esclarecidos de Marco Tulio, de que puede envanecerse nuestro suelo; al escritor patriota por excelencia, que lejos de mancillar la más sagrada de todas las misiones, jamás empuñó la pluma en tanta variedad de asuntos sin que fuera en obsequio de la madre común o de la santa causa de la humanidad. De hoy en adelante te apreciarán también como el más afectuoso de los padres... Pero rato ha que estoy lastimando tu modestia. Mas la justicia que está plantada en el fondo de mi pecho se abre camino por toda clase de consideraciones. He ahí los motivos hartos patentes por los que todos tus compatriotas participan de tu dolor. Y es lícito al que traza estos cortos renglones venir en pos de todos ellos y agregar alguna muestra especial de haber hecho tu pena la suya; acuérdate que en la hora de la tribulación se esforzó por llevar el consuelo y no pudo ofrecerte más que lágrimas.

La Habana, 20 de abril de 1833.

XII

EN LA MUERTE DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA XENES Y MONTALVO

ACAECIDA EL DÍA 28 DEL CORRIENTE

(*Diario de la Habana,*
enero 5 de 1835).

¡No! ¡Después de lo que acabamos de pre-
senciar, la salud no es más que un nombre, la
vida no es más que un sueño!

BOSSUET.

¿Quién habrá entre nosotros, testigos recientes de las más cruentas de las epidemias; quién habrá que se atreva a tachar de hiperbólicas esas sublimes palabras del primer orador de la cristiandad? En circunstancias ordinarias, cuando los hombres van desapareciendo gradualmente de nuestra vista a consecuencia de largos y penosos padecimientos, no se presenta ocasión tan oportuna a la mayoría de los mortales para palpar la verdad de aquellos preciosos documentos. Mas cuando hemos visto, espantados, que

la muerte arrebató violentamente sus víctimas de todas partes, sin miramiento a la edad ni a la salud ni al régimen; que las arrebató en pocos momentos; y que las arrebató a centenares simultáneamente, sin cansarse sus manos en la faena de exterminio, entonces nos sentimos como forzados a recogerlos dentro de nosotros mismos, no pudiendo menos de exclamar con toda la fuerza del convencimiento: “Sí, la salud no es más que un nombre, la vida no es más que un sueño”... Ved aquí tal vez la lección más edificante que nos puede ofrecer la muerte, lección que acaba de repetirse en la muy lamentable pérdida del digno ciudadano don José María Xenés y Montalvo, arrastrado violentamente a la mansión de los muertos en medio de una robustez y salud tan sin ejemplo que, a pesar de su cabeza encanecida, todavía le hacían encubrir los once lustros a que ya tocaba. Mas por elevada que en sí sea tan terrible lección, nunca podrá desvirtuar el mérito de las muy eficaces que siempre nos suministrará la vida de un hombre de bien, empleada en obsequio de su familia, de sus amigos, de sus deudos, y de cuantos buscaban su apoyo.

Yo quisiera, pues, consagrar a los manes de este distinguido patricio un rasgo de sus merecimientos y de la gravedad del asunto. Pero los vínculos de una mutua simpatía, aun más gratos para mí que los estrechos de afinidad que con él me ligaban, desplegando ahora su influjo sobre este contristado pecho, inutilizan mi pobre entendimiento para hacer justicia a su memoria a medida de mis deseos. Haciendo empero un esfuerzo sobre la vehemencia del pesar, yo procuraré trazar algunas rápidas, aunque débiles pinceladas, de las virtudes que adornaban a tan recomendable sujeto, y ellas bastarán, por lo menos, para motivar mis asertos y justificar mi dolor.

Yo encuentro en el constante amor de Xenés a la vida doméstica, el germen fecundo de casi todas las prendas que le distinguieron: amor tanto más laudable en nuestro caso cuanto que principió desde la temprana edad de 19 años en que se anudó con el solemne lazo del matrimonio, que es carga demasiado grave para los frágiles hombros de la primera juventud. El recinto doméstico es para el hombre honrado y, sobre todo para el hombre desengañado por las injusticias que a la virtud se infieren en el siglo, a un tiempo el mejor tribunal y el más seguro asilo. De aquí nació sin duda la tierna solicitud que en todas circunstancias mostraba por sus amados hijos y el respeto y cariño que supo infundirles, en términos de acatar ellos sus palabras como unos oráculos, sin degenerar por esto en los sentimientos serviles y solapados que sólo al temor es dado inspirar. En una palabra, Xenés era el primer amigo de sus hijos, y sus hijos abrían su pecho y reclinaban su cabeza en el seno de la amistad paterna. Con este motivo séame lícito observar que los que sólo juzgaban del carácter de este hombre estimable por aquella dulzura y apacibilidad que reinaba siempre en su mirada, no podrían figurarse hasta qué extremo de conmoción llega-

ba su sensibilidad cuando se trataba de las penas físicas o morales que aquejaban a su familia idolatrada.

¿Cómo no ha de verter toda ella lágrimas a raudales hasta agotarse las fuentes del llanto? ¿Cómo no ha de clamar incesantemente por su padre, por su iris, por su alegría? Pero vuestros clamores descompuestos interrumpen y ahogan este miserable relato, y casi no puedo continuar si continúan en atravesar mis oídos esos ayes lastimeros.

De aquí también aquella decisión con que miró siempre todas las relaciones de su inestimable consorte, de su consorte que jamás podrá olvidar la pérdida de este fiel compañero, que no lo era en el nombre ni en la forma, sino efectivo y afectuoso cónyuge de treinta y cinco años; de aquí aquella veneración casi religiosa que constantemente tributó a su padre político, el por tantos títulos respetable don Luis Ignacio Caballero; de aquí asimismo aquel absoluto desprendimiento, probado en las dos veces que reinó el sistema constitucional, de cuyas resultas perdió otras tantas su oficio de regidor fiel ejecutor. Viérasele entonces hablar de su pérdida con la misma serenidad e ingenua sonrisa que jamás se apartaban de su noble fisonomía. Sólo en los hombres que circunscriben sus miras al interior de este santuario, en los que, por decirlo así, se colocan en este centro para dejar las ambiciones humanas girar por su circunferencia, se advierten semejantes virtudes. Como nada solicitan de fuera, tampoco tienen para qué galantear la fortuna y el poder ni malgastar su calor natural en las pretensiones que atormentan a la muchedumbre y que siempre ceden en menoscabo de la paz interior con nosotros mismos y de la benevolencia y aun justicia que debemos a nuestros semejantes. Por esto eran también rasgos característicos en Xenes la franqueza y la imparcialidad en el decir y obrar. Sus amigos tenían que oír forzosamente la verdad de sus labios en todas ocasiones; y el individuo que una vez se hubiera ganado su concepto, no había motivos particulares, de aquellos que hacen variar la opinión de los demás hombres, que influyesen en el juicio ventajoso que ya hubiera formado.

Pero otra cualidad que brillaba muy principalmente en nuestro Xenes era un respeto y afición decidida por el talento y la ilustración. No había para él mayor don ni mejor recomendación en una persona que poseer conocimientos y tener ingenio. Se le advertía en su semblante, en su conversación y hasta en su conducta esa predilección marcada por la ciencia y el entendimiento. Digo *hasta en su conducta* porque como era tan grande su amor al saber cuanto poca su presunción, siempre desconfiaba de sus propias fuerzas y sometía los graves asuntos que muy a menudo se le encomendaban al juicio y consideración de los más entendidos. Así nunca tuvo que arrepentirse de sus consejos ni de sus determinaciones. Se ve, pues, que lejos de haber sido estéril esta veneración, por la sabiduría pro-

dujo los afectos más sazonados, y por lo mismo he creído justo consignarle aquí su lugar.

Este dato me lleva como por la mano a hacer mención de otra circunstancia muy honrosa a nuestro difunto para que yo la condene al silencio. Como a cada paso se le nombraba conciliador en negocios de suma trascendencia, así por la notoria integridad de su carácter como por su temple suave y amigo de la paz, más de una vez salió perjudicado en sus intereses, por el placer de hacer el bien y de remover los obstáculos que se opusieran a la concordia de las familias.

Pero yo no haría justicia a la historia de don José María Xenes si la presentara únicamente como hombre privado. Fue por su ministerio hombre público una gran parte de su vida, y fue no sólo de oficio sino de corazón. Díganlo las actas del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, donde constan las infinitas comisiones municipales que con tanto celo como tino desempeñó en el dilatado espacio de más de 25 años, habiendo sido uno de los miembros más activos de esa misma corporación; díganlo también los donativos con que socorrió a la madre patria en la época gloriosa de la guerra de la independencia; dígalo su eficaz empeño aun fuera del Ayuntamiento en acalorar y contribuir a cuantos proyectos útiles se presentaban en obsequio del país. Precisamente en la actualidad estaba practicando las más vivas gestiones para la habilitación del puerto de Cárdenas y trabajos preparatorios para la construcción de un nuevo camino, planta del pueblo y que sé yo qué otros cien particulares conducentes al mismo fin. ¿Pero a qué me detengo en hacinar pruebas, cuando esa misma frecuencia con que se le confiaban los negocios de otros muestra hasta la evidencia el interés con que tomaba las cosas ajenas, prenda segura del que debía consagrar a los de la procomunal? ¡Qué cualidades públicas y privadas no hallaremos hermanadas en un buen padre de familia, en un esposo tierno y consecuente! Padre, esposo... ¡oh nombre para siempre dulce, hoy tan amargo para vosotros, hijos y consorte de Xenes! Yo me figuro tu consternación ¡oh esposa inconsolable! en el momento en que la mano del Señor tocó al elegido de tu corazón. En tu sorpresa, en tu dolor clamaste sin duda: “Venid, hijos míos y suyos, no a consolar a vuestra madre, sino a dar vida a vuestro padre. Pero sus hijos están distantes y acaso entregados al inocente recreo y festividad, a la sazón misma en que la muerte está internando la segur en el pecho del padre amado. Hasta por este cruel desconsuelo tiene que pasar vuestra acongojada madre como si sus entrañas no estuvieran ¡oh Dios! harto rasgadas con las heridas todavía ensangrentadas que en ellas dejaron la pérdida de su caro hijo, que vino en pos de la de otro vástago suyo y que fue seguida por la más reciente del hermano de tu querido esposo. A todos se los tragó la tumba en el último tercio de este ominoso año de 1834, de este año eternamente infausto en la memoria de esta familia desolada...

Entre tanto se aproximaba el momento fatal; en vano el genio de la ciencia y de la amistad, reunidos y personificados en un esclarecido alumno de Esculapio, se esmeraban a porfía en apurar todos los recursos humanos. No hubo forma de volver el calor vital a aquel cuerpo yerto, traspasado por la ponzoña mortífera del Ganges que ya se había enseñoreado de su víctima. Un rayo fulminado del cielo no es más violento ni más desolador. Diez horas bastaron para consumir la obra de la destrucción; en diez horas vino abajo el edificio mejor cimentado de salud y lozanía, y con los planes, las esperanzas, los deseos de los vivos y del muerto. Sólo queda la realidad, el sepulcro... Y después de esto ¡quién no prorrumpe con el heroico acento de la religión: “la salud no es más que un nombre; la vida no es más que un sueño”, una ola fugaz en el piélago insondable de la eternidad!...

La Habana, diciembre de 1834.

XIII

A LA MEMORIA DEL DOCTOR DON JOSÉ AGUSTÍN CABALLERO

*(Diario de la Habana,
abril 20 de 1835).*

Non est inventus similis illi.⁷⁶

HABANEROS:

Ha muerto el doctor don José Agustín Caballero, y sobre su tumba llora la patria a uno de sus hijos esclarecidos; lamentan las letras el príncipe de sus cultivadores en nuestro suelo; clama el Colegio de San Carlos por una de sus columnas fundamentales; derraman lágrimas a raudales la sangre, la amistad y el respeto; y la diosa de la elocuencia, reclinando su cabeza desmadejada, se envuelve en luto y en llanto eterno; en pos de ella vienen abrazadas la orfandad, la viudez y la mendicidad, clamando en acento desacompañado por su más firme y más constante apoyo; y por entre este clamor universal levanta sus ayes lastimeros la inconsolable hija de

76. “No hay nadie que se le parezca”. Varela hablaba del “incomparable” Caballero. (Roberto Agramonte.)

Sión, al ver apagada para siempre aquella misma antorcha que tantas veces la ilustró con el fulgor de su palabra y de su ejemplo.

¿Quién será parte a medir todo el tamaño de su pérdida? ¿Quién será capaz de hacer justicia al mérito de tanto y tan grave varón, reduciendo al estrecho círculo de una sencilla nota necrológica el espacio de una larga vida, exclusivamente consagrada a la cultura de la ciencia y de la virtud? Crece la dificultad del necrologista para con los jóvenes de la nueva generación, cuya mayor parte acaso no conoce a nuestro personaje más que por la voz de la fama, así por la circunstancia de haber escaseado sobremanera los ejemplares de sus principales producciones, cuanto porque la edad y achaques consiguientes, si bien no le habían sustraído del todo de la escena pública, no le dejaban empero agitarse sino en una esfera forzosamente más reducida y menos visible. En tal estrecho, yo no seguiré un orden rigurosamente cronológico, ni tampoco entraré de lleno en el asunto: me ceñiré tan sólo a formar una especie de índice de aquellos rasgos que, a mi ver, caracterizaban a este hijo predilecto de América, como escritor, como eclesiástico, como patriota y, sobre todo, como hombre para que, cotejado mi retrato con su original por los coetáneos y los mayores, a ley de testigos oculares, puedan informar a los postreros hasta qué punto se acercan o se apartan mis pinceladas de aquella verdad *simple, desnuda e ingenua*, ídolo eterno del Néstor literario de Cuba.

Sólo para darle a conocer débilmente como escritor, sería necesario hacer el análisis circunstanciado de sus varias obras; porque el panegirista de Colón, amados compatriotas, poseía en grado eminente, a manera de Tulio su modelo, todas las diversas clases de estilo con los matices y gracias peculiares, desde el dulce abandono de la correspondencia epistolar hasta los sublimes arrebatos de la oración fúnebre. Yo no sé si después de Bossuet ha resonado por las bóvedas del templo santo una voz más elocuente que la del orador sagrado de la Habana, cuando se trasladaron al seno de nuestra patria las reliquias del gran descubridor. Yo no he visto jamás una composición que fuese más conforme al espíritu de la elocuencia del púlpito; jamás oí hombre más empapado en el rocío fertilizador de las sagradas letras; no hay frase ni pasaje donde no resalte el gusto acendrado, el alma tierna y sublime, la maestría consumada del orador. El mismo obispo de Meaux no se hubiera desdeñado de pronunciar el sermón sobre aquellos *huesos* venerables. ¿Qué rasgo fue nunca más elocuente? (y al llegar aquí siento en el alma que la sangre del orador también circula por mis venas, porque ella desautoriza mis palabras). ¿Qué rasgo fue nunca más vehemente ni más sublime que aquel apóstrofe inmortal al grande almirante de las Indias, “*sumido en el sueño augusto de la muerte*, para que se levantara a reclamar sus derechos violados, sus méritos desatendidos y sus

trabajos premiados en ajena cabeza”? Este sermón aseguró para siempre en las manos de Caballero la palma de la elocuencia sagrada, no sólo en el término de nuestra Isla, sino por todos los ámbitos de la monarquía castellana. Pero si bien es generalmente conocido, a los unos de hecho y a los otros por fama, como el Bossuet de nuestra patria, no lo es todavía en tanto grado como uno de los primeros, sino el primero entre los oradores profanos. Uno solo pudo dividir con él estos laureles recogidos en el campo. Bastaría citar, entre otros trabajos memorables *el elogio del Excmo. Casas*, que, aunque leído a la Sociedad Patriótica desde el año de 1801, no vio la luz pública hasta el de 1829, en las páginas del *Observador Habanero*, y esto a influjo de uno de sus recomendables editores, celoso depositario de todas las joyas que adornan nuestra corona cívica. Pero todavía no bastarían estas piezas, ni otras, que ellas solas le hubieran puesto al frente de nuestros oradores, como son la admirable oración fúnebre del obispo Candamo, *el sermón de S. Ambrosio y S. Francisco de Sales &c.*, para formar idea exacta de su flexibilidad como escritor. Es necesario leer su correspondencia familiar y científica, sus opúsculos didácticos, sus consultas, sus disertaciones, sus artículos críticos de periódico, y hasta sus traducciones, para que podamos conocer la voz del maestro, que toma siempre el tono que cuadra al género de la composición. Una de sus obras donde más reluce este linaje de maestría es el elogio puramente académico que por sus labios consagró la Sociedad a su malogrado amigo don Nicolás Calvo. Aquí se vería cómo el mismo espléndido orador que encumbró las proezas poéticas del padre de los educandos y padre de la Sociedad, al referir los merecimientos de su maestro, de su amigo, del mejor de sus paisanos, sabe contener todo el fuego de su alma dentro de los límites que le están prescritos, y sin apelar a movimientos extraordinarios, en aquella su inimitable sencillez, alcanza un nuevo género de triunfo por sobre las mismas cadenas con que se trató de aprisionar su libre y ardiente fantasía. El elogio de don Nicolás Calvo tiene un no sé qué de simplicidad griega, que nos encanta y nos obliga a releerle, apenas lo habemos terminado. Yo me atrevo a pronosticar a cuantos llegaren a saborear las producciones de Caballero, que les entrará el vivo deseo de conservar, como nos acontece respecto de Jovellanos, hasta los más fugaces rasgos de su pluma. Tal era la singular precisión, la gracia especial y el aticismo castellano que adornaba cuanto salía de sus manos, y aquel laconismo peculiar, todo suyo en saberlo hermanar con la perspicuidad. En estos mismos escritos admitiríamos su profunda y varia erudición, no ya sólo en materias teológicas (se hubiera hecho oír en la tribuna del mismo Tridentino), sino en toda especie de asuntos, y muy principalmente en la historia sagrada y profana, para cuyo estudio

le franqueaba las puertas su exquisito conocimiento en las lenguas antiguas y modernas.

Era insaciable la sed de nuestro erudito por adquirir toda especie de conocimientos; y en esto era como deben ser los sabios, un verdadero avaro que cuanto más poseía, tanto más deseaba atesorar. No se crea, empero, que yo trate de hacer el panegírico de aquella manía de erudición, que cifra su mérito en amontonar indistintamente así el salvado como el grano. No pertenecía a esta clase la que adornaba a nuestro Caballero; él sabía, mejor que nadie, que la verdadera ciencia no tanto se cifra en la cantidad como en la calidad de las cosas. La natural exactitud de su entendimiento era la espuela que le aguijaba a perseguir, digámoslo así, un punto o una cuestión, en todos tiempos y circunstancias, y aprovechando todas las coyunturas, mientras le parecía vislumbrar nubes que empañaran todavía el brillo de la verdad. Su grande respeto por ella y la natural austeridad de su razón le inspiraban aquella circunspección característica que descuella en todas las consultas y censuras. En ellas se echará de ver no solamente su familiaridad con todas las doctrinas teológicas y las disposiciones canónicas, sino hasta con las civiles y económicas que pudiesen tener el más lejano roce con el asunto. Todo ello debido a su constante práctica de beber en todas las fuentes posibles, así en las muertas como en las vivas. ¡Cuántas veces descendía hasta consultar a sus mismos discípulos sobre la inteligencia de algunos pasajes de los clásicos del Lacio, cuyo idioma divino constituía todas sus delicias, y de cuyas páginas de oro no alzaba sus manos ni noche ni día! Entonces llegué a conocer que la modestia es compañera tan inseparable de la verdadera ciencia, cuanto que en ella tiene el primero y más eficaz de los estímulos. Pero dejemos hablar al mismo Caballero en su lenguaje, no menos digno del teólogo que del filósofo cristiano, citación que hago con tanto más placer cuanto se contrae a una de aquellas efusiones epistolares en que se rebosa el corazón. Hállase al terminar la primera carta de una correspondencia teológica que llevó con un amigo israelita, a quien tuvo la suerte de convertir, digo mal, a quien logró atraer al gremio de la iglesia, no menos con la fuerza de su lógica, que con la dulzura irresistible de su caridad evangélica y el suave olor de sus costumbres.

“Suscribo *utroque pollice*,⁷⁷ así dice, a lo que V. me escribe sobre la sabiduría fantástica de algunos sujetos: este vicio es tan chocante que, por lo regular, lleva el castigo en esta vida, como sucedió al abate con José II. El verdadero sabio es aquél que funda su sabiduría en el santo temor de Dios, sabe humillarse porque conoce es mucho más lo que ignora, y que lo que sabe lo ha recibido de Dios. Esta es la diferencia entre ciencia de la carne y ciencia de los santos: la primera fantástica, orgullosa y que infla,

77. “firmo y rubrico”; literalmente: “con los dos pulgares”.

según escribió el Apóstol; la segunda verdadera, humilde y que abate a presencia de Dios y de los hombres. Tal es, amigo mío, la que yo busco, la que debemos solicitar los cristianos, la que nos enseñó Jesucristo, y la que pediré para V. en mis tibias oraciones. ¿Pediré bien? ¿Quiere V. pida para su alma lo que pido para la mía? Sí, la caridad me lo ordena; pero yo no sé si V. se halla en las disposiciones necesarias; yo no sé si nuestros dos entendimientos están bañados de una misma luz, si ellos profesan unas mismas verdades; yo quisiera, ¡ah, y con tanta vehemencia lo deseo!, quisiera que mi amigo D.* D.* derramara su corazón en mis manos, me manifestase los íntimos sentimientos de su alma; y yo entonces, o me facilitaría de nuestra hermandad, o trabajaría por acercar a mí al mejor de mis amigos, a quien amo”. Y yo quisiera, para honra nuestra y provecho de todos, más que para loor suyo, que se publicaran sus obras inéditas, y se reprimieran las ya publicadas.⁷⁸ Ese sería su mejor elogio como escritor; y el más útil para la juventud, así porque en los escritos de este ilustre habanero, cuya historia es la historia de nuestras ilustraciones, llevaría preciosas lecciones de moralidad y filosofía, cuanto porque tomaría las de buen gusto y castiza frase española, de cuyas dotes anda en suma necesidad.⁷⁹

Este celo, esta pasión decidida por la lengua majestuosa de Castilla, fue el mismo hasta sus últimos momentos, y el que le inflamaba ha más de 40 años, para encarecer en el seno de la Sociedad Patriótica por medio de sus elocuentes discursos el establecimiento de una cátedra especial para la enseñanza de nuestro idioma patrio. Ese mismo fervor hacía usurpar al Presidente de la Sección las atribuciones del Secretario. extendiendo por sí mismo la representación que al intento se llevó hasta los pies del trono. Digan los que conocieron la eficacia proverbial de Caballero, si caería sobre mí la nota de hiperbólico, aplicándole lo que de Julio César cantó Lucano: *Nihil actum reputans, si quid superesset agendum*.⁸⁰ Buen testigo de ello también sería su no menos eficaz empeño en la reforma del estudio de

78. Cuando acabe de formar el catálogo de ellas, lo daré a luz, en la firme persuasión de que me lo agradecerán los amantes de nuestras cosas.—(N. de Luz.)

En realidad no lo hizo Luz, a pesar de lo cual tenemos el suficiente material para dar a conocer su obra. (Roberto Agramonte.)

79. Entre sus numerosos manuscritos puede presentarse como muestra de puro y fluido español su traducción del latín de la *Historia de América*, por Sepúlveda, y la interesante correspondencia de éste con el famoso *Melchor Cano*. De paso advertiré que no se le escape ni el último escondrijo en la historia del Nuevo Mundo y en la de su país. Yo no he conocido quien sepa más ni mejor. (N. de Luz.)

La *Historia de América*, con introducción, en manuscrito la poseyó A. Zayas. No aparece entre los papeles donados a la Universidad. (Roberto Agramonte.)

80. “Consideraba que no había hecho nada, si le quedaba algo por hacer”.

la lengua latina, cuya pasión, cuyo culto por ella, sólo podría ser comparable a su idolatría por la de Castilla. Ahí están también sus reiteradas comunicaciones a la Sociedad, excitándola a la reforma general de los estudios, atacando el mal en su raíz, pidiendo que la reforma comenzase por la Universidad, y valiéndose de todos los recursos de la dialéctica y la elocuencia, encendidas por el patriotismo más ardiente, para combatir las preocupaciones, y para combatir las con éxito (que es lo más difícil), conciliando los extremos más encontrados. Esta ley tiránica de la brevedad no me deja extractar unos rasgos de los que en vano me esforzaría yo a daros idea. Caballero fue entre nosotros el que descargó los primeros golpes al coloso del escolasticismo, que después acabó de derrocar y pulverizar en la misma arena el *Hércules* de sus discípulos,⁸¹ con su robusta maza. Caballero fue el primero que hizo resonar en nuestras aulas las doctrinas de los Locke y de los Condillac, de los Verulamios y los Newtones; Caballero fue el primero que habló a sus alumnos sobre experimentos y física experimental; Caballero fue el primero entre los escogidos para fundar el cuerpo patriótico.⁸² La fama de sus luces y de sus virtudes eminentes salvó los muros del Seminario y llegó a oídos del ilustre fundador (innombre grato a los habaneros!) que fue muy luego su primer apreciador y su mejor amigo. Él fue de los primeros en presidir nuestra Sección de Educación, conocida entonces bajo el nombre de Sección de Artes y Ciencias; él fue de los primeros secretarios de la naciente sociedad; él fue de sus primeros censores y a él también estuvo reservada la incomparable dicha para una alma patriótica de ser el primero en derramar la luz en nuestro suelo por medio de la prensa periódica; él fue siempre uno de los operarios más activos de aquel campo fértil, pero espinoso. Nada se escapaba a su penetración, todo cedía a su constancia. Contada era la junta en que no hiciese alguna comunicación importante, siempre llevando la voz en cuanto hay de grande y conducente al bien de la patria y de la humanidad, y siempre sujetando los ánimos al imperio irresistible de la palabra. ¿Ni cómo, habiendo yo proferido la voz humanidad, podría olvidar aquel asilo, *cuyos muros altos y respetables están, rato ha, escuchando nuestros clamores* sobre el túmulo de aquel mismo varón venerable que hizo de la Beneficencia el objeto favorito de sus fervientes deprecaciones, ya que la fortuna no le otorgó serlo de su ferviente caridad? ¡Hablad vosotros mismos, muros santos y respetables!, y que ese cuadro destinado a transmitir a la más remota posteridad la memoria de vuestro fundador a la cabeza de sus socios, en ademán de conducir a vuestras desvalidas moradoras, sea de hoy más un monumento

81. Varela. (Roberto Agramonte.)

82. La Sociedad Patriótica o Sociedad Económica de Amigos del País. (Roberto Agramonte.)

irrefragable de la filantropía y de la modestia del digno hombre que lo sugirió. En una palabra, Caballero siempre el primero en el santuario de las letras y el primero en el santuario del patriotismo; preeminencia tanto más recomendable a los ojos perspicaces de la justicia, cuanto era negocio más arduo, y por lo mismo más decoroso, *eminere inter illustres viros*,⁸³ como decía él mismo de su Nicolás Calvo, aplicándole este verso del trágico Séneca. Alumbraba a la sazón en la tierra de Cuba una constelación de las más luminosas, tal vez la más lúcida que ha brillado sobre nuestro horizonte literario, y de la cual alguna estrella, a despecho de su larga carrera, aún está lejos de su ocaso. Mirad y ved ahora si tuve razón para deciros, queridos compatriotas, “que la historia de nuestro Caballero es la historia de nuestra ilustración”. ¡Qué perspectiva tan interesante, qué lejanía tan envidiable se ofrece a la vista de su elogiado! ¡Cuántos recuerdos dulces para la patria! ¡Cuántas lecciones útiles para la edad presente! Pero también, ¡cuántas memorias que arrancarán lágrimas! Porque ¿quién podrá separar el nombre de *Caballero* de los de *Casas* y de *Espada*, honda e indivisiblemente esculpidos en el corazón de los habaneros? Espada (¿quién podrá contener el llanto?), Espada, apreciador constante del mérito, trató de realzar más y más a nuestro Caballero, no ocurriendo negocio delicado en todo lo relativo a la salud de su grey en que no aprovechase las luces de este ornato de sus presbíteros. Había demasiada afinidad entre estos dos varones eminentes para que no simpatizasen sus almas apenas se acercaron. Siempre fue menester que los conocedores del verdadero mérito sacasen a luz a nuestro singular Caballero: ¡tal era aquella modestia congénita! También fue buscado para la sociedad; también fue buscado para el periódico. Lástima es, compatriotas míos, no escribir la historia de su vida. Ella le haría sobrado honor, y sería igualmente más instructiva para nosotros, porque yo, al cabo, no hago más que ofrecer los resultados sin entrar en las causas que los produjeron, para no hacerme interminable. Mas yo no podría, sin grave injusticia, silenciar sus virtudes como sinodal del obispado, y como examinador en general, porque ellas nos pintarán muy enérgicamente su carácter. No consistía, por cierto, el rigorismo de Caballero en perturbar al examinando bisoño con cuestiones superiores a sus alcances; pero tampoco quería, con una mal entendida condescendencia, cooperar al desquiciamiento de los estudios, y a la postre, al perjuicio del mismo interesado. Y, para graduar bajo qué aspecto miraba él el gravísimo encargo de sinodal, oigamos sus propias palabras elogiando al virtuoso obispo de Milasa: “Todavía era más prolijo (acaba de hablar de los ordenandos en general) el escrutinio en la colocación de bene-

83. “sobresalir entre hombres ilustres”.

ficios; y con razón es asunto muy arduo, de muy grave responsabilidad, dar pastor a una grey. El obispo que instituye canónicamente un pastor ignorante o de malas costumbres, se hace reo de los pecados procedentes de aquella institución: reato muy temible, y que procuró evitar con inflexible rectitud el Samuel de nuestros días”.

Pero nada ofrecerá más de manifiesto la delicada conciencia de Caballero en el desempeño de todos sus ministerios eclesiásticos, como aquellas palabras del mismo elogio, en que pone como en cuestión, “si un eclesiástico dotado de las cualidades de un obispo, debe o no aceptar el episcopado”. Sin embargo, este su rigor, que no era más que la justicia bajo otra denominación, no podía, por lo mismo, degenerar en aquellos nimios escrúpulos que suelen ridiculizar a sujetos del primer mérito en su respetable profesión. Aquella justicia innata en el pecho de Caballero, no menos que la superioridad de su razón, le hacían siempre atinar con el mejor partido y ajustarse más que ninguno en sus consejos a los términos de la cuestión y de la ley. Así podían descansar en él, con entera confianza todos los que buscaban el asilo de sus consultas. En ellas resplandecerá a toda hora el vigilante centinela del dogma y de las costumbres, poniendo siempre a raya, con la misma voz siempre levantada a la superstición que al fanatismo, arrancando la máscara a la traidora hipocresía; el hombre que nunca ni a nadie teme declarar la verdad, que no guarda contemplaciones con la causa de Dios y de los hombres. Este concurso de raras circunstancias le constituyeron de derecho en una especie de oráculo universal sobre materias teológicas y literarias.

Pero yo me abstengo adrede de ofrecer los innumerables datos que tengo a mi disposición para presentarle como nuestro más bello ornamento en todas las ciencias sagradas. Rato ha que me llama la parte más importante de mi asunto, cual es considerar a Caballero como hombre. Aquí es quizá la veta aún más rica y valiosa que por el rumbo que hemos andado. Pero es ya también más forzoso recorrerla con gran celeridad. Todo lo diré con afirmar que Caballero era la imagen viva del *filósofo práctico*, pero *filósofo cristiano*. Infinitos son los teóricos que hemos conocido y conocemos que aspiraron al timbre de filósofos. Pero ¿dónde está el desprendimiento que manifestaron? ¿Dónde aquel desprendimiento de riquezas, desprendimiento de honores, desprendimiento de distinciones, que caracterizaba a Caballero? Abnegación tanto más portentosa cuanto nos ofreció muestras irrefragables de ella, no ya en los lances ordinarios de esta vida, sino en aquellas ocasiones extraordinarias, tentadoras y resbaladizas para la miserable humanidad. Lo vais a ver: Cruza los mares la fama del panegirista de Colón, llega a oídos del vástago representativo del Almirante el señor Duque de Veragua, quien, penetrado de gratitud, quiere recompensar el mérito;

escribe a Caballero rogándole pida la colocación que le acomode en el orden de su carrera. Caballero resiste, pero no resiste haciendo alarde de desprendimiento, sino pretextando su delicada salud, porque en realidad él no quiere más empleo que su cátedra, ni más casa que su colegio. Todavía, al cabo de catorce años (plazo en que quizá los sinsabores y desengaños del mundo pueden inspirar al hombre un deseo de mejorar de fortuna para hacerse más independiente), todavía al cabo de catorce años vuelve a instarle el Duque de Veragua y vuelve a obtener la misma respuesta de este nuevo Catón. Pocos son los árboles que dan tales frutos aun en terrenos más privilegiados que el nuestro. Por mi parte, confieso francamente que Caballero resistiendo las instancias del representante de Colón me parece más grande que Caballero haciendo la apoteosis de su ilustre predecesor. ¡Qué más! En la rigurosa escala de su carrera ¿fue por ventura diversa su conducta? Dos veces queda vacante la dirección de ese mismo colegio, donde casi puede decirse que nació; digo, dos veces, después de estar cargado de años y merecimientos, y dos veces resiste a los ruegos e instancias de sus amigos y colegas. Estos rasgos son harto elocuentes para que necesiten comentario. ¿No pudo él, con más razón que aquel celeberrimo estoico, él, que era esencialmente filósofo cristiano, no pudo él exclamar con mejor motivo: *todo lo mío lo llevo conmigo*?

Sólo su ingenuidad podía sacar ventaja a su desprendimiento. Muy a menudo la ejercía con el sacrificio de amor propio. ¡Cuántas veces no oí de sus labios: “yo he dicho antes tal cosa de tal manera; pues sabed que la he visto u oído mejor expresada en otra parte!”. Era tal el sentimiento de justicia y de franqueza plantado en el fondo de su corazón, que si su mayor amigo, su allegado, su hermano, obraban de algún modo contra los dictámenes de la razón, ni era el primero en cohonestar, ni el último en desaprobar; y por el contrario, tal era su culto por la verdad, tal aquella imparcialidad, que todo lo estudiaba y a todos oía, que si en el mismo Lutero encontraba una especie digna de aplaudirse, en el mismo Lutero la encomiaba. Un hombre de esta naturaleza jamás encubría sus sentimientos, ni se avergonzaba tampoco de quedarse único en su sentir, cuando su opinión no era ya la opinión de moda. Varón que no rendía más homenaje que el de la verdad, tampoco reclamaba otro tributo que el de la franqueza. Tan enemigo como capaz de mandar, mandaba a despecho suyo con el imperio de su opinión; y tanto más idóneo para el caso, cuanto penetrado de la importancia de la disciplina, no transigía con su más leve relajación. Estos son los hombres a cuyo influjo duran y florecen las instituciones: ni halagaba a los superiores, ni tiranizaba a los subalternos, y era a un tiempo espada y escudo, cuando se trataba de sostener los fueros del colegio y de los colegiales.

Su presencia, sus luces, su carácter, su rectitud, dejaban impreso el respeto por donde quiera que pasaba. La amenidad y buen humor que sabía sembrar en el trato humano, dejarán siempre un vacío imposible de llenar en la memoria de los que se habituaron al sabor de tan dulce comercio. Pero ¿será por acaso tan viva esta memoria como la memoria del corazón? ¡Cuántos pechos de huérfanos, de viudas, de menesterosos, todavía estremecidos con la infausta nueva, no volverán a conmovirse hondamente al reproducir estos recuerdos! ¿Y su familia?... ¡ah! ¡no! Caballero, es verdad, se encerró dentro de los muros de un seminario hasta hacerse independiente del mundo, mas nunca para esquivar egoísticamente sus espinas y desazones. Por el contrario, jamás hubo hombre más animado de la caridad, y de una caridad mejor ordenada. En los negocios de familia el *padre Agustín* era el primero en ocupar el campo: discurría, aconsejaba, se agitaba, ponía en acción todos los resortes de su genio, de su talento, de sus relaciones, se convertía en abogado y agente. ¿Y con los pobres? Que vengan todos a escucharme, los que no lo son, para que aprendan a remediar que otros lo sean. Una vez que daba todo lo suyo (y lo dio en términos que nada le quedó), se constituía en el *mendicante* de los necesitados. Para ello desplegaba todos sus recursos, hacía valer todas sus relaciones, argüía, instaba, suplicaba, rogaba, y hasta se hacía molesto aquel mismo hombre que era todo discreción y mesura. Su curiosidad misma la convertía en eficaz instrumento para socorro de los pobres. Ella le hacía atisbar y aprovechar todas las coyunturas de hacer el bien; ella le hacía averiguar y acudir a la mayor necesidad; ni era posible que se ocultase a sus pesquisas, por quién, cómo y por dónde se repartían y alcanzaban las limosnas. Y aquellos rasgos de su vida en que al parecer no veíamos más que una mera curiosidad, eran, en realidad, un velo que cubría la primera de las virtudes sociales y cristianas. Pero mientras el acento dolorido de familias enteras, desoladas, derrama mejor que mi triste pluma el mérito de su bienhechor y de su padre, permítaseme emplear todavía algunos instantes en presentarle bajo otra luz.

Firme siempre en todos los lances de la vida; firme y sereno a fuer de justo, cuando vibraba sobre su cabeza el rayo de la persecución, como cuando quiso tizarle el hálito de la calumnia, impelido por el soplo de la envidia; firme y sereno en medio de los horrores de una epidemia, para él doblemente horrorosa, por haberle arrancado en dos días a las dos prendas más caras a su sangre y a su cariño, uno solo de estos golpes, que hubiera bastado para derribar a los más fuertes, no es capaz de doblar a este débil anciano de setenta años. ¿Y en qué circunstancias? Cuando estaba aniquilada su salud, y nada menos que por aquella misma enfermedad que más predisponía para cebar al monstruo;

entonces, sí, señores, entonces mismo exhalaba el postrimer aliento en sus venerables manos sacerdotales... Yo no quisiera recordar aquella cruenta noche en que se vio solo, desamparado, único a la cabecera de la persona que más amaba en este mundo, mirándola luchar con la muerte en medio de la consternación universal. ¿Y no veíamos todos aquella frágil navecilla, trabajada por los embates de los tiempos y de los pesares, atravesar serena por medio de las olas, cuando las fuertes y corpulentas naos no osaban atravesar la villa? Virtudes de este temple sólo *nacen y florecen en los terrenos bañados y fertilizados con el rocío del Evangelio*. Caballero veía siempre las cosas como son en sí: ni de todo reía con Demócrito ni de todo lloraba con Heráclito: siempre le fijaba la religión santa en el justo medio de la razón y de la humanidad. En suma, hemos visto que el temor de la muerte no podía abrigarse en aquella grande alma; pero tampoco entró en ella la jactancia, “a ley de cumplido valiente”. “Confesemos, señores, así peroraba en el elogio de Candamo, que la virtud cristiana no consiste en conservar la vida ni en destruirla, consiste en seguir la voluntad de Dios en la vida y en la muerte; es menester vivir cuando Dios quiere; es menester morir cuando le agrada...”. Desde el principio hasta el fin de su larga carrera, se nivelaron sus acciones todas al tenor de tan preciosos documentos. En pocos mortales se habrá visto más personificada la conformidad del hombre exterior con el interior. Si no se hubieran ofrecido ya tantas pruebas de ello en el discurso de este escrito, la historia de su última enfermedad nos suministraría las mejores garantías en su abono. Baste decir que, a pesar de ir viendo por espacio de más de dos años, que se desplomaba lentamente su máquina, siempre daba vado a todas sus atenciones, y siempre la misma respuesta a los fervientes ruegos de su amante familia, porque se refugiase en el seno de ella, para prodigarle aquellos consuelos que sólo fue concedido dispensar al sexo delicado: “En el colegio he vivido, y en el colegio he de morir”. Así se verificó, para nuestro dolor y su descanso, en la noche del 6 de abril de 1835, a los 73 años de su edad. Compatriotas, amigos, vosotros todos corrísteis en muchedumbre a circundar al féretro del justo, a despecho de las aguas que a torrentes derramaban los cielos en el duelo de la religión y de la patria.

Llorad sobre la losa que cubre esas reliquias venerables, pero profanaríais hipócritamente su memoria si derramáseis un llanto estéril... Yo no quisiera más, porque sólo anhelo por nuestro bien; yo no quisiera más sino que el alma purísima de ese varón privilegiado, de ese *padre mío en el espíritu*, me comunicara un destello de aquel vivo fuego, a cuyo influjo se reanimaron las yertas cenizas del descubridor; no para ofreceros documentos de sabiduría y elocuencia, sí para inculcaros la más importan-

te de cuantas lecciones pueden darse al linaje humano. El que mira la vida y la muerte con los ojos que él las miró, lejos de ser un hombre tétrico o un calculador egoísta, vive más contento consigo mismo, es más útil a sus semejantes; y llenando mejor su fin sobre la tierra, marcha por el camino más directo hacia el cielo. Ved aquí conciliados los intereses de Dios con los del hombre; ved aquí la obra exclusiva del Evangelio; y ved aquí la vida del hombre que nos acaba de arrancar la muerte.

Habana, 12 de abril de 1835.

XIV

EN LA MUERTE DE DON TOMÁS GENER

ACAECIDA EN LA CIUDAD DE MATANZAS
EL 15 DEL CORRIENTE

(*Diario de la Habana*,
agosto 18 de 1835).

Quis desiderio sit pudor aut modus tan
cari capitis.⁸⁴

¿Quién de nosotros, compatriotas míos, quién de nosotros podrá poner freno al dolor en la pérdida de tan caro bien? Bien recobrado después de doce años de proscripción, bien rescatado poco ha de las garras de la muerte, y bien perdido por un mero accidente exterior, que sorprendiendo menos nuestra razón, irrita más nuestro dolor. Perdido enteramente para nosotros, compatriotas míos, este varón fuerte, en toda la plenitud de sus facultades físicas e intelectuales, no contando diez lustros todavía, con vivos deseos de hacer el bien, con medios para conseguirlo, una luz clarísima para alumbrarle, y con el hábito de practicarlo, en la situación ventajosa en que para ello le colocaban sus vastas relaciones interiores y externas, con una fortuna que venía a aumentar la natural independencia de su carácter, tan suave y conciliador cuando se trataba de apaciguar, como firme y enérgico cuando era forzoso reclamar; y todas estas dotes y circunstancias puestas en acción por un alma toda fuego y actividad y amor... Ahora, cuando empezábamos a gustar los frutos de su larga experiencia, sazonados en la escuela del infortunio; ahora, cuando ya íbamos

84. "¿Cuál es el freno o el paliativo del dolor por la pérdida de tan gran hombre?"

tocando los efectos de su benéfica influencia para difundir la educación pública, objeto favorito de sus ardientes vigilias, no sólo en obsequio de los párvulos, sino también de los adultos; ahora, cuando le volvíamos a ver albergado en su antigua morada, sirviéndole como de ángel tutelar para restablecer, cual en otro tiempo, la paz de las familias y contribuir al mantenimiento de la paz pública; ahora, cuando concebíamos fundadas esperanzas de que algún día, en justa retribución de su mérito, y por nuestra propia utilidad, volviera a sentarse como representante de Cuba en el Congreso de la madre España, o bien en el puesto menos brillante, pero acaso más influyente de una diputación provincial; ahora... ahora mismo, todas nuestras esperanzas y las esperanzas de la patria se hundieron con él para siempre en la tumba. Refrenad, pues, si podéis, el llanto ioh, malhadados matanceros!; y vosotros, todos los que respiráis el aire de la triste Cuba, enjugadlo si está en vuestra mano. ¡Ah, no es posible! Y aunque lo fuera, yo os lo pido, no queráis consolaros.

Un hombre que de seguro se hacía amar cordialmente por cuantos le trataban era necesario que estuviese adornado de prendas muy sobresalientes, era forzoso que poseyese un encanto secreto para cautivar los corazones. Otras plumas más dignas trazarán, quizá, toda la historia de su vida; yo, empero, con el doble título que me den la amistad y el dolor, me limitaré a bosquejar los rasgos más característicos de Tomás Gener, y yo me lisonjeo de que esto bastará para hacer sentir toda la magnitud de su pérdida.

Cataluña le vio nacer, y en Cataluña recibió su primera educación, pero desde la tierna edad de catorce años vino a domiciliarse entre nosotros. Quiero hablar con cierto orden de algunos hechos y virtudes en la vida de Tomás Gener, y sin embargo, desde el principio se me ofrece a la imaginación, de un modo irresistible, como el hombre que adopta mi país por su patria. Apenas llega a nuestras playas este gallardo joven, con ánimo de consagrarse, como lo hizo, al comercio, cuando llamó la atención de los hijos del Yumurí; no menos por su noble fisonomía, que por la claridad de sus luces; pero como no hay quien conozca mejor al talento que el talento mismo, nada tardó el recién llegado mancebo en granjearse toda la estimación de un habanero de instrucción y entendimiento nada vulgares, que residía a la sazón por aquellas inmediaciones. Efectivamente, al ejemplo y excitación del señor don Juan Manuel O'Farrill, debió en gran parte nuestro Gener, como él mismo se complace en repetirlo, aquel gusto decidido por la lectura y aquella aplicación a las materias que habían de prepararle para el desempeño de los negocios públicos. Así que debe considerársele, para mayor gloria suya, como un hombre formado por sí mismo, a impulso de su perseverante aplicación, fácil discernimiento y tenaz cuanto comprensiva memoria. Ni se crea que la

lectura de obras literarias y políticas era el único pasto de su inteligencia. Las ciencias exactas merecieron muy particularmente su atención, y tanto en su estudio como en otros que después emprendió, hubo de sujetarse a un plan metódico, como tienen que hacerlo cuantos quieren digerir sus conocimientos, y como la misma naturaleza se lo inspira a los talentos privilegiados. Mas como en medio de sus literarias faenas no abandonaba el campo del comercio ni del trato humano, sacó una ventaja preciosa de esta misma división de ocupaciones, que para otras cabezas menos firmes que la suya hubiera sido un verdadero inconveniente. Quiero decir, que esta especie de educación mixta, ese roce simultáneo con los libros y con los hombres, le hizo, desde el principio, hombre *práctico* y de seguro juicio en los negocios. No tuvo, por cierto, como sucede a otros talentos distinguidos, que pasar de nuevo por el aprendizaje del mundo después de haber pasado por el de los libros, dado que había entrado gradualmente en el teatro de las humanas pasiones, sin contar con los datos políticos e industriales que forzosamente ha de ofrecer el comercio a una persona observadora; y Gener lo era en alto grado. Nada más natural, pues, que un hombre que tan ventajosamente se había dado a conocer, y a quien además ya le ligaban con este suelo los poderosos vínculos de esposo, padre y propietario, y de una propiedad, no heredada, sino adquirida; nada más regular, en testimonio de opinión, que el que a semejante hombre se le juzgase digno de ser puesto al lado de lo más distinguido que teníamos para representarnos en las Cortes de 1822 y 23. El mundo sabe cómo correspondió a esta confianza en unión de sus dignísimos compañeros, sacrificándose ante las aras de la patria por ser fiel a sus juramentos. Nadie ignora tampoco que en esas críticas circunstancias estuvo en sus manos la presidencia, pero no todos saben los lazos que se tendían a la lealtad y la máxima parte que cupo a Gener en descubrirlos y romperlos. En el pecho español de Tomás Gener se estrellaban todas las maquinaciones de nuestros enemigos internos y externos, y el pecho animoso de Tomás Gener repelía poderosamente los temores que se le quisieran infundir. ¿Qué vale la vida con el deshonor? Pero la inflexible historia acabará de rasgar ese velo que todavía encubre aquellas importantes transacciones, y le rasgará para más y más honor de tan beneméritos campeones. Continuemos.

Viósele siempre en el Congreso ligado con aquellos hombres que profesaban los más severos principios; y no es pequeña recomendación para Gener el singular aprecio con que le distinguió en lo sucesivo el elocuente e incorruptible Argüelles, desde entonces su más afectuoso y constante corresponsal. Verdaderamente distinguían a nuestro Gener un talento clarísimo y una gran aptitud para decir con gracia y oportunidad, pero aún más le caracterizaba aquel entusiasmarse por el mérito, y sobre

todo, aquel noble y firme corazón, que si bien brilló en las críticas circunstancias en que sucumbía el gobierno constitucional, nunca con más esplendor que en la larga época de la adversidad. Y aquí se abre una escena interesante a nuestros ojos, convertidos a la tierra de Jorge Washington; mejor diremos una serie continuada de escenas que hacen relucir sobremanera los principios políticos y morales, el alma toda entera, para decirlo de una vez, del exdiputado de Cuba. No seré yo el que intente reproducirlas todas: me bastará hablar de su resignación... no, esa no es la palabra, de su alegría, deberé decir, en medio del infortunio, alegría que le inspiraba la tranquilidad de su conciencia y el íntimo convencimiento de haber procedido con rectitud; y era tal que más bien infundía deseos de haber perdido con él que de haber triunfado con la causa contraria. ¡Cuántas veces no admirábamos todo aquel alborozo mezclado de ternura que animaba todas su expresivas facciones, cuando presentaba su digna esposa a algún recién llegado, con las palabras: “¡Esta es mi compañera de infortunio!”; como si dijera: “¡No hay desgracia para quien tiene semejante consorte!” . ¿Será menester, después de esto, encarecer tu intenso dolor, digna compañera de Gener en la fortuna y en la adversidad, compañera heroica en dulzura y apacibilidad por tan dilatado período? Yo no he pretendido consolar a mis compatriotas; mal podré escogitar consuelos para ti. Tus hijos son parte de ese mismo hombre, cuyo corazón era tuyo y también nuestro, y por eso todos lo lloramos; pero el nombre de tus hijos, en medio de nuestros lamentos, te desplazará el corazón. ¡*Benigno*, que desde el otro lado de los mares te saboreabas de antemano con el tierno abrazo que presto habías de dar y recibir de tu padre: tu padre ya no existe; ya no existe aquel hombre que se desveló no sólo para hacerte digno hijo suyo, sino digno hijo de tu patria! Tú has heredado sus talentos y él te ha dejado sus virtudes: ahí está el bálsamo para ti. ¡Llévaselo también a tu madre!

Mas, no por atender a sus obligaciones domésticas, y muy particularmente a la educación de su precioso hijo, se olvidaba un punto de la Isla de Cuba; tenía, antes bien, clavada en el corazón. No se presentaba coyuntura en que no acreditase que su adopción era de obra más que de palabra. No como quiera estaba pronto a emplearse en su obsequio a toda hora, sino que por medio de la viva correspondencia que mantenía con nosotros, con personas de varias edades, gustos y condiciones, nos marcaba e instaba para emprender cuanto desde aquel país, teatro a un tiempo y atalaya, estaba presenciando y atisbando en favor del procomunal. Así es que a uno comunicaba el proyecto económico e industrial, a otro el agrícola, a quien una novedad en la literatura, a quien un descubrimiento en las ciencias, a este otro las mejoras en los institutos de beneficencia y a aquel los progresos de la educación pública, objeto más especial de sus

desvelos y predilección. A veces no se contentaba con participar, sino que acompañaba la comunicación, ora con el tratado o la memoria, ora el informe o la estampa, y para algunos, hasta con las colecciones enteras de periódicos científicos e industriales. En una palabra, era desde allí nuestro verdadero vivificador; y tanto más, cuanto que a todo agregaba sus propias observaciones, pues no había de renunciar a su aventajada razón, al comunicarnos adelantamientos del extranjero. Hacíalo, sin embargo, con suma imparcialidad, siempre con justicia, sin prevención alguna, calidades mucho más raras y difíciles de practicar de lo que comúnmente se cree, y que por lo mismo hago especial mérito de ellas. Por donde quiera que le consideremos era éste un hombre verdaderamente singular, como aguerrido en el trabajo, y para todo le alcanzaba el tiempo; así es que por saciar su sed de datos y noticias, sobre todo para estudiar la marcha de las revoluciones y civilización de los pueblos, sostenía correspondencia con las cuatro partes del mundo, y era el mejor y más exacto de los corresponsales. Esa circunstancia, unida a su carácter natural, inclinado a servir, le ponía al cabo de desempeñar mejor que nadie toda especie de comisiones. Pero es necesario entrar en algunos pormenores para formar alguna idea de la escrupulosidad y conciencia con que él mismo las evacuaba. Ellos me serán dispensados en gracia de la luz que arrojarán sobre su verdadera índole. Bien fuera que entendiese o no la materia sobre que recaía el cargo, consultaba indefectiblemente con los más peritos en ella, y los consultaba por separado, para cotejar y balancear sus razones; y cuando el asunto no le era familiar, ya se deja ver cómo redoblaría todas las precauciones. También llevaba la máxima de inspeccionar siempre y cuando el objeto se prestaba a la inspección; y no contento de volverle y revolverle en todas sus fases, entraba a graduar y tantear los móviles de la opinión de cada uno, a fuer de hombre de mundo. No sería posible dar una idea exacta de su modo de proceder sin individualizar hasta la más fastidiosa prolijidad. Era necesario haber sido testigo de estas escenas para haber visto la eficacia y la inteligencia hermanadas y personificadas en nuestro Gener. Mientras *no redondeaba el expediente*, según su expresión favorita, no se daba por satisfecho. En una palabra, él consultaba hombres, compulsaba libros, inspeccionaba objetos y formaba juicio. ¡Tal y tan grave era en su concepto la responsabilidad en que le ponía el desempeño de un encargo!

Con este motivo no será fuera de propósito hacer una breve reseña del método que empleaba para estudiar a fondo una materia. Nunca vi practicar mejor las más seguras reglas de la crítica. Proponíase, por ejemplo, tomar una revolución desde su origen y seguirla en todo su desarrollo y paso a paso: pues no perdonaba medio ni oportunidad para reunir cuantos datos son imaginables para sentar su juicio en el par-

ticular. Buscaba gacetas, recibía cartas, estudiaba la geografía del país, las costumbres de sus habitantes, aprovechaba la coyuntura de consultar con los naturales o extranjeros, comisionados o residentes, o que hubiesen residido, observaba atentamente los pasos dados por los otros gobiernos, se informaba escrupulosamente del estado de los negocios mercantiles, como uno de los más exactos barómetros, y discernía los hechos con su natural sagacidad y los pesaba con aquel pulso práctico e imparcialidad acostumbrada. No es extraño, pues, que tuviese aquel golpe de vista tan certero para pronosticar por los síntomas la tendencia y término de una revolución. Díganlo, entre otros testimonios, sus predicciones respecto de la conducta y aun de los más leves movimientos de Simón Bolívar. Parecía que estaba dentro de su propio cerebro para leerle las intenciones, aun en los rasgos que más parecían contrariarlas. Acuérdomé que cuando Bolívar encerró a Santander⁸⁵ en las bóvedas de Boca Chica, al punto de saber Gener la noticia aisladamente, y cuando todos creían segura la muerte de Santander, él dijo rotundamente que de ninguna manera le quitaría la vida el Dictador; que haría, sí, que los jueces le presentasen culpable y le acriminasen sus acciones más indiferentes y hasta le impusiesen la pena corporal; pero que él aprovecharía la oportunidad para hacer de clemente y justificar el destierro de su rival; y ésta fue la historia al pie de la letra, como nadie ignora actualmente. Su acrisolada honradez, su perspicacia completamente aplicada a varios ramos y mayormente a los de legislación, educación, comercio e industria, su consiguiente vastísima instrucción, para la cual le ayudaba aquella inmensa memoria en donde toda especie nueva quedaba firmemente impresa sin borrar ni enturbiar a la antigua, su trato fácil y comunicativo, su amenísima conversación, su constancia y alegría en las desgracias, su notoria imparcialidad para juzgar, todas estas prendas reunidas hicieron sumamente respetable a la persona de Gener para todo el pueblo de los Estados Unidos, y su voto, en extremo apreciable para los hombres más distinguidos de esa nación, práctica y experimentadora por esencia. Gener conoció a los angloamericanos; pero también los americanos conocieron a Gener.

Y ya que hemos tocado su señalada imparcialidad para fallar, es necesario hacer mención de una dote que le era peculiar. A él estuvo reservado combinar el patriotismo con el provincialismo, sin perjuicio de amor a la patria adoptiva y sin prevención contra el extranjero. Era buen español y buen catalán, era buen cubano y buen hombre, y su juicio estaba siempre

85. Vid. *De la vida íntima*, B.A.C., tomo III, p. 51.*

* En la presente edición ver tomo V. (N. de la E.)

sentado en el fiel de la balanza para escoger lo bueno y desechar lo malo, de donde quiera que viniese. Patriota, empero, antes que cosmopolita, lloraba con lágrimas amargas los descalabros y cuitas de la patria; pero justo antes que todas cosas, no cerraba las puertas de la patria a las reformas y adelantamientos que viniesen de afuera, como han hecho algunos patriotas, por otra parte de muy buena fe, movidos por un espíritu de prevención o por un amor mal entendido a las cosas propias. ¡De cuántos bienes no privarán estos tales a su idolatrado país! Reflexionen siquiera que siendo más justos, serían forzosamente mejores patriotas. Pero estos milagros no los hace sino la doctrina del *examen*, que era la que profesaba, no teórica, sino prácticamente, nuestro lamentado Gener. El examen produce el conocimiento, el conocimiento derriba la muralla de la prevención, y ésta derrocada, entra de seguida la justicia, llevando en pos suya la tolerancia y el amor.

Ya hemos dicho lo que tenía en Gener su familia. ¿Y qué no sería para sus amigos un hombre para quien era la primera de las recomendaciones el mero nombre de *cubano*? Nombre a cuyo influjo todo él se ponía en acción y movimiento para desplegar sus favores y obsequios. Y sus amigos predilectos, sus compañeros inseparables por el vínculo espiritual de las opiniones aun más que por la misma realidad de las cosas, sus verdaderos hermanos, bajo más de un aspecto, ¿cómo podrán resistir este golpe tan inesperado cuando atraviere los mares la fatal nueva? ¡Hombres fuertes y virtuosos a la par que modestos, hombres a quienes pertenece de justicia una buena parte del elogio que consagro a vuestro amado compañero, permitidme... pero qué digo permitidme, estorbad si podéis que mi alma separe las imágenes de Varela y de Santos Suárez cuando se representa la de Tomás Gener! ¿Qué puedo yo deciros que vosotros no experimentéis? Pero los que no tuvisteis la dicha de tratarle, sabed que su noble corazón se enternecía con el ósculo de la amistad. Gener, aquel Gener interpérrito siempre para decir la verdad en todo y a todos, Gener también lloraba, compatriotas míos, aquel Gener que en sus últimos momentos instruía y hasta discutía imperturbable con sus testamentarios; porque Gener se volvía todo afecto, calor, vida, entusiasmo. Su alma era tan noble y majestuosa como su rostro y su figura. La misma lozanía que brillaba por fuera, reinaba sin mancilla por dentro: allí era la morada del candor y de la ingenuidad. Traed a la memoria aquella noche del once de noviembre pasado, aquella noche, toda de efusiones patrióticas, en que nos congregamos en santa reunión para celebrar su bienvenida y saludar la feliz aurora de la patria. Traed a la memoria aquella noche en que al calor de los sentimientos y recuerdos que todos nosotros le inspirábamos, vimos correr las lágrimas a raudales por sus sonrosadas mejillas, y alzándose en medio de la mayor agitación para decirnos con voz levantada, pero trémula: “No más, no más, no

puedo resistir a este torrente de afectos que me arrastra. Mi conciencia siempre me dijo que había obrado bien, pero ahora que me lo asegura la voz unánime de mis compatriotas predilectos, tengo la mejor sanción que yo pudiera apetecer, y experimento sensaciones inefables”. Y ved aquí cómo el amor por nosotros vuelve a aparecer sobre la escena, ved cómo él era uno de los móviles y objetos más principales de Gener. En una palabra, Gener se había identificado en todo y por todo con este agradecido terreno.

Efectivamente, apenas regresa a Matanzas empieza a promover cuanto está a su alcance en beneficio de la educación pública. La Diputación Patriótica de aquella ciudad no puede desconocer el impulso que se le daría poniendo a nuestro patriota a su cabeza, y se apresura a nombrarle su director en las elecciones de diciembre inmediato; apenas nombrado, trata de establecer y establece una biblioteca, o sea, gabinete de lectura que estaba ya proyectado tiempo hacía, pero que no acababa de fundarse. Contábase con algunas obras desde el año 1831, pero no contento todavía con ellas, convoca y cita a todos sus amigos de la capital para que le contribuyan con su cuota de libros y enriquecer así la naciente biblioteca. Hace de su apertura una especie de solemnidad patriótica y pronuncia un discurso en que nos asegura de nuevo que Cuba es de veras la patria adoptiva del fundador. En medio de estas patrióticas tareas, le asalta un mal espantoso que a todos nos pone en consternación por su existencia; y cuando ya le habíamos rescatado para la patria a fuerza de dolor y de votos, he aquí cómo viene de nuevo un accidente cruel e imprevisto a cortar este hilo tan precioso y a derribar con él... ¡Ah, patria mía! ¿Por qué no permitió el cielo que hubiera permanecido en aquella mansión hospitalaria, desde donde podía seguir dispensando el bien a este suelo que le había de ser tan ingrato como agradecidos sus moradores? ¿Qué es lo que pasa por ti, de algún tiempo a esta parte, perdiendo a tus hijos más predilectos?

¡Qué! ¿Se va a exterminar el número ya reducido de los que creen en la virtud y abominan el egoísmo? ¡Ah! No permitáis que se apague la sagrada lumbre por falta del debido pábulo, dignos compatriotas de Tomás Gener. De lo contrario, no sólo clamaremos ahora, sino después y para siempre, con el acento ya extinguido y agotadas las fuentes de los ojos... *Quis desiderio sit pudor aut modus tan cari capitibus*⁸⁶

86. “¿Cuál es el freno o paliativo del dolor por la pérdida de tan preciado adalid?”

XV

ELOGIO DE DON NICOLÁS MANUEL ESCOBEDO

PRONUNCIADO SOBRE SUS RELIQUIAS
EN EL CEMENTERIO DE LA HABANA
EL 19 DE AGOSTO DE 1840

*(Revista de la Habana,
1853, t. I).*

El oyente que una a la conciencia de los hechos la benevolencia hacia aquéllos cuyo elogio se pronuncia, quizás hallará cuanto se diga inferior a lo que quisiera escuchar y a lo que sabe; y el que no conoce las cosas por sí mismo encontrará, por envidia, exagerado todo lo que se eleve mas allá de su propio carácter.

TUCÍDIDES.

Ahí están los restos mortales de Nicolás Manuel Escobedo, que desde las márgenes del Sena ha atravesado los mares para venir a descansar en el seno afectuoso de su patria. ¡Abre los brazos, oh madre Cuba desconsolada, para estrechar por última vez uno de los primeros entre tus hijos!; al primero, sin disputa, entre tus oradores, cuya voz predominante y sobrehumana para siempre se apagó en la lobreguez y en el silencio de la muerte. ¡Cuántos sentimientos contrarios y agolpados agitan y conmueven en este momento mi pobre fantasía y mi acongojado corazón! Yo quiero, y no puedo, tributar a la memoria de uno de los hombres más marcados que ha producido esta tierra de bendición (o al menos de promisión), a uno de los pocos personajes que en este suelo pertenecen a la historia, si es que historia llegamos a tener; yo quiero, y no puedo, tributar a su memoria el homenaje que de derecho reclama de todos nosotros, y muy singularmente de quien honraba con su más acendrada amistad y

benevolencia. Y no ya aspiro a rendirle un tributo digno de su valor, pues a tanto no podría llegar yo, ni aun en medio de toda la serenidad y contracción de que fuera capaz mi espíritu, hoy impresionado y atribulado. Porque ¿quién será bastante sentido y elocuente para pintar ¡qué digo pintar!, para reflejar siquiera débil y miserablemente el poderío inmenso de aquella voz y de aquella razón superior con que así se enseñoreaba de los sentidos como del ánimo de sus oyentes, tan luego como empleaba la palabra? Para pintar las proezas de Aquiles, se necesitarían las fuerzas de Homero. ¡Ah, y aun así, cuán mezquino recurso el de la pluma para trasladar al espíritu de los lectores las impresiones lanzadas por la voz humana! Cuando nos vemos en el estrecho lance de permitir semejantes ideas, es cuando, despechados y desconsolados, arrojamos el mismo instrumento que en otras circunstancias sirviese de solaz y alivio a nuestro oprimido y apresurado corazón. Así pues, yo, desesperanzado de comunicar lo incomunicable, lanzaré un grito, un lamento sentido, sin orden ni concierto, como cuando de veras lloramos, un lamento sobre la tumba del hijo predilecto de la patria y del amigo adorado del corazón, para que, viéndome todos llorar a torrentes, derramen también los demás una lágrima, no sobre su suerte... ¡Oh, no! que habiéndole puesto naturaleza de intento para inspirar compasión, siempre infundió respeto y veneración, sino sobre la suerte del país que le vio nacer, al contemplar los hijos que pierde, hijos que en todas partes serían joyas, y entre nosotros llegan a ser más preciosas margaritas.

Yo no sé por dónde comenzar el bosquejo de figura tan colosal; pero voy a trazarlo en un solo rasgo: fue un orador consumado en toda la fuerza de la expresión, y con esto queda entendido que estaba dotado en grado eminente de todos los dones internos y externos en que descansa el poder de la verdadera elocuencia, no la habilidad de un retórico, sino el poderío que no puede alcanzarse sin reunir las dotes del corazón a las luces del entendimiento, y sin que unas y otras reciban cuerpo y vida de las circunstancias exteriores o instrumentales, por decirlo así, para conseguir el fin importante de la persuasión y del dominio de los corazones. Todas estas condiciones se complació naturaleza en derramarlas a manos llenas y concentrarlas, como en un foco, en la cabeza del grande habanero que malgrado lamentamos: entendimiento clarísimo y gigante, pecho por sobre todo lo noble y levantado, presencia gallarda e interesante, una cabeza que aun vista por detrás era imponente y persuasiva, una frente donde brillaba la luz del Eterno, y brillaba e iluminaba en derredor, a pesar de habersele apagado la luz de sus ojos. Antes, esta falta de suyo lastimera y nociva al efecto general que puede producir una hermosa fisonomía, realzaba y hacía más imprevista la de Nicolás Escobedo, pues habiéndole naturaleza formado para mandar,

apenas se presentaba aquel viejo tan respetable como el padre Homero, cuando a todos los concurrentes hacía sentir el peso de su propia superioridad. No se advertía un movimiento, un ademán, un gesto en todo su exterior, que no indicase hidalguía, finura y elevación de sentimientos; de modo que la primera impresión que despertaba en sus observadores no era la de la lástima y conmiseración, sino la del respeto y recogimiento, viniendo en seguida, y sobre todo después de haber oído su habla divina, a excitarse fuertemente en los ánimos, el dolor de que hombre tan eminente estuviese privado de aquel sentido que más bellos y más variados goces proporciona a todos los miembros de la comunidad. Era tan noble y elevado el temple de su alma, como lo era el aire de su cuerpo. Pocas veces hemos presenciado, en esta vida, un reflejo más fiel del hombre interior en el hombre externo. Aquí podríamos admirar más que en ningún caso esa como armonía preestablecida entre las dotes corporales y espirituales del mismo hombre. Jamás se vio al cuerpo prestando servicios más propios y eficaces para asegurar el triunfo del espíritu entre los frágiles mortales. Estos hombres son los que a justo título, y sin blasfemia, pueden llamarse instrumentos de la Divinidad sobre la tierra. Pero ¿puedo yo hablar de las dotes exteriores del orador cubano, puedo llamar siquiera su imagen a mi atribulada fantasía (no es menester llamarla, que siempre está conmigo), sin dar el lugar preferente, que ella misma se abría y proporcionaba, a la primera de esas condiciones, a aquella voz grave, rotunda, mágica, majestuosa, toda dignidad y grandeza, mezcla singular de templanza y fervor; aquella voz sin igual, indescriptible y predominante, que una vez que se hacía oír todos callaban, y hasta los oradores se volvían oyentes y renunciaban a su propia palabra, que como sonrojada y corrida, huía a esconderse y eclipsarse bajo la sombra íntima de sus innobles pechos? A la manera que el órgano potente, ocupando por grados todo el ámbito del sacrosanto templo, va apagando y cubriendo todos los sonidos inferiores que por sus bóvedas cundían, al paso que infunde silencio involuntario y sentimientos inefables de recogimiento y religión en el ánimo de los fieles oyentes, y hasta a los infieles los acalla por el momento y los doblega a la contemplación, tal es el imperio de la armonía sobre todo el linaje humano! Empero, salgamos del reinado de los sentidos para internarnos en la morada de la inteligencia. Aquí es donde reside el verdadero y universal poderío, el que a un tiempo cautiva a las masas y a los sobresalientes. Difícil por extremo sería determinar la cualidad predominante y característica del entendimiento de nuestro Escobedo; podría asegurarse que su individualidad, como la del mundo, la constituían circunstancias, que no como quiera suelen encontrarse combinadas en la misma persona, sino que aparecen contradictorias entre sí, o

que se excluyen mutuamente. Tal era, por una parte, aquella vivísima imaginación, no sólo fecunda en inventar recursos que ni a los más apurados ingenios ocurrían, sino ardiente para sentir y hacer sentir; cuanto fina y sagaz para vestir el pensamiento con todo el atavío de las imágenes y todas las gracias de la locución más fluida que jamás salió por labios humanos, y por otra, aquel entendimiento tan frío y sereno para meditar y aconsejar; aquel lastre y aplomo que pedía el Canciller Bacon para los vuelos del espíritu, remontado por las alturas etéreas en alas de la fantasía. Quien le viera operar después de haberle oído hablar, se figuraba ver un mismo hombre en el concierto de los hechos con las palabras, y dos hombres diversos en la templanza y serenidad al ejecutar, en contraste con el calor y brío en el decir. Al mismo hombre que acaba de ser el más espléndido y brillante orador, prodigando las galas de la armoniosa lengua de Castilla, se le advertía después una precisión y sencillez escrupulosa, dictando los términos de un contrato o las cláusulas de un testamento. Por eso era Escobedo el primero de los abogados; por esa rara mezcla de hielo y de fuego que constituye las almas grandes. Pero no había prenda que no le habilitase heroicamente para las lides de la arena forense, o mejor dicho, para la arena de todos los negocios humanos. Nunca se vio hombre que hiciera más suyas las cosas ajenas; era el verdadero patrono de sus clientes. Cuanto más críticos y empeñados eran los lances que oprimían sus ánimos atribulados, tanto más pronto, numerosos, enérgicos y eficaces eran los recursos y arbitrios que escogitaba aquella fecundísima cabeza, que no estaba en su centro sino luchando con las dificultades y contratiempos; hombre que empuñaba denodado el timón cuando ya todos los pilotos abandonaron la nave combatida a merced de los vientos y de las olas, y que en medio del mismo huracán sabía volver la calma y la esperanza a los que más perdida la habían. Podría haber y habría quien revolviere más textos y comentadores de jurisprudencia; pero quien conociera mejor los hombres y las cosas y las circunstancias y lo que éstas podían y lo que rechazaban, para no aventurar el éxito del negocio en alas de la menor casualidad, no lo he visto hasta ahora, ni espero verlo jamás en el resto de mis días. No es el hombre más elocuente del orbe el que más nos encanta o nos halaga, sino el que más nos mueve a la acción. Aquí está el triunfo de la palabra, el que edifica convicción o destruye pretensiones. ¡Cuántas veces, desatados los acreedores como enjambre de abejas embravecidas contra un malhadado deudor; a quien creyeran origen voluntario de la ruina común, aparecía el conjurador sobre la escena, y uno a uno iba haciendo embotar los agujiones a los enfurecidos y derramando al mismo tiempo el bálsamo de salvación y de consuelo en el seno de una familia, arrancada por su palabra del potro del marti-

rio en que yacía! Criatura que, hallándose mejor dispuesta y municionada que ningún campeón para la guerra, era siempre el primero a proponer la paz. ¡Yo te saludo en nombre de la agradecida humanidad, genio sobrehumano, que lejos de ceder a las tentaciones con que podían acosarte esos mismos dones de que te regaló la providencia, los convertiste en uno de los tantos medios que se te dispensaron para alcanzar sólo grandes fines! Si el hombre extraordinario que lamentamos no se moviera en un teatro más amplio y adecuado, cual se movió en la estrechura del foro de la Habana, ni en ella sola resonaran sus alabanzas, ni sus elevadas dotes tuvieran por intérprete a un hombre obscuro e inexperto que no puede transmitir la verdad que en sí tienen, ni darles el prestigio y autorización que merecen. Muy atrás hubiera dejado el orador cubano la reputación de muchos próceres de la palabra, por otra parte de grande y conocido mérito en el horizonte jurídico y en el político de la civilizada Europa, nuestra maestra universal. Yo no acostumbro hablar sino según mis propias convicciones. Crea cada cual lo que gustare, que lo atribuyan unos a exageración de amor patrio, otros a exageración de amor individual; yo no hago más que decir la verdad como está esculpida en el fondo de mi pecho, después de un severo examen de conciencia, declarando que no he visto ni oído en cuanto llevo recorrido así del mundo antiguo como del nuevo, un orador contemporáneo que pudiese forcejear con este Hércules de la palabra. Era menester haberle tratado íntimamente para conocer hasta dónde se remontaba el águila y hasta dónde llegaban las fuerzas del león. Hay oradores que son brillantes y lúcidos en la exposición, pero que sucumben y no pueden reunir en batalla la falange de sus razones, apenas se presenta la réplica; así como, por el contrario, se dan otros que ni se sabe ni saben ellos mismos lo que son hasta que el choque con las contrarias opiniones no han encendido ni quemado sus almas. Tal es entre éstos el famoso Brougham.

Escobedo todo lo abarcaba y reunía. Era el improvisador por excelencia. Me pasaba efectivamente ser testigo de aquello que era lo más habitual y ordinario en este hijo predilecto de Dios. Ved aquí lo que presencié un millón de veces. Se le instruía repentinamente, y aun del modo más desordenado, y hablando e interrumpiéndose varios a la vez, en el negocio más complicado y ajeno del orden de ideas con que estaba familiarizado; y apoderándose sin demora su poderosísimo cerebro de esos materiales indigestos, groseros, diminutos e informes, salía a la luz del mundo un discurso, el más comentado y ordenado que imaginarse pudiera, cual nadie podía esperarse; un hijo tan lozano y rozagante que a todos proclamaba el poderío instantáneo y milagroso de su padre. Ya aquel hombre sabía más en la materia, que cuantos informantes le instruye-

ran. Todo cuanto hablaba era digno de ser impreso, así en el asunto más grave, como en el más trivial; y no era una vana palabrería, no era un susurro blando y continuado, rico de flores y mezquino de frutos; eran luces y más luces que a raudales vertía sobre lo más enmarañado y opaco del negocio; eran muchos puntos de vista con que sorprendía aún a los más entendidos o inteligentes, porque la primera circunstancia característica de su elocuencia era la claridad y el orden. Admiraba ver un espíritu tan esencialmente metódico y organizado como esencialmente atrevido. Era el águila que remontaba el vuelo, no para hacer una vana ostentación, sino precisamente para mejor volver sus ojos sobre los intereses de sus hijos y protegidos.

De intento no he querido pintar a nuestro Escobedo exponiendo desde la cátedra las doctrinas de la ciencia social con la maestría y brillantez que ninguno de sus compatriotas ignora: todavía no era ese el más a propósito teatro para juzgar cumplidamente de sus fuerzas. Yo quiero transportar al rector al interior de su morada, rodeado de las cuatro paredes de su alcoba, y allí entrar con él en discusión, y mano a mano, sobre los puntos más peliagudos de los negocios humanos, o de las ciencias morales y especulativas. Allí admiraría la limpieza, perspicuidad y brillantez de la exposición; allí, sin preparación de ningún género, sorprendida la naturaleza como *infraganti*, allí la felicidad, la oportunidad de las pruebas y las ilustraciones; allí sin degenerar en el sofisma (era muy severa su razón), agotar cuanto de favorable y plausible pudiera alegarse, hasta en gracia de una causa al parecer perdida y desahuciada; allí, en fin (y para este punto era para cuando debía guardarse nuestra ya cansada admiración), desplegar, no diré todos los recursos de la oratoria, sino inundarnos con el riquísimo tesoro de sus meditaciones; allí era donde triunfaba el pensador y alzaba erguido el estandarte del pensamiento, así como llevaba siempre levantado el de la palabra. Así el San Lorenzo corre claro, magnífico, veloz y cada vez más noble y anchuroso, cuanto más avanzado va en su dilatado curso; pero no ostenta todos sus primores y portentos hasta que la existencia de la montaña y despeñaderos no le ofrecen ocasión de formar sus vertientes y cascadas para proclamar el poderío de la naturaleza y conquistar nuestro asombro con el espectáculo de la sublimidad.

¡Qué cabeza tan privilegiadamente organizada! Cabeza nacida para la meditación, y luego acrecida y fomentada esa grande tendencia por la falta misma del más precioso de nuestros órganos. ¡Qué difícil era hallar en todo el ámbito de nuestro conocimiento un hombre bajo todos conceptos tan interesante como ese ciego, que era el hombre de vista más larga y perspicaz en toda esta tierra de Cuba! Todas sus facultades intelectuales, incluso su tenacísima memoria, eran naturalmente firmes y vigorosas; pues muy desde sus tiernos años había dado muestras irrefragables

de lo prematuro de su entendimiento, habiendo admirado en su oposición a la cátedra del Texto Aristotélico, que obtuvo con la borla de Filosofía a la edad de 17 años. Apenas pasaron dos más cuando ya había perdido esas dos lumbreras del alma, que lo son en más de un sentido; pero la mano de la Providencia sabe no sólo restaurar, sino indemnizar con usura las graves heridas que para probarnos a los frágiles mortales, nos infiere o deja inferir en este valle de lágrimas y padecimientos. Aquella memoria, aquel entendimiento, aquella voluntad, de suyo tan enérgicamente templadas, se vieron, obstruida la principal puerta, obligadas a replegarse y concentrarse sobre sí mismas, y así adquirieron doble vigor y poderío. Vistióse de nuevos medios de sentir aquella alma, entregada ahora, como si dijéramos, a otro sentido más espiritualizador y de más exquisita categoría. Es verdad que se veía privado de la donosura y esplendidez que ostenta este rico retablo del pincel de la Divinidad; es verdad, que se veía, que se sentía, defraudada de los goces, de los consuelos, de las distracciones que han menester para su alivio y solaz los dolores inherentes a la humana naturaleza, y el genio mismo de la meditación para poder continuar su propia obra; pero en recompensa podía decir el ilustre ciego: “yo me he formado fruiciones en lo más recóndito de mi alma; allí no hay noche ni día; allí está la imagen de la Eternidad, la actividad constante y perpetua de la razón; y yo he podido derramar torrentes de luz sobre todos los objetos que miro con los ojos del entendimiento, porque toda la luz que baña el mundo externo ha venido a recogerse y concentrarse en el ardiente foco de mi conciencia”.

Efectivamente, compatriotas míos, fácil era persuadirse que un ciego de este temple no había de ser un ente tan desventurado como pudiéramos figurarnos a primera vista. La amenidad y encanto de su dulcísimo y jovial comercio a presto nos hacía borrar esa equivocada impresión, en términos de olvidarnos a veces completamente de su infeliz estado, y otras quedarnos más atónitos de los recursos que encontraba para distraerse y distraernos aquel entendimiento gigantesco, dentro del repositorio de sí mismo. En el trato social se le descubría una sed insaciable para adquirir toda especie de conocimientos, conocimientos que después aprovechaba en el desempeño de su profesión, pues nadie más que el abogado, a fuer de orador, necesita mayores y más variadas nociones en todas materias. Pero si mucho sacaba Escobedo en el trato y roce con la sociedad, más era sin comparación lo que daba que lo que recibía. Era singularmente interesante e instructivo oírle las exquisitas y profundas observaciones que le había sugerido el roce con los hombres por medio del oído, reconociendo en la fisonomía de la voz, por decirlo así, las intenciones y el carácter de las personas que con él trataban. No se engañaba jamás en su descubrimiento cuando una vez se figuraba que la voz correspondía a un hombre pusilá-

nime y tal otra a un valiente, ésta a un irresoluto, aquélla a un menguado. Nos revelaba, en fin, un mundo completo de novedades a todos los que contábamos con nuestros cinco sentidos. Este mismo orden de observaciones, y acaso también la calidad de su espíritu naturalmente escudriñador y profundo, le llevaban con una propensión irresistible al estudio de los fenómenos fisiológicos y patológicos del hombre, a que consagraba cuantos momentos de respiro le dejaban sus vastísimas y complicadas atenciones; ocios de que sacaba el mejor partido para su instrucción, gracias a la tierna solicitud del aventajado discípulo de Hipócrates, su íntimo amigo, y por este título dos veces mío, que le servía de intérprete y expositor de las obras más afamadas en la materia.

Yo te daba entonces y todavía te doy el parabién, ¡oh digno hijo de Esculapio! por lo que contribuías no sólo a endulzar la existencia del más interesante de los seres, sino a fecundar y nutrir aquella vasta inteligencia con el pábulo que le era más propio y adecuado. Así no es extraño que sobre todas las materias, aun las más ajenas de su profesión, tuviese nuestro malogrado compatriota las ideas más exactas y circunstanciales, y se hallase exento de aquellas preocupaciones que, como verdaderas epidemias mentales, suelen aquejar hasta a los entendimientos menos vulgares. Tal es, entre otras, la incredulidad en el poder y hasta en la posibilidad de la medicina, cuya eficacia, por el contrario, sustentaba Escobedo, como existente nada menos que sobre las necesidades más imperiosas de la humana naturaleza, verdadera roca sobre la cual se levanta el edificio de la ciencia. Esta exactitud y abundancia de ideas sobre todas las materias le habilitaban con las demás prendas que le eran congénitas y quedan enarradas, para ser una lumbrera siempre encendida en el santuario de su profesión. Pero ¿qué circunstancias no concurrirían en él para darle la palma entre los directores? Hemos dicho que naturaleza le forma para mandar; y esto no sólo por el valor impertérrito de que lo dotara, sino porque era capaz de descender hasta los últimos pormenores en la ejecución de un vasto plan, desde la altura de una idea madre y comprensiva. Ayudábale para ello muy singularmente aquella eficacia y vivacidad que llegaron a ser proverbiales, pues penetrado íntimamente de que los planes mejor concebidos, muy a menudo se malogran tan sólo por la negligencia en algún particular que se juzga de poca monta, echaba el resto de su actividad para poner en movimiento e instantáneamente cuantos resortes y recursos le sugerían su fecundo ingenio y su hondo conocimiento de los hombres, y aun de las especialidades de cada hombre. Bien pudo decirse de él con más razón que de ninguno, “*nihil actum reputans si quid superesset agendum*”;⁸⁷ a que agregaría yo que ninguno distribuyera mejor los papeles para el logro de

87. “consideraba que no había hecho nada si le quedaba algo por hacer”.

la acción, ni se valiera mejor de las razones especiales que pudieran obrar en cada actor de los comprendidos en el mismo drama. Por eso era orador por excelencia, no sólo deleitándolos con la palabra, sino haciéndolos proceder y moverse a su antojo.

Esta eficacia, esta actividad sin igual de nuestro Escobedo, que parecía multiplicarse según eran más apuradas y aflictivas las circunstancias, rasgo característico de su ardientísimo corazón, nunca se desplegaba más admirable que en obsequio de la santa amistad. Allí era donde se vertía todo el bálsamo de su pecho y el tesoro de su entendimiento. Ningún mortal amó nunca con más vehemencia y decisión. Si peligraban los intereses o la vida de sus amigos, entonces se entregaba a merced de aquella fuerza inagotable e irresistible que abrigaba en el fondo de su alma; entonces se descubría toda su noble abnegación; entonces empeñaba el lance, sobreponiéndose a toda humana consideración: ya no se trataba para él más que de ganar la batalla. ¿Podré yo silenciar, hombre prodigioso, amigo del alma; podré yo silenciar... (me atraería la nota del más ingrato de los mortales) aquellos tus esfuerzos e insinuaciones, y tus consuelos de todas clases; tu entendimiento, tu voluntad, tus recursos, tu pensar continuo y exclusivo, aun en medio de otro acerbo pesar que traspasaba tu pecho, bebiendo de las lágrimas que por una hermana derramabas; todo, todo prodigado sobre aquel hombre de dolores, a quien en el lecho mismo de la muerte ayudabas a disputar la presa al más formidable de los enemigos? Ese hombre es el que a duras penas, y compulsado por la ley del deber, sostiene todavía esta alma cansada de tanta lágrima como ha derramado, para derramar y hacer derramar muchas más sobre la tumba de Nicolás Manuel Escobedo, varón cuyo concepto acerca de mi espíritu o de mis ideas me infundía valor a mí mismo, y me hacía creer que algo podían valer algún día; porque a decir verdad, naturalmente y por mí propio, jamás me figuré que pudieran ser de alguna utilidad, ni mereciesen la pública consideración.

Demostrada está la nobleza y elevación de esta grande alma, en la cual no entró ni chispa de aquella bastarda pasión que suele infectar a los hombres de letras, la envidia. Él hallaba siempre lugar para el mérito, es decir, para el verdadero mérito de cada uno que se distinguía; pues, a fuer de pensador original, atacaba con el mayor denuedo las reputaciones usurpadas. De los hombres realmente grandes suele huir como desfavorida esa pasioncilla rastrera, que para nada necesitan por hacerles sentir naturalmente el peso de su propia superioridad. Hay en ellos como un viento perenne, cuya corriente no deja parar ni anidarse ningún género de sabandija en el albergue de su pecho. Tal era Nicolás.

Pero vosotros, los que estas sentidas líneas repasáis tan rápidamente como van tiradas, ¿creéis ya por ventura conocerle a fondo? Os engañáis notablemente, que todavía no os he representado la mejor parte de tan grave razón, toda la grandeza de su alma.

Aquí corren los hechos hacinados sobre mi fantasía para buscar salida por la pluma. Yo, empero, elegiré tan solamente dos, bastantes y aun sobrados para graduar el temple de aquella alma digna del tiempo de los Escévolas y de los Catones. Hallábase hace más de veinte años en París... (¡París, que tan fatal le había de ser!) cuando acababa de perder la vista, buscando no ya remedio a lo irremediable, sino alivio a los crueles padecimientos que aquella pérdida le dejara, como si ella sola no fuera bastantísima todavía para agotar el insondable caudal de su longanimidad y grandeza. Invoca en su agonía los consuelos y auxilios del primer operador de la época. Llama al ilustre facultativo, le expone circunstanciadamente el caso, y no hallando éste en su vasto saber más eficaz recurso, le dice: “Señor, es menester vaciar los ojos”. “¿Traéis el instrumento para verificarlo?, pues manos a la obra”, fue toda la respuesta del ciego, que dejó atónito y fuera de sí al impertérrito y aguerrido Dupuytren, que salió de allí refiriendo lo ocurrido a cuantos por las calles y plazas encontraba. Y era tal y tan inaudita la imperturbabilidad de aquel hombre que como, terminada la operación, entrase por acaso un compatriota nuestro y notase bañado en sangre el lugar de la escena, se imaginó, sin duda, que el mismo paciente había puesto fin a sus inefables padecimientos..., cuando advirtiendo el ciego su error y sobrecogimiento, le dijo con aquella voz grave y entera como su alma, que nunca le abandonaba: “no hay que asustarse; esa sangre es la que ha hecho correr de mis ojos el facultativo operante”. Si en algún mortal hubieran disculpado el suicidio sus semejantes, entonces y en otras épocas de intensos padecimientos y dolores prolongados y exacerbados por años tras años, sin interrupción ni descanso, este mortal habría sido sin duda el nuevo Job que en el padecer no menos que en la resignación nos ha ofrecido la imagen del ilustre ciego habanero.

El otro hecho es de por sí tan elocuente y característico que él solo basta para pintar a todo un hombre: su resolución de entrar en la arena del foro en las circunstancias en que él se hallaba. Verse un hombre en una situación que naturalmente no puede inspirar más que lástima, siendo el objeto de los ajenos cuidados, no pudiendo tener más que una existencia puramente pasiva, concebir el proyecto de hacer en el mundo el papel de protector, antes que el de protegido; labrarse con ello una fortuna independiente, en circunstancias de hallarse precisamente desprovisto del arma casi imprescindible para este género de campañas...; es capaz esto solo de poner en asombro a los varones más esforzados de enten-

dimiento y voluntad, al considerar el espacio inmenso y sembrado de malezas y escabrosidades que supo aquel hombre atravesar para haber logrado una soltura y maestría en el despacho de los negocios, que hubiéramos admirado hasta en el más aventajado y provisto de todos los instrumentos competentes. Ni permitiré que por un momento se compare a este héroe de la animosidad y constancia el hecho reciente del célebre historiador angloamericano Guillermo Prescott, quien imposibilitado de usar su vista para consultar tales y tantos documentos, en la formación de la historia del reinado de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, no por eso interrumpió en diez años el curso de las investigaciones, valiéndose de otras personas que le leyeran los códices originales bajo su propia dirección, y aun no sabiendo ni pronunciar los lectores (lo que aumentaba la faena del oyente) la lengua misma en que leían y estaban la mayor parte de los documentos auténticos. Este rasgo, de suyo admirable, deja de serlo y cae y se eclipse a presencia de la inmensa fatiga y mayores esfuerzos, que sin comparación tenía que impender Escobedo para el desempeño de su ministerio en el espacio de catorce años continuados. ¡Cuán distinta la naturaleza de las tareas veloces de un abogado a las lentas pesquisas de un historiador! Sólo la confección de un alegato en un negocio complicado, obra en que apremiado el defensor a veces tiene que operar con la rapidez del relámpago, requiere unos milagros de atención y de memoria en la cabeza de un hombre privado de la vista, que apenas se puede concebir la especie de tormento a que precisamente tendría que condenarse aquel entendimiento, por gigantesco que se le suponga, en los primeros pasos dados en la carrera, ínterin se le hacían habituales tan dificultosas funciones.

Que un ciego sesudo y de experiencia adoptase el partido de ser un hombre de consejo y de consulta, ya esto se entiende y parece más en el orden; que un hombre vivo de imaginación y fácil de palabra y facundia, aunque privado de los ojos, se explique con gracia y fluidez, y hasta con elocuencia, también se comprende todavía; pero que un hombre privado de ese órgano precioso, entre en el laberinto de nuestros procesos escritos, y se revuelva y salga triunfante en medio de las espinas que por todas partes erizan esta clase de negocios, sin armas, desnudo, por sí solo, sin apoyo, como un atleta, confiado únicamente en las inmensas fuerzas que le plugo impartirle el Todopoderoso, eso estaba reservado a la cabeza y al corazón de Nicolás Manuel Escobedo.

Ea, pues, abre los brazos, oh Cuba desconsolada y marchita de dolor, para recibir por última vez a uno de los primeros entre tus hijos; hijo que para ninguna madre habría sido el postrero. Yo sé que en este momento. y a presencia de sus preciosas reliquias, derramas lágrimas más abundosas y enlutas más negramente tu lacerado corazón, al con-

templar que todavía estaba el lucero en el apogeo de su órbita, pudiendo haberte dado aún muchos días de gloria y eterna remembranza al considerar —y este sentimiento maternal absorberá todo tu ser y apagará todos los demás— que no exhaló en tu regazo, sino en tierra extraña y remota, el último aliento de vida... Pero no, escucha, consuélate, enjuga tus lágrimas. Allí la Providencia le deparó una segunda patria que no le desamparó un instante; murió en el seno de los suyos y de los nuestros, y esos mismos hermanos, Cuba adorada, en cuyos pechos se recogieron sus postrimeros instantes, son los que con sentimientos propios del ilustre difunto han mandado depositar en tu seno esos restos mortales, que por tantos títulos nos pertenecen. Pero no vengamos con un estéril enternecimiento a profanar tan veneradas cenizas. *La imitación*, ved ahí el homenaje que pide su memoria. Desde el Empíreo está él contemplando si han quedado en la tierra cubana hermanos dignos del hombre que acaba de bajar a la tumba.

NOTA.— Como en la efusión que acaba de leerse, no seguí más impulso que mis propias inspiraciones, sin preguntar cosa alguna de nuestro Escobedo a los individuos de su familia con quienes estoy en contacto, sacando por mí solo su retrato según el modelo estampado en mi corazón, no había llegado a mi noticia el siguiente rasgo, que prueba cuán profundamente estaban clavados en el suyo los intereses vitales de la Madre común. Nació respirando patria, y respirando patria vivió y murió.

Habla Nicolás en el momento de abandonar su suelo para Europa (cláusula 12^a del testamento otorgado en La Habana): “Ítem: Mando que del resto de mis bienes, después de cumplidas íntegras y completamente las anteriores disposiciones, se compre sobre finca urbana e idónea en esta ciudad, un censo de capital de *seis mil pesos*, que han de producir trescientos pesos anuales de rédito, para que mi albacea los emplee en costear la primera enseñanza a veinte y cinco niños pobres, cuyo número señalo por la noticia que tengo de que los maestros los admiten a razón de un peso mensual. Sobre este punto es mi voluntad que mi albacea proceda así en la designación de los niños como en la de las escuelas, con absoluta libertad, sin que sus operaciones sean coartadas por ninguna autoridad ni corporación; pues desde ahora y para el caso de que se quiera impedir o coartar esa libertad, revoco el legado y mando que su importe se divida entre los herederos del remanente de mis bienes. Más adelante, en teniendo tiempo, haré por un codicilo la explicación del método y la designación de las personas que han de administrar esa manda piadosa, cuando fallezca o se ausente mi albacea. Entretanto, y por si muero antes de verificarlo, faculto a mi alba-

cea para que él lo haga, encargándole que en la designación de las personas cuide de que la elección recaiga en hombres virtuosos e ilustrados que estén bien firme y sólidamente convencidos que todos los bienes sociales peligran mientras la primera enseñanza no se proporcione a todos los *pobres a costa de los que tienen algo*".

¡Qué lección para los que tienen mucho!

XVI

EN LOS FUNERALES DE DON NICOLÁS DE CÁRDENAS Y MANZANO

(*Diario de la Habana*,
febrero 2 de 1841).

Mientras una voz reconocida hace el elogio fúnebre del amigo cuya pérdida deploramos, mientras este tributo debido a la virtud y al merecimiento se ofrezca por la Real Sociedad Patriótica de La Habana, no está vedado a la amistad acompañar el común lamento para estímulo de los buenos y alivio de su dolor. Pero, ¿qué diría yo a mis paisanos que no lo hayan dicho las demostraciones de la juventud y niñez, y el discurso sentido y la expresión de duelo del hombre que más derecho tiene a llorar la pérdida de los que se le semejan? ¿Qué diré yo a mis compatriotas que sea más digno de ellos que repetir por escrito las pocas frases que pudo conservar mi cartera de la improvisación del virtuoso Luz, elogiando la virtud de otro ser que iba a reposar para siempre? No tendrán la fuerza que les daba la oportunidad, los objetos que nos rodeaban, la santidad del cementerio; no la vehemencia con que sale de la boca del ilustre habanero cuanto dice, pero al cabo darán una idea de las sensaciones que pudimos experimentar los amigos de don Nicolás de Cárdenas y los que a esta circunstancia reunían la de amigos de la humanidad, de que no es una excepción la tierra de Cuba.

“Parece, señores, dijo el orador, que estoy destinado para llorar con la patria en sus cuitas. No han pasado dos lustros y he tenido que la-

mentar la pérdida de O’Farril, Caballero, Gener y Nicolás Escobedo... Está muy reciente la herida y ya otro Nicolás me hace renovar el lamento. Yo fui el constante compañero de sus trabajos, el testigo de sus esfuerzos...” El orador se detiene en indicar las tareas de Cárdenas en el largo tiempo que fue presidente de la Sección de Educación, recuerda su amabilidad, su asistencia a los exámenes, la inalterabilidad de su carácter, su celo por la educación, que fomentó indudablemente en nuestra patria. “Y no pudo ser de otra manera, expresó, habiéndose educado en la escuela del memorable don Alejandro Ramírez, otro nombre grato para los isleños de Cuba. No puedo más...” Detúvose un momento, embargado por la conmoción de su espíritu, y luego agregó: “los testimonios públicos dicen más que las palabras: cuando los hechos hablan deben callar los oradores”. Entonces explicó el señor Luz que habiendo indicado a los profesores de academias y escuelas lo oportuno que era demostrar su sentimiento en la pérdida que acababa de sufrir la causa de la educación con la muerte de su promovedor, los encontró preparados, se habían anticipado a su excitación. Efectivamente, a todos conmovió ver a los niños de las escuelas acompañar el féretro de Nicolás, a todos hizo palpar dulcemente el corazón esta prueba inequívoca de las virtudes del buen cubano. “Ese testimonio, exclamó, hijo de la espontaneidad, dice más que cuanto pudiera agregarse. ¿Y luego dirán que no hay opinión pública en Cuba? Los cubanos todos, y me extendiendo a los que no me escuchan, sentirán latir su corazón como late el nuestro cuando sepan la muerte de Nicolás de Cárdenas”.

Breves palabras que todavía resuenan en mis oídos y que van dirigidas a las almas generosas que necesitan los recuerdos del ejemplo, compusieron el discurso fúnebre del que he presentado alguna muestra. Ellas ocuparán dignamente las columnas de este periódico para que sean más generalmente escuchados. ¡Que sirvan de estímulo a la juventud cubana! A. B[achiller y Morales].

XVII

**AL DOCTOR DON TOMÁS ROMAY
EN LA MUERTE DE SU PRIMOGÉNITO**

(*Manuscrito inédito,*
julio 13 [de 18]46).

¡Anciano venerable! ¡Padre por excelencia! Cuando traspasado por el dolor y sustentado en brazos de tus hijos, prorrumpiste, ahogado por un torrente de lágrimas y sollozos, en aquellas palabras que todavía resuenan en mi oído y resonarán en mi corazón: “Sólo la Religión puede consolarme”, proclamabas junto [con la] profundidad de tu pena el primer lauro del Cristianismo: vencer, sin apagar el sentimiento. ¿Para qué, pues, tomar la pluma en la presente fatalidad? ¿Ni qué expresiones de consuelo podrán ocurrir a mi contristada fantasía, que no sean superadas por las del varón fuerte que ha sido edificante hasta en el dolor? Por eso cabalmente escribimos; no tanto para proporcionar consuelo a quien no lo ha menester, cuanto (para ofrecer) ejemplos a quien puedan aprovechar. Aparte de lo cual, por más que nos eleve al cielo la Religión del Crucificado, queriendo todavía dejarnos algún tanto asidos al suelo, siempre recibe el alma un bálsamo restaurador con las simpatías de cuantos de veras sienten con nosotros. Grande es el caudal de ellas que en el discurso de una larga vida ha recogido tu sin par mérito, así en el campo de la humanidad como en el de la patria. Ahora se acrecienta sin medida con el llanto de La Habana entera, cuyos gemidos penetrarán hasta el seno de la madre Cuba, que hará suyo el duelo de su predilecto, que se enlutará por Romay, único árbol en pie en este yermo de virtudes,⁸⁸ única lumbre ardiente de las que encendió la época imperecedera de Casas (y de Espada), (.....) sólo en edad, saber y ardimiento. ¡Sí, hombre sin mancilla! ¡Veterano de Jesucristo! La patria exclama por mis labios: “no llores más, que yo lloro por ti”. Y la Religión: “ya están enjugadas sus lágrimas”.

88. Esta frase fue tachada por el censor en el elogio de Escobedo. (Roberto Agramonte.)

XVIII

**A MI HERMANO FRANCISCO BARRETO
EN LA MUERTE DE NUESTRA MERCED**

*(Manuscrito inédito,
agosto 14... 30/46).*

Oye, postrero en el clamor, a uno de los primeros en el dolor.
El primero diría ihermana de mi corazón! si tu imagen y la de nuestra madre no se interpusieran atravesando el mío.

Sabe, hermano, que no puedo hablar al cabo de veinte días de desolación.

Sabe, hermano, que sin serlo tú en la sangre, lo has sido dos veces en la realidad, al entrar en la vida con Merced (se me arranca el alma), y al arrebatárnosla la muerte. La muerte, que destinada a destruir y cortar vínculos, anuda y estrecha estotro de nuevo temple en nuestras almas. Que tu dolor, esposo acongojado, para siempre conquistó el de tu hermano, adorador exclusivo del mérito. Dolor expresado en términos de haberme convencido que el sentimiento excede en elocuencia al genio mismo, pues aquella expresión que brotó de tu pecho, purificado por la llama del pesar, jamás podrá borrarse de mi memoria: “¡A lo que tengo miedo es a la vida!”; pero subió de punto mi respeto por tu dolor cuando en medio de la amargura de tu alma, empapado en lo más arduo de tus deberes, proclamabas la incapacidad de un hombre, a pesar de ser padre, para formar el corazón de sus tiernos hijos, faltos los pobrezuelos del nido y del calor materno. Y esto contestando a mi observación sobre la excelencia de todo el que tiembla por lo sagrado de sus obligaciones, para el desempeño de ellas, y que a fuer de tal, las llenarías mejor que toda mujer, menos Merced. Pero a mí me sucede ahora con la pluma lo mismo que antes con la palabra: me propongo consolarte, y en vez de restañar, no logro sino ensangrentar esas heridas irrestañables. “Sólo la Religión puede consolar”, ha exclamado, edificando hasta en el dolor, el hombre más grave de este suelo: Romay. Sólo a la Religión, consorcio inefable de la razón con el amor, que mira la vida bajo el único verdadero punto de

vista, como una romería en que la llevamos antes en *precario*, que de *prestado*, es concedido verter sobre el llagado pecho el óleo santo de la consolación, y ved aquí un verdadero sacramento.

Si, pues, no me es dado aliviar tu pesar, que es el mío, ni debo ni puedo ni se ha menester describir las virtudes de nuestra Merced que se hallan en boca de todos, ¿para qué tomar una pluma, que jamás se ha empuñado sino con ánimo de edificar? ¡Padre, para ayudarte a *ser madre*! Sí, carísimo hermano (qué dulce es el apóstrofe del cristianismo!). Si cada cual debe esforzarse en llenar su deber como le dicte su conciencia y hasta donde alcancen su fuerzas, yo no contemplaría satisfecho el mío, sin echar el óbolo de mi caridad sobre la *pobreza* de tus hijos, trazando para ellos con modesto pincel el bosquejo moral, ya que tienen fijo en el lienzo el retrato de su adorable madre.

XIX

EN LA MUERTE DE JOSÉ BERRIO

(*Manuscrito inédito*,
septiembre 16 de 1846).

Acaba de morir un hombre tan grave de aspecto como de alma, tan rígido en sus principios como dulce en su trato, sereno en el combate como en la desventura. Sensato entre los más sensatos; madurado por la experiencia, y apreciador de las personas y cosas por la exclusiva norma de su valor intrínseco; llevando la hombría de bien hasta la exageración, si exageración cabe en ser hombre de bien; y a fuer de tal, capaz de sacrificarse totalmente, no a medias, como suele la mayoría, por el cumplimiento de sus compromisos; adornados de todas las virtudes privadas, pábulo y fundamento de las públicas, sin embargo de no haberse ligado con el santo nudo del matrimonio; descollando por sobre todas ellas la del más acendrado amor fraternal, en que se encerró, hasta el filial después de la muerte de su adorada madre, y que reemplazó en su corazón a todos los amores, pues que amó como suyo y propio aún el renuevo de su hermano... Amor fundado al entrar en la carrera de la vida, por el común peligro, y fortificado por una suerte hermana en los días de la miseria y de la lejanía de la patria, que por sí sola es una gran miseria. Amor acrecentado por la mano misma del

Omnipotente, constituyendo a entrambos en mutua dependencia para llenar su respectiva privación... ¡Como si Dios reparador quisiera consagrar el ejemplo palpitante de lo que estos hermanos, tan estrechamente unidos que ni la muerte ni la mente puede separarlos, fueron en el discurso de su vida: “dos cuerpos regidos por una sola alma”! Manantial inagotable de aquel ambiente de *unidad* y *concordia* que se respiraba y se respirará en el seno de una familia, que no tuvo más norte que la reciprocidad de los afectos, la sencillez de las costumbres y la restricción de las necesidades, aun en la época que más favorecida estuvo por el viento de la fortuna.

Así, cuando sonó la hora de la fatalidad, a ninguno cogió desprevenido, cabiendo al venerable ciego la dicha de descansar su fatigada máquina en el brazo de una hermana digna por su fortaleza y ternura y de ser a un tiempo su báculo y su bálsamo. ¡Espectáculo verdaderamente impresionante, y aún más edificante que patético, de resignación y de consuelo! ¡Ah!, la escuela del infortunio es la primera de todas las escuelas; habiendo llegado a contemplar el que suscribe, como singulares dispensaciones del Altísimo, los azotes con que suele afligir a la miserable humanidad. Los que llovieron sobre el varón que deploramos sólo le inmutaban en los postrimeros momentos, por el vacío irreparable que iba a dejar en medio de los suyos, como si estuviera reservado a los pobres de vista ser los más ricos de corazón. Pero el hombre se revela en la lucha; y el que hemos perdido se tenía en menos, y por eso era más de lo que fue. Llamábase *José Berrio*, y nació y murió en esta santa tierra de Cuba. ¡Compatriotas! ¡Si tuviéramos las virtudes que le adornaron! Pued sabed que no escribo por él, sino por vosotros.

La Habana, septiembre 16-1846.

APÉNDICE

1

SOBRE EL GENERAL MERLÍN

(*Diario de la Habana,*
julio 17 de 1840).

Señores editores del diario de gobierno:

Sírvanse Vds. insertar en su apreciable periódico la reclamación siguiente, a lo que quedará sumamente reconocido S. S. S. Q. S. M. B.

En el artículo sobre el concierto de la señora Condesa Merlín, firmado por *Un Concurrente*, se encuentra el período siguiente, que esperamos se servirá reformar o explicar por medio de la prensa su mismo autor, si, como creemos, es hombre de noble y justo pecho, en fuerza de los datos irrefragables que a continuación exponemos.

Dice así el período: “las circunstancias que le obligaron (a la señora Condesa), a dejar su patria a los doce años de edad, y que la condujeron a París, después de haber dado la mano de esposa al general Merlín (aquí empieza), nombre, sea dicho de paso y en honor de la justicia, que ha debido más ilustración a los triunfos pacíficos, pero gloriosos, cosechados en los salones de París por la amiga de María Malibrán, que a los que recogiera en los campos del honor el edecán favorito de José Bonaparte”.

Sepa el señor Concurrente, que cuando Merlín entró en España, en 1809, era ya Teniente General, antes de conocer siquiera a su futura esposa, habiendo obtenido la mayor parte de sus grados durante la República Francesa, época en que se acostumbraba muy señaladamente atender sólo al verdadero mérito. En las guerras de ese tiempo, mandaba por cierto el Cuarto de Húsares, y en la España era ya Capitán General de la Guardia de José Bonaparte, pocos meses después de la Batalla de Ocaña. Bastárame añadir, en conclusión, pues no se necesita desplegar la hoja de sus servicios, para rectificar al aserto del señor Concurrente, que en las críticas y aflictivas circunstancias de la entrada de los alistados en París, en 1814, con su cuerpo de caballería, todo cansado y deshecho de fatiga,

dio Merlín, con asombro de los que estaban avezados a presentar y ejecutar prodigios de bazarria í diez y siete cargas al enemigo, en un solo día! Adrede me abstengo de las varias reflexiones que podría hacer con este motivo al señor Concurrente; sobre todo mediando la reputación de un ilustre muerto, porque dicen mejor los hechos que las palabras en boca de un militar, antiguo compañero de armas del general Merlín. Habana, julio 13 de 1840.—A. P.

2

CONTESTACIÓN⁸⁹

(*Diario de la Habana*,
19 de julio de 1840).

Mieux vaut un sage ennemi
qu'un imprudent ami.⁹⁰

Proverbio

Señor D. A. P.

Muy señor mío y de todo mi aprecio:

Me pone V. en un durísimo trance; mas como apela V. a la cordura y justicia de mis sentimientos, como reclama V. de un modo tan explícito la publicidad de la prensa para mi contestación, que de buena gana le remitiría a V., tal cual la estoy escribiendo, considero que en mi posición delicada el callar sería aún menos acertado que el defenderse mal, y en ningún caso quiero que se pueda acusar de contumacia ante el público.

Bien quisiera yo poder tener razón contra V., aunque fuese en castigo del artículo que ha cometido hoy en el *Diario*, y que, con mil perdones, califico de imprudente. Pero el tener razón contra V., sería además tenerla contra otras personas que por mil causas íntimas, por mil consideraciones de deferencia y amistad, deseo mantener en los sentimientos de aprecio y afección que me profesan; y respecto de estas personas,⁹¹ un triunfo de

89. Título de Roberto Agramonte.

90. "Vale más un enemigo sensato que un amigo imprudente".

91. La señora de Merlín, a que Luz se refiere, era gran amiga de éste. Véase además Figarola Caneda, *J. A. Saco, Documentos para su vida*, p. 53; y *De la vida íntima*, B.A.C., t. III, pp. 172, 219, 232, 273.*

* En la presente edición, ver tomo V. (N. de la E.)

esta naturaleza sería para mí un triunfo penoso y que no apetezco, aún suponiendo que tuviese yo datos para conseguirlo y ánimo para entablar tan inútil como intempestiva controversia.

Una observación haré antes de entrar en materia. Nuestra prensa *comunicativa* es generalmente intolerante y tacaña, amiga de la polémica y mala interpretadora, querrellosa, controversista y llena de mezquinas susceptibilidades, llegando el espíritu de quimera y provocación en los adalides de nuestra periodística artillería, hasta el punto de ponerse, como los muchachos, pajitas literarias en el hombro, sin necesidad alguna de batirse y por sólo tener el gusto de buscar pretextos de guerra. Dios me libre, señor A. P., de que llegue V. a figurarse que este arranque mío contra la injusta y belicosa susceptibilidad de nuestros escaramuzadores literarios intente yo aplicarlo directamente al caso que me pone la pluma en la mano, ni al artículo que quiero y no quisiera contestar. Lo digo, sobre todo, para que se sepa que no soy quimerista; y que huiré, tapándome los oídos, de todo lo que huela a polémica, sobre todo cuando en lugar de hechos haya que citar nombres. Sin embargo, dando vueltas y revueltas y aunque sea descargando una en el clavo y otra en la herradura, procuraré salir honrosamente del paso, y desplegaré aquí toda mi ciencia estratégica para conseguirlo. Mi opinión en el trato social (y perdónese me esta necesidad fastidiosa de hablar de sí mismo), es amiga de todas las opiniones, es una opinión modesta, que gusta de la sombra y que sabe amoldarse al parecer de los que contienden; mas, emitida al público y repetida por las cien voces de la prensa, esa misma opinión se vuelve de hierro, como los tipos que han servido para imprimirla. Sin embargo, si una mala interpretación ha podido desnaturalizarla, y se me cita y provoca con cordura y templanza a mayores explicaciones, me presentaré siempre con gusto a darlas.

Usted entra en la cuestión, señor P., como una persona que nada tiene que perder, y yo, como una que nada tiene que ganar. Domina V. soberbiamente el campo de batalla, como quien ha sabido coger su posición, a fuer de antiguo y experto militar; y yo, a fuer de recluta novicio y espantadizo, tiendo la vista por todos lados, preocupado tan sólo por una idea: la de saber por dónde mejor pueda salir a escape. Me siento, pues, en un apuro, pero voy no obstante a meter la cabeza; y si cabe, puede ser que logre pasar sano y salvo todo el cuerpo. En este momento mismo, me asalta la idea de que pueda V. ser la persona que me estoy figurando acá en mis adentros; y añadiré que sea de ello lo que fuere, y con independencia de las demás consideraciones, siempre será para mí digno de respeto y de todas atenciones un antiguo militar; participe de las glorias de los ejércitos del Imperio, y compañero de armas del general Merlín. He aquí que si yo fuese quisquilloso y no sintiese en mí la buena fe caballerosa de que quiero hacer alarde en esta explicación, alegraría que no puede V. ser imparcial,

defendiendo, por decirlo así, una causa en que tan directamente se halla interesado; pero concedo todo lo que V. dice en su artículo, y aun quisiera, a fe mía, poder agregar algunos datos más a la rápida biografía del general Merlín y al conciso relato que hace V. de su carrera militar. Sin embargo, debo declarar que ha llevado V. la cuestión a un terreno extraño y en que jamás fue mi ánimo colocarla.

Al llegar aquí, veo lleno de desaliento que aún no he dicho ni desenvuelto nada, y el lector quizás se habrá reído *intus*⁹² de esta táctica que ha consistido en mandar por delante mi vanguardia de buenas razones, a ver si logro no empeñar una acción inútil, en que se derramará... tinta, y no se conseguirá nada, puesto que estoy de acuerdo con el señor P. Voy sin embargo al caso.

Lo que he dicho en mi artículo del domingo, no está de modo alguno en contradicción con lo que V. alega, señor P., a favor del general Merlín. Usted prueba con sus citas que el señor Merlín era un valiente y digno general. Yo no he dicho lo contrario; antes bien, lo asevero a la par que V.; pero tampoco llevaremos el espíritu de parcialidad hasta el punto de creer que el general Merlín fuese una de las glorias militares del Imperio, como los Suchet, los Massena, los Davoust. El general Merlín empezó por donde empezaron Soult, Lannes y Bernardotte; y ésta es su principal recomendación. Dice V., y con razón, que sirvió en un tiempo en que sólo descollaba el mérito; y fue época aquella en efecto, tan heroicamente templada, tan abundante en célebres generales, que el valeroso Latour D'Auvergne, en medio de su patriótico despecho, arrojaba lejos de sí sus charreteras de oficial y se contentaba con el título glorioso de primer granadero de los ejércitos nacionales. Si hubiese llegado a general, quizás no habría alcanzado la fama que alcanzó como primer granadero de Francia. Vivió, pues, el general Merlín en un tiempo en que sólo el mérito se abría paso. Muchas veces este mérito consistía únicamente en saber despejar la vía de obstáculos, dando sablazos, pero en los tiempos de guerra esta ciencia no es la menos preciosa; y si no, apelo a la memoria de Murat, que se elevó hasta un trono. Sucedió, sin embargo, que alguno que otro general de Napoleón llegase a medrar en Francia en el seno de los estados mayores, y arrimado a las sombras del trono, sin contraer todos los méritos brillantes del campo de batalla, y así pudo verse un general de Napoleón, general pusilánime y de segundo orden, elevarse hasta el grado de Mariscal del Imperio y crearse, merced al favoritismo, una reputación que no alcanzaron otros con mayores méritos. Este general fue Berthier; pero no encuentro otro ejemplar que pueda citar en apoyo de mi aserto, ni aseguraría tener razón

92. "para sus adentros".

en el que refiero, puesto que es una opinión de sus coetáneos y compañeros de armas. Todo esto tiende a probar, conviniendo en ello con V., que el general Merlín sólo ha debido su elevación a sus méritos. Mas digo: si el general Merlín hubiese dado las acciones brillantes que V. refiere y las diecisiete cargas al enemigo en un solo día, bajo los muros de París, si las hubiese dado, repito, en tiempos ordinarios, habría alcanzado su nombre una grande y justa celebridad, quiero decir, una celebridad digna de méritos tan distinguidos. Pero eran tantos los hechos de bizarría y las acciones brillantes de aquella época fecunda en hazañas militares, tantos los generales eminentes que monopolizaban la gloria con perjuicio de mil generales oscurecidos, pero de indisputable capacidad, que la historia no ha podido llevar a cada uno su cuenta corriente de merecimientos. Los anales del Imperio, escritos hoy en 19 tomos, que V. conoce sin duda, señor P., no cabrían en 50 tomos de doble dimensión. ¡Qué digo! Para ese glorioso empadronamiento no alcanzarían ni los 100 tomos *in folio*, en que cierto abate de lisonjísima recordación proponía que se escribiese la historia del reinado de Luis XIV.

El general Foy no puede ser considerado como un general vulgar; pero si Foy no hubiese sido un orador eminente y un hombre historiador, su nombre habría seguido la suerte de otros muchos, dignos de más fama, y absorbidos o eclipsados por famas mayores. Al lado del de Foy pudiera yo citar otros muchos nombres, y voime acercando a un símil que creo ventajoso para mí. Usted conoce, sin duda, señor P., y ha leído las memorias de la duquesa de Abrantes, mujer de uno de los grandes mariscales ennoblecidos por Napoleón. Pues bien: antes de leer estas memorias interesantes ¿hubiera V. contestado de golpe a un curioso que de buenas a primera le hubiese preguntado quién era el duque de Abrantes? En el día contestará V. sin titubear, y yo también, después de haber sido llamada nuestra atención sobre el esposo de esta ilustre mujer: El duque de Abrantes era uno de los generales de más confianza del Emperador, y sin embargo, dígolo con toda la voz, este nombre en el día debe acaso más ilustración a la pluma aguda de la duquesa, que la que debiera en otros tiempos a los cortantes filos de la espada del duque. ¿Será esto decir que no fuese un distinguido general? Escribo tan de prisa que no he sacado de este valioso y adecuado argumento todo el partido que pudiera, para satisfacción de V. y mía; pero señor P., pongámonos de acuerdo. Sí, el general Merlín fue un valiente, un digno émulo de otros generales del Imperio. Conserven en hora buena todo su verdor los laureles militares que ha conseguido en su carrera; pero, repítolo, su nombre hoy día es un nombre artístico; luego será una ilustración militar. ¿Qué más? Diré también, si V. gusta, que es una celebridad literaria; pero ¡viva, viva sobre todo la artística!

Si verdecen aquellos marciales laureles, florecerá también mucho tiempo la corona poética de rosas, jazmines, azucenas y demás pacíficas, inocentes flores, que V. y yo, y otros habaneros amigos de las glorias patrias, tejere-mos diligentemente y complacidos, para adornar con ella las sienas de la discí-pula de García, de la amiga de la Malibrán. de la habanera ilustre que nos visita. Esta misma noche la oiremos en el teatro de Tacón. Deme V. la mano y paz durable entre los dos.

EL CONCURRENTE.⁹³

3

EL COMUNICANTE DEL FARO

(*El Faro*,
abril 27 de 1844).

—Señor Veráfilo, señor Veráfilo, ya nos vienen a trastornar el orden de nuestros boletines diarios, por los que tantas enhorabuenas me han dado para V.

He aquí el saludo con que se entró de rondón nuestro amanuense, cuando apenas penetraba la luz del día por las claraboyas de nuestro chirivital, trayendo a la vez un *Faro* de hoy, y enseñándonos un artículo.

—Veamos, don León, veamos, ¿qué trae ese artículo de los editores del *Faro*?

—No señor, no es editorial, es un comunicado escrito por una señorita, una joven, o una escritora; mire V., mire V., ¡Gertrudis Gómez de Avellaneda!

No, don León, eso no puede ser: nuestros boletines no han llegado aún a Madrid y ni por magia ha podido resollar tan pronto la señora Avellaneda que allí reside. Veamos, veamos cómo es esto. ¿Ya V. lo ve? Aquí hay dos párrafos de introducción de un comunicante que tiene mucha confianza y familiaridad con la redacción del *Faro*, que es muy conocido (allá en la redacción), o que por este motivo no se ha firmado ni con seudónimo siquiera. Después de esto, como todos son de casa, el regente, el director, el que arregla la composición, no ha puesto siquiera una raya divisoria ni ha hecho poner distinta letra al membrete de *Apuntes biográficos*, que legítimamente es la parte que corresponde a la señora Gómez de Avellaneda, y V.,

93. Artículo ingeniosísimo. Estilo inconfundible de Luz. (Roberto Agramonte.)

y otros como V., don León, que no leen antes de hablar; son los que pueden incurrir en este error:

Pues bien, sea lo que fuere, repito a V., señor Veráfilo, que ya mañana no tenemos folletín de la Merlín como los llaman ciertas trigueñas de ojos negros que no visten a la última moda de París.

—¿Por qué, don León? ¿Por las palabras que tengamos que decir a ese caballero comunicante hemos de interrumpir nuestra impugnación? Escriba V., escriba V., que esto está pronto concluido.

Antes de todas cosas, señor Comunicante, V. ha debido esperar a que se concluyese la serie de artículos que publica Veráfilo y no juzgar por sólo dos de ellos. Afortunadamente (y no se atribuirá V. el mérito de haberlo indicado, porque ya lo tenemos hecho en más de un particular), hemos encomiado las buenas dotes de la escritora y hemos encomendado a nuestros lectores párrafos enteros que nos parecen aproximados a la realidad.

En segundo lugar, señor Comunicante, nosotros no nos hemos propuesto formar el juicio crítico de un folleto que contiene tantos conceptos denigrantes al país, tantos errores, tantas supersticiones gratuitas. Hemos tomado la voz para hacer una impugnación, como si fuésemos un abogado que toma a su cargo una defensa y se propone destruir una acusación

Si V. se ha dejado adormecer por almibaradas frases, las seductoras imágenes con que la autora pinta al cielo y a la tierra cubana, al talento nacional, a la imaginación viva, al corazón blando, a la vida muelle y apática de nuestros paisanos, dorando sus amargas píldoras, trágueselas V., y buen provecho le hagan. En una palabra, le concedemos a V. que tenga muchas cosas lindas, poéticas y ciertas, si V. quiere, pero déjeme V. concluir mi impugnación y después de todo esto ponga V. en balanza lo bueno que alambiqué en aquel ajiaco, con lo que resulta de nuestro trabajo.

Algo debemos decir al señor Comunicante sobre el apoyo que ha buscado, para ameritar su observación en los apuntes biográficos que preceden a la obra, referente a la señora de Merlín y escritos por la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

En primer lugar, esta nota biográfica era una nota biográfica y nada más. La señorita Avellaneda se refiere en ella a las demás obras de la señora de Merlín, y de éstas es de donde deduce su apuntes; y cuando habla de la obra que nosotros impugnamos (porque antes que todo amamos el crédito y buen nombre de nuestro país, amamos la verdad), lo hace muy superficialmente.

En segundo lugar, el señor Comunicante puede considerar como voto irrecusable el de la señorita Avellaneda, cuyas novelas tienen más de un borrón, más de un sentimiento que la aproxima a Jorge Sand; pero para nosotros, en nuestra humilde y poca ilustrada opinión, no queremos, ni nos resolveremos nunca a decidirnos por el juicio de una señorita, por gran

filósofa y escritora que sea, que se expresa en los términos que lo hace, hablando de la señorita condesa de Merlín en el pasaje que transcribimos... y cuando nos pinta su carácter natural desarrollado sin ningún género de contradicción, impetuoso, indómito, confiado y generoso, pensamos con tristeza en lo mucho que la habrá costado acomodarse a los deberes sociales de la mujer y ajustar su alma a la medida estrecha del código que los prescribe... Dios guarde a V. muchos años.

VERÁFILO [FÉLIX TANCO].
Habana, 27 de abril de 1844.

4

EL “VIAJE A LA HABANA” DE LA CONDESA DE MERLÍN

Félix Tanco Bosmeniel, con el seudónimo de *Veráfilo*, dedica trece artículos en el *Diario de la Habana* a destacar los errores de gran bulto cometidos por la Condesa de Merlín en relatos y descripciones relacionados con asuntos de nuestra Isla, que aparecen en su *Viaje a la Habana*. Algunas de esas descripciones las califica de fantásticas.

Comienza *Veráfilo* con un tono zumbón, preguntándose si es posible que en un viaje a la Habana de sólo unos días, una persona nacida en nuestra tierra y que partió de ella a los doce años, pueda realizar, con lujo de detalles, una descripción de lugares, sucesos, costumbres, como lo ha hecho la señora Condesa de Merlín. Inmediatamente va sacando a la luz, uno tras otro, los pasajes en que la escritora ha pintado falsamente la realidad. Tal el caso de que “después de haber doblado durante la noche los bancos de Bahamas, desde la mañana siguiente navegaba blandamente en el golfo de México” y que el Pan de Matanzas es “la más elevada de nuestras montañas”, que tiene en su cumbre “la ciudad de este nombre”. ¡Qué frescos deben de vivir los matanceros! comenta burlescamente *Veráfilo*. Jaruco, por gracia de la Condesa, queda convertida igualmente en ciudad y colocada a orillas del mar, “con un puerto resguardado de los huracanes”.

Hay niñas que se arrodillan ante la señora de Merlín, portando de regalo un ramo de cactus. ¡Qué regalo más original para la señora Condesa: un ramo de tuna!

La escritora echa de menos la civilización y la actividad del Viejo Mundo al afirmar que por el calor excesivo “todo trabajo se hace imposible”, lo que

aprovecha el criticante para hacer valer los méritos de actividad y de trabajo en los habitantes de la Isla. Se produce severamente, sin burlas ni sarcasmos, contra la afirmación de la Condesa de que “la venganza, el matar por matar, produce en la Habana más muertes que el robo en otros países”. Califica justamente de fábula mal urdida, una que forja la Condesa haciendo conducir por dos perros tres bandidos a la ciudad, hasta que uno de los perros se hace entender y logra que el Alcalde aprehenda a los malhechores...

Veráfilo ridiculiza la afirmación de la Condesa de que “para producir muchas cosechas al año, bastan algunos días de arado y esparcir sobre ellas *unos cuantos puñados de granos*”. La descripción que hace del guajiro cubano, la referencia a “ríos que no tienen nombre”, a gotas de lluvia que, una sola, es capaz de llenar medio vaso de agua, suscitan igualmente su crítica mordaz. También ridiculiza los relatos que se refieren a las veladas de difuntos, en que “los curiosos entran sin cesar en la casa para rociar con agua bendita a la difunta”, y los que se refieren al cortejo fúnebre, en que “clérigos y frailes van rezando en alta voz junto al carruaje”. Refuta la afirmación de que los edificios de Cuba carezcan de historia, y pone de ejemplos el Templete y el Castillo del Morro.

En otro folletín, el articulista ridiculiza a la Condesa por afirmar ésta que en la casa de su tío en la Habana “no es nada extraño, por pocos convidados que asistan, gastarse de tres a cuatro mil duros” y que dicho tío “tiene más de cien criados para su servicio”, cuando es notorio que el número de esos criados no pasa de veinte...

La Condesa, en su libro, cuenta que al sonar la primera campanada de la oración, “todo el mundo se abraza”, lo que, según *Veráfilo*, no merece más que una risa descompasada, y no se lo creerán ni en París.

La manera de juzgar la Condesa las costumbres criollas hace decir a *Veráfilo*, que hay pudor en las solteras y fidelidad en las casadas. “La señora de Merlín ha visto la Isla de Cuba con ojos parisienses, y no ha querido comprender que la Habana no es París”. El articulista justifica su crítica acerba al folleto de la escritora, como inspirada en el propósito recto de hacer la defensa del país y de las habaneras, de las falsas pinturas hechas por la Condesa de Merlín. [Extracto de Rafael García Bárcena.]

5

NOTAS PARA LA NECROLOGÍA DE DON GONZALO O'FARRILL⁹⁴

(*Manuscrito inédito,*
mediados de 1831).

La dulzura y afabilidad de su trato eran de un género tan peculiar que no es dable trasladar al papel los efectos que en los circunstantes producían. Iban aquellas cualidades acompañadas de cierta natural dignidad que no podía menos de inspirar un placer inexplicable, mezclado de respeto.

Para tener aquella calma y serenidad del justo, era menester estar bien con su conciencia.

Su moral evangélica.

Tratar a los pequeños lo mismo que a los grandes, sin que la dulzura perjudicara a la entereza del carácter; como podría citar si no invadiera la provincia del historiador.

Me sentía envanecido con obtener el aprecio y la confianza de un hombre así...

Yo no puedo explicar lo que experimentaba delante de este varón incomparable. Si don Gonzalo O'Farril hubiera tenido enemigos, yo los habría invitado, desde luego, a ir a su presencia por algunos instantes, y estoy seguro que la enemistad o la prevención se hubieran disipado como por encanto al aspecto de la virtud.

No contribuía poco al hechizo de su sociedad, aquella disposición que manifestaba por aprender, y aprender de toda persona eminente, lo que llamaba Marco Tulio *studiosus audiendi*⁹⁵. Ahora se verá si era un verdadero filósofo. La sociedad que se había formado. No sólo no desperdicia ocasión en la sociedad de informarse de cuanto ignoraba o de aquello sobre que deseaba saber el dictamen de los demás, sino que le veíamos asistiendo

94. Ideas sueltas anotadas por Luz para la redacción del artículo sobre O'Farril, que figuran en un pliego del manuscrito a manera de guión o sumario (Roberto Agramonte).

95. "ávido de escuchar".

a los cursos de M. Arago, del Ateneo, y de Raúl Rochette. su habilidad en emplear el tiempo. Su gabinete de lectura. Sus lecturas. su enseñanza. La...(?) y las visitas al Padre Lachaise.

Véase su carta a Sta. Ma.

Su género de vida, frugal, estoico.

Era como un depositario de lo que tenía, pues todo lo daba. Esto en cuanto a los socorros materiales.

Apoyo para los habaneros. Satisfacción con que se empleaba en obsequio de su país. Comisión de Matanzas. Su empeño en dar cuenta de cuantos nuevos inventos podían ser aplicables a su patria, como lo testifican su dilatada correspondencia con sus hermanos y sobrinos.

Pocos hombres dejan de sí recuerdos más gratos. Su distintivo. Era un hobre que pertenecía ya a la posteridad y que juzgaba a los demás como *nec benefitio nec injuria cogniti*.⁹⁶

Yo gusté un poco de miel para después morirme.

Desde antes de conocerte estaba yo informado de lo que era tu trato; pero, y después, ¿quién te conoció que no te amase, quién no habló de ti con entusiasmo? ¡Qué compostura, qué humildad, qué tolerancia, qué imparcialidad! Yo no puedo menos de derramar lágrimas, aunque no es lícito llorarle, al recordar que ya no puedo disfrutar más del varón honrado, del hombre dulce, del... cuyas palabras han quedado resonando en mi oído.

Ojalá vivieras para honor, etcétera.

6

APUNTES PARA LA NOTA NECROLÓGICA DEL SEÑOR OBISPO ESPADA

1. Nació en Arróyave (cercañas de Vitoria, provincia de Alava) en abril de 1756.

2. Pasó en su adolescencia a estudiar a Salamanca donde tuvo 16 años de estudios mayores.

Bachiller en Artes, Leyes y Cánones.

Abogado de los Reales Consejos, con tres años de ejercicio.

Once años de cura.

Confesor y predicador con licencias absolutas en Calahorra, Salamanca y Plasencia.

96. "insensible al beneficio y al agravio".

Ordenado de presbítero en 1782 por el Obispo de Segovia.
 Tiene licencia para leer libros prohibidos.
 Colegial en el de Santa María de los Angeles (Salamanca), íd. del Mayor de San Bartolomé.
 Rector de este Colegio.
 Visitador de su parroquia exenta.
 Diputado de la Universidad de Salamanca.
 Socio de la Real Sociedad Patriótica de íd.
 Opositor a prebendas doctorales.
 Fiscal (General del Obispado de Plasencia).
 Provisor electo del de Chiapa.
 Tiene testimoniales de su ordinario.
 Octubre, 1876. Vicesecretario del Obispo de Plasencia.
 Enero, 1792. Canónigo de Villafranca del Bierzo.
 Id., 1794. Dignidad de Prior de la misma Colegiata.
 Vicario juez eclesiástico de varios pueblos.
 Junio, 1799. Promotor fiscal del Santo Oficio de Mallorca.
 Enero, 1801. Ejecutorias del Obispo de La Habana.
 Llegó aquí.
 Dos visitas generales a todo el Obispado.
 Marzo, 1803. Ia., dio principio en
 Febrero, 1804. Concluyó.

APUNTES

¿Quién es éste que a todos hace llorar? El llanto de cada cual personificado. (Exordio ex abrupto). Peroración: (Consuelo lo que nos ha dejado).

Cuadro de Vermay. (Idea mía, aún sería más exacto decir que en muchos casos hasta sin pedirla la señaló y la dio). El encendía donde quiera.

Su predilección por las ciencias naturales.

Asistía a exámenes. Estimulo y guía. Varela, Saco, Máquinas.

Matemáticas. (Razones de su preferencia. Qué son y para qué las ciencias naturales.)

Nihil actum reputants, si quid superesset agendum,⁹⁷ en el cementerio y en la primer escuela primaria y en sus visitas y en los templos.

En el cementerio, *bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis*.⁹⁸

Hércules con su clava —la nueva cabeza de hidra— en el moribundo.

La pastoral de la Dorila (Bergaño).

97. "Si no lo había hecho todo, pensaba que no había hecho nada".

98. "El buen pastor da la vida por sus ovejas".

Fundación de las cátedras de Matemáticas y Derecho. Obstáculos en todas las empresas. Informes aun de magistrados de aquí contra la clase de Matemáticas.

(En el cementerio tuvo también las de un hábil político en condescender con alguna preocupación en los tramos). Porque no vale emprender todo, sino oportunamente. El tenía cuanto se necesitaba de animoso para emprender, y de prudencia que lo templaba para no emprender sino lo practicable. Díganlo si no todas sus cosas y las bendiciones que al fin ha recibido.)

Marcaba el camino para la civilización, sin preguntar y aún sin saber qué rumbo seguirían otros. Esto también lo caracterizaba en sus grandes ejemplos de firmeza: aquí es verdaderamente extraordinario, y aun fue realmente único cuando el [...] ⁹⁹ de no devolver sus [...] ¹⁰⁰ al inquisidor [...] ¹⁰¹

7

OFICIOS DIGIGIDOS A LUZ EXCITÁNDOLE A LA REDACCIÓN DEL PANEGÍRICO DE ESPADA

Texto del primer oficio

Septiembre 4 de 1832.

Oficio al amigo don José de la Luz y Caballero, sobre habérsele comisionado para la formación del elogio póstumo del Excmo. e Ilmo. señor obispo don Juan J. Díaz de Espada.

La Real Sociedad Patriótica, en la junta ordinaria de 31 del pasado, pagando un justo tributo a la cara memoria del Excmo. e Ilmo. Obispo Diocesano (Q.E.P.D.), acordó que le formase el elogio póstumo con arreglo a las disposiciones del asunto; y creyendo que los acreditados talentos de V. S. eran los más a propósito para el desempeño de tan honrosa comisión, determinó conferírsele a V. S., esperando de su ilustrado celo que se pres-

99. Rotos en la parte inferior del Manuscrito.

100. Rotos en la parte inferior del Manuscrito.

101. Rotos en la parte inferior del Manuscrito.

tara gustoso a admitirla. Comunicólo a V. S. a nombre y como secretario de la Junta a los efectos consiguientes. Dios guarde a V. Habana y septiembre 4 de 1832. Señor don José de la Luz.

Texto del segundo oficio

Febrero 7 de 1834.

Oficio al amigo don José de la Luz y Caballero, recordándole el despacho del elogio del difunto Excmo. e Ilmo. señor obispo don Juan José Díaz de Espada, para que fue comisionado.

Penetrada la Real Sociedad del importante deber que le exige tributar los testimonios de su acendrada gratitud hacia la memoria de sus miembros, con especialidad de aquellos que se distinguieron por sus notorios méritos y servicios en favor del Instituto, acordó en su última sesión general que se recordase a V. S. el despacho del elogio póstumo de su más decidido benefactor; el Excmo. e Ilmo. señor don Juan José Díaz de Espada y Landa, dignísimo Obispo de esta diócesis, esperando que desde luego quedará evacuado que V. S. servirá excusarse, si sus ocupaciones no se lo permiten. Dios guarde a V. Habana y febrero 7 de 1834. señor don José de la Luz y Caballero.

Texto del tercer oficio

Mayo 23 de 1835

Oficio al amigo don José de la Luz y Caballero, recordándole el elogio póstumo del Excmo. e Ilmo. don Juan José Díaz de Espada, para que fue comisionado.

La Real Sociedad Patriótica en su junta ordinaria de 18 del corriente dispuso que se recordase a V. S. el elogio póstumo del Excmo. señor don Juan José Díaz de Espada y Landa, dignísimo Obispo de esta diócesis, y al mismo tiempo que se indicase a V. S. tuviese la bondad de proporcionar al señor don Tomás Romay los extractos de servicios que tiene en su poder para que sirvan a dicho señor en el elogio de nuestro benemérito amigo don José Agustín Caballero, de que está encargado S. Sría. Dios guarde a V. Habana y mayo de 1835. Señor don José de la Luz y Caballero.

8

NOTAS PARA EL ELOGIO DE CABALLERO

La variación al fin de la del Duque de Veragua.

El gusto brilla tan singularmente en sus composiciones, que hay rasgos que no sólo en las ideas, sino en las palabras, nos parecen felices *inspiraciones*, que ni aun es posible vuelvan a ocurrirse tan felices.

Le eran familiares todos los hablistas españoles y latinos, en términos que aunque sabía mucho de afuera, no podía decirse que ignorara nada de casa. (Variar al fin.)

Como se nota su gusto y gracia en lo epigramático. Con este motivo cultivó también las musas. Composiciones en latín, su traducción del “Ensayo sobre el hombre”,¹⁰² su predilección por los libros ingleses.

Nunca envejecía porque siempre estaba al cuidado. Su respuesta a la censura ofrece pruebas luminosas de su profundidad teológica. Contestó a lo más florido que aquí había.

Borrar el *pobre de mí*.

La reforma en el latín, declamando contra el sistema bárbaro de enseñar los preceptos del latín (*tachado*.)

En la reforma general, excitando a que ésta empiece por la Universidad, por hallarse en fatal pie y por lo que influiría su reforma en la general.

A qué escuela inclinaba sus opiniones teológicas.

Lo de Bergaño.

En el español nada más importante que generalizar el uso del más importante, precioso y necesario de los instrumentos para todos.

El lenguaje de los Locke y los Condillac y los Bonets. (*La palabra “Bonets” tachada*.)

Su curiosidad y trato le proporcionaba siempre acudir a la mayor necesidad. Sabía quién podía dar y a quién se debía dar con preferencia.

Se puede, pues, decir que de la justicia, como de su fuente o madre, derivan todas las de Caballero. Sin violencia se deducen todas de ahí. Aprender a vivir y a morir.

102. De Condillac (Roberto Agramonte.)

También el plan de estudio lo propuso en el colegio. Pide química y anatomía y matemáticas, esas ciencias, dice, “que embargan y arrastran el entendimiento de tal manera que miran todos los otros conocimientos con disgusto e incertidumbre”.

La reforma de las escuelas.

Al fin: nadie lllore. E1 fue feliz hasta donde es dado a los humanos.

Fue censor en lo eclesiástico hasta su muerte y en lo civil una gran parte de su vida.

Su patriotismo. Tamburini: Concilio de Pistoya.

Aplausos nos arranca el saber, respetos nos imprime la virtud, pero si las miro reunidas arrebatan mi adoración.

La respuesta a las censuras. Hace no menos honor a su erudición, que a la gravedad y circunspección del carácter sacerdotal.

Su rectitud, su integridad: integérrimo en todo. Ahora empezará el *tolle, tolle*, pero yo no puedo dar, en conciencia, otro voto.

Mientras le quedaba un resto de fuerzas, como le sobraba ánimo, no se daba por vencido.

Tan metódico que todos los días hacía lo mismo. Ojo: ningún hombre más amigo y sin embargo ninguno más amigo de aprender en la sociedad.

Ejemplos de tolerancia.

Se encerró, al contrario de ponerse en una actitud más continentí.

La elocuencia de Caballero es un terreno naturalmente feracísimo, beneficiado con el mejor cultivo.

¿Qué es el elogio de Colón?

¿Qué el de las Casas?

¿Qué el de Calvo?

Todas son estatuas griegas. La 1ª colosal; la 2ª patética; la 3ª bella; la 4ª graciosa.

*Vitam impendere.*¹⁰³

La nota sobre la respuesta de las censuras.

Química, anatomía. Entonces se echaron las semillas de las frutas que recogemos ahora. Sepamos a quién debemos nuestra gratitud.

Oráculo, depósito de secretos y órgano de graves intereses de familias.

Ojalá que las manos estuvieran siempre asidas de la razón, y las facultades del talento.

Juventud querida, en quien se cifran las esperanzas de la patria.

Misantrópica y antisocial.

Manes.

Parecen felices inspiraciones que no se han de volver a repetir; y sin embargo...

103. “Llenar su vida [o cumplió su misión cabalmente]”. *Vitam impendere vero* (“dedicar la vida a la verdad”) es lema muy usado por Luz. (Roberto Agramonte.)

ÍNDICE ONOMÁSTICO



- A -

Abel (prelado): 218, 223

Abrantes, duquesa de: 351

Aguinaldos: 261

Agustín (padre). Ver Caballero, José Agustín

Aldini: 196

Alonso, Martín: 289

Amalia, duquesa: 233

Ampere: 117

Arago: 112, 116, 117, 118, 193, 295, 357

Argüelles: 323

Armbruster, J. M.: 223

Arriaza: 273

Ascención [Ascención Romay]: 304

Auber, Pedro A. Ver Auber, Pedro Alejandro

Auber, Pedro Alejandro: 120, 122, 125, 128, 131, 132, 133, 134,
137, 138, 139, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 149,
150, 151

Auber. Ver Auber, Pedro Alejandro:

Avardy, del: 245

Avellaneda. Ver Gómez de Avellaneda, Gertrudis

– B –

Bacon. Ver Verulamio [Bacon de]

Bachiller y Morales: 342

Barreto, Francisco: 344

Beccaria: 11

Beck: 222

Becker: 255

Becquerel: 196

Beethoven: 269

Beil: 222

Bentham: 11, 23, 24

Bergaño: 361

Bernardotte: 350

Berrio, José: 345, 346

Berthier: 350

Berzelius: 112, 168

Biela: 106

Biot: 109

Blanco: 269

Boccacio: 191

Bolívar, Simón: 326

Bonaparte, José: 267, 274, 347

Bonaparte [Napoleón]: 63
Bonets: 361
Borda: 116
Bossuet: 264, 311, 312
Boussingault: 117
Brandin: 182, 189, 192, 197, 198, 199, 203
Bretanno, Sofía: 256
Brougham: 333
Broussais: 193
Bürger: 236, 239
Buxton: 20

– C –

Caballero, José Agustín: 310, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 319,
320, 342, 361, 360, 362
Caballero, Luis Ignacio: 308
Caballero. Ver Caballero, José Agustín:
Cagliostro, Conde de: 232
Calixto III (Papa): 247
Calvo: 362
Calvo, Nicolás: 312, 316
Candamo, obispo: 312
Candia, Mario di: 267
Carassa: 295
Cárdenas, Nicolás de. Ver Cárdenas y Manzano, Nicolás:
Cárdenas y Manzano, Nicolás de: 299, 341, 342
Carey, P.: 261
Carlos: 216, 217
Carlos, Duque: 214
Carlos V: 229, 290

Casas: 312, 316, 343, 362

Casas, Conde de las: 17

Cassini: 117

Catón: 318

Cauchy: 134

Cavallo: 156

Cersted: 117

Cervantes: 278

Colón. Ver Colón, Cristóbal

Colón, Cristóbal: 278, 279, 281, 283, 285, 286, 290, 289, 311,
317, 362

Collin, H. J. de: 251

Comunicante: 352, 353

Condillac: 315, 361

Costa: 269

Cotta: 224

Cousin: 91

Cramer: 149

Cunningham: 13

Cuvier: 197

- CH -

Chactas: 273

- D -

D'Aguesseau, Canciller: 295

Dalberg, Barón de: 220, 224

Damoiseau, Encke: 106

D'Auvergne, Latour: 350

Davoust: 350

Davy: 112

Davy, Humphrey: 173, 203

De Maistre: 258

Del Monte: 277

Delambre: 109

Deluc: 194

Demócrito: 320

Desprest: 115

Deyeux: 160

Díaz de Espada, Juan J. Ver Díaz de Espada y Landa, Juan José

Díaz de Espada, Juan José. Ver Díaz de Espada y Landa, Juan José

Díaz de Espada y Landa, Juan José: 302, 316 342, 359, 360

Diego (don): 60

Dove. Ver Dove, E.G.

Dove, E. G.: 114, 115

Duchatêlet, Parent: 160, 161

Dulong: 118

Dulong, míster: 170

Dupont: 274

Dupuytren: 338

Dusejour: 192

Dutrochet: 200, 201

– E –

Edgeforth (miss): 257

Eichhorn: 234

Elwert: 214

Encke: 192

Enea: 269

Ercildoune, Tomás de: 260

Escobedo, Nicolás Manuel: 329, 330, 331, 333, 335, 336, 337, 339, 340, 342

Escobedo, Nicolás. Ver Escobedo, Nicolás Manuel

Escobedo. Ver Escobedo, Nicolás Manuel

Esculapio: 310, 336

Espada, Obispo. Ver Díaz de Espada y Landa, Juan José

Espada. Ver Díaz de Espada y Landa, Juan José

Esquilo: 236

Euler: 149

Eurípides: 236

– F –

Falk: 254

Federico II [el Grande]: 235

Felipe II: 229

Fenelón: 99

Ferguson: 218

Fernández Herrera, Diego: 54, 70

Fernández, Juan. Ver Fernández Pinzón, Juan

Fernández, Luis: 282

Fernández Pinzón, Juan: 279, 281, 282, 287, 290, 291

Fernando, don: 290

Fernando VII: 8, 76, 77, 79

Fiard: 160

Figarola Caneda: 210, 265

Figarola. Ver Figarola Caneda

Flauguergues: 110

Folki (profesor): 158

Fourrier: 112, 134

Foy (general): 351

Fry (miss): 20
Fuss el Menor: 118

– G –

Gabriel, don: 288
Galvani: 196
Gambay: 115, 116, 117, 118, 119
García: 352
García Bárcena, Rafael: 355
García, Paulina: 267
Garciny: 29
Garve: 218
Gay-Lussac: 118, 168, 195
Gellert: 214
Gener, Tomás: 321, 322, 323, 327, 328
Gener. Ver Gener, Tomás: 322, 326, 327, 328, 342
Gerstenberg: 218
Gerstner, caballero de: 44
Gibbon: 236
Giraud, monseñor: 99
Goethe: 232, 233, 234, 239, 240, 241, 242, 243, 245, 254, 255,
256, 260
Goiry: 87
Gómez de Avellaneda, Gertrudis: 270, 276, 277 352, 353
Göschén: 230
Gozzi: 250
Granada: 264
Grisi, La: 267
Grossi: 257
Gustavo Adolfo: 238

- H -

Hamete, Cide: 278

Haug, Balth: 218

Heráclito: 320

Herder: 217, 232

Heredia, J. M. de: 107

Herrera: 34, 36, 37, 38, 42, 46, 68, 71, 74, 286

Herrera y Barrera, Teresa: 298

Herschel: 111

Hipócrates: 304, 336

Holsteins-Augustenburg, Duque regente de: 238

Homero: 248, 330, 331

Horacio: 214

Howard: 11, 12, 19, 26

Hufeland: 236

Humboldt, Barón de: 113

Humboldt, Guillermo de: 239

Humboldt. Ver Humboldt, Barón de: 112, 114, 119

Hume: 236

- I -

Iffland: 222

Irving, Washington: 278

- J -

Jagemann: 254

Jahn, Juan Federico: 214

Jaruco, Conde de: 270

Jaruco, Condesa de: 273, 274

Jesucristo: 99

Jorge III: 261
José II: 313
Jovellanos: 10, 48, 67, 312
Juan (don). Ver Fernández Pinzón Juan
Juan Paul: 255
Juana de Arco: 246
Julio César: 314
Jünger: 230

– K –

Kant: 232
Karlshule: 220
Keepsakes: 261
Kind, Fr.: 256
Kirsch: 216
Klingemann: 248
Klopstock: 217, 218
Knaus: 215
Körner: 230
Kramer: 218
Kupffer: 118

– L –

Lablanche: 267
Laborde, Ángel: 113, 155
Lacroix: 134
Lagrange: 134, 137, 143
Lannes: 350
Laplace: 109, 112, 134, 137, 170
Lardner, doctor: 261

Lavoisier: 170

Legendre: 137

Leibnitz: 80

Leisewitz: 218

Lemaur, Francisco: 126

Lengefeld, Señorita de: 232, 237

Lessing: 218, 230

Lesueur: 160

Liancourt, Duque de: 24, 26

Libes: 111

Lobé, Guillermo: 180

Locke: 315, 361

Lockhart: 261

Lord Sommerville: 261

Lucano: 314

Luis, don: 290

Luis XIV: 351

Lutero: 217, 318

Luz Caballero. Ver Luz y Caballero, José de la

Luz, José de la. Ver Luz y Caballero, José de la

Luz y Caballero, José de la: 125, 131, 145, 155, 210, 279, 359, 360,
277, 341

Luz. Ver Luz y Caballero José de la

– M –

Machiavelli: 8

Malibrán, María: 266, 267, 268, 347, 352

Malibrán. Ver Malibrán, María

Maltiz, señor de: 252

Manzoni: 257

- Marco Tulio: 294, 306, 356
- Martínez, señorita: 269
- Massena: 350
- Meaux, Obispo de: 311
- Mejía: 7
- Melchor Cano: 314
- Meléndez: 273
- Mendelsonh-Bartholdy: 118
- Merced [de la Luz y Caballero]: 344
- Mercedes. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]
- Merle d'Aubigné, Henry: 249
- Merlín, Condesa. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]
- Merlín, Condesa de. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]
- Merlín, general: 266, 274, 347, 349, 351
- Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]: 353, 354, 355, 267, 268, 270, 273, 275,
- Merlín, señora de. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]
- Merlín, señora. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]
- Merlín. Ver Merlín, general: 268
- Milasa, Obispo de: 316
- Montalvo, J.: 297
- Montesquieu: 8
- Montresor: 268
- Morichini: 195
- Moritz: 230
- Moser: 214
- Müller, Federico: 218
- Murat: 350

— N —

Napoleón: 8, 14, 15, 17, 63, 66, 67, 261, 350, 351

Newton: 80, 110, 149, 203

Nicolás. Ver Cárdenas y Manzano, Nicolás de: 342

Noda: 36, 37, 38, 42, 46, 68

Noval, Antonio: 154, 155

— O —

Oersted: 112, 200

O'Farril (general): 274

O'Farril, Gonzalo: 292, 293, 294, 356

O'Farril. Ver O'Farril, Gonzalo: 295, 296, 342

O'Farrill, Juan Manuel: 322

Olbers: 151

Oltmanns: 116

Orfila: 160

Osorio, señora: 268

Ovidio: 214

— P —

Pardo Pimentel: 49

Pariset: 160

Pastoret: 11

Paulus: 236

Pellegrin: 256

Peñalver, Conde de: 268

Peñalver, señorita de: 269

Pérez, Juan: 289

Permentier: 160

Persiani, La: 267

Petersen: 223
Pimm, míster: 43
Pinzón: 279
Pinzón, los [familia]: 280, 282, 287, 291
Pitt: 39
Plasencia, Obispo de: 358
Plutarco: 217
Poggendorff: 113, 119
Poisson: 134
Porto-Carreros: 289
Pouillet: 115, 195
Prescott, Guillermo: 339
Príncipe Pablo: 224
Prony: 116

– Q –

Queipo. Ver Vázquez Queipo, Vicente
Quintana: 273
Quintiliano, Fabio: 56

– R –

Racine: 251
Rafael, don: 287
Ragusa, Duque de: 294
Ramírez, Alejandro: 342
Rappeti: 269
Regalado, José: 210
Reinhold: 236
Reinwald: 253
Reyes Católicos [Fernando e Isabel]: 339

Robertson: 236

Rochette, Raúl: 357

Romay, Tomás: 304, 343, 360

Rotschild: 35

Rubini: 267

Ruiz, Francisco: 154, 155

Ruiz Padrón: 7

Rusia, Emperador de: 118

– S –

Sabine: 116

Saco, José Antonio: 100, 110, 129, 133, 154, 155, 358

Saco. Ver Saco, José Antonio

Sadler, Sir Rafael: 260

Sagra, Ramón de la: 108, 109, 110, 111, 152

Sagra. Ver Sagra, Ramón de la

Sajonia-Weima, Amalia, duquesa de: 233

Sand, Jorge: 277, 353, 258

Sand, Madame. Ver Sand, Jorge

Santa Cruz, Mercedes de. Ver Merlín, madame [Mercedes de Santa Cruz, Condesa de]

Santa María, Pedro de: 295

Santander: 326

Santos Suárez: 327

Scott, Gualterio. Ver Scott, Walter

Scott, Walter: 257, 259, 262

Scott. Ver Scott, Walter

Schiller, Juan Cristóbal Federico: 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219,
220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 229, 230, 231,
232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 242, 243, 244, 245,
249, 250, 252, 253, 254, 255, 256

- Schiller, Juan Gaspar: 213
 Schiller. Ver Schiller, Juan Cristóbal Federico:
 Schimmelmänn, Conde de: 238
 Schlegel, A. W.: 246, 249, 251, 254
 Schlegel, E.: 237
 Schlegel. Ver Schlegel A. W.
 Schubart: 223
 Schütz: 236
 Schwan: 220, 226
 Schwartzburg, Conde de: 233
 Seebeck: 117
 Segovia, Obispo de: 358
 Séneca: 316
 Sepúlveda: 314
 Serrano: 34, 50, 64, 65, 68
 Serrano, Francisco de P.: 33, 49
 Serrano, Francisco P. Ver Serrano, Francisco de P.
 Seume: 256
 Shakespeare: 218, 219, 227, 250
 Sócrates: 294
 Sófocles: 230
 Sol, Pedro del: 109
 Soult: 350
 Staël, Madame de: 259
 Stewar, Ana: 260
 Suchet: 350
 Süvern, W.: 244
 Swift: 260

– T –

Tanco Bosmeniel, Félix: 277, 354
Tanco, Félix. Ver Tanco Bosmeniel, Félix
Tanco. Ver Tanco Bosmeniel, Félix
Télez: 269
Teresita Santa María: 295
Topete: 269
Toreno, Conde de: 6
Torrero: 7
Tostado, el: 263
Tuigg, míster: 43
Tulio: 311
Turnbull, David 24, 26, 93, 94, 95
Turnbull. Ver Turnbull, David

– U –

Uz: 214, 218

– V –

Valli: 196
Varela: 327, 358
Vázquez Queipo, Vicente: 87, 100, 101
Veráfilo: 352, 354
Veragua, Duque de: 317, 361
Verulamio [Bacon de]: 315, 332
Villanova, Jacobo: 23
Villanueva: 29
Virgilio: 214, 236, 237
Voigt: 234
Volney: 192

Volta: 194, 195
Voltaire: 217, 263

– W –

Walter: 223
Wallenstein: 244
Washington, Jorge: 324
Weimar, Gran Duque Regente de: 245
Weld: 24
Wells: 194
Wieland: 229, 232, 235, 236, 254, 261
Wollzogen: 232
Wrangel, Barón: 118
Württemberg, Duque de: 213, 215, 223, 239

– X –

Xenes, José María. Ver Xenes y Montalvo, José María
Xenes y Montalvo, José María: 306, 307, 308, 309
Xenes. Ver Xenes y Montalvo, José María

– Y –

Yáñez Pinzón, Vicente: 289
York: 228

– Z –

Zamora: 269
Zayas, Alfredo: 267
Zelle, Paulin: 233
Zequeira, Manuel de: 107
Zumsteeg: 224

ÍNDICE



PRESENTACIÓN.....	V
-------------------	---

ESCRITOS POLÍTICOS, SOCIALES Y ECONÓMICOS

I. SOBRE LAS SEGUNDAS CORTES CONSTITUYENTES, 14 de noviembre de 1822.....	3
II. OBSERVACIONES SOBRE LAS CÁRCELES EN EUROPA Y ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, <i>Memoria de la Sociedad Patriótica</i> , t. I, 1836.....	11
III. POLÉMICA SOBRE CAMINO DE HIERRO, POR OTRO, <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 2 de 1839. Suplemento.....	28
IV. CAMINO DE HIERRO, por <i>Otro</i> . <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 5 de 1839. Suplemento.....	33
V. CAMINO DE HIERRO, por el <i>Otro</i> , <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 8 de 1839. Suplemento.....	36
VI. CAMINO DE HIERRO, por <i>el Mismo</i> , <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 8 de 1839. Suplemento.....	41
VII. CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro</i> , <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 9 de 1839. Suplemento.....	42

VIII.	CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 10 de 1839. Suplemento	46
IX.	CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 10 de 1839. Suplemento	49
X.	CAMINO DE HIERRO, por <i>Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 11 de 1839. Suplemento	51
XI.	CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 13 de 1839. Suplemento.....	54
XII.	AL EXABRUPTO EL ALLÁ-VA-ESO, por el <i>Filo-Otro</i> o el <i>Otro-Filo, Diario de la Habana</i> , diciembre 14 de 1839.....	62
XIII.	CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 15 de 1839	64
XIV.	TRABACUENTAS DEL CONTADOR MAYOR, O SEA, CUADRO FIEL Y VERDADERO EN CONTRASTE CON LOS ROMÁNTICOS Y MAL ENJAMINADOS CUADRITOS DE SU SEÑORÍA PINTURERA, por <i>Filo-otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 19 de 1839	65
XV.	CAMINO DE HIERRO, por <i>el Otro, Diario de la Habana</i> , diciembre 31 de 1839. Suplemento	70
XVI.	VOTO PARTICULAR EN EL EXPEDIENTE SOBRE PESETAS SEVILLANAS, <i>Memorias de la Sociedad Económica</i> , t. IX, p. 314, marzo 2 de 1840	75
XVII.	AL SEÑOR T. POR UNA NOTA AGREGADA A SU TRADUCCIÓN DEL INTERESANTE ARTÍCULO SOBRE “LA COMPOSICIÓN DE LA CAÑA DE AZÚCAR DE MARTINICA”, publicado en el <i>Diario</i> de hoy, por <i>Filo-Otro, Diario de la Habana</i> , julio 3 de 1840	90
XVIII.	OFICIO DESPIDIÉNDOSE DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA, mayo de 1841.....	92
XIX.	PROTESTA.....	93
XX.	DESPEDIDA DE LA SOCIEDAD PATRIÓTICA, diciembre 13 de 1842.....	96
XXI.	PASTORAL DEL ARZOBISPO DE CAMBRAY MONSEÑOR GIRAUD SOBRE EL TRABAJO, 1845	99
XXII.	EL ÚLTIMO PAPEL DE SACO, <i>Manuscrito inédito</i> , marzo 23 de 1847.....	100

ESCRITOS CIENTÍFICOS

I.	LA CIENCIA, UNA CIENCIA	105
II.	COMETAS, <i>Aurora de Matanzas</i> , marzo 15 de 1830 ...	106

III. MAGNETISMO TERRESTRE, <i>Revista Bimestre Cubana</i> , t. II, 1831	111
IV. OBSERVATORIO MAGNÉTICO, París, julio de 1831	114
V. POLÉMICA CON DON PEDRO ALEJANDRO AUBER SOBRE UN PROBLEMA DE MATEMÁTICAS, por <i>El Modorro, Noticioso y Lucero</i> , noviembre 8 de 1832	120
VI. PETICIÓN DEL EDIFICIO DEL JARDÍN BOTÁNICO PARA EL LOCAL DEL PROYECTADO COLEGIO <i>EL ATENEO</i> , <i>Diario de la Habana</i> , febrero 3 de 1833.....	152
VII. INFORME SOBRE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS, <i>Revista Bimestre Cubana</i> , t. III, 1833, no. 9, pp. 321-372...	154
VIII. SOBRE EL USO DEL CARBÓN DE PIEDRA, <i>Revista Bimestre Cubana</i> , t. III, pp. 304-309, 1834	205

ESCRITOS LITERARIOS

I. Vida de Schiller

I. VIDA DE SCHILLER, enero 27 de 1834	213
---	-----

II. Trabajos literarios

I. SOBRE LAS NOVELAS, <i>Manuscrito inédito</i> , octubre 9 de 1830.	
II. GUALTERIO SCOTT, <i>Revista Bimestre Cubana</i> , noviembre-diciembre de 1831.....	259
III. CARTAS A ELPIDIO, <i>Diario de la Habana</i> , diciembre 29 de 1835.....	263
IV. LA SEÑORA CONDESA DE MERLIN, <i>Diario de la Habana</i> , julio 12 de 1840.....	266
V. SOBRE LA CRÍTICA DE “VERÁFILO” CONTRA LA CONDESA DE MERLIN, <i>El Faro</i> , abril 27 de 1840	270
VI. SOBRE LA CRÍTICA DE “VERÁFILO” CONTRA LA CONDESA DE MERLIN, <i>El Faro</i> , 30 de abril de 1844.....	276
VII. UNA VISITA AL PUERTO DE PALOS, por JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO, 1833	278

III. Artículos y discursos necrológicos

VIII. NECROLOGÍA DE DON GONZALO O’FARRIL, <i>Manuscrito inédito</i> , de mediados de 1831.....	292
--	-----

IX.	EN LA MUERTE DE DOÑA TERESA HERRERA, <i>Diario de la Habana</i> , mayo 4 de 1832.....	298
X.	RASGO DE LA JUVENTUD EN EL ENTIERRO DEL OBISPO ESPADA, <i>Diario de la Habana</i> , agosto 20 de 1832.....	302
XI.	UNA LÁGRIMA AL SEÑOR DON TOMÁS ROMAY EN LA MUERTE DE SU HIJA ASCENCIÓN, ACAECIDA EN EL DÍA DE AYER, <i>Diario de la Habana</i> , abril 22 de 1833.....	304
XII.	EN LA MUERTE DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA XENES Y MONTALVO, <i>Diario de la Habana</i> , enero 5 de 1835	306
XIII.	A LA MEMORIA DEL DOCTOR DON JOSÉ AGUSTÍN CABALLERO, <i>Diario de la Habana</i> , abril 20 de 1835	310
XIV.	EN LA MUERTE DE DON TOMÁS GENER, <i>Diario de la Habana</i> , agosto 18 de 1835	321
XV.	ELOGIO DE DON NICOLÁS MANUEL ESCOBEDO, <i>Revista de la Habana</i> , 1853, t. I	329
XVI.	EN LOS FUNERALES DE DON NICOLÁS DE CÁRDENAS Y MANZANO, <i>Diario de la Habana</i> , febrero 2 de 1841	341
XVII.	AL DOCTOR DON TOMÁS ROMAY EN LA MUERTE DE SU PRIMOGÉNITO, <i>Manuscrito inédito</i> , julio 13 de 1846	343
XVIII.	A MI HERMANO FRANCISCO BARRETO EN LA MUERTE DE NUESTRA MERCED, <i>Manuscrito inédito</i> , agosto 14... 30/46	344
XIX.	EN LA MUERTE DE JOSÉ BERRIO, <i>Manuscrito inédito</i> , septiembre 16 de 1846.....	345

APÉNDICE

1.	SOBRE EL GENERAL MERLIN, <i>Diario de la Habana</i> , julio 17 de 1840.....	347
2.	CONTESTACIÓN, <i>Diario de la Habana</i> , julio 19 de 1840.....	348
3.	EL COMUNICANTE DEL FARO, <i>El Faro</i> , abril 27 de 1844... ..	352
4.	EL “VIAJE A LA HABANA” DE LA CONDESA DE MERLIN	354
5.	NOTAS PARA LA NECROLOGÍA DE DON GONZALO O’FARRIL, <i>Manuscrito inédito</i> , mediados de 1831.....	356
6.	APUNTES PARA LA NOTA NECROLÓGICA DEL SEÑOR OBISPO ESPADA	357
7.	OFICIOS DIRIGIDOS A LUZ EXCITÁNDOLE A LA REDACCIÓN DEL PANEGÍRICO DE ESPADA, septiembre 4 de 1832	359
8.	NOTAS PARA EL ELOGIO DE CABALLERO	361

ÍNDICE ONOMÁSTICO	363
-------------------------	-----

Considerado como el más importante filósofo y educador cubano del siglo XIX y, para muchos, de toda la historia de las ideas en Cuba, José de la Luz y Caballero (1800-1862) incursionó, desde su vasta cultura, en los temas de mayor consecuencia relacionados con la creación de un pensamiento de la liberación cubana, que en su decir, implicaba la del hombre, la del país y la universal.

Eje de la más trascendental polémica teórica en la Isla —publicada en esta colección bajo el título *La polémica filosófica cubana*—, desarrolló la relación ciencia-conciencia que dio totalidad integradora a todas las manifestaciones del pensamiento desde una perspectiva nacional. José de la Luz y Caballero enarboló el principio de la investigación por encima de la erudición, de la especulación, para construir la verdadera ciencia, convencido de que la única vía para formar profundos pensadores consistía en iniciarlos por el conocimiento de la naturaleza y entrenarlos en la asimilación de una lógica que de modo natural pudiera brotar de ese estudio.

La publicación por la Biblioteca de Clásicos Cubanos de sus *Obras*, reunidas en cinco volúmenes —Aforismos; Escritos educativos; Elenos y discursos académicos; Escritos sociales, científicos y literarios; Diarios y epistolario— coloca en manos del lector la preciosa labor del educador de la juventud cubana que da vuelo a la obra fundacional de Félix Varela y siembra la semilla que germina en José Martí.

JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO



20

**BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS**

ISBN 959-7078-35-X



9 789597 078357